
José Avello
Alianza
editorial
Jugadores
de billar

José Avello

Jugadores de billar

Alianza editorial

Índice

A mi hijo Jasón

Primavera
Espejos y cristales

Uno

El mejor amigo de Álvaro Atienza siempre fue Floro Santerbás, pero ninguno de los dos sabía por qué. En realidad nunca se lo preguntaron. Su amistad era una costumbre adquirida en la infancia y la seguían manteniendo por las mismas razones que uno se pone unos zapatos durante mucho tiempo: por comodidad. Naturalmente, tras la comodidad se escondía el apego afectivo y el bienestar emocional propios de la amistad, pero en general uno no se pregunta esas cosas cada vez que se pone los zapatos. Además, los dos jugaban muy bien al billar. Jugaban con viejos amigos del colegio, como Rodrigo de Almar, o de la universidad, como Manolo Arbeyo, y además con otros que se fueron sumando al juego y a la amistad a lo largo de los años, pero la partida estelar del café Mercurio siempre fue entre Álvaro Atienza y Floro Santerbás. A partir de las ocho, se reunía allí mucha gente: Mari la Gorda y otros profesores y profesoras de la facultad de Matemáticas, Carmina la de Arbeyo, Aníbal Rico con alguna de sus novias, Prieto con su taco desarmable y varios habituales más. Yo solía ir todos los días, pero de mí prefiero no hablar. Ya sé que no tengo por qué dar razones ni explicaciones de ningún tipo (porque además nadie me las pide), pero si quiero ser sincero conmigo mismo debo decir que no hablaré de mí porque no me atrevo y porque no sabría hacerlo sin mentir. Aunque, bien mirado, quizás los dos motivos sean el mismo. No estoy seguro. En todo caso, no diré quién soy, sea porque no puedo, porque no quiero o porque no lo sé, da igual.

El juego del billar consiste en darle con un taco a una bola para que ésta toque las otras dos; eso se llama hacer una carambola. Lo digo por si alguien no lo sabe, porque en los bares de moda se juega sobre todo al pool o al snooker, sobre mesas con agujeros, y eso es otra cosa. En el Mercurio se jugaba al billar de carambolas de toda la vida y se jugaba bien, incluso muy bien, y sin embargo esta historia comienza una tarde en que los tres amigos, Álvaro Atienza, Rodrigo de Almar y Floro Santerbás, por distintos motivos, lo estaban haciendo mal.

Rodrigo de Almar enlazaba habitualmente diez o doce carambolas en cada tacada, pero a juicio de Floro le faltaba fantasía para llegar a ser un jugador brillante; aunque su visión de la jugada solía ser acertada, elegía siempre la opción más fácil, asegurando la carambola presente antes que arriesgarse para preparar una serie; resultaba eficiente y seguro, pero poco elegante, al contrario que Floro, capaz de

fallos estrepitosos por jugar en función de un proyecto más amplio, como si el mérito estuviese más en el futuro que en la solución de la inmediata tirada. Cada una de sus carambolas constituía una indicación, un signo hacia un camino más fecundo, una puerta que se abría a carambolas sucesivas que ya estaban contenidas en la carambola presente; y en eso, y sólo en eso, consistía para él la belleza del billar. Cuando a veces ese riesgo le llevaba a perder con sus amigos, Floro se escudaba en la gloria de hacerlo por motivos artísticos y no, como bromeaba con Rodrigo, por desarrollar un juego reservón.

El juego menos revelador del carácter, el más neutro y escondido, era el de Álvaro Atienza. A veces se mostraba brillante, pero otras muchas, como hoy, resultaba inescrutable y confuso, sin que nadie fuese capaz de entender la finalidad de sus tiradas absurdas (y fallidas), que parecían responder a la torcida intención de quien pretende el engaño o lo imposible. Si entonces las bolas quedaban en posición difícil para el contrario, Floro le decía: «Me estás jugando a la contra, Alvarito, y eso no es nobleza baturra». Pero en otras ocasiones similares la posición le resultaba ventajosa y Álvaro Atienza, como se suele decir, quedaba «vendido» o «expuesto». De aquellas jugadas estrafalarias y sin sentido apenas se podría adivinar otra cosa que una desmedida ambición (falta de todo realismo) o un oscuro descontento, el rencor impotente de quien no acepta plegar su voluntad a los estrechos límites de la física que presiden el juego del billar. Aquellas jugadas absurdas e impenetrables manifestaban en última instancia una rebelión íntima y resentida contra lo real, la rebelión de quien sabe que va a perder y, no obstante, sigue jugando. Y esta tarde de la que estoy hablando Álvaro fallaba concienzudamente, presa de una rencorosa fatalidad, como si estuviese reprochándole a la mesa una culpa profunda y general debido a la cual toda satisfacción, por mínima que fuese, resultaba imposible. No se había quitado la pesada chaqueta de cuero para jugar, pese al evidente engorro que suponía para sus brazos, pero, aparte de que en el reservado del Mercurio hacía un frío sepulcral hasta que se llenaba de amigos y de humo, Álvaro Atienza jamás se quitaba la chaqueta y, si el calor lo hacía inevitable, solía dejarse puesta una bufanda o un pañuelo. Porque, digámoslo ya abiertamente, esas prendas le disimulaban la joroba. Sobre su hombro izquierdo se alzaba una pequeña protuberancia que le amenguaba el cuerpo y le forzaba a llevar la cabeza levemente ladeada. Esa oblicuidad de la mirada le daba un aspecto avieso, o bien distante, como si estuviese midiendo a su interlocutor, evaluándole y, cuando se percibían sus ojos grises con una pequeña e intensa pupila

negra en el centro, condenándole. No era un hombre alto, pero su extrema delgadez y la extraordinaria longitud de las piernas en relación con el cuerpo encogido por la deformidad le hacían parecer más imponente de lo que era, aunque quizás esa impresión se debiese más al rostro grande y, sobre todo, al fulgor de su mirada de ave. Algunos le consideraban temible, cruel y malvado, sin otros argumentos que los que se deducían de su joroba, de su mirada y de su laconismo, pero esos prejuicios suelen tener carácter general. Lo extraño era que el propio Atienza parecía participar de esas ideas. Su frente se prolongaba en dos grandes entradas y llevaba el pelo muy largo recogido en una cola de caballo sobre la espalda. Como ya he dicho, nunca se quitaba la chaqueta. Se diría que todos estos detalles indumentarios revelaban una voluntad de ocultamiento, un deseo ferviente de esconder la joroba, quizás de esconderse a sí mismo; sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Álvaro Atienza había olvidado (aunque nunca se sabe todo) lo que veinte años antes habría sido su pretensión inicial, cuando apenas se atrevía a mirar de soslayo a sus compañeras de facultad y fingía un desinterés que nunca fue tal, siempre prisionero entre la vergüenza y el orgullo, siempre precavido por miedo al sarcasmo, censurando su propio cuerpo de la exposición a las miradas ajenas. Pero ahora, casi con cuarenta y cuatro años, aquellos hábitos vestimentarios que comenzaron siendo estrategias de simulación y ocultamiento (abrigos grandes, cazadoras grandes, bufandas que daban varias vueltas en torno al cuello) se habían convertido en partes de su cuerpo, e incluso en verano sentía frío sin esas ropas. Sin embargo, en lo relativo a las mujeres, continuaba practicando el silencio y la desatención consciente con una sagacidad que nadie podría imitar: ya no eludía la mirada ni la posición frontal, como todos esos que se ponen de perfil delante de las bellas mientras hablan dando pataditas en el suelo; Álvaro las miraba de frente, pero las veía como si fuesen transparentes, como si sus ojos emitiesen rayos equis y les pudiese decir: «Mira, chica, tienes una manchita violácea en el pulmón derecho, cuídate». Ellas le respetaban a distancia, siendo esto lo mejor que se puede decir (naturalmente, excepto Mari la Gorda, pero ella es otra historia).

Dos años atrás, cuando Rodrigo de Almar regresó a Oviedo de forma definitiva, los tres retomaron la antigua costumbre de jugar juntos al billar varias veces por semana. Con el reencuentro descubrieron que apenas tenían nada que decirse, pero el billar construía un espacio donde el tiempo se podía recuperar sin palabras y la mera presencia en torno a la mesa rehabilitaba algo que parecía perdido y que era por sí mismo gratificante: el hecho de volver a estar

juntos como entonces, en el viejo reservado del café Mercurio, decrépito ya en aquellas remotas tardes a la salida del colegio, siempre lluviosas y siempre culpables, cuando se reunían allí con otros adolescentes despeinados para jugar al billar y al futbolín (caído felizmente en desuso) mientras fumaban a escondidas. Ahora nunca mencionaban los tiempos pasados, pero el hecho de haber convertido en costumbre aquellas partidas, casi sin proponérselo, hablaba de un oscuro deseo de borrar todos aquellos años intermedios en que se veían casi como al pasar, por casualidad. Al frecuentarse de nuevo, preferían creer que el tiempo no había pasado realmente, sino que se había quemado y se había convertido en un denso humo por el que apenas podía penetrar la memoria, porque la memoria prefería caminar a saltos, dejando en medio largos paréntesis de olvido, lagunas que ninguno de ellos mencionaba y que, en otros tiempos menos convulsos que los nuestros, hubieran conferido por sí solas el sentido a una vida. Sin embargo, así eran las cosas: hablaban de trivialidades, bebían cerveza, fumaban algunos canutos y jugaban al billar mejor que antes.

Hoy Álvaro jugaba mal, con rencor y silencio, como si en vez de jugar estuviese tratando de ocultar algo. Si el tiempo se hubiera detenido en ese instante, nadie habría podido decir que albergaba otro interés que el de las carambolas, pero el tiempo no se detiene nunca (excepto cuando todos sabemos) y la memoria puede regresar ahora sobre la espontánea inocencia de las cosas y descubrir allí retrospectivamente que no había ni inocencia ni espontaneidad. Las noticias de mañana, lo que llegamos a saber más tarde, como se suele decir «a toro pasado», iluminan de tal forma los recuerdos que el acontecer ya conocido se nos aparece como una novedad inesperada: ¡una novedad ocurrida ya hace un año! Es verdad, decimos, estaba más pálido que de costumbre, pidió más cerveza antes de terminar las cañas que teníamos casi llenas, estaba desusadamente inquieto y nervioso: todo se descubre cuando ya ha pasado por primera vez. Álvaro Atienza guardaba silencio con premeditada obstinación porque aquel día le había ocurrido algo que trataba de ocultarse a sí mismo. Las grandes conmociones del espíritu, al igual que las enfermedades incurables, se revelan un día, de repente, en una nimiedad: un perfil entrevisto en un autobús, un verso leído en la infancia que se recuerda súbitamente, una insignificante calentura en un labio, un leve dolor en la espalda. Parecen nada, pero, de pronto, como si fuesen puertas por las que se accede a un mundo de suelos de nube y algodón por el que no podemos caminar, marcan el instante decisivo desde el que ya no podemos regresar, porque la puerta es de una sola dirección y el

tiempo comienza a contarse de forma distinta, como un resto, no como lo que habrá, sino como lo que queda e inexorablemente se consume. Había sido aquella misma tarde de marzo cuando se abrió la puerta y Álvaro Atienza traspasó el umbral hacia el país sin suelo, hacia el territorio del tiempo de descuento, el tiempo en el que el partido ya ha terminado y sólo la conmiseración o el despiste del árbitro permiten un hálito de esperanza y, a la vez, de desesperación.

Ese miércoles de marzo Álvaro Atienza se había levantado casi a las tres de la tarde, justo con el arranque del molino que trituraba las piedras de feldespato, cuyo motor oía perfectamente desde la cama. Aun antes de abrir los ojos, pasaban por su mente las imágenes de los obreros moviéndose con premeditada lentitud: primero removían las lonas de la tolva, de donde se desprendía un polvillo gris que brillaba en el aire e impregnaba con uniformidad las vigas y el suelo del tendejón, después golpeaban pausadamente la vieja cinta de la mezcladora de caolín para que no se atascase y luego, cuando se atascaba, lo que ocurría cada poco, paraban un rato el motor y fumaban un cigarrillo. Trató de dormirse otra vez durante esa pausa, pero no lo logró, pese a que se había acostado cuando ya despuntaba el día, ocupado en el montaje de un vídeo. Aunque no tenía una mesa de mezclas propiamente dicha, su equipo era lo suficientemente sofisticado para permitirle montar fotografías, banda de sonido e imágenes de ordenador sobre un mismo soporte videográfico, si bien el material de que se nutría procedía en su mayor parte de grabaciones de la televisión, con las que componía relatos de unos pocos minutos que estudiaba y modificaba con reiteración. Floro Santerbás tuvo la ocasión de contemplar alguno de aquellos vídeos y quedó impresionado. «¡Qué bárbaro! –le había comentado–, no pude apartar la vista de la pantalla ni un solo minuto; lástima que la película sea tan corta y yo no haya entendido nada, pero dime, ¿por qué ninguno de esos tíos y tías llegan nunca hasta el final? Comienzan a matarlas y, ¡zas!, aparece otro que comienza a matar a otra y luego un tigre que comienza a matar a un ciervo y luego un drácula que va a morder, pero nunca nadie termina la tarea.» «Ya, eso digo yo», había respondido lacónicamente Atienza. Su archivo de vídeos era una organización de fragmentos («besos», «despedidas», «miradas», «montañas»), cuya finalidad y criterio de selección ninguno de sus amigos llegaba a comprender muy bien. Pero ésa, como otras, era una de las rarezas que se le suponían a Álvaro Atienza.

No necesitó mirar el reloj para saber que ya eran las tres. Aquellas imágenes laborales que circulaban por su cabeza se habían repetido miles de veces desde que tenía memoria para recordar y le arrastraban

a una cadena de asociaciones inevitables: el dolor en el pecho o en la espalda, el amargo sabor de boca producido por el alcohol de la noche anterior, la amargura del alma reanimada una vez más por los ruidos fabriles que, cada mañana de su vida, le empujaban hacia la conciencia de ser quien era, raptándole del sueño donde a veces podía ser otro, no importaba quién. Su casa, como su infancia, era la exacta prolongación de la fábrica Lozas y Porcelanas Atienza, S. L., una fábrica que estaba en la decrepitud y que cada día se reproducía a sí misma con los mismos exactos movimientos, cada vez más lentos, cada vez más inútiles. Había logrado ignorarlo casi todo acerca del negocio, pero era imposible, incluso para él, no ver aquel desmoronamiento que amenazaba con arrastrar la vida de su padre, la de su hermana y, aunque él no quisiera reconocerlo, la suya propia. Permaneció durante un rato más con los ojos cerrados repitiéndose lo mismo que se decía cada mañana, como una cantinela: «No me importaría morir en este mismo instante». Se había acostumbrado a combatir el sentimiento de culpabilidad con el autodesprecio y luego combatía el autodesprecio con aquel eslogan de la conciencia que era, al fin, el que le daba fuerzas para salir de la atroz duermevela y levantarse de la cama. Morir. Así resultaba más fácil afrontar el hecho de que, tarde o temprano, dejarían de renovarle el contrato en la universidad, que, un día u otro, la fábrica dejaría de funcionar, los acreedores se echarían encima y se verían abocados a la ruina. Pero no hacía nada por impedir ninguna de las dos cosas, ni se imaginaba remotamente lo que podría hacer, porque jamás pensaba en ello. Simplemente, la idea de morir le resultaba más gratificante: todo lo aliviaba, trivializaba y disminuía. Y siempre estaba allí, al alcance de la mano.

Por fin abrió los ojos y contempló las oscuras vigas de castaño que sobresalían del cielo raso. Les hacía falta una mano de pintura. En el aire estancado de la habitación bailaban pequeñas motas de polvo iluminadas por los pocos rayos de sol que se filtraban a través de las contraventanas de madera, hundidas en el muro como pantallas de televisión. Miró hacia el techo e imaginó a su padre en la habitación superior, justamente encima de la suya, metido en la cama, como él, leyendo el periódico con las gruesas gafas de miope levantadas sobre la frente y acercando los papeles a la cara como si los estuviese olfateando. Ya habría terminado de comer y el carrito que le servía de mesa y de atril estaría aún lleno de restos de comida, esperando a que Agustina o su hermana Teresa subiesen a retirarle la bandeja, para que pudiera volver a trabajar en sus libros de contabilidad. Llevaba más de dos años así, autodeclarado enfermo terminal, sin salir de su

habitación excepto para ir al cuarto de baño y casi sin levantarse de la cama, manteniendo un permanente rictus de dolor que se cambiaba por una expresión sombría, pero relajada, cuando creía que nadie le miraba. Ya no le regañaban, ¿de qué serviría?, incluso ahora causaba menos molestias que cuando andaba por la fábrica y por la casa tropezando con todo y rompiendo floreros al pasar. Toda su vida había sido un cero a la izquierda en casa de los Atienza y hasta sus hijos, con el paso de los años y sin premeditación, simplemente porque la gente los conocía así, fueron sustituyendo el Fernández de su primer apellido por una «efe punto» y luego hasta perdieron esa «efe punto». Ahora, desde hacía más de dos años, el pobre Melquiades había renunciado a vivir, pero sin atreverse a morir, y Álvaro se sentía unas veces indignado y otras apenado por lo que percibía como una profunda y radical mediocridad. Tras una simple gripe, en la que sufrió una fiebre más alta de lo normal, don Melquiades había reaccionado con un terror inmotivado e infantil que le impedía salir de la cama. Resultaron inútiles todas las argumentaciones, las prescripciones médicas y las amenazas familiares, el anciano se apoltronó entre las sábanas y, por una vez en su vida, fue inflexible en su decisión. Desde allí llevaba las cuentas del negocio garrapateando cifras sobre sórdidos libros de cartoné, tan remotos como la época en que se inventó la contabilidad de partida doble. Varias veces al día, su hija Teresa entraba en aquella habitación con albaranes, con facturas o con comida, pero siempre dando órdenes con una exasperada energía que se manifestaba en el elevado tono de la voz y en la prisa. Teresa adoraba las misas de doce, los gritos y la prisa. Ella llevaba la casa, dirigía la fábrica, despachaba con los viajantes y con los proveedores, pagaba las facturas, peleaba con los bancos y además tenía tiempo para ir al Club de Tenis y mantener una aceptable vida social. Los obreros, tan antiguos y desmoronados como la propia fábrica, solían decir de ella que era «mujer de mucho genio». Sin embargo jamás se había atrevido a despertar a su hermano, aunque se quedase en la cama hasta las cinco de la tarde. Por el contrario, había impartido severas órdenes a Agustina para que, si Alvarito no se levantaba antes de las dos, tuviese dispuesta la mesa labrada del comedor, primorosamente acicalada con la mantelería de hilo, la vajilla de filo dorado y los cubiertos de plata; la comida propiamente dicha se la dejaban en pequeños recipientes de cerámica listos para ser calentados en un horno microondas instalado sobre el vetusto aparador. Sólo en muy contadas ocasiones coincidían los dos hermanos a la hora de comer. Se veían poco y hablaban poco, siempre con ajustada cordialidad. Álvaro Atienza no era persona que se dejase

mimar y su hermana, sólo tres años mayor que él, debía reprimir y controlar los pocos arrebatos de ternura que a veces afloraban a su rostro, muy desentrenado ya para la expresión de sentimientos.

Nada más ponerse en pie Álvaro notó que el dolor de la espalda se generaba en el hombro derecho, a la altura del cuello, y descendía desde allí hasta el final del omoplato, donde le aguijoneaba un pinchazo cada vez que realizaba cierto movimiento. Identificó inmediatamente su naturaleza y sus causas en el mapa del dolor que tenía impreso en la mente desde su infancia y recordó que llevaba varios días sin hacer los ejercicios que le ayudaban a sostener su espalda. En uno de los rincones de la enorme habitación estaban las espalderas y los perversos aparatos de gimnasia sobre los que debía desplegar y torturar su cuerpo. El intento de mantenerse erguido ya era ilusorio hacía más de treinta años, cuando su tío Álvaro los instaló allí con ciego optimismo y una jovialidad que ahora a él se le antojaba cruel. «¡Haré de ti un atleta, Alvarito!», había dicho. Y durante años hicieron gimnasia juntos, porque el tío Álvaro era un hombre indesmayable y no soportaba que le quitaran la razón, aun a costa del sufrimiento de un niño. Por supuesto, no consiguieron enderezar lo que estaba torcido pero, al menos, desarrolló una musculatura mental y una disciplina de la voluntad que le permitieron sobrevivir a la desesperación. Ahora, sólo cuando los dolores se hacían muy persistentes volvía ocasionalmente a los aparatos de gimnasia durante unos días, para dejarlos otra vez. Prefería las aspirinas.

A las seis de la tarde había quedado en recoger a Rodrigo de Almar en la Escuela de Artes, donde éste impartía clases de dibujo desde que había regresado a la ciudad. Tenían el propósito de acercarse después a Cimadevilla, en Gijón, donde alguien iba a proporcionarles un par de gramos de coca, así que, antes de subir al comedor, Álvaro salió por la puerta trasera de la casa y se acercó al zaguán del garaje, donde tenía la moto. Hacía un día espléndido, frío y azul. Un joven marroquí, muy espigado, se acercó corriendo hacia él. Venía del chamizo que antes había sido la caseta del guarda y que, con los años, quedó unido mediante diferentes techumbres a la nave del empaquetado. Ahora el conjunto servía como almacén de todo tipo de cachivaches y también como precaria vivienda del marroquí, quien tenía un incierto empleo de guarda nocturno y hombre para todo.

–Oye, Tahar –le dijo Álvaro–, límpiame la Norton y engrásale la cadena, pero pásale luego un paño, que si no me pongo como un Cristo.

–Ahora mismo –contestó el joven muy sonriente.

Parecía contento de ser útil y, aunque Álvaro no diese jamás

muestras de ello, el joven marroquí le caía muy bien. Sabía que era mucho más inteligente y cultivado de lo que su condición laboral hacía suponer y le admiraba que, aun así, Tahar siempre estuviese alegre. Pero Álvaro Atienza había construido una imagen de sí mismo que le impedía mostrar afectividad. Desde que era un niño había aprendido a discernir las miradas que recibía de los demás, y en ese espejo, tan deformado como su espalda, se generaba su propia mirada, una mirada fría y penetrante que inspiraba temor. Había conocido tan bien la falsa piedad (todo el mundo se había apiadado de él en uno u otro momento de su vida) que el más leve reflejo de ternura en unos ojos le producía vómitos. Con el tiempo, su experiencia de niño y de joven monstruo de buena familia fue registrando todas las miradas humanas en un minucioso catálogo, un monumento elevado a la hipocresía. La conmiseración, la piedad, la compasión y la espontánea caridad que aparecían en la superficie de los ojos que le miraban nunca pudieron tapar el asco, el rechazo y el distante horror que producían su joroba y sus labios azulados por la mala respiración. Había miradas, en general de perfil o a hurtadillas, que sólo circulaban cuando los párpados estaban entornados y desatentos; entonces mostraban la desnuda aversión o el temor a un contagio, como si su deformidad fuera transmisible a través de la luz. Otras más frontales, que se escudaban tras los velos de la cortesía o tras la impune prepotencia de estar mirando a un niño, emitían tan densa opacidad que parecían provenir de estatuas. Atienza adquirió una especial habilidad para percibir esas miradas y una excelente memoria para reconocerlas de inmediato, especialmente cuando sus interlocutores evitaban obsesivamente mirarle la espalda deforme o sus ojos de malvado. Unos ojos que se construyeron y legitimaron en aquel infame comercio de la piedad. La mayoría de la gente se sentía incómoda a su lado sin saber por qué y Álvaro notaba esa incomodidad como una espada con la que le herían, pero también con la que él podía herir. Algunos rebuscaban con ahínco palabras importantes para anular aquella extraña sensación de deuda que les provocaba su presencia y otros proferían de inmediato cualquier necedad, porque Álvaro Atienza jamás consideró necesario iniciar una conversación. Simplemente, si no tenía nada que decir, callaba; y eso, en algunas circunstancias, causaba verdadero terror. El sinfín de menudencias que se pronuncian por el hecho inevitable de que los seres humanos tenemos lengua quedaba clausurado cuando llegaba él; «¡cómo llueve!, ¡qué calor hace!» resultaban expresiones concluyentemente superfluas en su presencia. ¿Cómo dirigirse a aquel hombre sin mencionar al menos la inmortalidad del alma?; uno podía

arriesgarse a una réplica sarcástica o a ese tipo de respuestas razonables y antipáticas como «¿tú crees, en realidad, que llueve?». Álvaro era consciente de la distancia que instauraba a su alrededor y sólo muy pocos amigos, Floro Santerbás, Mari la Gorda y algunos más, la franqueaban con liberalidad. Pero no podía evitarla y ni siquiera estaba seguro de desearlo. Pensaba que era mejor la indiferencia moral, la supresión de todo deseo y la fría lucidez que emanaba de esa distancia. Porque la distancia era real, no un producto de la imaginación: él era diferente. Y su conciencia era conciencia de esa diferencia, donde se fundaba su radical individualidad, allí, en su espalda, levemente inclinada sobre el hombro izquierdo, una colina roma y dolorida donde se albergaba su identidad, el lugar donde reposaban su razón y su voluntad, el habitáculo de toda su memoria, el hogar de un yo con el que había aprendido a convivir tras muchos años de enemistad.

Llegó a la Escuela de Artes unos minutos antes de las seis y aparcó la moto frente a la puerta. Era un edificio reciente, de planta irregular, construido sobre los muros de un viejo convento, cuyos sillares aún poseían cierta majestuosidad bajo las nuevas paredes. Todavía lucía el sol cuando entró en la escuela. Las aulas de la primera planta rodeaban los cuatro lados de un viejo claustro de columnas por el que circulaban algunos estudiantes. Álvaro se entretuvo un rato contemplando el agua que borbotaba mansamente en la fuente central, en medio de un pequeño jardín, luego comenzó a asomarse a las cristaleras de las aulas en busca de la clase de Rodrigo de Almar, subiéndose, de vez en cuando, sobre el poyo de piedra que recorría todo el perímetro. Los pocos estudiantes que pasaban apenas le prestaban atención. El cuello de la chaqueta subido y el pelo recogido en una cola sobre la espalda contribuían a esconderle la joroba, pero ya había observado en otras ocasiones que, cuando llevaba el casco de motorista en la mano, casi nadie se fijaba en él, como si el casco, ejerciendo la misma función que una sotana o un uniforme militar, le hiciese perder individualidad en favor de una categoría humana más general y más aceptable, donde quedaba asumido e irremisiblemente identificado: era uno de esos tipos duros que andan en moto y llevan casco, una especie antigua, estrictamente asociada con el rock and roll. No le prestaron atención.

Tras una de las cristaleras encontró la clase que buscaba. Rodrigo se paseaba sobre la tarima con un papel en la mano diciendo algo que no consiguió oír. Los estudiantes, no más de una docena, dibujaban o conversaban junto a grandes tableros blancos sin prestarle una atención explícita. En el centro del aula, una muchacha dibujaba con

mucha concentración. Tenía el cabello castaño, ondulado, no estaría a más de tres metros de distancia de donde él se encontraba, tras el cristal, y la veía de medio perfil, levemente apoyada sobre los antebrazos, muy atenta al trabajo que estaba realizando. La chica hizo unos trazos sobre el papel, se detuvo de golpe y miró hacia el frente pensativa, sosteniendo el lápiz en el aire. Se quedó inmóvil, sin mirar a nadie en particular. Álvaro tuvo la sensación de que el conjunto de los movimientos de la clase adquiría una extraña coordinación en torno a su figura, como si los demás estuviesen participando en una danza inconsciente alrededor de ella, o su cuerpo emitiera música, o marcara el ritmo. La blusa de la muchacha, distraídamente abierta, permitía intuir una línea que no estaba apresada por el sujetador. Álvaro la observó con extremada atención, como tratando de memorizar su rostro. Tenía los pómulos altos y delicados, los labios entreabiertos, la mirada desatenta. Su rostro no expresaba la concentración de quien reflexiona; tampoco el aire, un poco alelado, de quien está sumergido en la memoria tratando de rescatar las esquinas de un recuerdo; no parecía ser ignorante de su entorno; al contrario, percibía en ella un concentrado abandono que transmitía bienestar, armonía, inocencia. Álvaro pensó, con cierta pedantería, que la belleza concebida por los clásicos seguramente se definía por esos mismos rasgos abstractos –armonía, tranquilidad, inocencia– y, de forma aviesa, deseó que la muchacha se inclinara hacia delante, estaba seguro de que la blusa se abriría un poco más y le vería el perfil de un pecho, quizás el pezón. Pero no se inclinó hacia delante. Inopinadamente volvió la cabeza y le miró a él. La mirada lo cogió por sorpresa. Con sobresalto, con efusión, con alegría. Pero la alegría era un sentimiento extraño a su corazón. Por un momento sintió que una mano le acariciaba el alma, como si él tuviese alma. Notó que la luz de marzo destellaba plácidamente sobre los tableros blancos de la clase y que la muchacha tenía los ojos del color de la miel y que en la miel refulgían unas chispitas verdes. Estuvo a punto de ver y sentir algo más, pero no pudo. Sin saber quién estaba dando la orden de partir, Álvaro se fue retirando del cristal lentamente y bajó la cabeza poco a poco, tal y como desaparecen las marionetas de su escenario de tela y cartón. Justo en ese mismo instante, cuando sus ojos aún no habían rebasado el borde del cristal, ella sonrió y, a la vez, sonó un timbre anunciando el final de las clases.

Los estudiantes iban a salir del aula. Es decir, ella iba a salir y le vería allí, al lado de la puerta. Caminó precipitadamente por el lateral del claustro en busca de la salida, pero se encontraba justo en el lado contrario. Iba a retroceder cuando, en efecto, los estudiantes salían del

aula y le cortaban el paso. Siguió adelante y encontró la puerta de los urinarios. Entró. Contra todo estereotipo prejuicioso acerca de los centros de enseñanza pública, los urinarios estaban inmaculadamente limpios. Se escondió en un retrete y se sentó sobre la taza con el casco de motorista en las rodillas. Apoyó la frente sobre el casco y se echó a llorar.

Sé que hay cosas que deberían quedar secretas; la dignidad exige que la miseria humana no sea como un trofeo del espíritu, aunque la moda premie hoy ese espíritu canalla. Por dignidad, no debemos exponer a la mirada pública esos momentos confusos y humillantes en los que un hombre, sin saber por qué, llora escondido en un retrete. Sin necesidad de reflexión comprende que toda la belleza y el amor dispersos por el mundo le son irremediablemente ajenos e inalcanzables, que la piedad de los dioses no le ha evitado conocer una mirada que jamás le será dirigida. Sé que la dignidad exige silencio y que debería prevalecer el inmutable rostro, la mirada dura y altiva que todos conocen de Álvaro Atienza. Pero la dignidad es sólo un atributo de las buenas conciencias y mi conciencia no es buena ni pretende una lápida laudatoria. Sé bien que esto no es una justificación, que, como el mismo Álvaro Atienza ha sostenido durante toda su vida, nunca hay justificación para quienes exhiben sin pudor sus llagas o sus malas intenciones, para atribuirlas luego a un desamor sufrido en la oscura infancia de la afectividad. Había proclamado que nadie tiene derecho a manifestar dolor o sufrimiento, porque el dolor y el sufrimiento son contagiosos y sólo estaría permitido exhibirlos en defensa propia, frente a los verdugos que los causan. Pero ¿quiénes son los verdugos de un hombre que llora solo en un retrete tras haber contemplado fugazmente a una estudiante de dibujo?

Aquel llanto era un fin en sí mismo, como si toda su vida no hubiera sido más que una excusa para llegar a ese instante de suprema tristeza. Y en este punto, alguien debería hablar en nombre del dolor, en nombre de la fealdad e incluso en nombre de la maldad, porque son atributos siempre pagados con desprecio y siempre surgidos del desprecio. El infierno del alma no se enciende con los ardientes carbones del odio, sino con las cenizas del desdén y de la indiferencia, las verdaderas sustancias de nuestro viejo origen, el pecado del ángel: sublevarse al ser ignorado por quien uno estima.

Cuando por fin salió de la Escuela de Artes, Rodrigo le esperaba apoyado sobre la moto. Álvaro llevaba el casco puesto.

–Menos mal que vi la Norton –dijo–, estaba a punto de marcharme. ¿Dónde te has metido?

–Estuve cagando –mintió brutalmente–, los retretes están muy

limpios.

Ya sobre la moto, sin que Rodrigo alcanzara a oírle, concluyó:

–Demasiado resplandecientes para mi gusto.

Dos

El café Mercurio era un viejo cafetón de mesas de mármol que pasó milagrosamente los devastadores años sesenta sin plastificarse en cafetería americana (por ejemplo, bajo el atractivo nombre de Mercury). Después logró mantenerse en su gloriosa decrepitud gracias al amable carácter de sus dos socios propietarios, cuñados entre sí, cuya feroz inquina mutua paralizaba cualquier iniciativa de reforma e incluso la simple y clamorosa necesidad de darle una mano de pintura. Ramiro, el barman, conocido como el Hurón, era uno de esos hombres a quienes todo sale mal en la vida, incluido el café; enjuto, narigudo, silenciosamente hostil, consumidor voraz de bicarbonato, agriaba el vino tan sólo con mirarlo, razón por la cual siempre tenía puestos los ojos en otra parte, lejos del rostro de sus clientes; sólo la rechoncha figura de su cuñado gozaba de su implacable vigilancia mientras deambulaba por el salón sirviendo las mesas y chismorreando contra él. El Hurón se había casado con una mujer no sólo fea y de mal carácter, que no le había dado hijos, sino que además, según se decía, la Nena le había puesto los cuernos desde tiempo inmemorial. Por su parte, Alfonso, el hermano de la Nena, sólo parecía tener una meta en la vida: hablar mal de su cuñado con parsimoniosa mala fe, masticar un palillo entre los dientes y buscar la oportunidad de sentarse a jugar al dominó; era entonces cuando se permitía gozar de las miradas de odio que recibía desde el otro lado del mostrador. Detrás de la caja estaba la Nena, a quien ambos temían por igual: se contaba que había ahogado un gato en el retrete mediante el simple procedimiento de sentarse encima de la tapa y tirar de la cadena hasta dejar de oír los salvajes aullidos del animal. Había aprovechado ese rato de ocio creador para pintarse las uñas. Era una mujer desafiante, siempre al acecho; sólo tras innumerables tardes de miradas a hurtadillas (ella se marchaba siempre a las nueve y media y no regresaba ya al café), uno podía hacerse una idea del rostro que habitaba tras la máscara de cosméticos y cejas dibujadas. Como su hermano, la Nena era gordita y sus labios una estrecha y larga raya sobre la barbilla carnosa, donde se había dibujado una boca roja, en forma de corazón. A primera vista parecía sonreír; sin embargo sus ojos paralizaban a los borrachos, los cuales terminaban llorando unas penas que ignoraban tener antes de entrar allí. Nunca hubo lugar de borrachos tan obstinadamente llorones y desdichados como el café Mercurio.

En la parte trasera del café, separado del penumbroso salón por dos escalones descendentes y una gran mampara de madera y cristal esmerilado, estaba el reservado donde se jugaba al billar. Compartiendo el espacio con algunos barriles de cerveza y cajas de bebidas vacías, había un par de mesitas de mármol y un gran diván de terciopelo rojo, medio desventrado, que corría a lo largo de la pared del fondo; sobre ese diván, una ventana impenetrable que accedía a un patio interior y, en el centro, una gran mesa de billar iluminada por dos grandes pantallas; no había ninguna otra luz.

Sobre las ocho y media de la tarde comenzaban a llegar los clientes del reservado, hasta entonces a oscuras, como si aquel espacio constituyese un territorio sólo accesible para los habituales. El primero en llegar fue Floro Santerbás, justo a la hora en que se cerraba la biblioteca municipal, donde había pasado la tarde. En ese punto funcionaba como las manillas del reloj: pedía las bolas, la tiza, una cerveza, unos cacahuetes y se ponía a jugar. Así lo hizo, acompañando las carambolas con el silbido de una alegre melodía. Floro Santerbás estaba contento por no perder la costumbre. Un rato después llegó Rodrigo de Almar. Floro le preguntó:

–Qué, ¿esperamos por Álvaro o jugamos una partida?

–Mejor jugamos. No creo que Álvaro venga hasta muy tarde, si es que viene.

Rodrigo parecía sentirse incómodo y hablaba en voz muy baja pese a que estaban los dos solos:

–He visto su moto aparcada cerca de la escuela y creo que vuelve a las andadas. ¿No crees que debería hablar con esa chica de una vez? Realmente no me explico cómo ha caído Álvaro en una situación tan ridícula.

–No te creas. A veces es mejor la fantasía que la realidad. O mejor dicho, siempre es mejor la fantasía. El día que hable con ella, si es que llega, quizás se le derrumben en la cabeza otros edificios más importantes y será peor. Mientras se conforme con las fotografías…

–Quizás tengas razón –musitó Rodrigo bruscamente–, pero ¿por qué no dice nada y se niega obstinadamente a hablar de ello? Lo han visto persiguiéndola por las calles como un adolescente y él ni siquiera se da cuenta. Un profesor de su facultad me dijo que últimamente falta a muchas de sus clases y que sus alumnos van a presentar una queja. Al menos podría ser más discreto.

Quedaron en silencio, pero jugaban con precipitación. Rodrigo parecía arrepentido de sus palabras y zanjó la cuestión.

–Bueno, está en su derecho de hacer lo que quiera. Cada uno tiene sus propios motivos y sólo él sabe lo que le conviene.

Rodrigo no solía emitir juicios acerca del comportamiento de nadie. Desde que había regresado a la ciudad se había vuelto muy reservado y parco de gestos, como las personas habituadas a vivir en la clandestinidad. De hecho casi se podría decir que vivía de forma clandestina, recluido en su estudio, del que sólo salía para dar sus clases de dibujo en la Escuela de Artes y pasarse luego por el Mercurio a jugar al billar, dos o tres días por semana. Por lo demás, el resto de su tiempo era un misterio hasta para sus dos más íntimos amigos, quienes respetaban lo que se supone que es la turbulenta y secreta vida de un homosexual en una ciudad pequeña. Rodrigo jamás tocaba a nadie, hablaba con voz queda, no movía los brazos. Aceptaba el estigma de la esfinge propio de los tímidos patológicos, los policías secretos o los mentirosos con escrúpulos, pero lo sobrellevaba con la recatada dignidad que correspondía a un Almar, aunque las más de las veces esa actitud era percibida por los demás como simple altivez. Era un hombre realmente muy guapo, de complexión atlética, ojos negros, piel oscura y pelo ondulado, tal y como se suele describir a los latin lovers. Pese a haberse maltratado a sí mismo concienzudamente con todo tipo de excesos, no aparentaba en absoluto la edad que tenía; en él los vicios obtenían la recompensa de la buena salud. Desde que había regresado a la ciudad, dos años antes, perseguía un propósito imposible de cumplir: ser «normal». Pero ¿qué era ser normal? Una entelequia estadística, una invención sociológica y moral que sólo podía traducirse en mudez, quietud, disfraz, es decir, ser «nadie». No pudiendo asumir una personalidad que no existía, Rodrigo de Almar había optado simplemente por esconderse y amordazar su cuerpo para que de él no brotase nunca un gesto con pluma. Aunque su rostro seguía siendo casi el mismo, su carácter distaba un mundo del de aquel adolescente alegre y valiente que había marchado a estudiar Bellas Artes a Madrid a comienzos de los años setenta. Desde entonces todo se fue haciendo oscuro y dudoso para sus amigos, quienes sólo le reencontraban de año en año, cada vez más distante y con más dificultades para seguir su pista. Poco después de llegar a Madrid dejó la pintura, se hizo actor, luego bailarín y luego de nuevo pintor. Según supieron, se disfrazaba ocasionalmente de mujer, se fue a vivir a Ibiza y regresó, trató con gente abominable y también con personas maravillosas que le ayudaron a sobrevivir. Todo era entonces intenso y enigmático. Durante un período de espesa confusión vivió en Madrid con una joven de venas translúcidas y aspecto fantasmal, con la que viajó dos veces a Tailandia y a la India. Oficiaron juntos aquel extraño rito cultural de buscar en el lejano Oriente lo que ellos ya llevaban en la mochila: mercancías del alma sin nombre y sin imagen,

sentimientos religiosos cargados de desprestigio, inseguridad, penas, ignorancia, y un desprecio irracional por los sonetos, por los antepasados y consecuentemente por sí mismos. Pero, a su regreso, trajeron algunas cosas más en su mochila. Antes de emprender el segundo viaje, ella ya estaba embarazada y Rodrigo no lo sabía. Quizás no lo sabía ninguno de los dos. De cualquier forma, en Benarés consideraron el hecho como una revelación especial, un signo cuyo sentido aún ignoraban, porque en Benarés, como en Katmandú y en todos esos lugares adonde peregrinaban los europeos melancólicos en busca de su karma, todo eran signos. Los hechos más comunes y triviales adquirían allí proporciones cósmicas y requerían complejas y especializadas interpretaciones esotéricas, entre las que no se encontraba, por desdeñable y poco significativa, la de que no había utilizado ningún método anticonceptivo. En aquellos mágicos lugares, llenos de energía y poder, no existían el azar ni la casualidad, ni siquiera la necesidad. Tanto el leve vuelo de una mariposa al atardecer cuanto la consistencia y color de las heces matinales estaban unidos al cosmos por sutiles vínculos, eran signos trascendentales de cuya interpretación dependían por entero sus vidas. ¿Qué les auguraba, pues, aquel embarazo? El embarazo no era para ellos una realidad en sí misma, sino el signo de algo infinitamente superior que debían averiguar. Haber perdido un tren, cruzarse con unos recién desposados junto al Ganges, encontrar en la calle una sandía constituían presagios místicos, augurios unas veces felices y otras nefastos, pero siempre reveladores y cargados de sentido. Consultaron con distintos gurús, con hombres sabios, unos pulcros y otros andrajosos, cuyos consejos encerraban a su vez profundos enigmas. Ayunaron durante días y, poniendo la mente en blanco, se entregaron a la meditación profunda, que era de todas la más extraña forma de meditar, pues exigía repetir sin desmayo sonoros mantras nasales hasta lograr una perfecta obnubilación. El resultado fue que decidieron cambiar de vida. Pero ¿iban a tirar la heroína comprada en Tailandia y respecto a la cual ya habían adquirido ciertos compromisos y muchas deudas? Rodrigo, quien al fin y al cabo pertenecía a una familia riquísima, dijo: «Sí». La joven de venas translúcidas dijo: «No». Y lo argumentó con floridas palabras inspiradas en los maestros zen: ¿por qué abandonar la insaciable harina bajo el sol cuando sabemos que inevitablemente acuciará el hambre en el invierno?, ¿por qué despojarse del manto sobre la fría nieve? Era asombrosa su facilidad para acomodar la sutil metafísica de los haikus al viejo refranero castellano, pues lo que en realidad quiso decir fue: «Vale más pájaro en mano que ciento volando». La joven

Merche, aun bajo la influencia oriental, conservaba un sólido realismo mercantil y, sobre todo, unas venas demasiado frágiles y ansiosas. Regresaron a Madrid y nació un niño milagrosamente fuerte y sano. Practicaban yoga y meditación, la venta de la heroína iba muy bien, se querían. Los signos habían sido bien interpretados. Pero, de pronto, una mañana ella no despertó. El diagnóstico fue «sobredosis». Rodrigo no se lo podía explicar: ¿cómo se pudo equivocar una experta como ella? Para afrontar el golpe, envió al bebé a Oviedo con sus padres y se acogió a una explicación provisional: había sido un «accidente». Era consciente de que tal pobreza explicativa desdecía el imperio de los signos precedente y la armonía cosmológica que estaba a punto de lograr, pero, a fin de cuentas, en el cosmos también habita el caos. Y los meses siguientes serían para él verdaderamente caóticos.

Pese a toda la ciencia de Oriente, Rodrigo de Almar se había sentido culpable y víctima de una duda que había empezado a corroerle. Era una duda sexual, imposible de resolver. No se acusaba de no haberla querido, sino de no haberlo hecho de la forma en que ella esperaba o deseaba haber sido querida. La forma en que, seguramente, la habrían querido otros hombres. Las sutilezas de la duda se convirtieron muy pronto en un tormento que nadie podía aliviar. ¿Qué se le había escapado?, ¿qué había más allá de las caricias, el placer, la lealtad, los cuidados, el afecto y la ternura, en ese lugar donde él no había podido llegar? En su mente fue creciendo poco a poco un fantasma denominado «amor hetero», cuyo conocimiento pensaba que le había sido vedado y se sentía culpable por ello. La sexualidad era una extraña potencia del alma que le causaba estragos irreparables al confundirla con el amor y estragos aún peores cuando la separó de él y se volvió autónoma. Rodrigo comenzó a vivirla entonces como un artificio independiente de los sentimientos y la convirtió en una gimnasia promiscua e interminable, un fin en sí mismo, un pozo de culpabilidad del que no lograba salir. Quizás para atender y colmar el castigo que dicha culpa le estaba reclamando, la policía acudió diligentemente a su casa, lo detuvo y fue acusado de tráfico de drogas: dos años en la cárcel de Carabanchel. Un asunto sórdido, como tantos.

Se podría decir que esos dos años de cárcel fueron dos años de felicidad, si esto no sonase demasiado cínico. Pero ¿acaso no son más inescrutables los caminos del Señor que las derivaciones freudianas de la culpabilidad? La paz interior y la tranquilidad de espíritu que no le habían proporcionado los disfraces de mujer, ni la heroína, ni sus largos viajes a la India, las encontró en aquella bendita cárcel, entre chorizos, navajeros y camellos de poca monta. Durante los últimos

meses de estancia en la prisión encontró un nuevo amor, un joven yonqui llamado Adolfo, condenado a varios años por el asalto a una farmacia con resultado de pérdida de riñón para un mancebo afectado por el escopetazo de la recortada. Adolfo resultó ser casi clónico de Merche, igualmente sensible, autoritario y translúcido, igualmente frágil y enérgico. Rodrigo se sometió por completo a él y fue feliz.

Cuando por fin salió, recién cumplidos los cuarenta años, Rodrigo de Almar presentaba un aspecto exuberante y, para su sorpresa, su padre estaba esperándole en la puerta de la cárcel. Ese gesto resultó, a la postre, decisivo. Fue emocionante; no sólo porque su padre llevaba más de quince años sin dirigirle la palabra (desde aquella madrugada en que le comunicó, a voz en grito, que sí, que era maricón), sino porque, pese a sus años, se había presentado él mismo, sin limitarse a enviarle el coche con el chófer, lo que hubiera tenido similar valor simbólico. Este detalle fue suficiente para borrar todas las afrentas recibidas durante aquellos años de abandono; a Rodrigo le pareció que revelaba no sólo la profundidad de un sentimiento, sino la calidad de un estilo, una manera de hacer las cosas, una serena elegancia, es decir, una clase social, cuyas virtudes regresaban de golpe, amables y espléndidas, para ponerse a sus pies. Esta vez no las desaprovechó. Por las pocas cartas que había recibido de su madre sabía que el viejo se encontraba en mejor disposición hacia él desde que, casi por correo, les había remitido al niño. Pero jamás había recibido ninguna visita de sus hermanos ni muestra de afecto de su padre. Y ahora estaba allí, impecablemente vestido, esperándole junto al viejo Bentley gris.

El anciano plutócrata don Ignacio de Almar, apoltronado en el asiento trasero, observaba cómo, a lo lejos, su chófer recogía una gran bolsa de lona de manos de un joven moreno a quien apenas podía identificar. Desde hacía algún tiempo, se sentía desconcertado y sin saber a qué atenerse. Rodrigo era el último de sus cinco hijos, tres mujeres y dos varones, y el único de ellos a quien no había conseguido comprender ni encauzar. Don Ignacio había sentido un profundo malestar el día que su hijo le gritó en el comedor: «¡Sí, soy maricón!, ¿es que no lo entiendes?». Le resultó abominable. Durante años no había tolerado ni la mera mención de su nombre. Pero aquel nieto, entonces, ¿cómo era posible? Sin duda había cometido algún error, se había precipitado al juzgar a su hijo. ¡Cambian tanto los tiempos y las costumbres! Porque, desde luego, el niño que les había enviado se parecía a él más que ninguno de sus otros nietos; ¡era un Almar inconfundible!

El anciano salió del coche y esperó de pie. No se miraron a los ojos, pero padre e hijo se abrazaron levemente, porque todas las cosas en

presencia de don Ignacio de Almar eran leves y refinadas. No se dijeron nada. Rodrigo creyó notar cierta humedad en los ojos de su padre, pero no se atrevió a confirmar esa impresión de forma franca. Don Ignacio aún conservaba su abundante cabellera blanca, orgullo de toda la familia, que era muy devota de los genes. Pasaron al asiento trasero del coche. El suave y mullido cuero despertaba en Rodrigo una sensualidad antigua y embriagadora. A través de los cristales tintados del Bentley se tamizaba la inmisericorde luz del arrabal madrileño y los brillos de la caoba parecían más íntimos, más sutiles. Rodrigo deslizó las yemas de los dedos sobre aquella superficie. Su padre lo observaba con detenimiento y aprobación, pero Rodrigo lo miraba a él como si fuese una obra de arte: el cuello de la camisa blanquísimo y brillante, la prudente corbata de seda, el perfecto rasurado del rostro cuajado de arrugas, el suave perfume que exhalaba. Sus sentidos regresaban de un largo sopor hacia el goce de esas cosas bellas y carísimas (coches, muebles, alfombras, camisas) que habían estado presentes en su vida hasta el enfado de su padre.

–Me gusta el viejo Bentley.

El motor comenzaba a ronronear. Su padre sonrió.

–No es el mismo que tú conocías. Éste sólo tiene cinco años y es mejor.

En el transcurso del viaje hasta Oviedo, don Ignacio se mostró comprensivo y magnánimo. Le pidió que se quedase en casa, al menos una temporada, y le informó de que podría disponer del estudio que le habían instalado en el ático cuando aún era estudiante, que todavía se conservaba tal y como él lo había dejado, con telas y caballetes. Le aconsejó olvidar el pasado, emprender una nueva vida y, a continuación, comenzó a hablar de su nieto, «ese diablillo». A Rodrigo se le desvanecía el rostro de su hijo en la memoria de un tiempo confuso. Cuando le inscribieron en el Registro Civil, Merche había organizado una trifulca, porque el funcionario se negaba a aceptar el nombre de Arjuna. Tras una violenta discusión llegaron a un compromiso y le inscribieron con el nombre de Arjuna José. Ni Merche ni Rodrigo habían vuelto a mencionar jamás aquella minucia del «José», pero su padre se la rescató del olvido cuando dijo:

–Por cierto, Arjuna, Arjuna, ¿qué nombre es ése? –preguntó intrigado. Y sin esperar la respuesta, con una amplia sonrisa de satisfacción y ternura, concluyó–: En casa todos le llamamos Pepín.

Rodrigo respondió en voz baja:

–Me parece bien.

Casi tres años después, Rodrigo continuaba ocupando el confortable ático de la mansión de los Almar, había recuperado a sus amigos de la

infancia y pretendía ser «normal», aunque sólo lograba parecer misterioso. Pero nunca se sabe todo. A principios de noviembre, Manolo Arbeyo sería asesinado, y todo lo ocurrido hasta entonces comenzaría a perder verosimilitud, hasta la más rutinaria cotidianidad se volvería extraña y oscura a nuestros ojos. Los sucesos más simples aparecerían luego en la memoria cubiertos por un velo de sospecha y lo que Rodrigo nos había contado de sus años de ausencia también fue puesto en duda. Mari la Gorda me revelaría entonces que Rodrigo jamás había estado en la cárcel de Carabanchel ni en ninguna otra, sino en un sanatorio de Massachusetts, cerca de Boston, donde supuestamente lo habían sometido a un severo tratamiento de desintoxicación y a una reparación general de la conciencia. Si el niño Arjuna-Pepín era hijo suyo o sólo una pieza de repuesto colocada por los americanos para arreglar la conciencia averiada de Rodrigo, Mari no lo sabía con certeza, pero a todos los efectos legales –apellidos, tutela, inscripción registral, etcétera– el niño figuraba como hijo de su hermano Íñigo. Mari no quiso revelarme de dónde había sacado semejante información ni por qué se la había callado hasta entonces y yo no supe de nadie que pudiera confirmar o desmentir alguna de las dos versiones.

Rodrigo y Floro jugaban con la apariencia de estar concentrados en la partida, pero era evidente que pensaban en otra cosa y las ideas les atoraban las manos como guantes de yeso. Tras un fallo clamoroso, Floro Santerbás se incorporó bufando y exclamó:

–¡Esto no puede seguir así, no doy ni una!

Se dirigió con paso vivo hacia la puerta de cristal esmerilado que comunicaba con el café y gritó:

–¡Alfonso!; ¡una de tortilla de patata con anchoas y dos birras!

Floro era grande y carnoso, le sudaban las manos. Mientras jugaba al billar solía llevar el pañuelo colgado de la cintura para secárselas y, tras los primeros compases de cada partida, el trapo manchado de tiza le hacía parecer un carnicero que despachase carne azul. Sus hombros descendían casi en línea recta desde la gruesa curva del cuello y le alargaban los brazos como a un simio, uno tenía la sensación de estar en presencia de alguien sumamente fuerte y torpe, en el colegio había sido cruelmente conocido como Quintal. Apenas le importaba su galopante alopecia, pero de aquellas humillaciones infantiles había retenido la preocupación de no sobrepasar los cien kilos de peso, preocupación que se revelaba en severos sacrificios, como tomar el café sin azúcar, pero que no le impedía embaular cada noche varios litros de cerveza con tortilla de patata sin miramiento. Floro Santerbás

tenía un carácter poco amigo de las disputas consigo mismo, o de los retos y competiciones con la conciencia; tras pequeñas batallas de la voluntad para levantarse temprano o adoptar un régimen sensato de comidas, siempre terminaba claudicando y asumiendo con resignada y alegre tolerancia su naturaleza pecadora: se acostaba al alba, se levantaba después del mediodía y comía y bebía con la delectación de un clérigo; a veces sentía remordimientos por ser tan insensatamente feliz, pero en cuanto se metía algo en el cuerpo, como aquellas anchoas embadurnadas en aceite que adornaban la tortilla, se le inundaba el ánimo de alegría y le daban ganas de cantar. No eran más que proteínas y otras sustancias que se procesaban en su cuerpo, pero Floro solía expresar por esa química un profundo agradecimiento y nunca dejaba de exclamar:

–¡Bendita sea la tortilla de patata y benditos sean los frutos de la mar!

Mientras Floro merendaba, llegaron Mari la Gorda y su amiga Maite. Las acompañaba otro profesor de la facultad de Matemáticas, muy joven, que solía liar porros con la concentrada regularidad de un asalariado. Al verse con público, con el estómago lleno y con un canuto en la mano, el ánimo de Floro se expandió como un gas (un gas simpático): se puso dicharachero y comenzó a jugar con fantasía, apoyándose en las bandas y enfilando en primer lugar la bola más alejada, como los campeones. Evidentemente, era el estilo más adecuado para perder, como el propio Floro subrayaba sin recato, pero ¿qué le importa la victoria a un verdadero artista? No se trataba de ganar al contrincante, «que además es un amigo», decía Floro con conmiseración, sino de doblegar al destino y dominar la naturaleza hostil. Porque todo el mundo sabe que las bolas se resisten a obedecer. Son seres redondos, pero muy obstinados y difíciles de convencer, muy cabezones, con ellas no sirven los halagos ni las amenazas, cuando se te ponen enemigas vas de ala. Algunos grandes maestros, como Domingo o Rico, solían hablarles en voz baja, les susurraban piropos, les hacían confidencias y desnudaban el alma ante ellas, pero no siempre daban resultado semejantes rebajamientos, porque las bolas te cazan las mentiras antes que tú mismo sepas que les estás mintiendo y entonces te maltratan sin misericordia. Lo mejor, según Floro, era olvidarse de ellas y jugar al billar sin intenciones. Lo cual, por cierto, es imposible, pero qué le vamos a hacer, ahí está el intríngulis. Si quieres ganar, las bolas se rebelan y te desobedecen, pero si no quieres ganar, ni siquiera ruedan. En el reservado del café Mercurio se hablaba sobre todo de filosofía, de arte, de religión, incluso de política, pero esos asuntos vergonzantes sólo aparecían a

través del lenguaje del billar, lo mismo que el carácter de cada uno aparecía en un estilo de juego.

Floro siempre jugaba sobre un proyecto de futuro. Para él, una carambola no residía en la geometría de su recorrido, sino en la posibilidad de otra sucesiva. En el billar, cada tirada es un polígono perfecto y a la vez una intención, un proyecto, el alma de un hombre. Floro solía perderse en trayectorias fantásticas, más basadas en una floritura que en una hipótesis fundada, porque le dominaba el deseo de asombrar, la exhibición, el regodeo, la carambola siguiente sobre la presente; sin embargo, pese a aquel presumido barroquismo de ángulos imposibles, era quien ganaba con más frecuencia, como si el jugar con amplitud de miras resultara rentable. Poseía el «temple»: un ataque del taco a la bola más próximo a la caricia que al golpe; era su famoso «toque de nylon». El temple, por encima de la finura o la precisión, encierra la verdadera sutileza del billar, es la cualidad donde se manifiesta el carácter del jugador, sus emociones, sus debilidades; es, por así decir, el lugar de la transparencia. Floro lo poseía. Rodrigo de Almar apenas lo alcanzaba algunas tardes, cuando los cuatro amigos jugaban solos y se sentía más tranquilo y relajado. Su especialidad era la finura, la buena puntería basada en una excelente vista. Por su parte, Álvaro Atienza le añadía una cualidad que lo amenguaba: su ataque a la bola era seco, frío, como si el temple procediese más de su menosprecio por las bolas que de la concentración en el juego; Floro lo denominaba el «toque de acero», eficaz, pero antipático. Sin embargo él, cuando conseguía el verdadero «toque de nylon» en algunas tardes gloriosas, golpeaba la bola con un temple mimoso, suave, tierno, la acariciaba y la bola empezaba a rodar asumiendo el movimiento desde su propio interior y no del taco que Floro sostenía entre sus dedos fláccidos. Algunas noches, Floro Santerbás se dormía arrobado por el recuerdo de esa experiencia de extraña intensidad y se percibía a sí mismo armonioso y elástico, comulgante con un mundo en forma de mesa de billar.

Iba a tirar una de aquellas maravillosas carambolas que le transfiguraban en un grácil doncel de la geometría cuando Manolo Arbeyo entró en el reservado. Floro tiró y pifió. Como se acababa de demostrar, Arbeyo era un gafe. No obstante, Floro le saludó sin rencor. Le preguntó cortésmente por su mujer. Era raro verles separados, Carmina solía acompañarlo incluso algunas noches en el periódico; ciertas malas lenguas propalaban que era ella quien había escrito sus mejores crónicas. Ninguno de los dos gozaba de muchas simpatías entre los asiduos del Mercurio.

–No ha podido venir –respondió Arbeyo precipitadamente. Tras una

breve pausa añadió–: Ha tenido que ir al cine.

Sus palabras inducían a pensar que Carmina había sido castigada a ir al cine. Era evidente que estaba mintiendo sin necesidad y sólo por el hábito de mantener una actitud de reserva y desconfianza. Se acercó a Floro y le susurró:

–Tengo que hablar contigo de un asunto urgente.

–Bueno.

Floro apoyó el taco en el marcador, dispuesto a dejar de inmediato la partida. Arbeyo le detuvo.

–No, ahora no puedo. Nos vemos aquí mismo mañana a las cuatro.

–De acuerdo, aquí estaré, ¿de qué se trata?

–Mañana te lo contaré. No me falles.

Sin tomarse siquiera una cerveza ni despedirse de nadie, Arbeyo dio media vuelta y se marchó.

Las noches gloriosas del billar solían terminar en borracheras no menos memorables. Tras cerrarse el café Mercurio sobre las doce, Floro Santerbás, en vez de coger la moto e irse a casa con el casco bien enfundado en el alma, seguía los pasos de Mari la Gorda y sus amigos por la calle Mon abajo hasta la plaza del Paraguas. Para quienes saben de estas cosas de la noche basta decir que Floro Santerbás siempre fue un borracho bienaventurado: trasegaba sin olvidarse de pagar, contaba intimidades sin faltar al pudor y escuchaba las ajenas con la debida atención, pero sin recordarlas nunca más; expresaba la alegría sin avasallar, era afectuoso sin ser besucón y, además, cantaba muy bien. Todos los borrachos del entorno se lo disputaban como colega de francachela y, al amanecer, se sentía triste y abatido como los demás. Aquella noche no fue una excepción.

Cuando llegó a su casa, casi con el alba, se sentó en el escritorio para cumplir con el rito culpable de la escritura que, en teoría, justificaba su vida. Quitó la goma elástica del cuaderno de hule negro que había llevado toda la tarde en el bolsillo del chaquetón y lo abrió sobre la mesa. En la primera página aparecía el rótulo «cuaderno n.º 34». Los otros 33 cuadernos (toda su «obra») se apilaban desordenadamente en las estanterías de su cuarto. Sólo faltaban, según sus cuentas, el cuaderno n.º 23, extraviado en una playa, y el n.º 31, que no sabía dónde estaba. Eran cuadernos de tapas de hule negro o rojo, como los que suelen usar los maestros de obra para apuntar medidas y consumos de cemento, abarquillados de tanto viajar en los bolsillos del chaquetón de piel, con ocasionales manchas de café o grasa ocultando frases sublimes que ni el propio Floro releía jamás. Parecían mazos de baraja mil veces pasados entre ásperas manos

campesinas, olvidados tras un rincón del mostrador, demasiado viejos para que nadie quisiese jugar con ellos. De los cuadernos podrían salir multitud de cuentos, poemas, pequeñas novelas y ensayos literarios, pero Floro no había pasado una sola línea a máquina, estaban ineluctablemente inconclusos, siempre quedaba un futuro infinito e improbable para hacerlo. Por supuesto, no tenía ordenador, pero se sentía confusamente interesado por el extraño mundo de la informática. Mari la Gorda había realizado ciertas aplicaciones matemáticas a la programación de ordenadores y Floro la abrumaba con preguntas incomprensibles, por si algún día pudiera introducir sus cuadernos en un ordenador y extraer de ellos una obra maestra. Se entendía que los cuadernos serían introducidos con sus tapas de hule y todo.

Floro se sentó una vez más ante su escritorio, una vez más medio borracho, una vez más al amanecer. Tras el último texto, que no se molestó en releer, garrapateó sin discontinuidad: «Casi siempre pían los pájaros cuando llego a casa a estas horas. No son alondras, ni jilgueros, ni caramillos, que ni siquiera son pájaros, sino flautas pastoriles. Es un guirigay difícil de discernir, que me da ganas de vomitar». A continuación se echó sobre la cama sin desvestirse y comenzó a roncar de aquella forma particularmente salvaje que hacía temblar las lámparas.

Todos los días, a las cinco de la tarde, Floro Santerbás iba a la biblioteca de la plaza del Fontán. La hora, sin embargo, no debe ser tomada con excesivo rigor, pues dependía de distintas circunstancias: sobre las dos y media de la tarde comía con la tía Margarita y con su madre, a las tres veían el telediario, pero no lo oían, las dos mujeres ya conocían todas las noticias por la radio y no cesaban de hablar comentando las imágenes que iban apareciendo en la pantalla, especialmente los distintos modelos que exhibían la Reina y las Infantas, personas consideradas casi como de la familia. Floro ocupaba el sillón orejero y ellas se sentaban en el sofá, detrás de la mesita de nogal donde la tía Margarita depositaba la cafetera italiana, aún humeante, sobre un mantelito de hilo portugués, primorosamente bordado. La cafetera de aluminio contrastaba por su tosquedad con la fina porcelana del juego de café, de la época en que los Atienza fileteaban los bordillos de todas las piezas con pan de oro indeleble y fabricaban unas porcelanas estampadas preciosas. Después del café la tía Margarita se servía una copita de Licor 43 y le ponía a Floro un buen lingotazo de coñac en una copa de balón que, en invierno, calentaba previamente con agua. Pero su madre, excepto los domingos

y festivos, no tomaba nada, porque los licores la amodorraban y luego no daba pie con bola en la tienda, según repetía cada tarde. A las tres y media Floro cambiaba de canal y ponía la segunda cadena, donde a esa hora daban documentales sobre la naturaleza, la vida sexual de los lagartos y todo eso. A los pocos minutos las dos mujeres comenzaban a cabecear y quedaban indefectiblemente dormidas, seguramente felices. En función de lo estimulante que fuese el documental y de la deuda de sueño dejada por la noche anterior, Floro también se quedaba dormido en el sillón y sólo emprendía el camino de la biblioteca cuando buenamente le abandonaba Morfeo. Había construido ante su madre, ante su tía y ante sí mismo, lo cual era mucho peor, una reputación de escritor que se legitimaba en el hecho de acudir diariamente a la biblioteca y en que la lámpara de su cuarto solía permanecer encendida hasta el amanecer. Esa reputación le permitía un estilo de vida cómodo, justificado frente a quien debía serlo y moderadamente desesperado frente a sí mismo. Floro podía reconocerse como un vago irredento, pero nunca como un cínico. A las doce de la mañana de cada día laborable sonaba el teléfono de su mesilla de noche y cuando levantaba el auricular ya sabía que oiría a su madre. Sentada frente a la caja de la zapatería Las Novedades en la planta de abajo, peinada con perfección escultórica, el teléfono en la mano izquierda, la derecha jugueteando con el collar de perlas cultivadas que llevaba puesto (el collar de perlas «bueno», junto con el resto de las joyas, estaba a buen recaudo en la caja fuerte), doña Rosa le decía a su hijo:

–Florín, cielo, ya son las doce, anda, despierta. Tienes los bollos suizos sobre la mesa del gabinete y todavía están envueltos en el papel de la confitería, porque la tía Margarita hoy tenía prisa para ir al mercado. El café está en el termo, en la cocina. ¿Me oyes?

–Sí, mamá.

Floro sabía positivamente que la estarían oyendo las dependientas de la zapatería, todos los clientes que hubiera en la tienda y probablemente casi todos los vecinos de la calle Melquiades Álvarez. De hecho la podría oír él mismo, sin necesidad de teléfono, con acercarse un poco a la ventana. Eso lo desesperaba.

–Y acuérdate de cambiarte de calcetines y de camisa, ¿por qué no te pones esa que…?

–¡Mamá, por favor! –susurraba Floro, temiendo que le oyera toda aquella gente–, ¡que ya tengo cuarenta y dos años!

Después de desayunar, Floro bajaba a la tienda y entraba directamente por la puerta interior hasta el pequeño despacho, donde ya estaba su madre preparándole el trabajo de la jornada. Con unas

manos exquisitamente cuidadas y adornadas de excelente bisutería (porque las joyas buenas ya sabemos dónde están y afortunadamente nadie había atracado todavía la tienda), le pasaba unas cuantas cartas, mientras le daba las instrucciones pertinentes: «Hay que contestar a éste y a éste, diciéndoles esto y esto otro». Floro tomaba breves notas en los márgenes de cada carta y luego, sentado frente a la máquina, escribía con una florida prosa comercial: «Estimados señores: Nuestra casa se congratula por los largos y fecundos años en los que venimos manteniendo relaciones comerciales; por ello nos resulta tan doloroso advertir que en su última remesa de mocasines, albarán número equis, que tanta aceptación tienen en el mercado, todos los números cuarenta de color marrón vienen para hombres con dos pies derechos, por lo que encontramos grandes dificultades para convencer a nuestros clientes. Procedemos a la devolución, etcétera, etcétera». Mamá estaba encantada, estimaba muy distinguida toda aquella prosopopeya, pero «jamás de los jamases», según propia expresión, permitiría que Floro tocase la caja del dinero porque conocía muy bien a su hijo, como había conocido a su difunto padre, «y es mejor no mentar la soga en casa del ahorcado». No obstante, con cierta regularidad, Floro solía encontrar billetes frescos en los bolsillos de su chaqueta, aunque su madre no tuviese muy en cuenta los estragos de la inflación.

Cuando terminó el documental sobre grandes depredadores a las cuatro y media, Floro salió tranquilamente de casa para acudir a la cita que tenía concertada con Manolo Arbeyo a las cuatro. Era un hombre relativamente metódico, pero le molestaba tener que sujetarse a un horario. La tarde de abril era espléndida, por las aceras paseaban ramilletes de mujeres jóvenes que lucían el talle con donosura y sin prisa, como se decía antaño para mencionar la primavera. A Floro palabras como «donosura», «talle», «rebozo», «cutis», «busto» lo excitaban por sí solas, formaban parte de su diccionario particular de obscenidades, le parecían provocadoras. Pero se trataba, en efecto, de una tarde luminosa y apacible, de las que invitan a respirar a pleno pulmón y a recordar con alegría los campos de la infancia, donde seguramente florecían las buganvillas, según se dijo a sí mismo. Todo estaba bien excepto por el hecho de que Floro Santerbás sería incapaz de distinguir una buganvilla de un croissant, en el caso de que los croissants colgasen de alguna planta. De su infancia, tan poco campestre, recordaba que a todo lo que no era verde se le llamaba genéricamente «flores». Se sentía culpable de la mediocridad de su experiencia sensible, abotargada por una vida libresca, malgastada en tugurios y cafés cargados de humo, cuando a tan sólo media hora de

autobús eclosionaban los ubérrimos paisajes asturianos, tan alabados por los amantes de la montaña y las guías de turismo. Su contacto con la naturaleza se reducía a las macetas que su tía cultivaba en la terraza y a los documentales de la segunda cadena durante la sobremesa. Se conjuraba a sí mismo para cambiar de vida, adelgazar, fumar menos, salir al campo y, una vez allí, bajarse de la moto y quitarse el casco para disfrutar del perfumado aire de los bosques. Sin embargo, el único paisaje que de verdad le había impresionado en su vida, provocándole un emocionado nudo en el estómago y una dulce sensación de desconcierto y pequeñez, había sido la acería de Ensidesa de noche, desde la autopista: una interminable sucesión de luces y tuberías que se perdían en el horizonte, moles de hierro y gigantescas chimeneas que escupían incesantes llamas de colores siempre cambiantes, dispuestas con la misma aparente arbitrariedad que las irregulares montañas de los Picos de Europa y casi tan colosales. Nunca podía pasar por allí sin detenerse al menos un momento y sentir, anonadado y tembloroso, la nocturna belleza del infierno. La obra de Dios, sin embargo, no había conseguido inducirle esas sensaciones, excepto que algunas catedrales fueran consideradas obra de Dios. Pero lo que se suele llamar «naturaleza» estaba en Floro asociado a las excursiones colegiales con que le habían torturado a lo largo de todo el bachillerato: almacenados en renqueantes autocares que apestaban a gasolina, les llevaban por despiadadas carreteras llenas de curvas y de baches a visitar Covadonga y sus lagos, Altamira y su comarca, Cabrales y sus quesos. Los niños se desgañitaban en los autocares cantando hasta la extenuación interminables aires regionales e incomprensibles himnos religiosos, fumaban y bebían a escondidas en los asientos traseros, se mareaban, vomitaban unos sobre otros en los momentos más inesperados. Una vez en su destino Floro se despistaba indefectiblemente y llegaba tarde a los innumerables recuentos de niños atribulados y vociferantes, en el curso de los cuales jamás pudo evitar el ser recriminado, abofeteado y castigado, como tampoco pudo evitar nunca regresar a casa exhausto y enfermo. El campo, la naturaleza, o como se le quiera llamar, era en su memoria el escenario de una miserable batalla de la que siempre había salido derrotado.

Mientras caminaba hacia el café Mercurio, Floro se exaltaba: ¡qué maravillosa resultaba la ciudad!; ¡la universidad, la catedral, la Corrada del Obispo, la plaza del ayuntamiento, el Fontán!: ¡calles estrechas y antiguas, plazas de piedras nobles y apacibles, casas de abolengo y edificios prudentes, con un bar en cada esquina para repostar en caso de necesidad! Sin embargo, en medio de aquella

exaltación urbana del mes de abril, se le venían a la cabeza sonoros nombres sin contenido claramente identificable: buganvilla, nomeolvides, rododendro, madreselva, jazmín, nenúfar, diente de león. Se asombraba de que la mayoría de esos nombres, sin remitirle a la imagen de ninguna flor concreta, fueran capaces de despertarle sensaciones tan delicadas: el aire tibio y perfumado de una tarde en un campo idílico y desconocido, el tacto aterciopelado de un pétalo violeta que se marchita entre los dedos, el blanco aroma de la flor del espino, una flor que no recordaba haber visto jamás, pero que sabía abundante en las páginas de Proust por el camino de Combray a Méséglise. Lo curioso era que no recordaba esas páginas, sino el aire, el tacto, el aroma mismo de las flores que jamás había visto. Ya no eran meras palabras, sino sensaciones intensamente vividas, pura experiencia corporal. Si aquellas flores, en lugar de embriagar con su perfume imaginario, hubieran tenido el poder de dejar huellas en la piel, Floro llevaría todo el cuerpo tatuado con sus nombres. Su metabolismo era capaz de transformar el grácil vuelo de una mariposa en un proceso digestivo y su mente actuaba como una fábrica de voluptuosidades o melancolías. No pocas veces, leyendo a Borges, a Kafka, o incluso a Baltasar Gracián, un solo pensamiento sublime le había hecho llorar o masturbarse.

Caminaba despacio, como solía, un pie delante de otro, sin entablar discusiones con la prisa, transportando sus ciento ocho kilos con tranquila eficiencia. A la altura del teatro Filarmónica, ya con el palacio de la Audiencia a la vista, se detuvo un instante para decidir el trayecto hasta la calle Mon, bien a través de la plaza de la Catedral, bordeando San Tirso, bien por la universidad, subiendo luego Altamirano. Por supuesto, se trataba de un mero dilema estético en el que Floro evaluaba los tramos de sol y las penumbras, los sillares dorados de la universidad y las antiquísimas grisuras de San Tirso. Nadie podría negar que en ese preciso momento Floro Santerbás era un hombre feliz. Con las dos manos en los bolsillos del pantalón, se dejaba acariciar con unción por la tibieza del aire primaveral. «La caricia de la Primavera –pensó en primer lugar, y corrigió–: La Primavera toca la piel con manos de hule blanco». Inició el movimiento de buscar su cuaderno en el bolsillo de la chaqueta de piel, pero desistió enseguida. No por la incongruencia de la palabra «hule», que le resultaba bastante satisfactoria, sino por la palabra «primavera», demasiado desprestigiada. «Aire blanco de hule sobre la piel», pensó. No valía la pena. Una mujer atravesaba en diagonal la plaza de la Audiencia, justo frente a él. Cargaba en su mano derecha una bolsa de malla, cuyo peso la obligaba a ladear el cuerpo. Floro

observó atentamente el fondo de la bolsa a través de las mallas muy abiertas: patatas, cebollas, manzanas rojas. Por la parte superior emergía un manojo de berzas. Floro enunció a media voz: «Berza». La palabra le produjo delectación. Había en ella algo íntimo y local que le satisfacía profundamente. Era una palabra humilde, sencilla, sin duda bondadosa. «Berza.» Inspiraba ternura y a la vez respeto, incluso patriotismo. Pero además resultaba graciosa. «Berza.» Se le escaparon un par de carcajadas, pero detuvo la risa. «Berza.» En realidad era desternillante. Ya no podía contenerse. Se reía con disimulo, movía los pies, trataba de taparse la boca con la mano, apenas pasaba gente por los alrededores, pero le daba vergüenza. «Berza», ¿qué pensar de un tipo solitario y enorme que de repente comienza a desternillarse de risa en medio de la calle sujetándose el vientre con ambas manos? El mero sonido mental de la palabra «berza» le arrancaba las lágrimas de los ojos. Se sentía tan avergonzado que buscó refugio y apoyo en el marco de la puerta del teatro, de espaldas a la calle. En esa posición, por las convulsiones de los hombros, era más fácil creer que estaba llorando. El teatro Filarmónica mostraba cierta decrepitud, pero a Floro le gustaba aquel aire de otra época, maderas mal barnizadas, cristales biselados, algunos de ellos desiguales. Se secó las lágrimas con el pañuelo y recordó la gran cantidad de conciertos de cámara que había escuchado allí, organizados por la Sociedad Filarmónica de Amigos de la Música, y también recordó las películas de la sesión de los domingos a las cinco, toleradas para menores, y la primera vez que escuchó al Coro Santiaguín de Langreo y la sesión de habaneras del Orfeón Donostiarra y la emoción abstracta e incomprensible que había sentido durante toda su vida cuando oía cantar a dos voces, no importaba qué canción. Pero no quiso regodearse en esos recuerdos, al contrario, los rehuyó. A veces sentía miedo de la dicha que le reportaban aquellas evocaciones, un miedo supersticioso, como si no estuviesen justificadas o no fuesen suyas, sino de otro, como si hubiera robado todos aquellos recuerdos o le hubieran correspondido a él por un error que no tardaría en descubrirse y alguien vendría entonces a reclamarle su posesión ilícita y a preguntarle con qué derecho era él dichoso, qué había hecho para merecerlo. Por eso no le gustaba regodearse en los detalles ni convocar conscientemente recuerdos dichosos; cuando llegaban los dejaba correr. Sin embargo todos esos recuerdos eran él, su síntesis. No había más que verlo caminar con aquella despreocupada pachorra primaveral para saber que era un hombre feliz y que no había dado golpe en toda su vida para ganarse el pan. Además, ciertas noches de extraño sufrimiento, había logrado articular frases bellísimas en sus cuadernos de hule. Frases llenas de

dolor. Palabras sabias y solitarias y nobles y también desesperadas. Dispersas. De una sutileza moral impensable en un hombre tan corpulento. Frases memorables que nadie recordaría nunca, ni siquiera él. Frases que quizás cumplían una función compensatoria para permitirle gozar de tan buena salud. Pero ¿quién puede pedir más de un bebedor de coñac?

Cuando llegó al Mercurio ya eran casi las cinco y Manolo Arbeyo no estaba. No se sintió defraudado. A esa hora concurría al café una homogénea clientela de jugadores de mus, de tute subastado y de dominó que se arracimaban en torno a las pocas mesas cercanas a los ventanales. Proliferaban las boinas, las bufandas y los rostros cenicientos producidos por las jubilaciones anticipadas, las bajas por larga enfermedad, el seguro de paro o la vagancia contumaz. No había ni una sola mujer.

Floro buscó con la mirada una mesa para sentarse un rato a leer el periódico, pero enseguida desistió; las partidas ocupaban toda la precaria luz que dejaba pasar la estrecha calle Mon y el resto del enorme café se encontraba vacío y en penumbra. Casi producían lástima los pocos jugadores que, por haber llegado tarde, arruinaban la vista sobre un cada vez más ensombrecido tres de bastos, pero era una implacable norma de la casa el no encender las luces hasta las seis, aunque los clientes se tuvieran que alumbrar con las brasas de sus cigarrillos. En invierno el encendido se producía a las cinco en punto, pero desde hacía unos días, la Nena había declarado oficialmente la eclosión de la primavera y con la alegría de la luz solar decretó el retraso de una hora para las bombillas. Si algún cliente osaba protestar, ella contestaba con su característica dulzura: «El que no esté contento ya sabe dónde está la puerta –y luego peroraba consigo misma durante media hora–: Se pasan cuatro horas gastando la baraja con un miserable café con leche y ya se creen con derecho de pernada», y exponía minuciosamente sus sólidos principios de filosofía comercial: una parte del género humano, denominada «los clientes», pertenecía a una estirpe codiciosa y canallesca, conchabada con el gobierno para explotar a los honrados comerciantes, a quienes chupaban la sangre con impuestos y con exigencias desde que en España no había mano dura. Los sufridos parroquianos se concentraban concienzudamente en el juego, fingiendo no oír, se miraban de soslayo y allí no se oía una voz más alta que otra, como si fueran refugiados en su propio país. Y quizás lo fueran.

En el larguísimo mostrador, donde Floro se sentó, no había más que otro cliente. Estaba al fondo, de pie entre dos taburetes. Floro tuvo la impresión de que le sonreía, como si le estuviese esperando, pero no

lo conocía. Era un joven rubio, muy bien parecido, que llevaba un impecable abrigo de pelo de camello, traje y corbata. Quizás porque iba tan elegante Floro pensó que se debía de haber extraviado paseando por la ciudad. De hecho, estaba a punto de ir a prestarle ayuda cuando Arbeyo entró en el café.

–Hola, Floro –dijo mustiamente.

–¡Pero, hombre! –exclamó Floro sin ningún cinismo, pese a haber llegado casi con una hora de retraso–, ¿dónde te habías metido?

Arbeyo parecía de mal humor.

–Ha sido por culpa de ese engendro –dijo señalando con un gesto de cabeza hacia la Nena–. Se negó en redondo a dejarme telefonear desde aquí y tuve que salir a llamarte desde el bar de enfrente.

–Te dijeron que no estaba, ¿verdad?… ¿o hablaste conmigo?

Arbeyo le miró sin comprender. En realidad, aparte de considerarlo un redomado vago, Floro Santerbás le resultaba bastante desconcertante. Pese a su reconocida gandulería, Manolo Arbeyo y, sobre todo, Carmina insistían una y otra vez en invitarle a las reuniones de Ecoconceyu, el grupo ecologista del que ambos eran socios fundadores. Pretendían también, sin ningún éxito, sacarle de marcha por los Picos de Europa, los lagos de Somiedo, el bosque de Muniellos y todos esos lugares paradisíacos que exigen levantarse con la luz del alba, a unas horas en que, como decía Floro, «todavía no están puestas las aceras». «Fíjate bien, Carmina –argumentaba–, para que yo pueda levantarme algún día a esas horas tengo que tomar carrerilla por lo menos desde un mes antes, porque lo difícil no es levantarse, sino meterse en la cama antes de las seis. Lo malo que tiene la naturaleza es que exige unos madrugones antinaturales. Yo lo veo imposible.» Sin embargo, no dejaban de insistir, porque para Manolo y Carmina Arbeyo la ecología, el montañismo y el asturianismo no suponían meros pasatiempos de fin de semana, sino una militancia y una devoción casi mística que les exigían procurar conversos y reclutar adeptos para la nueva cruzada a favor de la naturaleza, la buena salud y el bable.

Arbeyo tomó a Floro por un brazo y lo condujo hasta el otro extremo del mostrador.

–Ven, quiero presentarte a alguien.

El joven del abrigo beige les esperaba sonriendo.

–Mira –le dijo Arbeyo–, te presento a Floro Santerbás, un campeón de billar.

El otro extendió la mano y se presentó a sí mismo:

–Francisco de Borja Molina. Trabajo en la misma empresa que la mujer de Manolo. Acaban de destinarme a Oviedo.

–Es el nuevo jefe de Carmina –explicó Arbeyo.

–¿Sí?, ¿tan joven?

–Siempre me dicen lo mismo, pero no soy «tan» joven. Debería dejarme la barba, para impresionar un poco.

Francisco de Borja Molina sonreía mientras hablaba y producía una agradable impresión de candor. Sus ojos eran de un color azul extraordinariamente limpio y profundo. La piel sonrosada y el cabello rubio, peinado con raya a un lado, acentuaban su aspecto infantil. A Floro le pareció muy simpático. Los dos se sentaron en taburetes contiguos, mientras Arbeyo permanecía de pie, algo apartado. Floro pidió una copa de Magno, Molina un café solo y Arbeyo un poleo menta. Molina le preguntó:

–¿De verdad juegas al billar?

–Sí, claro, jugamos aquí, casi todos los días. Y tú, ¿sabes jugar?

–Juego de vez en cuando, al billar americano.

–¿Al pool?

–Sí, pero no soy demasiado bueno.

–¡Ah!, tienes que probar al billar de carambolas, el de toda la vida; ahí es donde se desarrolla la verdadera ciencia. Nunca verás un campeón de billar a tres bandas demasiado joven, sin embargo, fíjate, el campeón de España de pool tiene quince años, aunque bien mirado, ese chico, David Alcaide, tiene su mérito. El Gordo de Minessota, por ejemplo, jugaba al pool y fue genial. ¿Sabías que fue un personaje real?

–No, es que no sé quién es.

–¡Pero hombre!, el contrincante de Paul Newman en *El buscavidas,* ¡cómo no lo vas a saber!

–Ah, sí, ya caigo.

–El más grande jugador de pool de América, y todavía vive. Pero en México, Argentina y aquí, lo nuestro es el billar de carambolas.

–Bueno, algún día probaré, si no os importa.

–¡Qué va!, al contrario, me encantan las víctimas, porque juega uno más relajado y además soy un abusón por naturaleza. Oye, ¿tú eres ingeniero?

–No, soy abogado y economista. A mí sólo me mandan para preparar los papeles, pero luego son los ingenieros los que hacen las fábricas y dirigen las empresas… Bueno, en realidad es la primera vez que me destinan fuera de Madrid y no tengo mucha experiencia.

Entre Floro y Borja Molina se había establecido una indudable corriente de simpatía. Arbeyo estaba más bien mustio.

–¿Piensas quedarte aquí mucho tiempo?

–No lo sé, no depende de mí, pero seguro que estaré varios meses.

–Pues nada, lo dicho, tienes que venir por aquí a echar unas partiditas. Total, la técnica es parecida, sólo que con bolas más grandes. Y temple, mucho temple, que es una cualidad del alma. Por cierto, me voy a ventilar otro Magno, tú, ¿qué tomas? –Floro levantó el brazo.

–No, lo siento, pero tengo que marcharme. Llevamos aquí desde las cuatro y no tenía previsto quedarme tanto rato.

Se bajó del taburete y tendió un billete de cinco mil pesetas al Hurón, que ya servía una nueva copa a Floro.

–Pero ¿no eres el jefe? Para los jefes no hay horarios.

–El único jefe verdadero es Dios todopoderoso y a veces me llama desde Madrid a esta hora.

Floro Santerbás rió de buena gana. ¡Qué simpático era aquel chaval!, ¡y parecía un crío!

–Bueno, pues trata bien a Carmina y no la explotes demasiado –dijo Floro festivo.

El timbre de la caja sonó con su característico tilín y el Hurón volvió con el cambio en un platillo. Borja Molina dijo:

–Es Carmina la que me trata bien a mí. En realidad sobrevivo gracias a su benevolencia. Y a la de Manolo –concluyó, palmeando a éste en la espalda.

Cuando hubo salido, Manolo Arbeyo tomó a Floro por un codo y señaló hacia el rincón más oscuro del café:

–Vamos a sentarnos a una mesa, coge la copa.

Mientras se sentaban, Floro comentó:

–Parece muy buen chaval.

–Es un capullo –respondió Arbeyo secamente.

–Coño…, pero…

–Es precisamente de él de quien te quiero hablar.

Arbeyo adoptó la actitud conspirativa y clandestina de épocas pasadas y Floro, sin poder remediarlo, le imitó de inmediato, frunció el ceño y se inclinó sobre la mesa mirándole fijamente con gesto de complicidad. Constituía un rasgo esencial de su adaptable carácter el entregarse con entusiasmo a los requerimientos dramáticos de cualquier situación. La actitud de Arbeyo, más que intrigarle, le contagiaba. Éste bajó la voz para dar la noticia:

–La empresa le ha enviado desde Madrid para comprar la fábrica de los Atienza.

Floro siguió mirándole con el ceño fruncido, sin cambiar de expresión.

–¿Entiendes? –preguntó Arbeyo.

–Sí.

Pero no entendía. Arbeyo sacó del bolsillo un pequeño bloc y un bolígrafo, pero no hizo ninguna anotación. Trazaba enérgicas rayas y golpeaba el papel con la punta del bolígrafo, enfatizando así una voz que seguía siendo susurrante. «¿Entiendes?», preguntaba de vez en cuando, dando vueltas una y otra vez a las mismas ideas.

Según Arbeyo todos se podían beneficiar de aquella operación y, en primer lugar, Álvaro Atienza. Sólo hacía falta que siguiesen sus instrucciones y confiasen ciegamente en él. La misión de Floro consistiría en convencer a Álvaro, con quien Arbeyo no se hablaba desde hacía años. Por el contrario, Floro sentía por Arbeyo (como por casi todo el mundo) un gratuito y antiguo afecto que se mezclaba con la admiración; ¿cómo era capaz de escribir casi todos los días del año en el periódico? No admiraba lo que Arbeyo escribía, la mayor parte de las veces trivial e incluso obtuso, sino el hecho mismo de que lo hiciera con tanta facilidad y constancia, cuando a él pergeñar una sola frase bien construida solía costarle una tarde entera en la biblioteca (o cinco minutos al amanecer, aunque al día siguiente se le escapase su sentido). Manolo Arbeyo había mantenido durante años una columna en el periódico que en su momento gozó de gran prestigio e influencia en la ciudad. La columna, publicada en la última página bajo el título «Arbeyos» («guisantes», en bable), seguía el canon de las negritas, según el cual se denigraba o alababa caprichosamente el nombre de algunas personas, destacado en letra negrita, con el pretexto de haberlas visto la tarde anterior en un cine o en una exposición. Todo el talento de Arbeyo consistía en elegir con cuidado a las personas citadas y agredir o ensalzar sólo a las convenientes, deslizando de vez en cuando alguna metáfora o un apólogo moral, y en lo concerniente a la selección de nombres fue un maestro del equilibrio político local. En muy poco tiempo se convirtió en una celebridad. Muchos le aborrecían, pero los más le temían, le festejaban, le invitaban y todos hablaban de él hasta el punto de que Manuel Cifuentes pasó a ser para siempre Manolo Arbeyo, el Guisante. Álvaro Atienza no le dirigía la palabra desde hacía años. Pese a verse con frecuencia en el billar, ambos cultivaban una profunda enemistad, que Arbeyo denominaba ahora «un malentendido». Eso le había impedido dirigirse a Álvaro directamente en este asunto, pero no por ello iba a dejar de ayudarle; si recurría a Floro era porque… «al fin y al cabo, nosotros somos amigos desde la infancia y esa empresa es de Madrid, una multinacional o lo que sea».

En su época de estudiantes, Álvaro Atienza, Floro, el entonces Manolo Cifuentes y algunos más habían fundado una efímera revista literaria en la universidad, es decir, una fuente inagotable de

problemas y enemistades. Desde el principio, la misma elección del nombre de la revista había dado lugar a agrios enfrentamientos entre los fundadores. Sobre un débil consenso inicial Manolo Arbeyo había propuesto el nombre de *Poetas Selváticos,* Floro propuso el de *Poetas Silvestres* y Atienza el de *Poetas Salvajes*, título que terminó por imponerse tras una sangrienta batalla dialéctica. Pero las disputas no habían hecho más que empezar. Todos citaban con fruición a Cavafis, a Eliot, a Borges y a Neruda, pero los verdaderos temas de discusión eran mucho más prosaicos. Por supuesto, la mayor parte de los textos que publicaban tenían un trasfondo político antifranquista inobjetable para todos, pero ¿deberían permitir la inclusión de blasfemias y obscenidades en los poemas o deberían devolverlos a sus autores? Álvaro y Floro eran partidarios de las blasfemias, mientras que Arbeyo encabezó el partido del posibilismo. Y así ocurría con todo: cada texto que llegaba a la beligerante redacción se convertía en un pretexto para insultarse animadamente. La poesía solía andar huida, pero en su lugar se elevaban bastardos monumentos a la moral, a la religión y a la política con una demoledora buena fe. En el segundo número de *Poetas Salvajes* (a cuyo título Arbeyo sólo se refería resentidamente como *P. S*. o simplemente *Poetas)* Floro Santerbás publicó un poema que habría de traer graves consecuencias. Se titulaba «Aaahmor» y yo aún conservo un ejemplar amarillento de aquel número, pues todos nuestros nombres constan en alguna de sus páginas. El poema de Floro decía así: «No hables, amor mío. Tu silencio / Es el bálsamo dulce de mi pena, / Me llena de calor y cuando callas / Fluye la sangre y corre por mis venas. / Deja que sólo yo sea quien gima, / Quien llore y quien de amor, en fin, se duela / Y sigue tú así, sobre la biela / Que tu callada boca ocupa y lima, / No hables, nada digas, calla, calla, / ¡Aaah… aaah… aaahmor!».

Arbeyo aceptó el poema con ratonería. Alegó que, más que obsceno, era irónico y presentaba una visión desencantada del amor y una elegante protesta contra la hipocresía lírica, pero todos sabían que sólo trataba de ganarse la voluntad de Floro para su partido. Álvaro Atienza manifestó desde el principio que era un poema detestable, un chiste guarro, pero que precisamente en eso consistía su valor, pues reflejaba la posición dinamitera que perseguía *Poetas Salvajes*. Su publicación exigió pronunciamientos mucho más radicales y explícitos, pues provocó una avalancha de poemas obscenos: ¿era admisible un poema titulado «Pétalos de la soledad» que comenzaba: «Anita, mi verga te reclama…»? ¿Deberían publicar otro, de carácter metafísico, remitido por Pilarín Fernández (seudónimo) y titulado «El alma es un clítoris vetusto»? En las feroces discusiones que siguieron,

el análisis lírico quedaba ensombrecido por la ideología, la revista dejó de salir y los viejos colegas se distanciaron con no pequeño enfurruñamiento.

Algunos años después, cuando ya Cifuentes era Arbeyo y se encontraba embriagado de éxito en la cresta de la ola y, por tanto, casi sin discernimiento para evaluar su propia capacidad de herir, ocurrió aquel desgraciado accidente de la papelina adulterada. Una estudiante de doctorado de la facultad de Matemáticas y Álvaro Atienza tuvieron que ser evacuados en ambulancia de casa de Mari la Gorda e ingresados en urgencias, víctimas de una grave insuficiencia respiratoria. Se recuperaron en unos cuantos días y el suceso apenas habría trascendido fuera de un pequeño círculo, pero Manolo Arbeyo le dedicó una de sus columnas titulada «Demasiado postmodernos». Su argumento fundamental fue culpar a las víctimas, a quienes sólo mencionaba con sus iniciales, pero sin omitir un solo dato para su completa y morbosa identificación: «El brillante y alambicado (en negrita) profesor A. A…». El artículo destilaba un profundo reaccionarismo y un extraño rencor: «Las prometedoras lumbreras de antaño naufragan hogaño en el exceso y en la obnubilación postmodernas. Todo es efímero, dicen, pero sólo ellos lo son. Gracias a Dios». Sin embargo, como en realidad todo es efímero, pronto fue olvidado el incidente, como también fue olvidada la columna «Arbeyos» en cuanto dejó de publicarse. Manolo Cifuentes comenzó a firmar con su verdadero nombre artículos y reportajes sobre ecología, pero, al cabo, bien fuera por insustancial o porque no insultaba a nadie, pasó inadvertido para la mayoría, es decir, pasó a engrosar la nómina de los fracasados. Hubo quien insinuó que la famosa columna ni siquiera había sido obra suya, sino de un colectivo. Fruto del rencor o del carácter amnésico de la época, en dos o tres años cayó sobre Arbeyo la misma cantidad de olvido que tardan en acumular dos o tres generaciones, como si la célebre columna la hubiese escrito un bisabuelo suyo, sólo conocido por algunos eruditos de la vida local. Pero Álvaro Atienza no había olvidado. Jamás le hizo un reproche; su calculado menosprecio reposaba sobre un silencio activo e insultante: mirándole, no le veía; oyéndole, no le escuchaba. Durante años, Álvaro jamás consintió en participar en una misma partida de billar ni pronunciar una sola vez su nombre, y eso todos lo sabían: la humillación le llegaba a Arbeyo con una fría, cruel y civilizada nitidez. Sin embargo esa humillación parecía servirle de alimento, porque Arbeyo no dejaba de ir por el café Mercurio ni de frecuentar los mismos amigos, como si el puntual y repetido desprecio que recibía de Álvaro Atienza fuese para él un secreto vicio del que no

podía desprenderse, quizás porque le recordaba su perdida capacidad para ofender, cuando aún era alguien fuerte e importante, quizás porque avivaba los rescoldos de un odio inmotivado que ahora se iba cargando de razones. En todo caso, los ofensores jamás perdonan a sus víctimas y Manolo Arbeyo encontraba una perversa gratificación en el estercolero moral que la presencia de Atienza removía. Cada vez que pisaba el reservado del café Mercurio regresaba secreta y morbosamente a aquel agujero de rencor, en el que se solazaba sintiéndose humillado y justificando con ese sentimiento su propia felonía. En el fondo de su alma deseaba que Álvaro Atienza le abofetease un par de veces cada tarde y le odiaba más porque no lo hacía.

Sin embargo, ahora, le decía a Floro Santerbás que se sentía moralmente obligado con Atienza y que deseaba ayudarle para deshacer el malentendido que les había mantenido alejados tantos años.

–Mira, Floro, quiero que lo entiendas bien, Carmina y yo arriesgamos mucho en esto y no podemos quedar con la espalda al descubierto. Todo depende de ti.

Floro se sentía desfallecer en el abrazo de confianza y amistad que le estaba propinando. Sin saber por qué, le abrumaba. Entre melindrosas manifestaciones de amistad y cariño, Arbeyo le informó de los planes que traía Borja Molina desde Madrid. La Oficina de Proyectos, donde trabajaba Carmina, planeaba comprar la fábrica de los Atienza, pero lo hacía en secreto por cuenta de una sociedad italiana de cerámica industrial que se iba a instalar en España. La Oficina de Proyectos pensaba pagar un precio mucho menor del que estaban dispuestos a desembolsar los italianos, para quedarse con unos beneficios que «legítimamente», protestaba Arbeyo, correspondían a los Atienza. Se trataba, pues, de una maquinación especulativa, un verdadero robo, del que habían encargado a aquel capullo tan bien trajeado. Por eso, «ellos» (el propio Arbeyo, Carmina, Floro, todo un equipo de amigos solidarios y generosos) no podían permitir que ocurriese una cosa así, no sólo por Álvaro, sino también por dignidad, porque se estaba enajenando por cuatro perras gordas el patrimonio industrial de la región y el mismísimo futuro de Asturias quedaría en manos foráneas. ¡La cultura del pelotazo!, ¡aquí! Arbeyo se excitaba y daba rápidos golpes con la punta del bolígrafo sobre el cuaderno. ¡Tenían que hacer algo! Y algo ya habían hecho: los Arbeyo tenían a Molina prácticamente en sus manos. No conocía a nadie en la ciudad y, excepto Carmina, los demás empleados de la Oficina de Proyectos le habían recibido con abierta hostilidad, pues todos creían que venía

sólo a despedirles y a cerrar la empresa. El proyecto de inversión de los italianos era confidencial y sólo Carmina, que ejercía las funciones de secretaria y ayudante de Molina, estaba al tanto. Éste, en la práctica, apenas podía dar un paso sin ella. ¡Si incluso le habían invitado a cenar en casa! La tacañería de los Arbeyo estaba tan acendrada que Floro apenas pudo evitar un gesto de asombro:

–¿A cenar en tu casa?

Arbeyo sonrió con fingida modestia.

–Sí. Y va el tío y se nos presenta con tres botellas de Vega Sicilia. Al día siguiente Carmina preguntó en la tienda y valían a cuatro mil doscientas cada una. Lo tienes que probar, cualquier día vienes y descorchamos la que sobró.

Floro consideró la invitación como una mera figura retórica, carente por completo de literalidad, como quien dice «estoy muerto de sueño», y no está muerto, o bien, «me matas de risa», y no se muere. Aquella tercera botella de Vega Sicilia jamás se la bebería nadie, ni siquiera el propio Manolo Arbeyo, cada trago se le convertiría en dinero y se ahogaría con tantas monedas en la garganta.

Arbeyo prosiguió con los intersticios de su trama: aquel joven tan espléndido confiaba ciegamente en ellos, pero además, Carmina tenía acceso a toda la correspondencia y a muchas conversaciones telefónicas con Madrid. Si Álvaro Atienza les cubría las espaldas, ¡porque arriesgaban mucho!, toda esa información vital estaría inmediatamente en su poder, y la diferencia de precio podría ser de más de cien millones.

–¡Cien millones! –exclamó Floro asustado–. Pero, entonces, ¿en cuánto la piensan comprar?

–No te lo puedo decir aún, no estoy seguro. Pero esta gente juega con márgenes muy altos. Tú habla con Álvaro y sondéale. Yo confío ciegamente en ti. Ya veremos más adelante cuáles pueden ser nuestras compensaciones.

–¿Nuestras?

–Sí, tuyas también. Aquí estamos todos en el mismo barco. Carmina puede perder el empleo y es justo que si se arriesga tanto por un amigo, tenga una compensación, ¿o no?, porque a lo mejor Álvaro ni siquiera quiere hablar conmigo. Eso da igual, aunque me duela, lo considero inevitable. Pero hablará contigo. Él será el principal beneficiado y tú serás nuestro mediador, su tabla de salvación.

Arbeyo se fue. Floro Santerbás percibió sus propias manos sobre la mesa de mármol como si alguien se las hubiera dejado olvidadas allí. Formaban un semicírculo en torno a la pequeña copa abombada, de nuevo vacía. El café había quedado en la penumbra y esa oscuridad le

entraba a Floro en el ánimo como una niebla hostil. No conseguía dirigir los pensamientos en una dirección fija para atravesar aquella niebla y lograr un pequeño espacio para el juicio. Tras un breve resplandor de desprendimiento y generosidad para con un amigo, surgía un relámpago de avidez y codicia por una comisión millonaria; tras la justa reclamación de un beneficio legítimo, acechaban la felonía, el espionaje y el engaño. Sin ninguna duda, Atienza necesitaba ayuda, pero Floro la imaginaba de otra especie. Sólo unos días antes Álvaro le había comentado enigmáticamente: «Lo único que de verdad veo con sentido en mi vida, lo único que vale la pena, me hace sentirme ridículo y despreciable. Y no tiene vuelta de hoja». Y más tarde, mientras se disponía a tirar un medio retroceso sobre la bola roja, y sin entonar la voz de ninguna manera especial, dijo: «No sé por qué tengo la sensación de que todo va a terminar pronto, esto no puede durar». Floro, aparte de toser forzadamente, no había sabido qué responderle, pero había sentido miedo. A fin de cuentas, a Álvaro probablemente le convenía vender la fábrica, tener dinero, cambiar de vida. Y seguramente sería mucho dinero. Total, ¿qué le importaba a él aquel tipo que acababa de conocer? Sin embargo la niebla persistía en su mente y lo que le irritaba era tener que pensar en algo que no le gustaba, tener que disciplinar las ideas hacia una única meta en vez de dejarlas vagar libres y saltarinas por el espacio gratuito de la imaginación. Sentía la fuerte impresión de que Arbeyo, al hacerle partícipe de aquel asunto, le había fustigado con un látigo ordenándole: «¡Piensa, perro!». ¿Acaso no había estado tranquilo y contento hasta que Arbeyo le habló? En su pecho se estaba levantando una tormenta de indignación cuando, de repente, se encendieron las luces del café Mercurio. Entre los recalcitrantes jugadores de mus y dominó se produjo una ovación.

Floro pidió otra copa. Los jugadores comenzaron a hablar más alto, las fichas de dominó chocaron con más contundencia contra el mármol, las discusiones subieron de tono y todas las voces se hicieron más nítidas, libres y confianzudas en cuanto los rostros entraron en el blanco reconocimiento de los tubos de neón. Floro tuvo la sensación de que acababan de salir de una iglesia donde les habían tenido sometidos al humillante y triste susurro de las plegarias, ocultos unos de otros por los velos de la sombra, donde los rostros siempre son amenazantes y misteriosos. Los clientes del Mercurio, gritando ahora como españoles, demostraban que las tinieblas son enemigas de la voz humana, patrocinadoras del miedo y de la circunspección. Floro bebió de un solo trago la pequeña copa de coñac y sacó su arrugado cuaderno de hule del bolsillo de la chaqueta. Escribió: «Las palabras

son hijas del sol y de los templos griegos; tiemblan cuando sólo las alumbra el eclesiástico pabilo de un cirio; suplican ante los dueños de la noche; callan cuando no ven». Releyó el texto un par de veces y tachó la palabra «eclesiástico». Le parecía redundante en relación con «cirio». Pidió otra copa. «Las palabras son hijas del sol.» Le gustaba la frase, lo tranquilizaba. La oscuridad, el miedo, el secreto, eso no. «El Siglo de las Luces», pensó. No le resultaba difícil recuperar el ánimo.

Tres

Al día siguiente de su episodio en el retrete de la Escuela de Artes, Álvaro Atienza hizo su vida normal: se levantó tarde, comió solo en la mesa que le había dejado preparada su hermana, regresó a su cuarto, que ya estaba limpio y ordenado, y trabajó un rato tomando notas para la clase de la tarde, como había hecho tres veces por semana durante los últimos años, acumulando datos y comentarios en unas carpetas cada vez más desordenadas. Luego cogió la moto y bajó a la facultad. En la clase estuvo, como casi siempre, mordaz e incisivo en las explicaciones, pero más circunspecto de lo habitual y de lo que los estudiantes esperaban de él, acostumbrados a un destilado de mala uva y de sarcasmos contra iusnaturalistas, neocontractualistas, neokantianos y contra todos aquellos que osaran mantener alguna esperanza teórica de una sociedad justa y libre en la que el derecho fuese algo más que la mera legitimación del poder y de la dominación. Sus clases, en las que solía reinar un silencio sepulcral, eran reputadas como rigurosas y ácidas, impartidas con la voz fría y precisa de un bisturí; sólo transmitía emoción cuando su filo se deslizaba hacia la injuria intelectual y entonces el alumnado respondía con una culpable y estruendosa hilaridad, parecida a la que suelen despertar las gracias crueles de los capataces y los reyes. Al referirse a algún autor, por más que su obra le mereciese todos los respetos, el profesor Atienza nunca dejaba pasar la ocasión de deslizar un comentario hiriente: si se trataba de Rousseau, que se avergonzaba de su esposa por ser de baja condición y había enviado sucesivamente a sus cinco hijos al hospicio; si Marx, que mitigaba su excesiva lubricidad acostándose con la criada en el cuarto de la plancha, y así, en progresivos despropósitos, que si Habermas tenía el labio leporino, que el ilustre polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo se masturbó hasta la ancianidad, que don Miguel de Unamuno había padecido estreñimiento y almorranas, todo lo cual no era sino un cúmulo de deducciones arriesgadas y maliciosas sin más fundamento que la mala fe y, acaso (pero de eso él no era consciente), la implícita presuposición de que el talento siempre ha de ir acompañado de algún estigma, por ejemplo, una joroba. Lo cierto era que, para su propio castigo, en los exámenes que después corregía abundaban más esos espurios adobos que el riguroso núcleo teórico que había transmitido con tanto esfuerzo.

Al terminar la clase, Álvaro Atienza pasó por el departamento de

Filosofía del Derecho, donde a esa hora de la tarde no había ni un alma. No tenía allí despacho propio, sino sólo el uso compartido de una pequeña mesa situada junto a la ventana, en la sala general donde se impartían los seminarios, se celebraban las reuniones, se consultaban libros en la pequeña biblioteca y la secretaria del departamento atendía archivos, estudiantes y teléfonos, es decir, un lugar muy apropiado para la serena reflexión investigadora. Esa penuria de espacio, más que cualquier otra cosa, evidenciaba perfectamente su estatuto profesional, casi asimilado al del becario que usaba su misma mesa por las mañanas. Por supuesto, el resto de los profesores, incluidos los profesores asociados como él, disfrutaban de despacho propio o lo compartían, con su llave, su archivador y su teléfono, pero con los años Atienza había ido quedando relegado, por su propia desidia y orgulloso desdén, a uno de los tres cajones de la mesa, siendo otro patrimonio del becario Ramos y el tercero para material de escritorio: un puñado de bolígrafos, lápices, folios y paquetes de tiza que expelían un delicado polvo blanco sobre el conjunto. Eso no quería decir que sus colegas le menospreciaran por no haber optado jamás al funcionariado; quería decir que le odiaban, cosa que Álvaro consideraba a todas luces preferible. Le toleraban como a un personaje excéntrico y sin ambiciones, le respetaban por su preparación y le temían por su acreditada maldad y por su capacidad para decir en voz alta lo que otros callaban, sin importarle ofender. Por otra parte, Álvaro gozaba de la extraña y lejana simpatía de don Leandro Sesma, antiguo decano ya en las puertas de la jubilación, a quien se suponía su protector, por lo que cuando esa jubilación llegase Atienza quizás perdería también la mesa y el cajón. Todos sabían que él nunca sería un competidor en la carrera académica y esa carrera se medía fundamentalmente en metros cuadrados.

Álvaro deambuló un rato por la sala vacía y se detuvo a ojear algunos libros nuevos que se apilaban en la mesa de la secretaria pendientes de catalogar. Eran las seis y pensaba matar un par de horas leyendo, hasta el momento de bajar al Mercurio a jugar al billar. Había un libro de Rawls, un *reading* preparado por Vattimo, una edición de las actas de un congreso sobre ética racional, un nuevo libro de Savater, otro de Rorty… «¡No paran!», se dijo apesadumbrado. Se sentía inquieto e irritado ante aquella avalancha de palabras, cuya mera existencia parecía presuponer una solución y una meta que alcanzar, un estatuto de esperanza que a su vez implicaba una inquebrantable fe en la racionalidad del punto de partida, una certidumbre inicial. Pero para Álvaro sólo eran eso: fe, deseo, esperanza de razón y de entendimiento, es decir, sentimientos

piadosos. En cada teoría, bajo cada argumento, percibía un sustrato emocional e irracional que le daba náuseas. Y sin embargo el desvelamiento de esas náuseas era lo que le seguía impulsando a leer y a pensar y a discutir con los textos hasta encontrar en ellos el poso de irracionalidad sobre el que se sustentaban, es decir, la náusea misma. Hacía ya muchos años que el pensamiento teórico había adquirido en su mente la forma negativa del espejo, no sólo en la inversión de las imágenes que los espejos proyectan, sino también y sobre todo, en lo que los espejos ocultan: el volumen, la profundidad de los cuerpos que en ellos es reducida a una imagen plana. Su mente no quería ver lo que las palabras mostraban, sino lo que escondían, como se escondía la joroba tras la espalda sin ser jamás reflejada por el espejo. Y ¿qué era el pensamiento teórico sino «reflexión», «especulación» e «imaginación», es decir, juego de imágenes y espejos?, ¿acaso no quedaba siempre fuera lo más importante?; y si lo más importante quedaba fuera, por más correosas que fueran las bridas de la razón lógica, el caballo siempre estaría desbocado. Atienza sabía que detrás del espejo no había sabios conejos blancos, sino sólo azogue de mejor o peor calidad y que lo que había delante nunca podría ser visto en su integridad. Sentía náuseas ante la infantil presuposición de que la parte opaca y oculta debería ser simétrica a la visible, igualmente racional y armónica, igualmente comprensible. Eso le sublevaba. Con el tiempo su pensamiento adoptó la forma de la negación y se fue haciendo cada vez más sombrío y afilado, muy hábil para la refutación y el acecho, cáustico y ferozmente combativo. A lo largo de los años, esas dotes destructivas le proporcionaron una excelente reputación entre izquierdistas confusos y ácratas animosos, pero, al cabo, terminaron por revestirle con una aureola de estéril negatividad, percibida las más de las veces como insolidaridad y desafección para con todo el mundo. Se acostumbró, más que a pensar, a discutir y esa permanente delegación de las propuestas, reservándose sólo para la severidad crítica, le convirtió ante los demás en un hombre sospechoso y poco comprometido, cuyas amargas palabras parecían no proceder tanto de la inteligencia cuanto del mal carácter y del resentimiento. Álvaro Atienza no era un hombre querido entre sus colegas. No era un hombre querido. Sin embargo, no se quejaba por ello; antes al contrario, el desamor constituía la expectativa habitual de su vida en el trato con los demás, lo sabía y no esperaba otra cosa: ¿por qué alguien habría de quererle? Se sentía orgulloso de su frialdad emocional y de la inquina que despertaba; se sentía fuerte.

Dejó los libros sin abrir sobre la mesa y se acercó a la ventana, tras

la que empezaba a decaer la tarde. El estado mejor del departamento era cuando estaba vacío; aunque, en realidad, la presencia de los demás parecía serle indiferente, puesto que apenas les dirigía la palabra. Podía exigirles respeto, incluso buena educación, pero no toleraba las intimidades ni las confianzas y se mostraba muy precavido con cualquier muestra de afecto o de mera simpatía, porque allí comenzaba para él un detestable mercado de sentimientos: el intercambio forzoso de sonrisas, el agradecimiento fingido, la estafa emocional. Con ocasión de la lectura de su tesis doctoral, un grupo de compañeros tuvo la desdichada idea de regalarle una pluma estilográfica, lo cual era entonces bastante común entre los doctorandos. Atienza la rechazó sin titubear y sin importarle que se ofendieran. Odiaba los regalos, no los comprendía, los temía; requerían un tipo de retribución que quedaba fuera de su alcance y le provocaban un malestar próximo al chantaje. Cuando aún era un niño, sabía muy bien el papel afectivo que desempeñaban sus maravillosos juguetes, el mecano, el tren eléctrico, el transmisor de radio, y aprendió a utilizarlos para que sus amigos vinieran a verle durante aquellas interminables y solitarias tardes de reposo que le aprisionaban entre el tedio y el dolor. Debía más atenciones y cariño a su tren eléctrico que a ninguna persona en el mundo y supo desde el principio que sus juguetes eran la moneda con la que había pagado ese amor. Desde la adolescencia, ante el estupor de Floro, siempre se había burlado de las películas y las novelas en las que una pobre víctima corría detrás de alguien ofreciéndole entrega y abnegación, mientras llamaba amor a esa esclavitud. Más tarde, cuando ya en la universidad se convirtió en el líder oscuro de *Poetas Salvajes,* proclamaría que los escritores y los políticos de mala fe apelaban a la solidaridad y al amor sólo para esconder bajo esas guirnaldas su tosca inclinación hacia la supervivencia sexual. ¿Qué era un gesto de amor o de mera simpatía sino un movimiento de estrategia? Pues si alguien merece una mirada de amor, esa mirada ya no sería de amor, sino de recompensa; ¿dónde está, entonces, la gratuidad y la generosa entrega de que el amor se compone?, ¿por qué cabría esperar que los impulsos humanos fuesen diferentes a los del resto de los seres vivos?

Al otro lado de la ventana el cielo se volvía plomizo, pero no llovía. Llegaban hasta él las voces de algunos estudiantes que conversaban en el exterior. No los veía, pero sabía dónde se encontraban, casi al pie de la ventana, sentados en un banco del pequeño jardín interior, en cuyo centro borbotaba una fuente de piedra, que él sabía del siglo XVII, al lado del viejo y enorme tejo cuya copa contemplaba. Una muchacha reía y dos o tres estudiantes hablaban a la vez. Se quitaban la palabra

tan confusamente que no podía entender lo que decían. La risa de la joven llegaba a sus oídos con toda nitidez. Era una risa a veces franca y a veces contenida, pero siempre agradable, sin estridencias, timbrada en ese exacto punto en que la voz humana expresa la alegría del alma y a la vez el leve temor a ser arrebatado por ella sin remedio. Álvaro se sintió repentinamente conmovido. Y se sintió también distante, alejado, como un extranjero que no acaba de comprender la letra de una canción exótica cuya música le está llegando al alma. La risa espontánea y transparente de la joven le conmovía, pero no le contagiaba, no movilizaba su propia risa. Había una barrera que la confinaba en un territorio lejano del alma de donde la risa no podía salir. Los puentes del ánimo que facilitaban el paso hacia ese territorio, la simpatía, la cordialidad, el goce compartido, estaban en él quebrados y sus pilares se hundían en un río de autocontrol, un río de aguas gélidas que le separaban de la otra orilla sin remedio.

Se le hizo consciente esa distancia: percibía la alegría de la joven no como si se estuviese expresando allí mismo, bajo la ventana, sino en un tiempo distinto, en una galería de la memoria. Pero no lograba recordar aquella alegría como suya: añoraba algo que nunca había tenido, algo que había huido inevitablemente de su vida sin haber estado jamás en ella y sentía una nostalgia imposible y paradójica: reír hasta las lágrimas, reír arrebatadamente, reír porque la risa se escapa y reina y unifica gloriosamente el alma con el cuerpo enajenando toda culpa y todo miedo bajo el dominio de la alegría. ¿Cómo era posible concebir la plenitud de un sentimiento que jamás se ha tenido, comprender en otro la alegría que jamás se ha experimentado y no poder evitar ese dolor?, ¿qué utilidad tiene eso para la especie?; ¿a quién beneficiaba ese castigo? Estaba tan cerca de la ventana que el vaho de su aliento empañaba el cristal, como si hubiera tratado de acercarse a la risa de la muchacha y apropiarse de ella alegando un derecho que siempre se le había negado. Sudaba; sintió las manos húmedas y frías; pensó en Zarathustra bajando de la montaña y proclamando: «Quiero ser cuerpo». Quería decir: quiero reír hasta la obnubilación y hasta la muerte. Se acercó a la pequeña biblioteca y abrió el libro de Nietzsche al azar, sin buscar nada determinado, sólo para conjurar, mediante el pensamiento de otro, la sucesión incontrolable de su propio pensamiento: «Aire puro y ligero, peligros cercanos y el espíritu lleno de una alegre maldad: ésas son cosas que se avienen muy bien». El libro temblaba en sus manos. Lo dejó sobre la mesa, sacó el pañuelo y se secó el rostro. Era un pañuelo de hilo, de los que su hermana Teresa solía encargar a unas monjas de clausura. En una de las esquinas se podía leer su nombre bordado con unas

letras tan minúsculas y delicadas que difícilmente se habrían podido hacer sin el auxilio de una lupa: *álvaro f. atienza*. Mantuvo un rato el pañuelo en las manos, mirándolo como si fuese la primera vez. Sabía que su madre ya enviaba los pañuelos a bordar a aquellas monjas a quienes jamás había visto. Sin embargo el pañuelo le causaba extrañeza, inquietud, quizás miedo. Lo dobló cuidadosamente como si temiese romperlo y lo guardó en el bolsillo.

Volvió al libro y releyó el mismo párrafo: peligros, alegría, maldad: cosas que se avienen bien. Quería reflexionar sobre ello, pero su mente se escapaba de manera absurda hacia el pañuelo que llevaba en el bolsillo. En su tela sobrevivían el cuidado, la mirada atenta, la fina precisión de la aguja y la leve ternura que seguramente había acompañado cada puntada. Resultaba misteriosa la capacidad de algunos objetos para acumular y conservar las acciones de quien los construyó y los sentimientos que los conformaron: el amor, el desprendimiento, la delicadeza, la ternura. Álvaro concibió a su alrededor un mundo poblado de objetos y cosas cargados de alma, emitían sentimientos y emociones que le interpelaban: sillas, mesas, libros, objetos, en fin, hechos con precipitación, codicia, engaño, pereza, odio: docenas de objetos que le rodeaban acechantes: hablan, atacan, insultan, desprecian. Uno de esos objetos tenía su nombre; hasta cierto punto era él mismo. Había sido Álvaro, y no el hilo, quien se había deslizado entre los dedos delicados de aquella monja remota mientras bordaba. Le había tratado con ternura y cuidado, quizás con amor: Álvaro Atienza se sintió expuesto y vulnerable. ¿Eran ésos los «peligros cercanos»? La risa, la ternura, el aire puro y ligero. ¿Por qué había llorado ayer?, ¿qué se le estaba escapando? Como cada mañana, como cada vez que tenía que decidir algo, insultar a alguien, hablar en público o simplemente despertar y emprender un nuevo día, se dijo a sí mismo que no le importaría morir en ese mismo instante y eso le reconfortó. Sin pensarlo dos veces, como si esa idea hubiera estado desde el principio en el fondo de su mente, esperando el momento propicio para salir a la luz, decidió volver a la Escuela de Artes y afrontar la causa de sus lágrimas.

En la moto, sujetando el casco en el antebrazo, dejó que el aire frío de la tarde le refrescase el rostro. Subió por la calle del Rosal, evitando la zona peatonal, y, al aminorar en el cruce, vio a lo lejos un autobús que doblaba hacia Santa Cruz, donde vivía Mari la Gorda. Dudó si no haría mejor yendo inmediatamente a verla: tomaría una cerveza, fumaría un porro, charlarían un rato y, quizás, más tarde, se quedaría a dormir. Pero en casa de Mari siempre había mucha gente y se vería obligado a mantener una conversación hasta que pudiera

hablar con ella a solas. Acaso pensaban salir en grupo, cosa que detestaba. Y, en todo caso, ¿qué podría decirle?, ¿que había llorado en un retrete y no sabía por qué? Arrancó y dobló en dirección opuesta. Seguramente la vería más tarde en el Mercurio, donde jugaría al billar con Rodrigo y con Floro, como casi todos los días, y donde Floro, también como casi todos los días, le informaría con minucia acerca de las caderas de Adelina Valle, su traje de chaqueta y su sublime perfil. Lo imaginaba ahora en la biblioteca, tratando inútilmente de seducirla con gran parafernalia de caídas de ojos y sonrisas de lechuguino que ella jamás percibiría, por la sencilla razón de que Adelina Valle era muy miope.

Muy cerca ya de la Escuela de Artes cayó en la cuenta de que no tenía ningún plan ni sabía lo que iba a hacer. Estaba de nuevo indeciso. No quería ver a Rodrigo ni, mucho menos, ser visto por él. Ni tampoco por ella, aunque no lo reconocería. No quería ser visto por nadie. Aparcó junto a un bar, desde donde se veía la puerta de la escuela, y entró. El bar Virgen del Acebo presentaba un aspecto desolador; no había ningún parroquiano, pero sobre el suelo quedaban los restos de toda una diócesis: estaba tapizado de cáscaras de cacahuetes, chapas de cerveza, servilletas arrugadas, conchas de gambas, bígaros, mejillones y otros moluscos distribuidos sobre una espesa mugre sin clasificar. Colgando del techo, una especie de lámpara o de estufa de color violeta chisporroteaba con un breve estallido cada vez que una mosca o similar caía en su luz y, justo debajo, sobre un largo mostrador de madera oscura, se exhibía una colección de fuentes de barro, ahítas de aceite, de manteca y de indiscernibles grasas sobre las que flotaban callos, albóndigas, riñones, higadillos, salchichas, chorizos y otros delicados manjares. Álvaro notó que se le debilitaba la voluntad. Un perro deambulaba entre las mesas y él sintió algo parecido a la compasión hacia sí mismo, cierta ofuscada autoconmiseración por no saber qué estaba haciendo allí ni qué pretendía. El perro se detuvo de pronto y, tras olfatear el suelo, se tumbó bajo una silla. Un instante después se levantó, dio varios pasos, retornó al mismo lugar y de nuevo se tumbó. Una vez más llegó a su cabeza la reconfortante idea de la muerte; el perro no tenía alternativa, pero él sí; ante la sencillez de morir no había dolor que se resistiera, ninguna desdicha podría triunfar. El vago sentimiento de autoconmiseración fue dando paso a aquella sensación física de soberanía y libertad que le producía caminar por el límite («peligros cercanos»), una temeraria sensación de poder y plenitud corporal que transformaba su cuerpo enclenque y deforme en el cuerpo de un atleta. Cuando esa sugestión tenía el alcohol como punto de apoyo, se

le dilataba la pupila negra en el centro del iris color de acero y Álvaro Atienza podía proferir agresivos insultos a media voz. En los bares de la noche donde suelen suceder estas cosas, los matones de fin de semana preferían creer que Álvaro andaba armado, incapaces de concebir tanta temeridad en un alfeñique, aunque estuviese acompañado por Floro Santerbás, quien solía decirle: «Contente, Alvarito, que luego a ti no te pegan por miedo a hacerte daño y las hostias me caen a mí, que me ven más grandón». «No –respondía Álvaro–, eso te pasa por pacifista y componedor. Y por ponerte en el medio.»

Algunos estudiantes salían de la Escuela de Artes. Entonces supo lo que iba a hacer, lo que de verdad «quería» hacer. En su mente apareció una meta, una estrategia y un esquema de acciones encadenadas que gozaban de la incontestable lógica de lo evidente, y sobre aquella evidencia no cabía discusión. Álvaro Atienza la percibía ante él con los nítidos perfiles de un objeto bajo la luz del mediodía: debía volver a recibir la mirada que le había hecho llorar. Y entonces comprender.

Dejó a un lado las justificaciones y entró de lleno en la maquinación. Le invadía un caluroso entusiasmo que identificó con la alegría: peligros cercanos, aire puro y ligero, generosa maldad.

A Álvaro, más que a nadie, le gustaba creer que tenía ideas y no sueños, que era el sujeto de una acción mental siempre movida y dirigida por su voluntad. Pero ahora eran las ideas las que le tenían a él, ideas que imperaban en su mente con la sagacidad y el sigilo de los espías y se presentaban con el falso pasaporte de la razón. Mientras vigilaba la puerta de la Escuela de Artes, tras los cristales de un bar inmundo, esos sueños, disfrazados de racionalidad, le agitaban hasta la exaltación. La actividad mental le producía el mismo efecto extenuante que el trabajo físico de un leñador y se sintió repentinamente hambriento. Pero más que hambre, era un vigoroso e inaplazable deseo de engullir, masticar, devorar y transgredir toda ley.

Se volvió hacia el mostrador, donde una mujer de indefinida edad se afanaba fregando vasos, y se dispuso a elegir algo de comer. Mientras pasaba los ojos por la inmunda exposición de grasas y vísceras patrias, sólo inventadas para torturar sarracenos, la mujer, sin dejar de fregar, le preguntó animosa:

–¿Quiere una tapa, una ración, un bocadillo? También tenemos lacón cocido, pulpo a la gallega y morcillas de Burgos, muy ricas. Total, le caliento lo que quiera en el microondas. En un minuto está listo. El microondas quita mucho de fregar, aunque a usted, claro, eso le da lo mismo. Pero usted no sabe lo que se agradece.

Parecía dispuesta a cualquier cosa con tal de poder usar su aparato, pero Álvaro se propuso no darle la ocasión de hacerlo. Se sentía exultante mientras examinaba con detenimiento el surtido de carnaza. Dudó entre las albóndigas verdosas y unas salchichas literalmente clavadas en manteca como puñales, pero los higadillos encebollados, bañados en un aceite sólido y ennegrecido en el que se destacaban algunas manchas de pimentón, le parecieron lo más espeso y repugnante de todo. Casi convulsionado por las náuseas dijo:

–Por favor, hágame un bocadillo de hígado encebollado.

Ella le miró con estupor, mientras se secaba las manos en el delantal.

–¿Bocadillo? ¿No los prefiere en un plato de barro, bien calentitos en el microondas?

Álvaro le respondió con el aplomo de un sabio gourmet:

–No, los prefiero así, del tiempo, en su sazón.

Imaginó aquella grasa inmunda cayéndole por la barbilla y embadurnándole las manos y sintió una alegría salvaje y, más que ganas de reír, ganas de gritar.

–Bueno –consintió la mujer–, se los caliento un poco en el microondas y luego los pongo en el pan. Estarán mucho más ricos.

–No.

–Como quiera –dijo ella decepcionada–, ¿y de beber?

–Un doble de tinto corriente –susurró Álvaro, mordiéndose la lengua para no decir: «Un vaso de pis».

Álvaro Atienza se comió el bocadillo de higadillos fríos no sólo con gusto, sino con delectación. La grasa negra le penetraba en los alvéolos de su mente hipercrítica y se fundía allí en un sofrito de criterios y cebolla. «Está riquísimo», comentó en un rapto de abotargamiento. Si hubiera sido de un natural más expresivo habría hablado a fondo con aquella mujer, porque su ánimo se deslizaba junto con su estómago hacia los chistes toscos, las palabras gruesas e incluso las floridas blasfemias con que se suele celebrar la expansión en bares como aquél; pero se limitó a balancearse sobre los pies mientras comía, sin dejar de vigilar la puerta de la Escuela de Artes. Cuando ella salió, la reconoció inmediatamente, aunque apenas era una silueta entre otras: llevaba puesta una gabardina blanca, ceñida con un cinturón, medias negras y botines acordonados. En la mente de Álvaro su rostro era tan perceptible como si la tuviera a dos metros. Reconoció el suave óvalo de la cara enmarcando los pómulos altos y, sobre ellos, el amplio rasgo de sus dos grandes ojos del color de la miel, poblados de chispitas verdes. Se puso el casco, cogió la moto y comenzó a seguirla desde una distancia prudencial. Entonces se sentía

poseído por una alegre maldad.

El comportamiento de Álvaro Atienza desde aquella tarde de marzo fue en todo semejante al de los bailarines: cada uno de sus movimientos respondía en primer lugar a la inercia del movimiento anterior y al ritmo de una música sobre la que no tenía ningún poder. Esa gramática de la danza convertía todos sus actos en necesarios e inevitables, porque la música jamás dejaba de sonar: cuanto más vigilaba, espiaba y contemplaba desde la lejanía a la joven estudiante, más imperiosa se hacía su necesidad de tenerla siempre bajo el ansioso fulgor de la mirada; cada paso de aquella danza persecutoria determinaba el paso siguiente por inercia y por pura concordancia con un impulso que debía seguir para no caerse. A esa mecánica del deseo Álvaro Atienza la denominaba estúpidamente «lógica estratégica», al menos mientras estuvo en la disposición mental de pensar en lo que estaba haciendo, porque después más bien respondía a la lógica de los magos, cuando atribuyen a ciertos objetos y a ciertos seres deseados un inmanente poder mágico al que los hechizados por el deseo no pueden oponerse ni resistirse. Así parece ocurrirles a quienes aman en contra de su voluntad y a quienes confunden el amor con la posesión y caen en el tormento de los avaros: quedar aprisionados por el áspero tacto y el inútil fulgor de sus monedas, míseros entre riquezas.

Los primeros días la seguía en la moto, guardando todo tipo de precauciones para no ser descubierto. Su conocimiento de la ciudad le permitía predecir partes del itinerario, dar rápidos rodeos para adelantarla, buscar atajos y esperarla en esquinas o portales con perfecta visibilidad. Pero más tarde llegaría a usar otros medios mucho más sofisticados, ante el temor de que la enorme Norton, que despertaba envidia, llamase demasiado la atención con sus resplandecientes cromados y su majestuoso petardeo.

La joven hacía en general trayectos regulares y nunca miraba hacia atrás. Al salir de la escuela, bien a mediodía o por la tarde, solía ir acompañada por otros dos estudiantes. Uno de ellos era un muchacho con una melena negra y alborotada que le llegaba hasta los hombros y medio le escondía un rostro barbilampiño y pálido, de labios sensuales, en el que siempre reinaba una expresión de susto. Daba la impresión de que en cualquier momento se le iban a caer las enormes carpetas que sujetaba con torpeza al caminar. Quizás era corto de vista y se negaba a usar gafas por rebeldía contra su familia; muchos jóvenes son así, siempre en permanente lucha. La otra era una muchacha muy alta con el pelo de color claro, cortado como un paje. Solía llevar una pequeña mochila en la espalda con la conocida pegatina de la lengua de Mick Jagger encima de la solapa, lo que

producía un efecto de obscena provocación. Tenía unas piernas largas y bien formadas que exhibía enfundadas en mallas o en pantalones elásticos, muy ajustados. Cuando se colocaba el chubasquero azul sobre los hombros, por encima de la mochila, su figura parecía la de una sota de la baraja, con la leve capa de mosquetero ondeando al viento. Los tres caminaban durante un trecho, charlando no más de diez minutos hasta la parada del autobús en Santo Domingo, donde el muchacho se despedía y ellas tomaban el 23. Se bajaban juntas, unos quince minutos después, en Pumarín, y caminaban durante otros cinco minutos por una calle transversal de casitas antiguas y llenas de tiendas hasta un pequeño descampado, donde se erguían tres edificios de seis plantas con anexos para garaje, jardines con columpios para los niños y un césped bien cuidado. La muchacha de la mochila entraba en el primero de los bloques, n.º 15, y ella en el n.º 17. Eran, sin duda, edificios de reciente construcción (no más de cinco o seis años) y parecían de buena calidad, con terrazas llenas de plantas y, en algunos pisos, con cerramientos acristalados en carpintería de aluminio. Tras esos cristales, que Álvaro espiaba con infructuosa perseverancia, se adivinaban salones con mullidas alfombras, con sus tresillos, sus lustrosos armarios para la cristalería, sus equipos de música y su televisor, todo comprado en cómodos plazos, limpio y resplandeciente. Quizás en muchos de ellos habría también tapetes de ganchillo sobre mesas y sillones y, sin duda, un cuadro, una litografía, una figurita o un dibujo al carbón en el que inevitablemente aparecería un hórreo. Algunos de los vecinos se odiarían, otros compartirían barbacoas, paellas y mariscadas los sábados por la tarde, y otros, por último, serían casi ignorados y tomados como antipáticos y sospechosos: ¿a qué categoría pertenecería la familia de la joven? Pero Álvaro ni siquiera sabía su nombre, aunque ya llevaba varios días siguiéndola. Tras meditar mucho acerca de la mejor forma de averiguarlo decidió preguntárselo abiertamente a Rodrigo, es decir, tomando mil cautelas.

–Oye –dijo como por casualidad, mientras jugaban al billar–, hoy coincidí en un bar con una chica a la que creo que vi el otro día en tu clase. Es muy guapa, de pelo castaño; lleva una gabardina blanca y unas botas rojas, de esas que se atan con largos cordones.

Álvaro omitió deliberadamente cualquier referencia a los ojos.

–Ah –respondió Rodrigo, tras pensar un instante–, se llama Verónica Galindo. Pero no es tan guapa; aunque tiene unos ojos muy bonitos.

Verónica. Ahora ya tenía un nombre. Le pareció un nombre extraño, infrecuente. Quizás se trataba de una familia andaluza. Hace veinte años, ¿había empezado ya la moda de las Vanesas, las Jenifer y

todo eso? Trató de imaginar cómo sería la madre que habría elegido ese nombre, porque sin duda Verónica era el nombre elegido por una mujer: una mujer que fue guapa, pero de clase humilde y sin estudios, quizás peluquera, lectora de fotonovelas y revistas ilustradas, aficionada al cine, soñadora, que ahora habría engordado más de lo que quería, pero que aún conservaba el cutis delicado, que usaba cremas Pons, que se teñía de rubia pero sin atreverse a llevar el pelo largo, que canturreaba en la cocina a Julio Iglesias y a Perales, que admiraba a Ana Belén y que, por todo ello, había elegido para su hija el nombre que hubiera deseado para ella. Álvaro pensó que esa mujer tendría ahora más o menos su propia edad, la edad en que ya es tarde para hacer lo que antes no se hizo, ni se intentó, ni se pudo, la edad en que los anhelos y los sueños pierden verosimilitud ante la conciencia y, si se persiste ciegamente en ellos, comienzan a convertirse en torpes delirios.

Comenzó a seguir a Verónica Galindo con asiduidad. Vigilaba todas las tardes la Escuela de Artes desde aquel bar Virgen del Acebo y un día tras otro se sorprendía de aquel nombre eclesial y santo que no lograba asociar con las copiosas ingestas de callos y criadillas que se producían en su interior, donde la tabernera continuaba mostrando un acendrado fervor por el microondas, cuyas alabanzas no cejaba de proclamar. San Microondas era un santo milagrero, un gurú, el verdadero profeta; también era muy devota del friegaplatos y a ambos les rezaba. «Me libraron de la esclavitud del fogón y del estropajo –decía bajo la mirada condescendiente de su marido, un hombre casi mudo–, ahora lo hago todo por las mañanas y el resto del día sólo es coser y cantar»; todo lo cual no resultaba ser sino el fruto de una flagrante autosugestión, porque mientras su marido mantenía la mirada fija en la pantalla de televisión sosteniendo un palillo entre los dientes, a ella nunca se la veía sentada ni ociosa.

Álvaro percibía todas estas cosas como por primera vez en su vida, ¿es que nunca había caído en la cuenta de que hay cientos de bares e incluso afamados prostíbulos que llevan nombres de vírgenes y santos a lo largo de toda España?: Virgen Macarena, Virgen del Carmen, del Pilar, de la Paloma, del Socorro, San Pancracio, San Roque, San Cristóbal eran nombres habituales no sólo de bares, sino también de camiones, de puestos de feria, de fruterías, de pescaderías. Allí mismo había un bar llamado Eccehomo. ¿Acaso no hay un banco que lleva el nombre del Espíritu Santo?, ¿de qué se extrañaba?, ¿es que jamás había comido una morcilla? Lo había hecho, pero sin haber reparado nunca en su consistencia última de sangre y grasa. Sin embargo, ahora sus ojos se estaban entrenando imperceptiblemente en una nueva

forma de mirar: la que trata de penetrar bajo la superficie de las cosas, la mirada que espía, la que pregunta, la que ve sin el lastre de la intención y de la apropiación; y esa mirada siempre causa asombro y perplejidad.

Verónica Galindo acudía a la Escuela de Artes los lunes por la tarde, los martes y los miércoles, por la mañana y por la tarde, con un intervalo de casi tres horas a mediodía en que regresaba a casa; los jueves se quedaba a comer en la escuela y salía luego a las cinco y Álvaro no podía seguirla porque a esa hora tenía clase en la facultad; los viernes no iba nunca. Esos largos fines de semana que comenzaban las tardes de los jueves, en las que Álvaro perdía el control de sus movimientos, constituían una tortura insoportable. Se apostaba desde muy temprano en las cercanías de su vivienda, cargándose de angustia a medida que pasaban las horas; merodeaba en torno a los bloques, sin perder nunca de vista la puerta del edificio n.º 17 o el anexo del jardín, necesaria salida común de todos los vecinos y, a veces, ella no salía en todo el día, o para su desesperación, la veía de pronto regresar, a cualquier hora, sin saber de dónde venía, ni qué había hecho, ni siquiera si había dormido en casa la noche anterior, puesto que él no la había visto salir. En una ocasión, ya de noche, apareció sorpresivamente por su espalda, mientras vigilaba la puerta del jardín apoyado en un buzón de correos. Pasó a su lado por el estrecho espacio que quedaba en la acera, casi rozándole con el hombro, percibió su leve perfume y se quedó paralizado por el terror, pero ella no se volvió. Entonces casi la odiaba, como si ella fuese culpable de tener ojos y poder verle (aunque confiaba en que no había sido así, debido a la oscuridad reinante) y de no llevar unos horarios estrictos los fines de semana, para facilitarle la tarea de vigilancia. Ambas cosas le producían una profunda irritación, que se convertía luego en ira hacia sí mismo y terminaba por dejarle postrado en el abatimiento, agotado y confuso. Pero no interrumpían ni cuestionaban el impulso de continuar.

Averiguó el número de teléfono de Galindo Martínez, Fernando, calle Juan Uría 17, y a veces, loco de ansiedad, llamaba preguntando por ella, haciéndose pasar por un compañero de la escuela. «Ha ido al cine», respondía una voz de mujer. Si contestaba una voz dulce y armoniosa, «¿Sí, dime?», incluyendo al universo entero en la intimidad del tuteo, Álvaro preguntaba por un taller mecánico y se disculpaba por el error. Pero se resistía a repetir las llamadas por miedo a levantar sospechas sobre algún acosador.

Álvaro Atienza dejó crecer sus sentimientos y su euforia hasta el punto de olvidarse del motivo que la causaba. En ese torbellino el

sentido de la distancia lo era todo y en la distancia nunca es lo mismo la medida que el número: nada está infinitamente lejano ni absolutamente próximo: creyendo que controlaba el número, Álvaro estaba a punto de traspasar toda medida. Era presa de un autoengaño consciente, ese raro fenómeno de la inteligencia, capaz de esconderse a sí misma sus propios propósitos, encubiertos bajo juicios certeros e impecables en su formulación. Se decía: «No la deseo, no la quiero para mí, se trata de otra cosa, sólo de su mirada, no soy tan ridículo. No me importa ella, sólo quiero saber qué me pasa a mí». Incluso llegó a decirse: «Es un experimento científico».

Sin embargo, cada tarde subía en su vieja Norton, se ponía el casco con la visera para no ser reconocido y bajaba hasta la Escuela de Artes a esperar que ella saliese de clase, seguir el autobús en que se subía y observarla desde lejos mientras caminaba envuelta en su gabardina blanca, cimbreando la cintura de aquella manera tan peculiar. Pensaba que haciendo aquello estaba combatiendo toda posible autocomplacencia, destruyendo la ilusión, sueño o esperanza que alocadamente hubiera podido albergar. Se decía que poniendo ante sí sin desmayo la fría realidad de aquella belleza inaccesible, se forzaba a aceptar y afrontar sin reservas el infierno del autoconocimiento, es decir, el infierno de sí mismo: se trataba, no de despreciarse (ni mucho menos compadecerse), sino de aceptar en el fondo del alma que el autodesprecio era un sentimiento con base lógica, es decir, justo y razonable, que su vida estaba marcada por el sello indeleble de la impotencia y que, pese a todo, él era capaz de soportarla sin una sola queja. Pero, entonces, ¿de dónde había salido aquel súbito llanto?

Dejó de usar la moto regularmente y comenzó a utilizar la furgoneta de la fábrica. Era una Citroën pequeña y acristalada, en cuyas puertas laterales figuraba el anagrama: Atienza S. L., Lozas y Porcelanas, Oviedo, y un teléfono. Álvaro lo cubría con varias bandas de cinta adhesiva que retiraba cuando volvía a dejar la furgoneta en el garaje. La furgoneta le permitió dar un paso cualitativo en su misión arrostrando menores riesgos: comenzó a fotografiar a Verónica Galindo. Desde el mismo instante en que la vio por primera vez a través del teleobjetivo de la cámara se dio cuenta de que mirarla ya no bastaba. La realidad en directo era intensa, pero también, y quizás por ello, angustiada: estaba sometida a un tiempo demasiado efímero y fugitivo, y la misma intensidad de un instante (cuando ella apoyaba la frente en la ventanilla del autobús y dejaba vagar la mirada por el paisaje urbano, abandonada al mero transcurrir de las cosas) suponía la obnubilada pérdida del instante siguiente y suponía también el riesgo de caerse de la moto. Aquella especial forma de caminar,

balanceando ligeramente las caderas hacia delante, más impulsada por un viento leve que por la inercia de los pies, raptaba la atención de Álvaro Atienza y la entregaba, ya sin conciencia de sí misma, a la gracia especial e inimitable de aquel cuerpo relajado, en cuyos movimientos nunca parecían intervenir ni el esfuerzo, ni la premeditación. Álvaro trataba de sujetar con violencia esos momentos en la memoria, pero su propia fascinación le dificultaba luego su recuerdo; el exceso de interés por retenerlos constituía precisamente su obstáculo, como les ocurre a los estudiantes amenazados por el deber y la exigencia que, al cabo de muchas horas de esfuerzo, sólo son capaces de recordar las formas de las letras y de las páginas, de las palabras y de sus sonidos, pero no comprenden su significado, entorpecidos por la magnitud de su propio deseo. Álvaro trataba de captar el significado de la mirada que ella depositaba sobre las cosas y sobre los otros, quería saber por qué su propia vida estaba allí suspendida sobre un abismo de horror y de impotencia, sólo pendiente de una fría constatación, pero un conductor de bigote, una señora de rojo, unos obreros del gas parecían interponerse entre la verdad y el convencimiento, como dándole un piadoso plazo. Él sabía, sin palabras, lo que estaba ocurriendo, lo que terminaría ocurriendo sin remedio cuando, tras saciar la mirada, sus manos se comprobasen ajenas, fracasadas e inútiles. Mientras tanto, durante un indeterminado plazo, jugaba a comprender lo que ya sabía: engañarse, consciente de que se engañaba, era su última y efímera defensa. Se narraba a sí mismo, como si fuera a la vez el niño y el anciano que le cuenta un cuento, que tenía que estudiar aquella mirada de la muchacha, debía comprenderla y saber por qué le había causado tal conmoción; debía averiguar qué tenía de diferente, por qué los objetos sobre los que se posaba (aquella escuela, aquel autobús, aquella calle de aceras estrechas) y las personas con las que trataba (el muchacho de melena, la chica alta que parecía una sota de la baraja) iban tornándose para él en algo único, emocionante, casi sagrado. Pero la mirada misma no se dejaba captar.

Un jueves por la tarde, cuando sabía que ella no estaba en la escuela, volvió al mismo lugar donde la había visto por primera vez. Lo hizo con todo el sigilo, el miedo y la devoción que se supone a los asesinos cuando regresan al lugar del crimen, incapaces de resistir su fascinación. Tomando grandes precauciones para no ser visto se subió de nuevo al banco corrido, miró hacia el interior de la clase, entonces vacía, y trazó marcas en el cristal, señalando la altura de su cabeza. Entró, se sentó en la misma mesa desde la que ella le había mirado (y quizás sonreído) y tocó aquellos muebles como si fuesen objetos de

culto. El aula configuraba un espacio solemne donde esos objetos adquirían una realidad densa y distinta. Como si el resto del mundo perteneciese a la efímera contingencia de los sueños, Atienza sentía que su entorno inmediato era consistente y eterno. Guiándose por las marcas que había dejado en el cristal, calculó lo que ella había visto: apenas la parte superior del rostro. Desde la posición en que se encontraba era imposible que le hubiera visto el rostro entero. No había podido verle la barbilla y probablemente tampoco la boca; quizás sólo desde el labio superior. Cuando subía hacia casa fue incapaz de recordar su propio rostro. ¿Cómo era él? Ya en su habitación se cubrió con una carpeta la parte inferior de la cara y, levantando levemente la cabeza, como sin duda había hecho aquel día, se miró al espejo: vio una nariz grande y afilada, unos ojos gris perla transparentes, con el intenso punto negro en el centro, inexpresivos, fijos, una frente despejada y prolongada en dos grandes entradas producidas por el pelo echado hacia atrás. «Habrá pensado en un depredador –se dijo–, o en un psicópata; le habré inspirado miedo.» Pero, entonces, ¿por qué sonrió?; ¿había, realmente, sonreído? Trataba de fijar la secuencia de hechos: el cruce de las miradas, la sonrisa, el timbre, la huida. Pero también cada secuencia diferente daba lugar a una diferente interpretación: ella sonrió, no a él sino al timbre; la clase había concluido. Quizás ni siquiera sonrió y sólo hizo una leve mueca: él estaba tan pendiente de sus ojos –la miel, las chispitas verdes– que no podía precisar qué gesto había hecho. Quizás sólo había mostrado los dientes: tenía una dentadura blanquísima, brillante, perfecta. Los pensamientos de Atienza se atropellaban y tropezaban unos con otros sin dejarle una sola pausa para la reflexión. Sólo lograba aumentar la ofuscación, pero era una ofuscación intensa y vivificante, sin tiempo para la pena.

Una vez que hubo conocido los trayectos habituales de Verónica Galindo, dejó de seguirla y la esperaba en lugares estratégicos, desde donde la podía filmar y fotografiar: la puerta de la escuela, las paradas del autobús, la calle estrecha, la puerta del jardín. Los fines de semana en que la conseguía seguir, usaba película ultrasensible para captarla de noche en la cola del cine, en la barra de un bar, en la calle, iluminada por los escaparates, hablando, sonriendo, pensando, escuchando, bebiendo y en todas las posiciones corporales que la decencia pública permite imaginar. Llegó a conocer todo su vestuario y el repertorio completo de sus amistades, sorprendentemente corto: sólo alumnos y alumnas de la Escuela de Artes. Pero quedaban todavía muchas lagunas llenas de incertidumbre: noches en las que no regresaba a dormir, sábados misteriosos en los que, tras coger un tren,

había perdido su pista en Gijón. La fotografía abrió para él un corto paréntesis de sosiego, si sosiego es sustituir la ansiedad de una esquina bajo la lluvia por la ansiedad de contemplar incansablemente su imagen en su propia habitación.

A partir de cierto momento, en especial cuando rodaba con la cámara de vídeo, se ayudó del concurso del joven vigilante de la fábrica, el marroquí Tahar, quien conducía mansamente la furgoneta sin saber con exactitud cuál era el propósito que les estaba guiando; simplemente, obedecía sin preguntar. Álvaro instalaba el trípode en la parte posterior y rodaba con toda comodidad. Pero las imágenes del vídeo también eran fugaces y de mala calidad. Lo sustancioso lo obtenía con el teleobjetivo de la cámara automática: en pocas semanas, llegó a tirar centenares de diapositivas, quizás miles. Al terminar cada jornada, en función de la hora, mandaba a Tahar regresar a casa con todo el equipo y se quedaba a jugar al billar o a tomar unas copas con los amigos aparentando una normalidad en la que ya nadie creía. Estaba hosco, inquieto, aún menos comunicativo de lo que era habitual y volvía a casa muy pronto en la moto, ansioso por reencontrarse en su cuarto con lo mismo que acababa de dejar: la imagen mil veces repetida de Verónica Galindo, cuyo misterio y atracción crecían en la misma proporción que su propio estupor. Su consumo de cocaína, habitualmente muy moderado, se incrementó al mismo ritmo que el de películas Kodak y las noches se convirtieron en verdaderas orgías de imágenes estáticas de la muchacha proyectadas contra la pared, música de Mozart y una diáfana obnubilación, el estado del alma que Álvaro Atienza consideraba más parecido a la felicidad: el alegre Mozart, el desprecio de sí mismo, la proximidad de la verdadera maldad. Pero nunca llegó a perder del todo la conciencia de lo que estaba haciendo, ni de su propósito y determinación. A veces, cuando tras el amanecer le sorprendía el ruido de los obreros y de las máquinas de la fábrica que comenzaban a trabajar, se miraba al espejo y bromeaba con su imagen.

El conocimiento de lo que estaba haciendo y de su significado no le aportaba, sin embargo, ninguna lucidez suplementaria para modificarlo. Era perfectamente consciente de que su conducta persecutoria y fantasmal era ridícula, anormal, casi patológica. A veces sentía una vergüenza insoportable, pero, al cabo, se limitaba a sufrir por ello sin cambiar un ápice su comportamiento. En última instancia, de poder elegir, preferiría no saber, ignorar el significado y la transcendencia de sus actos antes que renunciar a ellos; pero no podía elegir: cada mañana disponía las cámaras con nuevas películas, las metía en la cartera junto con los libros y apuntes con los que

preparaba las clases y se decía: «Seguramente es así como actúan los psicópatas cuando esconden un cuchillo de cocina entre las ropas; quizás se engañen a sí mismos contándose que lo necesitan como abrelatas; yo sé que lo quiero para matar». Luego, con gran serenidad, bajaba otra vez a la ciudad y seguía a Verónica desde su casa hasta la escuela, contemplándola más bella aún que como la había dejado en las diapositivas, más pálida, más fresca, más misteriosa. Cuando regresaba a dormir lo hacía sin problemas, mecido por una extraña sensación de poder, como sabiendo que el tiempo que le quedaba era suyo, enteramente suyo, sin ninguna mediación.

Las fotografías innumerables fueron sufriendo un proceso de selección no premeditada, mediante el cual la imagen de la joven se iba depurando y estilizando en un pequeño conjunto de gran coherencia interna, como si aquella inmanejable multitud de actitudes y expresiones se pudiesen condensar en una sola imagen prístina, primordial, verdadera. Y así era. Poco a poco emergía una sola imagen de Verónica, pero tan poderosa que revelaba mucho más que su propia presencia. La atención fotográfica de Álvaro Atienza se concentraba en el rostro: la expresión de los ojos, el arco de las cejas, los elevados pómulos, la leve inclinación de la cabeza, el instante perdido en que la mano de la joven, sin saberse a sí misma, retiraba un mechón de cabellos dejando al descubierto la azul transparencia de la sien. Álvaro había recortado y ampliado detalles insignificantes. Pero, al final, bastaban dos, tres, cinco únicas diapositivas para revelarlo todo, como si, en su fragmentaria selección del tiempo, hubieran recogido la suma de todos los instantes de que se componía la muchacha. Cada vez que Álvaro volvía a contemplar aquellas pocas imágenes, descubría algo nuevo: una intención del ánimo, un contraste de la piel, un rasgo del carácter, un olvido. Cada nuevo paso por el proyector le revelaba algo sustancial de ella y del mundo, aspectos y detalles que desde siempre habían estado allí esperando a ser descubiertos por un nuevo saber que no se componía de palabras, un saber integrador y definitivo, como dicen que es el instante postrero de una vida, en el que se han acumulado todas las vicisitudes y aventuras, el que retiene para siempre el rastro indeleble de lo que se ha sido, sin omisiones ni engaños: todo estaba allí, pero era infinito e inabarcable; el cordón de un zapato mal atado rozando el suelo durante varias manzanas sugería de pronto llanuras de ternura e inocencia que, sólo a partir de ese momento, aparecían en los ojos de miel, desapercibidos y serenos. Y entonces Álvaro también los descubría en la memoria de la fugaz mirada que había recibido aquella tarde, por azar, avivando un irreconocible dolor, una carencia

nueva.

Cada nuevo descubrimiento abría la puerta a inmensos espacios misteriosos, cada nuevo saber era la llave de una ignorancia nueva, de una nueva ansiedad.

Pero una tarde azul sacó a la luz lo que hasta entonces había estado escondido: Verónica Galindo era una mujer, es decir, un ser sexual. Parece ocioso decirlo, por obvio y por trivial; incluso parece una necedad porque, por supuesto, Álvaro Atienza no lo ignoraba en absoluto, pero había permanecido hasta entonces como un aspecto secundario, casi olvidado de puro elemental, algo con lo que se cuenta pero se deja relegado en un margen, por contingente y circunstancial, sin el merecimiento de la verdadera atención; un aspecto que siempre había quedado fuera de foco. Pero cuando apareció, su impacto fue enorme; tuvo el efecto de oscurecer y ocultar todo lo demás: las imágenes empezaban a perder a Verónica Galindo para reflejar sólo el cuerpo de una mujer. Y eso acrecentó su sentimiento de pérdida.

Aquella tarde, Álvaro estaba esperando en la parte trasera de la furgoneta junto a la parada del autobús. Tenía la cámara sobre el trípode, el teleobjetivo colocado, ajustadas la luz y las distancias: se proponía fotografiar todos los movimientos de la chica, ayudándose del motor automático, desde que descendía del autobús, en plano general, pasando poco a poco a un plano medio, a medida que ella avanzaba, hasta primeros planos del rostro, para procurar la impresión de que verdaderamente se acercaba a él, aunque estuviese a diez metros. Cuando el autobús llegó, ella fue la única viajera en aparecer en la puerta. Con el motor a la velocidad de un cuarto de segundo por foto, Álvaro comenzó a disparar siguiéndola con el zoom. Aún no eran las cuatro de la tarde y el sol avivaba los colores de las cosas, delimitando sus perfiles como si estuviesen trazados a pincel. Se había levantado viento. Ella iba vestida con una camisa blanca de algodón y un chaleco corto de paño escocés en colores muy discretos, con predominio de tonos beige y burdeos, que ya le había visto antes. La falda, larga y de amplio vuelo, tenía una abertura frontal, cerrada con un botón un poco más arriba de las rodillas. Llevaba la gabardina doblada sobre el antebrazo izquierdo, del hombro le colgaba un gran bolso de lona y con la mano derecha sujetaba la carpeta de dibujo. Cuando alargó la pierna para saltar desde el alto estribo del autobús, un súbito golpe de aire le abrió la falda, quizás porque se rompió el botón. Ya con los dos pies sobre la acera, la falda se elevó dejando al descubierto sus piernas casi hasta la cintura. Dio unos pasos tratando de recoger el vuelo de la falda con los brazos, pero la gran carpeta en un brazo y la gabardina en el otro actuaban como velas y apenas

podía maniobrar contra el viento. Se detuvo, se volvió de espaldas y recompuso la figura, pero casi enseguida retomó la posición frontal protegiéndose con la carpeta y quizás pensando que el inesperado vuelo de la falda había sido efecto del salto que había dado desde el autobús. Caminó unos pasos y el viento volvió a arreciar. Formaba remolinos y levantaba un molesto polvo que le entraba en los ojos dificultándole la visión y alborotándole el cabello. Subió la carpeta para protegerse el rostro y de nuevo la falda se volvió a abrir, aunque ahora, o bien no se dio cuenta o bien no le importó, porque siguió caminando contra el viento, con los brazos altos, un poco inclinada hacia delante, dando pasos en distintas direcciones, zigzagueando como los barcos en barlovento y provocando vuelos diferentes de la falda, que no ahorraron ninguna exhibición, hasta que se terminó la película y se detuvo el motor. Cuando apartó el ojo del teleobjetivo, Álvaro Atienza se sintió tan exhausto, preocupado y satisfecho como si hubiera acabado de fundar una ciudad. Durante los segundos que duró, había actuado con pasión y seguridad. Dos veces paró el motor de la cámara y otras dos veces lo volvió a arrancar en el momento preciso, tras conseguir un foco perfecto. En ningún momento perdió la serenidad; su comunión con el acontecer había sido tan intensa que por momentos creyó que era su voluntad quien lo provocaba y el acontecer quien obedecía: «Viento», pensaba, y el viento arreciaba; «pubis», y la falda se abría. Su teleobjetivo no dejó de captar ni un solo centímetro de aquella piel.

Esas diapositivas eclipsaron a todas las demás y comenzó el tiempo más cruel. Por más que la conciencia lo negara, apareció nítido el deseo sexual y con él todo subió de intensidad: la ambición retenida, la esperanza tantas veces rechazada, la frustración asumida, el autoengaño, las coartadas. La noche que las contempló por primera vez, volvió a caer en un acceso de llanto. De nuevo aquel llanto inevitable e inexplicable, irritante y desconsolador, un llanto silencioso, pero incontenible, que le producía pequeños síncopes en la respiración y una congestión de los pulmones, aprisionados en una caja torácica irregular, bajo la que sintió una angustia mortal, casi a punto de perder el conocimiento. Cuando logró serenarse, metió la cabeza bajo el grifo del agua fría y, mirándose al espejo, se amenazó a sí mismo en voz alta: «Si me vuelve a ocurrir me mato». Y ofuscadamente pensó a la vez: «O la mato».

Tendido sobre la cama, Álvaro Atienza se sentía corporalmente exhausto y anímicamente cansado de sí mismo, como si todo él no fuese más que un pesado fardo, una carga muerta que había soportado sobre los hombros durante toda su vida sin haber comprendido nunca

por qué se le sometía a semejante castigo. Se sentía a la vez Sísifo y la piedra, pero hasta la piedra estaba fatigada y ofendida por aquel Sísifo obtuso a quien apenas quedaban fuerzas para sobrellevar la tarea de soportarse. El techo de la habitación estaba atravesado por cuatro grandes vigas de madera que ahora percibía cubiertas de polvo. Recordó el día en que su tío Álvaro había llegado a casa con los aparatos de gimnasia y había decidido que le bajasen allí su dormitorio, junto con las espalderas, la bicicleta estática, el aparato de remo y el pupitre para estudiar, en el mejor salón de la planta baja, donde antiguamente había estado el comedor y donde podía tener permanentemente instalado el tren eléctrico. Al pie de una de las dos grandes ventanas abiertas como túneles en el grueso muro de piedra, habían dispuesto una pequeña cama turca repleta de cojines para que Alvarito pudiera tomar el sol desnudo, sin necesidad de salir al exterior. El tío Álvaro había asumido como una cuestión personal la curación de su sobrino y ahijado y nadie en la casa había osado oponer el menor reparo, no sólo porque el tío Álvaro era quien mandaba en la familia y en la fábrica, de la que su padre tan sólo era un empleado, sino porque ni siquiera su madre tomaba ninguna iniciativa con respecto a la enfermedad de Alvarito ni, en realidad, sobre ninguna otra cosa. Simplemente se limitaba a sufrir en silencio la contrariedad dando por supuesto que la vida entera era una contrariedad. Álvaro la recordaba entrando de puntillas en aquella misma habitación para preguntarle temerosamente cómo se encontraba, si necesitaba algo. Incluso cuando caminaba, siempre llevaba las dos manos recogidas delante del pecho, como si en cualquier instante tuviese que comenzar a rezar. Al contrario que su hermano, rubicundo, expansivo y grandón, Teresa Atienza producía una impresión de gran fragilidad. Su rostro, de facciones menudas y correctas, estaba troquelado por una expresión de susto y de disculpa que, en presencia de su hijo, adquiría los escabrosos tintes de la resignación, una especial predisposición para aceptar de antemano la piedad ajena por lo mucho que sufría. Y la verdad era que todos se apiadaban de ella: «¡Pobre Teresa! –solían exclamar las amistades–, ¡con ese hijo!». Álvaro sospechaba que su madre había interpretado su nacimiento como un castigo, y quizás como un castigo merecido por haber cometido en algún momento una falta horrenda y secreta, pero nunca pudo darse razones suficientes para creerlo. Se trató más bien de una sospecha teórica después de haber leído a Freud, cuando reinaba aquella moda de buscar causas remotas, oscuras y culpables para todos los sentimientos, los sueños o los simples dolores de cabeza. Pero esa sospecha no se armonizaba con la mirada acongojada

y suave de su madre, ni con aquellos ojos grises y apagados, ni con aquella calma inerte, tan poco autoritaria. No, ella no le había odiado. Quizás le había sentido como un deber más que como una condena, algo más parecido a la obligación de un oficinista que al calabozo de un penado. No le había odiado, pero tampoco le había querido; ¿cómo quiere la gente? Tendido sobre la cama, Álvaro recordaba a su madre siempre asociada con la lluvia: cristales mojados, luces grises, penumbras al mediodía que sin embargo no se quieren reconocer encendiendo una lámpara. Ella llegaba deslizándose, sin hacer ruido, y pronunciaba frases indecisas con extremada cortesía, aunque el interlocutor fuese un niño de diez años apesadumbrado por la columna vertebral torcida. ¿Cómo quiere la gente? Querer debe de ser un vínculo, quizás una deuda; una deuda imposible de pagar. Cuando ella le hablaba cariñosamente, el pequeño Alvarito tenía la sensación de que le estaba tratando de usted. Y sentía pena por ella. Incluso intentaba ayudarla a salir de aquellos desdichados trances en los que ella se esforzaba por ser cariñosa y natural. Cuando murió, teniendo Álvaro diecisiete años, no recordaba haber sentido nada, como tampoco recordaba haber recibido de ella ninguna mirada especial, ese algo distinto en que, según se supone, se diferencian las madres del resto de las mujeres. En realidad, ¿qué es una mirada?; poca cosa; pero no debe haber lluvia, ni los ojos deben estar escondidos tras una niebla gris, ni las manos deben sujetarse una a la otra para no volar como palomas asustadas, ni las palabras corteses deben cruzarse en la vía como barreras que impiden pasar al tren del alma. Sólo una mirada, parece mentira. Pero ella no debería haber entrado en la habitación a hurtadillas, como quien se cuela en un cine, ni tampoco debería haber pronunciado la palabra «cariño» para dirigirse a aquel monstruo de diez años que le causaba pavor. Porque era eso: Alvarito, ya desde los diez años y acaso desde antes, se había dado cuenta de que, por encima de todas las cosas, por encima del amor natural y del deber que a ella le imponían los tiempos, él le daba miedo a su madre.

Cuatro

La cena de Borja Molina en casa de los Arbeyo había sido difundida y comentada por los anfitriones más de lo que cabía esperar, pues cuando Vicente el Ciclista llegó al Mercurio aquella noche señaló hacia Molina y me susurró al oído:

–Oye, ése es el fulano que le regaló las tres botellas de Vega Sicilia a Manolo Arbeyo, ¿verdad?

Yo también lo sabía. Vicente lo observó con ojo clínico.

–Y encima se tragó sus ensaladas de apio sin rechistar –comentó.

En unos instantes hizo una evaluación precisa y rotunda de Molina, como cabía esperar de quien se atribuía a sí mismo una profunda experiencia: «Doctorado en la universidad de la vida», solía decir sin darle la menor importancia a su absoluta falta de originalidad. Siempre me ha resultado difícil de entender la razón por la cual Vicente el Ciclista se tiene en tan alta estima a sí mismo.

–Ese tío –dijo– tiene dinero de familia y además gana un sueldazo, te lo digo yo.

Lo observó durante un rato más, mientras Molina se movía en torno a la mesa de billar con el taco en la mano, y sentenció:

–No fuma, bebe poco, pero le gustan las anfetas y la coca. Yo no me fiaría un pelo de esa cara de ángel. Lo que yo te diga.

–Es el director de la empresa de Carmina –le informé.

–Sí, ya me imaginaba yo algo así.

Jugaban la partida en parejas: Floro y Borja Molina contra Prieto y Manolo Arbeyo. El reservado del Mercurio estaba esa noche abarrotado de amigos (en realidad bastábamos diez o doce para llenarlo) y de conversaciones pobladas por la risa espontánea de los viernes. Había algunos porros circulando sin ostentación y las dos grandes pantallas que colgaban sobre la mesa creaban en su entorno un círculo de penumbra y de agradable intimidad. En los bordes de la luz flotaban largos y tranquilos jirones de humo que sólo se rasgaban cuando alguno de los jugadores se inclinaba para tirar. Prieto jugaba con su famoso taco desarmable, equilibrado con incrustaciones de marfil, y lo estaba haciendo muy bien. Él y Manolo ganaban con holgura. A esas alturas de la partida, apenas cabían dudas acerca de cuál sería su resultado, pese a que Floro en cualquier momento te podía largar una tacada de cincuenta o sesenta carambolas. Pero no parecía ser su noche; se mostraba mohíno y poco hablador. Por el

contrario, Manolo Arbeyo estaba exultante; la proximidad de la victoria eliminaba su agarrotamiento habitual e incluso se permitía algunas fantasías por las bandas. Según algunos exégetas de la filosofía del billar, que suelen impartir doctrina en el café Mercurio (Floro, Prieto, Mari la Gorda, la cual no juega nunca pero sabe mucho), las bolas están indeleblemente atadas a los hilos del ánimo y no se mueven respetando las estrictas leyes de la dinámica, sino la secreta y variable geometría de las pasiones: obedecen al miedo, a la ambición, a la racanería, a la libertad de espíritu; las bolas son entes morales que premian y castigan las intenciones. Esa noche, los aciertos de Prieto unidos a los continuos fallos de Molina infundían en Manolo Arbeyo la autoconfianza de un coloso, capaz de jugar a tres bandas sin que se le encogiera el brazo. Molina, aunque voluntarioso, desentonaba con el nivel de los otros tres y con frecuencia pedía disculpas por sus fallos. Aníbal Rico, que había llegado con la partida ya empezada, sugirió sustituirle en un par de ocasiones, pero no se lo aceptaron. A nadie le cabía la menor duda de que Molina pagaría la cuenta, que ya debía de subir a un pico. Alfonso había entrado varias veces con tortillas, anchoas y con botellas de un exquisito Albariño, pedidas por el propio Molina, que eran alegre y abundantemente compartidas por casi todos los presentes. Vicente el Ciclista, aún a mi lado, junto a la puerta de entrada, terminó de exponerme las sabias conclusiones de su ojo clínico:

–No tiene ni puta idea de jugar al billar, pero a ese tío sólo le interesa el dinero grande. Es de los que «pueden» y «quieren» –subrayó–. Atención con él.

Hizo una larga pausa sin levantar la vista de su objeto de estudio y concluyó enigmáticamente:

–Lo que yo te diga.

Fue a sentarse junto a Mari la Gorda, chocando algunas manos al pasar entre la concurrencia. Manolo Arbeyo le saludó con afables palmadas sobre su raído abrigo azul. Ahora que lo pienso, creo que jamás he visto a Vicente el Ciclista sin su abrigo azul, ni siquiera en verano, y no puedo recordarlo más que envuelto en esos largos faldones que le esconden y le tapan como si fuera de incógnito. Aunque no sé si le he visto alguna vez en verano, pese a la cantidad de tiempo que le conozco; a veces desaparece sin dejar rastro y además los veranos son paréntesis blancos, parecidos a los sueños, ajenos a la cronología regular y con una incómoda tendencia a confundirse unos con otros cuando no se está enamorado. Vicente el Ciclista, por supuesto, no era ciclista, sino cojo. Calzaba una bota negra con un gran suplemento de corcho en su pie derecho y, con cada paso, la bota

describía en el aire un recorrido circular como si estuviera pedaleando sobre una bicicleta. La verdad era que resultaba gracioso y Vicente aceptaba el apodo de Ciclista con naturalidad, aunque sin regocijo. Mucha gente ni siquiera sabía su verdadero nombre, pero el mote se le adivinaba al primer golpe de vista, sin necesidad de ser tan perspicaz como él. Le vi sentarse en el diván, abriéndose un espacio al lado de Mari la Gorda, con quien comenzó a cuchichear, como acostumbraba, sin dejar de mirar al tendido; le encantaba hablar en secreto, disimulando, mirando hacia otro lado, aunque sólo estuviese preguntando la hora. Mari siempre se refería a él como «mi ex», sin mencionar su nombre, y aceptaba sus sablazos con resignada generosidad, como quien sobrelleva los inevitables achaques de una enfermedad crónica. Su matrimonio había durado unos tres meses y había ocurrido en aquellos tiempos remotos e inexplicables, cuando la gente parecía casarse sólo como pretexto para romper su relación con un divorcio. Algunos, para oscurecer y retorcer aún más esos errores, esperaban incluso a tener hijos y poder así odiarse a mansalva, dándose motivos suplementarios, pero no fue ése el caso de Mari, incapaz de odiar a nadie, aunque nunca supimos muy bien, ni probablemente lo supo ella misma, qué fue lo que la indujo a casarse con Vicente el Ciclista ni a divorciarse tres meses después; vivíamos tiempos confusos, quiero decir que entonces casi todos nosotros estábamos confundidos y hacíamos muchas cosas sólo para tener la impresión de que estábamos seguros de algo, para convencernos a nosotros mismos, como si nuestras vidas fueran una conversación o un relato al que no lográbamos encontrar el argumento e hiciéramos todas esas cosas (casarnos y divorciarnos, tomar ácidos, tener hijos, abortar, ponernos heroína, viajar a Ibiza o a Londres) para demostrar que ese argumento existía y tenía sentido, un propósito, una finalidad más alta y justa que la del resto de la gente. Luego las cosas que hicimos quedaron en la memoria y en nuestras vidas, pero el argumento, si es que alguna vez alguien lo tuvo claro, lo olvidamos, como olvidamos también los propósitos y las metas, porque sin duda carecían de importancia. Ahora, cuando ya sólo quedan los hechos desnudos y hemos olvidado o perdido las intenciones que supuestamente los provocaron, esos hechos nos parecen absurdos e inexplicables; ¿de verdad éramos nosotros?; ahora, digo, he oído comentar a alguien (no vale la pena mencionar su nombre) que Mari se casó con el Ciclista porque las deformidades físicas despertaban en ella un irrefrenable estímulo amoroso, algo que le nacía de la piedad, la conmiseración, la compasión o como se le quiera llamar y que ella terminaba confundiendo con el amor y la cama. Podría darse una

explicación más obtusa, pero difícilmente más malévola, porque en realidad iba dirigida a ridiculizar la relación de Mari con Álvaro Atienza introduciendo en ella la subrepticia sospecha de una perversión. Por eso, no veo que ahora seamos más clarividentes o estemos menos confusos que entonces, ni creo que hayamos encontrado un argumento que explique y justifique nuestros actos; simplemente, hemos renunciado a buscarlo y nos contentamos con hacer chistes baratos; ésa es la diferencia, que no nos importa carecer de argumento, que quizás ya no nos importe nada.

Vicente el Ciclista era un sablista contumaz (Mari solía decir que se debía dinero incluso a sí mismo). De vez en cuando aparecía por el billar, se le veía unos cuantos días por aquí y por allá en los lugares más inesperados y luego, sin previo aviso, volvía a desaparecer durante una temporada. Por lo general trapicheaba con pequeñas cantidades de costo o de coca, invariablemente proclamada por él mismo como de excelente calidad, no tanto porque su material fuese en sí bueno cuanto porque él lo juraba por su honor. Alegaba con grave discurso que la ética comercial, de la que era adicto, no sólo sirve para asegurarse una clientela y forjar una reputación, sino para reforzar los cimientos que sostienen a toda sociedad civilizada, la cual no reposa sino en la confianza y en el buen género. Tal era el motivo de que sus precios estuviesen por encima de los habituales en el mercado: la ética. No obstante, sus recursos económicos solían agotarse con rapidez y entonces regresaba a su pueblo, donde pasaba largas temporadas literalmente metido en la cama de su infancia, víctima del «mal del cobre», según contaba él mismo, refiriéndose al hecho de que no tenía ya dónde cobrar un céntimo y su familia se negaba a cualquier auxilio que no fuese darle de comer. A sus treinta y nueve o cuarenta años, Vicente el Ciclista podía ufanarse de no haber tenido jamás un empleo y cuando algún distraído le preguntaba, por hablar de algo, a qué se dedicaba últimamente, respondía con gran aplomo: «Hago recados». No era muy trabajador, pero hacía buenas frases y tenía unos graciosos andares, lo cual no es poco en estos tiempos que corren.

Esa noche el pequeño reservado del Mercurio estaba repleto, pero el resto del cafetón se veía mortecino y vacío. Alfonso ya había comenzado a colocar las sillas sobre las mesas de mármol, para barrer, y prácticamente sólo nos atendía a nosotros. Pese al bullicio de estudiantes que pululaban por esa zona de la ciudad, donde prosperan todo tipo de bares y tugurios, no sé de qué sutiles mañas se habían valido los dos cuñados propietarios del Mercurio para lograr con tanto éxito que nadie entrase allí a partir de las diez, de lo cual se sentían

orgullosos y agraviados a la vez. Por sus ambiguos comentarios no se podría deducir si se alegraban o se lamentaban de la situación, pero la conclusión general y resumida estaba llena de resentimiento y no dejaba lugar a dudas: la juventud actual está degenerada. Por eso éramos los únicos clientes del café cuando la partida se estaba acabando. Recuerdo bastante bien esa noche, en especial ciertos detalles, aunque debo admitir que sólo algún tiempo después llegué a saber lo que verdaderamente ocurría y cuál era el sentido último de las palabras que se dijeron y con quién estaban conectadas esas palabras, que entonces me parecieron carentes de interés o incomprensibles. Quizás carentes de interés precisamente por incomprensibles e incompletas, como suele ocurrirnos con las vidas de personas que juzgamos insustanciales porque no percibimos de ellas sino fragmentos, palabras cortadas o habituales, o gestos fugaces, muchas veces insólitos, que quedan enseguida ensombrecidos y tapados por la trivialidad, cuando esa trivialidad no es otra cosa que la superficie de nuestra ignorancia. Pero después llegué a saber y quizás, incluso, llegué a comprender. Por ejemplo, cuando Vicente el Ciclista se hizo un sitio en el diván entre Mari la Gorda y Maribel, la mujer de Prieto, y se puso a cuchichear al oído de su «ex», yo entonces no pude oír, pero lo que se dijeron fue:

–Tengo un negocio entre manos que me va a arreglar la vida, y además legal y limpio.

–Y necesitas un pequeño anticipo para afrontar ciertos gastos.

–Ni un céntimo. Voy con gastos pagados. Es algo grande.

Mari le interrogó con la mirada.

–Relaciones humanas, ¿sabes? Poner en contacto a quienes se necesitan, favorecer la comunicación y el entendimiento; eso es lo mío.

–Es decir, «hacer recados».

–Exacto, pero recados importantes. Ir, volver, templar, tender puentes, limar aristas. Lo mío. Es la oportunidad que siempre estuve esperando, tú ya lo sabes. Sólo se necesita calar a cada tipo al primer golpe de vista y luego crear un clima de confianza.

La partida terminó con una serie de Manolo Arbeyo, quien se mostraba exultante. Vicente puso entonces su pequeña guinda en los oídos de Mari:

–A lo mejor necesito que me prestes el coche. Ya te daré más detalles.

Aún no habían dado las once, pero el ambiente se estaba caldeando. Molina salió discretamente del reservado y se dirigió hacia el mostrador, donde se encontraba Alfonso. No había ningún plan

previsto y se produjo entonces uno de esos paréntesis de incertidumbre e indecisión que solían abrirse cuando nadie se animaba a asumir el liderato de la noche, o cuando las personas presentes eran demasiado heterogéneas para proponer una acción del gusto de todos. Pero estábamos sin cenar y en el Mercurio ya no había más que cacahuetes. Prieto sugirió que hiciésemos una incursión en el bar de enfrente en busca de provisiones (escabeche, pimientos, queso, jamón y otras viandas) y que organizásemos una partida de plato, en la que podrían intervenir todos los jugadores que quisieran. Aníbal Rico estuvo inmediatamente de acuerdo y Floro, que no parecía de humor, se avino con su habitual cachaza:

–Yo, lo que queráis.

Carmina Arbeyo se opuso rotundamente.

–Ya llevamos aquí dos horas –le dijo a su marido– y además no vamos a tenerle toda la noche encerrado en este cuchitril.

Se refería a Molina. Vicente el Ciclista tampoco estaba de acuerdo, porque no sabe jugar al billar.

–¡Venga, hombre, con lo viva que está la noche por ahí, llena de humanidad y de secretos por descubrir!

Algunas veces nos habíamos quedado en el Mercurio hasta las tantas jugando al plato, juego que consiste, para quien no lo sepa, en poner un plato de postre en el centro de la mesa de billar y rodearlo simétricamente con cuatro peones de ajedrez o cuatro dados; cada jugador pone en el plato cien pesetas o más, según la noche, y gana el primero que logra treinta y una carambolas sin tocar jamás el plato ni los peones, porque cada vez que esto ocurre hay que poner otros veinte duros en el plato, se pierden las carambolas acumuladas hasta entonces y se desciende a la posición del último clasificado. Resulta más difícil de lo que parece, pues es obligatorio dar bola y apenas se puede racanear, por lo que el plato va incrementando su valor a medida que avanza la partida. Se hizo famoso un plato de seis mil ochocientas pesetas que ganó Álvaro Atienza una noche, estando los otros cinco jugadores reenganchados a veintinueve carambolas, tras un fallo clamoroso de Floro Santerbás con las tres bolas juntas en un rincón, el cerebro se le había transformado en leche condensada y los brazos se le volvieron mantequilla, precisamente porque tenía el público a favor. Sin embargo esa noche no hubo ocasión de jugar: Alfonso apareció en el reservado con la escoba y anunció a todo el mundo que iba a cerrar el café. Aníbal Rico trató de convencerle:

–¡Coño, Alfonso, sólo un par de horas, que aún es muy temprano!

–No, que luego os eternizáis y tengo otra cosa que hacer.

–Que no, hombre, sólo hasta la una, que te vamos a hacer

consumición. Seguimos con el Albariño para comer algo y luego ponnos una botella de J&B y no apagues la cafetera.

–No, que no puedo. Además a partir de las doce se me llena esto de borrachos y luego me dan las mil.

Alfonso comenzó a barrer, pero había dado varias excusas y, como es sabido, muchas razones son peores que una sola; su negativa pareció endeble, sospechosa. Aníbal insistió:

–Cierra por dentro y apaga las luces como otras veces, aquí al fondo no nos ve nadie.

Alfonso ni siquiera le contestó y siguió barriendo sin atender. Los demás esperábamos en silencio el final del diálogo como si no fuera con nosotros y estuviésemos allí de simples espectadores. Quizás por eso Aníbal se sintió más implicado, es decir, con una implicación personal y no como un mero gestor o representante de los intereses generales.

–¡Joder, Alfonso, venga ya!, que te lo pedimos como un favor.

En ese momento Borja Molina regresó al reservado del billar abrochándose el abrigo de piel de camello. Daba por sentado que estábamos a punto de marchar. Yo no sé si se trata de un detalle relevante, pero Molina llevaba esa noche una corbata de seda estampada preciosa, sujeta con un pasador azul y oro, en mi opinión de lapislázuli, a juego con los gemelos. Alfonso, que llevaba un largo delantal anudado con un lazo sobre la prominente barriga, detuvo un momento el cansino movimiento de la escoba y, mirando a Molina, levantó los hombros como diciendo: «¿Y qué quiere usted que haga yo con esta gente tan vulgar?». Aunque aquel gesto también podía significar: «¿Ve usted, cuánto sufrimos las madres?». Con Alfonso nunca se sabe. En todo caso se trataba de un gesto de complicidad por el que los demás, especialmente Aníbal Rico, quedábamos incluidos en una categoría genérica e inferior que muy bien se podría denominar «la tropa», o «las masas» o algo parecido. Aníbal Rico se sulfuró y de un manotazo arrancó su chaqueta del respaldo de una silla y comenzó a ponérsela, sin atinar muy bien con las mangas.

–¡Pues bueno! –farfulló–, con tu pan te lo comas.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Estábamos deseando que Aníbal terminase de ponerse la chaqueta, pese a que todos los demás hacíamos lo mismo, pero hablaba ya en voz muy alta, como para quitarnos a todos la posibilidad de intervenir:

–Y tú, Mari, por favor, dile a tu colega que se venga por aquí, porque sin él no hay manera de que Alfonso nos atienda.

Alfonso se dio cuenta de la indirecta, pero no quiso darse por enterado. Se decía que era maricón vergonzante y que sólo se

esmeraba cuando estaba presente alguno de sus amores secretos, entre ellos el joven profesor de matemáticas, colega de Mari la Gorda, que no cesaba de liar porros con una expresión estupefacta que a Alfonso le debía de parecer angelical, como de fuera de este mundo. Cuando estaba presente Rodrigo de Almar, miembro de una de las familias más ricas de Asturias y, sobre todo, de más rancio abolengo, Alfonso nos trataba con dulce servilismo, porque sentía una atávica atracción por la aristocracia. Uno de aquellos días en que Rodrigo de Almar había coincidido conmigo en el billar, Alfonso se me acercó en un aparte y, mirando hacia él con arrobo, me susurró: «¿Sabías que los Almar han reivindicado el marquesado de Vegallana?». Resultaba asombroso que Alfonso pudiera tener semejante tipo de información, pero así era: «Su bisabuela, casada con un Almar, fue una Vegallana, y aunque el tronco principal de esa familia se extinguió, es importante que la antigua nobleza asturiana no se pierda», me comentó preocupado mientras se secaba las manos en el delantal. La proximidad de Rodrigo le producía una extraña gratificación, un súbito contento que se traducía en una exhibición de buenos modales y maneras corteses; en su presencia movía el culo más de lo habitual y usaba palabras esdrújulas sin ningún comedimiento, lo que también le ocurría con Francisco de Borja Molina desde el primer momento en que lo vio. Alfonso llevaba en el dedo meñique una sortija con una gruesa piedra roja, supuestamente un rubí, que parecía incrustada en una morcilla, porque aquel dedo regordete nunca se doblaba, ni siquiera en el inconsciente gesto de agarrar la escoba, como si en esa inútil tiesura se estuviera escondiendo la principesca voluntad de un hombre a quien las circunstancias adversas han conducido inexplicable e injustamente a la tarea de barrer el suelo de un café. Pero quizás todas las historias que se contaban acerca de su afición por los jovenzuelos no eran más que infundios sustentados únicamente en el hecho de que Alfonso era barbilampiño y ancho de caderas. Sin hacer caso a las malévolas insinuaciones de Aníbal Rico, Alfonso desplegó su barriga sobre el borde de la mesa de billar y recogió las bolas. De vez en cuando miraba hacia Molina, de pie, al lado de la puerta y se dirigió hacia él, tratando de salir hacia el café, pero Aníbal se interpuso en su camino.

–A ver, cuánto se debe.

–No se debe nada, ya está todo pagado.

–Yo todavía no pagué nada.

–Estás invitado.

Aníbal se puso impertinente. Sacó la cartera y comenzó a dar golpecitos sobre ella con el dedo índice:

–A mí me cobras lo mío. Yo no jugué la partida ni acepté la invitación de nadie.

–Pagó ese señor, yo no sé nada.

Alfonso trató de dar un rodeo para llegar junto a Molina, pero Aníbal le cortó el paso. Es un tipo muy alto y estaba plantado en medio del reservado, con la cartera en la mano y el ceño muy, muy fruncido. Alfonso, treinta centímetros más abajo, le miró desafiante:

–¿Y qué es lo tuyo, eh, si se puede saber?

–Ése es tu negocio. A mí aquí no me ha invitado nadie y lo mío lo pago yo.

Alfonso dudó. Probablemente estaba pensando ya en una cantidad al azar, para salir del paso; pero no estoy seguro, nunca se conoce del todo a las personas y quizás no se echase atrás; a veces, en esto del valor personal uno se lleva muchas sorpresas. Sin embargo no tuvimos ocasión de averiguarlo porque Molina se acercó a Aníbal Rico y le puso afablemente la mano en el hombro:

–Oye, Aníbal, de verdad que lo siento. Ha sido una torpeza por mi parte porque pensé que todo estaba incluido en la partida. Te ruego que disculpes el malentendido.

Yo creo que era la primera vez que se dirigían la palabra directamente y Aníbal ni siquiera sospechaba que supiese su nombre, porque no era habitual que una persona nueva que se acercase por el billar fuese presentada formalmente a todos los concurrentes y sólo el trato posterior, si el azar lo quería, llevaba a los desconocidos a entablar una conversación o jugar juntos. Pero él sí sabía de quién se trataba y que se había presentado en la cena de los Arbeyo con tres botellas de una añada carísima de Vega Sicilia. Precisamente esa exhibición de poder había provocado en Aníbal el principal rechazo a ser invitado. Le pareció humillante, como que le estaban haciendo de menos, ¿qué se creía ese tipo? Sin embargo, el oírle pronunciar su nombre lo desconcertó. Alfonso aprovechó el momento para salir del reservado con un rápido regate y Aníbal farfulló confusamente:

–No, si no es por eso…, ¡es por ese maricón!

No sé qué otras cosas se dijeron, pero ya en la calle caminaban juntos y les oí hablar animadamente de coches y de motos (Aníbal cuida de su Kawasaki como si fuera un pura sangre y acude todos los años a las concentraciones de moteros en no sé qué lugar de Checoslovaquia o Alemania).

En esos días, y aun mucho tiempo después, todos los que iban conociendo a Molina decían de él: «¡Oye, qué buen chaval!», y sin embargo su presencia provocaba una indefinible sensación de incomodidad, quizás un cierto envaramiento o una exigencia

inconsciente de controlar las propias palabras por miedo a herir un oído demasiado sensible o inocente, demasiado amable, quizás incluso condescendiente, como a veces ocurre cuando hay un cura cerca, aunque esté disfrazado de civil, o una autoridad del género que sea y uno es invadido por la sensación de que «tiene que comportarse» y, en definitiva, sin saber por qué, uno se siente incómodo. Así ocurría con Molina, quien, por lo demás y a todos los efectos, era una persona encantadora y todavía nadie le odiaba. En la calle formábamos un grupo bastante numeroso y caminábamos escaqueados tratando de esquivar a la numerosa concurrencia que a esa hora deambulaba de bar en bar por los estrechos aledaños de la calle Mon. Subimos hacia una zona más despejada, con intención de cenar de tapas por el Fontán o la calle del Rosal, pero en el camino nos quedamos en la sidrería de Altamirano. En la puerta Molina se despidió. Carmina Arbeyo puso cara de no dar crédito a lo que oía:

–Pero ¿de verdad no te quedas?

–No, de verdad que lo siento –dijo dirigiéndose a todos–. Tengo que hacer unas llamadas esta noche y no quiero que se me haga tarde. Lo he pasado muy bien y os lo agradezco mucho. Espero que repitamos estas partidas más a menudo y conste que prometo entrenarme antes de la próxima.

Carmina se quedó muda, parecía ofendida. Pero nadie más hizo el menor gesto por retenerle, como si de repente nos sintiésemos aliviados por su partida y notásemos que nos habíamos librado de un peso liviano, pero constante, una carga que apenas se hace notar hasta que te la quitas de encima y te sientes entonces más ligero y espontáneo, más libre. En cuanto entramos en el bar comenzamos a tirar sidra y a comer de manera generosa. Nos pusieron un paté de oricios exquisito. Estábamos al final de la larga barra del Altamirano, de pie, y nadie le daba tregua al salpicón con huevos duros, a las truchas escabechadas, a la cecina, al queso de Cabrales. Hablábamos todos al tiempo y cada vez más alto, siempre con un hilo de sidra en el aire campanilleando sobre un vaso, siempre con los vasos en circulación. Floro nos advirtió admonitorio:

–Esta sidra va a ser la ruina de la noche, porque a ver qué se bebe más tarde.

Ya se sabe que la sidra hace mala mezcla con las copas (provoca unas resacas espeluznantes) y que al cerrar las sidrerías terminaríamos invariablemente bebiendo otra cosa, pero ¿a quién importaba ahora eso, en medio de la euforia del banquete? Sólo a Floro Santerbás, que andaba extrañamente mohíno, como necesitando contarle a alguien la historia de su vida. Pero todo el mundo conocía ya esa historia y

sabíamos también que la mayor parte de ella era un puro invento que cambiaba periódicamente según las circunstancias. Se terminaron las tapas, pero el hilo de sidra continuó tintineando sobre el borde de los grandes vasos, abriéndose paso entre las nubes azules que desprendían los cigarrillos y creando una atmósfera de satisfecha felicidad. Era inevitable: alguien entonó una canción a media voz. Inmediatamente entraron otras voces, se formó un coro. Vicente el Ciclista se apartó del grupo y se apoyó en la barra, un trecho más allá:

–Ya estamos. En cuanto beben dos culines sale a relucir el atavismo del terruño.

Siempre adoptaba esa pose despectiva, la cual sólo tenía por objeto poder hablar luego de Jim Morrison o de Lou Reed, como echándonoslo en cara por estar traicionando algo, porque para Vicente la música carecía de sentido y era una pura frivolidad cuando no perseguía un fin concreto, no se sabía muy bien cuál, algo que debía resultar rebelde y terrible, algo insultante y sabio que movilizase a la gente (excepto para bailar). Sin embargo, Vicente no tomaba demasiado en serio sus propias opiniones y transigía con nosotros con cierto aire de superioridad. Mari la Gorda, con esa voz transparente y elástica que parece diseñada para acunar niños insomnes (porque oyéndola dan ganas de apoyarse en cualquier sitio y mecerse en su dulzura), entonó los solos de *Soy de Verdicio* y los demás hicimos los coros dejándonos llevar por Floro, a cuya sombra todo el mundo parece cantar bien; su segunda voz tapaba los defectos de los demás y con la mano iba haciendo indicaciones en busca de la armonía. Cantamos *Porque nací en el monte* y *Arrieros* de *Covadonga;* se produjeron algunos aplausos entre la concurrencia y, desde algunas mesas, otras voces se fueron sumando a las nuestras. Parecíamos un grupo feliz, y estábamos rodeados de rostros conocidos (al menos de vista), rostros ya iluminados por la hora eufórica y fraternal que producen la sidra y las copiosas viandas, rostros encendidos y sonrientes y cómplices que, de repente, como por arte de magia, formaban un «nosotros» inequívocamente ancestral gracias a las canciones. Nos sentíamos bien, nos sentíamos contentos, incluso emocionados, y por eso no puedo dejar de evocar las protestas y los gestos de repulsión, casi de horror, que estas situaciones provocaban en Álvaro Atienza cuando se encontraba presente. Se ponía nervioso, como si se sintiese súbitamente en peligro, a punto de ser atrapado por un animal suave pero inmundo, un organismo informe y pegajoso que terminaría por engullirle en su viscosidad y del que necesitaba escapar saliendo del bar, o de donde quiera que estuviésemos, en busca de aire fresco en el espacio abierto de la noche. Se ponía

enfermo, huía y luego discutía con Floro, como si su enfermedad tuviese una justificación teórica: «Estáis alimentando a la bestia étnica –decía–. Tú dales de comer emociones grupales a tipos como Arbeyo y sus asturianistas y ellos terminarán por ponerte a ti a dieta de manzanas de Villaviciosa». Por supuesto, no era para tanto. La gente de esta ciudad, aunque vive en el centro de un núcleo semiurbano de un millón de habitantes (Gijón, Avilés, Mieres, Langreo están a no más de veinte minutos en coche), no ha abandonado los rituales propios de la época de las diligencias: todos somos habituales de unos pocos sitios a los que retornamos una y otra vez con la obstinada devoción de un emigrante a su memoria. Quizás la memoria nos engaña y termina por inventarse los recuerdos que alimentan su nostalgia, pero en estos bares a los que acudimos un día tras otro, como si fueran recuerdos, uno se encuentra bien, porque uno se siente alguien allí. Las miradas que recibes de los otros clientes habituales te dan una tenue seguridad, te confirman en una identidad imprecisa, pero reconocible, y tú, al mirarles a ellos, también les otorgas un lugar en el mundo. Eso reconforta. Aunque te confine a vivir bajo la estrecha luz de unas cuantas miradas, con miedo a salirte de foco.

Mientras los demás cantábamos a coro, Manolo Arbeyo se separó del grupo y se acercó a Vicente el Ciclista, que seguía apoyado al final de la barra. Hablaban en voz baja. Debía de tratarse de una conversación muy interesante para ambos, porque no hacían interrupciones y a veces se quitaban el uno al otro la palabra poniéndose la mano en el hombro, como diciendo «escucha lo que te digo». Manolo le clavaba los ojos en el rostro, pero Vicente, como solía, le miraba por encima del hombro, como si estuviera leyendo sus propias frases más allá, en una especie de conversación subtitulada. Resultaba sumamente extraño aquel intenso diálogo, porque Vicente y Manolo nunca fueron personas que congeniasen ni tuvieran nada en común. Por supuesto, se conocían desde tiempo atrás, pero pertenecían a dos espacios mentales tan diferentes que, aunque circunstancias inverosímiles les obligasen a vivir juntos en una isla desierta, probablemente nunca llegarían a entenderse y mucho menos a intimar. Eran dos personas paralelas, de imposible contacto, o a lo sumo tangentes en un único punto azaroso y sin interés. Quiero decir que puede haber mundos y vidas que, transcurriendo en el mismo espacio cerrado, jamás llegan a encontrarse, o cuando se encuentran, se ignoran. Eso ocurre con frecuencia en las ciudades pequeñas y también en las familias que comen todos los días en torno a la misma mesa viendo la televisión. Por eso aquella conversación intensa y prolongada me resultó intrigante desde el principio. Yo suelo fijarme

en este tipo de cosas y, por lo que pude observar, Carmina Arbeyo también. No les quitaba ojo y parecía preocupada. ¿De qué podían estar discutiendo? Porque a veces discutían o, mejor dicho, Arbeyo trataba de convencer a Vicente de algo que estaba muy alejado de las virtudes del ecologismo militante. Repentinamente Manolo Arbeyo sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y entregó a Vicente un puñado de billetes. Carmina dio un brinco. Se estremeció de tal forma que yo mismo sentí frío. Los demás seguían cantando sin darse cuenta. Siempre consideré a Vicente el Ciclista como un genio del sablazo (tengo experiencia al respecto), pero con Arbeyo parecía imposible. Quizás estaba asistiendo a la culminación de una obra maestra, el final feliz de una tortuosa maquinación, urdida por Vicente durante semanas de mentiras y de trampas, para lograr un préstamo del hombre más tacaño y desconfiado de la ciudad. ¿Tendríamos que aplaudir? No puedo revelar cómo obtuve el siguiente dato, porque faltaría a la confianza de alguien que depositó en mí un secreto profesional: Manolo y Carmina Arbeyo tenían colocados veintisiete millones de pesetas en una cuenta a plazo fijo. Además eran propietarios del piso en que vivían, en Buenavista, y de otro piso en Gijón, cerca del Muro, que arrendaban en invierno a estudiantes, o a enfermeras y en verano a veraneantes. Esta fortuna provenía de un concienzudo, minucioso y cotidiano ahorro, que incluía llevarse a casa los sobrecitos del azúcar y las servilletas de papel de los cafés, no dar jamás propinas y someterse a una dieta sanísima a base de apio, berenjenas y arroz integral. Por eso había causado tanta conmoción e incredulidad su invitación a cenar a Borja Molina y por eso resultaba tan insólito el gesto de Arbeyo sacando la cartera ante el mismísimo Vicente el Ciclista. No falto a la discreción al decir que mi informante reveló este secreto profesional hastiado por lo que él consideraba una actitud hipócrita de los Arbeyo, quienes sostenían públicamente desde el grupo ecologista Ecoconceyu una actitud política radical en contra del capitalismo financiero, máximo responsable de la degradación y expoliación de la naturaleza. Sin embargo hay que decir, en defensa de su coherencia histórica, que la posición política de Manolo Arbeyo siempre había sido radical (excepto su breve etapa de estrella del columnismo), porque su carácter era radical, proclive al fanatismo y a las fidelidades incondicionales. Ya desde sus primeras militancias mostró sus condiciones de líder conflictivo: cuando en los primeros años de la universidad se acercó al desconcertado grupo de *Poetas Salvajes,* en el que provocó la escisión que terminó con la revista, provenía de una organización católica entonces muy activa en la universidad. Aquélla era una época oscura y Arbeyo había sido

expulsado en medio de un turbulento debate sobre la tesorería y el apostolado obrero, no sin arrastrar tras sí a un buen número de piadosos muchachos. Luego militó durante unos años en el Partido Comunista de España pero, alineado entre los perdedores de oscuras luchas intestinas, lo abandonó dejando atrás una innumerable cohorte de enemigos. Su siguiente paso fue el PSOE, período que coincidió con su gloria periodística y también con su súbito ostracismo, ya que su capacidad para labrarse enemigos, pese a la calculada astucia de sus columnas, siempre fue mayor que su precaución. Confió más en su poder como columnista de sociedad que en el poder de su militancia política y un buen día se encontró sin ninguno de los dos. Luego se recicló en el ecologismo radical, pero nunca dejó de llevar una boina de hierro encajada en el cerebro: en todas las organizaciones trató de conseguir el liderato y de todas se retiró, o fue expulsado, provocando una escisión. Manipuló de tal forma una vetusta asociación de montañeros (que imprudentemente le había admitido como miembro), que en menos de un año salió de ella con casi la mitad de sus socios para fundar Ecoconceyu, la organización de la que era líder y tirano. Por supuesto, muchos de sus miembros ya le odiaban a los pocos meses y maquinaban nuevas escisiones; sin embargo poco después de saberse que Arbeyo había muerto asesinado, se produciría una extraña unanimidad en las loas sobre su persona. Las muertes violentas ennoblecen a quienes las sufren.

Incluso a mí me resulta embarazoso hablar ahora de Manolo Arbeyo, después de lo ocurrido, como si su muerte, inimaginable cuando le veía discutir en la barra del Altamirano con Vicente el Ciclista, generase un nuevo pudor, una precaución o una cautela, quizás un escrúpulo relacionado con el hecho de que él ya no se puede defender ni puede ofender a nadie, como solía. Hablar mal de un muerto es casi como pegarle a un niño o burlarse de un retrasado mental, un abuso innoble y odioso, y uno siente la desazón de tener que hablar bien del difunto aunque sea mentira. Eso era exactamente lo que hacían los ecologistas aquella tarde de noviembre en la explanada lateral del cementerio, mientras esperábamos la llegada del féretro para su cremación, aun antes de conocer con exactitud las verdaderas causas de su muerte. Estaban dispuestos a organizar una expedición al Naranjo de Bulnes para esparcir las cenizas de Arbeyo desde la cumbre, ¡en noviembre!, pese a saber que el mítico pico Urriellu estaría nevado. Algunos (en voz baja) proponían el más modesto monte Aramo, cuya cumbre nevada veíamos desde allí mismo envuelta en la bruma, pero a todos les parecía pequeño cualquier sacrificio ante la inmediatez e inexplicable contundencia de la muerte

del amigo. Tratábamos de esquivar un viento frío y húmedo que recorría la gran explanada del cementerio levantando remolinos de polvo y nos arracimábamos en pequeños grupos frente al edificio de ladrillo del nuevo crematorio, donde, en medio de conversaciones mortecinas, se vertían alabanzas sobre el difunto al tiempo que se daban pataditas en el suelo para calentar los pies. El comienzo de la ceremonia llevaba ya un considerable retraso, pero el coche fúnebre no terminaba de llegar. Junto al aparcamiento del cementerio, un poco apartado de los demás, había un grupo de aldeanos vestidos de domingo. Dos mujeres de luto riguroso y pañoleta negra mantenían en pie a una anciana que no cesaba de llorar. Alguien informó de que se trataba de la familia de Arbeyo, sus padres, sus tíos, una hermana, algunos primos, y producían la penosa impresión de haberse bajado un momento antes de un automóvil en el que se habían mareado tras perderse varias veces por la ciudad. Las mujeres se aferraban a pequeños pañuelos blancos, hechos un nudo entre sus manos encallecidas, con los que frecuentemente se enjugaban las lágrimas y se sonaban la nariz; los hombres, sin hablar una palabra entre ellos, miraban con desconcierto alrededor, como con miedo a equivocarse de entierro. Todos estaban despeinados. Era evidente que no conocían a ninguno de los presentes y sólo esperaban la aparición de Carmina. Alguien comentó que se encontraban doblemente disgustados porque a su hijo no se le iba a enterrar en campo santo, como es debido, sino a incinerar en un horno, y no comprendían por qué no había un cura, pero al parecer Carmina había sido inflexible al respecto. Yo nunca había imaginado que Arbeyo procediera de una gente tan humilde. Quizás ninguno lo habíamos conocido lo suficiente, o nadie se había tomado la molestia de comprenderle, porque quizás la comprensión no sea otra cosa que un acto de amor, algo que surge más del afecto que de la razón, y el afecto por Arbeyo sólo surgía entonces, allí en el cementerio, precisamente porque se había muerto y ya era inútil, y acaso cruel, profesarle antipatía. Una antipatía que había resultado cegadora del entendimiento y que esa misma tarde nos dejaría sumidos en el estupor. Porque fue entonces cuando todos supimos por primera vez que Arbeyo no había muerto como consecuencia de un infarto mientras conducía, sino que había sido asesinado. El retraso en la llegada del féretro ya era alarmante y comenzó a llover. Alguien se decidió por fin a telefonear y regresó con el rostro demudado: el juez había ordenado una nueva autopsia y prohibía la incineración del cadáver. En todo caso se procedería a un enterramiento normal al día siguiente, porque existían fundados indicios de que Manolo Arbeyo había sido asesinado. Los corrillos se refugiaban de la lluvia a las

puertas del tanatorio o se formaban bajo previsores paraguas, creando nuevos espacios de intimidad. Todo el mundo se resistía a partir, pese a que ya no había nada que hacer allí y comenzaba a oscurecer. Las cábalas y las suposiciones, enunciadas en voz baja, iban confiriendo a la figura de Arbeyo proporciones heroicas, pero nadie sentía pena excepto aquellos aldeanos que lloraban bajo la lluvia. ¿Quién les comunicaría la noticia? Permanecían en el mismo sitio, sin atreverse a hablar con nadie ni a preguntar nada, cada vez más mojados y desconcertados. Los ecologistas estaban preparando el envío de una embajada cuando llegaron al aparcamiento dos coches en los que llevaron a toda la familia. Uno de ellos era el Saab 9000 de Borja Molina.

Todo eso ocurriría después, en noviembre, pero ahora, en la sidrería Altamirano, mientras cantábamos a coro, yo estaba viendo algo también inexplicable: Vicente el Ciclista recibía dinero de manos de Manolo Arbeyo. ¿Cómo lo habría conseguido? Carmina no esperó a que se terminase la canción: salió disparada y se reunió con ellos en la punta del mostrador. Comenzaron a discutir. Su marido trataba de calmarla y le dijo algo al oído, pero debía de tratarse de algo demasiado complicado o difícil de explicar, porque ella se acaloró aún más. A todo esto, Vicente, con una mano metida en el bolsillo del pantalón, no pronunció ni una palabra. Yo imaginaba aquella mano aferrada a los billetes en lo más profundo del bolsillo, como diciéndoles: «No os preocupéis, tesoros, que este castillo no habrá de caer». Manolo hizo un aparte con Carmina y le dio unas cuantas explicaciones susurrantes, pero enérgicas y contundentes a juzgar por el movimiento de brazos; luego regresaron junto a Vicente, pero ya era evidente que la conversación había concluido.

Los demás seguíamos cantando como solemos hacer cuando se dan ciertas circunstancias. No sé muy bien por qué lo hacemos ni, en general, por qué canta la gente. Desde luego, no era sólo por pura y simple alegría o debido a una insensata despreocupación, como esas mujeres que no pueden callar mientras barren las escaleras, arrastradas por el movimiento de la escoba hacia los gorgoritos y los pasodobles en una inercia rítmica que conduce al atolondramiento. Había algo más en nuestras canciones corales; quizás algunos sentían el especial placer de cantar bien, pero cuando se desafina, ¿por qué se canta? Ignoro cuál es la causa profunda por la que también se puede extraer placer de las cosas mal hechas. Quizás algunos intentan perderse en las voces de los demás para encontrar en esa pérdida un calor que antes no tenían, o tal vez, en definitiva, hay algo en la voz humana que te sobrecoge el corazón, como si el alma fuera aire y al

salir de ti en forma de música se uniese a otras almas bajo la ilusión de que, en el fondo, uno nunca está del todo solo. Hace ya muchos años, en Arriondas el día de las piraguas, vi las lágrimas cubrir tímidamente los ojos de acero de Álvaro Atienza. Recuerdo su gesto contenido, el rictus de su boca silenciosa, el brillo de su frente encendida bajo el sol, mientras veinte mil personas cantaban *Asturias patria querida* con una sola voz. Por supuesto, mucha gente lloraba ese día; se te erizaba la piel sin saber qué te estaba pasando, y Álvaro no pudo evitar el ser tocado por aquella conmoción inexplicable, pese a que en aquella época aborrecíamos a la humanidad o la despreciábamos. No podría dar ahora las razones de por qué esa actitud resultaba ser la única éticamente aceptable y posible para nosotros, ni cómo éramos capaces de soportarla sin perder por ello un ápice de nuestra buena conciencia de poetas anarquistas y salvajes. Estábamos a punto de terminar la universidad o ya lo habíamos hecho, fumábamos hachís, tomábamos ácidos, no teníamos trabajo ni lo buscábamos, éramos valientes, desesperados, perfectos y, sin reconocerlo ninguno de nosotros, estábamos seducidos, subyugados y sometidos por la lúcida y devastadora inteligencia de Álvaro Atienza, nuestro líder. No puedo precisar si Franco ya se había muerto por aquellos días, si estaba agonizante o si aún le faltaba algún tiempo para morir. Nos daba igual. La lucha era otra, menos coyuntural, mucho más ambiciosa y decisiva, pero no recuerdo cuál. Ninguno entendía por qué la gente se conformaba con el humillante sometimiento de tener que madrugar, ni por qué aceptaban la degradación de trabajos innobles hacia los que eran acarreados en fríos autobuses antes de amanecer, ni por qué, en definitiva, la gente se conformaba con cualquier cosa con tal de sobrevivir. El ser humano era con mucho el más detestable de los animales, el más codicioso y destructivo; en especial, el ser humano español (no solíamos descender a categorías conceptuales más sutiles; ¿acaso no eran suficientemente luminosas «la humanidad, la naturaleza, el destino, el futuro, el ser, la nada, España, el cosmos»?), porque el español, lejos de aceptar y corregir su bajeza moral, o al menos sacar de ella algún provecho como hacen los anglosajones con su infame poder, el español, decíamos, se ufana en su figura orgullosa y tétrica, hincha el pecho, cita a don Quijote, se envanece, saca el cuchillo herrumbroso, ataca; y luego, sin arrepentimiento, reza y engaña a Dios como a sí mismo. Y así éramos nosotros, tal y como lo recuerdo ahora, cuando aquel año fuimos a la fiesta de las piraguas. Todo nos producía un profundo desprecio: la gente descendiendo del tren fluvial y corriendo por la orilla del río para dar gritos de ánimo a los piragüistas, el

desfile de los grupos en medio de una muchedumbre imposible, los collares de flores, la verbena con las orquestas tocando boleros al lado del mar, el bullicio alegre y contagioso, la felicidad que insólitamente parecía emerger de todos los cuerpos. Pero nosotros éramos los poetas salvajes, los únicos conscientes en medio de aquella general alienación y, pese a la enorme cantidad de cubalibres que íbamos tomando, manteníamos el gesto adusto, rebelde e hipercrítico. Ya casi no recuerdo quiénes estábamos allí: Rodrigo de Almar había llevado en su Renault Florida a Floro, a Álvaro y a un poeta de Navelgas a quien le subía la fiebre cuando ligaba endecasílabos en un esfuerzo sublime y efímero, de un entusiasmo contagioso; Prieto había llevado en la moto a una estudiante de letras llamada Obdulia, que se ofendía si no la llamabas simplemente Dulia, y luego, Carmina Arbeyo, quien aún no era novia de Manolo, apareció en la verbena con una amiga suya, estudiante de derecho, a quien sólo conocíamos de forma tangencial. Unas horas después esa muchacha me dijo que me amaba. Todo discurría a gran velocidad y nos parecía natural que así fuese, pero a mí me cogió desprevenido, porque ni siquiera lo había imaginado: tenía el cabello largo, de color castaño muy claro, casi rubio, la piel muy blanca y pecosa, los ojos marrones. Por supuesto, nunca la olvidaré, porque nadie me hizo sufrir como ella bajo el dictado de un capricho tan pulcro. Aquella noche hicimos el amor sobre la hierba, oyendo muy cercano el rumor del mar y los gemidos de otros amantes que, como nosotros, sólo estaban protegidos por las sombras. Entre abrazo y abrazo, tendidos de espaldas sobre la hierba, hablamos de las constelaciones infinitas que parecían suspendidas sobre nuestros cuerpos minúsculos y olvidados en el confín de un planeta perdido. No sé con qué motivo, también hablamos del Evangelio según san Mateo; en aquella época yo solía referirme a menudo a ese pasaje en el cual Jesús le pidió a una higuera que diera higos y no lo consiguió, suscitando entonces el comentario del evangelista: «Y en aquel lugar no pudo hacer ninguna maravilla, porque, en verdad, nadie es profeta en su tierra» (más o menos, cito de memoria), porque aquel lugar era Nazaret, donde vivían sus hermanos y los vecinos que le conocían desde niño. Jesús se cabreó y mandó que la higuera no volviese a dar más frutos; «y la higuera se secó», comenta piadosamente el santo evangelista. A veces resultan extrañas las conversaciones que se mantienen mientras se hace el amor, pero yo lo recuerdo así y también recuerdo que mis relatos evangélicos creaban una cierta atmósfera de seducción. Hay gente que se lo ha hecho hablando de Spinoza. Luego, ya en Oviedo, salimos juntos unos cuantos días; fue horrible. Íbamos a cafeterías como el Kopa Club, Santa Cristina,

Rívoli, que yo consideraba caras, burguesas y despreciables (sobre todo caras), donde merendábamos café con tostadas y nos cogíamos de la mano para terminar luego besándonos con alguna abundancia en el portal de su casa. Poco tiempo después me confesó que se había equivocado y que no me quería, pero entonces yo ya estaba perdido. Bastaron tres semanas para que el poeta libertario, sólo preocupado por el oscuro destino de la humanidad, se convirtiese en un hombre desdichado, inseguro y anhelante, dispuesto a sufrir cualquier humillación con tal de recibir una llamada de teléfono o una simple mirada, porque sus besos me fueron retirados para siempre y con ellos toda la fingida autoconfianza y la abominación que hasta entonces sentía por el mundo. Yo sabía que ella era una jovenzuela estúpida y veleidosa y que, aun así, la amaba. Dejé de creer en mí mismo y paralelamente dejé de creer en todo lo demás. Por supuesto, todo fue mucho peor en adelante. Pero no era de mí de quien trataba de hablar al mencionar aquella jornada de las piraguas, sino de las lágrimas aflorando en los ojos de Atienza cuando veinte mil personas cantaron con una sola voz y nos dejaron a todos tambaleantes, como a boxeadores sonados, y también del comentario final de Atienza: «Estos actos de masas son alienantes, hay que tener cuidado con ellos». Porque nosotros entonces éramos soldados de la lucidez.

Sobre las dos de la madrugada, no bien habíamos llegado a los boleros y a las canciones de Simon y Garfunkel (que Floro y Mari cantan a dúo como profesionales), la sidrería Altamirano cerró sus puertas y casi todo el mundo se dispersó hacia sus casas (excepto los irreductibles). Comenzó a llover, o quizás ya llovía desde hacía horas sin que nos hubiéramos dado cuenta; no estaba la noche propicia para deambular por ahí al azar. Mari, Vicente, Floro y yo bajamos hasta la plaza del Paraguas y recalamos en el Chipi Chape. Creo que ya estábamos bastante subidos de tono; Floro y yo pedimos whisky, Vicente y Mari tomaron cubatas de ginebra. Sólo había dos taburetes libres y Floro y Vicente se quedaron de pie a nuestro lado, apoyados en la barra junto a un grupo de chicas muy jóvenes. La música estaba a todo volumen y se hablaba a gritos. Vicente comenzó a exponerle a Floro una teoría sobre la gente en general, es decir, sobre «la vida», basada por entero en su propia experiencia y en sus dotes de observador que, como ya dije, se tomaba muy en serio.

El Chipi era un bar relativamente pequeño, con sólo cuatro o cinco mesas de hierro pintadas de negro y las paredes oscuras, sin otra pretensión que aparentar cierta dureza de carácter. Abrían tarde, sobre las diez de la noche, aunque los dos muchachos que atendían detrás de la barra siempre parecían tener sueño o estar ligeramente

enfermos, quizás convalecientes. Estaba muy mal iluminado. Los clientes, siempre muy cerca unos de otros, podían intimar sin necesidad de mirarse.

–Aunque te creas que sabes mucho porque lees libros sin parar –decía Vicente–, todavía no te enteraste de la misa la media.

–Tienes razón –convino Floro con voz pausada–, tienes razón.

Floro se mostraba compungido.

–Los libros no te dicen lo importante, lo práctico de la vida, y luego piensas que toda la gente es como tú, que busca lo mismo que tú, y ahí te equivocas.

–Yo no pienso en absoluto que la gente sea como yo. Más bien al contrario, gracias a Dios. Si todos fueran como yo la especie humana tendría que adaptarse a comer piedras. Y las piedras terminarían por escasear.

–No hablo de ti, hablo en general. Todo el mundo piensa que los demás son como ellos y todo el mundo se equivoca. La culpa la tiene la televisión.

–Mientras no se demuestre lo contrario la televisión tiene la culpa hasta del pedrisco y la sequía.

–No, si es que no me entiendes. Lo que quiero decir es que hay muchos tipos de gente diferente, gente que no tiene nada que ver entre sí, pero que no lo saben. En concreto catorce tipos de gente diferente, para ser exactos.

–¿Catorce?

–Ni más ni menos. Lo único que importa es saber de qué va cada cual. Lo que yo te diga.

–¿Sólo catorce? Me parecen pocos, no sé de dónde sacaste eso.

–No necesité sacarlo de ningún autor, sino de aquí y de aquí –Vicente se señaló los ojos y la frente–. Porque has de saber que estoy muy contento de haber escapado a tiempo de la universidad. Los libros no te dejan pensar porque te domestican las ideas y además, ¿para qué te sirvió a ti la carrera?; para leer más libros. Yo lo corté de raíz. Es una esclavitud, te lo digo yo.

–¿Pero no quedábamos en que la culpa era de la televisión?

–Sí, también. La televisión te domestica la mirada, te ciega.

–No, si no digo que no, pero catorce tipos de personas nada más es como si toda la humanidad jugase en el mismo equipo con unos cuantos reservas. ¿Es que no hay equipo contrario?

–Si te pones a observar llegarías a la misma conclusión, pero para eso hace falta saber observar, hacerse con una experiencia propia, personal, o sea, de ti mismo. Yo jamás veo la televisión porque te condiciona, te influye con lo que a ellos les da la gana y luego no

puedes ver por ti mismo.

–Venga, Vicente, no me seas trolero.

–Te lo juro por mi madre. Desde hace más de dos años sólo veo de vez en cuando algún partido de fútbol y algún concierto que valga la pena, tipo Lou Reed o los Rolling. Nada más.

–¿Y las noticias?

–Si estoy por casualidad en un bar, sólo eso. Y a veces ni eso, porque miro a la gente y me fijo en otras cosas. Vamos a tomar otra.

Vicente se volvió dificultosamente para hacer el pedido y sacó dinero del bolsillo para pagar.

–Y en los catorce tipos, ¿están incluidas las mujeres?

–Incluidas, te lo digo yo.

Floro trató de encajar esa información separándose un poco de la barra y trastabilló. Su hombro chocó levemente contra una de las chicas que había a su lado aplastándole una graciosa mochilita que llevaba colgada a la espalda. La chica se volvió sin levantarse del taburete y le dijo sonriendo:

–¡Quieto, león!

–Perdona.

–No es nada, ¡mientras no me derribes…!

No era una chica guapa, pero parecía simpática. Floro no supo qué responder, porque con las mujeres siempre fue muy cortado, y se volvió hacia Vicente.

–¿Catorce clases de mujeres? –le preguntó obtusamente.

–¡Coño, Floro, no me jodas! Te estoy hablando de gente, de ti, de mí, de la gente en general, ¿es que las mujeres no son gente y vienen de Marte?

Vicente recogió el cambio y Floro se quedó pensativo; parecía desconcertado, como si se hubiera olvidado de qué estaban hablando.

–De Marte no sé –dijo por fin–, pero seguro que vienen del cielo, como el maná que te quita el hambre y la sed, o sea, como los helados de vainilla y los camareros.

Quizás Floro quería cambiar de conversación, si es que sabía de qué se trataba, y comenzó a enumerar con los dedos, como hablando para sí:

–Mujeres negras, blancas, niñas, ancianas, actrices, chinas, monjas, duquesas, putas, enfermeras, casadas, abuelas, nadadoras…, ¡qué sé yo!

Vicente no le escuchaba o al menos no se daba por enterado. En el Chipi había un ruido infernal que se había ido incrementando a medida que se llenaba con más gente, porque a esa hora, a partir de las tres, del Chipi nunca se marcha nadie. Es uno de esos bares

maravillosos llenos de chicos malos y chicas despeinadas que beben mayormente cacao con vodka, fuman y escuchan rock and roll y a los Chunguitos, pero donde no desentona la gente de más edad, como nosotros, si bien nunca he visto en el Chipi a los Arbeyo, ni a Prieto y Maribel, ni siquiera a Aníbal Rico con todo su golpe de motero internacional, quizás porque le pesa su condición de funcionario público. Creo que se sienten incómodos aquí, aunque no sé por qué, esto no es un tratado de sociología. Mari hablaba con alguien a quien había encontrado y yo atendía sobre todo a la conversación de Vicente y Floro, pero sin hacer un gran esfuerzo para entender (como lo haría después, un poco más tarde). Quien ahora enumeraba era Vicente, con los ojos perdidos en la pared, como si estuviese leyendo lo que decía:

–Están los hijos de puta que te pueden joder y están los hijos de puta que no te pueden joder aunque lo estén deseando; ésas ya son dos clases de personas distintas. Tienes que ir por lo general, pues en esas dos clases puede haber mujeres, chinos o médicos, ¿entiendes?, lo que importa es la categoría general, por ejemplo, ¿qué relación hay entre un militar de alta graduación y el propietario del bar donde estás tomando copas?

Vicente hizo una pausa retórica y retornó con la mirada hacia Floro, quien parecía estar pensando en otra cosa.

–¿Eh, qué relación?

–No sé, pueden ser parientes.

Vicente lo miró con severidad.

–¿Los dos hijos de puta que te pueden joder?

–¡Pues claro, coño, si es que no te enteras!

Bebieron. Vicente volvió a mirar hacia el infinito, donde parecían discurrir los subtítulos de sus frases:

–Lo concreto y particular se encaja en lo abstracto y general, sólo hay que poner a cada individuo en una de las catorce casillas, pero para eso hay que saber observar. Por ejemplo, está la casilla de los que venden y está la casilla de los que compran, o sea, los pringaos, y están también los jubilados y los vacantes, o sea, los que siempre están de vacaciones, pero los jubilados no necesitan estar jubilados, a ver si me entiendes, que pueden estar trabajando pero internamente jubilados. Son categorías abstractas, difíciles de entender para quienes no saben que la jubilación es una cualidad del alma y no tiene nada que ver con la Seguridad Social. Hay que observar. Están los que quieren y no pueden, o sea, los ansiosos, y están los que ni quieren ni pueden, o sea, los cachazas y gordos de mierda. Miras a un fulano y dices: éste es de tal clase o de tal otra, y ya sabes a qué atenerte.

–Oye, Ciclista –dijo Floro interrumpiéndole–, ¿por casualidad no

me estarás tocando los cojones?

Al parecer lo de «cachazas y gordos de mierda» había dejado de flotar en la desatención de Floro para hundirse como una piedra en su mente de agua.

–Estoy hablando en general, joder, Floro, parece mentira para ti. Te estoy hablando de la humanidad.

–No sé, me pareció que cambiabas de conversación y que te referías a alguien conocido.

–No. Era tu mente que volaba sola, yo sólo estaba teorizando. Perdóname un momento, tengo que decirle una cosa a Mari.

Me parecía imposible que un botarate como Vicente el Ciclista hubiera sido capaz de sacarle el dinero a Manolo Arbeyo, pero no sabía cómo salir de la intriga. Cuando Vicente pasó a mi lado le pregunté:

–Oye, Vicente, por curiosidad, según tu teoría, ¿a cuál de los catorce tipos pertenecen los Arbeyo?

Se quedó un momento pensando, como leyendo la respuesta en el aire.

–De Manolo no te digo nada por ahora, pero ella es del género autocorrosivo. Yo no me la follaría ni con un condón de acero inoxidable, porque te lo puede disolver como si la metieras en ácido acetilsalicílico.

–Tenía entendido que ése es el ácido de que están hechas las aspirinas.

–Bueno, pues como si la metieras en sosa cáustica, tú ya me entiendes. Es peor que si te pasaran una garlopa por la entrepierna. Y, por cierto, antes no fui del todo sincero contigo. Oye, vamos a pedir otra.

Pedimos una nueva ronda y pagué. Vicente parecía embalado; conducía su propia lengua con cierta frescura, pero se le notaba demasiado pendiente del volante y no era seguro que llegase a atinar con el pedal del freno.

–Me refiero al diagnóstico que te hice antes de ese chaval –continuó–, el del Vega Sicilia. No era la primera vez que lo veía, ¿sabes? Ya lo tenía medio catalogado y sólo tuve que atar algunos cabos.

–¿Lo conocías?

–No, nunca hablé con él, pero le vi en cierto lugar y eso me aclaró las cosas, pues la gente que «puede», los que de verdad «pueden» no necesitan andar tan bien vestidos, como exhibiendo la ambición, o sea, el «quiero», y me hubiera despistado porque ese chaval va demasiado puesto.

Eso me pareció muy penetrante y se lo dije. Vicente sonrió con satisfacción y miró de nuevo hacia el infinito para leer las respuestas.

–Te voy a revelar algo, para que te hagas una idea del método. Ya sabes que a veces le hago recados a Rodrigo de Almar (yo no lo sabía), pues el otro día, cuando yo iba para allá ese Molina salía de la quinta de los Almar, por la puerta del jardín. Yo le vi y él a mí no; son las ventajas de la observación distante, del efecto «uve», ¿te acuerdas de Bertolt Brecht?, pues eso. Fue igual que si le viera salir de su propio palacio, sobre todo después de lo que me contó Arbeyo. No sólo «quiere», sino que «puede», aunque parezca un chisgarabís.

Yo debí de quedarme boquiabierto, porque Vicente estaba a punto de estallar de satisfacción y se le escapaban las sonrisas por las comisuras de los labios. Le vi tan inflado y pagado de sí mismo que no dudé de que acabaría sacándole el negocio que se había traído con Arbeyo, porque lo único que Vicente el Ciclista deseaba en esos instantes era una oreja que le escuchase y yo tenía allí las dos mías perfectamente disponibles. Sin embargo, a mi espalda, Mari había dejado de hablar con quienquiera que lo estuviese haciendo hasta ese momento y Vicente prefirió sus orejas.

–Perdona un momento –me dijo–, tengo que decirle una cosa a Mari.

La música del Chipi había bajado ostensiblemente su volumen, lo cual quería decir que ya eran más de las tres y media y habían cerrado las puertas por dentro, con el bar abarrotado. Las noches en la barra del Chipi podían ser a la vez luminosas y tenebrosas; al lado de un beso inesperado sobre dos taburetes no era extraño que se deslizasen lágrimas en alguno de los rincones apartados de la luz. A partir de las tres y media en todos los rostros refulgían los sentimientos como si estuviesen iluminados por un foco. Incluso los tímidos y los cínicos se aguardaban a sí mismos hasta esa hora para entregar el ánimo hacia las confidencias mediante una copa más, una copa que ya no estaba cargada con alcohol sino con emoción. Así ocurría: sin saber cómo, Floro había comenzado a hablar con la chica de la mochilita que estaba a su lado.

Yo no sabía quién era, ni la había visto nunca hasta entonces. Por una de esas coincidencias que sólo pasan en las novelas y en las ciudades pequeñas, resultó que aquella chica llevaba el pelo cortado como un paje, sus piernas larguísimas, enfundadas en mallas, se perdían bajo una falda minúscula y su figura recordaba en todo a una sota de la baraja. Sobre la solapa de su mochilita llevaba una pegatina con la lengua roja de Mick Jagger. No olvidé ninguno de esos detalles. Era casi tan alta como Floro y su rostro parecía haber sido construido

con cierto desdén en torno a los labios carnosos y húmedos, tras los que brillaba una dentadura preciosa, porque la chica no paraba de reír. Floro la estaba invitando a tomar algo con ademanes obsequiosos, a todas luces excesivos e innecesarios; en cuanto se encontraba delante de una mujer desconocida se le cortaba el flujo de la imaginación y retrocedía automáticamente a las maneras galantes de la época del rigodón; sólo sabía invitar, ceder el paso, dar la razón y ponerse nervioso. Siempre solía aburrir de pura solicitud, pero aquella chica parecía estar divirtiéndose mucho:

–O sea –decía ella con los brazos en jarras, haciendo la comedia–, que me invitas a una copa de repente, como si tal cosa, ¿no será un flechazo? A lo mejor quieres ponerme un piso.

–Un trabucazo –logró articular Floro.

Ella no paraba de reír.

–Pues un Cointreau con cacao.

–¿Cacao?, ¿y no te gustarían unas galletas María para mojar?

–Sí, pero es que no tienen.

Se reía como una loca y aunque Floro hubiera hablado en versos alejandrinos recitándole al Duque de Rivas, a ella todo le hacía gracia. Probablemente estaba un poco borracha, pero ¿quién no lo estaba ya? Yo mismo me sentía aturdido tratando de atender a dos conversaciones a la vez, la de Vicente y Mari, a mi izquierda, que era susurrante y difícil de entender, y la de Floro, a mi derecha, quien, mientras pagaba las copas, se volvió hacia mí y me comentó:

–Es simpatiquísima, se llama Mariví.

Además me llegaban los ecos de otras muchas conversaciones, porque a partir de las cuatro, como si el padre prior hubiera tocado la campana que permite al alma abandonar el silencio donde ha estado encerrada, los clientes del Chipi comenzaban a hablar de sí mismos sin cautelas, atropelladamente, pidiéndose disculpas para hacerse con el uso de la voz, escuchándose a sí mismos en las palabras de los demás y en las confesiones íntimas y efímeras que al día siguiente nadie recordaría. El aire se cargaba de emociones como un árbol enorme a cuya sombra protestaban, discutían, se abrazaban y se perdonaban los amantes, se hacían insólitas confidencias los súbitos amigos, conocidos tan sólo unas horas antes apenas con un nombre que se fugaría inevitablemente hacia el olvido, porque los borrachos de cualquier edad, a partir de esa hora, se volvían sentimentales y tiernos, dignos de compasión, audaces, sabios, perdidos, desmemoriados. Lo sé por experiencia.

Acodados sobre la barra Mariví y Floro Santerbás seguían conversando, pero ella ya no reía igual que antes: estaba contando la

breve historia de su vida, la historia de un hombre casado, fotógrafo de profesión, un artista, con quien mantenía un amor imposible. Floro asentía de vez en cuando; en su rostro iba apareciendo un gesto de exasperación, porque ella hablaba muy aprisa y no le daba tiempo a intervenir, ni podía decir que él también había sufrido mucho, que también sabía lo que era la desventura del amor. Pero ella hablaba y hablaba sin omitir ningún detalle de las complicaciones familiares del fotógrafo, quien tenía un hijo enfermo, poco trabajo y una esposa tiránica, medio loca. Estaban casi nariz con nariz y ya habían tomado esa copa que comienza a retener la lengua en una caja áspera y la vuelve indócil si no se sorbe del vaso con más frecuencia. Sin embargo ella continuaba imparable, cada vez más ágil, dándole vueltas al enorme conflicto del fotógrafo, para el que había posado desnuda, según dijo, porque era un artista y también un profesor de la Escuela de Artes donde ella estudiaba. En un inusual gesto de audacia Floro alargó la mano y le tocó una nalga, como por accidente. Ella continuó hablando impertérrita. Floro dejó la mano sobre el trasero de la chica y comenzó a hacer exagerados gestos de asentimiento e interés, los mismos que hubiera hecho en el caso de estar ella pronunciando su sentencia de muerte, porque toda la atención de Floro estaba puesta en aquella mano y ya no escuchaba. Ella continuó como si nada. La enorme mano derecha del jugador de billar se cerró sobre las breves nalgas con un ímpetu no calculado y ella exclamó:

–¡Ay!

Floro, azorado, aflojó inmediatamente la presión.

–Perdona.

–No, si no me importa. Pero te advierto que no voy a follar, porque yo no soy así.

–¿Cómo así?

–Así, de repente, como si nada, sin casi conocernos.

–¡Ah, no, yo tampoco! –mintió Floro.

Ella engranó inmediatamente una historia nueva: tenía una amiga que, con respecto al sexo, pensaba de una forma muy distinta. Floro retornó a las nalgas y comenzó a explorarlas con parsimonia, cuidándose de controlar sus ganas de apretar.

Detrás de mí, Vicente hablaba de una fábrica de loza cercana a su pueblo. Se interrumpió un momento y me pidió que le devolviera el porro que me había pasado un rato antes. Luego continuó hablando de un río y de la necesidad de agua para ciertos procesos fabriles relacionados con las porcelanas, sin embargo, la voz de Mariví, aunque no era estruendosa, resultaba torrencial, no cesaba nunca, exactamente igual que las aguas de un río: se remansaba durante un

cierto trecho formando pozos oscuros y luego volvía a coger velocidad espumando sobre piedras muy pulidas. Floro ya no atendía más que a los mensajes que le remitían sus manos desde las nalgas de la chica. Oí a Vicente decir: «Tender el puente y luego cobrar el peaje, un peaje millonario». Los dos hablaban a la vez, como también muchos otros, pero todo parecía transcurrir con gran lentitud, como en los sueños, y las palabras adquirían a veces la autonomía de aves solitarias y se llenaban de significado en un nido apartado de la conciencia, cuya ubicación yo apenas controlaba: la industria de la loza, compañías extranjeras, la desconocida amiga de Mariví:

–Le gusta mucho el mar y, a veces, si no tenemos clase, coge el tren y se va hasta Gijón sólo para dar un paseo por el Muro y contemplar las olas. Está por allí un par de horas y luego regresa sin pararse siquiera a tomar una Coca-Cola. Yo fui una vez con ella y, la verdad, me pareció aburridísimo; terminas mareada de tanto vaivén, aunque estés sentada en un banco o sobre la hierba, como aquel día. ¿Sabías que cada seis olas pequeñas llega una grande? No sé si depende de las mareas o de qué, pero yo me cansé de contar olas y en general salen las cuentas. Es raro, ¿no? Bueno, pues mi amiga, en cuanto puede, se larga a ver el mar y aunque me parece que ella no anda contando olas, se pone a mirar el horizonte y no te dice una palabra, como si se quedara ensimismada, hipnotizada por el agua o algo así. Yo, desde luego, no volví a acompañarla, pero ella, hace unas semanas, estaba en ésas, mirando el mar desde los acantilados, más allá del Sanatorio Marítimo, ¿sabes dónde te digo?, en esa zona donde ponen tantos merenderos en verano, pero que en esta época no suele haber un alma por allí. Bueno, pues de repente comenzó a llover. Seguramente empezó poco a poco, pero como a ella se le va el santo al cielo mirando el oleaje, cuando se quiso dar cuenta estaba lloviendo a cántaros. Por allí no hay ningún edificio, así que se refugió debajo del tejadillo de una de las casetas de los merenderos, que son minúsculas y además están cerradas, o sea, que apenas podía protegerse de la lluvia más que pegándose a la puerta, que tenía un pequeño alero encima. Pues, bueno, estando así, vio venir a un chico corriendo. Era un chaval de quince o dieciséis años, vestido con un chándal, que se estaba entrenando por allí, una especie de atleta juvenil o algo parecido.

Insensiblemente las grandes manos de Floro Santerbás abandonaron el trasero de la chica y se refugiaron la una en la otra, como rindiendo tributo a la historia que ella estaba contando, porque cuando las palabras dejan de especular con ideas o sentimientos y pasan a contar historias, esas palabras se vuelven transparentes y desaparecen como

sonidos, para dejar en su lugar otros sonidos más vivos: el ruido de las olas batiéndose furiosas contra el acantilado, la lluvia azotando las suaves ondulaciones de la hierba, las precipitadas pisadas de un muchacho que corre a guarecerse bajo el alero de la pequeña caseta, donde, desde hace ya unos instantes, se ha refugiado una joven de ojos de miel. El muchacho, sin decir ni hola, se colocó a su lado, sin tocarla, con la espalda pegada a la puerta. Pero el alero ni siquiera era un alero, sino el panel de un anuncio de bebidas medio caído sobre el dintel, no tendría más de un metro de anchura. La lluvia arreciaba cada vez más densa; por momentos un golpe de aire barría la caseta sin que el estrecho cartel pudiera protegerles a los dos y, pese a ello, el prudente muchacho permanecía púdicamente separado de ella, soportando con estoicismo los goterones sobre su hombro izquierdo. Ella le dijo: «Acércate más, si nos ponemos de lado nos podremos tapar los dos». Le dio la espalda y el muchacho se pegó a ella por detrás, mirando ambos hacia el mar. Al cabo de un momento comenzó a empujarla con el cuerpo. Tenía las manos quietas y apenas se movía, pero apretaba y apretaba. Ella resistía para no mojarse y se mantenía firme en su posición. Sentía el aliento caliente del muchacho sobre una oreja y la progresiva agitación de su respiración que casi tapaba el estruendoso chapoteo de la lluvia. Los dos apretaban sus cuerpos con energía, muy quietos, tensos, sin moverse un solo milímetro, sin mirarse ni una sola vez, sin hablar. De repente, el muchacho emitió un prolongado y profundo gemido, se le doblaron las rodillas y se cayó hacia atrás. La caseta crujió.

En este punto recuerdo perfectamente las palabras de Mariví:

–La puerta de la caseta cedió y, ¡pataplás!, el tío se cayó dentro. Mi amiga se volvió al escuchar el estruendo, pero sólo vio los pies del chaval, con unas zapatillas Nike muy sucias, que sobresalían del umbral oscuro. Estaba tendido de espaldas en el interior, muy quieto, y ella temió que le hubiera pasado algo malo. «Oye, ¿te has hecho daño?», preguntó. Entonces él se levantó de un salto y comenzó a limpiarse la ropa. Estaba rojo como un tomate. Miró hacia fuera y dijo: «¡Cómo llueve!».

Mariví no podía contener la risa.

–Bueno –preguntó Floro impaciente–, y ella, ¿qué dijo?

–Nada, ¿qué querías que dijera, que había pecado contra el sexto mandamiento? Además ni le dio tiempo, pues sin mirarla siquiera a los ojos dijo: «Bueno, me tengo que ir, se me ha hecho tarde. Adiós». Aún llovía torrencialmente, pero echó a correr sin importarle nada mojarse, como si le estuvieran persiguiendo.

Mariví volvió a reír con ganas. Pese a tener los ojos demasiado

juntos y una mandíbula más cuadrada que redonda, por momentos no parecía nada fea, pues lo que verdaderamente destacaba en su cara eran sus labios carnosos y su dentadura blanquísima. Daba gusto oírla hablar iluminando las palabras con una sonrisa permanente.

–¡Ah, pobre chaval! –exclamó Floro compungido–, ¡no sabes cómo lo comprendo!

–No, pero si la historia no acaba ahí, ahora viene lo más interesante.

–Espera, espera, aclárate la garganta y déjame que busque algo donde sentarme.

Las amigas de Mariví habían dejado sus taburetes y se estaban marchando. Mientras se despedían, Floro pidió nuevas bebidas y se hizo con uno de los asientos libres. Mariví cambió del cacao a la Coca-Cola, también con Cointreau.

–Tu amiga no será una de ellas, ¿verdad?

–No, qué va. Apenas las conozco. Además, se dice el pecado, pero no el pecador.

–A ver, continúa.

–Bueno, pues resulta que a los cinco minutos el muchacho volvió a aparecer corriendo bajo la lluvia. Sin acercarse del todo a la caseta, gritó: «El jueves que viene aquí a la misma hora, ¿vale?». Y mi amiga contestó: «Vale». No se dijeron ni una palabra más. El muchacho dio media vuelta y se marchó corriendo. Estaba como si se hubiera caído a una piscina.

–Al final ese chaval demostró que tenía agallas –comentó Floro–, y, por cierto, ¿qué hora era?

–Serían como las diez y media de la mañana.

–¡Cojones, qué madrugadores! ¿Y tu amiga asistió a la cita?

–Eso es precisamente lo que quería contarte, porque el jueves siguiente mi amiga no solamente asistió, sino que lo hizo muy preparada, con premeditación. Por lo pronto no le contó ni una palabra a nadie, ni siquiera a mí, y eso que vamos a la escuela todos los días juntas en el autobús. Pero esa mañana, cuando al pasar llamé al timbre de su casa, su madre me dijo que ya había salido por lo menos media hora antes.

En el aire sobrecargado del Chipi, vemos ahora a la enigmática amiga de Mariví caminando muy temprano por la ciudad. Lleva consigo las cosas habituales que necesita en sus clases: la gran carpeta de dibujo, el estuche con los lápices de color, los difuminadores, los rotuladores, las reglas y cartabones. Además hoy lleva una bolsa de lona grande colgada del hombro, porque no se dirige como cada mañana a la Escuela de Artes, sino a la Estación del Norte. Su

indumentaria es también la habitual excepto en una cosa que sólo ella sabe: ha sustituido sus confortables pantys de lycra por unas medias negras de seda que tomó prestadas del armario de su madre. Las medias terminan en una banda elástica, a mitad del muslo, con bordados de fantasía; el efecto que produjeron en sus piernas ante el espejo le pareció satisfactorio: ha imaginado una escena y está decidida a llevarla a cabo. En Gijón toma un autobús hasta el Piles, al final del Muro, donde comienza a caminar a lo largo del paseo marítimo, que va cogiendo altura sobre los acantilados. Es una mañana de sol espléndida y el mar está cambiando de color: abandona los grises hacia los cobaltos y en el centro de la bahía es ya de un azul profundo e intenso, casi emocionante. Pero, aunque es temprano y tiene tiempo de sobra, no quiere entretenerse contemplando el mar, porque aún le quedan algunas cosas por hacer. Poco antes de llegar al Sanatorio Marítimo, en la última zona edificada, entra en un bar y pide un café. A esa hora no hay más que un camarero detrás de la barra y una mujer barriendo el local y colocando las sillas en su sitio. La mujer le trae el café a una de las mesas junto al ventanal y ella lo toma a sorbitos, muy despacio, sin dejar de mirar la línea del horizonte. Pasa un barco. Ella piensa en lo que va a hacer. No piensa si lo debe hacer o no, no duda; sólo le preocupan los detalles, las formas, el ritmo en que los actos se van encadenando unos con otros y van formando secuencias que conducen a un final, sin que cada uno de ellos, por separado, pierda su propio sentido, su propio encanto. No quiere que se le pierdan, no quiere que la precipitación o el atolondramiento empañen lo que, por sí mismo, debe ser prístino, pleno. Deja la gran carpeta de dibujo sobre la mesa y con la bolsa de lona colgada del hombro va a los servicios. Huelen a detergente y a limón; el suelo de baldosas rojas está recién fregado. Cierra la puerta con el pasador y comienza a desnudarse lentamente mientras se mira al espejo. Se siente contenta. Se quita el chaleco, la blusa, la larga falda de vuelo abotonada por delante, lo dobla todo cuidadosamente y lo guarda en la bolsa. Luego se quita también la ropa interior y se observa detenidamente en el espejo sólo con las medias puestas. El elástico de la braguita le ha dejado una pequeña marca sobre la cadera y la frota hasta que desaparece. Entonces se pone la gabardina bien abrochada con el cinturón y se coloca otra vez el pañuelo en el cuello. Se examina de nuevo: nadie diría que bajo la gabardina va completamente desnuda. Ya otra vez sobre el acantilado, la brisa del mar llega hasta su piel de una forma distinta. No nota frío, sino al contrario: su cuerpo parece protegido por una enorme mano de aire que la acaricia con ubicuidad. El solo hecho de caminar le produce

una intensa sensación de gozo e intimidad corporal. El aire que se filtra bajo la gabardina le descubre zonas ignoradas de sí misma, espacios del cuerpo que nunca hasta entonces habían encontrado un lugar en el pensamiento: las axilas, la parte inferior de la espalda, el inesperado pliegue de las ingles, esos lugares que nunca son uno mismo ni forman parte de una identidad, al contrario que las manos, o los ojos, o los pómulos, o los cabellos que caen sobre la frente. Era asombroso ser algo más que el dictado de un espejo, resultaba gratificante, sensual, impremeditado, inconsciente. En el paseo marítimo, donde comienzan los prados con los merenderos, observa que apenas hay dos o tres jubilados tomando el sol apaciblemente frente al mar. Aún no son las diez y cuarto, pero enseguida ve a un muchacho en chándal correteando a lo lejos erráticamente, con cambios frecuentes de dirección. Se siente alegre y ligera, pero no apura el paso ni hace ninguna señal. Cuando llega a la caseta no se detiene: con un pequeño empujón abre la puerta y luego la cierra tras sí. Ya sabe lo que se va a encontrar: varias pilas de sillas de plástico blanco empotradas unas en otras hasta alcanzar el techo y un montón de finas colchonetas de gomaespuma forradas de hule rojo. Los rayos de sol se filtran a través del entramado de tableros y crean dentro de la caseta una luz tamizada, como el oro viejo, en la que flotan pequeñas motas de polvo cuando ella comienza a manipular las colchonetas. Oye unas pisadas en el exterior y se vuelve. La puerta se abre tímidamente, muy despacio, dejando aparecer una cabeza repeinada, con raya a un lado, cuyas facciones apenas se pueden distinguir a contraluz. La puerta se abre del todo y el muchacho se queda quieto en el umbral ocupando casi todo el espacio. Ahora le ve; es él, respira agitadamente; a ella le parece más alto y más ancho que la otra vez. Le dice: «Sólo pongo una condición: que no me digas cómo te llamas ni quién eres y que no me preguntes mi nombre ni quieras saber quién soy yo». El muchacho tarda un rato en responder; luego dice: «Vale». Ella, muy despacio, suelta el cinturón y va desabrochando poco a poco los botones. Luego, de un solo golpe, abre la gabardina y se queda sujetándola con los brazos extendidos. La luz del sol bordea la silueta del muchacho en el umbral de la puerta e ilumina su cuerpo resplandeciente en la penumbra interior. El muchacho parece petrificado, el tiempo también. Luego ella dice: «Pasa y cierra la puerta». «De acuerdo, vale, de acuerdo», dice él.

Mariví se calló. Se sentía muy satisfecha y se quedó observando el efecto que nos habían causado sus palabras, pues a esas alturas ya era consciente de que también estaba hablando para mí. De repente tuve la fuerte sensación de que, al callar ella, en el Chipi se producía un

gran silencio, como si todos los presentes hubieran estado escuchándola con la misma atención con que lo habíamos hecho Floro y yo. Pero se trataba de una falsa impresión, porque a mis espaldas aún se oía el runrún de Vicente el Ciclista contándole a Mari sus aventuras acerca de inversores extranjeros que deseaban comprar una fábrica de loza en su pueblo.

Floro le preguntó a Mariví:

–Y el chaval, ¿se portó bien?

–Ay, chico, no sé, yo en esos detalles no entro ni me interesan y además no me contó nada más. Lo que te quería decir es que yo soy incapaz de hacer una cosa así, sin conocerse de nada y sin que haya, ¡qué sé yo!, una cierta intimidad, una relación o algo. Pero así, ¡sin hablar! Desde luego, no.

Floro reaccionó de una forma extraña:

–¡Pobre chaval! Jamás en la vida le creerá nadie esa historia cuando la cuente. Para ella es muy fácil, ¡pero para él! Le llamarán mentiroso, sus amigos se burlarán de él y terminará por coger mala fama. ¡Hasta le pondrán motes! Oye, por curiosidad, ¿ha vuelto ella por allí?

–Que yo sepa, no. Cuando se marchaba, el chaval volvió a proponer: «El jueves aquí a la misma hora, ¿vale?». Debe de estar interno en un colegio o algo así y quizás sólo puede salir los jueves. Ella le contestó: «Ya veremos». Pero no volvió más, por lo menos los jueves. Esas cosas sólo pueden pasar una vez.

–¡No hay derecho! Ese chaval lo recordará durante toda su vida y jamás conseguirá que le crea nadie, por mucho que lo cuente. Es más: llegará un momento en que ni él mismo sabrá si le ocurrió de verdad o lo soñó.

Floro estaba compungido. Se tomaba muy a pecho las hipotéticas dificultades del muchacho. Le hice ver tímidamente que a lo mejor nos encontrábamos ante el muchacho con mejor suerte de este mundo, pero quizás estaba ya muy borracho y continuó con su perorata:

–¿Suerte, dices? Se pasará todas las noches de su vida pensando en lo mismo y recordando cada detalle de lo que le pasó, pero nunca podrá hablar con nadie para que no le llamen mentiroso. Con el tiempo irá añadiendo cosas de su propia cosecha, se inventará los diálogos que no tuvieron, llegarán a su mente las palabras exactas que hubiera debido decirle, los comentarios más inteligentes y seductores, todo lo que entonces no se le ocurrió y, sin embargo, se le ocurrirá después, demasiado tarde, cuando esas palabras ya sean inútiles y lacerantes. Se inventará un nombre para la chica y quizás cuente a sus amigos que continúa viendola sólo para darle más verosimilitud, que

es su novia secreta, incluso es posible que se invente un nombre para sí mismo y terminará por confundirlo todo, sin distinguir entre la fantasía y la realidad, porque cuando los demás no te creen, aunque cuentes la verdad, a la fuerza te conviertes en un mentiroso y al final los mentirosos sólo logran engañarse a sí mismos. ¡Pobre chaval! Lo más probable es que durante todos los jueves de su vida, por lo menos hasta que vaya a la mili o lo encierren en algún sitio, se pase las mañanas corriendo en chándal alrededor de esa caseta, y quién sabe si también las tardes o todos los días de la semana, víctima de una loca esperanza.

Se quedó un rato en silencio, medio abatido por la pena. Parecía incapaz de soportar el peso de la desdicha y la locura que había caído sobre el muchacho desconocido. Por último concluyó:

–Aunque con tanto correr y tanto entrenamiento a lo mejor el país gana un campeón de atletismo.

Mariví parecía desconcertada. Floro había dejado de tocarla y daba la impresión de encontrarse perdido en sus propios pensamientos. Inesperadamente volvió a hablar:

–También podría ser que nos encontremos ante el nacimiento de una nueva leyenda, un mito moderno. En el futuro, entre los atletas de todo el mundo circulará una historia que nadie podrá confirmar jamás, una historia que se difundirá por los gimnasios de todos los países, por las pistas de atletismo, por los vestuarios de todos los estadios durante los encuentros internacionales. Los atletas veteranos la irán transmitiendo a los más jóvenes en las horas posteriores a los entrenamientos, las horas más duras y difíciles, cuando el ánimo está a punto de sucumbir ante la improductiva fatiga de los músculos, cuando decrece la esperanza de batir un récord. En esos momentos de cansancio y desazón, los atletas vislumbran o adivinan la radical inutilidad de correr contra el cronómetro hasta el agotamiento, casi sin darse cuenta comienzan a percibir el apagado y nauseabundo olor a sudor de los vestuarios, en su cabeza va entrando lentamente la idea de abandonar. Será entonces cuando alguien referirá la historia de aquel corredor de fondo que se entrenaba febrilmente sobre los acantilados. Era un hombre muy joven, un atleta junior, pero ya poseía la capacidad de sacrificio de un campeón y soportaba el sufrimiento con el fatalismo de quien ha decidido no discutir jamás con su destino. Bajo el sol inclemente o afrontando la lluvia racheada, ni un solo día dejaba de correr sobre los acantilados batidos por los vientos. Un día le sorprendió una implacable tormenta en medio de aquel paisaje desolado y corrió a refugiarse en una cabaña que se percibía en lontananza. Allí se encontró con una mujer. El joven atleta

sintió un estremecimiento en todo su cuerpo en cuanto la contempló, era la mujer más bella que había visto en su vida, en sus ojos rasgados destellaban fulgores de amor. Por un momento pensó en inclinarse y adorarla, como si se tratase de una aparición sobrenatural, pero ella le detuvo con un gesto y le dijo: «Hace tiempo que observo tus entrenamientos y mereces una recompensa. Seré tuya con una condición: que jamás me digas tu nombre ni me preguntes el mío». «De acuerdo –dijo el atleta junior–, de acuerdo», repitió. La mujer desabotonó muy lentamente la gabardina que la cubría y la abrió: sólo llevaba puestas unas medias de encaje. Todos los atletas veteranos que narraban esta historia aseguraban firmemente que había ocurrido de verdad. Unos decían habérsela oído contar a un campeón olímpico, otros se la atribuían sin dudar a cierto recordman de la milla a quien habían conocido en los albores de su carrera deportiva y otros, en fin, la habían escuchado de boca del viejo entrenador de aquel atleta junior que, con el tiempo, llegaría a acumular varias medallas de oro, pero la historia se repetía una y otra vez en cada mitin internacional, en cada campeonato, tras cada entrenamiento, acompañando siempre los duros instantes de la extenuación. Según los países donde se narraba la historia, variaban en ella algunos detalles circunstanciales: los acantilados se convertían en frondosos bosques o en desiertos, la lluvia en nieve o en arena, la cabaña en cueva o en bungalow, la gabardina en poncho, en sari, en kaftán, en visón blanco o en una simple sábana, y también variaba el color de la piel de los protagonistas. Sólo dos cosas permanecieron siempre idénticas, constantes: la primera, las medias de encaje que envolvían las estilizadas piernas de la mujer, la segunda, la extenuación de los atletas. Con el tiempo la leyenda iba ganando territorio a la realidad y, a medida que triunfaba el mito, la historia se volvía más y más inverosímil. En algunos lugares se le atribuyeron a la mujer poderes sobrenaturales, poderes de ángel o de extraterrestre, a veces la tildaban de transformista y comenzaron a prodigarse algunas apariciones en lo más recóndito de los vestuarios, durante el silencio de las duchas. Hasta que hubo un poderoso manager que decidió acabar con todo aquello y convertir lo inverosímil en realidad, no podía soportar que la credulidad siguiera creciendo entre los atletas como una falsa religión. Se propuso conseguir que la historia ocurriera de verdad. Contrató a una prostituta bellísima y compró para ella una gabardina blanca y unas medias de encaje. La mandó apostarse en un lugar conveniente, cerca de un acantilado por donde solían entrenarse algunos atletas juveniles, y le impartió severas instrucciones: debería esperar a que estallase una tormenta. Por lo menos que comenzase a

llover.

En este punto Floro se detuvo. Se volvió hacia mí y comentó:

–Pero bueno, no hace falta seguir. Todo eso ya lo escribió Isak Dinesen en su *Historia inmortal*.

Mariví preguntó:

–¿Quién es Isak Dinesen?

–Karen Blixen –respondió Floro.

–¿De verdad? –Mariví se echó a reír–. Tienes mucha imaginación, pero esa historia no la escribió nadie, le ocurrió a una amiga mía, compañera de clase y vecina de puerta de mi casa, para más señas.

–Te daré más pistas –dijo Floro–. ¿Sabes quién era Orson Welles?

–No, ¿pero esto qué es, un examen?

–Tienes razón, lo mejor es que pidamos otra copa.

Las noches del Chipi eran así. Uno tenía la impresión de que pasaban muchas cosas, pero lo único que hacía la gente era hablar. Seguramente como en la mayoría de los bares y como en la mayoría de las vidas en todas partes: la gente habla y habla sin cesar; es un afán siempre fracasado de sustituir la realidad por las palabras, para neutralizarla, para intentar retener los bocados de amor o de desesperanza que nos arranca del corazón, para hacerse la ilusión de que se posee algún control. Los deseos se verbalizan sólo para destruirlos, para que ellos no nos destruyan a nosotros, se cuentan unas pocas historias para que las puedan vivir quienes no tienen ninguna. Y quizás esté bien que sea así. ¿Qué ocurriría si, como la amiga de Mariví, todos pudieran convertir sus fantasías en hechos? ¿Cómo sería el mundo sin fantasías, porque todas se cumplen, y por tanto sin deseos, porque queda abolido el lugar por donde los deseos discurren? No lo quiero pensar. Pero intuyo que tal vez ya está circulando por el mundo una nueva clase de personas (no incluidas hasta ahora entre los catorce tipos de Vicente el Ciclista), para quienes no existe ninguna diferencia entre fantasía y realidad, porque creen que todos los deseos son posibles. Son personas inocentes, sí, como los niños, pero ya no son niños. A veces pueden ser terribles y yo no las comprendo muy bien

Cinco

Tras muchos días de amargas resacas, de las que no sabía cómo salir sin entrar previamente en una nueva borrachera, Floro tomó la heroica decisión de hablar con Álvaro Atienza. Llamó y le informaron de que aún seguía enfermo, lo cual le sirvió de respiro ante Manolo Arbeyo y de alivio ante sí mismo, pues esa circunstancia prorrogaba el instante que estaba eludiendo, el instante que temía y que se dibujaba en su imaginación como una batalla moral terrible y decisiva, aunque no consistía en otra cosa que transmitirle a su amigo la información que Arbeyo le había proporcionado. Acostumbrado a la molicie mental de no tener más preocupaciones que jugar al billar, resolver los problemas del mundo a la luz de los moralistas franceses, escribir a bote pronto y fantasear acerca de las piernas de Adelina Valle, la maquinación urdida por Arbeyo había causado en él un efecto devastador: le provocaba vacío en el estómago, melancolía en el alma y una insaciable sed. Cuando se acostaba cada madrugada y antes de caer en el desmayo alcohólico al que llamaba sueño, era asaltado por tétricas imágenes de las que no podía escapar: o bien se veía como un redomado canalla, amañador de chanchullos, mentiroso y traidor, o bien como un pelele indeciso e incapaz de afrontar lo que todo el mundo llama «realidad», es decir, la cruda y simple supervivencia. Floro no podía esconderse a sí mismo el hecho de que jamás había ganado una sola peseta por su cuenta y que, cuando ahora se le presentaba la ocasión, carecía de arrestos para ello. Además, el joven Borja Molina, por quien Floro sentía ya una viva simpatía, iba ahora regularmente por el billar y afrontaba con elegancia, e incluso con jovial entusiasmo, las inmisericordes derrotas a que lo sometía, lo que le generaba un sentimiento suplementario de perfidia y culpabilidad que apenas podía soportar. A veces trató de perder con él, infligiéndose una especie de autocastigo compensatorio y poniendo, por así decir, la venda antes de hacerse la herida, puesto que aún no había hablado con Atienza, pero de todas formas nunca lo consiguió. Quiero decir que no conseguía perder con Molina. La diferencia entre ambos era abismal y, aunque le proponía un handicap de muchas carambolas para igualarse, le faltaba la astucia suficiente para dejarse ganar sin que se notase. Fue precisamente en esos días de graves tribulaciones del ánimo cuando Floro Santerbás elaboró y expuso por primera vez su conocida tesis por la que monsieur de Chamillart

quedó nombrado como el mejor billarista de la historia. Esa tesis, al igual que todas las grandes ideas que revolucionaron el pensamiento humano, germinó sobre el humus creador de dos principios: uno objetivo: la acreditada y vasta erudición de Floro sobre el juego del billar; el otro subjetivo: la dolorosa experiencia personal de no saber dejarse ganar con convicción. Cuando el azar combina esos dos elementos, conocimiento y experiencia, entonces, y sólo entonces, la manzana que cae del árbol pone en evidencia la ley de la gravitación universal, o la insaciable cópula de los desarrapados, que no cesan de producir su desdichada prole, revela la ley de la plusvalía. Así ocurrió aquella noche en el Mercurio. Mientras jugaba al billar ante gran concurrencia, Floro Santerbás tuvo una súbita revelación.

Borja Molina había fallado una tirada y las bolas le quedaron a Floro mansas y juntas, muy fáciles. Manolo Arbeyo, como otras tantas veces muchos otros, exclamó:

–¡Así se las ponían a Felipe II!

Floro replicó cortante:

–No. Te equivocas.

Todos callaron. El tono de su voz anunciaba un golpe de genio.

–No era a Felipe II a quien se las ponían –continuó–, sino a Fernando VII, el ansiado y esperado tirano. ¿Y sabes por qué?

En vez de tirar, como le correspondía, Floro se apoyó en el taco y cruzó las piernas mirando a la concurrencia. Tenía la pausada habilidad de provocar expectación y se recreaba en ello cuando los demás le regalaban el silencio. Las pantallas de luz que iluminaban la mesa trazaban una línea de sombra sobre su rostro, como si estuviese sobre un púlpito y él, sabiéndose escuchado por expectantes feligreses, no omitió los persuasivos movimientos de manos tan caros a los predicadores:

–Los cortesanos de Fernando VII se dejaban ganar al billar por su monarca absoluto de forma absoluta, es decir, de una manera tan zafia y tan torpe que nadie que no fuese zafio y torpe podría dejar de darse cuenta. Fernando VII no se daba cuenta. Consideraba sus victorias como algo natural, no por ser el rey, sino por ser mejor jugador, con lo cual ninguno de sus cortesanos sacaba ventaja de aquella cotidiana humillación, pues sus derrotas, lejos de ser tomadas como halagos, lo eran como torpezas, y cuanto más adulaban al déspota fallando con obviedad, más les denigraba él por sus errores. Sin embargo, el miedo les impedía salir de aquel escarnio, pues les parecía menos peligroso ser insultados por torpes que parecer altaneros acercándose al rey en unas cuantas inocentes carambolas. De esta forma competían entre sí buscando la derrota más humillante, pero el monarca era tan obtuso

para esos halagos, que sus contrincantes no sólo debían fallar sus tiradas, sino arreglárselas para que él no pudiese fallar las suyas aun cuando fuera ciego y manco. De esa habilidad pelotillera proviene la célebre frase «así se las ponían a Fernando VII», y también la acendrada manera cortesana de halagar al poderoso mediante la propia humillación. El concurso de los perdedores, que competían entre sí por el derecho a la derrota y la autoflagelación, llegó a oídos de la población y fue así como se convirtió en un principio político: «Ponérselas a Fernando VII» se sacó del reino del billar y arraigó de tal manera en la vida pública, que en adelante el mérito de un poderoso ya no consistiría sino en la extrema miseria de sus subordinados. Desde entonces, en España toda alabanza, aun cuando sea justa, sólo se ve como sometimiento y la virtud de un hombre, aun cuando sea verdadera, es sospechosa de esconder la tiranía.

Floro recibió murmullos de aprobación, pero estaba muy lejos de haber terminado. Se sentó en el diván, encendió un cigarrillo y bebió un largo trago de cerveza.

–Cosa muy distinta les sucedió a los franceses –proclamó.

Como le tocaba tirar a él y no lo hacía, los demás jugadores le imitaron.

–Para dejarse ganar sin que el contrario se dé cuenta, hay que jugar muy bien, y cuando el contrario es un rey rodeado de interesados espías, hay que ser un verdadero genio. Y, que se sepa, eso sólo lo consiguió monsieur de Chamillart, el mejor billarista de Francia en tiempos de Luis XIV. En las memorables veladas de Versalles, Chamillart no siempre se dejaba ganar por el Rey Sol, lo cual le acercaba peligrosamente al cadalso. Pero ese calculado riesgo acrecentaba enormemente el mérito del monarca las incontables veces en que Chamillart salía derrotado. La sutileza, la astucia y el insuperable temple de Chamillart hacían creer a todos que sus escasas victorias eran fruto de la suerte, mientras que sus derrotas siempre provenían del genio de Luis XIV. Monsieur de Chamillart jamás consintió perder con nadie, ni siquiera con el mariscal Villarot, sublime maestro del retroceso, pero jugando contra el rey sus minuciosos fallos producían en éste tal halago, que ni siquiera el cardenal Mazarino pudo impedir que Luis XIV le nombrase ministro, sin otro mérito que su extraordinaria habilidad para fallar con convicción en el instante preciso. Aunque para mí –concluyó Floro–, un hombre de esas dotes debió ser también un excelente gobernante y, sin duda, el más grande billarista que tuvo la historia, pues en muchas ocasiones su cabeza pendió de una carambola y nunca la perdió. Así podemos comprender cómo a medida que España declinaba víctima de

la zafiedad, Francia ascendía por los caminos de la historia depurando con finura las formas de la adulación.

Fue aplaudido. Hubo otros momentos inspirados en los cuales Floro conseguía recuperar su habitual estado de flotación mental, pero al final de cada noche necesitaba la ayuda de ingentes cantidades de cerveza y, más tarde, ya en el Chipi o en el Paraguas, whisky con hielo y humo de hachís hasta altas horas de la madrugada, en las que invariablemente terminaba por sentir un punzón clavado en el ánimo, una deuda, algo que «tenía» que hacer y que no quería hacer, algo insoportable que denominó «una preocupación» y que se le presentaba en la cabeza y en el hígado cuando se despertaba.

Esa mañana se sintió tan resacoso y miserable cuando su madre le llamó a las doce, que ni siquiera bajó a la tienda a cumplir con su desastrada presencia y continuó en la cama hasta las dos, preso de una inconsistente duermevela poblada de informes y breves pesadillas que le provocaron miedo, sudor y un fuerte dolor de cabeza. Su madre también estaba de un pésimo humor y se acostó nada más comer hasta la hora de abrir la tienda. El telediario en compañía de la tía Margarita, que pretendía conversación, fue insoportable. No esperó a tomarse el coñac ni se detuvo a llamar por teléfono para preguntar cómo se encontraba Álvaro Atienza: decidió ir directamente a hablar con él. Bajó a la trastienda a buscar la moto, pero la encontró en un estado lamentable. Apenas la había usado durante el invierno y la última vez, tras una espantosa noche de lluvia cantando rancheras con desconocidos en un remoto bar donde desayunaban algunos empleados del ferrocarril, la había depositado allí mojada, con todo el carenado lleno de barro. «¡Me cago en la puta! –exclamó–, ¡parece embalsamada en mierda!». Tendría que pedirle el coche a su madre. Se preparó para recibir los reproches y regañinas que flotaban en el ambiente desde la hora de la comida. Mientras se acercaba al dormitorio de su madre iba fraguando los argumentos y las excusas para una segura discusión. Llamó delicadamente con los nudillos en la puerta entornada y susurró:

–Mamá, necesito el coche.

Doña Rosa contestó con una voz debilísima:

–Las llaves están en el cajón del aparador.

Se quedó petrificado. Su madre ni siquiera había mirado hacia él y seguía tendida sobre la cama, sin moverse. Se acercó hasta su lado.

–¿Te ocurre algo?, ¿estás enferma?

–No, hijo, no es nada.

Pero hablaba con un hilo de voz.

–Sí, estás enferma. Voy a llamar inmediatamente al médico.

Ella le tomó una mano y cerró dramáticamente los ojos.

–No, no, enseguida se me pasará, no tienes por qué preocuparte.

–Pero te encuentro pálida. Llamaré a la tía.

–No, deja, deja, no la molestes, en cuanto duerma un poco ya me encontraré bien. Siéntate un ratito aquí a mi lado y dale un beso a tu madre, no quiero que os preocupéis por mí.

En algún rincón de su mente Floro sabía que todo era un juego, pero nunca podía dejar de acongojarse cuando su madre lo comenzaba, y eso ocurría cada vez con más frecuencia. Ella decía: «Total, a las cinco, cuando tenga que abrir la tienda, ya me encontraré mejor». Él protestaba: «Bajaré a abrir yo, tienes que descansar, trabajas demasiado». Ella susurraba entre suspiros: «No, no, de ninguna manera, no tienes que preocuparte de mí, estoy bien». Él insistía: «Pues prométeme que mañana irás al médico, yo mismo te llevaré». Ella respondía: «Sí, hijo, lo que tú quieras, ahora dame un beso». Al día siguiente doña Rosa estaba como un reloj y el juego quedaba olvidado hasta una próxima ocasión, pero por mucho que se repitiera siempre causaba en Floro una profunda desazón y un confuso sentimiento de culpa que sólo podía aliviar mimando a su madre durante unos días. A veces le compraba flores.

El Seat Ibiza rojo estaba aparcado como de costumbre en el garaje de un edificio de la misma calle Melquiades Álvarez, muy cerca de la tienda. De hecho, la madre de Floro había comprado la plaza de garaje antes que el coche, por las mismas previsoras razones por las cuales las novias no pueden casarse sin ajuar. Por supuesto, el coche estaba impoluto y le brillaban hasta los neumáticos. Floro iba tan atolondrado que ni siquiera se molestó en esconder en el maletero los dos primorosos cojines de ganchillo salidos de las primorosas manos de la tía Margarita. Entre los ecos de la jaqueca, aún no totalmente domesticada por las tres aspirinas que había tomado con la comida, sólo circulaban pensamientos sombríos.

En el cruce con la carretera del antiguo Hospital de Tuberculosos se distinguía aún el letrero de madera, ya muy deteriorado, que en forma de flecha indicaba: «Atienza, fábrica de lozas y porcelanas. 700 metros». A partir de allí la carretera se estrechaba y abundaban más los árboles que los edificios. Un trecho más adelante había un pequeño ramal a la izquierda indicado por otro letrero en el que sólo se leía «… lozas y por…». Floro reconoció el alto muro de piedra tapizado de yedra que rodeaba la finca. Tomó el ramal, que transcurría paralelo al muro. Por entre la espesa fronda de árboles que ensombrecían el camino, se veía de vez en cuando la esbelta chimenea de la fábrica. La calzada estaba horadada por numerosos baches, muchos de ellos

llenos de agua, y zigzagueaba entre los árboles y el enorme muro, adaptándose a un terreno sinuoso, quebrado y muy umbrío. Sólo al llegar a la entrada se salía de las sombras: habían construido un pequeño ensanchamiento de tierra compactada para que pudieran doblar los camiones y, frente a ese espacio sin árboles, había una gran abertura en el muro (en realidad unos diez metros de muro derribado) con una garita y una barrera que ahora estaba levantada. El muro de piedra y la fila de árboles continuaban más allá, hasta la vieja puerta de hierro de la finca, donde Floro detuvo el coche sin darse cuenta de que por allí ya no se podía pasar. En cuanto se bajó para cerciorarse del lugar por donde tendría que regresar marcha atrás, Floro oyó el murmullo del agua corriendo invisible bajo la espesura. No se oía ningún otro ruido. La puerta de verja oxidada estaba casi cubierta por la maleza; un herrumbroso candado, del que ya se habría perdido la llave muchos años atrás, pendía de su argolla como un inofensivo trofeo y, al otro lado, al fondo, se entreveía la casona de doble torre de los Atienza, casi tapada por los plátanos, cuyo ramaje cubría como un dosel el camino de grava. Por el exterior, a partir de la vieja puerta de verja, el alto muro de piedra aún continuaba durante unas decenas de metros, cargado de yedra y humedad, pero más adelante lo sustituía un muro más bajo, de bloques prefabricados, coronado por múltiples aristas de cristal de botella incrustadas en el cemento para disuadir a los ladrones de fruta, en aquellos tiempos en que aún había allí árboles frutales y los ladrones sólo robaban para comer.

Floro volvió al coche y dio marcha atrás hasta la cancela abierta en el muro para el paso de camiones. No se veía ni un alma por allí, ni más abajo, en la pequeña hondonada de donde emergía la chimenea. Entró en la finca pero, en vez de seguir hacia la derecha por la pista asfaltada que descendía hasta la fábrica, tomó un pequeño desvío entre los árboles y accedió así al viejo camino de grava que conducía a la casa. La fruta de los Atienza había sido famosa en la ciudad, es decir, entre ciertas familias de entonces, que eran las que verdaderamente aportaban la fama. Floro recordaba la primera vez que una camioneta de los Atienza se había detenido delante de la tienda Las Novedades y un par de mozos subieron a su casa dos grandes cestos rebosantes de fruta, cubiertos con hojas de castaño para preservar su frescor. «Dentro de unos días volveremos por las maniegas», habían dicho. Su madre no cabía en sí de satisfacción, no tanto por la fruta, pues daría un trabajo infernal convertirla en mermelada e impedir que se pudriese, sino porque sabía que aquella camioneta había pasado también por la casa de los Almar, del gobernador civil y del militar, del alcalde, de… Rosita, la de Las

Novedades. Durante varios días no dejaba de enumerar ante su clientela los nombres de las grandes familias de la ciudad. Y cada año, en las mismas fechas, recibían las dádivas frutales y la casa entera se impregnaba de un perfume que tenía el inverosímil efecto de elevarles de clase social. Pero Floro sabía que los Atienza ni siquiera conocían a sus padres y que la fruta se la regalaban a él, por ser amigo de Alvarito, porque Alvarito estaba enfermo y él se pasaba media vida jugando en aquella casona, donde se solía quedar a dormir muchas noches de verano.

Floro avanzó por el camino de grava y aparcó junto a la casa. No hacía tanto tiempo que había estado allí por última vez y, sin embargo, como ya le había ocurrido en otras ocasiones, la casa le pareció más pequeña. Era una impresión inquietante y desagradable que difuminaba los perfiles en la memoria sin llegar a borrarlos, pero los disminuía y atacaba como si en vez de tratarse de recuerdos fueran meras fantasías. Floro se sentía casi agredido por la sensación de realidad que ahora le producía la casa, tan diferente a la que se había dibujado en su mente durante la infancia, cuando las medidas no tenían por unidad el metro ni por modelos los polígonos regulares de la geometría, sino las emociones aún vírgenes y ambiguas de un niño demasiado gordo: el miedo, la compasión, la avidez, el pudor, la audacia, los sentimientos que componen el sistema métrico del alma. Aquella casa, más que la suya propia, estaba construida con esos materiales primordiales y nunca podría volver a verla más que disminuida de tamaño, pequeña y gris, claudicante y vieja, como corresponde a todo aquello que ha sobrevivido a la prodigiosa edad heroica en la que cruzar un pasillo en la oscuridad no suponía menor presencia de ánimo que defender el paso de las Termópilas con la espada. Si cerraba los ojos, aún podía sentir sobre su rostro el aire frío y húmedo que exhalaban ciertas solemnes habitaciones, oír los crujidos temibles de las incontables escaleras, oler el alcanfor de los armarios de nogal, en cuyo interior habían jugado a las cartas cuatro niños alumbrados por una linterna.

Se bajó del coche y miró a su alrededor; no vio a nadie ni oyó otro ruido que el del agua de ocultos regueros. La casa parecía desierta, y la fábrica, a no más de cien metros a su derecha, paralizada. Pensó en lo raro que resultaba que los Atienza siempre hubieran vivido allí, al lado de la fábrica, en vez de hacerlo en la ciudad. Recordó vagamente haber oído hablar de un piso muy grande en la calle Cervantes, vendido luego en inciertas circunstancias, pero nunca habían vivido en él.

El gran portón frontal de la casa estaba cerrado y no parecía haber

nadie por allí. Floro comenzó a ponerse nervioso. Cerró la portezuela del coche con fuerza, para hacerse oír, e inmediatamente se arrepintió de haberlo hecho. Podía ser atacado por un perro, una de esas bestias feroces y desconsideradas que suelen vigilar las casas de campo y las fábricas. Quizás dos perros a la vez, en este caso. Perros sigilosos y, por tanto, doblemente malvados. Volvió a abrir la puerta del coche, por si acaso, pero entonces oyó una voz de mujer, que le llamaba desde lejos:

–¡Floro, Floro, aquí, detrás de ti!

La voz provenía de encima de los tupidos plátanos. Se acercó y miró hacia la nave de ladrillo donde comenzaban las instalaciones fabriles. Desde una ventana de la primera planta, Teresa Atienza le hacía gestos con una mano para que se acercase, indicándole una escalera exterior, adosada a un lateral de la nave. Teresa le recibió en la puerta de la oficina con dos sonoros besos:

–¡Qué caro te vendes, perillán!, hace años que no nos vienes a ver.

Sin esperar respuesta, se volvió hacia una chica que escribía a máquina.

–Mari Cruz, dame la carpeta de los asientos de diario que se la voy a subir a mi padre.

La oficina era muy espaciosa y bien iluminada. Contenía varias mesas de despacho de madera oscura, muy antiguas, que contrastaban vivamente con las sillas de ruedas, con los grandes archivadores metálicos de color gris colocados aquí y allá y con una infinidad de cachivaches de todas las épocas. Aparentemente nadie se había ocupado del aspecto estético de la oficina, como si ella sola se hubiese ido amueblando con los años por acumulación, sin que los objetos nuevos desplazasen a los viejos. El conjunto producía una inquietante sensación de deformidad que Floro no sabía a qué atribuir, porque todo estaba limpio y aparentemente ordenado, si es que se puede llamar orden a la simple acumulación. Floro ganduleó un rato entre los muebles mientras Teresa ordenaba los papeles. El mayor avance tecnológico que pudo observar era una pesada sumadora de manivela coronada por un grueso rollo de papel. Tras una mampara acristalada se adivinaban otras dependencias y despachos, pero allí no había nadie más que ellas dos. Teresa se acercó a él muy sonriente:

–Ya me dijo Adelina que estás escribiendo el libro de nunca acabar, una novela que será una obra maestra.

–Pero… ¿te habla Adelina de mí?

–¡Y no para! –respondió entre carcajadas.

Floro se quedó suspendido entre la felicidad y el asombro. En sus visitas cotidianas a la biblioteca, aparte de los saludos de rigor, no

recordaba haber intercambiado con Adelina más de dos o tres frases en los últimos meses y, desde luego, esas ocasiones no se le olvidaban con facilidad.

–Pero, dime, ¿cómo sabe ella lo que estoy escribiendo?

Teresa le miró sorprendida:

–¿No se lo dices tú? Tenía entendido que os veis a diario en la biblioteca.

–Sí, claro, pero yo no creía que ella te lo comentara. Nunca enseño nada de lo que escribo.

–No sabes cómo te alaba: ¡tan trabajador! Es una fan tuya incondicional.

Álvaro solía decir que su hermana tenía «una rica vida exterior», señalando con ello que era incapaz de pensar sin hablar al mismo tiempo, es decir, sin tener un interlocutor a quien dirigirse. De hecho hablaba como una ametralladora, pero nunca lo sabemos todo de los demás. Menos aún del interlocutor que conversa con cada uno secretamente en la operación que llamamos pensar. Suele ser un interlocutor tenaz y discutidor, poco disciplinado, que no calla cuando se lo ordenamos. A veces hablar es una forma de eludirlo, pero sabemos que siempre está allí; ¿por qué no iba a saberlo también Teresa Atienza? Era una mujer grande y extrovertida, con unos hermosos ojos azules y con una apariencia tan maternal que parecía imposible que estuviese soltera. Sin embargo, también parecía imposible imaginarla coqueteando. Tomó la carpeta de manos de la secretaria y se dirigió hacia la puerta, pasando delante de Floro. Éste no deseaba otra cosa que seguir hablando de Adelina Valle. Estaba sobrecogido por la involuntaria revelación que Teresa le acababa de hacer.

–Vamos, ven conmigo. Alvarito ya está mucho mejor y ha salido a dar una vuelta por la finca. Creo que anda sacando fotografías por el hayedo.

Cuando llegaron al frontal de la casa, Teresa señaló hacia la fachada:

–Fíjate, se está muriendo la yedra de toda esa parte lateral. Debe de ser de puro vieja. En cambio las hortensias van a estar preciosas este año.

Rodearon la casa esquivando macetas por un sendero bastante descuidado. Floro deseaba volver al tema de Adelina, pero ella no paraba de hablarle de personas a las que él hacía tiempo que no veía o sólo conocía de refilón. Teresa las mencionaba como si todos fuesen amigos íntimos de ambos, con ese especial desparpajo, propio de una clase social elevada, que consiste en dar por supuestas cosas que en

absoluto lo son, como, por ejemplo, la disparatada conjetura de que Floro frecuentaba a la misma gente que ella. Teresa usaba aún ciertas expresiones que, de puro antiguas, hacían dudar del vigor de su vida social; para referirse a cierto abogado cincuentón dijo: «Es un chico muy bien situado –y de una mujer comentó–: Se ha casado muy bien». Caminaba muy deprisa delante de Floro, con la carpeta apretada contra el pecho, señalando aquí y allá, con la mano libre, los lugares donde pensaba plantar unos macizos de rododendros o iniciar ciertas reformas, como en el viejo jardín posterior, donde los setos de boj estaban sin recortar y el merendero de piedra bajo el magnolio aparecía lleno de musgo e invadido por la maleza. Floro sentía la penosa impresión de que ella se estaba disculpando por el estado general de la propiedad.

Tomaron un sendero casi comido por los arbustos y subieron hacia un pequeño altozano, desde donde se divisaba gran parte de la finca. Teresa señaló hacia la mancha de árboles del fondo:

–Debe de andar por allí, junto al puente de madera. Recuerdas dónde está, ¿verdad?

Se quedó un momento en silencio, contemplando el paisaje. Llevaba puesto un conjunto de lana color beige, con la rebeca echada sobre los hombros, lo que la obligaba a realizar de vez en cuando un característico movimiento con el brazo para que no se le escurriese. El pantalón, a tono, tenía dos grandes pinzas frontales y bolsillos laterales, como los de los hombres. Floro no recordaba haberla visto vestida de forma sensiblemente diferente. Eso sí, toda su ropa parecía recién estrenada y las pequeñas hebillas doradas de sus zapatos brillaban como si nunca hubieran salido de un salón. Pendía de su cuello una fina cadena de oro con una cruz que ella tocaba a veces con la misma mano que sostenía la carpeta. No llevaba pendientes, pero si Teresa Atienza decidiese ir al cine esa misma tarde o bajar al Club de Tenis, con seguridad no necesitaría cambiarse de ropa. Floro intentó aprovecharse de aquel breve momento de ensimismamiento:

–Por cierto –musitó sin saber aún lo que iba a decir–, Adelina viene o te dijo…

Teresa se volvió repentinamente hacia él con el rostro iluminado:

–¿Sabes que se ha vuelto librepensadora?

–¿Librepensadora?

Teresa todavía empleaba esas palabras tan de moda en los colegios de curas y monjas de los años sesenta. Más que su figura o su rostro, muy bien conservado, eran aquellas palabras las que ponían en evidencia su edad.

–Sí, hijo, después de tantos años de misticismo ahora nos sale con

que es partidaria del divorcio y del control de la natalidad, como si ella supiese lo que significa eso.

–Bueno –dijo Floro, como disculpándose–, a mí no me parece mal.

–¡Pero si Adelina siempre fue un alma cándida!, y ahora, a la vejez, viruelas.

De repente Teresa se dio media vuelta y señaló hacia la fábrica:

–Mira, ¿ves aquella puerta gris al lado de la chimenea vieja? Aquella grande, junto a la pila de ladrillos.

–Sí –respondió Floro, sin saber muy bien hacia dónde señalaba. Estaba tan sorprendido por el brusco cambio de conversación que, en realidad, no sabía si Teresa iba a seguir hablando de Adelina o había pasado a otra cosa.

–Pues allí vamos a instalar el horno nuevo para la cerámica de microondas. Alcanza más de tres mil grados.

–Pero ¿no estáis pensando en venderlo todo?

Teresa se volvió hacia él con brusquedad. Al igual que su hermano, tenía los labios muy finos y unas intensas pupilas negras, aunque sus ojos eran de un limpio color azul.

–¿Vender? ¿A quién se le ocurre que queremos vender?

Floro quería dar marcha atrás pero no sabía cómo hacerlo. ¿Por qué se ponía Teresa tan furiosa?

–No lo sé –se disculpó–, creo que lo oí comentar por ahí.

–¿Te lo dijo Álvaro?

–No, él nunca habla de esas cosas.

En el rostro tenso de Teresa Atienza apareció una expresión de alivio y las pupilas parecieron perder parte de su intensidad.

–Pues no queremos vender y además no me explico quién ha podido difundir esa noticia.

Se quedó pensativa y, tras unos instantes, pareció recuperar otra vez el buen humor.

–Hace unos meses vino por aquí un vejestorio de Madrid que lo quería comprar todo para montar un club de golf y no sé cuántas cosas más –Teresa se echó a reír–. ¡Jamás en la vida vi hombre más feo y avinagrado! Iba enteramente vestido de negro y estaba pálido como un vampiro. ¡Un club de golf! ¡Mejor hubiera puesto un cementerio! Por supuesto, le mandé a paseo, y eso que venía acompañado por el director del banco con el que más trabajamos, que de otra forma ni le dejo pasar de la puerta. ¡Si hasta me daba miedo!

Volvió a reír con ganas y luego se quedó mirando de nuevo hacia la fábrica, repitiendo una vez más el gesto de sujetarse la rebeca sobre los hombros.

–¡Vender! –exclamó, como reflexionando consigo misma–, cuando

las cosas van bien los compradores surgen como hongos.

Se volvió hacia Floro y continuó con un tono más serio:

–No hará ni un mes, vino un ingeniero del Principado acompañando a un jovencito muy planchado, que pretendía asociarnos con no sé qué empresa italiana que quiere hacer una gran inversión. Les dije que terrenos no les faltarían en toda Asturias y, además, gratis, porque aquí, al que tiene cinco duros para invertir se lo regalan todo. Pero ¿a quién se le ocurre que queremos vender la propiedad de la familia? Ésta es mi casa y no la voy a vender nunca. ¿Es que se piensan que somos unos pordioseros?

Floro se sentía culpable, casi como un conspirador cogido in fraganti, un vergonzante ladrón sorprendido con las manos en la masa.

–No, claro –dijo.

–Y además los Almar –murmuró Teresa como hablando para sí misma.

–¿También quieren comprar los Almar?

–No. No es eso precisamente, pero ¡bueno!, no quiero hablar más de este asunto, porque no conduce a ninguna parte.

Quedaron en un tenso silencio que trataban de romper dando cortos pasitos por el montículo, casi en torno a sí mismos. Miraron a lo lejos. La vasta superficie de prados ondulados se perdía al fondo, al pie del pequeño hayedo, donde la montaña comenzaba a ascender de forma más pronunciada. En un tono más sosegado Teresa Atienza comentó:

–No vale la pena. Total, no vamos a vender de ninguna manera así que resulta una pérdida de tiempo hablar de ello.

Se interrumpió y señaló hacia el monte con el brazo extendido:

–Mira, allí está Alvarito.

Casi al final de los prados se veía la figura de un hombre, tocado con un gran sombrero claro, que caminaba hacia el bosque, en dirección contraria a donde ellos estaban. Teresa comentó con amargura:

–Está muy delicado. Siempre tuvo dificultades respiratorias, pero nunca lo vi tan mal como estos días. Y mira que le he dicho mil veces que toda la culpa la tiene esa dichosa moto. Para él, un simple catarro es como para los demás una pulmonía. Pero ni caso.

Floro asintió cariacontecido:

–No, si yo también se lo digo.

Teresa se volvió hacia él y le miró a los ojos. Sujetaba la carpeta contra el pecho usando las dos manos, como si estuviese protegiendo algo muy frágil y delicado que se escondía allí, junto al corazón.

–Por favor, Florín –empleó el diminutivo con una ternura que evocaba los viejos tiempos, la confianza y el cariño de los amigos antiguos, infantiles, imperecederos aun cuando han pasado años de distante ausencia, aun cuando son personas distintas a las que fueron–, no le comentes a Álvaro nada de todo esto de los compradores. No quiero que cargue con esas preocupaciones. Bastante tiene ya con lo que tiene.

Floro acusó el golpe, emocionado.

–No te preocupes –dijo con toda sinceridad–, nosotros nunca hablamos de negocios.

Teresa cambió la expresión del rostro y le ofreció una amplia sonrisa. En torno a las comisuras de los labios se le formaban pequeñas arrugas que traicionaban el esmerado maquillaje. Floro observó los pronunciados pliegues de su cuello. Sin duda, había pasado el tiempo y eso le enternecía.

–¿Y entonces de qué habláis, si es que puede saberse?

El tono de broma le sacó de la blandenguería sentimental a la que Floro era tan proclive. Sin esperar una respuesta Teresa le besó en la mejilla y se despidió sonriente:

–Bueno, me voy, que tengo mucho que hacer. Cuando volváis os tendré preparado café.

La observó mientras se perdía entre la maleza del sendero y la vio reaparecer más abajo, atravesando el descuidado jardín; entró en la casona por la puerta trasera, bajo la galería, la misma puerta por la que ellos solían entrar a la enorme habitación que Álvaro ocupaba en la planta baja, donde habían pasado tantas horas jugando con el tren eléctrico y el mecano de piezas verdes y rojas.

Floro se quedó un rato contemplando la casa. La madera de la galería del primer piso estaba pidiendo a voces una mano de pintura, pero no le faltaba ninguno de los cristales de colores bajo los bastidores de guillotina. La visión de aquellos cristales apagados y polvorientos, bajo la luz tiznada de la tarde, le produjo una extraña desazón, como si pese a seguir allí ya no fueran los mismos. Más que recuerdos precisos, los cristales de colores le convocaban un fuerte sentimiento de pérdida. Aquellos cristales habían sido en otro tiempo prodigiosos; creaban mundos de colores en el exterior de la galería y en el interior teñían de luz azul, roja, ámbar, los lienzos crudos que cubrían los muebles de mimbre, el sólido entarimado del piso de madera, sus propios rostros expectantes, siempre inundados de asombro y entusiasmo durante las lentas horas de la siesta. Floro había aprendido allí a soñar en tecnicolor, igual que después, tras los primeros canutos de hachís.

La finca de los Atienza era muy grande. Los prados estaban plagados de margaritas blancas, en los bordes del estrecho sendero, la hierba, muy crecida y húmeda, le mojaba los zapatos. Sin embargo por el fondo arenoso de la acequia apenas discurría un hilo de agua, cuando él recordaba haberse bañado tantas veces en ella, a la sombra de unos enormes nogales que ahora no lograba identificar. Las nueces caían sobre la hierba cubiertas aún por sus cáscaras verdes y al abrirlas con dos piedras les tintaban los dedos de amarillo; era un recuerdo impreciso de veranos imprecisos. Floro caminaba mansamente a lo largo de la acequia, escuchando el ruido de sus propios pasos sobre la tierra. El cielo estaba encapotado y había un fuerte olor a vegetación que no supo descifrar. A lo lejos vio a Álvaro Atienza sobre el pequeño puente de madera, apoyado en una de las toscas barandas. Detrás de él, al fondo, los dos grandes cerezos cuajados de flores blancas se destacaban sobre el verde oscuro de las primeras hayas. Súbitamente sintió en el paladar la suave y dulce pulpa de aquellas cerezas grandes y ovaladas, llenas de manchas doradas, cuyo pequeño rabo se desprendía con delicadeza, casi sin tocarlo, cuando estaban maduras. Recordó a Rodrigo de Almar subido a las ramas más altas de aquellos árboles y se recordó a sí mismo, gordo y pesado, gritando ávidamente desde abajo: «¡Tírame un cañolete, tírame un cañolete!»; luego se colgaban las cerezas de las orejas, como si fueran pendientes. Todo aquello estaba en los árboles. Floro se detuvo y sacó su cuaderno de hule del bolsillo: «Los árboles son asombrosos por sí mismos –escribió–; no necesitan convencer ni seducir, pues llegan al alma por el camino más corto. Toda intención del pensamiento prostituye el pensamiento. La avidez amarga las cerezas, porque ellas prefieren entregarse solas». Guardó el cuaderno; Álvaro miraba hacia él, parecía esperarle. Llevaba un viejo abrigo oscuro que le llegaba casi hasta los pies y un sombrero color crema. Estaba más encorvado que nunca, con el cuello hundido entre los hombros, el ala del sombrero le rozaba la espalda. No se movió ni dio ninguna muestra de placer al verle, pero ésa era su manera habitual de saludar a la gente, sin hacer el menor gesto de reconocimiento o cortesía. Se limitó a decir:

–Hola, Floro.

–Hola, ¿qué tal te encuentras?

–Mal. Es decir, como siempre, gracias.

No había ironía en sus palabras. Estaba sin afeitar, con el rostro afilado y pálido casi cubierto por las solapas del abrigo. Su semblante reflejaba cierta serenidad, lejos ya de la mueca de ansiedad de las últimas semanas, pero en sus ojos aún se vislumbraba el intenso y seco

resplandor de una fría impiedad. A Floro no le gustó aquella mirada; estaba tan concentrada en su propio dolor que convertía en miserable todo lo que tocaba. Se sintió intranquilo. Le hubiera gustado mitigar aquel dolor, pero no sabía qué decir. La conversación con Teresa había arruinado su propósito inicial y se había prometido a sí mismo no decirle nada a su amigo acerca de los planes de Arbeyo. Pero entonces, ¿qué decir? Sabía que Álvaro aborrecía la sola idea de ser compadecido.

–Me dijeron que habías llamado.

–Sí, hace unos días.

Álvaro se quedó mirándolo fijamente. Era una mirada que venía a sustituir la pregunta demasiado brutal de: «Y bien, ¿qué quieres?». Floro siempre había sido sensible a ese tipo de silencios. No eran amigos acostumbrados a hacerse carantoñas, ni lo eran por ninguna otra causa especial; no se guardaban ausencias ni cosa parecida. Si durante una temporada no se veían, no pasaba nada; eran amigos quizás porque los dos eran libres, el uno del otro. Tras un corto silencio Floro lo soltó todo de sopetón, en estricta síntesis:

–La empresa en la que trabaja Carmina Arbeyo quiere compraros la fábrica. Carmina y Manolo están dispuestos a darte información confidencial a cambio de una comisión; dicen que te harían ganar muchos millones.

Álvaro sólo tardó unos instantes en reaccionar:

–Antes de darles una comisión a ellos prefiero regalar la fábrica y todo lo demás.

–Ya me parecía a mí –respondió Floro con alivio.

Se sacó las manos de los bolsillos de la cazadora y las frotó una contra otra, como para que entraran en calor, pero, en realidad, se trataba de un puro gesto de expansión, como quien salta después de meter un gol o quien se libera de unas ataduras que le han tenido prisionero. En un brevísimo instante, Floro había dejado de ser un conspirador y volvía a ser el de siempre: en unos pocos minutos puso a su amigo al corriente de todos los detalles, incluidos sus sentimientos de opresión y su reciente conversación con Teresa. Álvaro apenas hizo preguntas y Floro tenía ganas de cambiar de tema. Señalando hacia la cámara de fotos que Atienza llevaba colgada del hombro, le preguntó:

–¿Qué estás fotografiando?

Álvaro bajó del puentecito por el lado opuesto al que Floro había llegado y le hizo una seña:

–Ven, a lo mejor te interesa.

Caminaron un trecho por el borde de la acequia y, en cierto punto,

le señaló un objeto semienterrado en la arena del fondo.

–¿Qué es?

–Un zapato.

Floro observó con detenimiento aquellos restos. Súbitamente exclamó:

–¡Mi zapato!

Miró hacia su amigo y le vio sonreír por primera vez.

–Y tú llevas puesto el sombrero de tu tío Álvaro.

–Sí.

–La tarde en que…

–Sí, aquella tarde.

Había sido, en efecto, una hermosa tarde de domingo, a principios de mayo, uno de esos días luminosos y azules en los que la brisa del norte limpia la atmósfera de la ciudad y dibuja los perfiles con una mano suave y fría, haciendo sentir a cada uno los límites de su propio rostro. El Bentley de los Almar, donde ya iban Rodrigo, su hermana Covita y Adelina Valle, recogió a Floro delante de la iglesia de San Juan, al lado de su casa, a la salida de la misa de doce. Iban a la finca de los Atienza a celebrar un picnic, según proclamaba Covita de Almar, aunque Floro pronto descubrió que aquella encantadora palabra sólo significaba ir de merienda a un prado. Floro y Rodrigo tenían trece años, Álvaro catorce. Teresa Atienza, Adelina Valle y Covita de Almar tenían diecisiete o los cumplirían muy pronto: ese mismo curso terminaban el bachiller.

Aquellos años de crecimiento rápido habían sido los peores para la enfermedad de Alvarito Atienza, cuando sufría más dolores, cuando más débil se sentía. Ya había perdido un curso cuando le llevaron a Suiza a un famoso especialista y ahora probablemente perdería otro, porque faltaba mucho al colegio. En compensación, leía docenas de novelas en francés, cuyos argumentos, muchas veces picantes, contaba luego detenidamente a sus amigos. Floro le admiraba con la misma intensa devoción que sentía por Manon Lescaut, por D'Artagnan, por Cyrano de Bergerac y por tantos otros que ya para siempre quedarían asociados a la voz metálica de su amigo. A los trece años Floro estaba gordo como un tonel; era pesado, sólido y desesperantemente lento para una época de la vida que solía transcurrir mayormente al trote. Todos los pantalones se le desgastaban y rompían por la entrepierna debido a unos muslos demasiado rollizos y su tía Margarita los reforzaba en aquella parte con un doble forro aun antes de estrenarlos, por lo que, además de gordo, cuando caminaba parecía acorazado. El día del picnic Floro estrenaba unos preciosos zapatos mocasines, los

primeros que usaba sin cordones, y pantalones de tergal largos. En el colegio le llamaban Quintal y le hacían sufrir sin tregua; sin embargo nadie había llamado jamás «jorobado», «chepas», o cosa parecida a Alvarito Atienza. En aquella época los Atienza aún explotaban las fincas y tenían criados y aparceros que se ocupaban del ganado, de los maizales para el pienso, de las huertas y de la pomarada. Según aseguraba con cierta solemnidad don Melquiades, el padre no ejerciente de Alvarito, durante los años del hambre y del racionamiento la explotación agrícola había producido más beneficios que la fábrica. También había servido de tapadera para un próspero negocio de estraperlo de harinas y piensos que el tío Álvaro, héroe de guerra y camisa vieja, había llevado sin ningún sigilo, aunque sobre esto no se hablaba ni una palabra. En la casona de los Atienza reinaba, pues, gran animación aquel domingo, mientras se preparaban para un descansado paseo, de no más de veinte minutos, como si fueran a emprender una excursión de alta montaña, pero Alvarito salía de un largo período de reposo y todos temían por él. Agustina, la criada, que ya entonces parecía vieja, les precedía con un mozo llevando la merienda sobre los lomos de una mula, con gran parafernalia de cachivaches para calentar y servir el arroz con pollo. Los padres de Álvaro subirían más tarde, para comer con ellos, y el tío Álvaro había anunciado que se presentaría por la tarde a merendar, que le reservasen un poco de empanada. Las tres chicas no pensaban en otra cosa y cuchicheaban alborozadas, porque el tío Álvaro era un hombre «imponente», como se decía entonces, un soltero de oro muy bien conservado, con una madurez «interesantísima». Subieron hasta la parte alta de la finca, por encima de la acequia, que entonces discurría desbordante de agua, y se instalaron bajo las primeras sombras del hayedo, al abrigo de los grandes troncos, donde la hierba era espesa y mullida. En torno a un enorme mantel de hilo blanco, sobre el que Agustina repartía la porcelana, extendieron colchas de algodón estampadas en vivos colores para protegerse de la humedad de la hierba y, sobre ellas, graciosos cojines y sillitas de lona que cada uno había llevado a cuestas, excepto Alvarito, quien sólo cargaba con su joroba.

Ya antes de llegar Floro había descubierto que le hacían daño los zapatos. Resbalaba continuamente sobre la hierba húmeda y sudaba de forma desmedida. A las dos en punto subieron los padres de Álvaro y Teresa. Floro se comió un plato de arroz que causó admiración y todos bebieron vino durante la comida, muy alegre. A las tres y media los padres regresaron a la casa, porque tenían que ir luego a la ciudad, Agustina comenzó a fregar la vajilla en la acequia, Rodrigo se adentró

en el hayedo para trepar por los árboles, las tres chicas organizaron una partida de canasta con Alvarito de cuarto jugador y Floro se quedó dormido sobre una de las colchas estampadas. Sobre las cinco se despertó sobresaltado debido al alboroto que organizaron las muchachas. Sentía frío, mal sabor de boca y dolor de cabeza. A lo lejos, sobre los prados cuajados de margaritas, cabalgaba un jinete. A veces se perdía tras las ondulaciones del terreno y volvía a aparecer luego, más cerca, como flotando sobre la hierba en un majestuoso trote. Llevaba puesto un sombrero claro de ala ancha e iba muy erguido sobre la montura, siempre sonriendo. Cuando llegó a la altura de la acequia, todos quedaron mudos. Detuvo el paso del caballo y se quitó el sombrero: unos mechones rizados de su abundante cabello rubio le cayeron sobre la frente; sus ojos eran de un azul intenso. Covita de Almar musitó al oído de Teresa:

–Es más guapo que Clark Gable.

El jinete extendió el brazo con el sombrero en la mano y dio un breve grito: «¡Hey!». El caballo arrancó con un piafido y saltó limpiamente la acequia formando una figura de ensueño: era el tío Álvaro.

¡Qué revoloteo!, ¡qué alegre bienvenida! Las chicas estaban tan nerviosas que no paraban de moverse alrededor del caballo, el cual, aún más nervioso, amenazaba con pisotear los restos de la merienda. A Floro le pareció un animal gigantesco y temible. El tío Álvaro llevaba pantalones de montar y botas de media caña. Por el escote de la camisa se veía que tenía canas en el pelo del pecho, pero ninguna en su cabeza dorada. No dejaba de sonreír mientras tranquilizaba al caballo dándole palmaditas en el cuello. Se acercó hacia su sobrino Álvaro y le tendió el brazo fuerte y velludo:

–Venga, ahijado –dijo–, vamos a saltar otra vez.

Alvarito dudó un momento, atemorizado por el enorme animal, pero finalmente aceptó el brazo de su tío, quien lo izó sobre el caballo como si fuera una pluma. Por supuesto, todos adoraban al tío Álvaro, pero con su sobrino le unía un vínculo especial, algo fuerte y extraño que parecía ir más allá del parentesco. Y ese sentimiento era mutuo. Le hizo un sitio sobre la silla y Alvarito se abrazó a él con fuerza apoyando el rostro en su espalda. Saltaron dos, tres, cinco o más veces sobre la acequia y se quedaron luego en el otro lado, dejando al caballo descansar. Pero Alvarito no se desprendía del abrazo. Se veía que no era por temor a caerse. Se abrazaba a su tío como quien se aferra a una esperanza imposible, a un sueño amable que puja por perderse entre las habituales pesadillas de la noche, y Alvarito se mantenía pegado a aquella espalda ancha y fuerte como si la energía,

el poder y la vitalidad que emanaban de ella se estuviesen traspasando a sus propias venas, como si ese cuerpo fuese el único lazo que le conectaba con la vida. Con los ojos semicerrados y la boca entreabierta, su afilada carita apretada contra la espalda de su tío expresaba un intenso sentimiento de dicha, una dicha que Floro Santerbás no volvería a verle nunca más después de aquel día. Pero entonces los otros comenzaron aquel horrible juego. El primero en saltar sobre la acequia fue Rodrigo de Almar; lo hizo una y otra vez, dando muestras de su prodigiosa agilidad, haciendo cabriolas y graciosas figuras en el aire. Luego le siguieron las chicas. Teresa Atienza y Covita de Almar llevaban pantalones y no tuvieron ninguna dificultad para dar el pequeño salto. La acequia apenas tendría metro y medio de ancho y el agua acariciaba el borde de la hierba, mullida y acogedora como un colchón. Adelina Valle llevaba un precioso vestido de organdí rosa y, cuando le llegó el turno, se recogió graciosamente el vuelo de la falda con una mano y saltó sin dificultad.

Sólo faltaba Floro por saltar. Seguía sentado sobre la misma colcha en la que se había quedado dormido y les miraba con un sentimiento de trágica fatalidad. Desde el principio lo había sabido, desde mucho antes que los otros hubieran comenzado a saltar ya se lo estaba temiendo. Sabía que le obligarían a saltar y que se caería al agua sin remisión. El miedo le había hecho olvidarse del dolor de cabeza, pero la amargura que antes sintiera en la boca se le trasladaba ahora al corazón. Eran momentos de una intensa pena, pero también de una fatal sabiduría, como si ya hubieran ocurrido en una vida anterior o en un sueño presciente que se cumplía de forma implacable porque ninguna voluntad, ni siquiera la suya, se podía oponer a lo que estaba escrito. Durante breves instantes, si los otros hablaban entre ellos de forma distraída, se aferraba a la loca esperanza de que se olvidarían de él, que quizás no pasaría nada. Pero el temor no desaparecía y no dejaba de pensar en el momento en que se volverían hacia donde estaba, aún medio abotargado por el sueño, y le obligarían a saltar. Ese momento lo inició el tío Álvaro:

–Venga, Floro, ahora tú –dijo desde lo alto del caballo.

¿Cómo no odiar a aquel hombre odioso? Los otros le corearon con insistencia, riéndose por anticipado. No obstante, pese a saber lo que le esperaba, pese a lo inexorable de un destino que sólo le depararía ridículo y humillación y cuya hiel le convendría apurar, de ser más sabio, tirándose de bruces a la acequia sin más preámbulos, Floro inició su habitual estrategia de disculpas, atenazado por el miedo.

–Es que me hacen daño los zapatos –dijo.

No sirvió de nada.

–Es que los zapatos son nuevos y la suela resbala mucho en la hierba.

Tampoco. Al conocimiento del ridículo inevitable que le esperaba, Floro añadía la humillación de ver doblegada su voluntad. Así es el miedo.

–Es que me duele la cabeza –susurró casi a punto de llorar.

Sólo sirvió para recibir más chanzas. El tío Álvaro apostilló con crueldad:

–¿No vas a ser capaz de hacer lo que hacen las mujeres?

Floro sentía a la vez el calor de la vergüenza en el rostro y el hielo del miedo en el corazón. Estaba literalmente desesperado.

–Se me cortará la digestión cuando me caiga al agua –gritó.

Ya estaba vencido. «Me moriré», pensó. Pero ya estaba dispuesto a morir. El miedo a la vergüenza y al deshonor comenzaba a ser más grande que el miedo a la muerte. Incluso se atrevía a pensar, por primera vez, que quizás lo conseguiría. Entonces Adelina Valle, compungida ante su desesperación o quizás no pudiendo soportar más aquella crueldad, se acercó hasta él y le tendió la mano:

–Es muy fácil, ya verás –susurró–, yo saltaré contigo. Ven.

Entre la expectación general, tomaron carrerilla cogidos de la mano y ocurrió lo que tenía que ocurrir. En el último momento, en el instante mismo de saltar, cuando Adelina Valle ya iba por el aire, Floro dudó y quiso parar: la arrastró literalmente al agua cuando ella ya tenía un pie en la otra orilla y él se le cayó encima produciendo un gran chapoteo. La caída fue tan desternillante que nadie les tendió una mano para ayudarles a salir, tan ocupados como estaban en partirse de risa. Desde el centro de la acequia, con el agua por encima de la cintura, el pelo chorreando y los brazos levantados al cielo, Floro clamaba:

–¿Veis?, ¡¿no os lo decía yo?!

Lo que más rabia le daba era que les había avisado y no le habían hecho caso. Pero entonces las risas arreciaban.

Adelina fue la primera en salir del agua. Se volvió hacia Floro sin ningún rencor y le ayudó a subir. El vestido mojado, pegado al cuerpo, le transparentaba la ropa interior y se le veían dos redondeles oscuros en la punta de los senos. Sus amigas corrieron enseguida por una de las colchas para taparla, pero el tío Álvaro fue más rápido. Con un par de movimientos bajó a Alvarito del caballo y le tendió la mano a Adelina.

–Vamos, sube, te vas a congelar de frío.

Ella ocupó el lugar de Alvarito, abrazada al tío Álvaro a horcajadas sobre la silla. Cuando el caballo emprendió el rápido galope, incluso el

atribulado Floro pudo darse cuenta de que Adelina Valle tenía unos muslos largos, redondos, blanquísimos, y usaba bragas de color rosa.

Floro había perdido un zapato. Lo buscaron, instados por sus amargos lamentos, primero escrutando el fondo de la acequia a través del agua transparente y después sondeando con palos aquel fondo arenoso, pero todo fue inútil. Floro tiritaba de frío y finalmente se puso a llorar, perdida ya toda compostura; tras haberse dejado quebrar la voluntad, esa desdicha le quebraba ahora la autoestima. Teresa le cubrió con una de las colchas y le dio unas cuantas instrucciones a Agustina:

–Baja con él a casa y prepárale un baño de agua caliente para ver si se le pasa la tiritona. Procura secarle y plancharle la ropa porque, desde luego, la de Alvarito no le sirve.

El camino hasta la casa fue una verdadera tortura. Se sentía aterido y todos los guijarros y piedrecillas se confabulaban para clavarse en su pie descalzo. Se sentía desamparado y desdichado sin ningún tipo de atenuante; eran tan grandes y prolongados sus lamentos que la pobre Agustina le dijo que de buena gana le llevaría al hombro si no estuviera tan gordo. Hasta para eso tenía Floro mala suerte; ¿qué culpa tenía él de ser tan gordo?

Los dos amigos descendían ahora hacia la casa caminando en silencio, con el pensamiento puesto en lugares probablemente muy distantes entre sí. Floro en el pasado, Álvaro en las noticias que acababa de recibir. Comenzaba a llover débilmente. Los recuerdos, ¿son cosas vivas o muertas?; ¿a qué tiempo pertenecen? Floro sentía la fuerte impresión de que lo ocurrido entonces, hacía ya veintinueve años, estaba ocurriendo todavía y perduraba de una manera confusa no sólo en aquellos campos y en aquellas paredes, sino también en él mismo, como si hubiera ocurrido cinco minutos antes. Tenía la impresión de que alguien le forzaba a hacer algo que no quería hacer, y era una impresión desagradable, llena de fatalidad, pues parecía negar la posibilidad de todo cambio en la vida de un hombre, como si la experiencia y la memoria misma no sirviesen para nada frente a las ciegas inclinaciones marcadas en el carácter desde los momentos más tempranos, azarosos e involuntarios de la infancia, como si alguien ajeno, y quizás malvado, le hubiera construido a uno con materiales indelebles, pero defectuosos, imposibles de rectificar. El fallido salto de la acequia se estaba mezclando perversamente con el propósito de Arbeyo, también indeseable, que le había llevado allí. El zapato de la memoria apretaba justo en el lugar que más le dolía, el punto más sensible de sus pies. Se volvió repentinamente hacia su amigo y le

dijo:

–Jamás voy a hacer nada en contra de mi voluntad.

Floro no era del todo consciente de lo enigmática que resultaba su declaración. Atienza le observó con curiosidad.

–Claro –respondió–, y además es imposible.

Floro recapacitó unos instantes sobre sus propias palabras y añadió:

–Quiero decir que cuando no me guste algo, un encargo, un favor o cosa semejante, no lo haré.

Estaban bajando el pequeño altozano, ya cerca del jardín, cuando arreció la lluvia. Aceleraron el paso y se resguardaron en la parte trasera de la casa, bajo la galería. Sin ningún preámbulo Atienza preguntó:

–¿Tienes alguna idea de cuánto dinero piensa pagar esa gente?

–No. Arbeyo sólo habló de ahorrarte o hacerte ganar hasta cien millones –miró a lo lejos y añadió–: No consigo recordar lo que pasó aquella tarde, después que regresé aquí, todo mojado. No recuerdo siquiera ni cómo llegué a mi casa sin un zapato.

Álvaro le miró con interés:

–A mí me contaste más de cincuenta veces que aquella tarde viste desnuda a Adelina Valle.

Floro se quedó estupefacto.

–¿Desnuda? No me acuerdo.

–Por lo menos describías muy bien sus tetas y el padre Inchausti te arreó una buena hostia en el confesionario.

Floro observaba la lluvia en silencio, muy concentrado. Parecía sorprendido y alarmado por sus propios recuerdos.

–Desnuda creo que no –dijo–. Pero recuerdo que ella estaba sin gafas.

–Entonces, ¿era todo mentira?

Hacían unas pausas tan largas que las gotas de lluvia parecían formar parte de la conversación. Cada vez golpeaban con más fuerza sobre el suelo y formaban charcos grandes y sonoros.

–No, todo no. En realidad no estoy seguro. Probablemente vi algo y me imaginé lo demás. No recordaba habértelo contado tantas veces.

Un viejo canalón de zinc, oculto bajo la yedra, expulsaba un considerable chorro sobre una reja de desagüe, casi al pie de la casa. Había contado tantas veces esa historia de Adelina Valle durante aquella época desdichada, y la había adornado con tantos detalles morbosos de su fantasía, que ni siquiera entonces estaba seguro de lo que había visto. Sus confesiones llegaron a ser refinadas torturas del escrúpulo, pues no sabía si se estaba inventando los pecados o, por el contrario, los escondía ante el confesor cometiendo un sacrilegio.

Fueron unos años confusos y terribles, llenos de padecimientos morales y humillaciones sin cuento, años adolescentes en los que comía, mentía y se masturbaba con desmesura, pero sin perder jamás la lacerante conciencia de su perversión, encontrando tras cada pequeño instante de gozo robado a la culpabilidad la penitencia de su propia desesperación; para colmo creía que estaba excomulgado a divinis por lo menos desde los trece años, por haberse atribuido u ocultado –no estaba seguro– pecados de la carne y haber comulgado después como si tal cosa.

El caño de agua hacía un ruido infernal sobre la reja, que se estaba inundando. Un nuevo charco confluía también hacia el mismo sumidero. Sin duda terminaría por desbordarse. No recordaba haber visto al tío Álvaro ni al caballo cuando llegaron a la casa. Agustina le condujo a un cuarto de baño del primer piso, que se llenaba de vaho a medida que el agua caliente fluía del grifo con un chorro débil e irregular. La bañera tenía cuatro patas de hierro con forma de pezuñas de león y era tan grande, que parecía que nunca terminaría de llenarse. Con el cuerpo envuelto en una enorme toalla blanca Floro miraba atentamente el grifo sin saber qué hacer. Le preocupaba haber perdido un zapato nuevo y pensó que a lo mejor tenían algún par desparejado en la tienda. Se consoló un poco con esa idea, porque Floro se consolaba con cualquier cosa, y se entretuvo inspeccionando el armario blanco que había adosado a una de las paredes. Encontró un juego de frascos azules y fue echando un poco de cada uno sobre el agua de la bañera, que se llenó de espuma como en las películas, esa espuma que siempre impide ver a las mujeres que se están bañando. Dentro del agua se sintió muy bien, casi como si no hubiera ocurrido nada. Por la ventana entraban algunos rayos de sol que parecían dibujados con un pincel amarillo sobre las nubes de vapor. Dejó que la bañera se llenara hasta los bordes y, cuando cerró el grifo, oyó el silencio lejano del campo: un pájaro, las ruedas de un carro del país. El agua estaba tibia y llena de caricias. Comenzó a jugar con las pompas de jabón y a continuación comenzó a jugar consigo mismo y con la imagen de Adelina Valle, el vestido mojado pegado al cuerpo, los muslos largos, redondos, blanquísimos, a horcajadas sobre el caballo. Después probablemente se quedó dormido dentro del agua, porque sintió frío y se envolvió en la toalla.

Atienza le hablaba sin mirarle, como si se estuviese hablando a sí mismo. Floro aún no estaba muy seguro de la exactitud de sus recuerdos y no comprendía muy bien lo que le estaba diciendo su amigo:

–Yo voy a terminar con todo eso. No voy a leer más libros ni voy a

aceptar más mentiras. Se acabó. Al otro lado del cristal hay gente que vive en directo. Ya estoy cansado de estar de este lado; no lo puedo soportar más –Álvaro hizo una pausa; miraba la lluvia pero no parecía verla–. Aunque sé que tampoco puedo estar en el otro –concluyó.

Floro observó atentamente el crecimiento del charco en torno al pequeño sumidero. Estaban de pie sobre la acera de lajas de pizarra que aislaba la casa del jardín, por lo que era improbable que el agua llegase hasta ellos, pero resultaba interesante observar cómo crecía el charco. La lluvia caía densa y persistente.

–Si me empeño en recordarlo –dijo Floro–, estoy seguro de llegar a saber exactamente lo que pasó.

–No, nunca podrás estar seguro. No sólo me has contado esas mentiras a mí, también te las has contado a ti mismo, como hacemos todos.

–¿Tú también te contaste mentiras? Nunca lo hubiera creído.

–No son mentiras en sentido estricto, sino algo peor. Son formas de ver deformadas. Convenientes para uno, pero deformadas.

–Sí, eso es verdad, pero ¿por qué no habría uno de mirar a favor de sí mismo?

–Porque te vuelves tonto.

El sumidero estaba ya anegado, pero el agua, en vez de subir hasta las lajas de pizarra, abrió un pequeño canal hacia los macizos de hortensias, en un lateral del jardín bastante alejado. A Floro le intrigaba si llegaría hasta allí o, por el contrario, rebasaría las lajas de pizarra. Se ve envuelto en la enorme toalla, deambulando por la primera planta de la casona. Agustina se ha llevado toda su ropa y no sabe dónde encontrarla. La casa está en completo silencio y, pese a ir descalzo, oye el ruido de sus propias pisadas sobre el suelo encerado. El pasillo por el que avanza está en penumbra; el silencio y la penumbra le dan miedo; sus pasos se vuelven más y más sigilosos. A su derecha hay una puerta. Tras ella se oye un ruido rítmico, como el de alguien que se balancea en una mecedora. Empuja la puerta con precaución y, poco a poco, mete la cabeza. La habitación está oscura, pero distingue una mesa de despacho, un buró, un sillón de cuero repujado. Es una habitación pequeña. El ruido de la mecedora procede de más allá. Entonces oye un lamento. No, no es un lamento: es una voz susurrante que tararea una canción con la boca cerrada, alguien que canta mal, con la nariz. Un haz de luz solar se filtra por el resquicio de una puerta entornada, al otro lado de la habitación. El suelo está cubierto por una espesa alfombra que amortigua sus pisadas. Se acerca a esa nueva puerta y la sujeta delicadamente con ambas manos para impedir que se abra más, se agacha y, conteniendo

la respiración, mira hacia el interior: Adelina Valle está sentada sobre el borde de una cama. Pero, ahora lo ve bien, no está desnuda, lleva puesto un albornoz blanco. Adelina se columpia sobre el colchón con pequeños movimientos de los hombros y el somier emite un ruido rítmico: ric rac, ric rac. Tiene el rostro levantado hacia el techo, como si lo estuviera exponiendo al sol, y es el rostro el que está desnudo, sin las gruesas gafas que suele llevar. Su cabeza mojada emite un vivo fulgor y su cara resplandece; le brillan los labios entreabiertos y húmedos, le brillan los ojos, le brillan las mejillas inundadas por el rubor. No tararea ninguna canción, sólo respira con profundidad y, cada vez que lo hace, las aletillas de su nariz se dilatan hasta volverse casi transparentes. Floro jamás había visto un rostro así, un rostro tan lleno de sentimientos inexplicables, un rostro tan desnudo. Pero entonces, a sus espaldas, se oye la voz de Agustina, gritando: «¡Florín, Florín!, ¿dónde te metiste?, ¡ya tienes la ropa planchada!». Adelina mira hacia la puerta; él se incorpora para escapar; la toalla que le envuelve se desliza de sus hombros y cae; él retrocede dos pasos caminando hacia atrás; está desnudo; recoge la toalla, huye.

Floro miró por primera vez hacia su amigo, pero apenas pudo verle el rostro medio tapado por el sombrero.

–Quizás sea mejor ser tonto –le dijo.

–Ser tonto es más difícil de lo que piensas, porque no depende de uno. Sólo lo logran muy pocos, en general los que son tontos de verdad. Por mi parte tengo pocas esperanzas, aunque nunca se sabe.

¿Le había visto desnudo Adelina Valle a él? ¿Era eso todo? No podía saberlo. A veces se recuerdan cosas que sólo se soñaron. No se sentía seguro. En realidad tampoco era tan importante.

–Yo creo que seré tonto durante toda mi vida –dijo.

–¡Qué más quisieras tú! Las mentiras vuelven siempre sobre sí mismas. Quizás no logres averiguar lo que escondiste tras ellas, pero terminarás por saber que hay allí algo escondido y deformado. No podrás evitarlo, nadie puede. La cuestión es si puedes soportarlo, si vale la pena soportarlo.

El agua del sumidero llegó por fin hasta el macizo de hortensias y desapareció tras él como si estuviese cayendo por un acantilado. Floro comentó:

–Espero que no se arme un barrizal en el camino de entrada. Vine con el coche de mi madre y se lo tengo que devolver como una patena.

Estuvieron durante mucho rato en silencio, mirando la lluvia y escuchando el estrépito del agua con las manos en los bolsillos. Al cabo, Atienza dijo:

–Así que nunca viste desnuda a Adelina Valle. Pues yo sí veré desnuda a Verónica Galindo.

–¿Quién es Verónica Galindo?

–Ya te lo diré. Te lo contaré algún día. Y no será mentira.

Seis

Álvaro pensaba en el dinero. Mucho dinero. Recostado sobre la cama turca, accionaba distraídamente el mando a distancia del proyector de diapositivas. Estaba medio hundido entre los mullidos cojines, en el mismo lugar y posición donde había pasado miles de horas a lo largo de su vida, leyendo, soñando, sufriendo, maldiciendo al destino, tratando de aprovechar los pocos rayos de sol que se filtraban por la profunda ventana y absorber de ellos vitaminas y esperanza. Tras cada clic clac del proyector se oía el golpeteo de la lluvia sobre el alféizar de piedra. Álvaro apenas reparaba en las imágenes que aparecían sobre la pantalla, desvaídas por el exceso de luz que había en el interior de la habitación. Su atención estaba dispersa: ora se fugaba tras el chapoteo de la lluvia, ora retornaba a los recovecos de su imaginación, donde se estaba trenzando un nuevo universo de deseos, ambiciones y proyectos en torno a aquella palabra hasta ese momento insignificante: dinero. Aún no había transcurrido media hora desde que Floro se había marchado y, como si hubiese tenido una revelación prodigiosa, el dinero se le aparecía vestido con los ropajes del poder, del dominio, de la seducción. Las acostumbradas trivialidades de la televisión, los lugares comunes del refranero y las verdades de Perogrullo causaban un filosófico asombro en la fría mente del profesor, donde todas las tautologías emergían como pensamientos sublimes y salvadores y daban pábulo no tanto a los argumentos de la razón cuanto a la retórica de la imaginación y del deseo. Y ya se sabe que en la retórica del deseo los buques siempre navegan con el viento a favor. Álvaro Atienza se convencía de que valdría la pena hacer algunas cosas antes de terminar de una vez con todo. Con dinero. Porque el dinero podía ser derramado a borbotones sobre la voluntad de los demás para inclinarla en la dirección deseada. Persuadiéndose a sí mismo de que estaba averiguando una verdad, Álvaro daba gratificantes vueltas en torno a la simple capacidad de sobornar: el dinero podía verterse como miel o como vino, como leche (con fresas), como el agua cristalina de un manantial sobre la boca ansiosa del sediento. Porque el dinero se adapta siempre a cualquier forma de la sed. ¿No era acaso prodigioso? El dinero tenía el poder de transformarse en todo lo que una voluntad carente podría desear. Sin tener él mismo ninguna consistencia, estaba investido de la más sublime cualidad: el sublime poder de convertirse en cualquier cosa:

coches, casas, viajes, tiempo libre, seducción. El dinero era el objeto del deseo ideal justo porque no era ningún objeto. Sólo era cantidad. Y, para quien poseyera la cantidad suficiente, sólo era cuestión de no aferrarse a él, sino esperar a que el deseo de los demás se abriese a la luz mostrando sus oscuras miserias, para estar allí y entonces colmarlos sin piedad, abastecerlos sin ninguna compasión con ese poder transformador hasta hacerlos tributarios de su fuente. Si el dinero no siendo en sí mismo nada podía serlo todo, ¿por qué no habría de ser también una mirada de amor? Aun sintiéndose muy débil tras la enfermedad, las confidencias de Floro insuflaban insospechados bríos en un hombre que se creía desahuciado. El dinero estaba mostrando sus poderes incluso mucho antes de llegar a él. No sería ésa la menor de sus magias.

Álvaro Atienza jamás había imaginado, hasta ese día, no ya lo que la fábrica y la finca pudieran valer, sino la mera posibilidad de venderlo todo. Esa posibilidad, ahora lo veía, implicaba muchas cosas más: deshacerse de la carga de su nombre, de la memoria de su infancia, de los lugares del dolor y de la enfermedad, de todo aquel paisaje que era él mismo y que se transformaría en sueño, quizás en olvido. Sería otro; parcialmente otro; se podría concentrar en su joroba, quizás podría reconstruirla, modelarla y habitarla como un castillo nuevo, aunque siguiese siendo un castillo monstruoso. Sería un monstruo nuevo, liberado de toda herencia y de toda determinación anterior; un monstruo salvajemente libre y temerario, alegremente malvado, un monstruo rico que no inspirase sólo miradas de temor ni de piedad, sino también miradas monstruosas de avidez, incluso de deseo, incluso de… Se sentía súbitamente contento dejándose llevar por los desesperados meandros de la imaginación. En la pantalla del proyector la imagen de Verónica Galindo, o una parte caprichosa de su cuerpo, ocupaba durante algunos instantes la forma material de aquel nuevo poder. Lo vendería todo, se haría con mucho dinero. Y cualquier cantidad sería mucha en sus manos, porque cualquier cantidad es demasiada cuando no importa el tiempo, cuando el tiempo carece de valor. Podría derramarlo de un solo golpe sobre la ambición secreta de los demás. Sólo necesitaría lo indispensable para deslumbrar. Podría mirar aquel rostro y aquel cuerpo de otra manera, desde otro lugar, sin que le estuviese revelando incesantemente el dolor de comprender y amar un mundo, como el cielo para los condenados, al que jamás le permitirían acceder. Quizás podría llegar a ver en aquellos ojos el deseo y el anhelo de algo que sólo él podría proporcionar. Eso sería el dinero.

Casi no se daba cuenta de que la mayoría de las imágenes de

Verónica Galindo salidas de su proyector eran obscenas. Muchas de ellas ni siquiera retrataban ya a un ser humano completo, sino fragmentos de formas en los que difícilmente se adivinaba un muslo, una rodilla, un pómulo, el triángulo del pubis, el arco de una ceja. En el proceso de selección y recomposición de las imágenes el cuerpo de la joven había ido desapareciendo bajo la textura de su propia piel, como si la mirada hubiera querido penetrar más allá, como un microscopio o un bisturí en la urdimbre de la carne. Más que mirarla, Atienza quería tocarla con los ojos.

Desde que había revelado el carrete que contenía la secuencia del viento, Álvaro Atienza apenas había salido de su habitación, obsesionado por la contemplación y la manipulación de las imágenes de la muchacha. Poco a poco, en un misterioso proceso de abstracción, fue seleccionando fotos y ampliando fragmentos, que luego montaba en una sucesión de oscuro sentido. Desechaba aquellas imágenes de la secuencia en las que, con gesto gracioso, la muchacha trataba de sobreponerse al viento, se cubría con la carpeta, levantaba la cabeza para que el propio viento le apartase el pelo del rostro. Quedaban algunas expresiones aisladas de esos gestos: los ojos semicerrados (no se sabía entonces si de dolor o contrariedad o quizás de placer), los labios apretados, las delicadas aletillas de la nariz dilatadas. Cuando las imágenes la mostraban de cuerpo entero sugerían una actitud ambigua: los brazos abiertos por la fuerza del viento sobre la carpeta y la gabardina insinuaban una oferta, la falda levantada, un voluntario impudor. Sorprendentemente Verónica Galindo no llevaba pantys, sino unas medias negras que terminaban a la mitad del muslo en un elástico de encaje. «Tiene piernas de puta», había pensado él ofuscadamente. Se sentía desconcertado por la insospechada carnalidad que escondían aquellos ojos de miel. Los muslos mostraban una mórbida blancura y el foco de la cámara se había demorado en ellos. Buscando a través de la minuciosa braguita, la lente de aumento había revelado una densa mata de vello púbico. Contra toda sospecha Álvaro Atienza descubrió que la inocencia y el candor tenían vello púbico y ese descubrimiento modificaba la forma de su ansiedad. Las imágenes, seleccionadas y fragmentadas, aumentaban de tamaño cada pequeño detalle de aquella zona del cuerpo, la mostraban en distintas posiciones y se mezclaban luego con otras, un pómulo, un ojo, hasta que la joven desaparecía tapada por los fragmentos caprichosos de su propio cuerpo. A medida que Álvaro Atienza contemplaba y manipulaba aquellas imágenes durante horas y días, éstas se volvían más borrosas y más opacas, más abstractas e impenetrables, como si él ya no tuviese dominio sobre ellas. No eran sus ojos los que entonces

conducían la operación de mirar, ni su mente la que procuraba la búsqueda consciente de algún sentido: ojos y mente habían sido raptados por las imágenes y ya sólo podían seguirlas como súbditos de un caudillo mayor, una voluntad superior que emanaba de aquella luz. Mirarla ya no era un modo de saber más, porque su mirada se iba convirtiendo en enemiga del saber y el saber en una modalidad del mirar: un mirar extático, fascinado, autosuficiente, un mirar tan fuerte e intenso que provocaba olvido. Las fotografías anteriores en las que había imperado la inocente mirada de la muchacha, profunda y conmovedora, le revelaban ahora una nueva expresión de malicia y perversidad antes inadvertida en los ojos de miel, como si esos ojos estuviesen ahora velados por unas braguitas transparentes.

Desde aquella tarde Atienza dejó de seguir a la muchacha y durante semanas apenas salió de su habitación. Algunas tardes, pero no todas las que le correspondía, bajaba a dar sus clases a la universidad y regresaba otra vez a casa para pagar su vergonzante tributo al proyector de diapositivas. Se sentía febril, pero no enfermo. En sus clases dejó de atenerse al programa y a la rígida sucesión de las lecciones. Un día iniciaba un tema que olvidaba al día siguiente para comenzar con otro en el que ponía una nueva pasión, pero esos saltos atrabiliarios desconcertaban a sus alumnos, muy pendientes de la materia de que se tendrían que examinar. Atienza dedicó varias clases a hablar de la naturaleza del mal, al que trató como un problema estético, causando un cierto estupor. Afirmó que el mal era una desviación de la mirada, del punto de vista, y no de la conducta, algo que estaba más ligado al reconocimiento que a la acción; de manera enigmática se refirió al destierro y a la invisibilidad, cuyos conceptos ningún estudiante pudo distinguir del mal propiamente dicho. Comenzaron a circular algunos rumores sobre su estado mental, pero esos rumores no se referían tanto a lo que decía en sus clases cuanto a la forma de decirlo: en contra de su acreditada fama como profesor cáustico y mordaz, había abandonado ahora su sarcasmo. En las clases se mostraba emocionalmente convincente, como quien está descubriendo por primera vez el verdadero significado de sus propias palabras, y, a veces, sin que cupiera esperarlo, se entusiasmaba. Parecía débil y vulnerable. En el departamento alguien corrió la voz de que perseguía a una alumna, lo cual, precisamente entonces, no era cierto: se perseguía obsesivamente a sí mismo en las imágenes descompuestas de una mujer. Y esas imágenes le revelaban hasta qué punto su vida carecía de consuelo. Pero, como si la miseria y la pesadumbre tuvieran su propio y misterioso solaz, eran los sentimientos que le impulsaban a aquella contemplación y le impedían

dejar de hurgar en la herida que se había abierto en su conciencia. Aquellos ojos le habían revelado un día la existencia de una clase de miradas que hasta entonces él había ignorado. Le habían revelado después que él jamás sería el receptor de una de esas miradas. Ahora comenzaba a entender que no eran sólo miradas lo que había perdido e ignorado a lo largo de toda su vida, sino algo mucho más profundo, algo en lo que seguramente debía de consistir la vida misma, el misterioso impulso por el cual la gente acepta el sufrimiento y el dolor, se inclina hacia la comida y hacia los demás, soporta la humillación y la calamidad sin recurrir a ese fácil expediente, que él pensaba siempre disponible, de terminar con todo de una vez precipitándose desde un tejado. No era la belleza de aquellos ojos, no era la serenidad ni la inocencia que desprendían, sino algo más profundo, algo más denso y corporal. Era consciente de que se trataba de una esperanza demente, delirante, sin ninguna verosimilitud ni fundamento, pero, al cabo, le resultaba irrenunciable. Esa esperanza, y el deseo que encendía, no se la despertaban ya el rostro de Verónica Galindo o el ánimo que de él se desprendía, sino la suave y densa textura de su piel, una piel que parecía convertir la mirada en tacto y los ojos en manos, una piel que ya no satisfacía la mera contemplación, sino que parecía reclamar la acción: el contacto, la caricia, la posesión. Aquellas superficies corporales de Verónica Galindo le resultaban enigmáticas y profundas, como las aguas de un lago oscuro. Atienza se imaginaba hundiendo sus manos en aquellas aguas y entonces adquiría conciencia de su propia piel y experimentaba su propio cuerpo de una forma nueva, candente de energía y de voluptuosidad. Tocar se convertía así en una misteriosa reflexión: ser tocado, percibido, sentido por otro sin reservas ni diferenciación, como si él fuese también bello y joven, como si ya no hubiera más distancias que recorrer. A veces casi no lo podía soportar: «Es el cuerpo quien piensa –se decía–, tocar es hablar sin la posibilidad de mentir, la única y verdadera conversación». La piel de Verónica Galindo era compacta y suave como el marfil, pero también cálida y acogedora como una cuna, un lugar donde perderse y olvidar, soñar, tal vez dormir. Dormir para siempre.

Luego volvió a sentir la necesidad de verla otra vez. Quizás fue su instinto de supervivencia, que le quiso sacar del desvarío del silencio y de la soledad en que había estado sumido y del que sólo había salido esporádicamente para perorar en sus clases sobre el destierro y la invisibilidad.

Una tarde bajó con la moto hasta el bar Virgen del Acebo. Todo seguía igual: la prodigiosa suciedad del suelo, el perro bajo una mesa,

la atareada dueña predicando la santidad del microondas, su marido mascando un palillo frente al televisor, los mismos comistrajos sobre la barra. Álvaro cerró los ojos ante unas incipientes náuseas y pidió un café. Luego se puso a vigilar la puerta de la Escuela de Artes desde aquella acostumbrada atalaya. No pensaba seguir a la muchacha, sino sólo comprobar que tenía existencia real, que seguía caminando, viviendo, yendo de un lugar a otro con impulso propio y no, como se temía algo obtusamente, dirigida por el mando a distancia de su proyector de diapositivas. Por la puerta de la escuela comenzaron a salir estudiantes a quienes reconocía vagamente de ocasiones anteriores como sus compañeros de curso. Pero ella no salió. Reconoció al joven pálido de larga melena que solía acompañarla hasta el autobús y también a la chica alta, su vecina, que parecía una sota de la baraja, con su melena de paje y con la pegatina de la lengua de Mick Jagger sobre la solapa de la mochila. Pero ella no estaba. Volvió al día siguiente a mediodía y ocurrió lo mismo. Por la tarde merodeó un buen rato en torno a la casa de la chica. No la vio. Por fin, llamó por teléfono y una voz seca de hombre respondió: «Está trabajando». Álvaro no supo explicarse el significado de aquellas palabras: ¿estaba dibujando y no podía ponerse al teléfono, preparaba un examen, tenía algún empleo? No se atrevió a preguntar. Temía romper el inestable equilibrio en que las cosas y los acontecimientos se ordenaban por sí mismos de forma misteriosa, como si cualquier intervención suya pudiera provocar una catástrofe, un malentendido, algo definitivamente doloroso y fatal. Necesitaba pensar, meditar mucho cada uno de sus pasos, necesitaba saber. Pero ¿qué había ocurrido? Sentado durante semanas frente a su proyector jamás había pasado por su mente la idea de que en el exterior la realidad se movía como un animal autónomo e impredecible y que ese movimiento era por completo ajeno a su control y a su voluntad. El temor casi mágico a forzar la búsqueda, interviniendo de forma directa en la vida de la muchacha, ya fuera con preguntas o con otros métodos que pudieran ponerla sobre aviso, le retuvo. Ella se alarmaría por su interés inexplicable, sentiría miedo, quizás pediría ayuda. Álvaro sintió primero un sordo resentimiento contra ella y luego, al comprender la inconsistencia y la injusticia de su vindicación, se entregó por entero a una culpable melancolía, en la que terminó por naufragar la poca lógica que presidía sus actos. Comenzó a buscarla al azar por toda la ciudad.

No se decía a sí mismo que la estaba buscando; no vigilaba su casa ni se apostaba en el bar Virgen del Acebo. Hacía algo peor: en cualquier lugar donde se hallase, fuera en los pasillos de su facultad, o

incluso en la desolada biblioteca del departamento a última hora de la tarde, esperaba que, de un momento a otro, ella apareciera como por arte de magia. Daba largos paseos a pie por las calles del centro y tomaba caminos oblicuos, muchas veces tortuosos e infrecuentes, y rompió con todas sus rutinas, retando al azar hacia un encuentro que sentía como inevitable, como si el azar se lo estuviese debiendo. Pasaba el día entero y gran parte de la noche fuera de casa. Sin proponérselo, casi sin ser consciente de lo que estaba haciendo, escudriñaba los rostros de todas las muchachas que caían bajo su vista, torturado por el olvido del rostro que tanto había contemplado. Porque, nada más abandonar las imágenes del proyector para bajar a la ciudad, el rostro de Verónica Galindo se le escapaba de la memoria y temía no reconocerlo cuando lo volviera a encontrar. Memorizaba alguno de sus rasgos, las aletillas de la nariz, los pómulos altos, pero no conseguía unirlos en un todo armónico y reconocible, por lo que necesitaba investigarlos con detalle en cada rostro de mujer. Esa forma de mirar causaba inquietud y miedo en las chicas que se cruzaban con él, pero Álvaro Atienza no reparaba ya en esos súbitos rechazos; estaba por completo ajeno a su propia figura y al efecto que su ansiedad y su desaliño pudieran causar, como si fuera invisible, como si estuviese desterrado en un mundo extraño y hostil donde sólo existía una mirada que le pudiese reconocer y recuperar y restaurar en sí mismo. Deambulaba por las calles incansablemente, con una congelada expresión de dolor que le torcía la boca y mantenía su rostro en suspenso, a punto de sonreír o de hablar sin lograrlo, retenido por la angustia, en un estado de flotación y sobresalto, siempre con miedo a que aquella muchacha que se estaba yendo fuese ella, preso de un indefinido temor a perder la ocasión de encontrarla, sin saber siquiera por qué la buscaba. Pero ni esa angustia ni ese miedo afloraban a sus ojos, donde seguía habitando aquel intenso frío, que ocultaba todas las emociones: el ánimo sólo le traicionaba en la mueca de la boca, en la dificultad de la respiración. Al anochecer, con el casco de motorista encajado en la cabeza como si fuese a atracar una gasolinera, caminaba bajo la lluvia sin dirección. Tras la ventana apaisada del casco y oyendo sólo el rumor de sus propios pensamientos, percibía las calles como si estuviese en un cine, protegido por la oscuridad; entonces se sentía invisible y aislado, anónimo y seguro; las aceras sobre las que caminaba estaban construidas con la leve materia de los sueños.

Muchos le reconocieron, pero no le saludaron, hasta tal punto estaba inundado de destierro, y él, como por casualidad, entraba en bares donde en otras ocasiones había visto a Verónica Galindo, pero

no se confesaba a sí mismo que la estaba buscando. No era eso. Confiaba en una especie de justicia divina por la cual el azar le reservaba el derecho de encontrarla, un derecho que le pertenecía porque lo había ganado con la desmesura de su deseo, con el sufrimiento, con el estigma de su fealdad. ¿Qué mínima justicia del destino dejaría de equilibrar su nefasta balanza con un encuentro casual? Esa ofuscada y absurda lógica compensatoria le parecía de una aplastante racionalidad, como si la desdicha hubiera de ser recompensada en función de un cósmico equilibrio del dolor, como si la extrema necesidad hubiera de ser alguna vez satisfecha por una inexorable y mágica ley del destino, sin reparar en que eran precisamente el extremo sufrimiento y la extrema necesidad los causantes de su obnubilación. De tener a la muchacha ante los ojos, lo más probable sería que no la reconociese. Pero todas las jóvenes que se cruzaban en su camino le parecía que eran ella.

Todo se le volvió intenso e insoportable, incluidas las dificultades respiratorias y los dolores de la espalda. Encontrar a la muchacha al azar se había convertido en un propósito vital, ineludible, del que dependía por completo su vida, un propósito oscuro y tenaz, tanto más perverso cuanto que él no podía hacer nada consciente por lograrlo: era el azar quien se lo debía. Estaba esclavizado por una frenética actividad: se movía incesantemente pero, al cabo, ningún movimiento resultaba ser un avance ni concluía en ninguna meta, sino en un mero incremento de la agitación; estaba exhausto cuando deambulaba por las calles y exhausto cuando regresaba a casa y permanecía raptado por los fantasmas que emergían de la luz del proyector. Pero, como un bailarín embriagado por sus propios pies, ya no podía dejar de agitarse, aun cuando los movimientos eran descompasados y dolorosos, intransitivos e inútiles. El impulso inicial le arrastraba bajo la ilusión de que estaba haciendo algo por sí mismo y que, en algún momento, aquella música atroz habría de terminar.

No se puede decir que Álvaro Atienza hubiera proyectado conscientemente acabar con su vida. Era algo peor: la muerte rondaba su cabeza como el aura de los santos, sin constituir siquiera una idea, simplemente estaba allí, angélica y sublime, esperando el momento de la resignación, el instante de frío, carencia y abandono en que por fin no fuese ya una amenaza, sino una simple consecuencia liberadora, un descanso cuando el único deseo fuese descansar. Quizás le mantenía aún un breve hálito de odio, la percepción fundamental de una injusticia y de una estafa de las que aún se sentía víctima y, para vengarse y resarcirse, le estaba echando un último reto al azar. Desde que era un adolescente se había estado amenazando a sí mismo como

poseedor de ese sumo poder: quitarse la vida. Y esa amenaza le había proporcionado fuerza, resistencia y una enorme incomprensión para las flaquezas ajenas. Ya he dicho antes que Álvaro Atienza no era un hombre de buen corazón, que tenía fama de cruel, que era antipático y capaz de comer un bocadillo de hígado encebollado frío sólo para templar el ánimo con el autodesprecio. Pero ahora ya ni siquiera se planteaba la cuestión de morir y por eso era peor. El verle aparecer una noche por el café Mercurio, silencioso, con el cabello mojado, los ojos brillantes, la mueca de una sonrisa suspendida de la boca, en estado febril, produjo en todos la impresión de que estaba inundado de muerte, de inminencias fatales, como un bosque atacado por la lluvia ácida que de forma irreversible va desfoliando el alma hasta dejarla enteramente expuesta a la calamidad. Así fue.

Álvaro Atienza había sido víctima de neumonías desde la infancia. Las patologías respiratorias tenían carácter crónico en él, y quienes le conocíamos bien sabíamos que sus bufandas y sus pañuelos al cuello no eran simples rasgos de coquetería para disimular la deformidad de su espalda; por eso le regañábamos cariñosamente cuando fumaba en exceso, a veces entre toses que quebraban su voz de metal. Por supuesto, no se dignaba contestar y te dirigía una lacónica mirada que helaba los buenos consejos antes de que terminaran de ser enunciados, avergonzados de su propia futilidad. Su menosprecio por la salud y su temeraria forma de andar en moto eran rasgos característicos de su comportamiento. Por así decir, parecía que fumaba adrede, sólo para dañarse. Pero, más tarde, algunos de nosotros llegamos a saber que jamás fumaba cuando estaba solo. No sé cómo interpretar este hecho.

Cuando aquella noche entró en el billar del Mercurio, donde llevaba muchos días sin aparecer, se detuvo un instante en la puerta y algunos creímos que se iba a caer. Pero se mantuvo firme. Miró a los presentes sin saludar a nadie y, súbitamente, como si hubiera encontrado lo que estaba buscando, atravesó el recinto y se sentó al fondo, en el diván, al lado de Mari la Gorda. Lo único que dijo fue:

–Por favor, dame un cigarrillo.

Su entrada provocó un tenso silencio. Excepto los cuatro que deambulaban en torno a la mesa con los tacos en la mano, los demás parecían eludir el dominio de los focos y refugiarse en la penumbra del diván. Desde allí, los ojos emergían alumbrados por las brasas de los cigarrillos y por la luz de su propia expectación.

Mari le acomodó a su lado como si le estuviese arropando. Sin decirle ni una palabra le pasó el canuto que estaba fumando y él lo recogió con mano temblorosa. Aspiró con ansiedad, sin mirar hacia nadie, y expulsó el humo con vacilante lentitud, pero no se lo

devolvió. Floro, que estaba jugando al billar, se acercó hasta él y en voz muy baja le preguntó:

–Alvarito, ¿te encuentras bien?

Álvaro levantó la cabeza. Estaba muy pálido.

–Perfectamente.

Volvió a fumar. Floro no se atrevió a insistir. Los otros siguieron jugando. El cuerpo de Álvaro Atienza se fue ablandando y, poco a poco, mientras fumaba, quedó recostado sobre Mari la Gorda, de quien recibía un reconfortante y mullido calor. En cierto momento apoyó la cabeza en su hombro carnoso y se mantuvo así, con los ojos abiertos, mirando hacia el techo, concentrado en su propia respiración. Sentada en el mismo diván, a su lado, había una muchacha que le miraba con insistencia, como queriendo iniciar una conversación. Acercó el rostro hacia él y le dijo sonriendo:

–Yo te he visto una vez.

Álvaro Atienza la miró durante un solo instante levantando levemente la cabeza. La muchacha tenía los labios pintados con un carmín rojo muy intenso, pero estoy seguro de que él no reparó en ello.

–¿De veras?

Cerró los ojos y se reclinó de nuevo sobre el hombro de Mari la Gorda en busca de calor, desentendiéndose de ella sin ostentación.

Esa muchacha era Verónica Galindo, pero ninguno de los dos lo supo entonces. Álvaro porque no la reconoció; ella porque aún ignoraba que Verónica Galindo, más que una persona, era el fulgor de una imagen, la imposibilidad de un deseo, la obsesión de otro. Ella creía que se encontraba allí por casualidad y Atienza, de haberla reconocido, hubiera pensado que el azar, ese disfraz civil con que vestía al destino, le estaba pagando la deuda contraída con su sufrimiento. Pero los dos se equivocaban, porque no había ningún azar en aquel encuentro, sino el cálculo y la voluntad de quienes habían logrado reunir bajo un solo concepto la imagen obsesiva a la que Álvaro Atienza denominaba Verónica Galindo y la muchacha que llevaba ese mismo nombre. De los presentes aquella noche en el Mercurio, algunos sabían de la existencia de la imagen, otros, por separado, conocían la existencia de la muchacha. Pero unos pocos, como llegaríamos a saber después, habían sido capaces de establecer la correspondencia entre ambos.

En la partida de billar jugaban Borja Molina y Floro Santerbás contra Manolo Arbeyo y Rodrigo de Almar. Floro continuó comentando las jugadas durante un rato más, pero ya sin ingenio y sin respuestas. Álvaro parecía dormir, pero respiraba con dificultad. Mari

le tocó la frente con la mano y le dijo:

–Tienes mucha fiebre.

–Sí, no importa, ya se me pasará.

Luego empezó a temblar. Cuando Mari la Gorda y Floro Santerbás le sacaron de allí, Atienza, aunque de forma desmañada, aún caminaba por su propio pie. Llamaron a su hermana Teresa y esa misma noche quedó internado en el Hospital General.

La mente humana, sobre todo la de algunos individuos, es un pozo oscuro y profundo del que nunca cabe extraer aguas definitivas. Si tiramos en ella un cubo de preguntas, unas veces sacamos agua de mar, otras veces vino, otras mercurio. Nunca se sabe. Por extraño que parezca, dadas las circunstancias de su mal, Álvaro Atienza pasó la mayor parte de sus fiebres entre delirios de grandeza. El jorobado parecía un atleta, el desterrado un rey, el invisible una luminaria. Sin duda, perdía la razón cada vez que el termómetro pasaba de los cuarenta grados, pero ¿por qué esa pérdida hollaba tan extremados territorios?; ¿por qué del fondo del delirio surgía tan recia voz de mando? Algunos de nosotros, desde la cabecera de su cama, tuvimos la ocasión de hacernos esas preguntas. Detrás de hombres muy delgados y de baja estatura, feos, pobres, incluso patéticamente huérfanos, habitan a veces orgullosos titanes. Cuando Atienza dialogaba con los fantasmas de su desvarío, a quienes invariablemente impartía órdenes, sus ojos eran desafiantes. Infundía respeto. Aún sin reponerse de la fiebre, decidió dejar el hospital y nadie pudo oponerse, por lo que la mayor parte de su enfermedad transcurrió en aquella enorme habitación donde tantas veces había recibido atenciones médicas y donde, desde la infancia, había aprendido a convivir con la desdicha y con el dolor, asumiendo que desdicha y dolor eran las expectativas habituales del vivir. Había sido un niño flacucho, con dos rodillas desmesuradas incrustadas en los penosos palitos de las piernas y la fiebre le retornaba a aquella visión de la que en cierta medida nunca había salido, y al estado de conciencia entre el sueño y el delirio: resistir, fortalecerse contra sí mismo, aguantar sin saber por qué ni con qué futuros beneficios, sobrevivir a costa de todo, sostenerse, padecer, soportar, sin ninguna otra salida que el puro ejercicio intransitivo de una voluntad que sólo aspiraba a mantenerse a sí misma. La habitación estaba permanentemente sahumada con vapores de eucalipto y menta para facilitarle la respiración, pero la respiración no siempre alcanzaba el grado de oxígeno suficiente para mantener el pensamiento sujeto a la conciencia lógica. Así pasó varias semanas.

Después de hablar con Floro Santerbás, Atienza pensó que, puesto que no se había muerto, todo era distinto. Por primera vez en su vida, se le ofrecía una oportunidad distinta a la de sostenerse simplemente de pie. Su imaginación, como el agua de un río torrentoso, se deslizaba sobre cantos pulidos con el áspero rozamiento de millones de pesetas; por lo tanto, se sentía espumoso y ágil, casi arrollador, pues no encontraba a su paso obstáculos que su imaginación millonaria no pudiera desbaratar. En cuanto estaba de pie unas cuantas horas quedaba agotado, pero el cuerpo raquítico y jorobado, diezmado por la fiebre, producía desde su consunción una potentísima parafernalia de poder imaginario, donde los ojos y los muslos de Verónica Galindo quedaban por completo a su merced.

A principios de junio, pese a llevar ya muchas semanas sin dar clase, recibió una llamada de la secretaria del departamento: le habían fijado las fechas de los exámenes. El día indicado se presentó en el aula y dictó la siguiente pregunta: «Fundamentación ética y jurídica, si la hubiere, del derecho del individuo a ser reconocido y amado. Determinación argumentada de los sujetos pasivos de esos derechos». Los estudiantes copiaron el texto de la pregunta con docilidad y Atienza añadió:

–Pueden ustedes consultar toda la bibliografía de que dispongan, pueden salir a la biblioteca y pueden copiarse unos a otros si lo desean. Dentro de dos horas recogeré sus ejercicios de encima de esta mesa. Buenas tardes.

Sabía que a esa hora no habría nadie en el Mercurio y se acercó hasta allí para jugar un rato al billar él solo. Notó con satisfacción que aún conservaba el temple.

Los estudiantes habían escrito prolíficamente, pero él no leyó ni uno solo de los exámenes. Eligió al azar tres nombres de la lista, calificó con un aprobado a dos de ellos y al tercero le puso un sobresaliente; a todos los demás los suspendió. Por supuesto, cuando se hicieron públicas las notas, hubo protestas. El director del departamento le telefoneó instándole a reconsiderar sus calificaciones, en especial la de algunos alumnos que sólo tenían pendiente su asignatura para terminar la carrera, pero no le hizo una sola mención acerca del disparatado tema del examen. Álvaro se mostró generoso y circunspecto:

–Si usted me lo pide –le dijo–, los aprobaré a todos sin excepción y no se hable más. Pero no aprobaré a ninguno en particular; no quiero ser injusto.

Las cosas se quedaron como estaban. Álvaro Atienza se sentía embriagado de gozo y de poder tras aquel acto odioso y arbitrario,

algo que jamás había hecho en todos sus años como profesor. Sin embargo, ahora, le hacía sentirse extrañamente libre, como si hubiera roto las últimas amarras que sujetaban su soberana voluntad. Su arbitrariedad le parecía de una perversa coherencia con el contenido de la pregunta planteada en el examen, una especie de respuesta implícita, en la que se declaraba a sí mismo como el ciego repartidor del amor y del reconocimiento. Casi por las mismas razones, que no eran razones del entendimiento, sino del ánimo, se convencía a sí mismo de que Verónica Galindo terminaría irremediablemente en sus brazos. Estaba urdiendo un plan mediante el cual, a través de un juego de espejos y cristales, ella terminaría amándole. Se trataba de un plan complejo, maquiavélico, sutil, en el cual entraban como instrumentos un piso céntrico con vídeos y micrófonos ocultos, ciertos sobornos y las voluntades de unas cuantas personas, las únicas que, por ahora, le constaba que conocían a Verónica Galindo: Rodrigo de Almar, la vecina que se parecía a una sota de la baraja, el estudiante que necesitaba gafas. Pero se emplazaba para más adelante, una vez recuperadas todas sus fuerzas; no podía cometer el error de enfermar de nuevo y dedicaba los días a engordarse a sí mismo como si fuera una res, mientras reflexionaba acerca de las debilidades de la naturaleza humana de las que debería sacar provecho. Sin embargo, las horas de la noche caían como gotas de plomo derretido sobre su alma. Quizás se pueda decir aún de forma más obtusa y rimbombante, pero, por ahora, no encuentro una expresión más adecuada para describir el hecho particular de que Álvaro Atienza no podía dormir y, quizás por ello, no ganaba peso. El espejo le decía que era viejo, la joroba le decía que era feo y él sabía que ninguno de los dos mentía. Sólo él se engañaba pensando en el poder del dinero, pero, lo que parece aún más increíble, también sabía eso, que se engañaba. Lo sabía en un lugar de la conciencia tan apartado y difuso, que sólo se mostraba en ciertos instantes, como de refilón, sin enseñarse del todo, parpadeante como un faro irregular, una idea sin palabras que no llegaba a identificar nunca, pero que estaba allí, en el borde mismo de una sima que le atraía y le repelía a la vez. Y lo peor de todo era que esa fugacidad reveladora transcurría siempre en los instantes en que iba a conciliar el sueño, y el sueño se fugaba, a su vez, más allá. Atienza no deseaba saber, sino dormir, perderse en la niebla ajena de la noche y comprar allí una mirada de amor y de descanso. Sabía que esa compra era imposible, porque las miradas de amor están fuera de todo mercado y pertenecen a esa clase de bienes que se destruyen tan sólo con tratar de comprarlos, como el sueño se destruye cuando nos forzamos a dormir. Su debate de insomne era oscuro y violento; el

desesperado deseo de dormirse era, al cabo, lo que le desvelaba, pues el sueño, cuando llega, es un regalo de la desatención, un descanso del deseo, una pausa blanca de la voluntad; el sueño viene, como viene el amor, por su propio misterio y nadie puede forzarlos ni tener sobre ellos imperio. Por el contrario, ellos son quienes nos tienen a nosotros, de ellos somos y sólo cuando quieren nos alcanzan. Sin embargo Álvaro Atienza trataba de engañar al sueño y al amor: comenzó a tomar somníferos en grandes cantidades y, cada noche, más que dormirse se desmayaba en la cama. Durante el día sólo pensaba en el momento de usar aquella suprema palanca que todo lo conseguía: el dinero, mucho dinero. Verónica Galindo sería suya y Atienza ni siquiera reparaba en el ridículo significado de esa frase hecha: «Hacerla suya». Ella ya no era nadie, sólo la imagen que tanto había manipulado. La imagen: carece de voluntad propia, está quieta, al alcance de su mano. Sobre el pubis inerte, entre los dos fragmentos de piel blanquísima que suceden a la cenefa elástica de las medias, hay un espacio donde reinar, desgarrar, entrar y morir. Él solo, sin más. Todo el entorno queda entonces nublado por la desesperación; él mismo desaparecerá. Basta. Pensar más carece de sentido. Los somníferos hacen su efecto. Llega un sueño opaco.

El número doce de la calle Uría es un vetusto edificio al que se accede por el pasaje Álvarez Buylla, donde se encuentra el portal. Álvaro Atienza se detuvo allí y leyó detenidamente los letreros que indicaban, a modo de directorio, las distintas oficinas que ocupaban el edificio: una compañía de seguros, una empresa minera, una clínica de traumatología, un despacho de abogados, una empresa constructora y, en la planta sexta y última del edificio, la Oficina de Proyectos Industriales, S. A. Así pues, tomó el ascensor y apretó el último botón. Sentía prisa por saber de cuánto dinero dispondría y afrontaba esa visita como un mero trámite, algo que le permitiría hacer después cosas más importantes. Por supuesto, había considerado el hecho de que una operación de aquella naturaleza requería de negociaciones y regateos que llevan tiempo y que el precio final dependería en gran parte de la astucia y prudencia con que se enfocase el negocio, pero, con todo, le parecían aspectos secundarios y más bien afrontaba la situación como si le hubiese correspondido un premio en la lotería y sólo a la suerte le tocara fijar su cuantía. Las puertas del ascensor no se abrieron en el descansillo de la escalera, como esperaba, sino en un recibidor enmoquetado de gris claro, ya en el interior de la oficina. Una joven con gafas que tecleaba en un ordenador levantó levemente la cabeza y le sonrió:

–Un momento, por favor, enseguida le atiendo.

Era una oficina como tantas otras: dos de los tabiques del recibidor, el frontero y el de su izquierda, estaban formados por grandes mamparas con la parte superior acristalada, a través de las cuales se podían ver otras dependencias iluminadas con tubos de neón. Junto a la mampara de la izquierda había un pequeño diván de estructura metálica recubierta con cuero negro, dos butacas a juego y en el centro una mesita de metacrilato. La joven de las gafas dejó el ordenador y le volvió a sonreír al tiempo que cogía un bolígrafo y un bloc de notas.

–Usted dirá.

–Quiero ver al señor Molina.

–Por favor, ¿me puede decir su nombre y empresa?

–Álvaro Atienza.

La joven lo apuntó.

–¿Empresa?

–Él ya lo sabe.

La joven descolgó un teléfono y marcó un número.

–El señor Atienza está aquí y quiere ver al señor Molina.

Le dijeron algo. Ella miró a Álvaro y respondió:

–Sí.

Álvaro tuvo la certidumbre de que le habían preguntado por su joroba. Ella escuchó otra vez.

–Vale, está bien –dijo.

Colgó el auricular y se dirigió a Álvaro de nuevo:

–Siéntese un momento, por favor, el señor Molina le recibirá enseguida.

Álvaro se volvió hacia el diván, pero no se sentó. Desde su altura podía ver una sucesión de pasillos y despachos, también con mamparas de cristal. Al fondo, había dos hombres de pie a quienes sólo veía medio cuerpo; estaban en mangas de camisa, uno de ellos llevaba una corbata roja con lunares amarillos. Hablaban y fumaban. Se preguntó si alguno de los dos sería Borja Molina. Si en los despachos intermedios había alguien más y estaba sentado, sería imposible verlo. No se oía nada, excepto el suave tecleo del ordenador de la recepcionista. Las moquetas grises, las mamparas negras y brillantes y el exceso de luz blanca que inundaba todo aquel espacio de cristal provocaban una distante sensación de irrealidad, una especie de ensueño geométrico en blanco y negro, como aquellas películas de Antonioni por las que deambulaban personajes desorientados, con expresiones de estupor y vestidos de ajedrez. Álvaro comenzó a impacientarse. Por primera vez se preguntó si

habría hecho bien presentándose de improviso, sin haber llamado antes, aunque había imaginado que ese factor sorpresa jugaría a su favor. ¿Y si no era cierta la historia que había contado Arbeyo? ¿No se habría equivocado Floro al transmitírsela? Quizás debería haber hablado antes con su hermana, pero había querido evitar las discusiones inútiles. Cambió de posición, se acercó a la otra mampara de cristal, ahora a su derecha, y miró distraídamente hacia el interior; sin poder evitarlo, dio un salto hacia atrás. Al otro lado estaba Verónica Galindo.

La recepcionista le miró extrañada, pero continuó inmediatamente con su tarea. Álvaro no estaba seguro de lo que había visto. Le parecía estar respirando un gas quieto y espeso que le ardía en los pulmones y le aturdía amenazadoramente, como si fuera un veneno, pero que era la clase de veneno que deseaba respirar, la clase de aturdimiento que estaba buscando. Miró a su izquierda y vio al hombre de la corbata de lunares que continuaba hablando como un mudo en el mismo lugar. Dedujo que el otro se habría sentado. Con gran precaución volvió a acercarse a la mampara. Era ella sin ninguna duda. Estaba igual que la primera vez, a unos tres metros de donde se encontraba él mismo, dibujando sobre un gran tablero blanco, siempre al otro lado de un cristal. ¿Cómo podía ser? Se apartó, temiendo que ella levantara la cabeza. Se dio cuenta de que iba sin afeitar. ¿Qué estaba ocurriendo? Cierto instinto le decía que debía salir de allí inmediatamente, como si alguien le hubiera tendido una trampa. Necesitaba tiempo para pensar. Pero, en todo caso, ¿en qué podía consistir esa trampa? Podía tratarse de una mera casualidad. ¿Acaso no sería entonces esa circunstancia muy favorable para él? Necesitaba tiempo para pensar pero, en ese instante, se abrió una puerta situada al lado de la mesa de la recepcionista y Carmina Arbeyo entró en el recibidor.

–Hola, Álvaro, perdona que te hayamos hecho esperar, pero es que Borja tenía una conferencia con Madrid y no la podíamos dejar.

Álvaro no contestó, no sólo debido a su habitual descortesía, sino también porque temía que se oyera su voz, que «ella» pudiera oír su voz. Sin embargo no estaba tan aturdido como para dejar de sentir un profundo desagrado por el tono de mayestática confianza que revelaban las palabras de Carmina: «Nosotros», «Borja». La notaba cambiada, aunque no lograba adivinar en qué consistía el cambio. No recordaba haberla visto en los últimos dos o tres meses. Ella se hizo a un lado y le indicó la puerta por la que había entrado:

–Ven, pasa, es en el despacho del fondo.

Caminaron sin hablarse por un largo pasillo en forma de ele, rodeado por tabiques de madera noble, cuya penumbra contrastaba

con la luminaria acristalada de fuera. Carmina se adelantó y abrió una última puerta:

–Es aquí –dijo.

En esa primera entrevista Álvaro Atienza aún no sabía (pero llegaría a saberlo más tarde) que todo lo que concernía a Borja Molina, desde el color de sus calcetines hasta la proliferación de sus sonrisas, era deliberado, producto del cálculo y de un propósito consciente; ninguno de sus gestos, como los muebles de su despacho, era fruto de la casualidad. Pero esa primera vez, Álvaro sólo vio a un muchacho rubio de rostro candoroso, muy bien vestido, que avanzaba hacia él desde la mesa de despacho, con la mano extendida y la oferta de una gran sonrisa, diciendo:

–Encantado de conocerle, señor Atienza, no sabe cuánto esperaba este momento.

Álvaro le estrechó la mano sin entusiasmo. Por alguna razón, que sólo después llegaría a descubrir, Molina le cayó mal; pero casi todo el mundo le caía mal.

–Yo iba a tomar ahora un café –le dijo–, ¿prefiere otra cosa?

Sin apenas darle tiempo a contestar, Carmina salió corriendo hacia la puerta, dando muestras excesivas de su gran vitalidad:

–Ahora mismo vuelvo con todo –dijo alegremente.

El despacho formaba un rectángulo iluminado por dos grandes ventanas. Al otro lado de la calle Uría se veían las copas exuberantes de los castaños de indias cuajados de flores blancas. Álvaro se acercó a una de las ventanas y observó cómo se sucedían los árboles escalonadamente por el Campo San Francisco, hasta tapar los edificios de la calle Santa Susana, produciendo una agradable sensación de profundidad vegetal, como si el bosque no se terminase nunca. Detrás de él, Molina comentó:

–Me gusta esta ciudad.

–A mí, no –respondió Álvaro sin volverse.

Molina no arriesgó ningún otro comentario al respecto y continuaron mirando el paisaje, en silencio. Álvaro recordaba ahora lo que le habían dicho unas cuantas semanas antes, la última vez que había llamado a casa de Verónica: «Está trabajando». ¿Sería una casualidad que estuviese trabajando precisamente allí? Se volvió hacia Molina y le dijo:

–Hablaremos después de tomar el café, cuando estemos solos.

–De acuerdo, como prefiera.

Sin decir nada más, se acercó a su mesa de despacho, sacó una pequeña llave del bolsillo del pantalón y abrió uno de los cajones, de donde extrajo una carpeta de color amarillo que dejó sobre la mesa.

Hasta ese momento no había ni un solo papel sobre la enorme mesa de despacho, ni ninguna otra cosa, excepto una pequeña lámpara halógena y dos teléfonos. En una mesita supletoria había un ordenador y un fax. Producía la impresión de que allí no trabajaba nadie, al menos nadie que dejase huellas. Todo parecía nuevo e impoluto: el mullido tresillo de piel, la mesita baja de cristal, e incluso los impecables movimientos de Molina, incapaces de arrugarle el traje. Carmina llegó con una bandeja y se sentó en el diván. En la bandeja había tres tazas. Se sentaron. Ella, como siempre, estaba muy animada.

–¿Sabes que Borja viene algunas veces con nosotros a jugar al Mercurio?

Álvaro se sorprendió.

–No, no lo sabía.

–Juega muy bien –dijo, mirando a su jefe.

Álvaro interceptó la mirada y entonces se dio cuenta del cambio que se había producido en su rostro: estaba maquillada y llevaba el pelo suelto y sedoso.

–No, de ninguna manera –se disculpó Molina–, el verdadero campeón es Santerbás, parece un profesional.

¿Les habría hablado Floro de las fotografías de Verónica Galindo? No, no podía ser, y Mari la Gorda mucho menos. ¿Qué sabían los Arbeyo? Carmina habló un rato más de la gente del Mercurio, pero Álvaro guardaba un mutismo absoluto.

–Bueno –dijo Molina levantándose–, ahora a trabajar usted y yo. Por favor, Carmina, ocúpate de que no nos molesten. No me pases llamadas.

Algo sorprendida, quizás enojada, Carmina recogió el servicio del café y salió sin decir una palabra. Volvieron a sentarse en los mismos sitios.

–Antes de nada, quiero decirle que ni Carmina ni su marido son amigos míos. Más bien al contrario.

–Sí, ya lo sé, ellos mismos me dijeron que estaban distanciados desde hace tiempo.

–Además le informo de que a través de una tercera persona me han ofrecido venderme información confidencial de su empresa respecto a este asunto.

Molina arqueó las cejas:

–No puedo creerlo, Carmina es de toda confianza y…

–Bueno, eso es asunto suyo. Por lo que a mí respecta son personas que no existen y a las que preferiría no volver a ver. ¿Comprende lo que quiero decir?

–Sí, lo comprendo.

Álvaro Atienza ofrecía un aspecto deplorable hundido en el diván. Sus rodillas descarnadas sobresalían como puntas de alfiler. Llevaba barba de varios días; la fiebre y el insomnio le habían dejado las sienes marcadas bajo la piel y unas hondas ojeras. Pero en el centro de sus ojos grises seguían refulgiendo unas pupilas de halcón, que paralizaban en Molina su propensión a las sonrisas. Pensó que Atienza no era hombre que repitiese las cosas dos veces.

–Y lo tendré en cuenta –concluyó.

–Bien. Tengo entendido que están ustedes interesados en comprar nuestra fábrica.

–La fábrica –puntualizó Molina–, y la empresa Atienza Sociedad Limitada, es decir, todos sus activos.

–Yo soy el propietario del setenta y cinco por ciento de todo. El veinticinco por ciento restante es de mi hermana. Le escucho.

Molina tomó aire y comenzó a hablar. No estaba improvisando. Era un discurso que había preparado durante meses, con distintas variantes en función del interlocutor y de la ocasión concreta, por ejemplo, allí, en su despacho. Habló de los antecedentes fallidos de entrar en contacto con la familia, de la sociedad italiana de cerámica, del proyecto industrial y los trabajos de ingeniería, de la modernización, de los puestos de trabajo y de la excelente ocasión en que ambos se encontraban. ¿Estaban los Atienza interesados?

Atienza observaba con atención los ojos azules de Molina, donde habitualmente las miradas terminaban por olvidar sus propias intenciones, como si estuviesen mirando al mar, y se fijaba en sus gestos prudentes, de estudiante aplicado, pero apenas atendía a sus palabras, pendiente sólo de la conclusión final, la oferta de dinero. Y de cómo mencionar después a Verónica Galindo.

–El proceso –decía Molina– podría consistir en una conversión de Atienza Sociedad Limitada en una sociedad anónima, y una posterior entrada mayoritaria de la sociedad italiana en el capital. No necesitaría siquiera la aprobación de su hermana, si es que ella no está de acuerdo.

–Ésos son problemas menores. Quiero saber su oferta, la cantidad.

Molina se tomó unos segundos para pensar.

–No lo sé, aún no puedo precisar una oferta, pero creo que en el precio no habrá desacuerdo. Lo importante es la voluntad de emprender la negociación, luego hay muchas fórmulas.

–Necesito una cifra –dijo Álvaro, cortante.

–Primero tenemos que estudiar y examinar el estado financiero de su empresa, por ahora me resulta imposible dar una cifra, ni por

aproximación.

Álvaro Atienza habló en voz muy baja:

–He venido aquí sin ningún papel y sin ninguna estrategia preconcebida, porque tengo importantes razones para ello. Si no me da ahora mismo una mínima orientación sobre la cantidad líquida y limpia que obtendré, no volveremos a hablar. No pido precisiones. No soy ningún estúpido y no le voy a tomar a usted al pie de la letra. Pero yo tengo mis propios planes y necesito saber de qué estamos hablando. Usted es el experto, dígame cuánto.

Molina no lo dudó:

–Entre cuatrocientos y seiscientos millones, pero se trata sólo de una suposición mía.

Álvaro bajó la cabeza. Con las rodillas juntas y las manos reposando sobre el regazo, parecía un anciano que se acomoda a la única posición que su cuerpo puede soportar.

–Mi familia necesitará un piso en el centro de la ciudad –dijo de repente.

–No creo que haya problemas por eso. Nuestro Grupo de Empresas trabaja también en el terreno inmobiliario y podríamos encontrárselo a satisfacción, incluida la fórmula menos gravosa para la transmisión. Todo se puede tratar y negociar.

Álvaro levantó de nuevo la cabeza y preguntó:

–¿Todo?

–Todo.

Hubo un breve silencio.

–Al entrar he visto una chica dibujando en un despacho, al lado de la recepción.

–Sí, es una empleada nueva.

–Me gustaría saber por qué la contrataron.

Molina se puso de pie y dio un pequeño paseo, con las manos metidas en los bolsillos.

–Verá… –comenzó a decir mientras paseaba–, pensamos que necesitaríamos personal para el nuevo proyecto y…

Se volvió en redondo hacia Álvaro y le sonrió con candidez, como pidiéndole disculpas:

–No se lo quiero ocultar, la contraté porque sabía que usted estaba interesado por ella.

Álvaro esperó que continuase hablando, pero el otro le aguantó la mirada y no dijo nada más. Se puso de pie. Fue evidente su esfuerzo para levantar el cuerpo hundido en el diván. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Molina le miraba expectante. Parecía dudar de si se habría equivocado. Álvaro se volvió hacia él; no parecía irritado, sino

sólo intrigado.

–¿Y cómo supo usted eso?, ¿quién se lo dijo?

–No me lo dijo nadie, tengo mis propias fuentes de información.

–¿Fue Carmina? –preguntó, señalando con la cabeza hacia la puerta.

–No. Ella no sabe una palabra de esto, ni tampoco ninguno de sus amigos.

–No lo puedo creer.

Molina se acercó a su mesa de despacho, abrió la carpeta amarilla que un rato antes había dejado sobre ella y regresó con un papel en la mano. Ahora no sonreía en absoluto.

–Es cosa de profesionales –dijo; retuvo un instante el papel delante de Álvaro antes de entregárselo y añadió–: Y esto es una prueba de confianza.

Álvaro tomó el papel y se sentó sobre el brazo de una butaca para aprovechar la luz de la tarde que entraba por la ventana. La hoja, salida de la impresora de un ordenador, carecía de membrete, de numeración y de encabezamiento. Decía así:

«14 de abril, jueves. El sujeto A salió de su casa a las 16.50 h en la moto. Se dirigió a la facultad de Derecho, calle de San Francisco, donde se detuvo unos instantes. Sin entrar en el edificio, volvió a arrancar y se dirigió a un bar sito en los aledaños de la Escuela de Artes, desde donde vigiló la puerta sin ser visto. A las 17.07 h el sujeto G salió de la citada escuela y a las 17.16 h tomó el autobús n.º 23. El sujeto A adelantó al autobús y se dirigió a la avenida de Pumarín (parte final), donde aparcó la moto. Se trasladó a pie a un pequeño promontorio tras un almacén que allí hay, desde donde se domina la entrada del domicilio del sujeto G, donde instaló un trípode y una cámara fotográfica con teleobjetivo. Tras unos veinte minutos de espera comenzó a disparar la cámara coincidiendo con la llegada del sujeto G y dejó de hacerlo cuando se perdió entre los bloques de la urbanización (hay imágenes en vídeo de estas acciones, cinta n.º 11). También fotografió diversas ventanas de dichos bloques. A las 18.05 h guardó todo el material fotográfico y descendió hasta una valla de obra desde donde podía ver sin ser visto, y permaneció allí, tendido en el suelo hasta las 19.45 h en que…».

Ahí terminaba el papel. Álvaro Atienza levantó la cabeza y miró hacia las copas de los árboles del parque. Otros habían hecho con él lo mismo que él había hecho con Verónica Galindo, quien ahora estaría allí al lado, dibujando mansamente sobre un tablero, quizás esperando a ser llamada, pendiente de él y de su reacción. Se sentía humillado, pero también aliviado, como si de pronto hubiera descubierto que,

contra todo pronóstico, existía Dios y algunas cosas estaban bajo control. Quizás todo estaba mucho mejor de lo que esperaba. ¿Qué pretendían de él? ¿Se la estaban ofreciendo como un lote más del precio? ¿Querían chantajearle? Se volvió hacia Molina y le dijo:

–No me importa en absoluto la idea que usted pueda hacerse de mí, ni me importa toda esta basura. ¿Qué es lo que pretende?

–Mi trabajo no consiste en juzgar a la gente. Lo único que le quería demostrar con ese papel es que mi empresa se toma muy en serio este negocio. Procuramos que no nos quede ningún cabo suelto. Eso es todo.

–¿Lo sabe ella?

–¿Verónica? No, no sabe una palabra.

–¿Cómo puedo estar seguro de eso?

–Puede hablar con ella cuando quiera, ahora mismo, si le parece. No es una chica que le pueda engañar.

–No. No quiero hablar con ella. Por ahora.

Molina tomó delicadamente la hoja de papel de las manos de Atienza y la reintegró a su sitio, bajo llave.

–«Sub rosa» –murmuró sonriendo.

–¿Cómo?

–«Sub rosa» –repitió–. Es una expresión que usa una persona a quien estimo mucho para referirse a todo aquello que debe quedar en secreto. No sé de dónde viene.

Álvaro Atienza miraba de nuevo hacia los árboles del Campo San Francisco. Estaban inmóviles y serenos, como pintados sobre el cielo. Molina se detuvo a su lado y miró también hacia el exterior.

–Esa chica es tan dócil como la bola roja del billar; si las dos bolas blancas juegan bien pueden llevarla a donde quieran.

Hizo una pausa y añadió:

–Creo que podremos hacer buenos negocios juntos.

Las copas de los árboles se balancearon levemente. Quizás se había levantado algo de aire con el crepúsculo. La atmósfera había adquirido un tono ceniciento.

–Sí –respondió Atienza sin dejar de mirar por la ventana–. Los haremos.

Verano
El lado oscuro de la calle

Siete

Una tarde de comienzos del mes de julio, Floro Santerbás caramboleaba en el billar del Mercurio contra sí mismo por falta de contrincante, cuando se presentó Manolo Arbeyo. En un acto repentino, inesperado y subrepticio, Arbeyo le entregó un sobre amarillo. Floro notó que le sonreía de una forma especial. Se le había acercado tanto que por un momento temió que fuera a abrazarle y dio un paso atrás. Con la mano izquierda sujetaba el taco de billar, con la derecha el sobre amarillo. Arbeyo susurró:

–Mira lo que hay dentro.

El sobre tenía la solapa trabada entre los bordes interiores, sin pegar. Floro la levantó: contenía un fajo de billetes de diez mil pesetas inmaculadamente azules.

–Ciento cincuenta mil –dijo Arbeyo.

Floro notó de nuevo aquella sonrisa y sintió el golpeteo de su propio corazón bajo la nuez.

–Ciento cincuenta mil –repitió–. Por las gestiones hechas hasta el momento.

Floro no sabía qué responder ni qué hacer con el sobre. Le sudaban las manos.

–Todas para ti.

Floro pensó que la palabra «todas» era incongruente e innecesaria, quizás insultante, pero se conformó con la neutra percepción de que Manolo había cometido una incorrección gramatical y no respondió nada en absoluto. Arbeyo hablaba muy despacio. Le miraba sin interrupción y sin dejar de sonreír. Estudiaba todas sus reacciones.

–Habrá más.

–¿Más?

Fue la única palabra que Floro lograría articular a lo largo de todo el encuentro.

–Sí. Álvaro y Molina ya se han puesto en contacto y tendremos muchas cosas que hacer. Llámame mañana al periódico sobre las cinco.

Estaban solos en el reservado del Mercurio y Arbeyo se marchó sin más. Bueno, en el rincón del diván, fuera de los dos círculos de luz que trazaban las lámparas, Dionisio el mendigo tomaba un orujo invitado por Floro, pero eso es lo mismo que decir que allí no había nadie. Manolo Arbeyo probablemente lo consideró como un mueble

más del local. Dionisio, en efecto, no era nadie. Sin embargo ese «nadie» era la única compañía que Floro lograba desde que el verano había sido proclamado como un tiempo obligatoriamente feliz y divertido a partir del día primero de julio. A Floro le resultaba insoportable. La compulsión a la felicidad estival implicaba para todo el mundo una ruptura de rutinas que le despistaba y, por más que deambulaba por las calles y por los bares de costumbre, no conseguía encontrarse con ningún conocido, no ya para jugar una partida de billar, sino meramente para charlar un rato y tomar un par de copas. Todos los veranos le ocurría lo mismo, la ciudad quedaba como desatenta de sí misma, como caída en un paréntesis de piedra donde sólo había edificios y nadie estaba en el lugar que debería. Excepto él, la sola idea de ir a la playa le resultaba aborrecible. No ocurría nada, el tiempo consistía en una simple acumulación de días, paréntesis vacíos en los que cada uno consumía las horas destinadas al olvido, las que nunca serán noticia para nadie, una sucesión de fragmentos inservibles con los que no se puede construir ninguna historia con sentido. Porque entonces todos ignorábamos lo que estaba ocurriendo o conocíamos solamente pequeños fragmentos, actos dispersos que se agotaban en su propia e inmediata funcionalidad, y el tiempo parecía no transcurrir en absoluto por el mero hecho de que todavía no conocíamos su significado y ningún acto se encadenaba ni se vinculaba a otro acto en términos de sucesión, antes bien, quedaban aislados unos de otros y así parecía que no sucedía nada. Eso era el verano, un espacio blanco y llano para las ausencias, una intensa habilitación de los cuerpos para cerrarse sobre sí mismos, una antihistoria. Sin embargo, a partir de noviembre, cuando Manolo Arbeyo fue asesinado, muchos comenzamos a reconstruir ese verano, no sólo yo, ahora, aquí, sino también muchos otros. Algunos queríamos saber y comprender, pero otros, posiblemente con una energía mayor, deseaban olvidar, o recordar lo que nunca ocurrió, inventar el pasado, quizás construirlo. A partir de noviembre ciertos fragmentos de ese verano salían a flote sobre unas aguas muy turbias, pero su sentido seguía hundido en el fondo como un pecio en torno al cual buceábamos sin lograr percibirlo en todo su tamaño. Tratábamos de recordar los días de julio, de agosto, de septiembre, nos preguntábamos por ellos unos a otros y fue entonces cuando yo mismo comencé de forma consciente esta reconstrucción que ahora escribo, una tarea probablemente innecesaria e inútil, una tarea sin una meta clara, salvo la de encontrar un cierto hilo que dé sentido a la multitud de hechos dispersos, que los seleccione de forma mínimamente comprensible, quizás porque el sentido actúa en nuestras vidas como

un consuelo para lo inevitable, o como una coartada ante la inverosimilitud en que solemos movernos, o como un simple instinto de supervivencia, no sé de dónde proviene esta compulsión a saber lo que casi siempre es imposible saber. Pero lo cierto fue que desde aquella tarde de lluvia en el cementerio, cuando esperábamos inútilmente la llegada del cuerpo de Arbeyo para su incineración y nos enteramos de que había sido asesinado, me propuse fijarme más, observar y estudiar mis propios recuerdos, retener los de los otros, conectar unos hechos con otros, explicar, contar, hacerme cargo. En el mes de agosto, por ejemplo, yo me había encontrado con Verónica Galindo en Madrid, por pura casualidad. Y eso fue antes de saber que ella era Verónica Galindo, es decir, antes de saber todo lo que acabo de contar. Sólo recordaba haberla visto una vez, la noche en que Álvaro Atienza llegó al Mercurio tambaleándose comido por la fiebre y tuvimos que llevarlo al Hospital General. Sin embargo, en Madrid, ella me dijo que también nos habíamos visto en otra ocasión en casa de Mari la Gorda, en una fiesta, pero entonces yo todavía no estaba atento, no me fijaba, tuve que reconstruir mi memoria casi por entero, tuve que preguntar. Durante el verano habían ocurrido muchas cosas, pequeños sucesos que hubieran quedado inadvertidos para siempre tomados cada uno de ellos de forma aislada, pero que luego, una vez enhebrados unos a otros con el hilo que terminaba en la muerte de Manolo Arbeyo, adquirían una dimensión nueva, como si esa muerte hubiera sido una aguja de coser y tirando de ella se pudieran unir hechos que, una vez cosidos con su hilo, dejaban de ser triviales. Al menos eso creo.

Desde que había comenzado el verano Floro andaba medio perdido por la ciudad. Cada tarde al salir de la biblioteca se iba directamente al billar, pero ya nadie acudía por allí, excepto que consideremos a Dionisio el mendigo como «alguien». Floro le tenía una estima un tanto estrafalaria, mezclada con cierta repulsión. Le atraía su estudiada figura de mendigo profesional, siempre vestido con humilde corrección, le divertían sus atrabiliarias reflexiones acerca del género humano y la mendicidad, su rareza. Pero al mismo tiempo Dionisio le repelía, le daba miedo. No el propio Dionisio, que era un alma cándida, una persona del todo inofensiva, sino la imagen que le proyectaba de sí mismo, como si en algún lugar muy profundo de su conciencia Floro temiese ser igual que él, como si comprendiese demasiado bien la resignada mansedumbre que emanaba de Dionisio durante el día y también el inmisericorde y patético alcoholismo que lo atrapaba desde que se ponía el sol. A veces hablaban y tomaban copas juntos, pero Dionisio sabía cuál era su lugar y nunca se acercaba

a Floro si le veía acompañado; si por casualidad encontraban a alguien conocido, Dionisio hacía mutis con elegante silencio; era tan insignificante que Floro ni siquiera se daba cuenta de que ya no estaba. Eso fue lo que ocurrió la tarde en que Arbeyo le entregó el dinero en el billar. Cuando Floro logró recuperarse de la conmoción que le causaba el peso del dinero en el bolsillo, Dionisio ya se había ido. No le dio la oportunidad de pronunciar en voz alta una sola palabra acerca de lo que le estaba sucediendo y, quizás por esa ausencia de palabras, empezó a sentir el peso del dinero en la conciencia. Por un extraño efecto de la culpabilidad, Floro se convertiría en un subordinado de Arbeyo a partir de ese momento.

No se dio cuenta de cómo cayó en la servidumbre, prefería no pensar en ello. Las ciento cincuenta mil pesetas sumaban todo el dinero que había ganado por sí mismo a lo largo de su vida y ese dato le llenaba el pensamiento por entero, cuando lograba pensar con cierta coherencia. Durante las dos semanas en que Manolo Arbeyo permaneció aún en la ciudad, justo hasta su viaje ritual a Irlanda en busca de los ancestros celtas, Floro atendió sus órdenes y requerimientos como un autómata; y parecía mentira en un hombre tan extraordinariamente perezoso como él. La verdad es que esos requerimientos fueron muchos, pero todos pequeños e insustanciales, expresamente pensados para que no le costasen apenas ningún esfuerzo ni dieran lugar a réplica, ni a dudas, ni a reflexión. Manolo Arbeyo se comportaba como un verdadero maestro en el arte de la dominación: llamaba a Floro casi a diario y concertaba con él breves y enigmáticas citas sin aparente finalidad. «Esto marcha», le decía en algunas ocasiones, y le hacía pequeños encargos: llevar un sobre a alguna dirección, fotocopiar unos planos ininteligibles, guardar en su propia casa el modelo de estatutos de una sociedad anónima sin nombre, acciones todas que parecían presididas por un único y oscuro propósito que a Floro se le escapaba, pero que iba creando entre ellos la pauta de una relación estable, la que existe entre un jefe y un subordinado. A partir de cierto momento Floro ya no se atrevió a preguntar, simplemente obedecía y, lo que aún resultaba peor, se sentía agradecido: notaba el sobre amarillo con los billetes azules en el bolsillo izquierdo del pantalón y esa sensación obnubilaba todo pensamiento. Por primera vez en su vida se sentía útil, capaz de ganar dinero por sí mismo, un dinero real, no un fantasma de su imaginación, un dinero que gastaba con promiscuidad, que se dejaba palpar, que producía efectos en los bares y en su autoestima. Todo gracias a Arbeyo. Porque Floro se sentía sinceramente agradecido, y no reparó en el hecho de que Arbeyo lograba exprimir el

agradecimiento hasta convertirlo en esclavitud. Recibir un favor suyo, por pequeño que fuera, incluso un favor no solicitado, era adquirir una deuda que jamás se podría pagar. Ni aun entregándole la propia vida se sentiría uno liberado de su abrazo benefactor. No hacía reproches, pero poseía la rara cualidad de convertir a sus amigos en deudores de afectos eternos, siempre sospechosos de traición y desagradecimiento, amigos que se sentían íntimamente culpables de no serle suficientemente fieles. No quedaba más remedio que obedecerle u odiarle. Por el momento Floro obedecía.

Un día Arbeyo le pidió que siguiese a Borja Molina a la salida del trabajo y que le pasase un informe. Era importante, dijo, «lo haría yo mismo pero los próximos días tengo mucho trabajo en el periódico». Floro accedió. La primera tarde estuvo esperando y merodeando por el pasaje de Álvarez Buylla, donde se ubicaba la Oficina de Proyectos, durante casi tres horas. Leyó varios periódicos y se tomó media docena de cervezas en una cafetería desde donde controlaba la puerta. Sobre las diez y media de la noche, cuando ya estaba convencido de que Molina se le había escapado, lo vio salir en compañía de una joven de pelo castaño y andares cimbreantes. Recordaba haberla visto una o dos veces en el billar junto a Carmina Arbeyo. No se la había presentado, pero dedujo que se trataba de una compañera de trabajo, cosa que ahora confirmaba al verla salir con Molina de la Oficina de Proyectos. Floro aún no sabía que esa joven se llamaba Verónica Galindo o, si en algún momento llegó a saberlo, se le había olvidado, no era una chica que llamase la atención a primera vista. Los siguió discretamente por la acera de Palacio Valdés y luego por Melquiades Álvarez. Quizás demasiado discretamente. Sus precauciones eran tan exageradas que más bien parecía alardear de ellas, si es que alardear de discreto tiene algún sentido. Floro lamentaba que no fuese invierno para poder subirse el cuello de la gabardina sobre la nuca o esconder la mirada bajo el ala de un hipotético sombrero, prenda que no había usado en toda su vida. Los viandantes volvían la cabeza a su paso, regocijados por sus andares sigilosos y por los melodramáticos saltos con que se escondía tras las esquinas cada vez que Verónica y Molina aflojaban la marcha. Sólo le faltaba volverse hacia la concurrencia con el dedo índice sobre los labios para pedir complicidad y silencio, pero estaba tan concentrado en la persecución que ya no veía a nadie a su alrededor, como si la ciudad se hubiera quedado repentinamente vacía y sólo existieran él y la pareja de jóvenes que lo precedían. Al final de la calle Melquiades Álvarez, Molina y Verónica entraron en el Cabo Peñas. Floro se situó en la acera de enfrente. A través de las puertas abiertas, observó cómo se abrían paso entre la gente que bebía junto a

la barra y pasaban directamente al restaurante situado en el salón del fondo. Esperó un rato para comprobar si volvían a salir, el bar estaba muy concurrido y cabía la probabilidad de que no encontrasen mesa. Encendió un cigarrillo. Hacía calor. Era una noche de bochorno, el aire estaba cargado con presagios de tormenta. Floro sentía el múltiple rastro que iban dejando las gotas de sudor en su cuerpo, como si alguien estuviese tatuándole una cuenca hidrográfica sobre la piel, y cayó en la cuenta de un nuevo peligro. Si por casualidad su madre o su tía se asomaban al balcón de la sala para tomar el aire y fisgonear un rato a los transeúntes, lo verían allí plantado como un pasmarote, incluso podrían llamarlo a voces para que subiera a cenar, su casa no distaba más de cincuenta metros del lugar donde se encontraba y, en efecto, el balcón estaba abierto y con luz. Dio un salto hacia atrás y se escondió en un portal. La brasa de su cigarrillo brillaba en la oscuridad con la intermitencia de un faro perdido en la niebla. Era emocionante. Cada aspiración del cigarrillo, durante breves e inquietantes momentos, desvelaba el destello de dos frías pupilas. En la profunda sombra del portal flotaban unos ojos sin cuerpo, la mirada de la noche que nunca duerme, el espíritu siniestro de la oscuridad. Al cabo de un rato sintió hambre. Bien pensado, nada le impedía entrar en el Cabo Peñas y tomar una tapa de anchoas en la barra y unos canapés de crema de Cabrales. Y un paté de oricios, o de cabracho, con una botella de Albariño. Se inclinó por los oricios. Al fin y al cabo aquélla era su calle y nadie se extrañaría de verlo allí, iba muchísimas veces. Ya estaba decidido a cruzar cuando un motorista se detuvo en el bordillo de la acera, justo a la altura del portal donde se encontraba. Se trataba de una moto cromada, una Norton clásica. Floro la reconoció inmediatamente y se asustó ante la posibilidad de encontrarse con Álvaro Atienza. Dio unos pasos hacia atrás y se ocultó aún más en las sombras del portal, al tiempo que Álvaro apoyaba la moto sobre el caballete. Atienza se quitó el casco y lo sujetó al manillar con una cadena de seguridad, luego cruzó la calle y entró en el Cabo Peñas. Al igual que los otros dos un poco antes, Álvaro se dirigió directamente al restaurante, sin detenerse en la zona de la barra ni prestar ninguna atención a la concurrencia, se lo veía guiado por un propósito, con una meta precisa. «Una cita», pensó Floro. Transcurrieron diez minutos, quizás quince. Floro se volvió a plantear la cuestión del paté de oricios y sobre todo el Albariño, sentía sed. Pero dudaba. Si Álvaro le veía, ¿debería contarle lo de las ciento cincuenta mil pesetas?, ¿tendría que dárselas?, ¿podría él hacer un doble juego y trabajar para los dos bandos? ¿Pero había dos bandos? La repentina aparición de Álvaro Atienza en la puerta del bar terminó

con sus cábalas. Álvaro se detuvo en la acera, miró hacia uno y otro lado de la calle y luego se quedó con la vista clavada delante de sus propios pies. Llevaba un pañuelo oscuro en la mano derecha, un fular, y parecía dudar si anudárselo al cuello y partir o regresar de nuevo al bar. Estaba muy delgado, pero Floro lo encontró mejor que la última vez, no tenía los ojos tan hundidos, ni emergían en su rostro los pómulos con aquella agudeza de cadáver, quizás porque iba bien afeitado. Y muy bien vestido. Floro le reconoció la chaqueta de ante oscuro y las botas rematadas con una pequeña puntera de metal. Estaban relucientes. Por fin Álvaro tomó una decisión, se anudó el fular al cuello y cruzó la calle en línea recta. Por un instante Floro creyó que venía a buscarlo a él, que lo había visto. Se quedó rígido, con el corazón latiendo estrepitosamente en la base de la garganta. Pero no fue así. Álvaro, sin ponerse el casco, arrancó la moto y se marchó. En el reloj de la iglesia de San Juan sonó la campanada de las once y media y, como si hubiera sido la señal para desencadenar la tormenta, en la calle de Melquiades Álvarez se levantó un fuerte vendaval. Sobre el pavimento rodaban bolsas de plástico, envases de helado y de yogur, envoltorios de papel de aluminio, pequeños objetos que chocaban contra los automóviles aparcados provocando una sensación de catástrofe, de irregularidad. Comenzó a llover de forma torrencial. Floro lo iba anotando todo en su cabeza como si estuviera dictándose a sí mismo un informe sobre la situación. Retumbó un trueno, los clientes del Cabo Peñas volvieron sus rostros hacia la calle, contemplaron la lluvia, salió un camarero, cerró las puertas. Floro se quedó absorto. Los gruesos goterones rebotaban sobre las capotas de los coches y se rompían como bolas de cristal. Decidió que no le contaría a Manolo Arbeyo nada acerca de la presencia de Atienza en el Cabo Peñas. Le había pedido vigilar a Molina, a nadie más. Álvaro era amigo suyo, su mejor amigo, jamás haría nada contra él. Aquel dinero le estaba quemando en el bolsillo. Sobre las doce Borja Molina y Verónica Galindo salieron del restaurante, la tormenta ya había amainado, pero aún llovía. La chica se cubrió la cabeza con una bolsa de lona que antes llevaba en bandolera y los dos caminaron con paso vivo hacia la calle Uría. En la parada de Independencia tomaron un taxi.

Al día siguiente Floro volvió a la vigilancia sobre las ocho de la tarde y no tuvo que esperar, casi al mismo tiempo que él llegaba vio a Molina salir del pasaje acompañado por Carmina Arbeyo y los siguió. Caminaron durante un rato y entraron en un McDonald’s, se veía que iban a tiro fijo. Floro abandonó allí mismo la vigilancia al considerar que Borja Molina quedaba suficientemente controlado por Carmina.

Cuando se lo contó a Arbeyo, éste preguntó extrañado: «¿En McDonald's?». Luego dijo: «Bien, has hecho bien». Unos días después Manolo y Carmina Arbeyo se fueron a recorrer Irlanda en furgoneta con otros miembros de Ecoconceyu, justo el mismo día en que doña Rosa la de Las Novedades sufrió la angina de pecho.

Durante toda su vida Floro había logrado engañarse a sí mismo con gran eficiencia y sin efectos secundarios aparentes. Su debilidad de carácter lo protegía de las frecuentísimas contradicciones en que se veía envuelto y tendía a perdonarse a sí mismo con facilidad saliéndose por la tangente. Todo lo que en un momento u otro había deseado con cierta vehemencia, aquello que en distintas fases de su vida había significado algo importante para él, bien fuera un objetivo transitorio o una meta vital, lo había perseguido como se persiguen los ensueños en una duermevela, sin ninguna convicción y sin ninguna fuerza, simplemente dejándose llevar por ellos, porque los sueños tienen sus propias leyes y los caballos alados se pueden convertir de pronto en ratones, por capricho, ¿qué podía hacer él? Ser amado por Adelina Valle, escribir una novela, aprender inglés, leer a Virgilio en latín, adelgazar. Todo deseo quedó siempre amortiguado por el deseo primordial de no sufrir en absoluto para alcanzarlo, es decir, no hacer ningún esfuerzo. Y por el miedo al fracaso. Las disculpas se disfrazaban con los distintos maquillajes del miedo, la pereza, la pusilanimidad o la melancolía, pero la ley del mínimo esfuerzo físico y emocional siempre había terminado por prevalecer. Nunca logró balbucir más de cuatro frases ante Adelina Valle, nunca ordenó suficientemente sus cuadernos bajo la disciplina de un único propósito, nunca escuchó más de dos días seguidos las cassettes del curso de inglés que su madre le regaló una remota Navidad, nunca leyó a Virgilio más que en traducciones, jamás hizo un régimen de comidas razonable. Pero de todo se perdonó. Sin embargo ahora, en este mes de julio, no lograba perdonarse el dinero de Arbeyo. No le importaba ser su lacayo, casi no se daba cuenta, pero le resultaba insoportable verse como un traidor, como un canalla, pues desde el primer momento, desde el mismo instante en que Arbeyo le entregaba el sobre amarillo, supo que era un acto infame, que él carecía de la fuerza necesaria para resistirse a él y que no lograría contarse a sí mismo ninguna mentira consistente para taparlo y perdonarse por ello. Flotaba por la ciudad corriendo de un lugar a otro tras los mandatos de Arbeyo, se emborrachaba con persistencia y método cada noche, pero no podía quitarse de la cabeza aquella escena innoble en la que le compraron la dignidad. A veces se decía que durante el encuentro no había abierto la boca, como si sólo las palabras pudieran

comprometer a un hombre, como si no hubiera silencios ominosos, como si bastase con meterse en la cama y cerrar los ojos para que en el mundo ya no hubiera crímenes. Pero la cama, aquel lugar tan dócil, tan íntimo, tan bello, tan lleno de praderas y de barcos, dejó de ser amiga suya. Dejó de ser la frontera segura que protegía el cálido recinto de sí mismo, sus murallas se revelaron frágiles y eran penetradas cada noche por el sobre amarillo y los billetes azules de diez mil pesetas y la palabra humillación. No podía evitarlo, la escena regresaba: cuando Arbeyo le tendió el sobre él no había dicho nada, eso era verdad, pero abrió la boca. Es decir, se le quedó la boca abierta, un gesto de estupor, lo que algunos llamarían simple «cara de bobo». Así fue. Y así permaneció después, con la boca abierta, cuando Arbeyo se marchó, porque a veces uno hace gestos con el único fin de decirse algo a sí mismo y la expresión de estupor o de sorpresa o de cara de bobo no era sino el ardid con el que Floro comenzaba a contarse una mentira, porque desde el comienzo supo que era una mentira, que el mismo acto de recoger el sobre, o de no devolverlo de inmediato, suponía una humillación y una indignidad, pero abrió la boca con gesto de estupefacción para iniciar la compleja operación de malabarismo mental con la que confiaba engañarse una vez más. No obtuvo el éxito acostumbrado. Desde el primer instante cayó en la cuenta de que aquel dinero sólo podía provenir de Borja Molina, jamás de Atienza, supo que estaba traicionando a su amigo, que estaba trabajando para el otro bando, en su contra, que Arbeyo jamás había tenido la intención de ayudar a los Atienza, sino al contrario, que desde el principio tanto Arbeyo como su mujer estaban a las órdenes de Molina y que le habían usado a él torticeramente, que le continuaban usando, que ahora, mientras Arbeyo le miraba de aquella manera le estaba haciendo su cómplice, porque sí, era una mirada de complicidad y también de humillación, una mirada que comprobaba con satisfacción cómo todos los hombres tienen un precio, una mirada que sonreía con displicencia y con desprecio a la vez que le decía: «Bienvenido al club de los hijos de puta, el único verdadero». Todo eso lo supo Floro desde el primer instante, pero el gesto de estupor o de estupidez, aquella relajación de la mandíbula, aquel oportuno arqueo de las cejas, aquel no decir ni una palabra, le ayudaron a negarse la evidencia durante un buen rato. Además estaban las ciento cincuenta mil pesetas, para qué negarlo, Floro jamás había manejado semejante suma, jamás había ganado un céntimo y, al fin y al cabo, todo era muy confuso y sutil en aquel negocio y él no había hecho nada deshonesto. ¿Acaso no le había contado a Álvaro todo lo que sabía sin omitir detalle? ¿De qué podía culparse? ¿Qué sabía él de esa clase de

negocios? Pero al amanecer de las pocas noches en que Floro no había bebido lo suficiente, la cama solía ponerse especialmente lúcida y hostil, incluso cruel, no atendía a razones, desdeñaba todos los argumentos y sólo admitía las imágenes, los gestos, incluso aquellos que inicialmente le habían ayudado a engañarse, los actos más nimios, el sudor de las manos, el taco sobre el hombro, la actitud de los dos. Floro había recogido el sobre amarillo con mano blanda, de eso no le cabía ninguna duda, veía esa escena cada noche, fragmento a fragmento, a medida que se abría en su mente una cremallera que luego no lograba cerrar. En efecto, había recogido el sobre amarillo con mano blanda. Antes de cerrar los dedos sobre él, por la expresión de Arbeyo, por aquella sonrisa, ya sabía que contenía dinero. Lo notó sobre la palma de la mano y, sin mirarlo, lo atrajo hacia sí, pero resultó un falso movimiento, porque Arbeyo no lo soltó. Su mano quedó flotando, insegura, con la palma hacia arriba, como quien está pidiendo una limosna. Arbeyo se lo ofreció de nuevo. Le miraba sin recato. Esta vez Floro lo agarró entre los dedos y tiró de él con suavidad, pero encontró cierta resistencia y desistió. Arbeyo se lo ofrecía, pero no lo soltaba. Floro aflojó la presión de los dedos. Arbeyo dijo algo, le miraba con insistencia a los ojos. Floro apartó los suyos. Notó que Arbeyo se lo metía otra vez entre los dedos, que pujaba con él sobre la palma de su mano. Transcurrieron entonces unos instantes intermedios, como en suspensión, un tiempo indeciso en el que, sin embargo, la mano de Floro permaneció extendida y fláccida desaprovechando la oportunidad de retirarse y ser, como hasta entonces, honesta y pobre y con temple para las carambolas. Arbeyo quizás notó esa tentación; abrió los dedos y el sobre quedó en equilibrio entre ambas manos. Floro temió que se cayera al suelo y lo agarró (al menos eso es lo que se contó piadosamente a sí mismo mientras pudo, que lo cogió para que no se cayera). Lo abrió, lo aceptó, se lo quedó. Para entonces ya habían sido pronunciadas las palabras fatídicas: ciento cincuenta mil pesetas. Las palabras fatídicas casi siempre son números. Después la cama dejó de ser su amiga y Floro comenzó a extender en su mente grandes cortinas de humo. Entre los jirones buscaba paisajes lejanos, exóticos, imágenes que le permitieran escapar de su propio pensamiento, el humo y la niebla se mezclaban impulsadas por un viento gris y había allí alambradas, trincheras fangosas, rostros de zapatero encajados bajo un casco prusiano, otros rostros aún más pálidos adornados con un breve bigote de taxista bajo un casco francés, cortinas de humo en el frente de batalla antes de morir con aquella vieja honradez infinitamente engañada de la Gran Guerra, cuando los banqueros usaban levita y

sombrero de copa, el inequívoco disfraz de la codicia, el sinónimo de aquel sobre amarillo odioso e ilegítimo que guardaba en el bolsillo izquierdo del pantalón. Aquellos hombres antiguos y gremiales habían muerto por la patria, la gran productora de metralla real y simbólica, la palabra que lograba adquirir en la mente de Floro un extraño sentido de justificación y consuelo, y se convertía en un alegato conmovedor, un «tengo derecho» y luego en un arranque de agresividad, «¿por qué yo no?, si todos lo hacen, ¿por qué no puedo yo ganar dinero?», y se henchía de orgullo y de arrojo, como quien grita «¡a mí la Legión!», que era como decir «ahí me las den todas» y sacar pecho y afrontar que era un mierda. Sufría indeciblemente y no podía dormir.

Ocho

«Siempre has oído contar que las fincas adyacentes a la casa, las de este lado, toda esa extensión de prados que llegan hasta el hayedo y el terreno de detrás de la pomarada por donde antes transcurría la acequia, que todas esas fincas, digo, se las compró tu abuelo a don Carlos Omaña, un indiano que regresó a México poco antes de la guerra, en 1936. En cierta forma fue así; quiero decir, según consta en las escrituras que se inscribieron en el Registro de la Propiedad unos años más tarde, las que sirvieron para legalizar el testamento de tu tío cuando te nombró su heredero universal. Pero hubo más que esas escrituras, hubo mucho más. Y todavía lo hay. Y tú eres heredero también de todo eso y por eso debes saberlo y debo ser precisamente yo quien te lo cuente, aunque juré no decirlo jamás ni a ti ni a nadie, pero especialmente a ti, se lo juré a tu tío, porque tu madre jamás quiso saber nada ni enterarse de nada y lo que sabía logró olvidarlo con un tesón y una firmeza de la que nadie la hubiera creído capaz. Pero lo logró, de eso estoy seguro, aunque no me preguntes cómo. Nunca entendí cómo se consigue olvidar algo a voluntad. Es como intentar ignorar lo que uno sabe y disimular y hacerse el distraído, no ante los demás, sino ante uno mismo. No me lo explico. Quizás rezando. Tu madre rezaba sin parar. Rosarios, novenas, triduos, pero no sólo en la iglesia, sino también en casa, mientras cosía, mientras deambulaba por los pasillos; se hizo hija del Carmelo y durante años llevó un escapulario colgado al cuello y un cordón dorado alrededor de la cintura por no sé qué promesa. Llegó a decirme (precisamente a mí, que lo sabía todo mucho mejor que ella) que el hayedo se había plantado en tiempos de su bisabuelo Constantino Atienza y que la finca de los prados pertenecía a su familia desde tiempo inmemorial. Y no tenía intención de mentirme, porque estaba completamente convencida. No sé cómo había logrado creer lo que ella misma se inventaba. A veces, hablando de esa época, llegué a pensar que habíamos vivido en tiempos y en lugares diferentes y no aquí, en esta casa, de donde nunca nos movimos. Entonces las cosas eran así y había que medir las palabras, incluso en la intimidad.

»Pero no es de ella de quien quiero hablarte, sino de tu tío Álvaro. Sé lo mucho que lo querías y me duele causarte una decepción, porque me consta que él también te quería mucho a ti. Por eso nunca quise hablarte de estas cosas, ni siquiera cuando él murió, ni siquiera

sabiendo que él había usurpado mi lugar como padre, porque lo supe siempre aunque pareciese que no me daba cuenta, sabía que me dejabais a un lado y, ya desde niño, podía leer en tus ojos la indiferencia e incluso el desprecio. No, no digas nada, incluso el desprecio. Y me lo tenía merecido, por cobarde, por falto de carácter, por haber seguido yo también ciegamente la voluntad de tu tío, que era superior a la mía, y que durante mucho tiempo marcó el único norte que tuve en mi vida, una voluntad superior que me aliviaba y me excusaba de pensar y decidir por mí mismo, una voluntad que me señalaba dónde estaba la realidad. Date cuenta, tu tío no decía lo que era bueno y lo que era malo, porque esos dilemas morales le traían sin cuidado, sino que señalaba lo que era real y lo imponía sin reservas como si los deseos o las metas de los demás fueran puras ilusiones. "Estás fuera de la realidad", decía. Ésa era su frase favorita. Y en aquellos años "estar fuera de la realidad" era una cuestión de vida o muerte, de hambre o comida, nada que tuviera que ver con la moral o con las ideas, ni siquiera con las consignas patrióticas que se proclamaban a gritos por todas partes. A tu tío, que siempre fue un falangista fanático, las ideas le traían sin cuidado. Era un hombre de acción, imparable incluso para tu abuelo, y que conste que te estoy hablando de unos momentos en que sólo tendría veinte o veintiún años. Pero siempre siguió siendo así, un hijo de puta alegre y de buen carácter, siempre sonriente, un asesino jovial con un corazón de oro. No, no te extrañes de la contradicción, él era así.»

A veces el tiempo parecía condensarse en unas pocas palabras. La historia que Atienza estaba escuchando de labios de su padre, muchas veces caótica y desprovista de sentido, como casi todas las historias en las que uno no ha participado, adquiría por momentos un espesor extraño y perturbador, una condensación que unificaba lo que antes estaba disperso y conectaba en su mente acontecimientos que nunca se le había ocurrido vincular entre sí, hechos que no sólo pertenecían al lejano pasado que su padre relataba, sino también al presente, a los últimos meses, a la noche anterior, cuando él mismo había irrumpido súbitamente en el chamizo de Tahar en medio de la tormenta, e incluso al presente inmediato mientras descubría que aquel anciano que le hablaba desde la cama era en realidad un desconocido para él. Entonces, en sólo unos instantes que resultarían ya para siempre inmensurables, el tiempo parecía detenerse o durar más, se compactaba y, lo que le resultaba aún más perturbador, le provocaba la impresión de que su famosa flecha eternamente dirigida hacia el futuro retornaba su cabeza hacia atrás abriendo un nuevo espacio

carente de sentido, un espacio insoportable y hostil, hogar del estupor, del desconcierto.

Oía la voz de su padre como si viniese de muy lejos. A Álvaro le bastaba un leve movimiento de cabeza para desviar los ojos del rostro del anciano y mirar hacia fuera por la puerta entornada del balcón, gesto que repetía cada vez con más frecuencia. Entonces veía el pequeño bosque de hayas trepando por las primeras estribaciones de la montaña, en la parte superior de la finca. Álvaro intentaba escapar de la atmósfera viciada que creaban las palabras en el interior de la habitación, como si los ojos pudieran respirar y traerle un poco de aire fresco y nuevo, un aire inexistente, quizás imposible. Sin embargo ni un solo instante dejaba de escuchar. El mes de julio regalaba a veces esas mañanas diáfanas que permitían ver sin dificultad las cumbres del Aramo perfiladas sobre el cielo azul. Álvaro sentía la necesidad de mirarlas, pero probablemente no se daría cuenta si de repente estallasen como un volcán. Estaba sentado en el viejo sillón de orejeras de su padre, junto al balcón entreabierto, mientras el anciano se demoraba en los recuerdos. A veces don Melquiades parecía perder el hilo. Se enredaba en nimiedades o en detalles prolijos que no venían a cuento y luego caía en prolongados silencios durante los cuales manoseaba nerviosamente sus gruesas gafas de carey sobre el embozo de la cama. Quizás necesitaba aquellas pausas para recuperar la respiración, pero no parecía agitado o incómodo sobre los almohadones, con la cabeza hundida entre los hombros. Simplemente, fruncía el ceño y se ensimismaba mirándose las manos con sus pequeños ojos de miope, sin dejar de mover las gafas. Luego volvían las palabras y revelaban detalles estrafalarios o sorprendentes: «La hija de don Carlos Omaña llevaba la melena recogida en una red», dijo en una ocasión. Estaba hablando de casi sesenta años atrás.

«Tu tío Álvaro era un hombre echado para adelante, de los que nunca titubean, justo al revés que yo, que me pasé la vida sin saber qué hacer, inclinándome hacia donde me empujaban las circunstancias. No por miedo, sino por indecisión, por no ser capaz de ver claras las cosas ni discernir con seguridad lo más conveniente. Todos los trenes me pasaban por delante sin atreverme a coger ninguno. Pero tu tío era de los que empujaban y yo siempre cedía. Y debo confesarlo, muchas veces cedía agradecido, pues gracias a él hice cosas que jamás hubiera conseguido por mí mismo y él tenía una decisión que resultaba contagiosa, te infundía ánimos casi sin proponérselo, pues siempre daba por descontado que uno estaría de acuerdo. En realidad fue él quien nos casó a tu madre y a mí, casi sin que nos diésemos cuenta. Le

pareció bien y de repente un día ya éramos novios. Tenía un carácter alegre y despreocupado capaz de quitarles importancia a todas las cosas, pero no te creas que era ningún tarambana inconsciente; también era muy calculador y, desde luego, el hombre más valiente que conocí en mi vida. El mismo día 18 de julio, cuando aún no se sabía en Oviedo de qué lado se inclinaría el coronel Aranda y con él toda la guarnición, tu tío se puso la camisa azul y los correajes con la pistola al cinto y se lanzó a la calle con unos pocos más a movilizar a toda la derecha, yendo de casa en casa y entrando en los cuarteles para amotinar a los militares. Estuvo en la toma del cuartel de Santa Clara y no sé cuántas veces salió mencionado en los partes de retreta por su comportamiento en el frente. En los tres meses y pico que duró el cerco de Oviedo jamás se quitó el uniforme de falangista ni las insignias, aunque sabía que si le hacían prisionero sería fusilado de inmediato. Pero le salió bien. A los veintiún años ya le habían otorgado el grado de capitán y era reconocido como un héroe, una persona intocable y con mucho poder, cuando esa palabra tenía un significado real, pues era poder sobre la vida y la muerte de muchos, poder sobre la gente, sobre sus bienes y sobre su destino, no como pasa ahora que le llaman poder a la simple influencia. No sólo le respetaban los falangistas, sino también los militares, y muchos le temían, porque sabían que no era ningún loco irreflexivo como tantos otros que mataban casi por el placer de hacerlo o impulsados por una venganza ciega, como el mismo Ignacio de Almar desde que los rojos fusilaron a su hermano Alfonso en Gijón. Y eso que Alfonso cayó por pura casualidad, pues quienes lo mataron probablemente ni sabían quién era. Lo tenían preso en la iglesia de Begoña, junto con muchísima gente más, y en uno de los reveses que sufrieron los milicianos en la toma del cuartel de Simancas, un día que tuvieron muchas bajas, locos de rabia, sacaron de la iglesia a unos cuantos a voleo y los fusilaron sin más requisitos contra el muro de la playa de San Lorenzo. Entre ellos estaba el pobre Alfonso de Almar. Nunca se había metido en política ni había hecho ningún mal a nadie, pero estaba allí por ser miembro de una familia rica y hermano de un falangista. Después de eso Ignacio se convirtió en una bestia sanguinaria. Tenía unos cuantos años más que tu tío y no se podía decir que no sabía lo que hacía. Los meses siguientes al cerco de Oviedo fueron espantosos.»

En ciertos momentos Álvaro se impacientaba. Como les suele ocurrir a muchos ancianos, su padre parecía perderse en su propia memoria y se detenía en episodios o comentarios que carecían de relación con el

propósito de su relato, si es que el relato tenía algún propósito, cosa que Álvaro comenzaba a dudar. Los hombres muy mayores o muy solitarios suelen aprovecharse de las pocas ocasiones que tienen de ser escuchados, se demoran en banalidades y circunloquios y alargan innecesariamente sus historias sólo por el gusto de escuchar su propia voz, o para prolongar con usura los momentos en que alguien les hace caso antes de caer de nuevo en el pozo de desatención y silencio donde suelen residir. Durante largo rato, don Melquiades se remontó a la genealogía de los Almar, cuya fortuna y renombre provenían, según él, de un oscuro chatarrero que se había instalado en la ciudad a mediados del siglo XIX. Eran originarios de El Bierzo o de la zona de Fonsagrada, en la provincia de Lugo, don Melquiades no estaba muy seguro, aunque había oído hablar de ello varias veces. Durante mucho tiempo se dedicaron a la ferretería, con un almacén muy modesto, pero la prosperidad les llegó de pronto, cuando comenzaron a extenderse las explotaciones mineras. Entonces, el primer Almar verdaderamente rico, el padre de Ignacio y de Alfonso, se especializó en el suministro de máquinas y herramientas y, pese a ser un hombre de pocos estudios, aprendió a hablar en inglés y se casó con una joven de la aristocracia ovetense. La Primera Guerra Mundial les benefició mucho y luego, ya con la naturalidad en que se suceden las estaciones del año, llegarían la naviera y los demás negocios.

Álvaro temía que su padre hubiera olvidado por completo la finalidad de aquella conversación, a la que él había acudido con desgana y, desde luego, sin la menor intención de alterar su propósito de vender la fábrica y las fincas. La noche anterior se lo había comunicado por segunda vez a su hermana Teresa, y lo había hecho de tal forma y en tales circunstancias, que pensaba que su decisión ya no tendría réplica. Sin embargo esa misma mañana Teresa se había presentado en su habitación y, desobedeciendo una costumbre casi sagrada en aquella casa, le había despertado. Estaba pálida y ojerosa, con aspecto de no haber dormido en toda la noche. Se había dado un carmín suave en los labios y estaba maquillada, pero, pese a todo, Álvaro la encontró vieja. «Papá te está esperando para hablar contigo –le había dicho–, en cuanto acabes de desayunar sube a su cuarto. Tiene algo importante que decirte». «Me da igual lo que tenga que decirme, no pienso cambiar de opinión.» «Tú primero escúchale y luego haz lo que quieras.» Ahora, tras los confusos balbuceos de su padre, que no terminaba de entrar en materia, Álvaro pensaba que estaba perdiendo el tiempo. Siempre había sido un cero a la izquierda, un pusilánime, un pobre hombre, un bendito de Dios que sólo quería ser escuchado por conmiseración. A Álvaro esa actitud le había

producido pena en algunas ocasiones, pero la mayoría de las veces le causaba irritación, como ahora cuando el viejo parecía perdido en oscuras divagaciones sobre la estirpe de los Almar. Álvaro le interrumpió:

–No sé adónde quieres ir a parar.

Don Melquiades se detuvo y se puso parsimoniosamente las gafas. El espeso filtro de los cristales le hizo fruncir la nariz.

–Quiero ir a parar a que no puedes vender las propiedades que heredaste de tu tío. Pero tienes que escucharme y saber por qué, tienes que comprender de dónde viene lo que tienes y de dónde vienes tú mismo. Algún día tenía que decírtelo y ése es el día de hoy. No te sobrará nada de lo que oigas. Nunca sobra.

Álvaro percibió un tono autoritario en esas palabras. Su padre había sido siempre un hombre tan falto de carácter, tan mesurado y amigo de las componendas, que le sorprendió su súbito arranque de genio. Sin embargo, no se arredró.

–Lo mío –dijo desafiante– lo puedo vender cuando me dé la gana, por eso es mío. Y no tengo que dar explicaciones a nadie.

El anciano se quitó las gafas y bajó la cabeza. De nuevo toda su atención parecía concentrarse en sujetarlas contra el embozo, como si temiese que fuesen a escapársele de las manos. Se tomó un tiempo para responder y lo hizo en voz muy baja, sin ningún tipo de ira, como hablando para sí mismo:

–Eres un estúpido. Siempre fuiste un malcriado y yo nunca tuve el valor de decírtelo, pero soy tu padre. ¿Es que crees que tu joroba te da derecho a todo?

Durante un rato los dos se quedaron en silencio. El anciano levantó la cabeza y miró a su hijo desde unos ojos pequeños y grises, medio nublados por las cataratas. Pese a saber que estaba a contraluz y que sin las gafas su padre apenas veía más que bultos informes, Álvaro notó la fuerza de aquella mirada y experimentó una sensación que no logró identificar. Un sentimiento nuevo. Respeto, quizás. Descruzó las piernas y se recostó contra el respaldo del sillón, pero no apartó la mirada.

–Sigue, por favor.

Cuando el anciano volvió a hablar Álvaro percibió por primera vez que la mañana era extraordinariamente azul y que a través de la puerta entornada del balcón se veía el bosque de hayas resplandeciendo bajo el sol y, mucho más allá, levantando un poco la cabeza, se podían contemplar las cumbres del Aramo.

«El 19 de julio de 1936 tu abuelo me mandó llamar. Era un hombre

que imponía respeto. Estaba en su despacho, aquí mismo, en el piso de abajo, pues casi nunca bajaba a la fábrica y lo dirigía todo a través de dos teléfonos que comunicaban directamente con las oficinas, que entonces estaban en unos altillos encima del garaje donde nos moríamos de frío en invierno porque no había estufa capaz de calentarlos. El almacén y la nave de embalaje donde instalamos después las oficinas estaban todavía sin construir; eso lo mandó hacer tu tío mucho después de la guerra. Yo ocupaba el cargo de auxiliar contable a las órdenes de don Luis Meana, el contable mayor que dirigía la oficina, pero con el tiempo fui haciendo un poco de todo, el control de la plantilla, el arqueo de caja, los asientos de diario y también preparaba y mecanografiaba la correspondencia, aunque entonces casi todo se hacía a mano. En general cumplía las funciones de secretario de don Luis, por lo que estaba bastante enterado del negocio aunque sólo llevaba en la empresa desde enero del 32, casi cinco años. Como administrativos trabajaban también otros dos muchachos, pero se ocupaban mayormente del control de almacén y de los proveedores. Los dos murieron en la guerra, pobre gente. Aquel día don Luis Meana no había venido a la oficina y cuando sonó el teléfono en su despacho tuve que entrar a atender la llamada. "Dígale a Melquiades que suba inmediatamente a mi despacho." Era la voz de tu abuelo. Ni siquiera se había molestado en preguntar quién atendía y yo ni me atreví a decírselo. Como si fuera otro, le respondí: "Sí, señor, ahora mismo". Subí corriendo, porque a don Álvaro no se le podía hacer esperar. Era un hombre muy antipático, muy seco, de los de antes. Entré en la casa por la puerta lateral de la cocina, porque a los empleados nos tenían prohibido usar la puerta principal, y aproveché para pedir un vaso de agua y aclararme la garganta, pues llegaba sin resuello. Había un gran revuelo de criadas haciendo paquetes y embalando cosas. Cuando entorné la puerta del despacho pidiendo el permiso para pasar, tu abuelo estaba hablando por teléfono, pero me hizo un gesto con la mano para que me acercase a la mesa. Aquel despacho, donde ya había entrado otras veces para llevarle la correspondencia a la firma, era solemne como una sacristía. Había allí un enorme tresillo de cuero y los archivadores de nogal parecían catafalcos. Contra las paredes enteladas se alineaban muchas vitrinas llenas de objetos valiosísimos que uno no se atrevía a mirar. Tu abuelo colgó el teléfono y me miró durante un rato, de arriba abajo y de abajo arriba, como si fuese la primera vez que me veía. Yo estaba muy nervioso, porque sabía que estaba ocurriendo algo importante y no paraba de arreglarme el nudo de la corbata. Entonces él me dijo: "Melquiades, quiero saber si puedo confiar en usted". "Claro que sí –

respondí–, ya sabe que estoy a su servicio.” “¿Es usted marxista y de ideas liberales?” “Usted sabe que no.” Me sonrió. Yo tenía entonces veintitrés años y llevaba trabajando con él desde los dieciocho, pero creo que era la primera vez que le veía sonreír, apenas un gesto imperceptible tras la barba blanca y brillante. “Muy bien. Me consta que es usted un buen católico y una persona honrada, y por eso he decidido confiarle la custodia de mi casa.” Yo no sabía lo que significaba aquello, pero no me atreví a preguntar. “Le han preparado a usted una habitación aquí mismo, en la planta baja. Se trasladará usted a vivir aquí hasta que se aclare el panorama. Además, le nombro responsable de la oficina, con el sueldo de contable mayor.” “Y entonces, ¿don Luis?” “Don Luis es un piernas que se cagó por los pantalones y ya no le volveremos a ver por aquí. Yo me llevo a la familia a la casa de Oviedo durante unos días, pero estaremos en contacto por teléfono. De los asuntos de la fábrica ya se encargará Germán. Mi intención es que aquí todo el mundo siga trabajando como si no pasase nada, pero si hay alborotos lo cierran ustedes todo y en paz. No me fío nada de todas esas anarquistas ni de los ugetistas de ahí abajo, que sé que los hay. Ya veremos en qué para todo esto, pero sea como fuere, ni mi familia ni yo vamos a olvidar lo que hoy hace usted por nosotros. ¿Está de acuerdo, Melquiades?” “Sí, señor.” “Pues entonces no hay tiempo que perder. Vaya a su casa a recoger lo indispensable y esta misma noche ya dormirá aquí.” Y así fue. Por aquel entonces yo vivía de pensión con una familia de la Manjoya; tú los conociste, uno de los hijos trabajó aquí con nosotros durante unos años, se llamaba Dositeo y no se quitaba la boina ni en los meses de verano, pero a lo mejor ya no te acuerdas; era muy buena gente. Yo iba y venía todos los días en bicicleta, como la mayor parte de los empleados de la fábrica, que eran mujeres, porque entonces toda la decoración se hacía a mano y parecía más propio de mujeres, que son más cuidadosas y tienen las manos más finas para esas tareas delicadas; con las porcelanas siempre fue así. Éramos más de setenta empleados, pero sólo quince o veinte hombres: los horneros, los del manipulado del mineral y las tolvas, los carpinteros de moldes, los chóferes y los de la oficina; el resto mujeres. Algunos vivían por aquí cerca, pues entonces había muchos caseríos y granjas en esta zona, pero la mayoría veníamos desde Oviedo y desde la Manjoya e incluso desde cerca de Trubia, en bicicleta o a pie, lloviera o nevara, de noche por esa carretera que estaba todavía sin asfaltar, llena de charcos, para llegar a la lista de las ocho. A las ocho y cuarto ya teníamos en la oficina los partes de asistencia firmados por los capataces y las encargadas. Eran tiempos duros y se ganaba una miseria. Nadie estaba

contento, ni siquiera yo. Sin embargo me quedé aquí a guardar y cuidar la propiedad del amo. La verdad sea dicha, tampoco la guardé mucho. A los pocos días los obuses pasaban casi por encima de nosotros y, desde aquí mismo, en la parte alta de la pomarada, se podían ver las piezas de artillería del Naranco disparando sobre la ciudad. Hubo escaramuzas cerca de aquí, por la carretera de San Claudio, porque algunas veces llegué a oír el paqueo y el zumbido de los morteros, pero esta zona quedó desde el principio fuera del cerco y era imposible llegar a la ciudad. Casi todos los caseríos de los alrededores fueron evacuados y yo me quedé aquí completamente solo. Estaba a dos pasos del frente, pero parecía que hubiera naufragado en una isla desierta. Y eso duró tres meses, hasta finales de octubre.»

Don Melquiades enmudeció de repente. Parecía sorprendido y asustado por algo que acababa de ocurrir. Irguió la cabeza sobre los hombros y se echó hacia atrás, entre los almohadones, sin apartar la vista del embozo, como si las gafas que sostenía entre las manos se hubieran convertido de pronto en una cobra a punto de atacarle. Luego cerró los ojos y respiró con fuerza. Los labios del anciano se movían imperceptiblemente, como si intentasen seguir hablando ellos solos por inercia y no lograsen emitir pensamientos debido a una barrera que los retenía en el interior. Una barrera muy poderosa. Don Melquiades parecía hacer esfuerzos para mover aquel obstáculo enorme; empujaba las ideas como si fuesen camiones averiados y su frente se pobló de pequeñas arrugas, donde quizás se refugiaban aquellos recuerdos obstinados y rebeldes que se negaban a ser pronunciados en voz alta. En cierto momento comenzó a sudar y Álvaro se alarmó.

–Papá, ¿te ocurre algo?, ¿te encuentras bien?

El anciano abrió los ojos con timidez.

–Sí, sí, no es nada.

Paseó la mirada por toda la habitación, la detuvo un instante sobre la puerta cerrada y finalmente se la entregó de nuevo a su hijo esbozando un tímido gesto de complicidad.

–No sé si debería contarte esto. Nunca en toda mi vida se lo conté a nadie. Ni siquiera a tu tío y, por supuesto, tampoco a tu madre. Absolutamente a nadie.

–Sí, por favor, cuéntamelo –respondió Álvaro con amabilidad.

Don Melquiades enrojeció visiblemente y esbozó una sonrisa que quizás pretendía ser pícara, pero que sólo expresaba un riguroso candor.

–Es que entonces me enamoré.

Álvaro no pudo evitar un gesto de asombro.

«Yo no salía nunca del perímetro cerrado de la finca y casi ni salía de la casa. A veces oía pasar tropas por la carretera, más allá del camino que conduce a la fábrica, que entonces era de tierra apisonada, y como la entrada quedaba de este lado, muy apartada, por aquí no se acercaba nadie. Hasta que un día vino una patrulla de milicianos de la UGT, entre los cuales había dos obreros de la fábrica. Requisaron el camión y los dos furgones y se llevaron también los bidones de gasolina y varias herramientas, picos y palas para cavar trincheras, nada importante. Me dejaron un recibo firmado y sellado donde constaba todo con sumo detalle, pero me quedé intranquilo. Podían volver ellos u otros y con la excitación que había aquellos días uno no sabía lo que podrían hacer. Entonces me ocupé de esconder las cosas de la casa que me parecieron de mayor valor: la cubertería de plata, la colección de monedas de tu abuelo, que estaba a la vista en varias vitrinas, sobre tablillas forradas de terciopelo, un cofre lleno de amadeos de plata que se habían olvidado con las prisas, aunque debían valer una fortuna, y no sé cuántas cosas más. Escondí hasta las mantelerías de hilo y los cuadros que colgaban de las paredes, aunque probablemente carecían de valor. Todo lo fui metiendo en rincones del desván y de la fábrica difíciles de encontrar. Pero también estaba el problema de la comida. Yo no sabía cuánto podía durar aquello ni qué pasaría si por fin los rojos lograban tomar la ciudad. Casi desde el principio me había quedado sin teléfono y sin luz; no podía escuchar la radio y ya no tenía a donde ir, por eso lo de la comida resultaba para mí lo más importante y en eso acerté. Ahí enfrente, donde está la nave del embalaje, había entonces un hórreo muy grande, de tipo panera, con seis pegoyos y corredor. Tenía los tableros decorados con dibujos de colores y algunos decían que era más antiguo que la casa, pero tu tío, en vez de trasladarlo a otro sitio cuando se construyó la nave, lo derribó como si tal cosa, aunque esos hórreos antiguos eran desmontables, y no llevaban ni un solo clavo ni junturas de hierro, para evitar la oxidación o por lo que sea. Pero a tu tío Álvaro esas delicadezas del arte popular le traían sin cuidado; todavía se deben de estar pudriendo por ahí las tablas pintadas y parte de la balaustrada que yo conseguí rescatar de entre las ruinas, pero no sé ni dónde estarán. Bueno, la cosa fue que en la panera todavía colgaba más de la mitad del samartino: había varios jamones, una pierna de cecina, hojas de tocino, choscos, andollas y no sé cuántas ristras de chorizos, además de fabas, patatas y harina. Lo escondí casi todo, pero dejé una

parte allí y algo también en la despensa de la cocina, donde se guardaban las conservas, para que en caso de requisa no sospecharan y se pusieran a registrar a fondo. Unos días después vino otra patrulla de milicianos en uno de nuestros furgones. Eran anarquistas de la FAI y de la CNT, unos diez o doce, más de la mitad mujeres, pero todas con monos azules, con correajes y fusiles, como los hombres. Tres de ellas eran empleadas de la fábrica y me conocían, como yo a ellas. Se llevaron toda la comida que encontraron, la que quedaba en la panera y la que había en la despensa, incluso las piezas que ya estaban empezadas y el azúcar de los tarros que había en la cocina. Se divirtieron persiguiendo a las pocas gallinas que yo había dejado por allí sueltas para que picoteasen lo que pudieran y a algunas las cazaron a tiros de mosquetón, pero a mí no me hicieron nada, ni siquiera me insultaron. Serían más o menos las doce de la mañana cuando se fueron.

»A eso de las cinco de la tarde, una de las milicianas regresó en bicicleta. Yo la vi entrar por el camino de grava, pedaleando con el fusil atravesado sobre la espalda y una bolsa de lona atada al manillar. La reconocí enseguida. Se llamaba Milagrinos, una de las chicas que trabajaban con el pan de oro, en las porcelanas más finas, una oficiala. No sé por qué la llamaban Milagrinos, así, con el diminutivo, porque no era pequeña ni menuda, más bien al revés y estaba muy bien proporcionada, pero ya sabes cómo se habla en esta tierra, quizás se debía a que era la pequeña de la familia y el diminutivo resultaba más cariñoso, nunca se lo pregunté. Yo salí a su encuentro, delante de la casa, y ella, sin bajarse siquiera de la bicicleta, me entregó la bolsa de lona. Contenía embutidos y una hogaza de pan. Se había dado cuenta de que me habían dejado sin nada y venía ex profeso para sacarme del apuro. No puedes imaginar lo que me conmovió aquel gesto. Nunca nadie había hecho algo semejante por mí. Pero yo era muy tímido y no sabía qué decir. Sólo cuando ella comenzó a dar la vuelta con la bicicleta para marcharse se me ocurrió invitarla a entrar en la casa. Yo creo que aceptó sólo por curiosidad, por saber cómo vivía la familia del patrón, cómo eran los ricos por dentro. Milagrinos y yo nunca habíamos hablado mucho hasta entonces. Sólo una vez que vino a la oficina a pedir un anticipo y me oyó interceder por ella a través de la mampara del despacho de don Luis. Cuando terminamos la jornada se acercó a darme las gracias e hicimos el camino de regreso juntos en las bicicletas, sin decirnos nada especial, y después de aquel día sólo “hola”, “adiós” y “hasta luego”. Pero simpatizábamos. Tenía veintiséis años, sólo tres más que yo, pero en experiencia valían por tres vidas como la mía. Recorrimos la casa habitación por habitación sin apenas

hablar. Aquellas estancias de suelos encerados me parecían entonces mucho más grandes e imponentes que ahora. Casi sentíamos miedo de pisar las alfombras. Aquellos cortinajes oscuros, los muebles de caoba, las porcelanas y los candelabros nos intimidaban a los dos por igual. Ella lo observó todo con admiración, pero sin envidia. Podía haberse llevado lo que le diese la gana, ese día o cualquier otro, pero de hecho lo único que se llevó de esta casa fue un botón. Lo encontró en un neceser de costura que había en el gabinete y me preguntó: “¿Puedo quedármelo?”. Se quitó el fusil que llevaba en bandolera, cogió aguja e hilo y se sentó al lado de la ventana para aprovechar la luz. Uno de los tirantes de su mono de miliciana sostenía el peto con un imperdible y ella quería reponer el botón. Lo hizo en cinco minutos, pues se veía que estaba acostumbrada a coser. Pero no sé por qué ciertas cosas que en sí mismas carecen de importancia se le quedan a uno grabadas en la memoria como un troquel, pues esos cinco minutos los he llevado en la cabeza durante toda mi vida y los puedo ver cada día con minucia, sin perder una sola de las puntadas que Milagrinos iba dando en los agujeros del botón, o el leve movimiento de sus labios mientras concentraba la atención para enhebrar la aguja, las manos blancas y precisas, el brillo del sol en su pelo ondulado. Lo veo todo en mi cabeza como si lo hubiera filmado en una película y aún mejor. Cuando ya estaba terminando la tarea, Milagrinos levantó la cabeza y me sonrió. Tenía los ojos del color de la miel, salpicados de chispitas verdes. Luego se acercó el botón recién cosido a la boca y cortó el hilo con los dientes, lo abrochó al tirante y dijo: “Bien, ya está”. Hay muchísimas cosas de las que no me acuerdo, cosas importantes y decisivas en mi vida, incluso cosas que se refieren a Milagrinos y a los días que pasamos juntos. Casi todo lo he olvidado y sin embargo esos cinco minutos insustanciales se quedaron conmigo para siempre. Quizás porque sin darme cuenta ése fue el momento en que me enamoré. Nunca lo pude saber. Como estábamos en pleno verano y hacía calor, cogimos un mantel y unas colchas para sentarnos sobre la hierba y subimos a merendar al montículo de la pomarada, debajo de los manzanos. Aquel día hablamos mucho, sobre todo de nosotros. Me contó que tenía una hija de dos años. Estaba al cuidado de sus padres en La Felguera, porque ella no la podía atender mientras trabajaba, pero la veía todos los domingos. Su compañero, como ella lo llamaba, había fallecido en un accidente en la fábrica del gas, unos meses antes del nacimiento de la niña, pero pensaban casarse. Ninguno de los dos creía en el matrimonio, como buenos anarquistas, pero tampoco querían que la niña quedase marcada por los prejuicios de la gente antes de tener albedrío propio. Hablamos mucho de la

libertad, de la propiedad privada, de la solidaridad entre los seres humanos, del amor libre y qué sé yo de cuántas cosas más. Se nos hizo de noche sin darnos cuenta y no recuerdo noche más estrellada y más serena. Le confesé que yo nunca había estado con una mujer y allí mismo hicimos el amor. Ella me enseñó. Yo entonces era muy religioso, pero me resultó fácil, incluso alegre, porque con ella todo era fácil y alegre. A veces llegaba hasta nosotros el resplandor de algún obús y las manzanas que colgaban sobre nuestras cabezas brillaban durante un instante como farolillos de Navidad; luego oíamos a lo lejos el eco de la explosión. Parecía imposible que siguiera habiendo estrellas en medio de la matanza y, en uno de aquellos momentos de inexplicable tranquilidad, ella se echó a llorar. Dijo que no sabía por qué. Se fue al amanecer, pero volvió al cabo de unos días y para entonces, a últimos de agosto, ya sabíamos que nos habíamos enamorado. Durante el mes de septiembre vino cuatro veces, siempre en la bicicleta; se quedaba una noche y regresaba al frente al amanecer, pero nunca dormíamos. A comienzos de octubre se quedó tres días seguidos. Según ella Oviedo estaba a punto de caer y empezamos a hacer planes para el futuro. La guerra no podía durar mucho. Nos íbamos a casar enseguida, yo reconocería a la niña, que se llamaba Libertad, y le daría mi apellido, como si fuese hija mía. Pero Milagrinos ya no volvió. Los nacionales rompieron el cerco de Oviedo a finales de octubre y los milicianos tuvieron que salir de estampida, cogidos entre dos fuegos. Nunca la volví a ver. No supe lo que fue de ella, si logró sobrevivir o si murió. Pero desde entonces hasta hoy no transcurrió ni un solo día de mi vida sin que yo la recordase con amor. Con lo que vi después me convencí de que habría muerto y a veces pensé que había tenido mejor suerte que yo. Y te reirás de mí, pero siempre creí que esos momentos de cada día de mi vida que aún hoy dedico a su recuerdo le sirven a ella para algo. No sé para qué, pero el amor, aunque sólo esté en la memoria de un hombre, para algo debe servir. Para algo bueno. Al menos a mí me sirvió para soportar aquellos años terribles.

»Quienes sí regresaron fueron los Atienza. Tu abuelo, tu tío, tu madre, las criadas, todos. Hasta apareció don Luis Meana, el contable mayor, pero, eso sí, tu abuelo cumplió su palabra. Lo llamó al despacho y delante de mí le dijo: “Meana, desde que usted abandonó la nave en plena tormenta el puesto de contable mayor lo ocupa el joven Melquiades Fernández y así será en adelante. Si usted quiere reintegrarse a esta casa lo hará con el sueldo de ayudante de contabilidad. Y no le digo más, lo toma o lo deja”. El pobre don Luis, que era padre de familia y con más de veinte años de antigüedad,

respondió: "Lo que usted mande, don Álvaro". Con tal de que no lo fusilaran don Luis daba por buena cualquier cosa. La fábrica tardó algún tiempo en volver a funcionar, pero para mí ya nada volvió a ser lo mismo. Cuando les di cuenta de todo lo ocurrido en su ausencia y comprobaron que no faltaba nada excepto el camión y los furgones, de los cuales además les entregué los recibos de la requisa, y que incluso quedaba una gran parte del samartino, no sabían cómo agradecérmelo. Me quedé a vivir en la casa y tu tío Álvaro, que era un par de años más joven que yo, me tomó bajo su protección. Su amistad era arrolladora. Igual que su enemistad, como tuve ocasión de comprobar en otros. Lo primero que hizo fue apuntarme a Falange y darme un uniforme y una pistola. Ni siquiera me preguntó mi opinión, porque lo consideraba un regalo, un gran favor que me hacía. Daba por supuesto que yo era de derechas sólo porque no había aprovechado su ausencia para dinamitar la fábrica y la casa, que era lo que esperaba encontrar a su regreso, ruinas humeantes. Por supuesto, era lo que él hubiera hecho en mi lugar. Parecía mentira que teniendo un carácter tan alegre fuese tan rencoroso y tan implacable. En los dos años siguientes, casi hasta el final de la guerra, estuvimos muy unidos, pero comprendió muy pronto que yo no era un hombre de acción. Me colocó en la oficina de mando de la Bandera de Falange y gracias a eso no fui movilizado para ir al frente. La tarea de esa unidad falangista a la que pertenecía tu tío era la pacificación de Asturias, el control político de la región. O sea, la limpieza, los fusilamientos. Y yo le resultaba útil en ese puesto, aunque sólo fuese como mecanógrafo.»

Álvaro Atienza le contaría a Mari la Gorda que cuando su padre llegó a este punto del relato él se había sentido incapaz de seguir escuchando. Se puso enfermo, le faltaba el aire. Cerró los ojos y aspiró por la nariz con todas sus fuerzas. Por un momento revivió los antiguos chutes de heroína, el súbito aturdimiento, el vahído que llegaba casi en el mismo instante en que el émbolo alcanzaba el fondo de la jeringuilla, el seco golpe de frío en el cerebro, la sensación de pérdida. Su padre le preguntó:

–¿Te encuentras mal, Alvarito?

Él extendió una mano para tranquilizarle. Sabía que tras el primer golpe, la frialdad se estabilizaba y se convertía en una apática lucidez. Sin embargo hacía ya muchos años que no probaba la heroína.

–No, no es nada –dijo–. Sólo un ligero mareo, se me pasará enseguida.

Respiró con hondura varias veces y se puso de pie.

–Si no te importa voy a salir un momento al balcón.

Se sujetó sobre la baranda de hierro forjado. Notó el sol en el rostro. A sus pies se extendían los macizos de hortensias que constituían el orgullo de su hermana Teresa, unas plantas delicadas que requerían dosis precisas de sombra y humedad al abrigo de los muros de piedra de la casa. Estaban exuberantes, en diferentes períodos de floración. Los pequeños pétalos arracimados componían una armoniosa gama de azules, malvas y violetas sobre las grandes hojas verdes. Álvaro Atienza fue presa de una náusea irreprimible y vomitó sobre aquellas plantas.

Lamento no ser más sutil en este punto, pero los datos desnudos fueron éstos, incluido el vómito, y me repugna entrar en la obviedad de su interpretación precisamente porque no tengo ninguna confianza en las cosas obvias. ¿Acaso no es posible que a Álvaro Atienza le hubiera sentado mal el desayuno debido a un exceso de mantequilla en las tostadas? El alma y el estómago están unidos por hilos extraños e invisibles y el píloro es un órgano estrechamente vinculado a los fenómenos del pensamiento. Esto nadie lo ignora, sin que necesitemos mencionar el prestigio espiritual del hígado entre los griegos clásicos. La mayoría de las emociones nos penetran a través de las palabras, pero las distancias entre el hígado y la filosofía, incluso la de Hegel, no son tan abismales como nos gustaría creer. Al cabo hay palabras, pensamientos de otro, narraciones, que sólo se pueden combatir o asimilar recurriendo al bicarbonato, pues los sucesos de la mente requieren a veces la misma digestión que los chorizos demasiado crudos, el vino pasado de punto o los espárragos olvidados en el frigorífico. Lo que Álvaro Atienza relataría varios meses después a Mari la Gorda fue que vomitó sobre las hortensias, el orgullo de su hermana Teresa. Después regresó al interior de la habitación y le dijo a su padre:

–Discúlpame. Creo que esta mañana me ha sentado mal el desayuno. Voy a acostarme un poco, volveré más tarde.

El anciano no respondió.

Nueve

Cuando hospitalizaron a doña Rosa, Floro Santerbás superó los aguijones de la culpabilidad para hundirse en los fangos de la consternación. Según los médicos la angina de pecho había sido levísima, un simple amago, pero los médicos no reparaban en lo enigmática que resultaba la palabra «angina» referida al pecho, ni en su arcaísmo, ni en sus reminiscencias de muerte antigua e inevitable. Tanto Floro como la tía Margarita estaban persuadidos de que el desenlace fatal se encontraba a la vuelta de la esquina. La crisis cardíaca de doña Rosa se desencadenó una mañana al abrir la tienda, cuando Floro, tras una intensa noche de francachela, rumba, o simple amargura, aún no había dormido ni un par de horas. Bajó las escaleras a trompicones, a medio vestir, sin saber a ciencia cierta si estaba vivo o muerto, o en el cine, o en la cama, o leyendo a san Juan de la Cruz, la voz de las dependientas le llegaba desde muy lejos y no lograba zafarse de aquellos hombres de bata blanca que le aconsejaban estarse quieto y respirar. No obstante nadie pudo disuadirle de acompañar a su madre en la ambulancia. En cuanto sonó la sirena, Floro comenzó a vomitar sobre los pies del indefenso y consternado personal sanitario y ya no dejó de hacerlo hasta que llegaron al hospital. A él le depositaron como un saco en el vestíbulo del servicio de urgencias, pero la ambulancia hubo de ser puesta fuera de servicio durante toda la jornada a cargo de una brigada de limpieza.

En los días siguientes Floro no abandonó el estado de resaca; lo fabricaba cada noche, a partir de las ocho, cuando la tía Margarita lo relevaba en el hospital. Doña Rosa compartía habitación con una señora muy gruesa, aquejada de asma, a quien nunca acompañaban menos de tres familiares de todas las edades, incluido un lactante con su exuberante mamá, un anciano tocado con boina y variadas mujeres que se turnaban en equipo, comían gruesos bocadillos y ocupaban todos los asientos disponibles de la habitación. Floro, sin sitio donde sentarse, se agotaba a los quince minutos y se pasaba las tardes peregrinando por un laberinto de pasillos y ascensores para llegar a la cafetería del hospital, único lugar donde podía fumar un cigarrillo. A veces se encerraba a fumar en un retrete y se entregaba abiertamente a la tristeza. Si los médicos hubieran estado mínimamente atentos a su aspecto, en vez de andar corriendo de un lado a otro con gran revuelo de batas blancas, le habrían internado en una unidad de cuidados

intensivos y le hubieran ahorrado todas aquellas enigmáticas opiniones acerca de la etiología de las enfermedades coronarias.

A los pocos días doña Rosa ya había hecho muy buenas migas con la nutrida familia de la señora asmática, a cuyos variados miembros mantenía perfectamente informados acerca de su hijo Florín. Para el asombro de todos, aquel espectro macilento que exhalaba un fétido e inequívoco aliento alcohólico, aquel hombre grandón y mal afeitado que buscaba un indecoroso acomodo a los pies de la cama de la enferma, donde terminaba medio tumbado y somnoliento, aquel bulto informe y despeinado, no era sino un reputado escritor, licenciado en Filosofía y Letras, poeta y erudito, con un gran porvenir por delante. Floro la escuchaba con desesperación, sin atreverse a mirar hacia la concurrencia.

Los hábitos nocturnos de Floro Santerbás eran tan poderosos que ni el dinero de Arbeyo ni la angina de pecho de su madre lograron alterarlos; antes bien, los incrementaron. Al salir del hospital iba al Mercurio, jugaba al billar contra sí mismo y perdía, o al menos se identificaba con el perdedor. Llevaba el sobre amarillo en el bolsillo izquierdo del pantalón e iba dando cuenta de los billetes de diez mil con cierto método: cuando precisaba pagar una consumición hurgaba en el sobre, sin sacarlo jamás ante los ojos, y extraía un billete azul. Restituía el cambio al bolsillo derecho, usaba ese dinero hasta que se agotaba y sólo entonces repetía la operación. No tenía ni idea de cuántos billetes quedaban en el sobre, pero se había convencido de que la obtusa circulación del dinero entre sus dos bolsillos constituía un magnífico sistema de administración. En el Mercurio pedía a la vez las bolas de billar, la tiza, una enorme jarra de cerveza –«para asentar el estómago», se decía– y una tortilla de patata decorada con anchoas. Después de ese aperitivo pasaba a los mejillones en escabeche y al queso de Cabrales acompañados por una o dos botellas de Albariño y el dulce sonido de las bolas al chocar entre sí. El reservado del Mercurio estaba tan silencioso a esas horas que podía oír el deslizamiento de las bolas sobre el tapete verde y sentir la nitidez de su contacto con la punta del taco. Sólo comenzaba con el whisky al salir del Mercurio, cuando iniciaba el largo y tortuoso recorrido de cada noche en busca de alguien con quien hablar. Pero casi nunca encontraba a nadie, excepto a Dionisio el mendigo, quien intuía el chorro de copas gratuitas que manaba de su soledad. Dionisio probablemente era el mendigo más pulcro de España. Por supuesto, era alcohólico, pero jamás se le vería bebiendo durante las largas horas de «tarea» que pasaba en las esquinas más estratégicas de la ciudad, elegidas con método científico en función de múltiples

variables: períodos del año y del mes, día de la semana, hora, edad, sexo, clase social y cultural de los viandantes. Todo lo tenía calculado, las borracheras no se le notaban hasta que se desmayaba de repente, sin perder la sonrisa. Le gustaba el orujo con locura, sin despreciar otros licores, y lo bebía con reposo, con constancia pero sin ansiedad, concentrado por entero en la tarea, en profundo silencio. Solía afirmar de sí mismo que su mayor virtud consistía en saber escuchar, pero Floro había descubierto que no era cierto: a partir de determinado momento de la noche, muy pronto, Dionisio ni oía ni veía. Seguía de pie, mantenía su peculiar media sonrisa atornillada en el rostro, es cierto que parecía un ser vivo, pero su mente se retiraba a un limbo monocorde y lejano donde sólo tenía cabida el orujo. Sin embargo, durante aquellos días de julio, Floro se aferró a sus orejas y le introducía por ellas largas retahílas de historias con las que procuraba dilatar el momento de encontrarse consigo mismo a solas, allí, en la cama hostil, donde los pensamientos se volvían descarnados y lúcidos: su madre se iba a morir, ¿y entonces?

Doña Rosa regresó a su casa tras unos pocos días, pero ya todo fue distinto. Los médicos no prescribieron ningún tratamiento especial: tomar unas pastillas, tener cuidado con las grasas y la sal en las comidas y llevar una vida tranquila, a resguardo de emociones bruscas; también le recomendaron dejar de fumar, si bien ella no había fumado en toda su vida. Se sentía un poco defraudada con el diagnóstico, como si los médicos la tuvieran en poca consideración, o la menospreciasen por haber sufrido una enfermedad tan leve. De vez en cuando, con la mano sobre el pecho, cerraba los ojos y emitía profundos suspiros. Eso bastaba para que su hermana Margarita y su hijo Floro se lo tomasen a la tremenda: la moderación con la sal y las grasas se convirtió en un régimen de comidas tan estricto que la tía Margarita pesaba incluso los huevos; la recomendación de llevar una vida tranquila fue traducida en forma de larguísimas sesiones de reposo en la cama o en el diván; en cuanto al cuidado con las emociones, en aquella casa no se podía cerrar una puerta sin avisar por adelantado, ¡qué sustos por todo! La tía Margarita sustituía a su hermana en la caja de la tienda durante varias horas al día y contrataron una asistenta para hacer la compra y la limpieza de la casa. Doña Rosa se dejaba querer, pero había algo que no marchaba: su hermana presentaba todos los síntomas de haber incrementado las dosis de anís o de mistela con que solía obsequiarse después de las comidas frente al televisor. Doña Rosa sospechaba que bebía en secreto, a deshora.

El rostro de la tía Margarita estaba troquelado con una expresión de

susto: los ojos muy redondos, los labios entreabiertos, las aletillas de la nariz levantadas. Daba la impresión de andar extraviada, como buscando algo que había perdido, sin saber muy bien cuándo ni de qué se trataba. Era viuda casi de nacimiento –Floro no conoció a su marido excepto por las decrépitas fotografías que su tía conservaba en un pequeño álbum–, y tenía las piernas tan delgadas que sus medias siempre hacían arrugas. Al contrario que su hermana, ni se teñía el pelo, ya muy gris, recogido en un pequeño moño, ni se pintaba, ni usaba maquillaje; solía vestir de oscuro y no le gustaba salir de casa. «Total –decía–, ¿adónde voy a ir yo?» Sin embargo tenía un carácter alegre y jamás daba muestras de fatiga, desazón o aburrimiento. Su sobrino Florín era la niña de sus ojos; todavía lo malcriaba a los cuarenta y dos años con propinas secretas extraídas del presupuesto doméstico o de su exigua pensión. Mucha gente pensaba que era su abuela en vez de su tía y ella comentaba con humor: «Como Rosita es tan presumida a mí me echan encima los años que ella se quita», pues en realidad sólo las separaban tres años. Floro le conocía dos aficiones verdaderamente arraigadas: la primera era el papa Juan Pablo II, a quien la tía Margarita jamás se refería usando la palabra «papa», sino «Su Santidad». Aunque no era muy religiosa, rezaba el rosario acompañada por una cinta magnetofónica con la voz de Su Santidad, sólo por el gusto de oír sus seseantes «diostesalvemaría» con aquel inconfundible acento varonil. Tenía colgado frente a su cama un gran retrato suyo de cuerpo entero, a todo color, una fotografía tomada seguramente durante los primeros años de pontificado, pues Su Santidad lucía muy apuesto y esa imagen era lo último que la tía Margarita contemplaba cada noche antes de apagar la luz. Parecía sentir por él una admiración más propia de un hincha de fútbol que de una buena católica y al verlo en la televisión besando la tierra de remotos países comentaba: «Aunque esté mal el decirlo de Su Santidad, la verdad es que debió de ser un hombre muy guapo –y de forma un tanto confusa añadía–, en el plano puramente humano, se entiende». Luego, ante las crecientes dificultades papales para realizar la genuflexión, la tía Margarita se compungía: «Últimamente, desde la operación, y con todas las preocupaciones que debe de tener, se le ve algo envejecido, ¡pero lleva su cruz con tanta entereza!». Su segunda afición eran los licores dulces, la mistela, el anís, el Licor 43, incluso el Cointreau. En los últimos tiempos no era infrecuente notarla un poco subida de tono a última hora de la tarde, más habladora de lo normal, algo apimplada. Entonces su hermana la regañaba: «Una mujer tan devota como tú», decía. Doña Rosa temía que se diesen cuenta las dependientas de la tienda, abreviaba sus horas de reposo para bajar a

sustituirla y se quejaba ante su hijo: «¡No sé qué voy a hacer con ella!». Pero ni siquiera entonces pasó por su cabeza dejar a Floro a cargo de la caja.

Floro observaba con fatalismo el progresivo desvarío de la tía Margarita o, mejor dicho, lo olía. Desde que la angina de pecho fue proclamada en la casa como una república con sus nuevas leyes y reglamentos, había dejado de ir a la biblioteca. Se quedaba todas las tardes en casa añorando a Adelina Valle y bebiendo coñac encerrado en su cuarto, bajo el pretexto de hacerle compañía a la enferma, aunque ésta estuviese tranquilamente sentada en la tienda, detrás de la caja registradora. Floro se sentía obligado a no salir de casa hasta después de las ocho, por solidaridad o por no se sabe qué. De vez en cuando regresaba al salón para ponerse un nuevo golpe de coñac en la copa y entonces percibía el olor. La tía Margarita, entretenida con la labor de ganchillo delante del televisor, no le oía llegar y emitía largas ventosidades, apenas susurrantes pero horriblemente pestilentes, como suelen ser los pedos del bebedor de anís. Floro sentía una profunda pena y también una gran ternura y también autoconmiseración. ¿Quién le quería a él, quién le había querido nunca aparte de aquellas dos mujeres?, ¿para quién era él necesario, a quién le importaba lo más mínimo? Las veía perderse sin remisión, una en la tumba, la otra en la demencia senil, sentía miedo, pena, impotencia y, para controlarse, buscaba en su fantasía las claves del mundo desolador en el que habría de vivir sin ellas y bebía más. Trataba de hacerse a la idea de que su madre ya se había muerto y aparecía ante sus ojos la imagen de la tía Margarita, allí mismo, en el salón, despeinada, bebiendo a morro de una botella de Anís del Mono, farfullando canciones obscenas, diciendo disparates, mientras él la conducía gentilmente hacia la cama en medio de una innoble fetidez. Se estremecía de miedo sólo con pensarlo, ¿qué haría?, todo carecería ya de sentido. Incluso aunque su madre no muriese de ésta y durase más tiempo, incluso mucho tiempo, ese preciso día terminaría por llegar, ya todo carecía de sentido y era doloroso y feo y su vida también era dolorosa y fea e incomprensible. Se asomaba a la ventana de su cuarto y no conseguía comprender adónde iba la gente, por qué caminaban por las calles o se detenían delante de los escaparates de las tiendas, a qué conducía todo aquel ir y venir, qué significaba aquella espera de lo inevitable, aquel entretenerse, aquel no querer saber. Se tumbaba en la cama y pensaba en Adelina Valle. Quería escapar de aquellas ideas circulares y lúgubres, pero apenas lo lograba durante unos minutos: el sexo, el amor, Adelina Valle, muslos blancos y redondos, la geometría imposible de un billar con ángulos mullidos y obedientes,

su amigo Álvaro Atienza a quien no se atrevía a llamar, a quien había traicionado, su amigo enamorado de una desconocida, enloquecido por una mirada que jamás le sería dirigida, sufriendo como él mismo, quizás en este mismo instante, tendido sobre la cama turca, en aquella habitación gigantesca donde tantas veces habían jugado con el tren eléctrico, fracasado, solo, sin necesidad de disimular ya ante nadie, ni siquiera ante sí mismo. «Ya no lo haré más –le había dicho–, ya no disimularé más, ya no me contaré más mentiras.» En cuanto muriese su madre él tampoco necesitaría ya contar más mentiras. ¿Qué queda cuando uno no tiene que aparentar nada ante nadie, sino sólo ser quien es? ¿Qué pasa cuando uno pierde el interés por seguir siendo alguien? ¿Por qué uno tiene que ser alguien?

Las tardes de julio se le hacían interminables, no lograba concentrarse para leer. Se esforzaba con unas cuantas páginas pero enseguida se daba cuenta de que no había retenido una sola idea, que se había perdido, que las palabras no eran más que manchitas negras en las que no conseguía penetrar, especialmente si venían escritas en francés, pues entonces las manchitas ni siquiera lograban componer dibujos fugaces en su mente, eran simples cosas. Estaba leyendo una novela que Adelina Valle le había recomendado el último día que estuvo en la biblioteca, *Les coulisses du ciel,* de Pierre Boulle. Cada tarde, antes de entrar en la sala de lectura de la biblioteca, Floro pasaba por delante del despacho de Adelina. Si la puerta de cristal estaba abierta, se asomaba y la saludaba en un arranque de audacia: «Hola, ¿qué tal?», luego hablaban de cosas imposibles durante dos o tres minutos. A veces ella le informaba sobre las novedades recibidas o le recomendaba algún libro. Jamás hablaban de asuntos personales, su tema favorito era el clima. Pero esa tarde Adelina tenía sobre su mesa aquel libro especialmente reservado para él. «Te gustará –le dijo–, ya verás, a mí me interesó mucho, es una novela muy metafísica.» La novela versaba sobre la Santísima Trinidad en sentido estricto, sin ningún tipo de metáfora, una historia que transcurría en el cielo. Por lo que llevaba leído, Floro intuía que trataba un asunto de celos entre el Padre y el Hijo con un argumento no demasiado complicado, pero no lograba concentrarse en su lectura, pese a tomarla casi como una obligación, o precisamente por ello, porque se sentía obligado a exponer ante Adelina una opinión fundada, algunos comentarios inteligentes o al menos ingeniosos. Hacía diez días de eso y la echaba de menos, ni siquiera sabría que su madre estaba enferma, jamás se habían llamado por teléfono y ¿a quién iba a preguntar por él?, quizás ni se había dado cuenta de que llevaba diez días sin aparecer por la biblioteca. No podía volver hasta que hubiera leído el libro, pero no

lograba concentrarse. Se pasaba la tarde esperando a que su madre subiera de la tienda para abandonar la laxa contabilidad que debía llevar sobre las copas de la tía Margarita. Le había encarecido que la controlase, que no la dejase tomar más de dos tragos de anís, que escondiese la botella. Floro aborrecía aquella sórdida vigilancia que, por otro lado, su tía sorteaba con extrema facilidad a juzgar por los alegres y disparatados chismorreos con que solía recibir a su hermana a la hora del crepúsculo, cuando se producía el cambio de guardia. Sólo entonces salía Floro a jugar al billar con la esperanza de encontrarse con alguien conocido, alguien que no fuese Dionisio, alguien que ofreciese la oportunidad de una conversación, de una respuesta.

Una tarde, camino del Mercurio, se topó de bruces con Vicente el Ciclista en una acera. Entraron en un bar a tomar una cerveza y charlaron un rato. Floro estaba dispuesto a invitarlo a cenar con tal de retenerlo a su lado. Antes de cinco minutos, sin saber muy bien cómo, Vicente ya le había vendido dos gramos de cocaína; en esos negocios era un verdadero maestro. Con cierta socarronería, Vicente alabó la fina textura de los dos billetes de diez mil que Floro había sacado del bolsillo izquierdo, como intentando iniciar una conversación sobre el tema, pero Floro no le siguió por ese camino. Había hurgado en el bolsillo con torpeza para sacar el dinero, incluso había cerrado los ojos durante unos instantes de intensa concentración en la punta de los dedos, y al otro no se le había escapado que allí guardaba más género de la misma especie. Vicente comentó que muy pronto iba a dejar el trapicheo, que si aún seguía en ello era sólo porque se trataba de un material de primera calidad, o sea, por ética profesional, por ayudar a los amigos, pero no por lucro personal ni nada parecido, pues tenía entre manos un negocio de los grandes, con Manolo Arbeyo, algo todavía confidencial, un asunto importante, lícito, por supuesto, de brokers, o sea, intermediarios financieros, explicó.

–Ya sabes, tender puentes, establecer contactos, tocar aquí y allí, hacer que se entienda la gente que debe entenderse, algo importante, con futuro.

De todo el discurso Floro encajó el nombre de Arbeyo como si fuera un puñetazo.

–¿Manolo Arbeyo? –preguntó alarmado.

Vicente comenzó a dar marcha atrás.

–Bueno, no exactamente él, hay otra gente, él es más bien colateral, un mero contacto, hay gente importante, empresarios acostumbrados a estas cosas, pero no te puedo dar nombres, todavía es un asunto confidencial, ya sabes cómo son estas cosas, si hablas de ellas las

pierdes y en el mundo hay mucho charrán, siempre te lo dije, Floro, hay que observar, fijarse en las cosas, catalogar a la gente y callar, verla venir desde lejos, este fulano es de tal tipo y ya está, clavado, ya sabes de qué pie cojea, no como el mío, que se me ve a la legua, ja, ja, ja, sino los pies del alma, los pies verdaderos, los que importan, pero no hay necesidad de publicarlo en los periódicos, uno sabe lo que sabe para sí mismo y basta, no entiendo por qué os interesa tanto escribir, tanta literatura, para que todo el mundo se entere, y entonces, ¿de qué sirve? Bueno, me tengo que ir.

Floro trató de retenerlo. No sabía cómo decirle que ya no preguntaría más por Manolo Arbeyo, que le daba igual, que hablarían de cualquier otra cosa, que lo invitaba a cenar, que lo único que quería era no quedarse solo. No consiguió nada, Vicente el Ciclista se fue en la dirección contraria a la suya, caminaba de aquella manera tan cómica, trazando círculos en el aire con su zapato de corcho, pero a Floro no le hizo ninguna gracia.

Los últimos días del mes de julio fueron los peores. Aborrecía la presencia de Dionisio, pero no la evitaba. Le hubiera bastado una mera insinuación para quedarse solo, pero no quería estar solo. A veces lo maltrataba, se burlaba de él, de su profesionalidad como mendigo, de su amor al orujo, de su peinado a raya, de aquel aspecto pulcro y miserable que hacía pensar en los vagones de un tren antiguo y en los hombres transitorios que los ocupaban, hombres sin lugar y sin arraigo y sin verosimilitud, vestidos para dar el pego, a quienes es imposible imaginar fuera de los asientos de madera de un tren, hombres solitarios, silenciosos, corteses, humildes, que nunca deshacían el nudo de su única corbata, que jamás iniciaban una conversación, que sólo habitaban las salas de espera, que surgían inesperadamente entre las nubes de hollín de las estaciones, que parecían vivir allí, en el corazón de la tristeza. A veces se burlaba de su pequeña estatura, lo trataba con crueldad y sentía esa injusticia, pero continuaba invitándolo hasta el amanecer, hasta que ya no quedaba ningún lugar abierto donde acudir. Floro sabía lo que le esperaba en cuanto ponía la cabeza sobre la almohada. Los efectos narcotizantes del alcohol quedaban amortiguados por la cocaína y no lograba dormir. Pero tampoco pensar. Era la oscuridad de su cuarto la que pensaba por él o, mejor dicho, la que «le» pensaba a él. Una oscuridad lúcida y cruel que sabía perfectamente todo lo que estaba ocurriendo: Floro sentía pavor ante la idea de que su madre se iba a morir.

Heredaría la tienda. Con toda seguridad, el negocio iría a la ruina una vez en sus manos, se quedaría completamente solo, sin recursos,

sin valor para pedir limosna y sin dignidad para rechazarla, perdido ante sí mismo. Su pensamiento no necesitaba palabras para saber que todo sería así; esas ideas provenían de una convicción tan antigua y profunda que ni siquiera necesitaba hacerla consciente para saber que siempre había vivido apoyado sobre ella. Las cosas eran así, él era así, el destino era así, pura evidencia, puro realismo, sin lugar para la rectificación y también sin lugar para la resignación, conocimiento puro de su propia incapacidad. ¿Por qué entonces la amargura y la pena se hacían tan insoportables? Sabía desde siempre que su madre se iba a morir, lo sabía por lo menos desde aquel día oscuro de la muerte de su padre, cuando él aún no había cumplido los diez años y al regresar del colegio encontró la casa llena de gente extraña que le besaba y le acariciaba compasivamente y su madre lo estrujó hasta hacerle daño sin que él fuese capaz de sentir otra cosa que alivio y libertad cuando logró quedarse solo en su cuarto, sin ninguna pena. Pero ahora sí sentía pena, ahora sí veía claro su propio final, su retirada definitiva a un mundo de soledad y miseria donde ni siquiera tendría cabida Adelina Valle, la mujer que él había construido a lo largo de los años con los materiales más nobles de sus sueños, su mejor obra, la más acabada, la más consoladora y gratificante. Ella también quedaría perdida para siempre, no sólo perdida para él y para su imaginación, sino para sí misma, sería arrastrada por el tiempo y por el olvido, pues el tiempo quedaría clausurado desde el momento en que Rosita la de Las Novedades recibiese sepultura y el futuro se desencadenaría sobre él como un libro ya escrito, leído y olvidado. Adelina iba a desaparecer con él, se perdería en la biblioteca pública víctima de una inexplicable invisibilidad, transparente para las miradas de los innumerables lectores que pasarían impertérritos ante su despacho de cristal, inconsistente como una estantería o un archivador a los que nunca se presta atención, porque los ojos sólo buscan los libros que contienen, las fichas, las signaturas inmateriales, las referencias sin cuerpo. Quizás tendría que avisarla. Decirle: «¡Cuidado, vas a desaparecer!». Decirle: «¡Ya no estaré allí, al otro lado del cristal, ya no levantaré la cabeza del libro para mirarte una vez más, amor mío, ya todo se va cumpliendo y yo no sé vivir!». Floro dejaba fluir las lágrimas sobre la almohada, pero no se juzgaba severamente ni se sentía culpable con la exactitud que sus pensamientos demandaban: todo lo que habría de suceder le parecía irremediable, lógico, ya no necesitaba engañarse a sí mismo, como su amigo Alvarito Atienza le había dicho, ya no necesitaba mentirse ni disimular y, aún más, no quería hacerlo, ni siquiera «podía» hacerlo. Sabía lo que le esperaba: en muy poco tiempo toda su herencia

quedaría dilapidada sin necesidad de despilfarros, bastaría su metódica incompetencia: jamás lograría abrir la tienda a su hora, ni llevaría los libros al día, ni soportaría las conversaciones con los viajantes, eso quedaba descartado. Las dependientas comenzarían a robarle en cuanto fueran conscientes de que a él le resultaba indiferente el negocio y que nunca se daría cuenta, porque gastaría el dinero sin control, poco a poco sí, sin alardes y sin extravagancias, pero siempre un poco más de lo debido, porque no sabía marcharse de un bar hasta la hora del cierre o hasta que se quedaba sin fondos y eso no iba a cambiar. Hipotecas. La palabra «hipoteca» lo resumía todo: ruina, desahucio, vergüenza. La hora espantosa del alba se prolongaba hacia ningún sitio, sin ningún propósito, y daba lugar a ese tiempo intermedio y apestoso del final de la noche, aún sin luz, demasiado temprano para comenzar nada, demasiado tarde para concluir con todo, en esa hora sin término Floro cabalgaba sobre los estribos del alcohol y de la cocaína, a la vez lúcido y borracho, capaz de verse con fría exactitud: «Todo lo que soy, sin faltar una coma, se contiene en treinta y dos cuadernos de hule que nadie leerá, ni siquiera yo. Hice ciertas carambolas de mérito que nadie recordará. Amé a Adelina Valle y nunca lo sabrá. Así es, así debe ser».

Sé cómo sufría Floro. Sé cuál era la forma específica de su amargura, la que terminaba por retorcerle el alma hasta extraer de ella su última humedad. Le asaltaban canciones. De pronto, una canción cualquiera, con su musiquilla y su letrilla estúpida, le atacaba desde el centro del cerebro y no le dejaba pensar, «de Sevilla un patio tapizao de flores, en medio una fuente con un surtidor, rosas y claveles de tos los colores, que no los pintara mejor un pintor». La canción le bullía en la cabeza hasta atormentarlo, pero no podía evitarla, le ocupaba el silencio, lo vaciaba de sí mismo, «junto a la cancela de hierro forjao, hay una chiquilla de tez colorá y juntito a ella, moreno y plantao, un mozo encendido hablándole está». Quiere detenerla, pero no puede, quiere pensar en otra cosa, pero la tonadilla está clavada en su mente, la odia, protesta, blasfema, pero sigue allí, «la luna baña de plata todo el patio con su luz, y así le dice a la niña aquel mosito andaluz…», sabe que es un mierda, que no es nadie, que no tiene voluntad, que es un desecho humano, los ojos se le llenan de agua y, a media voz, sucumbe: «Rocío, ay mi Rocío, manojito de claveles, capullito florecío, por conquistar tus quereres voy a perder el sentío, porque te quiero, mi alma, como nadie te ha querío, Rocío, ay mi Rocío…», y mientras canta llora.

En la madrugada del día 30 de julio, en un bar apestoso donde se había terminado el hielo y sólo despachaban un whisky que le

quemaba la garganta, Floro contempló cómo Dionisio se desmayaba pausadamente bajo un futbolín y se meaba en los pantalones. El horror transcurría muy despacio aquella noche. Unos minutos antes Floro había acudido una vez más al retrete para meterse otra raya de coca. Tenía el ánimo pujante, excitado, capaz de cualquier cosa. Estaba tan borracho que notaba físicamente la entrada de las ideas en el cerebro y también su transcurso y su trayectoria, las percibía como una caravana de hormigas circulando entre sus neuronas, aunque a duras penas lograba seguirles el rastro hasta averiguar de dónde provenían, dónde estaba el hormiguero que las originaba. Pero «veía» sus propios pensamientos como se ven las cosas bajo la luz del mediodía, eran objetos nítidos y perfilados, sólidos, solventes, casi podía tocarlos con las manos, eran puras certezas, verdades concluyentes que le exaltaban. Esa clarividencia se lo dijo como si tuviera voz: «El culpable de todo es Manolo Arbeyo». Manolo Arbeyo era la causa, su estado de desdicha era el efecto. Su pensamiento repasaba una y otra vez esa conclusión sin necesidad de recapitular los silogismos que habían conducido a ella; era evidente, ¿cómo no se había dado cuenta antes? La evidencia refulgía en su mente con serenidad imperturbable, como un planeta, como una suma que se constata con los simples dedos de una mano: Manolo Arbeyo era un hombre odioso y culpable, y esta profunda verdad no requería ya ninguna demostración lógica. De hecho, una vez que había llegado a la conclusión, Floro ya era incapaz de reproducir de nuevo los brillantes razonamientos que lo habían conducido hasta ella. Cuando salió del retrete sentía el pensamiento sereno, el ánimo pujante, se sentía libre, capaz de cualquier cosa, ni siquiera le importaba tambalearse un poco al caminar, no necesitaba fingir ante nadie, ya nunca iba a disimular ante nadie, tenía dinero en el bolsillo. Al fondo de la barra Dionisio exhibía su inimitable sonrisa de cadáver, una sonrisa estratégicamente situada entre el lustroso nudo de la corbata y el peinado a raya de colegial, un peinado tan impecable e inmóvil que parecía un tatuaje. Estaba situado entre la máquina del tabaco y la tragaperras, como emparedado para no caerse, con la mirada clavada en la pequeña copa de orujo que había sobre el mostrador. La copa estaba vacía. Floro llegó a su altura e hizo un gesto para que la llenaran. A él le pusieron otro whisky sin hielo y pidió también una Coca-Cola con la esperanza de beber algo frío. Era un bar de barriada, desangelado e impersonal, alumbrado con tubos de neón parpadeantes que emitían chirridos de insecto, como cigarras irritadas o confusas, con sillas de aluminio, algunas de ellas apiladas ya a esa hora sobre mesas también de aluminio, con fotografías de futbolistas clavadas en

la pared, con una clientela formada por un puñado de hombres oscuros y solitarios que se apoyaban en la barra y otros pocos arracimados en torno a una mesa donde se jugaba una partida de cartas. Dionisio le había llevado allí cuando se acabaron todas las alternativas, el bar quedaba cerca de la pensión donde él vivía y no cerraba hasta que se le agotaban los clientes. Floro ya se había arrepentido en cuanto llegaron, pero no fue capaz de dar media vuelta y marcharse a casa. Ahora daba igual, ya todo le daba igual, el pensamiento sereno, el ánimo pujante. Le acercó la copa de orujo a Dionisio y éste la apuró de un trago sin salir de aquel cajón vertical donde se había empotrado, entre las dos máquinas. En cuanto el orujo le pasó por la garganta, la sonrisa volvió a instalársele en el rostro como el mecanismo de una máquina. Floro se separó un par de pasos y lo observó con detenimiento. Era una sonrisa dificilísima que probablemente había costado años de entrenamiento, pues persistía en el rostro de Dionisio con independencia de los demás rasgos de la cara, desvaídos y rígidos. La sonrisa tenía autonomía, vivía por su cuenta en medio de aquel rostro de muerto, porque, Floro lo percibió de repente con la refulgente clarividencia que le embargaba, Dionisio estaba muerto. Alguien le había atornillado la sonrisa a la cara y él la llevaba puesta como esos muñecos de madera que llevan el menú del restaurante clavado en el pecho. La gente le daba limosna porque se daba cuenta de que estaba muerto, como quien reza un padrenuestro por las ánimas del purgatorio. Por miedo. Y Floro sintió miedo. Dionisio no parpadeaba. Su único signo de vida, si es que puede llamarse así, era el brillo de una gota de orujo sobre su labio inferior. Floro no se atrevió a acercarse para comprobar si respiraba. Entonces el horror comenzó a transcurrir muy despacio. Dionisio se desplomaba. Lo hacía lentamente, sin ningún aspaviento, sin cerrar los ojos, sin perder la sonrisa. Se deslizaba entre la máquina del tabaco y la tragaperras apenas sostenido por el rozamiento de sus hombros minúsculos. A Floro le habría bastado con alargar un brazo para sujetarlo, pero no lo hizo, no podía moverse, sabía que estaba contemplando la llegada de la muerte, el espectáculo por antonomasia, el que nadie quiere ver, el más contaminante y abyecto, allí a sus pies, rozándole los zapatos, tocándole el alma con sus fríos dedos. El acontecer transcurría muy despacio, sin omitirle a Floro ni un detalle, sin ninguna piedad. Dionisio se arrastraba por el suelo con indecible lentitud, reptaba. Los faldoncillos de su chaqueta iban recogiendo la mugre del piso y dejaban tras de sí una estela de caracol. Cuando llegó bajo el futbolín se recostó de medio lado y se orinó en el pantalón. A su alrededor fue creciendo un charco pero

Dionisio ya no hizo ningún movimiento más. Se durmió, se desmayó o se murió. Floro sólo pensó en escapar. Supo con toda certeza que su destino, aquel futuro de fracaso que le impedía dormir, no era fruto de la especulación de un borracho insomne: estaba allí, ya había llegado, era aquello: morir entre orines debajo de un futbolín. Una vez en la calle caminó hasta perder el resuello y se vio obligado a recostarse contra una pared. No reconoció el lugar: bloques de apartamentos, calles mal iluminadas, al fondo un descampado. Ni un alma. Perdido en su propia ciudad, perdido en su propia vida, perdido. Oyó el castañeteo de sus propios dientes aun antes de darse cuenta de que estaba temblando. Y comenzó a llorar. Pobre Floro, un hombre tan grandón, siempre por encima de los cien kilos, tan cariñoso, tan simpático, tan buen jugador de billar, con tan buen gusto para cantar a dúo. Dejó que el desconsuelo llegase hasta el fondo de su corazón. Y cuando el desconsuelo llegó hasta allí se acordó de Adelina Valle. «No puedo hacerle esto –dijo. No fue un pensamiento, lo dijo en voz alta. Y repitió–: No.»

Diez

«Tu tío Álvaro encontró por casualidad a don Carlos Omaña y a su hija en noviembre de 1936, unos días después de que las tropas de Galicia rompiesen el cerco de la ciudad. Estaban haciendo cola delante de un almacén de Abastos donde se repartían raciones de comida a la población, pues después de tres meses de asedio en Oviedo se carecía de todo y había mucha gente que pasaba hambre, gente de todas las clases, las colas ante los almacenes de Abastos no sólo estaban formadas por menesterosos, sino también por personas de buena familia. Sin embargo don Carlos Omaña y su hija llamaban la atención por su aspecto distinguido. Después de tantos años en México, don Carlos había adquirido un cierto acento, ya sabes, una especie de entonación muy dulce, pero en lo demás era un viejo caballero español, muy alto y enjuto, de barba blanca y porte arrogante, con una cadena de oro cruzándole el chaleco, siempre tocado con un sombrero de ala ancha, como los que se estilan por aquellas tierras. A ella la recuerdo como una mujer muy elegante, de unos treinta años, rubia, muy blanca de piel; llevaba la melena recogida en una red. Tu tío Álvaro los vio en la cola, pero no se acercó a saludarlos, aunque tampoco los evitó. Llevaba el uniforme de falangista, con botas de media caña, correaje y pistola. Fue don Carlos quien se dirigió a él y le estrechó la mano con efusión y con esperanza. "Ya ve usted a qué situación nos hemos visto reducidos, Alvarito", le dijo. Don Carlos Omaña no evaluaba correctamente la dimensión del conflicto en que le había colocado el azar. Llevaba tantos años ausente del país que apenas lograba entender lo que estaba pasando. Había una guerra, sí, lo sabía, un conflicto terrible, pero creía que aún seguían existiendo las gentes de bien, las gentes de principios, el honor, el respeto por el buen nombre. No podía imaginar el exaltado fanatismo que se había desatado tras la liberación de la ciudad. Tan sólo una semana antes los últimos defensores, entre ellos tu tío, estaban casi persuadidos de que iban a morir, como otros muchos que habían caído a su lado y ahora, exaltados, buscaban quintacolumnistas por todas partes, seguían teniendo miedo y reaccionaban matando, fusilando. Don Carlos Omaña no era consciente del peligro en que se encontraba ni de dónde provenía ese peligro. Tu tío Álvaro les devolvió el saludo con cortesía e incluso les consiguió varias raciones de alimentos, al fin y al cabo eran personas de alcurnia, aunque no simpatizase con ellos.

»Don Carlos Omaña y su hija habían llegado de México en marzo de 1936 con el fin de vender algunas de sus propiedades en España. También aprovechaban la travesía para recorrer Europa en viaje de placer, París, Roma, Londres, lo que solían hacer los indianos ricos al regresar a Asturias, aunque ellos ya estaban demasiado arraigados en México para pensar en un retorno definitivo. Al contrario, pretendían hacer allí nuevas inversiones y por eso querían desprenderse de viejas heredades de la familia que aquí les resultaban improductivas, entre ellas la finca del hayedo, ya sabes, todos los terrenos colindantes con esta casa, los prados de la acequia, el bosque, y el caserío que había más allá del hayedo y que luego quedó unido al nuestro en una misma escritura. Pero de eso ya te hablaré más tarde. Los Omaña pertenecían a una antigua familia de terratenientes del occidente de Asturias, gente muy rica y noble, quiero decir con título nobiliario, no sé cuál, eran muy tercos y altivos. Según le oí contar a tu abuelo, el padre de don Carlos Omaña, o el padre de su padre, no estoy muy seguro, se enfadó con España entera tras el asesinato del general Prim y se marchó a México con toda su familia, pues al parecer se tomó aquel crimen como una afrenta personal. En México siguieron siendo una familia antigua, terrateniente, rica y altiva, pero de ideas liberales. En 1935, unos meses antes de su viaje, don Carlos Omaña había escrito a tu abuelo anunciándole su próxima llegada y su intención de vender varias fincas en Asturias, entre ellas la finca del hayedo, el caserío con todos los prados colindantes a nuestra propiedad. Tu abuelo le contestó mostrando interés por la compra. Tratándose de caballeros, le decía, no le cabía ninguna duda de que llegarían a rápido acuerdo en el precio y en las condiciones y, por lo que a los Atienza concernía, podía dar el trato por cerrado. Esas cartas se conservan aún, las tengo aquí mismo, en esta habitación, en uno de los archivadores que hay en ese armario, son documentos importantísimos y tendrás que familiarizarte con ellos. Sin embargo, don Carlos Omaña se demoró en su viaje por Europa. Las cartas están fechadas en el otoño de 1935, pero su hija y él llegaron aquí en el mes de marzo de 1936, cuando el Frente Popular ya había ganado las elecciones de febrero y el ambiente general del país era muy distinto. Fue entonces cuando yo los conocí, aquí, en esta casa. Estaban tomando el café en la sala de la chimenea, ya sabes que en aquella época el comedor estaba instalado en lo que hoy es tu habitación, y el café y los licores se servían en la sala de al lado. Poco después tu tío me contaría lo ocurrido aquella tarde, pero a ellos los recuerdo muy bien. Don Luis Meana me había mandado subir con la carpeta de la firma para tu abuelo y los pude ver a todos perfectamente desde la puerta: don Carlos Omaña y tu tío

Álvaro estaban de pie junto a la chimenea y los dos sostenían sendas copas de coñac en la mano. Tu madre, que entonces no tendría más de diecisiete o dieciocho años, y la hija de don Carlos estaban sentadas en el diván. Ella, cómo se llamaba la mexicana, sí, María Guadalupe, ahora me acuerdo, su nombre consta también en algunos documentos, pero ya no tengo memoria para nada, pues como te decía, la hija de don Carlos estaba fumando y a mí me impresionó, porque entonces no era frecuente ver fumar a una mujer, usaba boquilla de plata, ya te dije que era muy elegante. Mientras tu abuelo firmaba la correspondencia sosteniendo la carpeta de cuero sobre las rodillas, nadie pronunció una palabra, a mí me dio la impresión de que estaban tensos, demasiado serios y hieráticos incluso para gente de su clase, entonces yo creía que las personas de alcurnia eran siempre así, medio acartonadas, que en eso consistían la buena educación y los buenos modales. Pero habían discutido, lo supe por tu tío después. Tu abuelo había alegado que con los marxistas en el gobierno no tardarían en llegar las colectivizaciones de tierras y la abolición de la propiedad privada en España y que en las nuevas circunstancias la compra de las fincas era una operación suicida. Le pidió a don Carlos que le liberase de la palabra dada, a lo que éste accedió, aunque dejó claro que no compartía el pesimismo político de tu abuelo, que en el nuevo gobierno también había personas decentes y sensatas. Tras muchos circunloquios tu abuelo planteó una oferta de compra de las fincas casi en términos de hacerle un favor a los Omaña, para evitar que lo perdiesen todo cuando llegasen las colectivizaciones. Don Carlos Omaña manifestó que las condiciones expuestas le parecían humillantes y, aunque ambos pedían constantes disculpas a las dos damas presentes, la discusión subió de tono. Debió de ser en ese momento cuando aparecí yo con la carpeta de la firma, porque después la situación empeoró. Tu abuelo don Álvaro Atienza lanzó una ominosa diatriba contra don Manuel Azaña y contra la República, que María Guadalupe Omaña consideró injusta e insensata y se lo dijo. Los Omaña eran amantes del orden, pero liberales, y pese a la nobleza de su sangre, eran partidarios de las repúblicas, tanto en México como en España. Tu abuelo no podía dar crédito al hecho de que una mujer se atreviese a rebatir sus opiniones y manifestó que sólo los sagrados principios de la hospitalidad le impedían contestar debidamente a esa impertinencia. Para aliviar la tensión don Carlos Omaña reconoció que sí, que en efecto, que desde la proclamación de la República se habían producido desórdenes, incluso atropellos y abusos de las libertades, pero que de su reciente estancia en Madrid había deducido que la situación estaba bajo control y que lo más inquietante provenía sólo

de algunos pequeños grupos de extremistas y fanáticos, como los seguidores de José Antonio Primo de Rivera. Ahí se terminó la reunión. Tu tío Álvaro dio un paso al frente y gritó desafiante: “¡Yo soy falangista! –y añadió–: Pero los falangistas no esperamos que un extranjero comprenda a los verdaderos patriotas. Ni lo esperamos ni nos importa”. Don Carlos Omaña dijo entonces algo que le acarrearía funestas consecuencias: “Yo nací en España, soy español y siempre lo seré, español de rancia estirpe”. ¡Cuánto más le hubiera valido ser mexicano o de cualquier otro lugar! ¡Si al menos lo hubiera callado! La reunión concluyó así, no llegaron a las afrentas personales ni a los malos modos, pero se despidieron con extrema frialdad y sin llegar a ningún acuerdo acerca de las fincas. Esto ocurría en el mes de marzo o abril de 1936.

»Tu tío Álvaro los volvería a ver una vez más antes de comenzar la guerra, se encontró con ellos por casualidad, en el mes de junio. Álvaro entraba en el café Peñalba acompañado por Ignacio de Almar, ya sabes, el padre de tu amigo Rodrigo. Ignacio tenía unos cuantos años más que tu tío, pero también era falangista, de eso les venía la amistad. Pues como te decía, nada más entrar en el café se encontró con los ojos de María Guadalupe Omaña y no pudo evitar acercarse a su mesa a saludarlos, por pura cortesía. Ignacio de Almar lo siguió y Álvaro se vio obligado a hacer las presentaciones. Don Carlos los invitó a sentarse con ellos, no parecía guardar ningún rencor. Antes de que tu tío pudiera inventar alguna excusa, Ignacio de Almar ya había aceptado la invitación. A esas alturas los Omaña eran casi unas celebridades en la ciudad, sobre todo María Guadalupe. Llamaba la atención por su elegancia, por su acento susurrante y por su forma de fumar en boquilla de plata. Se hablaba mucho de ellos, pero muy poca gente los trataba y apenas hacían vida social, por eso Ignacio de Almar no desperdició la ocasión de dejarse ver en público con personas tan notables. Se sabía que habían venido de México con la intención de liquidar una gran parte del patrimonio que poseían en Asturias, que pasaban su tiempo entre notarios y registradores de la propiedad y que, en las últimas semanas, habían vendido dos viejos inmuebles de la calle Covadonga en condiciones muy ventajosas para los compradores, pero que aún les quedaban muchos más. Por supuesto, todo eso le interesaba mucho a Ignacio de Almar, pero ese día no hablaron de negocios ni casi de ninguna otra cosa. Álvaro forzó una despedida rápida en cuanto hubieron terminado el café y ya no volvió a ver a los Omaña hasta que los encontró en la cola de abastos. Tu tío aseguraba que Ignacio de Almar tampoco había vuelto a encontrarse con ellos, pero yo lo dudo. Algo debió ocurrir, si no resulta difícil

explicar tanta crueldad.

»Ya te mencioné que tu tío Álvaro, pese a haberlos saludado con frialdad, sacó a los Omaña de aquella cola de gente necesitada y consiguió para ellos varias raciones de comida en la trastienda del almacén. Don Carlos y su hija vieron entonces el cielo abierto ante sí y se entregaron por entero en manos de tu tío, al fin y al cabo eran personas de la misma clase social y los Omaña, como tantos otros iguales que ellos, confiaban mucho más en los vínculos de clase que en los de las ideas, que suelen ser inestables, pasajeras. Debieron de considerar que lo único que los había distanciado de los Atienza fueron simples ideas, nada importante, diferencias de opinión, pero que en lo sustancial pertenecían al mismo grupo, ambos provenían de familias antiguas y conocidas, la sal de la sociedad, y aunque ellos se sabían más nobles, más ricos y más estirados, condescendieron a mirar a los Atienza como a unos de los suyos, personas respetables como ellos, con parecidos intereses y por lo tanto amigos, especialmente este Alvarito Atienza, un joven tan guapo y tan entusiasta, con unos ojos azules tan inocentes, a quien el uniforme de falangista le sentaba tan bien, con aquellas botas de media caña relucientes. Don Carlos y María Guadalupe iban impecablemente vestidos, pero se les veía desmejorados y pálidos. Habían pasado los tres meses del cerco en el sótano de su casa de la calle de Santa Cruz, semiencerrados por miedo a los bombardeos, pues desde la planta principal oían el retumbar de los cañonazos en el Naranco y el paqueo de los tiradores más abajo, en la línea del frente, y María Guadalupe no lo podía soportar. Contaron a tu tío que habían sobrevivido de milagro, en gran medida gracias a los desvelos de los porteros de la casa, un matrimonio que se había portado generosamente con ellos. Nadie les había informado durante todo aquel tiempo de la existencia de ningún plan de evacuación de la población civil, llevaban tres meses sin salir de la casa y estaban ansiosos por regresar a México cuanto antes. Álvaro era la primera persona conocida con la que lograban hablar desde que había comenzado la pesadilla y no dudaban en dar gracias a Dios por aquel venturoso encuentro. Gijón estaba en manos de la República y aún se combatía allí, pero ¿sabía Álvaro si desde Vigo sería posible embarcar para América?; no les importaría tomar un barco con destino a La Habana o con destino a Nueva York, lo único que querían era cruzar el Atlántico, ¿podría ayudarles a conseguir salvoconductos para llegar a Portugal? Álvaro los acompañó hasta la puerta de su casa y prometió estudiar el asunto con cuidado, el viaje hasta Vigo presentaba muchas dificultades y había que calcular cada paso que se daba, pero les pidió que confiasen en él, que vería lo que se podría hacer y, sobre todo,

que no saliesen de casa si no era imprescindible, no fueran a ser detenidos por alguna patrulla, o incluso abatidos por francotiradores ahora que él había decidido tomarlos bajo su protección. Álvaro no había dejado de pensar ni un solo instante en la finca del hayedo, pero ellos se sintieron tan aliviados, tan confiados y tan agradecidos que María Guadalupe cometió entonces el mayor de los errores que podría cometer: el único hijo de los porteros de la casa, que tan bien se habían portado con ellos, había regresado del frente ocho días atrás, malherido en una pierna, seguramente tendrían que amputársela, pero si no recibía atención médica inmediata perdería la vida y sin embargo el herido se negaba en redondo a trasladarse a un hospital. Sus padres, los pobres, estaban desesperados, ¿no conocería Álvaro a algún médico de confianza que pudiera atenderlo?

»Ya te comenté que tu tío era un hombre muy impulsivo, muy valiente, incluso temerario, como él mismo decía, ni la propia María Santísima le obligaría a dar un paso atrás, sin embargo también era calculador, pensaba con rapidez y no demoraba nunca las decisiones. Bajo su apariencia de despreocupada extroversión ya entonces, con no más de veintidós años, escondía una voluntad de hierro y una enorme frialdad. Los tres meses de guerra lo habían insensibilizado por completo. No sé qué le pudo ocurrir de especial en ese breve período de tiempo, aparte de los avatares propios del frente. En los años siguientes volvió a entrar muchas veces en combate, en nuestra guerra y luego también en Rusia, con la División Azul, de donde lo repatriaron herido a los siete meses, pero a mí me confesó que de todas las muertes y las miserias humanas que había presenciado y en las que había participado, de todos los horrores de la guerra que había vivido y sentido, ninguno se podía comparar con el de aquellos tres primeros meses, durante el cerco de Oviedo. Yo creo que desde entonces ya no volvió a querer a nadie de verdad, que era incapaz de sentir la menor estima por otro ser humano, bueno, excepto por ti, a ti te quiso siempre, eras su ojo derecho, supongo que te acuerdas. Pero con los Omaña fue implacable y actuó con una astucia que parecía imposible para un joven de su edad. Ya en el primer instante, cuando los vio tan bien vestidos en la cola de abastos, tan elegantes en aquel contexto de miseria, se le había despertado un rencor en el pecho que a duras penas pudo controlar. Aquellas dos personas se declaraban republicanas, liberales, defensoras de Azaña, poseían una gran fortuna y se creían superiores a los demás y encima despreciaban a los falangistas por ser unos fanáticos, a los falangistas que como él mismo se estaban jugando la vida para salvar a la patria de las hordas marxistas y para salvar a gente como los Omaña. Su primer impulso

había sido detenerlos allí mismo y llevarlos a un lugar conveniente donde quitarles la careta antes de pegarles dos tiros. Pero se contuvo. Enseguida pensó en la finca del hayedo. Y en su padre. No debía enterarse de nada, no le permitiría interferir en sus planes, decidió que lo mantendría al margen. Tu abuelo no entendía a tu tío Álvaro y éste lo sabía. Durante la semana siguiente Álvaro no dejó de acudir ni un solo día a la casa de los Omaña, incluso varias veces al día. Les llevaba comida en abundancia y también medicinas para el herido, vendajes, calmantes, sulfamidas, pero se negó desde el principio a ser visto por él o por los porteros, porque no podía comprometerse hasta ese punto. Nunca dejaba de transmitirles los saludos de su padre, el cual si no había venido todavía a visitarles era porque se encontraba precario de salud, a veces les llevaba una botella de vino de su parte, decía sentirse muy preocupado por ellos. Los Omaña lo recibían todo con alborozo y gratitud, incluidos sus consejos. Les advirtió que no fuesen jamás a una farmacia a comprar ellos mismos las medicinas, pues sospecharían que tenían escondido a algún herido y eso sería su perdición, que en caso de empeoramiento ya vería él la forma de traer a un médico de confianza, le obligaría a pronunciar el juramento hipocrático, a veces tu tío tenía esos rasgos de humor, de humor negro se puede decir, porque el hijo de los porteros, un miliciano de la UGT, estaba destinado al pelotón de fusilamiento desde el mismo momento en que Álvaro tuvo noticias de él. Don Carlos le preguntó en una ocasión si eran ciertos los rumores de que se estaban produciendo en la ciudad fusilamientos sumarísimos y él le respondió que sí, que en efecto así era, pero no le dio más explicaciones. Don Carlos y su hija estaban persuadidos de que no sólo les deberían a los Atienza su libertad cuando por fin Álvaro lograse los salvoconductos que les estaba tramitando, sino que ya les debían la vida. Cuando sintonizaban en la radio emisoras inglesas o del bando republicano oían cosas tan terribles que no se hubieran atrevido a salir de casa aun sin los consejos de Álvaro. Ya no sabían cómo expresarle su agradecimiento. Un día, don Carlos Omaña lo hizo entrar en su gabinete en compañía de su hija y les pidió a ambos que se acomodasen. Don Carlos permaneció de pie, solemne, como contemplándolos desde una tribuna o desde un púlpito, con una mano extendida al frente para subrayar cada palabra: “Lo que voy a decirle requiere la presencia de mi hija, quien ya me ha expresado su acuerdo más entusiasta, pero sobre todo requerirá la comprensión cabal de usted y de su ilustre padre, y una pizca más de la probada generosidad que ambos nos muestran. Le ruego, le encarezco, que considere la proposición que voy a hacerle como surgida de las más nobles

intenciones, las cuales, tanto en mi fuero interno como en el de mi hija, son por completo ajenas a cualquier mercadeo o a cualquier pago de servicios, pues el servicio que usted nos presta, el de su amistad, no tiene pago posible y yo jamás osaría ofrecerle a cambio otra cosa que no fuese mi propia amistad y mi gratitud. Prométame que considerará mi proposición en esos términos, Alvarito". Don Carlos se volvió hacia un buró de caoba que tenía a su espalda y extrajo de él unos papeles. Era un mueble inglés precioso, con incrustaciones de marfil, yo mismo tuve ocasión de verlo unos días después. Con los papeles en la mano don Carlos Omaña continuó: "He redactado de mi puño y letra este documento. Lo he firmado y rubricado y también consta en él la firma de mi hija para dar testimonio de mi firme y libre voluntad. Por él cedo a su familia, representada bajo el nombre de su ilustre padre, la propiedad sobre la finca del hayedo completamente libre de cargas, así como el caserío y los demás anejos. Aquí están las escrituras y todos los documentos necesarios para que ustedes puedan legalizar la transacción cuando gusten, en el momento presente o más tarde, cuando las circunstancias lo permitan. No, no diga nada, no me responda todavía, no se trata de un regalo, no les ofendería a usted y a su familia con una simple y sospechosa donación. El documento tiene la forma de la compraventa y en él consta un precio que yo estimo justo. Y consta también que dicho precio ya lo he recibido. Porque lo hemos recibido con creces". Tu tío no aceptó, no pudo hacerlo, ya era demasiado tarde. Les expresó su gratitud por el gesto pero, por más que insistieron, se negó a recibir el documento. Pretextó que de ninguna manera podía hacerlo sin consultar antes con su padre. Don Carlos Omaña no se dio por vencido. Depositó cuidadosamente los papeles sobre el tablero del buró y dijo: "Estos documentos permanecerán aquí hasta que su padre de usted los acepte. Ruéguele usted en mi nombre, Alvarito, que no se ofenda, que lo haga por mi honor y por mis buenas intenciones".

»Así ocurrió. A tu tío le pareció asombroso aquel gesto, casi incomprensible, pero así ocurrió. Sin embargo ya era demasiado tarde para cambiar el signo de los acontecimientos. Aquel inesperado documento, en el que constaba el nombre de su padre y una fecha que no se ajustaba a sus planes, incluso podía representar un serio inconveniente para él. Desde el primer día, Álvaro había tenido al corriente de todos sus movimientos a Ignacio de Almar y éste había participado muy activamente en toda la trama. Con el pretexto de tramitar los salvoconductos para viajar y los permisos para salir del país, habían hecho firmar a los Omaña gran cantidad de falsos impresos y papeles en blanco, con los que pensaban componer tales

confesiones de conspiración y traición por parte de los Omaña que no dudaban hacerse con sus propiedades a cambio de dejarles marchar. Con todas las propiedades. Pero, conociendo a Ignacio de Almar y conociendo a tu tío, creo que nunca albergaron la menor intención de dejarles marchar. Ignacio de Almar ya por entonces era abogado, pero parecía increíble que Álvaro, un muchacho de pocos estudios, porque tu tío siempre había sido muy mal estudiante, lograse engañar a dos personas adultas y cultivadas, acostumbradas a recorrer mundo y frecuentar a altas personalidades. Pero el muchacho llevaba una pistola al cinto, mientras que los adultos llevaban el miedo en el alma, ésa era la diferencia. Aquella misma noche, sobre las tres de la madrugada, tu tío Álvaro e Ignacio de Almar se presentaron en la casa de la calle Santa Cruz al mando de un pelotón de falangistas armados. No era la primera vez que hacían esa tarea, al contrario, eso formaba parte de su trabajo habitual aquellos días. Tu tío no deseaba participar personalmente en la detención de los Omaña y bajó con unos cuantos hombres al semisótano, para detener a los porteros y a su hijo, el miliciano herido, mientras Ignacio de Almar se dirigía con otro grupo al piso principal en busca de los Omaña. Álvaro había advertido a sus hombres que el miliciano podía estar armado, que debían obrar con rapidez y precaución. Pero sólo necesitaron derribar la puerta de un empellón y los pillaron a los tres en la cama, a esas alturas, el miliciano ya sólo era un pobre muchacho inválido. Cuando los sacaban hacia los coches, al pasar al pie de la escalera principal, Álvaro oyó gritos y alboroto en la planta superior. Una de las voces era la de María Guadalupe. Profería insultos: “Canalla”, “abigeo”, y otros más. Tu tío no sabía lo que significaba la palabra “abigeo”, según me dijo, recuerdo muy bien ese detalle. Entonces oyó un tiro de pistola y a continuación dos detonaciones de fusil. Álvaro subió corriendo. Había dos hombres apostados en la puerta del piso, pero ésta permanecía cerrada. Uno de los hombres apuntó con el mosquetón hacia la cerradura y preguntó: “¿Entramos, mi teniente?”. “No, espera, hay que enterarse primero de lo que está pasando.” Álvaro llamó: “¡Ignacio, Ignacio!”. Tras unos instantes Ignacio de Almar entornó la puerta y le dejó pasar. Llevaba la pistola en la mano. “¿Qué pasa?”, preguntó tu tío. “Nada, que este majadero de Carvajo se ha cargado al viejo y lo ha echado todo a perder.” A ese Valentín Carvajo lo conocería yo justo al día siguiente. Era un hombre sin escrúpulos, un asesino nato, un degenerado. Apenas sabía escribir su propio nombre, pero no por falta de inteligencia ni de astucia, sólo el mirarlo daba miedo. Los Almar lo tenían como criado ya desde antes de la guerra, una especie de hombre para todo, e Ignacio lo trataba

como a un lacayo. Lo tuvo de asistente y protegido suyo durante toda la guerra, pero ni siquiera él lo pudo salvar cuando nos desmovilizaron. El tal Carvajo violó a una niña en Gijón y creo que murió poco después en la cárcel, de sífilis o de tuberculosis, no lo sé muy bien. Pero no me extrañaría que lo hubiera matado allí dentro algún preso republicano, pues había muchos que sabían de sus fechorías durante la guerra. Ése fue el hombre que asesinó a don Carlos Omaña, pero no el primero en disparar. Al parecer, María Guadalupe estaba insultando tan gravemente a Ignacio de Almar que éste no pudo contenerse y la mató allí mismo de un tiro de pistola en la cabeza. Carvajo debió de creer que ésa era la señal para intervenir, que su amo le daba permiso, y descerrajó dos tiros de mosquetón contra don Carlos. Yo no llegué a ver los cadáveres, pero sí las manchas de sangre, pues me tocó limpiarlas al día siguiente, junto a aquel asesino de Carvajo. Los cadáveres se los llevaron aquella misma noche y los enterraron en un lugar desconocido, los hicieron desaparecer. A los porteros y al miliciano los fusilaron en una cuneta y los abandonaron a la intemperie para que los enterrase algún campesino, ésa era su forma habitual de actuar. Según me confirmó Álvaro, el cuerpo de María Guadalupe estaba tendido en medio del salón donde solían recibirle a él cuando los visitaba, llevaba puesta una bata de terciopelo sobre el camisón y zapatillas. A su padre, Carvajo le disparó mientras estaba sentado en un sillón, también con un batín sobre el pijama. Todo indicaba que hubo alguna conversación entre ellos antes de que comenzaran los insultos y los disparos, pero tu tío no logró sacarle a Ignacio de Almar ni una sola palabra al respecto. Sin embargo yo siempre sospeché que Ignacio y los Omaña se habían visto después de aquel breve encuentro en el café Peñalba, que quizás habían iniciado conversaciones para cerrar algunas compraventas o que Ignacio y María Guadalupe se habían visto por algún otro motivo. Álvaro creía que no, pero no debía de fiarse demasiado, porque fue entonces cuando me hizo intervenir a mí, sobre todo para controlar y estudiar todos los documentos que se guardaban en el buró inglés. Ni Ignacio ni Álvaro se habían imaginado que hubiera allí tantos títulos de propiedad, todos puestos al día en el Registro y con los correspondientes poderes notariales para proceder a su venta inmediata, pues ésa era la tarea a la que don Carlos Omaña y su hija se habían dedicado durante los últimos meses. El documento manuscrito de don Carlos cediendo a los Atienza la finca del hayedo fue el que les dio la idea acerca de la forma en que se debía proceder.»

Se estaba haciendo de noche. Álvaro Atienza ya apenas podía

distinguir la mancha oscura del hayedo a través de las puertas entornadas del balcón. Las tardes de julio eran muy largas, pronto darían las diez. «Así que era eso –pensó–, robo y asesinato.» Su padre continuaba desgranando con pormenorizada contumacia la lista de las propiedades arrebatadas a los Omaña. Fincas rústicas y urbanas, casas y caseríos situados en los más remotos lugares de la provincia eran descritos por él con la precisión de un agrimensor y los tecnicismos jurídicos de un notario: áreas, hectáreas, predios, aparcerías, usufructos, todo había quedado grabado en su memoria, todo excepto la culpa. Don Melquiades relataba aquellos crímenes horrendos como un mero espectador, como si los hubiera leído en el periódico. Se le veía fatigado. A través del balcón comenzaba a entrar aire fresco y Álvaro se levantó para echar la falleba. El alevoso asesinato de los Omaña y la salvaje crueldad de su tío Álvaro no le habían causado el mismo efecto insoportable que las historias de amor del día anterior, al menos no le habían hecho vomitar sobre las hortensias. Eran otra cosa, lo comprendía mejor. Casi entendía a su tío. «Una alegre maldad», pensó. Por poniente el cielo se había coloreado de púrpura. Recordó de pronto uno de sus artículos en *Poetas Salvajes,* hacía ya tantos años, donde había escrito: «Nunca escribáis la palabra "crepúsculo", pues así es como los malos poetas nombran lo que no entienden». Le sorprendió recordar también que en aquel artículo tan provocativo había mencionado a su padre, si bien de forma puramente retórica, fantástica. Comenzaba contando que, siendo él un niño, su padre le había llevado un día a lo más alto de un monte, al atardecer. Al llegar a la cima, le ordenó mirar fijamente hacia el horizonte y se apartó unos metros de él, «porque –le dijo– para mirar el mundo cara a cara un hombre debe estar solo». Durante largo rato los dos contemplaron en silencio el lento declinar del sol tras las montañas. Sus últimos rayos arrancaban destellos irisados de los lejanos picachos cubiertos por la nieve. En el horizonte el cielo se puso rojo, luego púrpura y más tarde violeta, mientras sobre sus cabezas se iba extendiendo un profundo manto azul perforado por las primeras estrellas. El niño intentó hablar, buscaba la forma de conjurar aquel hechizo que le daba miedo. Fue entonces cuando su padre le dijo: «Calla, no digas nada, sé valiente y soporta la belleza. No pronuncies jamás la palabra "crepúsculo", pues ésa es la forma en que los malos poetas nombran lo que no entienden». Y también había escrito: «Los malos poetas son malas personas, gente cobarde». Atienza se preguntaba ahora si su padre habría llegado a leer alguna vez aquel artículo.

Cuando volvió al sillón, el cuarto se había quedado casi a oscuras.

Su padre encendió la lámpara de la mesilla de noche y Álvaro observó que al pie de la lámpara había dos libros suyos, *El arte de la prudencia* de Baltasar Gracián y los *Aforismos* de Lichtenberg. El anciano notó su gesto de sorpresa:

–A veces cojo algunos libros de tu biblioteca para matar el aburrimiento, paso aquí tantas horas solo. Espero que no te importe.

–No, no, al contrario, no me importa en absoluto, puedes coger todos los que te apetezcan.

–Ahora me encuentro un poco cansado. Si tu hermana no ha subido aún con la cena es porque sabe que estamos hablando y no nos quiere interrumpir, pero si te parece, mejor continuamos mañana, aún me queda por contarte lo más importante.

–Sí, claro, de acuerdo, has hecho un gran esfuerzo. Pero dime, ¿sabe Teresa todo esto que me has contado?

–No, no, nunca le revelé nada de todo ese horror, ni a ella ni a tu madre. Pero sí sabe que los Almar nos tienen en sus manos respecto a la transmisión de las propiedades, eso ya se lo conté hace tiempo. Mañana te lo contaré a ti, hijo, tu tío murió en muy mal momento, cuando más lo necesitábamos.

Álvaro salió de la habitación de su padre y bajó hacia el comedor, donde esperaba encontrar la cena lista. Sentía hambre. El relato de hoy no le había alterado tanto como el del día anterior, quizás porque esperaba aún algo peor que el robo y el asesinato, quizás porque siempre había sospechado que su familia escondía crímenes horribles, no vulgares crímenes de sangre, sino la corrupción de la sangre misma, su mezcla incestuosa y degradante. En ciertos períodos de su adolescencia había llegado a pensar que él era el fruto de esa degradación incestuosa y que su tío Álvaro era su verdadero padre, que por eso lo quería tanto, que por eso no se había casado, que por eso él era un ser deforme y puro, que por eso en su familia todos eran tan desdichados. Lo había sospechado y también lo había deseado: él era la consecuencia de una transgresión biológica y el castigo de un delito moral. Ninguna otra cosa explicaría mejor su monstruosidad y él no hubiera podido soportar aquellos terribles dolores que la columna vertebral transmitía hasta los últimos rincones de su cuerpo, ni mucho menos el frío dolor que habitaba en el centro de su alma, sin algún género de explicación. Jamás habría aceptado todo aquel dolor sin un motivo, nunca se resignaría a ser el mero fruto de un error biológico, un capricho de la naturaleza, una trivial casualidad. Lo lógico era un crimen. Transgresión y delito, aunque no sabía cuál. Había sospechado del incesto, y ahora se encontraba con el asesinato y con el robo. Y por encima de todo se encontraba con el

ocultamiento, con el engaño y con la mentira, las nobles virtudes que presidían el escudo familiar. Hasta su padre se aferraba aún a una historia de amor para sobrevivir, porque para sobrevivir eran capaces de cualquier cosa, mentir, mentirse. También su hermana, ella también. Una historia de amor a cualquier precio, una historia de amor para poder matar, robar, mentir. Pero no había que engañarse al respecto, no había que entusiasmarse. Engañar a otro, pero no engañarse a uno mismo. Él no lo haría. Ahora se sentía bien, incluso animado. Su tío Álvaro jamás había tenido una historia de amor. Volvió a recordar la frase de Nietzsche: «Una alegre maldad».

Al pie de la escalera, Teresa subía con la cena de su padre en una bandeja. Álvaro se hizo a un lado para cederle el paso, pero ella se quedó quieta. Lo miró fijamente a los ojos y él sostuvo la mirada. El vaso y la jarra que había sobre la bandeja produjeron un levísimo tintineo y Álvaro se dio cuenta de que a su hermana le temblaban las manos.

–No es lo que piensas –dijo ella por fin.

–Yo no pienso nada, eres una mujer libre y adulta y puedes hacer lo que quieras, nadie tiene derecho a censurarte.

–Pero no es lo que piensas –repitió–. Le quiero de verdad. Es toda mi vida.

–Yo no te censuro ni te reprocho nada.

–Pero te burlas.

–No, no es cierto. Sólo me sorprendió, eso es todo.

Teresa apartó la vista de su hermano, pero no se movió del lugar donde se encontraba. Sus ojos se humedecieron.

–Y él también me quiere. Pero no sé qué hacer. De verdad, no lo sé.

Álvaro descendió los dos escalones que lo separaban de su hermana y la tocó levemente en el codo, como para invitarla a subir.

–Se arreglará –dijo–, de una forma u otra se arreglará, a veces de la manera más inesperada. Yo también tengo problemas, pero estoy buscando una solución, a lo mejor también te sirve a ti, nunca se sabe.

Teresa comenzó a subir las escaleras.

–Sí, quizás sí –musitó. Unos peldaños más arriba, como si estuviese hablando consigo misma, añadió–: Pero es casi veinte años más joven que yo.

Álvaro pensó: «Ya todos son veinte años más jóvenes que nosotros», pero no respondió. Recordó con nitidez los labios de Verónica Galindo diciéndole: «Aunque tú no te acuerdes de mí, yo ya sé quién eres. Te he visto antes en dos ocasiones». Tenía un acento un poco recortado, propio de los madrileños de varias generaciones, pero su voz era dulce. Álvaro recordaba el tono de su voz y el suave movimiento de

sus labios al hablar, pero no sus ojos, no había podido mirarla a los ojos. Después, ya en la moto, pensó: «Hubiera sido igual que mirarle la entrepierna, no consentiré que esto ocurra otra vez».

Había ocurrido sólo dos días antes en el restaurante Cabo Peñas. El encuentro le tomó tan desprevenido que había sido incapaz de soportarlo. Desde el primer instante, cuando Molina levantó un brazo para llamar su atención, cuando ya acercándose a la mesa observó que Molina no estaba solo como él esperaba, cuando le tendió la mano y él reconoció a la persona que lo acompañaba, cuando se dio cuenta de que ella le sonreía, desde ese larguísimo primer instante ya había sentido la inaplazable necesidad de huir. Sin embargo se había sentado a su lado. Pronunció algunas palabras, pocas, ya no las recordaba inmediatamente después de haberlas dicho, y comenzó a desconfiar de sus propios ojos. Temía que se posaran donde no debían y hacía esfuerzos para controlarlos. Necesitaba una excusa para marcharse, pero no la encontraba, no estaba acostumbrado a ser cortés, ella llevaba los brazos desnudos y también los hombros, probablemente vestía una camiseta de tirantes, no lo recordaba, no se había atrevido a mirarla de una manera tan frontal, sólo percibía la textura de su piel y, cuando ya no pudo soportarlo más, se levantó y dijo: «Lo siento, tengo que marcharme, me ha surgido un imprevisto y no puedo acompañaros a cenar, nos veremos otro día, hasta pronto, adiós. Hasta pronto». Luego, en la moto, dejó que el aire le azotase el rostro, incapaz de pensar. No estaba seguro de si arreciaba el viento o era él quien incrementaba la velocidad, se le escapaban lágrimas por la comisura de los ojos y las notaba deslizarse sobre las sienes, pero no lograba saber si se las arrancaba el viento o era él quien lloraba. Comenzó a llover. No se detuvo para ponerse el casco y el impermeable. Las gotas de lluvia lavaban su rostro con una dignidad que jamás tendrían las lágrimas. Decidió aplazar todo cálculo y en lo posible todo pensamiento. Aminoró la velocidad. El motor de cuatro tiempos de la Norton producía un sonido reconfortante bajo la tormenta. Amaba aquella moto, era obediente, sutil, poderosa, noble, incapaz de engañar o de sentir vergüenza por su porte, orgullosa de su vejez, conocedora de sus límites, satisfecha con la simplicidad de sus robustos mecanismos, fiel a su dueño desde hacía ya catorce años, inglesa. Tahar se la cuidaba con verdadera devoción, siempre se la tenía puesta a punto, limpia y reluciente, y gozaba como un niño cada vez que le surgía la ocasión de subir en ella. Era un buen muchacho, Tahar. Tenía buen carácter, alegre e inteligente. ¿Qué habría de ser de él cuando vendiesen la fábrica?, jamás le había escuchado hacer planes de futuro. Le exigiría a Molina que le diesen un puesto en la

nueva empresa, Tahar era una persona que servía para todo y era prudente y fiel. No le había hecho la menor pregunta o insinuación durante aquellas largas tardes en la furgoneta, cuando perseguía y fotografiaba a Verónica Galindo. Verónica Galindo. Álvaro Atienza sintió que jamás sería capaz de tocarla, que lo que le había ocurrido en su presencia le ocurriría siempre.

La lluvia amainó, pero ya no le importaba. Había cierto deleite en la desesperación, un deleite que surgía precisamente de la extremosidad, de la conciencia de haber sobrepasado ya todo límite y todo autodesprecio, de no tener ya nada que perder. Quizás en eso consistía la idea de morir que tantas veces le había consolado, que ya todo da igual. Enfiló el camino de la casa bajo la doble fila de plátanos trenzados, estaba tan mojado que el agua ya no podía significar nada para él, sin embargo se entregó a esa inútil libertad: mojarse más. Detuvo la moto frente a la casa y levantó el rostro hacia el cielo. Buscaba algo de energía tras aquel sentimiento de libertad sin objeto, quizás pensaba que de la lluvia redundante le llegaría un nuevo impulso, algún motivo para continuar, un nuevo estímulo. Pero el agua no se moja a sí misma. La Norton ronroneaba dócilmente bajo su cuerpo. No quería pensar, habría otros días, pero esa noche no quería pensar, sino ser lluvia. La moto le transmitía levísimos espasmos en los muslos. Olvidó la lluvia. Concibió la moto como a un ser humano y se abandonó a sus caricias, a la constancia de su afecto, a su fidelidad sin exigencias. Se permitió pensarla con ternura, con agradecimiento, y no por ello se sintió más débil. Comenzaba a recuperarse. No metió la moto en el garaje, sino bajo el cobertizo, frente a la garita de Tahar, para que éste pudiera limpiarla al día siguiente a primera hora.

El motor de la Norton quedó en silencio y en su lugar notó el estrépito de la lluvia sobre los tejadillos de zinc y el chapoteo de los canalones. De los cristales superiores de la garita de Tahar salía una tenue luz amarilla. Álvaro se dirigió hacia allí en línea recta, sin preocuparse del barrizal que se había formado en torno a la nave. Abrió la puerta de la garita sin llamar. Había un reducido espacio ocupado por algunas cajas, una pequeña mesa y, en un rincón, un hornillo de gas y unos cuantos cachivaches de cocina colgados de clavos en la pared. Más adelante se alzaba una mampara de cristales esmerilados que configuraba la garita propiamente dicha, un habitáculo que Tahar había habilitado como dormitorio y en la que aún se conservaban una pequeña mesa de despacho y un tablero de corcho en la pared, donde en otro tiempo se sujetaban con chinchetas los partes de transporte y las salidas y entradas de almacén. Del techo pendía una pantalla redonda con una bombilla tan débil que, aun

encendida, dejaba ver la dentadura de sus filamentos. Sentado en una silla bajo ese foco inmóvil y amarillo, Tahar lo miraba con ojos desmesurados. A horcajadas sobre él y de espaldas a la puerta, Teresa Atienza jadeaba y gemía con breves movimientos espasmódicos. Álvaro quedó paralizado. Por supuesto, lo que estaba presenciando era imposible, una escena de amor. Una escena de sexo relacionada con su hermana. Pero era real. Los faldones de la bata de raso de Teresa barrían el suelo y de ellos emergían dos muslos blanquísimos que subían y bajaban apoyándose en las puntas de los pies, mientras ella exclamaba: «¡Dios mío, ay, Dios mío de mi vida!». Los ojos de Tahar no podían apartarse de los ojos de Álvaro, ambos parecían estar contemplando una visión sobrenatural.

Once

La noche del 30 de julio, Floro Santerbás no durmió, pero en esta ocasión se debía a su propio deseo: no quería dormir. Temía que el sueño debilitase su determinación, como había ocurrido tantas veces a lo largo de su vida, y que la molicie de la mañana, el mal humor o las pocas ganas de levantarse de la cama disipasen las firmísimas resoluciones que había adoptado. Al amanecer se sentó frente al escritorio para trazar la estrategia que habría de seguir. Dicha estrategia se componía de dos movimientos tácticos y trazó una línea que dividía la hoja en dos columnas. La primera columna la tituló: «Acercamiento»; la segunda: «Temas de conversación». En ciertos puntos ambos movimientos se superponían, pues en cuanto estuviese cerca de ella debería tocar algún tema de conversación interesante para retener su atención durante un rato, así que debajo de «acercamiento» añadió «y retención». Luego trató de hilvanar el discurso inicial. Debería ser coherente y persuasivo, pero no demasiado agresivo, tendría que evitar alarmarla, que no percibiese en él un repentino y sospechoso cambio de actitud. Iría poco a poco, comenzaría por algún tema general, algo puramente circunstancial, y luego, mediante hábiles fintas, llevaría la conversación a territorios más personales. Según le había contado Teresa Atienza, Adelina lo consideraba muy trabajador, ¡a él!, ¡y además creía que estaba escribiendo una obra maestra! Comenzaría hablándole de literatura, sí. Le pediría disculpas por no haber podido terminar todavía aquella novela francesa sobre la Santísima Trinidad y continuaría hablando de literatura, en general. Pedirle disculpas le pareció muy buen comienzo. Pero después llegaría a la verdad, le hablaría de él, de sus sentimientos, sin engaños, sin mentiras, sin subterfugios, engañar a Adelina sería como engañarse a sí mismo y eso ya no se lo consentiría nunca más. ¿Pero cómo retenerla a su lado el tiempo suficiente para llegar a ese momento? Ya estaba: la invitaría a cenar. Estrujó en la mano la hoja de papel, donde no había escrito nada a excepción de los títulos, se quitó los zapatos y se tumbó sobre la cama contento y relajado. Quizás se adormiló un momento, pues al incorporarse recordó vagamente que había estado soñando, y que en el sueño había sentido un fuerte olor a gas, un olor que no estaba solamente en el interior del sueño y que le despertó. Pero no era gas. Era el inmundo olor a pies que despedían sus propios pies. Se levantó aterrado, con

náuseas. En el transcurso de aquella noche de delirio, su cuerpo se había convertido en una fétida pocilga.

Sobre las once de la mañana, con gran sorpresa y alborozo de su tía Margarita, que incluso telefoneó a su hermana a la tienda para comunicarle la buena nueva, Floro se dio un baño tan relajante que llegó a roncar dentro de la bañera. Se puso ropa limpia y se fue a la peluquería, donde volvió a roncar mientras le cortaban el pelo y le afeitaban. Cuando el barbero terminó con esas tareas, estaba tan atolondrado que una señorita aprovechó sus balbuceos para hacerle la manicura y darle un masaje facial. Después de comer se sentó delante del televisor y se quedó dormido casi inmediatamente. A las siete se despertó con gran sobresalto. No recordaba lo que había soñado, pero en su mente flotaba una imagen muy viva: se veía a sí mismo tendido bajo un futbolín, encenagado en sus propios orines, con una obtusa expresión de estupor en el rostro. Le resultaba insoportable, pero poco a poco su ánimo se fue restableciendo gracias al perfumado olor que exhalaba su cuerpo; a juzgar por la factura de la peluquería muy bien podrían haberle bañado en afeites de Oriente y leche de burra, como a Popea.

Durante el trayecto hasta la biblioteca Floro repasaba mentalmente todos los movimientos tácticos y las palabras que tenía que pronunciar. Si, como esperaba, Adelina estaba sola en su despacho de cristal, le diría: «Hola, Adelina, estos días no he podido venir por la biblioteca debido a graves imponderables familiares, pero me gustaría mucho hablar contigo (mejor que "necesito" hablar contigo), ¿aceptarías cenar conmigo esta noche?». Si había alguien con ella en el despacho, le diría: «Por favor, Adelina, ¿podría hablar contigo un momento a solas?». Entonces saldrían al pasillo y, en voz un poco más baja, le diría la primera frase, subrayando lo de los «imponderables familiares», asunto que podría desarrollar más adelante como un tema autónomo. Si esa noche ella no podía debido a algún compromiso previo, daba igual, pues la proposición serviría para cualquier otro día y cualquier otra hora, para comer, para tomar un café, para dar un paseo, etcétera, estaba seguro de poder adaptar su fórmula a cualquiera de esas variantes. Había una sola variante para la que no se había preparado, pues ni siquiera la había previsto: que Adelina Valle contestase simplemente «no», sin poner ningún pretexto para rechazar o demorar su invitación. Floro se había enamorado de Adelina Valle como otros se enamoraron de Marilyn Monroe, sólo para soñar, y como ellos jamás había albergado la menor intención de viajar a Hollywood para decírselo. La había amado desde la adolescencia sin ninguna clase de realismo y ese sentimiento había sobrevivido en el

corazón de sus sueños como un rasgo de identidad, un espacio emocional y onírico en el que se reconocía a sí mismo a través del tiempo, un rincón de la memoria sentimental que ya formaba parte de su autoestima. Era un amor de tal naturaleza que no precisaba en absoluto de la participación de la persona amada, la cual cumplía sobradamente su papel con el mero hecho de existir. Pero además, la Adelina Valle de ese universo onírico siempre se había plegado a todos los deseos de Floro, no ya con docilidad, sino con entusiasmo, con inteligencia o con encanto, según correspondía a la ilusión amorosa en que había sido requerida. De alguna manera, Floro la consideraba conocedora y cómplice de los más íntimos secretos de su alma y, pese a no haber hablado con ella más que de trivialidades circunstanciales, la tenía por íntima amiga. Desde luego, él estaba dispuesto a dar su vida por defenderla, ayudarla o favorecerla, sobre este punto no había ni que pensar, y daba por supuesto, sin habérselo planteado nunca conscientemente, que ella le profesaba un afecto similar, como si los buenos sentimientos fuesen espejos, entidades que por su propia naturaleza reclaman la reciprocidad. A lo largo de las últimas doce horas no había llegado a plantearse la posibilidad de que Adelina dijese simplemente: «No».

Entró en la biblioteca y afrontó las escaleras con la ciega determinación de un toro, como si en vez de subirlas las embistiera. En su cabeza no cesaba de bullir la frase. «Adelina, ¿quieres cenar conmigo?» Se la repetía una y otra vez no por miedo a olvidarla, sino por miedo a su propio temor de pronunciarla y se aferraba a esas palabras como quien se aferra a un salvavidas en el mar, pensando que cualesquiera otras dejarían de sostenerlo a flote y hundirían su propósito hasta el fondo de la indecisión y el abandono. Con los ojos puestos en los escalones Floro no cesaba de repetirse: «¿Quieres cenar conmigo?». Hasta que una voz llegada desde arriba lo detuvo en seco:

–Pero, Floro, ¿cómo llegas tan tarde? Estamos a punto de cerrar.

Era la voz de Adelina Valle. Estaba parada dos peldaños por encima de él, con unos libros en la mano y el bolso colgando del hombro.

Floro la miró. Sin esperar a tomar aliento pronunció las palabras que habían estado bulléndole en la mente durante toda su vida:

–Adelina, ¿quieres casarte conmigo?

Iba a añadir «esta noche», pero, tras haberse oído a sí mismo, se quedó paralizado. Le faltaba el aire. Abrió desmesuradamente la boca para respirar. Adelina ya había iniciado el movimiento de descender un escalón y su pie se quedó suspendido en el aire durante una eternidad. Se llevó una mano a la cara y empezó a reír. Floro sintió cómo se le paralizaba el corazón. Estaban muy cerca el uno del otro,

Adelina en el peldaño superior. Apartó la mano de la boca y acarició a Floro en la mejilla apenas con las yemas de los dedos.

—¡Pues claro que sí, tonto!, ¿cómo no voy a querer?

Aquella levísima caricia fue el único contacto físico que se produjo entre ellos, pero en el trayecto existente entre la biblioteca pública, situada en la plaza del Fontán, y la casa de Adelina Valle en la calle de Fruela, a no más de ciento cincuenta metros, emplearon dos horas y media. El tiempo había dejado de existir para ellos, ¡qué facilidad de palabra para hablar de cualquier cosa!, ¡qué interesantísimas las nimiedades que se contaban! Floro no hizo uso de ninguno de los temas de repertorio que llevaba preparados y, sin embargo, ¡qué brillante elocuencia!, ¡con qué espontáneo júbilo se reía Adelina ante sus múltiples ocurrencias!

Adelina tenía cuatro años más que Floro, pero se hubiera dicho que la diferencia de edad era a la inversa. De no ser por el exagerado grosor de sus lentes tintadas debido a la fotofobia, Adelina habría destacado como una mujer atractiva, pero la miopía había troquelado en su rostro una expresión de esfuerzo que le fruncía las cejas y le torcía levemente la boca hacia un lado. Las personas que no la trataban lo suficiente tendían a pensar que era una mujer de mal carácter, pues su expresión podía ser tomada como gesto de enfado, o de rechazo, o incluso de autoritarismo, rasgos todos ellos contrarios a su verdadero carácter tímido y reposado. La miopía no sólo le había negado el acceso a los perfiles de las cosas y a la sutileza de los gestos, también había colocado en su rostro una barrera contra la simpatía, no sólo la había aislado de la luz, sino también de los afectos. Adelina no tenía muchos amigos, pero tampoco se había esforzado demasiado en buscarlos y seguía tratando casi a las mismas personas que ya conocía cuando iba al colegio, Teresa Atienza, Covita de Almar y algunos otros asiduos del Club de Tenis. Se había quedado un poco anticuada incluso entre sus anticuados amigos, no era una mujer de su tiempo, como tampoco había sido una joven de su tiempo en los años sesenta, y ya a los dieciséis años parecía anticuada y un poco ñoña. La ropa que usaba no contribuía a destacar sus largas y bien formadas piernas ni su todavía esbelta cintura. Covita de Almar se lo había repetido muchas veces: «Hija, parece que te viste el enemigo, ni que lo hicieras adrede para quedarte a vestir santos».

Adelina informó prolijamente a Floro acerca del viaje que emprendería al día siguiente con sus padres. Iban a pasar el mes de agosto en Denia, donde al parecer garantizaban el sol por escrito a los compradores de chalets y su hermano Tino tenía uno enorme. Harían el viaje en avión hasta Madrid, donde Tino los esperaba con el coche,

y continuarían hacia la costa directamente desde el aeropuerto. Adelina estaba preocupada por el esfuerzo que supondría semejante viaje para sus padres, ya largamente octogenarios, por el calor que encontrarían en Madrid y también por el mes insoportable que la esperaba. No hablaba con simpatía de su hermano. Todos los años los obligaba a realizar ese viaje insensato y, a juicio de Adelina, sólo lo hacía por pura mala conciencia, porque el resto del año jamás se acordaba de ellos, tan ocupado con la clínica de Madrid. El verano en Denia resultaba un infierno, la casa abarrotada de bulliciosos adolescentes, los desplantes de su cuñada, persona a quien no comprendía en absoluto, y con aquella luz del Mediterráneo que a ella la dejaba prácticamente ciega, mientras su hermano, el eminente oftalmólogo, replicaba que sólo se trataba de una sugestión psicológica. Adelina añoraba el regreso a su casa de la calle de Fruela incluso antes de abandonarla. Siempre habían vivido en aquel piso enorme, el mismo en el que su padre había pasado consulta como oculista durante décadas de éxito profesional. Aún se conservaban intactos todos los instrumentos de óptica, el repertorio de lentes, e incluso las salas de espera para los pacientes, tal y como habían quedado quince años atrás, cuando el doctor don César Valle se había jubilado. «Tendrías que verlo –decía Adelina–, hay algunos aparatos que son preciosos, de caoba, con ajustes mecánicos que sólo se fabricaban así en Jena, antes de la guerra, nunca dejo que se les acumule el polvo, aunque ya sabes que la pobre Julita está aún más vieja que mis padres, pero no nos animamos a enviarla a una residencia, ya estaba empleada en casa cuando yo nací.» En lo tocante a los asuntos familiares, Floro también disertó durante un rato acerca de la angina de pecho de su madre, para ser el primer encuentro de dos enamorados no se podría decir que les faltasen interesantes temas de conversación. Sin embargo, también iban entrando poco a poco en el territorio de los sentimientos.

Adelina hablaba rodeando las cosas con palabras, como con miedo a tocarlas directamente y moverlas de sitio, como con miedo a romperlas, pues sin duda eran de cristal y tenían reservado su lugar exacto en los compartimentos de su corazón y de su cordura: la soledad, la menopausia, Dios, el amor, la pérdida de toda esperanza. No las mencionaba de manera frontal, se deslizaba sobre ellas delicadamente, pero no cabía ningún equívoco acerca de lo que estaba hablando ni en qué consistían sus verdaderas preocupaciones y Floro cayó pronto en la cuenta de que sus circunloquios no eran fruto de la ignorancia o del temor por los conceptos, sino efecto del pudor. No era vergüenza lo que impedía a Adelina nombrar las cosas sin

necesidad de rodearlas con un vallado de palabras, sino delicadeza consigo misma y respeto por su interlocutor, a quien evitaba abrumar con afirmaciones contundentes. Floro pensaba al escucharla que esa delicadeza le emanaba directamente de las manos, cuyos movimientos, lentos y contenidos, inspiraban ternura y comprensión y le transformaban también a él en un hombre comedido, prudente y tan sumamente cortés que apenas se le ocurrían otras respuestas que: «Estoy totalmente de acuerdo», «tienes toda la razón». En cierto momento Adelina le expuso metódicos y sutiles argumentos en contra del celibato de los sacerdotes católicos, estado en el que muchos hombres de buena fe quedaban recluidos y casi condenados a un amor abstracto y místico por Dios y por la humanidad que, al cabo de los años, por su impersonalidad y por su falta de respuesta, no terminaba sino convertido en un sentimiento de pérdida y de tristeza, cuando no en simple autoengaño, frustración y esterilidad. Ambos sabían que Adelina no hablaba de ningún dogma de fe, sino que aludía delicadamente a su propio corazón: ella ya nunca podría tener hijos, era demasiado tarde, pero ¿sería ya demasiado tarde para todo lo demás? Floro respondía con inconsciente devoción: «No, no, de ninguna manera, nunca es demasiado tarde», pero Floro siempre había sido un optimista por carácter y por vocación, incapaz de afrontar sin desmayarse los más pequeños flecos de la realidad, y no cesaba de admirar la dulce serenidad con que Adelina afrontaba unas ideas que deberían haberla sumido en la desesperación. Porque lo que venía a decirle en definitiva era que toda su vida había sido un error, una oscura y contumaz confusión llena de barato misticismo, un sueño de horarios rígidos, aburridas monografías sobre el Siglo de Oro y candorosa entrega al bienestar de sus padres, un sueño del que se había despertado cuando un indeterminado día dejó de venirle la regla y ya era tarde para rectificar, porque quizás ya era tarde para todo. Incomprensiblemente ese día, que no fue ningún día concreto, ningún instante preciso, comprendió que se había equivocado y que todo había sido un lamentable error. Como san Pablo, sólo que al revés, Adelina había tenido una súbita revelación: Dios era imposible. O, mejor dicho, «ya» era imposible. Prácticamente todo era imposible excepto continuar, seguir adelante sin avanzar un paso, sobrevivir, fingir que no había ocurrido nada. Sus padres podrían no haber sido sus padres, su vida podría haber sido otra, pero era preciso fingir que no. Ahora que todo era irremediable, ¿de qué serviría corregir aquel enorme error?, ¿qué dirección tomar que no fuese aún más espantosa? Nunca había comprendido la mortificación ni siquiera en los santos y no iba a comenzar ahora a mortificarse. Pero, algunas veces, mientras

clasificaba y documentaba libros frente a su mesa en la biblioteca, levantaba la vista, se ajustaba las gafas y veía a Floro Santerbás borrosamente, allí al fondo, leyendo. Entonces sentía un estremecimiento y se decía: «¡Qué pena!».

Floro le preguntó:

–¿Es verdad que te has hecho librepensadora?

Y ella contestó:

–Sí.

Fue emocionante.

De pronto Adelina miró el reloj y se asustó. Estaban parados justo delante de la puerta de su casa.

–¡Huy!, si son las diez y media pasadas. Mis padres creerán que me ha atropellado un coche.

Antes de entrar se volvió hacia él y le sonrió:

–Adiós, Floro.

–Adiós.

No se tocaron para despedirse. Cuando la puerta se cerró tras ella, Floro repitió:

–Adiós, amor mío.

Sabía que ella no podría oírlo.

Durante el mes de agosto Floro descubriría un nuevo género literario al que se entregó con fruición: las cartas de amor. Lástima no haberle pedido a Adelina su dirección en Denia. No pudo enviárselas, pero esa minucia no alteró ni un solo día su exaltado ánimo literario ni su voluntad de estilo, en el que, por cierto, se le estaba colando de rondón cierta propensión al ripio y a la cursilería, a él, que se consideraba hijo predilecto de Baltasar Gracián. Pero la exaltación de los sentimientos había comenzado ya ese mismo día, dos minutos después de despedirse de Adelina. Ni se le ocurrió ir al billar del Mercurio o a cualquier otro lugar. Tomó la dirección de la calle Uría, se metió las manos en los bolsillos y dejó que sus pies le llevaran donde les pareciera por el centro de la ciudad. Los antiguos y nobles edificios pasaban a su lado como si los estuviese contemplando desde un tranvía: el palacio de la Diputación, sede de la Junta del Principado, la casa modernista del Termómetro, la plaza de la Escandalera y, al fondo, como queriendo pasar desapercibida, la recatada elegancia del teatro Campoamor. Hacía ya tiempo que Floro no experimentaba esa agradable comunión con la ciudad, por lo menos desde aquella tarde de abril, mientras acudía a su cita con Arbeyo y todavía era capaz de disfrutar del sol y de las viejas piedras, antes de verse implicado en aquella desasosegante trama de

compraventas, confidencias y espionajes, cuya urdimbre aún no había logrado comprender. Pero ahora había recuperado de nuevo su ciudad. Estaba más limpia, más cuidada, más pintada y ornamentada, con las calles decoradas con arbolitos y macetas, pero por debajo Floro seguía viéndola también con los ojos emocionados de la memoria, como si hubiera ante él varias ciudades superpuestas, capaces de conservar y transmitirle luego todo el cúmulo de sensaciones en que consistía su vida. Ahora la ciudad se vestía de jardín, pero Floro aún podía percibir en su memoria el peculiar olor a gas que desprendían las viejas farolas del alumbrado público, los humos de las locomotoras de carbón que se difundían desde la Estación del Norte y desde la de Económicos, casi en el centro de la ciudad, días nublados y de continuo orvallo, gabardinas mojadas, hombres vestidos con trajes de cheviot en la barra del Marchica, el sabor inexplicable de unas aceitunas rellenas que no lograba ubicar en su memoria, alfombras de aserrín sobre charcos de sidra, ciertos visillos de encaje, una higuera en un patio de tierra de la calle Caveda donde unos hombres jugaban a la cuatreada en mangas de camisa, la gorra visera de su padre ladeada sobre la coronilla mientras tiraba las grandes bolas de madera, el ruido familiar de los tranvías, todo seguía estando allí, porque la ciudad era un paisaje del alma. Nunca había sido capaz de construir para sí mismo un sueño de amor, de éxito o de simple reconocimiento ajeno, que no tuviese Oviedo como escenario. ¿Qué importaría la admiración del resto del planeta si el acto no tenía lugar en la plaza de la Escandalera? ¿En qué consiste la perfección de una carambola o de un poema si no conoces a quienes te celebran? Imbuido por esas emociones Floro se iba acercando a su casa lentamente. Resultaba paradójico que se hubiera sentido tan solo y tan abandonado durante las últimas semanas en medio de aquel paraíso de amistad y reconocimiento, pero no cayó en la cuenta. En esos momentos se sentía traspasado de amor por su ciudad

Doce

«Yo mecanografié el documento definitivo en una Underwood de tipos pequeños que trajo Ignacio de Almar, con una cinta de color violeta. Nos costó cuatro días enteros de trabajo. Ignacio y Álvaro me daban un texto escrito a mano con todos los detalles y yo lo mecanografiaba sin desperdiciar ningún espacio en blanco, pues teníamos que ajustarnos al tamaño exacto del único pliego en el que constaban las firmas de don Carlos Omaña y de su hija, el único que podía resultar verosímil para un contrato tan importante. Era un doble folio de grueso gramaje, en papel de barba, de los que se usaban entonces para los asuntos de repercusión legal, como los de los notarios. No me explico cómo logró Álvaro que los Omaña le firmasen en blanco semejante papel, debían de estar obnubilados por el miedo, o por los ojos inocentes de tu tío, por su juventud, pues parecía aún más joven de lo que era, no lo sé, personas tan preparadas, parece mentira, pero habían estampado su firma y su rúbrica y el número de sus pasaportes de su propio puño y letra, no podían imaginarse que estaban firmando su propia sentencia de muerte. Contando con las dos hojas del folio sólo cabían ochenta y cuatro líneas de la Underwood, y eso apurando los márgenes, pues había que dejar al pie un espacio suficiente para las otras cuatro firmas, la de Ignacio de Almar y la de Álvaro como adquirientes, al lado de la de don Carlos Omaña, y la de Valentín Carvajo y la mía como testigos, al lado de la de su hija María Guadalupe, la cual constaba también como testigo, porque don Carlos poseía todos los poderes de la familia para enajenar. Ignacio de Almar, que ya entonces era abogado, redactaba un borrador y me lo daba para mecanografiar en un folio de tamaño similar al que contenía las firmas, pero solía resultar demasiado largo. Entonces él y tu tío discutían acerca de las propiedades que había que eliminar. A veces tu tío me pedía consejo, cada centímetro de papel equivalía a una finca rústica o a una casa en un pueblo o un caserío sito en una aldea completamente desconocida para nosotros, recuerdo muy bien que tuvieron que dejar varias hectáreas de prados en la parroquia de Cibea, en el partido judicial de Cangas del Narcea sólo porque la consignación de la escritura registrada tenía varias líneas. No quedaba más remedio que eliminar propiedades. Ignacio de Almar era muy avaricioso pero no quería dejar cabos sueltos. En el encabezamiento del contrato, tras la descripción legal de las partes contratantes,

recogió algunas de las fórmulas gramaticales que el propio don Carlos Omaña había insertado en su cesión manuscrita de la finca del hayedo y toda aquella prosopopeya de viejo patricio le daba al documento mucha verosimilitud, como si lo hubiera redactado él mismo. Aunque ocupaban varias líneas, Ignacio insertó todas las redundancias referidas al honor, a la amistad, al buen nombre de los contratantes y a su mutua confianza: "Sabiendo que entre nosotros bastaría un simple apretón de manos, como solían hacer estos negocios nuestros antepasados y aún hoy los nobles y viejos campesinos asturianos, nos resignamos a la escritura exigida por la moderna ley y para universal reconocimiento y buen derecho acordamos…". Aún podrás leer ese párrafo y otros similares en la copia que se conserva archivada, ahí en el armario. Ignacio siempre fue muy listo y muy astuto, más que tu tío, prefirió perder algunas fincas antes que esas frases antiguas y honorables, pues nadie podría creer que no habían sido dictadas por el mismísimo don Carlos Omaña.

»En el documento no se describían las fincas, sino sólo los números y fechas de los títulos notariales y registrales, pero aun así se vieron obligados a dejar muchísimas propiedades fuera, simplemente no cabían en el papel. Discutían entre ellos mientras yo escribía una y otra vez las mismas palabras para calcular el espacio definitivo y todo lo hacíamos con luz eléctrica aunque fuese de día, con todas las ventanas cerradas para que nadie se enterase de que estábamos allí, pues oficialmente los Omaña habían partido para Vigo muchos días antes, según constaba en el archivo del gobierno militar donde se habían expedido los salvoconductos. Después de limpiar las manchas de sangre, Valentín Carvajo se dedicó durante todo ese tiempo a darle una capa de aceite de linaza al piso del salón y enceró todo el entarimado, había que ver a aquel asesino de rodillas en el suelo frotando la madera y sacándole brillo con un trapo de fieltro. Cada vez que me acuerdo me da un escalofrío, era un hombre sin sentimientos, tenía la mirada de un jabalí. Para lograr que estampase su firma sin salirse del espacio que se le había reservado al pie del documento tuvimos que ponerle un cartón encima, porque era casi incapaz de escribir su propio nombre, no sé cómo lograba Ignacio de Almar mantenerlo a raya, lo trataba a patadas, como si fuera un esclavo. Un día, en mi presencia, le dio una bofetada en pleno rostro, así, con la mano abierta, plas, y Carvajo bajó la cabeza sin rechistar, y eso que llevaba el mosquetón colgado al hombro, era un tipo miserable, pero Ignacio le concedía algunos caprichos, como si fuese un animal. Al llenar las maletas de los Omaña con sus pertenencias para hacerlas desaparecer, como si se las hubiesen llevado de viaje, Carvajo le pidió

quedarse con algunas prendas de ropa interior de María Guadalupe e Ignacio se lo consintió, combinaciones de raso, corpiños, unas bragas de encaje, no sé para qué las querría, era un degenerado, ya te dije que después de la guerra violó a una niña en Gijón y murió en la cárcel. Sin embargo Ignacio de Almar lo dominaba, era peor que él, más despiadado, porque sabía lo que hacía. A Ignacio tu tío le llamaba Almidón, incluso después de la guerra me decía: "Ignacio tiene el corazón de almidón, como el cuello de la camisa, te puede meter una bayoneta entre las costillas sin dejar de sonreír, yo lo he visto, ni siquiera pestañea. Pero sabe que yo tengo más cojones que él, por eso nos llevamos bien, porque me tiene miedo". Y era verdad, quiero decir que se llevaron bien durante muchos años, sin que hubiera problemas entre ellos por lo menos hasta los años cincuenta, cuando comenzaron las importaciones de duralex desde Francia y tuvimos que hacer las reformas en la fábrica, pero, bueno, eso ocurrió mucho más tarde, cuando se hicieron los últimos repartos y los Almar ya eran una de las familias más ricas de Asturias y más influyentes. En el documento de compraventa de que te estoy hablando, el original, el que yo mecanografié en la casa de los Omaña de la calle Santa Cruz durante aquellos cuatro días, figuraba junto a las demás propiedades la finca del hayedo, que entonces estaba desglosada en dos escrituras distintas, la del caserío y la del bosque de hayas con el manantial y los derechos de aguas. Era una insignificancia en comparación con todo lo demás, pero para tu tío era lo más importante y no quería que tu abuelo se enterase que la finca ya era suya, no se atrevía a decírselo. No se llevaban bien. Tu abuelo era un hombre de los de antes, del siglo pasado, de los que no admitían réplicas, un déspota que siempre se creía en posesión de la verdad, yo jamás lo vi sin corbata, ni aun en pleno verano, su sola presencia parecía un reproche y se notaba que a Álvaro lo hacía de menos, como que no había dado la talla, no sé cuál, pero se veía que no había respondido a las expectativas que había puesto en él y lo trataba con cierto menosprecio, incluso delante de personas ajenas a la familia, como si tuviera poca confianza en él. Era muy católico, muy rígido. Todos los domingos, sin excepción, comulgaba en la misa de once de la catedral acompañado por toda la familia y por la servidumbre, incluso yo mismo, desde que me quedé a vivir en esta casa en el año 36. La familia iba en el Lincoln y los empleados de la casa íbamos en la camioneta o en bicicleta o a pie, pero allí no faltaba nadie. A veces tu tío estaba de servicio y llegaba a comulgar después de haber fusilado a alguien aquella misma noche, pero no le importaba, me dijo que estaba cometiendo sacrilegios desde los quince años pero que no fallaba a la comunión ni un solo domingo,

yo también cometí muchos sacrilegios, cuando aguantabas el primero los demás ya no importaban y, lo que se dice confesar, ¿quién le iba a contar a un cura todas aquellas cosas? Yo nunca maté a nadie, pero tampoco confesé lo de Milagrinos, al fin y al cabo era una miliciana y te podían absolver de lo que hicieras en la guerra, de todas las violencias contra los rojos, pero estar enamorado de una miliciana, ¿quién lo iba a entender?, había que andar con mucho cuidado en aquellos tiempos, no lo sabes bien. Pero, bueno, me estoy desviando, la cosa era que tu tío Álvaro quería dejar al margen a su padre, le tenía miedo y a la vez quería deslumbrarlo, como decirle, mira, la finca del hayedo que tú no pudiste conseguir es mía, te la regalo si quieres, no soy ningún inútil. Pero el viejo, aunque era muy de derechas y muy católico, no era ningún criminal y con él Álvaro no podía andarse con mentiras, y tampoco podía llegar y decirle “hemos matado a los Omaña y nos hemos quedado con todas sus propiedades”, eso de ninguna manera. Además estábamos en guerra. Aquel documento, con todos los títulos notariales que lo acompañaban, podía valer una fortuna o quedarse en papel mojado, pura entelequia. El documento definitivo, que también era carta de pago, se fechó el día 16 de julio de 1936, como si la compraventa hubiera tenido lugar dos días antes del Alzamiento, bajo la legalidad de la República. En semejante fecha resultaba obvio que los interesados no habían podido elevarlo a escritura pública debido a causa mayor, es decir, la guerra civil, pero con las firmas de los testigos, si los nacionales ganaban la guerra, sería una transacción perfectamente legal. Y así fue: tu tío Álvaro e Ignacio de Almar se hicieron propietarios solidarios y pro indiviso del conjunto de los bienes que allí se relacionaban. El único problema que entonces se les presentó fue que no había más que un documento original, ¿quién lo guardaría? Estaban obligados a mantenerlo todo en secreto hasta que se aclarase el panorama y en la guerra cualquiera de los dos podría morir, incluso los dos. La solución fue un canónigo de la catedral, el deán o el magistral, nunca lo supe muy bien. Hicieron un paquete con todas las escrituras y el documento original que habíamos redactado, lo ataron, lo sellaron con lacre y lo llevaron al obispado. Allí, ante la autoridad eclesiástica, firmaron una declaración solemne según la cual, en caso de fallecimiento de cualquiera de los dos, los bienes que quedaban consignados a la tutela de la Iglesia pasarían a ser propiedad del superviviente y si los dos resultaban muertos pasarían a ser propiedad del obispado. Una especie de testamento y depósito, hasta que ambos decidiesen rescatarlo en mejor época. Como sabes, ninguno de los dos murió y al terminar la guerra recuperaron el

paquete lacrado y elevaron el contrato a escritura pública ante un notario que era pariente de Ignacio de Almar. Carvajo y yo volvimos a firmar como testigos y a los Omaña se les declaró ausentes por causa mayor, pero no hubo ningún problema. En la nueva escritura ya se describían todas las fincas una a una y fue la que sirvió para hacer después todos los repartos sin necesidad de inscribirla en el Registro de la Propiedad como un todo. Para entonces tu abuelo ya estaba muy enfermo y tu tío Álvaro no quería que se enterase de la operación. De hecho los primeros repartos y las primeras inscripciones registrales no se hicieron hasta mucho tiempo después de que Álvaro regresara de Rusia, después de la muerte de tu abuelo. Álvaro quería seguir en el Ejército, hacer una carrera militar, por eso se apuntó a la División Azul. En cuanto terminó nuestra guerra se dio cuenta de que el verdadero poder era de los militares y no de los falangistas, que no había nada como tener un batallón a tus órdenes y sentir siempre la funda de la pistola en la cintura, sin disimulos de ningún tipo. Pensaba llegar a teniente coronel antes de los treinta años, y lo hubiera logrado de no caer herido, quién sabe, se llevó una gran decepción cuando lo pasaron a la reserva, decía que lo condecoraban sólo para quitárselo del medio, le hicieron un gran homenaje aquí, en Oviedo, y en Madrid lo recibió el Caudillo, pero había recibido heridas en la cabeza y algunos desconfiaban de su sensatez, no sé, había muchas intrigas entonces, toda la política se hacía en los cuarteles y tu tío tenía fama de valiente pero también de fanático, y cuando le dieron el grado de comandante lo pasaron a la reserva. Los primeros repartos de fincas no presentaron ningún problema. Tu tío se quedó con unos solares en la Argañosa y con la casa de la calle Cervantes y además recibió compensaciones en dinero por otras propiedades. Para los repartos suscribieron un contrato entre ellos, lo que entonces se llamaba "pacto andorrano", no me preguntes por qué, consistía en que quien quería una finca pujaba por ella ofreciendo una cantidad y el otro socio tenía el derecho de aceptar la cantidad o bien quedarse con la finca y pagar él la misma suma que se le había ofrecido. Con ese sistema se aseguraban de obtener siempre un precio justo, pero con el tiempo Ignacio iba quedándose con todas las propiedades y tu tío con el dinero, pues durante la guerra de Europa los Almar habían hecho grandes negocios y eran una familia con la que ya no se podía competir, y no querían, de ninguna manera, que las propiedades de los Omaña pasasen a terceras manos para que nadie se pusiese a husmear en las escrituras ni en los viejos contratos. Tu tío Álvaro daba por sentado que la finca del hayedo era suya y que Ignacio no se la discutiría nunca, pero estaba sin repartir ni inscribir a su nombre

todavía a mediados de los años cincuenta, cuando comenzamos las obras de reforma de la fábrica y la instalación de los nuevos hornos. Tu tío, en un acto de soberbia imprudente, había comenzado las obras de la nueva nave sobre una finca que consideraba exclusivamente suya y, cuando se dio cuenta, se había comprometido en unas inversiones que resultaron mucho más elevadas de lo previsto y que le obligaron a contraer deudas. Naturalmente fue Ignacio de Almar quien le respaldó sin necesidad de acudir a una hipoteca. Aunque yo le advertí del peligro que estábamos corriendo a él parecía no importarle, la relación que tenía con Ignacio siempre fue muy especial y yo nunca la entendí muy bien, pese a todas las confidencias que me hacía. Nunca tuvo ningún amigo excepto yo, que era su cuñado y también su cómplice, la única persona en quien él confiaba, quizás porque siempre le dije a todo que sí. Y en cuanto a las mujeres nunca tuvo una relación seria con ninguna, sólo le gustaban las putas, las que cobraban, pues a las demás, en cuanto se dejaban tocar por él, también las consideraba putas, pero de la peor calaña, putas que fingían no serlo, y hubiera podido casarse con quien le diera la gana, hubo mujeres de las mejores familias de Oviedo que estaban locas por él, pero era así, no las soportaba, no sabía de qué hablar con ellas y si llegaban a intimar físicamente ya decía que eran unas putas y se ponía violento. Con Ignacio de Almar tenía una relación estrafalaria, apenas se veían, pero en ciertas ocasiones pasaban dos o tres días juntos, bebiendo sin parar o corriéndose juergas en Madrid con mujeres, ellos dos solos. “Almidón es un canalla –me decía riendo–, es la peor persona que te puedes echar a la cara, pero tiene estilo.” No sé qué salvajadas harían los dos juntos, pues me solía comentar: “Melquiades, tú esas cosas ni te las puedes imaginar”. Para entonces Ignacio de Almar ya se había casado y era persona muy respetable. Estaba relleno como un botijo, pero se vestía de forma tan elegante y atildada que imponía, yo jamás le vi despeinado ni con una sola arruga en la camisa, siempre usaba zapatos de dos colores y gracias a él se veían en Oviedo las mejores compañías de ópera, se gastaba una fortuna cada temporada para traer a los grandes divos y divas y dar después aquellas fiestas de final de temporada, el refrigerio, ya sabes, al parecer ya lo hacía su padre antes de la guerra, pero no con la misma magnificencia. En esos años Ignacio era ya una gran personalidad en el mundo de las finanzas, incluso más importante que sus hijos ahora y con mucha más influencia. Sin embargo por tu tío Álvaro sentía más que respeto, le tenía miedo, miedo físico, a que le golpeara de pronto o a que sacase la pistola que siempre llevaba encima y le descerrajase dos tiros, porque tu tío era muy capaz de hacerlo y, en los últimos

años, también temía que tu tío se liase un día la manta a la cabeza y contase en público lo que habían hecho, no porque lo creyese un loco, sino porque le parecía impredecible y sabía que no habría nadie capaz de echarlo hacia atrás si no se salía con la suya. A tu tío lo halagaba aquel temor y se sentía seguro de su propia fuerza pese a saber que Ignacio tenía todas las ventajas cuando hicieron el reparto definitivo. Fue en el año 56, cuando vinieron aquellos ingleses a instalar los dos hornos nuevos, tú no te acordarás, eras muy pequeño. Entonces estábamos pasando por grandes apuros en la fábrica. Desde que se permitieron las importaciones del duralex y otros nuevos materiales, la loza se vendía muy mal, las porcelanas salían con muchos desperfectos en los hornos viejos y tu tío quería entrar en la fabricación de saneamientos, pero no estábamos preparados y las reformas costaban una fortuna. Tu tío cedió todas las fincas de los Omaña a cambio de dinero, excepto la finca del hayedo, cuando ya habíamos comenzado con las obras y resultó una operación ruinosa. Yo firmé como testigo de la transacción, pero ni siquiera leí el documento hasta unos cuantos meses después, lo recuerdo muy bien, porque la firma de testigos tuvo lugar en casa de los Almar durante la fiesta del refrigerio, a las tantas de la madrugada. Ignacio y tu tío subieron al despacho y luego nos mandaron llamar a Leandro Sesma y a mí para que firmásemos como testigos. Yo creo que estaban los dos algo borrachos, alegres. Nos dijeron: “Firmad aquí y aquí, como testigos, que ya estamos de acuerdo”. Ni se nos ocurrió leer el documento, todos reíamos, los cuatro vestíamos smoking, el de tu tío blanco, llevaba puesta la camisa azul de falangista y corbata negra, siempre acudía a la ópera así vestido, los demás llevábamos pajarita y a mí todo aquello me parecía un poco irreal, como ficticio, serían lo menos las dos de la madrugada, Ignacio llamó a un camarero y los cuatro brindamos con champagne francés. En aquella época Leandro Sesma no era más que un abogadillo que trabajaba para los Almar y escribía en los periódicos sobre Don Pelayo y la Virgen de Covadonga como fundadora de la patria, nadie hubiera creído entonces que llegaría a convertirse en famoso catedrático y decano de la facultad de Derecho, pero así fue, hizo toda su carrera al servicio de los Almar y le pagaron muy bien por ello, incluso le metieron en el consejo de administración de la naviera y de otras empresas suyas durante algún tiempo, además con nosotros también se portó bien, cuando tú tuviste aquel problema con las drogas hubo ciertos movimientos en la facultad para abrirte un expediente e incluso expulsarte, pero Leandro me llamó enseguida y lo detuvo todo, te apoyó, siempre me dijo que tenías mucho talento y que era una pena que no tomases más en serio

tu carrera universitaria, aún hoy te tiene aprecio. Pero entonces, cuando aquella noche firmamos como testigos, Leandro Sesma no era nadie y creo que estaba más atónito que yo con aquella situación, firmando contratos en medio de la fiesta. Porque en los salones de la primera planta había muchísima gente importante, todas las autoridades civiles y militares de la provincia e incluso el ministro de Industria, no recuerdo un solo año en que no asistiese al menos un ministro al refrigerio. También acudían los divos que habían cantado esa tarde en la última sesión de la temporada de ópera y a veces deleitaban a la concurrencia con pequeñas interpretaciones, arias y duetos, un año asistió María Callas, pero no cantó, estaba resfriada. Había que ver a todas las señoras vestidas de largo, con guantes de raso por encima del codo y la orquesta de cámara amenizando la noche con una selección de piezas que, según se decía, elegía personalmente el viejo Almar, el padre de Ignacio, que era un fanático de la ópera y asistía a la fiesta en su silla de ruedas, empujado por un mayordomo de levita. Era de dominio público que en el teatro Campoamor habían desmontado dos butacas de la tercera fila para que el viejo Almar pudiera asistir a las funciones de la temporada en su silla de ruedas, porque él aseguraba que desde allí se escuchaba mejor que desde el palco. Aquellas fiestas del refrigerio imponían y yo siempre me sentía un poco fuera de lugar, pero tenía que asistir por tu madre, por la familia, porque ocupábamos una posición. A Leandro Sesma le pasaba como a mí, se sentía incómodo en aquel ambiente, pero, al revés que yo, él se moría por estar allí, en la cumbre, y hubiera firmado su propia sentencia de muerte si Ignacio se la ponía delante en aquellas circunstancias, aunque quizás él sabía más de lo que decía, al fin y al cabo era abogado y trabajaba para los Almar. De hecho, hubo otro documento, redactado unos meses más tarde, en el que Leandro firma como testigo y yo no, precisamente en el documento más importante. Porque lo que ocurrió fue que muy pronto necesitamos más dinero. Toda la maquinaria nueva era de importación, había que pagarla en divisas y, aunque tu tío tenía agarraderas en Madrid, las licencias costaban una fortuna y el cálculo de las inversiones para la ampliación estaba mal planteado. Cuando Ignacio de Almar presionó a tu tío para ratificar ante el notario el último reparto de las fincas, Álvaro le dio largas y, después de unos meses, le planteó frontalmente que necesitaba más dinero, y que en el conjunto de toda la operación con las fincas de los Omaña era él quien había salido perjudicado. En los años cuarenta, nada más terminar la guerra en Europa, la familia mexicana de los Omaña había emprendido una investigación para averiguar lo sucedido con sus

parientes, pero como España no mantenía relaciones diplomáticas con México y las cosas estaban todavía muy confusas, a Ignacio no le costó mucho controlar todo el asunto, que se resolvió enviando copias de los salvoconductos de salida de los Omaña fechados en los primeros días de noviembre del 36, inmediatamente después de la liberación de Oviedo, y certificaciones de sus comparecencias con los itinerarios de su plan de viaje hasta Vigo, así como copias de los telegramas cursados al consulado portugués en aquella ciudad en solicitud de visado. Sin embargo, ahora, en el 56, un importante abogado de Madrid había sido comisionado por la familia Omaña para informar acerca de las operaciones de venta realizadas por don Carlos Omaña antes de partir. Por ello a Ignacio y a tu tío les urgía terminar de una vez con todo el asunto. Al parecer dicho abogado era conocido de los Almar, un hombre del régimen, y no planteaba muchos problemas, pero aun así Ignacio no quería que ninguna persona ajena se pusiese a mover papeles en el Registro de la Propiedad. Sé que Álvaro e Ignacio discutieron muy seriamente. Hicieron juntos un viaje a Madrid, donde estuvieron casi una semana, y al regreso tu tío estaba muy contento, según él lo había solucionado todo: Ignacio avalaba y financiaba la parte pendiente de la reforma de la fábrica. “Tuve que ponerle a Almidón la pistola encima de la mesa –me dijo–, pero después nos corrimos la juerga más descomunal que te puedas imaginar, ya te dije que ese cabrón tiene estilo.” Sin embargo, poco tiempo después me enteré de lo que tu tío había dado a cambio: el derecho de readquisición de la finca del hayedo a favor de los Almar durante cincuenta años, en el caso de que la propiedad saliese de nuestra familia antes de ese plazo. No era un simple derecho de tanteo y retracto, sino algo más importante: tu tío no podía vender la finca, ni hipotecarla ni gravarla con ningún tipo de cargas excepto a los Almar o a un miembro de su propia familia, es decir, sólo podía legarla por herencia, enajenarla mortis causa, y esa carga pasaba a sus herederos durante cincuenta años. Ignacio de Almar no estaba dispuesto a que ninguna de las propiedades de los Omaña saliese de nuestras familias de ninguna de las maneras. Fue entonces cuando Álvaro hizo el testamento a tu favor, sin decirnos nada ni a tu madre ni a mí. Cuando yo le reproché la ligereza que había cometido firmando aquel documento que nos ataba de pies y manos, él le quitó importancia al asunto: “Cuando me dé la gana lo anulamos –decía–. Almidón se cree muy listo, pero a mí aún me quedan algunas cartas en la manga”. Transcurrieron ocho años hasta que me enteré de qué cartas eran aquéllas, justo unos cuantos días antes de la muerte de tu tío. Quién lo iba a pensar, sólo tenía cuarenta y nueve años, pero así fue. El as que

Álvaro tenía en la manga era, ni más ni menos, el documento manuscrito de don Carlos Omaña vendiéndole la finca del hayedo a tu abuelo. No sé cómo se las arregló para hacernos creer a todos, sobre todo a Ignacio, que lo había destruido. Pero lo conservaba, yo lo vi. Y ese documento era como una bomba de relojería que nos podía hacer saltar por los aires a todos. Yo mismo le pedí que lo quemase, que no jugase con aquello, pero él se burlaba. "Mira, Melquiades –me dijo–, aquí el que más tiene que perder es Almidón, comparados con él tú y yo somos dos hermanitas de la caridad y esta carta, bien jugada, nos puede convertir por lo menos en abadesas, pero él es el Papa." El documento de don Carlos Omaña, firmado también por su hija, estaba fechado en Oviedo el día 20 de noviembre de 1936, mientras que en los salvoconductos y en los otros falsos documentos que Ignacio y tu tío habían dejado archivados en el gobierno militar, constaba que los Omaña habían salido de la ciudad el día 5 de ese mes, fecha en que oficialmente se les daba por desaparecidos. Además, ¿cómo podía venderle a tu abuelo en noviembre una finca que supuestamente ya había vendido junto con todas las otras, a tu tío y a Ignacio de Almar, en el mes de julio, dos días antes de comenzar la guerra? Eso era impensable en un hombre como don Carlos Omaña. La mera existencia del documento constituía un enorme peligro para todos, pero en particular para los Almar, pues al fin y al cabo, con la excepción de la finca del hayedo, se habían quedado con el resto de las propiedades de los Omaña y, aunque eran muy poderosos e Ignacio acompañaba al Caudillo a pescar salmones cuando venía a Asturias, también tenían enemigos que podían sacar un gran partido de todo aquello. No te puedo decir cuáles eran exactamente las pretensiones de tu tío cuando fue a entrevistarse con Ignacio aquel día, el último que yo le vi vivo. A mí me dijo que sólo quería liberarse del compromiso que había firmado con los Almar y recuperar el dominio absoluto sobre la propiedad de la finca, para hipotecar, vender o hacer lo que le diera la gana, pero no estoy seguro de si había algo más, iba a jugar una partida arriesgada y él siempre apostaba fuerte. Sobre la una de la tarde subió a la casa para cambiarse de ropa y un rato después regresó a la oficina vestido con un traje azul y una corbata de seda muy elegante. Sólo tenía cuarenta y nueve años, pero pese a la vida que había llevado y todos los excesos que había cometido, parecía un hombre mucho más joven, muy apuesto, siempre llamaba la atención entre las mujeres. Traía consigo un portafolios que hacía mucho tiempo que yo no había visto, pero que recordaba de tiempos de tu abuelo, era una cartera de cuero oscuro y suave, muy bien labrado, llevaba las cabezas de los Reyes Católicos repujadas al dorso,

de perfil, con el escudo imperial en el centro, y se cerraba con un broche de bronce en forma de espada, con su empuñadura y todo, una pieza antigua y valiosa, como se trabajaba entonces. Yo se lo comenté y me respondió: “El continente debe ser digno del contenido”. A continuación sacó del portafolios el documento manuscrito de don Carlos Omaña y me lo enseñó, por eso sé que ese día lo llevaba con él. Luego cogió varios documentos más de la caja fuerte de la oficina y también los guardó en el portafolios. Ya desde la puerta, se volvió hacia mí y dijo: “En estos negocios hay que ir siempre muy bien preparado”. Abrió la chaqueta y me enseñó lo que llevaba debajo: la pistola metida en su funda de cuero, sujeta en el cinturón. “Álvaro, por favor –le dije–, que estamos en 1964 y llevamos veinticinco años de paz, éstos ya no son tiempos para andar con pistolas.” “Me río yo de la paz de los cojones –contestó–. Mira, Melquiades, la verdad es que nunca te enteras de nada.” Debió de ver mi cara de susto porque comenzó a reír. Fue lo último que oí de él, risas. Al día siguiente, sobre las siete y media de la mañana nos despertó el teléfono. Era la policía de Gijón comunicándonos que Álvaro había sufrido un grave accidente. Me explicaron confusamente algo de un tranvía, pero tu madre estaba a mi lado estrujándose las manos y yo no podía hablar claro. “¿Está grave?”, pregunté. “Lo mejor será que vengan cuanto antes, estamos en la calle del General Mola, a la altura del cine Los Campos.” Yo ya me imaginé que había ocurrido lo peor, pues no nos indicaban la dirección de un hospital, sino el lugar mismo del accidente, pero tu madre se obstinó en acompañarme. Llegamos allí cuando el juez estaba procediendo al levantamiento del cadáver y, por fortuna, tu madre no llegó a verlo, no se lo permitimos. Las ruedas traseras del tranvía lo habían seccionado por el cuello y Álvaro tenía la cabeza separada del tronco. También le habían cortado el brazo derecho. En medio de un enorme charco de sangre reconocí la corbata de seda que llevaba puesta el día anterior. Fue horrible. El tranviario estaba presa de un ataque de nervios y no cesaba de llorar. Al parecer el accidente había ocurrido sobre las seis y media de la mañana, poco antes de amanecer, en medio de la niebla. El tranvía acababa de salir de las cocheras y no llevaba pasajeros. Como no había nadie en la parada el conductor la pasó sin detenerse y unos cincuenta metros más adelante sintió un golpe en el tren trasero, miró por el retrovisor y fue entonces cuando vio el cuerpo. No se lo podía explicar, no entendía de dónde había salido, parecía como si se hubiera tirado voluntariamente, pero yo sabía que Álvaro no era de ésos. Había dejado el coche aparcado en la acera de enfrente, al otro lado de la calle, y la única explicación verosímil, la que aceptó el juez, fue la del

accidente: que salió del portal de aquella casa con prisa y, al intentar cruzar la calle para coger el coche aparcado en la acera de enfrente, había resbalado sobre el bordillo y se precipitó bajo las ruedas del tranvía. La autopsia reveló que llevaba mucho alcohol en el cuerpo y esa circunstancia, junto con el hecho de que había niebla y poca visibilidad, ayudaba a entender que no se hubiera percatado de la llegada del tranvía. En cuanto al lugar de donde salía, en eso no hubo dudas, era una casa de citas, aunque este dato no lo publicó ningún periódico. Según las indagaciones de la policía, Álvaro solía alquilar allí un pequeño apartamento donde acudía con mujeres, pero fue imposible averiguar con quién había pasado aquella noche, la alcahueta no había visto a nadie y, pese a mi insistencia, la policía la creía. Sin embargo el portafolios de cuero repujado con los documentos había desaparecido. Yo lo busqué desde el primer momento, pregunté por él a la policía y al juez durante el levantamiento del cadáver, lo busqué en el coche, en las habitaciones que Álvaro acababa de dejar, en todas partes, todo fue inútil. Y era lo único que faltaba, pues Álvaro llevaba encima el billetero con bastante dinero, el Longines de oro, las llaves del coche, la pistola, cosas que ningún ladrón hubiera desperdiciado. Pero faltaba el portafolios. Te juro que entonces pensé en Ignacio de Almar. Era un hombre importante, de muchos recursos, incluso con la policía. ¿Sería aquello cosa suya? Yo le creía muy capaz. Sin embargo, aquel mismo día Ignacio vino a casa a dar el pésame y, en cuanto estuvimos solos, lo primero que hizo fue preguntarme por los documentos. Cuando le conté que habían desaparecido se quedó mirándome en silencio durante un largo rato y me dijo: “¿Tú no me la estarás jugando, verdad, Melquiades?”. Estaba aún más preocupado que yo. Me contó que el día anterior Álvaro y él habían estado comiendo en el Club de Tenis y que, sobre las cinco, se habían trasladado a su casa, pues los asuntos importantes nunca los discutían en la oficina, se encerraban los dos solos en el gabinete con una botella de Napoleón y no salían de allí hasta que llegaban a un acuerdo. Y según él, a las nueve de la noche ya habían llegado a un acuerdo, aunque no me dijo a cuál. Ignacio pretendía llamarnos a Leandro Sesma y a mí para redactar un papel y dejarlo todo concluido aquella misma noche y le propuso a Álvaro que se quedase a cenar, pero no aceptó. Ignacio lo notó algo exaltado, inquieto, más contento que de costumbre, pero lo atribuyó al coñac. “Mañana lo firmaremos –dijo–, esta noche tengo que atender a cierta princesa y ya sabes que para mí el corazón siempre es lo primero.” Rompía a reír con esas niñerías. Quedaron citados para el día siguiente a las cinco, allí mismo y, según Ignacio, cuando Álvaro

se marchó, llevaba consigo el portafolios con todos los documentos. Nunca se encontró. Al menos nunca llegó a nuestro poder. No supimos lo que hizo Álvaro a partir de esa hora, dónde estuvo, con quién, por qué murió de aquella forma tan trágica y estúpida. Respecto a los Almar no sé qué más decirte. Si recuperaron o no ese portafolios para nosotros es igual, pues el acuerdo firmado con tu tío sigue vigente y en caso de que quieras vender sólo ellos pueden ser los compradores, y en eso no van a ceder, te lo aseguro. Cuando se abrió la testamentaria de tu tío y yo acepté la herencia en tu nombre, porque eras menor de edad, Ignacio no opuso ningún reparo, pero me dijo: "Si algún día pasáis por apuros y necesitas de mí, ya sabes dónde estoy, pero esas propiedades no deben salir nunca de nuestras familias, al menos mientras nosotros vivamos; confío en ti, Melquiades, incluso más que en tu cuñado, que siempre fue un poco insensato". Y es cierto que más tarde nos ayudó cuando lo necesitamos, nos sacó de algunos apuros con la Seguridad Social y con Hacienda, ya en los años setenta, cuando la crisis, siempre se portó bien con nosotros. Teresa me ha dicho que ahora está muy viejo, como yo, que todos los asuntos están en manos de sus hijos, sobre todo de Íñigo, el mayor. Al parecer se ha enterado de que tú tienes intención de vender y ya le ha mencionado algo a Teresa acerca de los derechos de compra de su familia sobre nuestra propiedad. Probablemente no sabe nada de toda esta historia, de dónde vienen esos derechos, no creo que Ignacio se lo haya contado nunca. Pero eso es peor. No saber siempre es peor.»

Trece

En el mes de agosto, por pura casualidad, conocí a Verónica Galindo en Madrid. Quiero decir que la vi, que hablamos, que estuvimos juntos los dos solos, pues de hecho ya nos conocíamos de Oviedo. Según me recordó, nos habíamos visto dos veces, pero para mí habían sido ese tipo de encuentros ocasionales y gregarios que luego te causan dudas cuando vuelves a ver a una persona y no sabes muy bien si el encuentro de la vez anterior te da derecho a decirle hola o adiós, o si debes pasar a su lado sin decirle nada. Reconoces su cara, pero apenas recuerdas su nombre y, desde luego, desconfías de que ella recuerde el tuyo. La miras fugazmente, como quien hace un sondeo, y apartas los ojos de inmediato, no vaya a pensar que estás forzando la situación o que persigues algo y tienes otras intenciones. Si sus ojos te devuelven la breve mirada de sondeo, entonces puedes sonreír y decir, «hola, hasta luego», y ya está. Si no te la devuelven no pasa nada, ni siquiera es ofensivo, puedes pensar, «quizás sea una persona tímida o con mala memoria», sigues de largo y vale. Verónica Galindo y yo estábamos en esa situación cuando nos encontramos en Madrid por casualidad, nos habíamos visto en un par de ocasiones aquella primavera (de la segunda ocasión yo no me acordaba, pues en casa de Mari la Gorda todo estaba en penumbra), pero no habíamos sido presentados, sólo habíamos estado con el mismo grupo de personas, siempre rodeados de mucha gente. Sin embargo ella se acordaba perfectamente de mi nombre.

A veces yo iba a Madrid, especialmente en agosto. Tenía allí una amiga muy íntima, cuyo marido solía viajar durante ese mes a países exóticos y lejanísimos, donde arriesgaba la vida en aventuras organizadas por una agencia de viajes: atravesar Kenia en globo, el Sáhara en Land Rover, el Amazonas en piragua, cosas así. En esta ocasión se encontraba haciendo *rafting,* o como quiera que se llame esa manía de bajar por los rápidos de un río en un bote de goma, en el Cañón del Colorado, es decir, muy lejos. No obstante yo no me alojaba en su casa. Los dos hijos de mi amiga habían suspendido una enorme cantidad de asignaturas, su presencia en la casa dificultaba la mía y me impedía disfrutar de su excelente aire acondicionado. Tuve que conformarme con el apartamento de otro amigo, un ático precioso en la calle de Santa Engracia, amueblado con un gusto exquisito, pero cuyo único rincón habitable era la bañera. Porque en Madrid hacía un

calor insoportable, el aire te quemaba los pulmones, te angustiabas de asfixia sólo con mover los dedos de una mano. Ése era el motivo por el que yo me pasaba las horas muertas en la cafetería Forum, casi al lado de mi apartamento, de donde mi amiga solía rescatarme para ir a cenar. Allí leía, veía la televisión, charlaba con los camareros, bebía cerveza helada y miraba la calle a través de las enormes cristaleras de la puerta que nos separaba del infierno exterior. En eso estaba precisamente cuando vi a Verónica Galindo caminando por la acera de enfrente. Resultaba imposible no reparar en ella, no tanto por ella misma cuanto porque en la calle, a esas horas ardientes de la tarde, no se veía un alma, ni siquiera coches. Era un sábado de agosto, para qué decir más. Protegido por el chorro de aire acondicionado de la cafetería, yo me entretenía contemplando los espejismos humeantes que exhalaba la calzada y distorsionaban el aire volviéndolo visible y ondulado. A veces, sin llegar a solazarme, me dejaba llevar por sentimientos de piadosa conmiseración hacia los pocos transeúntes que se veían forzados a atravesarla. Los tiempos de espera, esas horas vacías e involuntarias que sólo dependen del futuro, pueden generar insospechados vicios. Verónica Galindo caminaba por el lado oscuro de la calle, a la sombra de los edificios. La observé atentamente: se detuvo un momento al borde de la acera, miró hacia izquierda y derecha para comprobar si venían coches y emprendió una grácil carrera a través de la calzada sujetándose la pamela para que no se la arrebatase un viento inexistente. Al llegar frente a la puerta de la cafetería se detuvo de nuevo, levantó la cabeza y me vio. Yo no moví un solo músculo de la cara, ya dije antes cómo son estas cosas. Sin embargo ella me reconoció inmediatamente. Sonrió y entró sin vacilar. Debo describir cómo iba vestida, porque a la postre ciertos detalles resultarían importantes: llevaba puesta una pamela de rafia azul, gafas de sol con cristales pequeños y redondos, graciosas pero que se veían de baratillo, como compradas en uno de esos puestos callejeros que regentan los africanos en todo el país, una camiseta azul cielo, muy amplia, sin mangas, con escote de barco y la figura de un velero estampada en el pecho. Una faldita blanca por encima de las rodillas ayudaba a admirar sus bien formadas piernas, largas, estupendas. También llevaba un bolso en bandolera de loneta azul ribeteada con piel, muy bonito, y zapatos a juego, creo que no me dejo nada, estuvimos hablando durante casi tres horas y tuve tiempo suficiente para memorizar su figura. Pese a la corta carrera que había dado para cruzar la calle bajo el sol inmisericorde, no mostraba ningún síntoma de acaloramiento, antes al contrario, ofrecía un aspecto liviano y fresco, como si hubiera pasado el día bajo la sombra

de un frondoso árbol, al lado de un río. Sólo un rato después, mientras su cuerpo se iba adaptando al aire acondicionado y a la Coca-Cola cargada de hielo, apareció un leve rubor en sus mejillas y le brotaron pequeñas gotas de sudor en las sienes. Entonces usó la pamela azul a modo de abanico, pero ni siquiera dijo lo que yo esperaba, lo que cualquiera hubiera comentado en tales circunstancias, «¡qué calor!», «Madrid en esta época es insoportable», o cosas parecidas, no usó ninguno de esos lugares comunes para entablar conversación, se limitó a sonreír, se abanicó un par de veces y ya no paramos de hablar hasta que llegó mi amiga.

Era obvio que se alegraba de verme, no sé por qué, ya he dicho que apenas nos conocíamos, pero se comportó desde el principio como si fuésemos dos viejos amigos a quienes el azar ha reunido después de mucho tiempo en un país muy lejano, extraño para ambos. Sin embargo ella era de Madrid, se le notaba en el acento pese a que de vez en cuando deslizaba algunos asturianismos en su conversación, como «mancar», «pixín», cosas así, quizás lo hacía para agradar, aunque el efecto no parecía forzado, sólo raro. Me contó que su abuela vivía allí al lado, en la calle Sagunto, que estaba pasando unos días con ella, en el mismo piso donde había vivido siempre su familia hasta que trasladaron a su padre a Oviedo, hacía ya seis años, «porque –me dijo– yo soy de Chamberí, ¿sabes?», y lo dijo con un acento tan marcado que a ella misma le hizo gracia. Su padre era visitador médico de un laboratorio y la delegación de Oviedo había supuesto para él un importante ascenso, pero su madre y él no acababan de encontrarse cómodos en Asturias, no se hacían a un clima tan húmedo, siempre estaban acatarrados añorando Madrid, tenían pocos amigos, a ella también le había pasado al principio, le había costado adaptarse, sobre todo en el colegio, sin embargo a su hermana pequeña, de catorce años, que no le hablasen de volver a Madrid, no lo quería ni en pintura. A ella no le importaría volver, aunque últimamente le iban mucho mejor las cosas, sobre todo desde que había comenzado a trabajar, no sólo por el dinero, que eso también era importante, sino por muchas cosas más, había hecho nuevos amigos, «todos vosotros», dijo para mi sorpresa. Éramos mucho mayores que ella, pero le parecíamos más interesantes que los de la Escuela de Artes, distintos, y ya no se sentía una estudiante ni una carga para sus padres, incluso le gustaría quedarse a vivir en Oviedo sola, cuando ellos regresasen, si es que lo hacían algún día. Lo que más le gustaba de Asturias era el mar, me dijo.

–No dejo pasar una semana sin coger el tren para ir a verlo a Gijón, aunque sólo sea durante un par de horas. En cuanto estoy allí, sobre

los acantilados del Rinconín, ya me siento de otra forma, no sé cómo explicarlo, mis amigas no lo entienden y a veces se burlan de mí, pero el mar es algo diferente a todo lo demás, siempre está cambiando y siempre es el mismo, es imposible retenerlo, ningún pintor, en los miles de marinas que hay por todos los museos, consiguió nunca representar esa sensación de inmensidad, yo llego al final del paseo marítimo, me siento sobre la hierba y me paso las horas muertas contemplándolo, nunca me canso, lo dejo porque tengo que volver a casa a comer, pero ni siquiera me importa que llueva, a veces llevo un paraguas y todavía es mejor esa confusión de grises en el horizonte, con olas de acero, ¿sabías que cada seis olas más o menos llega una ola más grande?, no sé por qué será.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Dónde había escuchado yo aquella historia? En el Chipi, una noche con Floro Santerbás, la había contado aquella chica alta que se parecía a una sota de la baraja, con su pequeña mochila en la espalda, Mariví. Y Verónica Galindo era la amiga de Mariví, la diosa sin nombre que premió al atleta juvenil, la leyenda que en el futuro circulará por los estadios de atletismo, la chica de las medias de encaje, la mujer sin miedo.

–¿Tienes una gabardina blanca? –pregunté.

–Sí, ¿por qué?

–No, por nada especial, pero creo que en alguna ocasión te he visto en los acantilados del Rinconín, y me llamó la atención ver a una chica sola tan concentrada en el horizonte, yo también suelo ir por allí algunas veces a ver el mar, sobre todo en invierno.

Por supuesto, era mentira, pero celebró candorosamente aquella coincidencia, se notaba que se alegraba de verdad, no sólo porque yo la hubiera visto en momentos que parecían poseer un hondo significado para ella, sino también porque me gustaba el mar. Los dos hechos juntos contribuían a crear entre nosotros ciertos lazos de intimidad, una especie de pasado común y exclusivo que nos hacía cómplices, amigos, viejos camaradas, y quizás algo más. Yo noté cómo se abría aquel nuevo espacio de sensibilidad entre nosotros y me sentí un poco culpable por haber despertado semejantes sentimientos con una simple mentira. Por eso añadí:

–Me gusta el mar, pero debo confesar que no me gusta navegar, y además me mareo.

–Yo nunca he subido a un barco –dijo ella–, una vez que mis padres me llevaron a Mallorca fuimos en avión.

Estuvimos hablando así durante horas, sentados en una de las mesas del fondo, un lugar fresco y recatado donde apenas llegaban los ecos de la televisión ni de los pocos clientes que se acodaban en la

barra. Después de la Coca-Cola ella pidió un Martini y yo la acompañé. Repetimos el pedido un par de veces y fuimos pasando revista a los amigos comunes de Oviedo. Verónica nos conocía a casi todos mucho mejor de lo que yo imaginaba, pero cometía un error de apreciación muy propio de quienes miran a un grupo desde fuera sin pertenecer a él: creía que, en efecto, éramos un grupo, lo cual constituía su primer error, y además nos consideraba un grupo homogéneo, una especie de clan o de pandilla consolidada por la amistad desde el año catapún, un «nosotros» del que ella esperaba formar parte en breve pese a las diferencias de edad, lo cual no sólo era un error sino también un disparate. La atmósfera que ella percibía en ese grupo le resultaba fascinante y creía que todos la respirábamos de la misma manera. Yo no lograba entender qué la atraía de semejante repertorio de fracasos. Verónica Galindo ni siquiera mostraba un especial interés por el billar, lo que, en caso contrario, tampoco hubiera sido una justificación; jugábamos bastante bien, pero no era para tanto. Al final lo atribuí al hecho incontrovertible de que ella sólo tenía veinte años, lo cual no explicaba nada, pero es el tipo de justificación que sirve para pasar de página sin pensar demasiado y no puse mucho empeño en desmentir la visión idílica que tenía de nosotros, por más que ese «nosotros» no fuera más que una entelequia.

Verónica Galindo tenía más noticias de cada uno de mis amigos que yo mismo, y además noticias de primera mano. No me extrañó que hubiera recibido una tarjeta postal de Carmina Arbeyo desde Irlanda, al fin y al cabo ambas eran compañeras de trabajo y había sido Carmina quien la llevó al billar del Mercurio por primera vez, pero me dejó perplejo saber que también había recibido tarjetas postales de Mari la Gorda desde México y de Rodrigo de Almar desde California. Hablaba de ellos como de íntimos amigos y daba por supuesto que también yo habría recibido las correspondientes tarjetas postales. No supe cómo explicarle que entre nosotros no se estilaba ese tipo de cosas. Si nos veíamos con frecuencia se debía a que la ciudad era pequeña y solíamos acudir a los mismos sitios, al billar del Mercurio, a ciertos bares, a ciertas exposiciones y conciertos, lugares o actos que nunca requerían cita previa. No nos llamábamos por teléfono a no ser para cuestiones muy concretas, nunca para conversar, en una ocasión yo pasé cuatro meses fuera de la ciudad por cuestiones de trabajo y, a mi regreso, apenas unos cuantos se habían enterado, los demás pensaron simplemente que no habíamos coincidido por puro azar, o que yo había cogido una fuerte gripe, o que me había echado una novia muy absorbente. No nos guardábamos ausencias y no nos escribíamos cartas unos a otros por lo menos desde los veinticinco

años, un momento a partir del cual seguramente ya no teníamos nada que decirnos o nada con que engañarnos, quizás porque ya nos avergonzaban nuestros propios proyectos y tendíamos a mantenerlos en secreto para continuar creyendo en ellos, como si en el fondo supiésemos que no eran más que ilusiones y que no convenía comunicárselas a nadie para no destruirlas, al menos antes de las tres de la madrugada de cualquier noche en un bar, pero jamás por escrito en plena lucidez, no éramos capaces de eso, no podíamos dilapidar de esa manera las ilusiones ofreciéndolas públicamente a la ironía o al frío contraste de una conversación, pues durante mucho tiempo las seguiríamos necesitando aún como consuelo en la intimidad de la almohada. Para que esa intimidad no fuese tan desoladora. Sin embargo, no por ello dejábamos de sentirnos buenos amigos. Sólo éramos poco explícitos, quizás demasiado púdicos. Hablando ahora con Verónica Galindo recordé que, poco después de conocer a Mari la Gorda, hacía ya muchos años, también a mí me había enviado una postal desde México, donde solía regresar todos los veranos para visitar a su familia. Pero después de aquella vez, ya nunca más, pues Mari había captado muy pronto ese estilo de afecto distante, ajeno al protocolo, igual que había captado nuestro acento; nadie diría, oyéndola hablar, que era mexicana de origen. De Rodrigo jamás recibí una línea, aunque sé que a Álvaro Atienza le había escrito una larga carta desde la India, hace también muchos años.

Verónica Galindo hablaba de sus nuevos amigos con entusiasmo, casi con devoción. No entendía por qué llamábamos la Gorda a Mari la Gorda, si en realidad no lo era, le parecía injusto. «Sí –le dije–, hubiera sido más apropiado llamarla Mari la Grande, pero nadie es responsable de su nombre, excepto el Santo Padre de Roma y las estrellas de cine, y a veces resulta injusto.» Mari nunca había sido gorda, pero era alta y fuerte y, sobre todo, tenía la cara redonda y las tetas muy grandes, algo que uno no podía dejar de ver. Por lo demás era bastante escurrida de caderas y sus piernas largas y proporcionadas, muy bonitas. Le conté a Verónica que el mote de gorda, que ya le venía del colegio o de su primer año de facultad, se debía a la fatalidad de haber tenido una amiga muy íntima que también se llamaba Mari y, ésta, sí, era muy flaca. Siempre andaban juntas y entre sus compañeros pasaron a ser Mari la Gorda y Mari la Flaca, para distinguirlas cuando se hablaba de alguna de ellas. A Mari la Flaca yo no llegué a conocerla, lo único que quedó de ella fue el nombre de su amiga, como de rebote, quizás en la ciudad donde viva ahora ni siquiera la llamen flaca, también puede ser que con el tiempo haya ganado algunos kilos, uno no debe dejarse arrastrar por el

nombre. «Mari sabe que ella no es gorda y no creo que le importe mucho que a veces la llamemos así, no va a engordar por eso», concluí. Verónica no parecía satisfecha con mi explicación: «Pero podían haberla llamado por su nombre completo, María Guadalupe, o sólo Guadalupe, o Lupe, para distinguirlas bastaba con eso», protestó. «Sí, en efecto –dije–, tienes toda la razón, ya ves.» Ella rió. Me acordé de aquel chiste en que se encuentran dos amigos y uno pregunta: «Pero, hombre Manolo, ¿cómo es que te has puesto tan gordo?», y Manolo responde: «Es de no discutir», y el otro le replica: «¡Hombre, no será por eso!», y Manolo dice: «No, no será». Me acordé del chiste, pero no se lo conté, no hizo falta.

Sobre las nueve, mi amiga llegó a buscarme a la cafetería, las presenté usando los nombres de pila y se sentó con nosotros. Sólo entonces comenzamos a hablar del calor que hacía en Madrid. Cinco minutos después Verónica se levantó para irse y, ya de pie, me preguntó:

–¿Cuándo regresas a Oviedo?

–El próximo sábado.

–¡Huy, qué coincidencia!, ¿te importaría llevarme contigo?, yo tengo que estar allí el lunes y me viene de miedo, ¿de verdad no te importa?

No, no me importaba. Mientras apuntaba el teléfono de su abuela en una servilleta de papel, nos contó que había sido Borja Molina quien la había traído a Madrid justo la semana anterior. Volviéndose hacia mi amiga comentó:

–Es mi jefe, tiene un coche que te cagas, un Saab 9000.

Recuerdo perfectamente esa expresión, «que te cagas», porque en cuanto Verónica salió no podíamos parar de reír. Ya sé que se trata de una expresión muy común entre la gente de su edad, ¡pero lo dijo de forma tan neutra y seriecita!

No puedo decir que Verónica Galindo me pareciera entonces una mujer bellísima, no te llamaba la atención cuando la veías por primera vez. Sin embargo emanaba de ella algo especial, difícil de precisar. No se trataba de una cualidad que te atrajese cuando la veías, sino algo más sutil que empezabas a descubrir una vez que ella se había ido, como si sólo se hiciese perceptible con su ausencia y, en cuanto ella no estaba, empezabas a echarla de menos. Como el ruido de fondo de la ciudad cuando se está en el campo y, de forma un tanto absurda, uno oye el silencio, es decir, lo que por definición jamás puede ser oído. Lo que se percibía de Verónica era su ausencia, enseguida se la añoraba, sin aparente motivo. Se lo he oído decir a muchos amigos nacidos en la costa respecto al sonido de las olas del mar, incluso

mucho tiempo después de haberse trasladado a vivir al interior siguen añorando ese suave ruido de vaivén, esa señal que vela mientras duermen, siempre la sienten como una pérdida. Así ocurría con Verónica Galindo, estabas a su lado y no te dabas cuenta de nada especialmente llamativo, su conversación resultaba de lo más normal, ni aburrida ni deslumbrante, no contaba chistes ni historias intrigantes, no tenía tics, ni usaba frases hechas, pero en cuanto se marchaba ya estabas deseando su regreso. No sé muy bien en qué consistía esa cualidad de dejar marcas. Quizás emanaba confianza, sosiego, cosas que no se notan hasta que ya no están, cosas que dejan huella. Un perfume tranquilo. Después, cuando llegué a saber lo que estaba ocurriendo, me admiró que Álvaro Atienza hubiera sido capaz de percibir ese perfume sólo en una mirada. Una mirada a través de un cristal. Y ya no pudo prescindir de ella.

Catorce

En el oeste de Irlanda hay unos acantilados que te cortan la respiración. A gran altura sobre el mar, la pradera va descendiendo de forma suave y ondulada, como invitándote amablemente a dejarte ir. Tienen una hierba gruesa y tupida que te dificulta sentir el suelo bajo los pies y a cambio te sugiere echarte a rodar sobre su superficie muelle hasta precipitarte alegremente en el abismo. Es un paisaje, o mejor, una geometría propia de esos sueños fértiles y lúbricos que se convierten de pronto en pesadillas deslizantes. Los acantilados son tan verticales y profundos que cuando sientes el viento batiéndote sobre el precipicio y la ferocidad del oleaje, o bien te aterras o te conviertes en filósofo. El mar inmenso y gris inspira pensamientos graves, ideas transcendentes. Los turistas suelen retirarse de allí enseguida, invadidos por el desconcierto, siempre muy despeinados. Se trata de los famosos Cliffs of Moher, frente a la isla de Aran. Al menos eso me han contado, yo nunca he estado allí, sólo los conozco por la película de Flaherty y, sobre todo, por *La hija de Ryan* de David Lean, creo que se rodó en esa zona. Un lugar que los excursionistas de Ecoconceyu consideraban muy especial, cargado de energía positiva, un espacio donde los celtas ancestrales habían oficiado sus venerables ceremonias de comunión con la naturaleza, algo que a ellos les conmovía y entusiasmaba. Fue el sitio que Manolo y Carmina Arbeyo eligieron para desencadenar un drama doméstico que habría de tener insospechadas consecuencias.

El viaje de Ecoconceyu a Irlanda había sido preparado con mimo durante meses. Contaban con una pequeña subvención del gobierno del Principado para sufragar los gastos básicos, aunque Manolo Arbeyo, presidente y tesorero de la asociación, la interpretó desde el principio como el presupuesto límite y común al que todos debían sujetarse. Le parecía mal que los expedicionarios gastasen dinero de su propio bolsillo, como si el hecho de cenar en un buen restaurante o alojarse en un hotel, mucho más confortable que las incómodas tiendas de campaña de que iban provistos, fueran actos de insolidaridad, lo cual daba pie a no pocas discusiones. Le molestaba que algunos de sus colegas, bastante más jóvenes que él, se tomasen el viaje como meras vacaciones, olvidando los altos fines culturales que se habían propuesto: estudiar los vínculos míticos, históricos y artesanales de los celtas irlandeses con los astures, documentarse

acerca de sus remotas herramientas, sus joyas, sus espadas, sus gaitas y tamboriles, sus relaciones con el oso y con el muérdago, su resistencia a Roma. Y, sobre todo, contactar con asociaciones irlandesas afines, tan afamadas por su intenso amor a la música, a la cerveza y a la patria. En el grupo astur había expertos en todos esos temas con diversos niveles de entusiasmo, lo componían nueve personas, cinco varones y cuatro mujeres, con tres parejas estables entre ellos, dos de las cuales se disolverían antes del regreso dando lugar a una nueva como síntesis. Viajaban en tres coches: un Range Rover, un Golf GTI y el Lada todoterreno de Arbeyo. Lo menciono porque también esa circunstancia era motivo de fricciones: Arbeyo se empeñaba en viajar en caravana, pero su Lada se quedaba rezagado y se extraviaban al llegar a las ciudades que concertaban para comer o acampar. Arbeyo se veía obligado a emplear una enorme energía para mantener la disciplina. El trayecto hasta Irlanda había sido planeado para no abandonar nunca el territorio de los celtas occidentales, los únicos que aún conservaban una remota memoria de sus orígenes: desde Oviedo, por toda la cornisa cantábrica (con el ignoto paréntesis de los vascones, cuyo origen no se sabía si era celta, caucasiano o beréber) hasta la Bretaña francesa. En Cherburgo tomaron un ferry que les condujo directamente a Cork, sin necesidad de pasar por la pérfida Albión, y desde Cork comenzaron su periplo por Irlanda viajando de sur a norte, en el sentido contrario a las agujas del reloj. Cuando esa tarde ventosa y gris llegaron a los acantilados de Moher, en el condado de Clare, ya llevaban tres semanas de viaje. El buen tiempo no les había acompañado, se sentían exhaustos y se irritaban unos con otros por cualquier fruslería, desde días atrás se respiraba entre ellos una atmósfera de motín.

A las seis y media de la tarde Arbeyo propuso acampar allí mismo, sobre la densa y mullida hierba de los acantilados, frente al mar. Eligió un lugar apartado de los trayectos habituales de los turistas y comenzó a desplegar la tienda. Pero los demás no le secundaron con la prontitud de otras veces, se les veía reticentes, remolones, cansados. El cielo estaba encapotado y corría una brisa húmeda y fría que dificultaba la manipulación de las lonas. Alguien predijo que iba a llover. Otro sugirió que sería mejor seguir hasta Innis o regresar a Galway a buscar un bed and breakfast para esa noche, la sola idea de una cama con sábanas parecía atorar los movimientos de los más decididos. Arbeyo aseguró con firmeza que no llovería, casi lo prometió. Se desencadenó una fuerte discusión acerca de la lluvia. Se expusieron encontrados argumentos sobre cirros y cúmulos, velocidad del viento, humedad relativa, cada vez con un tono más grueso y

perentorio. Arbeyo no cedió y, a partir de cierto momento, con su palabra y su autoridad ya empeñadas en contra de la lluvia, a todos se les hizo consciente que el verdadero tema de la discusión era otro, aunque no lograban saber cuál, y la irritación iba en aumento quizás por eso mismo, porque ignoraban el verdadero motivo del súbito acaloramiento y hablaban a gritos acerca de las inocentes líneas isobaras y el anticiclón de las Azores, no menos inocente. Pero el asunto de la lluvia también era importante, si les sorprendía una tormenta acampados en aquel lugar tan desprotegido y barrido por los vientos podrían pasarlo mal. Sin embargo, la lluvia iba quedando en segundo término. Sacaron a relucir la experiencia de montañero de cada cual, se mencionaron historias pasadas, asuntos personales, reproches. Los más apaciguadores proponían tímidamente que se votase si llovería o no, lo cual acrecentó la dimensión absurda de la discusión volviéndola cada vez más virulenta. En ese punto candente, muy próximos ya a los insultos generalizados, Carmina Arbeyo manifestó que, en su opinión, iba a llover. Hasta ese momento no había intervenido y los demás daban por sentado que ella era del partido de su marido, es decir, opuesta a la lluvia. Hubo un instante de silencio. Manolo se volvió hacia ella con gesto crispado:

–Lo que menos te importa a ti es si va a llover o no, lo único que tú quieres es estar cerca de una cabina de teléfono.

–¿Teléfono?, ¿yo? No sé a qué te refieres.

–Lo sabes de sobra, y lo mejor es que te calles.

Finalmente el grupo se dividió. Manolo Arbeyo sólo logró retener a su lado a dos adeptos y eso por motivos muy distintos a la lluvia, pues Andrés Bermejo, el conocido profesor de etnografía que siempre lleva madreñas, obraba según una estrategia de más altos vuelos: se quedó con su chica sólo para mantenerla apartada de cierta persona que se había alineado con los disidentes. Carmina también se quedó. Ninguno de los cuatro pronunció una palabra mientras montaban las tiendas oyendo el retumbar de las olas contra el acantilado. El mar se había vuelto del color del acero y no se veía el horizonte. Comenzaba a oscurecer.

Dos semanas antes, desde Dublín, Carmina había telefoneado a su oficina en Oviedo, por pura casualidad. Aprovechó que estaban visitando la sede de una asociación cultural amiga, vio un teléfono sobre una mesa y llamó. Borja Molina no estaba, se había ido a Madrid. Preguntó entonces por Verónica Galindo, con quien ya la unía una estrecha amistad, y le informaron de que también se había ido a Madrid, con el jefe. La noticia la perturbó, no lograba encajar la situación. Sabía que Verónica tenía proyectado pasar unos días de

vacaciones en Madrid, con su abuela, pero le resultaba difícil entender cómo una simple empleada, recién llegada, había conseguido que el jefe la llevase en su coche, cuando en cuestión de jerarquías Molina era muy protocolario, muy rígido. Tres días después aún no había regresado ninguno de los dos. Al cabo de otros tres días tampoco. Comenzó a llamar a diario. En cuanto pasaba cerca de una cabina se lanzaba dentro con un puñado de monedas en la mano, lo cual exasperaba a su marido, no sólo por el gasto, sino porque le parecía ridícula tanta preocupación. «No sé qué estará pasando en Oviedo –decía ella–, no me lo explico.» «Pues qué va a pasar –respondía Manolo–, que estarán los dos de vacaciones, como todo el mundo.» Sin embargo a Carmina le constaba que su jefe no pensaba tomar vacaciones en agosto y aprovechaba todas las ocasiones para deslizarse secretamente hasta un teléfono. Discutían con frecuencia, pero nunca delante de los demás. Carmina esgrimía ciertos sólidos argumentos a su favor. «Si es por el dinero de las llamadas, peor ha sido lo tuyo con Vicente el Ciclista, y mira que te lo advertí, que por ese lado no se iba a ninguna parte.» «Eso aún está por ver, tú no lo sabes todo.» «Tampoco tú lo sabes todo», respondía ella. Carmina nunca había estado de acuerdo con aquella iniciativa de su marido a espaldas de Borja Molina, pero no había logrado frenarlo, estaba como obsesionado, demasiado convencido de que ganarían una fortuna, dinero de verdad, no las cantidades que Molina les pasaba. La idea de ofrecerse a Álvaro Atienza como confidentes, para pasarle información reservada de la Oficina de Proyectos, no había sido de Manolo, sino del propio Borja Molina. Al parecer se trataba de una estrategia bastante común entre hombres de negocios para sondear a la otra parte e inducirla a dar pasos en falso. El ardid, a través de Floro, había comenzado a dar resultados, pues Atienza y Molina ya estaban negociando directamente y a ellos aún les quedaban cosas por hacer y dinero por ganar en ese asunto. Pero Borja Molina no sabía que Manolo Arbeyo tenía ideas propias y ambiciones que iban más allá de una mera comisión ocasional, por más que ésta fuera generosa. Tampoco sabía que Arbeyo le consideraba un mequetrefe, un niño de papá, un chisgarabís sólo preocupado por combinar bien la corbata con los calcetines. Casi desde el principio Arbeyo había fraguado otro plan: la Oficina de Proyectos trabajaba en aquel asunto por cuenta de un importante fabricante italiano del ramo de la cerámica, la Società dei Maestri Vetrai e Ceramisti, SMVC de Urbino, Carmina le había fotocopiado suficiente documentación al respecto, el protocolo de intenciones, cartas, informes técnicos. Por ellos sabía que la Oficina de Proyectos ni siquiera iba a ser la ingeniería principal en llevar a cabo

el proyecto, sino sólo su fase inicial, la adquisición y acondicionamiento de los terrenos, en la práctica quedaban reducidos al papel de simples intermediarios. ¿Por qué dejar entonces que aquel chisgarabís se llevase el negocio pagando precios astronómicos por cuenta de los italianos? La única condición para la nueva fábrica consistía en que debería erigirse sobre otra ya existente del mismo ramo, pues de ello dependían importantes subvenciones de la Comunidad Europea, pero ¿acaso no había en Asturias más fábricas de loza que la de los Atienza? Ahí era donde intervenía Vicente el Ciclista: ya habían contactado con una empresa de lozas y porcelanas cercana a Gijón. Por el momento no podía dar ningún paso más, era imprescindible que no se le relacionase con la operación y debía mantener el más absoluto secreto hasta que Molina y Atienza comenzasen a barajar cifras. Incluso podría lograr que estas cifras subiesen pasando falsa información a través de Floro. Al final nada le impediría a él presentar directamente a los italianos una oferta cien veces mejor y birlarle el negocio a la Oficina de Proyectos. Éste era el plan. Carmina nunca había estado de acuerdo, pero no había logrado disuadirlo. A veces discutían. Como ahora, encerrados en la pequeña tienda canadiense, sobre los majestuosos acantilados de Moher. Y eso que en los últimos tiempos Manolo no le contaba a su mujer todas las iniciativas que tomaba. Poco antes de emprender el viaje había entrado en contacto con una empresa de ingeniería de Gijón, nada importante, un primer sondeo, todo iba bien. Todavía no se lo había dicho a Carmina, no quería discutir. No obstante discutían.

En cuanto se hizo de noche comenzó a llover de forma torrencial. El viento ululaba sobre el acantilado herboso y descargaba latigazos de lluvia racheada contra las lonas de las dos frágiles tiendas de campaña. Los embates del mar contra las paredes del acantilado golpeaban con tal fuerza y estruendo que a veces sentían la tierra moverse bajo los sacos de dormir, como si allí abajo se estuvieran produciendo pequeños terremotos. Estaban situados a casi cincuenta metros del enorme farallón, pero lo percibían como un abismo oscuro e inminente. La chica del profesor Andrés Bermejo comenzó a llorar. Era muy joven, una de sus estudiantes de doctorado, y tenía miedo. Andrés Bermejo también tenía miedo y ambos se abrazaban metidos en el mismo saco de dormir, temblorosos. Oían la tormenta y, entre las ráfagas de viento, también oían los gritos e insultos provenientes de la tienda contigua, lo que incrementaba su sensación de pérdida y catástrofe. No habían apagado la lámpara de cámping gas por temor a que se soltase alguna clavija o se rompiese un tirante de sujeción y no pudieran repararlo en medio de la oscuridad, en cuyo caso el viento

les arrancaría la tienda en pocos minutos. A través de las lonas, Carmina y Manolo Arbeyo, sentados en el suelo frente a frente, dibujaban airadas sombras chinescas con sus brazos. Era una disputa de viejos conocidos y por lo tanto cruel, plena de sagacidad para causar graves heridas. En cierto momento quizás se detuvo el viento, quizás dejó de llover, o quizás no, pero la voz de Carmina se oyó muy nítida: «Sí, me he acostado con él, sí, muchas veces, somos amantes, ¿te enteras?, le quiero, ¿te enteras?». Luego la tormenta arreció de nuevo.

Yo estaba presente la noche en que Carmina y Manolo ligaron por primera vez. Él todavía era Manolo Cifuentes, un periodista de izquierdas poco conocido fuera de ciertos círculos. Fue la noche electoral del 82, o quizás la noche siguiente. Los socialistas acababan de ganar las elecciones con mayoría absoluta cuando Arbeyo apareció en el Paraguas, sobre las tres de la madrugada, exultante de satisfacción y de noticias. Se acodó en la barra y enseguida fue rodeado por varias personas ávidas de beber de su manantial de secretos, sólo por su forma de caminar se captaba que Manolo estaba en el intríngulis de la pomada, en la olla donde se cocía la carnaza del poder. No era muy explícito, pero se dejaba querer e invitar soltando las noticias con cuentagotas, insinuando más que afirmando, lo cual acrecentaba aún más el valor de sus rumores. En las últimas cuatro horas había estado en la sede electoral del PSOE, en su periódico, en una reunión en el hotel Reconquista, en el Rívoli con ciertas personas muy importantes, lo sabía todo: Gómez Llorente sería el próximo ministro de Educación, dijo, y se refirió a él por su nombre de pila. Nosotros estábamos sentados en la mesa del rincón, al fondo del bar, Atienza, Floro, Mari la Gorda, Carmina, quizás alguien más. Manolo nos hizo un gesto de saludo desde la barra, Atienza y él aún no se habían enemistado. Se sabía el centro de atención y disfrutaba de esos momentos ocupando también el centro del bar. Carmina, que estaba sentada a mi lado fumándose un canuto, se levantó, se abrió paso en el corro que rodeaba a Arbeyo y le entregó la pava. Él le dio una calada y expulsó el humo hacia el techo levantando la cabeza de forma ostensible. «Gracias, Carmina», dijo. Ella estaba de espaldas a nosotros pero, aun así, era indudable que sonreía. Floro comentó: «A éste le van a dar un alto cargo en Madrid y ya se le nota. Los malos poetas siempre tienen su premio». «Y también las malas personas», apuntilló Atienza. Arbeyo dio otra calada y esta vez expulsó el humo por la nariz. «Gracias –repitió mientras le devolvía el porro–, tú y yo nos comprendemos, ¿verdad, Carmina?» No entendí lo que respondió ella, quizás sólo dijo «sí», quizás algo más, o simplemente lo miró de

cierta manera o sonrió de tal otra, hay un lenguaje mudo e irresistible para estas cosas y probablemente Carmina sabía hablar entonces ese lenguaje. Él inclinó la cabeza hacia delante y la besó en los labios. Un beso levísimo, un solo instante. Un instante que se rompió muchos años después sobre los acantilados de Moher, Irlanda, en medio de una tormenta tan cruel que provocaba ganas de llorar.

Manolo Arbeyo había sido un poeta dogmático cuando la mayoría de nosotros nos considerábamos «poetas salvajes». Para él, escribir era igual que sembrar trigo para la ciencia agrícola: aplicar una doctrina de manual, usar una técnica al servicio de la liberación de la humanidad, o de la buena nutrición en el caso de la agricultura. Discutíamos tanto que no podíamos estar ni un solo instante separados, no queríamos perder la menor oportunidad de zaherirnos unos a otros sin piedad, era apasionante. A veces íbamos al merendero de Pin de la Quinta, bajo cuyos manzanos podíamos alzar la voz y recitar poemas sin escándalo. Merendábamos chorizos a la sidra y unas tortillas de patata tan bien cuajadas que causaban una unánime admiración, era en lo único que nos mostrábamos de acuerdo. Fue allí donde Atienza lanzó el famoso verso de Guillén como si fuera un puñal: «Todo en el aire es pájaro». Sé que lo hizo con intención de herir, pero ahora no recuerdo por qué algunos lo tomaron como un insulto a Blas de Otero, a Miguel Hernández, a Neruda, había muchos sobreentendidos, muchas tomas de posición previas, muchas palabras ya dichas. Manolo Arbeyo contestó indignado: «Fascismo, fascismo puro y duro, los ácratas siempre termináis por asumir el gusto de la burguesía». Atienza se burlaba de él: «Todo en el aire es pájaro», repetía. Ahora me duele no recordar los motivos últimos que teníamos cada uno para comportarnos de aquella manera, quizás nunca los supe. A mi memoria, más que ideas, llegan sensaciones: la brisa suave y rural procedente de los prados, las tardes tibias de primavera bajo los manzanos de Pin de la Quinta, la textura de la tortilla de patata en el paladar. No es que ahora menosprecie la tortilla, al contrario, pero me duele que de todos aquellos días intensos y apasionados sólo permanezcan en la memoria esas circunstancias de la sensualidad, mientras que las palabras y los insomnios ideológicos que entonces nos conmovían han sido olvidados casi por completo. «Todo en el aire es pájaro.» Así es.

Quizás más adelante comencé a comprender a Arbeyo un poco mejor, después de su muerte, cuando vi a su familia en el aparcamiento del cementerio bajo la lluvia, en medio de aquella desolación. No sabíamos nada acerca de su origen humilde, campesino, ni del esfuerzo que aquellos aldeanos habrían tenido que

hacer para enviarle al internado y después a la universidad, Arbeyo siempre había mantenido oculto ese aspecto de su vida. Frente a la puerta del cementerio, a la intemperie, soportando la lluvia sin iniciar un solo movimiento para buscar abrigo, esperaban un entierro que no habría de llegar. Parecían extraviados, perdidos bajo las boinas y las pañoletas negras con que se tocaban la cabeza, con aspecto de haberse mareado en el coche por los recovecos de una ciudad extraña y laberíntica, desconcertados por la ausencia de un cura y un oficio en latín, un dies irae, unos monaguillos con el alba festoneada de puntillas llevando dos grandes cirios, un cortejo de vecinos y amigos que los consolara. Estaban solos, ni siquiera había llegado todavía la viuda de su hijo, los habían remitido al crematorio con demasiada anticipación, cuando ellos apenas sabían lo que era un crematorio y no lograban encontrar un lugar apropiado para llorar. Una de las mujeres, la más joven, echó sobre los hombros de la anciana un chubasquero de plástico rojo, se apoyaban la una en la otra, como si en cualquier momento se pudieran caer, emergía de ellas un dolor tradicional e íntimo, refractario a cualquier consuelo, un dolor sustancial y primitivo, un dolor digno, asumido sin la menor negación, afrontado como tal, sin subterfugios, con plena conciencia. Eran la madre y la hermana de Manuel Cifuentes, Arbeyo. ¿Qué relación habría existido entre ellos, de qué forma hablarían, qué había en Arbeyo que todos ignorábamos? Aún no sabíamos que había sido asesinado, pero contemplando a aquellos aldeanos creí comprender un poco mejor al Manolo Arbeyo que yo había conocido, su cerrado marxismo durante los años de universidad, su arribismo político posterior, y también su enriquecimiento, sus pisos, sus cuentas a plazo fijo, su proverbial tacañería. Su miedo esencial por carecer de alguien que le cubriera las espaldas ante el posible fracaso, un miedo heredado que había llegado hasta él desde generaciones.

No conozco todos los acontecimientos, no los conoce nadie, ni siquiera conozco todos los hechos que componen un acontecimiento conocido, pero intento conferirles sentido, buscar una explicación. ¿Se puede hacer otra cosa? Soy consciente de que podría haber otras explicaciones, pero ni siquiera el conjunto de todas las explicaciones posibles nos permitiría conocer todo lo ocurrido, sólo haría más verosímil nuestra ignorancia. Los dos informes forenses sobre Arbeyo fueron contradictorios. En uno se afirmaba que la muerte había sobrevenido como consecuencia de un infarto de miocardio agudo mientras conducía, provocando el accidente causante de las lesiones. En el otro se insinuaba la hipótesis de que las lesiones se habían producido «antes» del infarto, del que efectivamente había muerto, y

no «después». Lo demás eran conjeturas, pero ¿cómo se partió tan limpiamente el fémur izquierdo, de un solo y preciso golpe causado por un objeto redondo, similar a un bate de béisbol?, ¿quién le rompió el antebrazo, antes o después, de un golpe similar, como si estuviese intentando protegerse la pierna o estuviese ya agachado o cayéndose al suelo? ¿Por qué tenía restos de tierra en las ropas, sólo por la parte derecha del cuerpo, si es que verdaderamente murió en el interior del coche, donde fue encontrado? Que la muerte se produjo debido a un paro cardíaco, como llegó a publicar su propio periódico, no era más que una forma de hablar, pues así se muere todo el mundo. Otra manera menos cortés hubiera sido decir que se murió de pánico ante un bate de béisbol. Y otra, más ajustada a los hechos, que lo mató quien empuñaba ese bate y simuló después un accidente. Los hechos desnudos apenas son inteligibles, son hechos y ya está, una y otra vez remiten a sí mismos, a su ferocidad intrínseca, a la furia y al odio, al miedo, a la súbita violencia que en un solo instante nos sume en el vértigo de lo irreversible. Pero no se puede aceptar lo irreversible sin buscar explicaciones. Uno no se conforma. Yo no me conformo. Aunque sepa, o sospeche, o tema que ninguna explicación será nunca suficiente. ¿No importa lo que se haga porque lo inevitable ya ha ocurrido o habrá de ocurrir de todas formas? Quizás la respuesta consista en eso, en las «formas», los modos y las variaciones de lo inevitable. Una estética del destino, una moral de la violencia. Manolo Arbeyo había estado violentando los acontecimientos durante mucho tiempo hasta llegar a donde llegó. Es necesario reconstruir ese recorrido, el relato de esos acontecimientos.

Quince

La cita con Molina quedó establecida en Gijón. Ambos deseaban el secreto, o al menos cierta discreción. Buscaron un lugar donde fuera poco probable encontrarse con personas conocidas a quienes les extrañase verlos juntos, personas que pudieran preguntarse por el motivo de su relación o recordarla en el futuro. Álvaro se sentía incómodo al lado de Molina, pensaba que los dos juntos llamarían la atención de forma inevitable, compondrían una escena extemporánea y rara, como si le vieran paseando de la mano de una monja o aún peor, besándola. Nadie olvidaría una cosa así. Se citaron a las nueve al pie del *Elogio del horizonte* de Chillida, en el promontorio de Santa Catalina, no se les ocurrió un lugar más inadecuado. Al pasar junto al Club Náutico Álvaro ya estaba arrepentido. La calle asfaltada daba paso a un racimo de pequeños senderos ascendentes que serpenteaban en la hierba. El sol caía sobre el mar ofreciendo un espectáculo grandioso. Demasiado grandioso, un espectáculo de masas: sobre el césped se amartelaban docenas de parejas mirando al horizonte, todo el mundo sabía que la escultura de Chillida le había costado cien millones de pesetas al ayuntamiento, había niños cansados, paseantes solteros y mucha gente con los ojos clavados en el mar a punto de pronunciar la palabra «crepúsculo». Álvaro ascendió esquivando el lirismo de la multitud hasta la parte superior del promontorio, donde las viejas casamatas de artillería quedaban cubiertas por el césped. Desde allí vio a Molina al pie de la escultura, hubiera sido imposible no reparar en él, pues era la única persona que le daba la espalda al horizonte. Y llevaba corbata. Le hizo una seña desde lejos. Una suavidad azul y rosa emergía del mar.

Las callejuelas de Cimadevilla, al igual que los bares, estaban abarrotadas de veraneantes bronceados y grupales que hablaban y se reían en voz alta, dificultándoles la marcha. Atienza caminaba a grandes zancadas y Molina lo seguía zigzagueando entre los transeúntes sin lograr mantenerse a su altura durante el tiempo suficiente de entablar una conversación. Por la parte baja, en dirección a la playa, las calles estaban menos concurridas. Atienza se detuvo bruscamente en una esquina y observó con atención un lugar preciso al otro lado de la calle. Se volvió hacia Molina:

–Por favor, espéreme aquí un momento. Sólo serán cinco minutos.

A unos veinte metros de donde se encontraban había tres hombres

conversando en la puerta de un bar. Dos de ellos, de espaldas, se recostaban sobre un coche aparcado junto a la acera, con sendos vasos de cerveza en la mano. El tercero estaba de frente, subido sobre el escalón de acceso al bar. Se apoyaba en el quicio de la puerta abierta y no miraba a sus interlocutores al hablar, sino por encima de ellos, como si estuviese leyendo la conversación en la pared de enfrente. Era Vicente el Ciclista. Atienza retrocedió unos pasos y se situó fuera de su campo de visión.

–Mire, luego se lo explicaré, pero ha surgido un imprevisto. Ahora voy a entrar en ese bar durante unos minutos. Cuando salga, no se acerque a mí inmediatamente, sígame a una distancia prudencial.

Señaló hacia atrás y añadió:

–Tomaré esa dirección, lo mejor será que me espere en aquella otra esquina.

Entre los edificios, una estrecha franja de mar emitía destellos de bronce. Sobre esa línea, como en una bandera, se extendía una franja dorada y, encima de ésta, otra más de color púrpura que servía de frontón a una bóveda de profundo azul. La viveza y cercanía de los colores producía la impresión de que la calle había sido tapiada con un horizonte de metal. Los dos se quedaron en suspenso durante unos instantes, pero no dijeron nada. Atienza dio media vuelta y, tras unos cuantos pasos, regresó.

–¿Lleva dinero encima? Quiero decir, en metálico.

–Sí, por supuesto.

Atienza sacó de su bolsillo un fajo de billetes y los contó con rapidez.

–Necesito treinta mil pesetas. Se las devolveré en cuanto encontremos un cajero.

Molina no respondió una palabra ni expresó un gesto de duda. Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo una billetera de piel. Era tan fina que parecía imposible que pudiera contener algo en su interior. Con minuciosidad eligió uno a uno tres billetes de diez mil pesetas y se los tendió a Atienza en abanico, como si fueran las cartas de una baraja. Los billetes nuevos emitieron un chasquido de metal. Fue uno de esos detalles caprichosos que más tarde se recuerdan de forma inopinada y permanecen en la memoria, sin saber por qué. En el exiguo espacio rectangular abierto por el atardecer entre los edificios acontecía un espectáculo prodigioso, también metálico, lleno de color, pero no se daban cuenta.

–Si necesita más, cuente con ello, y no es necesario que me lo devuelva hoy, puede hacerlo cuando quiera.

–No. Es suficiente.

Atienza estrujó los billetes en la palma de la mano antes de meterlos en el bolsillo del pantalón.

–Vuelvo enseguida, no más de diez minutos.

Dobló la esquina y se encaminó hacia el bar donde el Ciclista conversaba con sus dos acompañantes. Hacia tiempo que no venía por allí, pero Vicente no se extrañaría de su presencia, al contrario, pensaría que, como en tantas otras ocasiones anteriores, lo buscaba precisamente a él. Vicente el Ciclista le había visto en cuanto dobló la esquina, de eso no tenía la menor duda, pero confiaba en que no hubiera visto también a Molina, o que no hubiera reparado en él lo suficiente. Fue en ese brevísimo cruce de miradas cuando se le ocurrió comprarle unos gramos de coca para justificar su presencia, pues, de no hacerlo, Vicente no le dejaría en paz, iría en su busca, no abandonaría fácilmente la ocasión de hacer un negocio. También era muy capaz de seguirlo por pura curiosidad, para poder chismorrear luego con todo el mundo. Por eso no podía comprarle simplemente un gramo, Vicente no se creería que se hubiera desplazado hasta allí sólo para eso, no valdría la pena. Cuatro. Además, la idea de hacerse con cuatro gramos le pareció de lo más atractiva, lo cortés no quita lo valiente.

Vicente el Ciclista ya lo saludaba levantando un brazo. Álvaro recordó de pronto la última vez que había estado allí, el Ciclista les había hecho entonces el mismo saludo displicente con la mano, mientras él y Rodrigo se bajaban de la moto. Tuvo una extraña sensación de *déjà vu,* como si el tiempo se hubiera detenido en ese lugar y al retornar a él le envolviese de nuevo en la misma atmósfera de dolor y confusión que entonces respiraba. Atienza se paró antes de cruzar la calle, para hacer frente a aquella sensación de suspenso e irrealidad, una sensación viscosa en la que se sentía flotar, como si hubiera naufragado en un lago de aceite. Se encontraba en un espacio lóbrego, apartado de la visión del mar, entorpecido por los coches aparcados sobre el bordillo de la acera. La estrecha puerta, donde el Ciclista se apoyaba inmóvil como una cariátide, se abría en el frontal de una casa de paredes desconchadas y balcones de hierro oxidado, sin visillos tras los cristales, sin luces tras las ventanas, deshabitada, propicia a la demolición. Atienza recordó que aquella otra tarde de primavera, aquella tarde que aún estaba allí, porque se había quedado prisionera de ese espacio mugriento y miserable, él había llorado en un retrete. Un retrete muy limpio de la Escuela de Artes. Atienza sintió de nuevo el avance de aquella congoja inexplicable. Le llegó con gran facilidad, como si nunca se hubiera ido, como si la mirada de Verónica Galindo al otro lado del cristal, cuando ella aún era una

estudiante desconocida, un rostro que veía por primera vez, se hubiera producido tan sólo cinco minutos antes. Hubiera salido corriendo en busca de un rincón donde esconderse, para que nadie le viera llorar, pero los dos acompañantes del Ciclista, que hasta ese momento habían estado de espaldas a él, apoyados sobre un coche, se volvieron y le miraron. La sensación de congoja se detuvo. Uno de aquellos tipos era un viejo admirador de su Norton cromada, cada vez que lo veía intentaba comprársela.

–Qué –le dijo–, ¿cómo anda esa pieza de museo?

Cruzó la calle y entró en el bar.

Álvaro Atienza y Borja Molina entraron en un restaurante italiano situado al final de la playa. Molina sugirió compartir un carpaccio y una botella de Albariño frío. Atienza sacó del bolsillo una papelina de coca y se la ofreció sin disimulo:

–¿Quiere probarla?

Molina no se sorprendió. Un rato antes, mientras sacaba el dinero de un cajero automático, Atienza le había explicado llanamente en qué había utilizado las treinta mil pesetas. Ahora quería saber cuál era su reacción.

–No, gracias, no me sienta bien, me altera el estómago. Pero no crea que no me gusta de vez en cuando. Quizás más tarde.

Álvaro se levantó y fue al servicio.

El día que había visitado la Oficina de Proyectos Industriales, mientras Molina se acercaba a él con la mano extendida, dando grandes y enérgicas zancadas desde el fondo del despacho, Atienza había tenido la impresión de encontrarse ante un vendedor de enciclopedias rebosante de entusiasmo. Un vendedor joven, deseoso de ascensos, convencido de su labor, demasiado joven para el asunto que iba a tratar con él y demasiado joven en general, lo que le causaba una sensación desagradable, como si esa juventud fuera un estigma o una deficiencia que le impediría no ya entenderse con él, sino meramente comunicarse. Pensó que ambos hablarían lenguajes diferentes, como si Molina fuera un extranjero de remotas costumbres. Fue una impresión de lejanía y extrañeza que se sumaba a la conmoción que había sufrido unos minutos antes, al descubrir a Verónica Galindo en aquella misma oficina, tras un cristal, como la primera vez. Sin embargo, al estrecharle la mano, Molina no se la estrujó como suelen hacer los vendedores de emociones, sino de forma cálida y sensata, sin estridencias. Después de esa primera entrevista y del breve encuentro en el restaurante Cabo Peñas, en presencia de Verónica Galindo, Atienza aún no sabía a qué atenerse respecto a él.

Regresó a la mesa y se sentó. El vino ya estaba colocado en un cubo con hielo, pero Molina había esperado su llegada para servirlo. Bebieron.

–Estuve dudando hasta el último instante si acudir a este encuentro –dijo Álvaro–. No me gustó nada lo que usted hizo la última vez que nos vimos, no me gustan las sorpresas.

–Sí, lo comprendo, enseguida me di cuenta de que había cometido un error trayéndola conmigo, lo lamento de verdad, no volverá a ocurrir.

–La cita era para hablar de ella, no para que ella viniera.

–Lo siento, creí que usted tenía interés en conocerla, reconozco que me precipité.

–No quiero simplemente conocerla, eso lo habría podido lograr yo solo sin dificultad; además, creí entender que ella ya me había visto antes, que sabía quién era yo.

–Sí, así es, pero pensé que era necesario un primer paso, un contacto inicial. La oportunidad me surgió de forma totalmente casual y no pude localizarle por teléfono para avisarle.

Habían variado sus sitios en la mesa. Cuando llegaron al restaurante se habían sentado el uno frente al otro, sin embargo ahora, tras su excursión al cuarto de baño, se encontraba a Molina de perfil, a su lado. No preguntó de quién había sido la idea de cambiar los cubiertos de posición, si del camarero o del propio Molina, pero a su cabeza llegaban de nuevo ideas relacionadas con las técnicas de venta, ideas desagradables.

–Quiero dejar claro que, en adelante, yo marcaré los pasos. ¿Le ha hablado usted de mí?

–Sólo mencioné que era un cliente muy importante. Y un amigo, espero que no le importe. Pensé que esa circunstancia nos facilitaría las cosas en el futuro. Por cierto, ¿podríamos tutearnos en su presencia?, sería más cómodo para todos.

–Sí, por supuesto, pero no estaré demasiado tiempo en su presencia.

–¿No? En realidad todavía no comprendo muy bien lo que quiere usted de ella. ¿No le interesa, digamos, una relación explícita? Quiero decir, que ella sepa a qué atenerse desde el principio y cuáles serán las contraprestaciones, lo que usted y yo podemos ofrecerle, que sin duda será mucho.

Atienza eludió responder con precisión, no quiso decir que él tampoco sabía lo que estaba buscando en Verónica Galindo. Esperaba confusamente que fuera ella quien se lo dijera, o incluso el propio Borja Molina. Era la primera vez que hablaba de ella en voz alta, la primera vez que su pensamiento expresaba y recibía palabras acerca

de Verónica Galindo, palabras que también tendrían un sentido para otro y se volvían autónomas, más controlables y más resistentes a la distorsión de los sentimientos. No quería confesarse que andaba a tientas, que su voluntad aún se movía por un bosque poblado de fantasmas, sin senderos claros. Por eso, como respuesta, Atienza formuló nuevas preguntas acerca de Verónica. ¿Cómo era su familia, qué tipo de trabajo hacía, a qué se dedicaba su padre?

Borja Molina tenía el cabello fino y sedoso, peinado con raya a un lado, como un colegial. Con cierta frecuencia se le caía un mechón sobre la frente, pero él no lo retiraba haciendo un rápido movimiento de cabeza hacia atrás, como hubiera sido natural en alguien de su edad, sino que lo recogía suavemente con la mano y lo colocaba en su sitio, sin importarle repetir ese gesto cuantas veces fuera necesario, con naturalidad. Atienza no sabía qué pensar de él.

Hablaba pausadamente. No evidenciaba nerviosismo cuando se producía un silencio y cedía la palabra de inmediato ante el menor gesto de su interlocutor, como pidiendo disculpas por hablar demasiado. Tampoco conducía la conversación hacia un desenlace premeditado, más bien parecía saber desde el principio en qué iba a terminar y confiaba en que sus modales, sus gestos, el conjunto de sus actos, se acomodarían por sí solos a la situación, por simple espontaneidad. Hacía y decía las cosas adecuadas, con tranquilidad, era evidente que tenía profundas convicciones respecto a su trabajo y la manera de llevarlo a cabo, que le gustaba, aunque ese trabajo consistiera en ponerle a un hombre detectives, u ofrecerle una mujer a cambio de un precio, como hacen los rufianes. A Atienza le desconcertaba la inocencia de su rostro mientras trataban aquellos negocios de canallas. Era una expresión tranquila y pacífica, similar a la que había percibido en Verónica Galindo, pero de un carácter distinto. Quizás se trataba de la inocencia de los fanáticos, esa pureza, carente de toda doblez, que les baña el rostro cuando expresan sus convicciones, por más obtusas que éstas sean, esa fe profunda y arraigada que les permite matar o torturar a otro por su bien, sin disimulos y sin mala intención, incluso alegremente, con naturalidad. También hay allí un poso de espontánea inocencia, incapaz de mentir, la inocencia del tigre y de la hiena, la ignorancia de toda culpabilidad. Sin embargo, cuando identificamos esa clase de inocencia en los ojos de una persona, sabemos que se trata de un imbécil. Y Borja Molina no lo era en forma alguna. La información que poseía acerca de la familia de Verónica Galindo tenía carácter exhaustivo, sin duda había sido obtenida mediante detectives. Antes de venir a Oviedo, la madre de Verónica regentaba una peluquería en Madrid, en la calle del

General Oráa, en sociedad con otras dos peluqueras. No se trataba de una peluquería de altos vuelos, por supuesto, pero el negocio funcionaba bien y ya estaba amortizado cuando se produjo el ascenso de su marido y el cambio de ciudad. Hubo sus más y sus menos en el matrimonio a la hora de tomar la decisión, pero, de haberse negado al traslado, probablemente hubieran despedido al señor Galindo de su empresa. El aumento de sueldo y las primas de final de año como jefe de delegación no lograron incrementar los ingresos totales de la familia, al contrario, éstos resultaron menores que antes. Ella no había vendido aún su participación en la peluquería y ambos ansiaban regresar.

Atienza se levantó una vez más para ir al lavabo y de nuevo Molina rehusó la papelina. Al regresar comenzaron a tutearse. Atienza le preguntó desde cuándo tenía informes sobre él, en qué momento le habían puesto unos detectives a seguirle.

–Mira –dijo–, no puedo revelarte asuntos confidenciales, pero no son detectives. La Oficina de Proyectos no es más que una pequeña empresa del Grupo, y el Grupo tiene muchos recursos, incluidas empresas de seguridad que nos prestan apoyo. Cuando yo llegué a Oviedo para hacerme cargo de este proyecto ya tenía mucha información. Eso sí, la idea de captar a Verónica Galindo fue mía.

Molina pagó y salieron a la calle sin un propósito preciso. Durante la cena no habían tocado ningún punto referido a la operación de compraventa ni habían trazado ningún plan para el futuro inmediato. Se dirigieron al Muro y se quedaron junto a la balaustrada de la playa, mirando el mar en silencio. No había luna sobre el horizonte, sino una miríada de constelaciones, quizás era eso lo que dificultaba su conversación. El aire limpio y sereno de la playa animaba a pasear y caminaron en dirección a San Pedro, mientras oían el suave batir de la bajamar, invisible debido a la lejanía de las olas. En cierto momento, como si se le acabara de ocurrir la idea, Molina comentó:

–He estado recientemente en Madrid hablando con mis superiores y me he enterado de una noticia interesante. El Grupo tiene excelentes relaciones con el laboratorio para el que trabaja el padre de Verónica, de hecho su filial comercial es una empresa participada por nosotros. Creo que no presentaría grandes dificultades conseguirle al señor Galindo su traslado a Madrid, mediante un ascenso o algo similar, en buenas condiciones. Naturalmente, Verónica se quedaría en Oviedo, y me consta que agradecería mucho ese favor. Podría hacerse de tal forma que tanto ella como su padre te lo debieran a ti.

–¿A mí?

–El director comercial del laboratorio es buen amigo mío y un

hombre de confianza en el grupo, con mucho futuro. Les contaría lo que nosotros le dijéramos, que tú presionaste al Grupo en un negocio, que sois amigos de la infancia, cualquier cosa. Lo único necesario es que Verónica te lo pida. Primero, que sepa que puedes hacerlo y que lo sepa también su padre, de eso me encargo yo, sólo tenemos que ponernos de acuerdo en la historia más conveniente. Después, la distancia que hay entre que te lo pida y te lo suplique depende de ti, es cosa tuya. Pero yo sólo veo ventajas.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. A la altura de las pérgolas se cruzaron con un grupo de jóvenes patinadores con las gorras viseras echadas hacia atrás, las chicas enseñaban el ombligo bajo sus camisetas ajustadísimas. En la penumbra de la playa se veían parejas paseando o sentadas sobre la arena. Atienza no lograba imaginar cómo sería una mirada de súplica en los ojos de Verónica Galindo, una súplica dirigida a él.

–Probablemente se quedaría en el piso de sus padres –dijo Molina.

–¿Cómo?

Atienza casi se había olvidado de su presencia.

–Pienso que, en un primer momento, se quedaría en el piso ella sola, es un piso de alquiler, pagan ochenta mil pesetas mensuales. Pero le resultará caro. Más adelante podríamos ayudarla a buscar un apartamento adecuado, algo que resultase conveniente para ti.

Caminaron un trecho en silencio.

–Me parece muy buena idea, tenemos que hablar de esto con detenimiento.

Molina se detuvo frente al parking del Club Náutico.

–Yo tengo el coche aquí, ¿quieres que te acerque a Oviedo?

–No, gracias, he traído la moto. Voy a pensar en todo esto, pero creo que necesitaremos volver a vernos muy pronto.

–Sí, por supuesto, cuanto antes mejor.

Estaban bajo uno de los grandes lampadarios del Muro, en un espacio muy bien iluminado. Molina extrajo del bolsillo interior de la chaqueta un sobre alargado.

–Es un borrador del protocolo de intenciones –dijo–, estúdialo y me das tu opinión. No implica más compromiso que el mutuo reconocimiento de que estamos en negociaciones y que estamos dispuestos a llevarlas a buen fin, pero no es ni siquiera una opción de compra. Sin embargo hemos juzgado justo que recibas una compensación a cambio de ese reconocimiento, como verás he dejado la cifra en blanco para que pongas tú mismo la cantidad que consideres conveniente.

Atienza recogió el sobre, pero no lo abrió.

–Sí, de acuerdo, lo estudiaré.

–No corre prisa, pero nuestros clientes italianos comienzan a pedir algunos resultados tangibles. Su proyecto de inversión es muy importante y quieren ir descartando las ubicaciones que resulten inviables. En la dirección del Grupo me apremian, pero siempre apremian. Yo creo que antes de fin de año podríamos tenerlo todo terminado, por ahora sólo necesito enviarles algún papel.

Se estrecharon la mano y Molina se encaminó hacia el parking. Tras seis o siete pasos se volvió:

–Por cierto, ya se me olvidaba. En el sobre he metido también un dibujo que me dio Verónica para ti. Creo que lo hizo la primera vez que te vio, es bueno. Adiós.

Atienza abrió el sobre. Junto a los documentos había un grueso papel de hilo, que sin duda había estado arrugado. Lo extendió bajo la luz del lampadario y lo miró con atención. Reconoció su propio rostro.

Dieciséis

Si cerraba los ojos, oía el goteo del grifo tras el biombo; si los mantenía abiertos no podía desviarlos de la luz intermitente, roja y verde, que se filtraba entre las sucias cortinas de hule que deberían cubrir toda la ventana. Sabía que aún era temprano para que apagaran el letrero luminoso del hotel, quizás las once de la noche, no habrían pasado veinte minutos desde que se habían acostado. Se sentía tan cansada que no lograba conciliar el sueño. A veces contenía la respiración durante unos instantes para tratar de oír la de su marido y hacerse una idea de si se habría dormido ya, lo notaba a su lado completamente inmóvil, demasiado inmóvil para estar dormido. No se tocaban, pero ella lo presentía rígido, vigilante, y no lograba oír su respiración, sino el goteo cadencioso y regular de aquel grifo al otro lado del biombo. En varias ocasiones pensó levantarse para cerrarlo bien y correr mejor las cortinas de la ventana, pero no se había atrevido, no quería ofrecerle pretextos para otra conversación, sólo quería que pasaran pronto las horas, seguir el viaje, llegar por fin a Oviedo, reencontrarse con Borja. La noche anterior, en el ferry de Cork a Roscoff, no había podido dormir más de diez minutos seguidos. El barco cabeceaba, Andrés Bermejo y su novia estaban mareados y en la cabina, demasiado angosta para los cuatro, hacía un calor tan sofocante que resultaba difícil respirar. Sólo al amanecer había logrado amodorrarse pero, tras un breve espacio de sueño, se despertó de forma repentina sin reconocer el lugar donde se hallaba y había sentido miedo. Fue un momento de intenso desconcierto en el que se sintió perdida, sin recuerdos, sin saber quién era ni qué hacía allí mecida por un movimiento desconocido, como en una cuna sujeta en el vacío, como si hubiera nacido en ese instante y la vida le produjera un gran pavor. No lo comentó, no había podido hacerlo, Manolo y ella llevaban ya dos días sin dirigirse la palabra. La tormenta sobre los acantilados de Moher había agotado todos los reproches y los había dejado tan heridos y exhaustos que ya no les quedaban fuerzas ni para mirarse con un mínimo desdén. No se miraban, pero tampoco se ignoraban. Al contrario, nunca habían estado tan pendientes el uno del otro, tan cuidadosos para esquivarse y tan precavidos para eludirse en el espacio de unos pocos metros cuadrados. Estaban siempre el uno junto al otro, como siameses, pero lograban mantener una impecable desatención mutua, sin decaer un solo instante en la vigilancia,

atentos a las armas, agotados. Cuando se reencontraron con los expedicionarios que habían decidido dormir en un hotel, tras la infausta noche de los acantilados, Manolo les anunció que emprendía inmediatamente el viaje de regreso debido a un asunto urgente e inaplazable que le reclamaba en Oviedo. Aún les quedaba una semana de viaje por Irlanda, pero los demás aceptaron aquella burda mentira, que ella apoyaba tácitamente. Entre falsos lamentos por perder su grata compañía, los animaron a partir sin demora, se sentían tan aliviados que no les importó que Manolo se marchase con los menguados fondos que restaban de la subvención, ni se lo mencionaron. Andrés Bermejo y su chica decidieron acompañarles, ellos también estaban deseando regresar. Dos días después llegaban a Burdeos. Las nueve horas de coche desde Brest habían sido extenuantes, no tanto por la incomodidad del pequeño todoterreno cargado de bultos cuanto por la atmósfera de crispación y contenida violencia que se respiraba en el vehículo. El silencio los golpeaba como un martillo, el pobre Bermejo, sentado en el asiento del copiloto con las piernas sobre una bolsa de viaje y el mapa en las rodillas, no lograba atinar con una palabra capaz de obtener respuesta, ni tampoco con las carreteras correctas para eludir el tráfico de las ciudades que iban cruzando. Se extraviaron en Nantes, en La Rochelle, en la entrada de la autopista que conducía a Burdeos, sin embargo Manolo no discutía, no reñía, no se enfadaba, y eso era aún peor. A la entrada de Burdeos los cuatro eran conscientes de que en cualquier momento, pese a que el Lada raramente sobrepasaba los noventa por hora, iban a sufrir un accidente, la catástrofe era inminente, quizás se la tenían merecida, ya no podían más. Afortunadamente se extraviaron de nuevo en las afueras de la ciudad y cayeron en un interminable laberinto de callejuelas. Cuando vieron el letrero luminoso del hotel parpadeando sobre el adoquinado, hubo unanimidad y se quedaron a dormir.

Ahora, en la oscuridad roja y verde de la habitación, Carmina vigilaba la respiración de su marido sin llegar a oírla con nitidez, quizás él hacía lo propio con la suya, tan quieta y contenida que se diría que ambos carecían de pulmones, o que estaban muertos, o a punto de saltar sobre una presa invisible en cuanto aquel grifo dejase de gotear. Había confiado en que el cansancio acumulado durante el viaje la ayudaría a conciliar el sueño, pero no era así, no lograba relajarse, no lograba sacar su mente de aquella habitación y perderse en parajes más gratos, rememorar momentos felices, imaginar un futuro mejor, quizás soñar, sólo estaba pendiente del cuerpo que tenía al lado, tumbado boca arriba, como ella, inmóvil desde que habían

apagado la luz. No podía apartar de la conciencia el hecho de estar donde estaba, en una habitación apestosa de un hotel remoto y detestable, acostada al lado de un hombre ante quien se sentía culpable y a quien había comenzado a temer, y tampoco podía eludir el vehemente deseo de salir de allí, que todo transcurriese cuanto antes, que pasase pronto aquel calvario de silencios y hostilidad. Echaba de menos a Andrés Bermejo y a su chica, su presencia había sido un escudo protector durante los dos días de viaje, pero, en cuanto se inscribieron en el hotel, allí mismo, en el pequeño hall decorado con carteles llenos de prohibiciones y reglamentos carcelarios para los huéspedes, habían alegado un cansancio invencible y se retiraron a su habitación. En el hotel todo estaba *interdit:* perros, gatos o cualquier otro animal, cocinar en la habitación, fumar en la cama, gritar, cantar, poner música, para cada cosa que a uno se le pudiera ocurrir, excepto dormir, estaba prevista la correspondiente prohibición. No había ascensor, la escalera era tan estrecha que sólo lograron subirla con la maleta sobre un hombro. Luego, cuando abrió la ventana de la habitación para ventilar aquellas paredes enteladas y polvorientas, había visto a Bermejo y a su novia salir del hotel, seguramente en busca de un restaurante donde cenar. Tuvo que reprimir el impulso de llamarlos, eran su tabla de salvación para no quedarse a solas con su marido, pero no se atrevió, tenían derecho a liberarse durante unas horas del clima opresivo que ellos generaban. Además había sido ella la culpable, por callar cuando Manolo pidió sólo dos habitaciones y no haber exigido una para ella sola, por aceptar una vez más un fingimiento que ya no engañaba a nadie, por seguir acatando con sumisión todo lo que él decidía.

La habitación era extrañamente abstracta: se trataba de un lugar pardo e infame, con una enorme cama de matrimonio en el centro. Sintió grima ante la idea de caminar descalza sobre la moqueta. Tras un biombo de tres hojas, entelado como las paredes con dibujos de flores, había una ducha y un lavabo. El retrete quedaba fuera, en un cubículo del pasillo, señalado por una profusión de carteles de chapa esmaltada atornillados a las paredes, en los que figuraba una mano con el dedo índice extendido y la palabra *toilettes.* La lámpara de cristal que pendía del techo emitía una luz amarilla y lúgubre, sobre las mesillas de noche había sendos vasos colocados boca abajo, el espejo del armario estaba rajado y comido por la humedad. Carmina se había quedado detenida en el umbral como quien afronta un destino irremediable. Tras un primer sentimiento de repulsión, aquella habitación le dio miedo, la percibió como el escenario de un crimen, un lugar propicio para la sangre y el cuchillo. Manolo entró, echó la

bolsa a un lado, se sentó sobre el borde de la cama y hundió la cabeza entre las manos. Estuvieron un rato en silencio. Fue entonces cuando Carmina abrió la ventana para respirar y vio a Bermejo y a su novia salir del hotel. «Huyen de nosotros –pensó– con razón.» Temía que Manolo comenzase a hablar, que dijese cosas que no quería oír. Se anticipó. «Voy a darme una ducha», dijo. Él no contestó. Sacó los útiles de baño y una camiseta de la bolsa de viaje y se metió detrás del biombo. No quería desnudarse en su presencia, no sabía por qué. Manolo seguía con la cabeza entre las manos, de espaldas a ella, pero le violentaba la idea de que se pudiera volver de pronto y la sorprendiese medio desnuda, como si fuera un extraño y no el hombre con el que llevaba casada casi doce años. El agua tibia de la ducha era muy gratificante. La dejó correr largamente por todo el cuerpo y logró no pensar en otra cosa. Se enjabonó y se frotó con fuerza, como si tratara de quitarse de encima algo más que la suciedad o el sudor del viaje, una carga que había llevado hasta ese momento y de la que se tenía que liberar, algo que la lastraba y la oprimía. Mientras corría el agua de la ducha, espió a su marido a través de una de las rendijas del biombo: seguía sentado al borde de la cama, pero ahora estaba comiendo un bocadillo. Ella no sentía hambre, sino el deseo del agua sobre la piel. Volvió a la ducha. Luego oyó unas palabras. «¿Qué?», preguntó. Por un lateral del biombo emergía una mano con un vaso. «Por favor, dame un poco de agua.» No se había atrevido a asomar la cabeza. «Sí, enseguida.» Dejó correr el grifo del lavabo y llenó el vaso de agua fría. Se lo tendió por el borde del biombo, como había hecho él. «Toma, ya está.» «Gracias», respondió él. Fue todo lo que hablaron. Terminó su ducha, formó un pequeño turbante con la toalla para acelerar el secado del pelo, y se puso la camiseta. Era una camiseta larga y holgada que le llegaba hasta la mitad del muslo. Cuando reapareció en la habitación, Manolo no la miró. Se había acostado en el lado derecho de la cama y permanecía con los ojos fijos en el techo y los brazos desnudos sobre el rebozo, no se había puesto el pijama. El lado derecho era su lado habitual, el que había ocupado siempre, sin que ninguno de los dos supiera en qué momento se había hecho aquella distribución de espacios que habían respetado durante tantos años, ni cómo habían llegado a ser parte de una organización tan estricta y rutinaria a la que llamaban matrimonio. Abrió el embozo de su porción de cama y se deslizó dentro procurando que no se le subiera la camiseta. La cama era muy ancha, ni siquiera se rozaron. No se dijeron «buenas noches», Manolo apagó la luz. Las cortinas de la ventana parpadeaban con destellos verdes y rojos, tras el biombo un grifo decía «tap tap».

Llevaban así media hora, quizás más, Carmina había perdido la noción del tiempo y sentía cierto dolor en la espalda, pero no se atrevía a cambiar de postura, no quería iniciar ningún movimiento que pudiera significar un cambio en la situación, el comienzo de algo, de una conversación, de un reproche, de un insulto, le habría gustado fingirse dormida, pero sabía que no lograría engañarlo, y no sabía qué hacer, sólo escuchar, acechar, esperar la fatiga del otro, aguantar aquella batalla absurda en la que había caído sin pretenderlo, debería haberse movido antes, nada más acostarse, al principio, o cinco minutos después, debería haberle dado la espalda y ya está, recluirse sobre sí misma, como diciendo, no me importa, voy a dormir, esto se acabó, los doce años de matrimonio ya se terminaron, no hay más que hablar, pero no lo había hecho y ahora ya era tarde, si se movía tendría que dar explicaciones, hablar ella primero, recomenzar aquella tortura, los reproches, las justificaciones, las mentiras, las ofensas, el dolor de explicar algo que carecía de explicación, y él tampoco se movía, era terco, lo sabía, era orgulloso, jamás daría su brazo a torcer, nunca se movería, no sería él quien primero cambiase de posición, no sería él quien pronunciase la primera palabra. Sin embargo, en cierto momento indefinido, notó que Manolo movía los brazos. Intuyó que se había llevado las manos a la cara, como para restregarse los ojos o protegérselos de los leves destellos de color que provenían de la ventana. Tras unos segundos de expectación lo oyó inspirar con fuerza una, dos, tres veces y, al cabo, notó cómo cambiaba de posición y le daba la espalda. Entonces supo que su marido estaba llorando. Manolo trataba de ocultar su llanto y apretaba el rostro contra la almohada para impedir que transcendieran sus suspiros, era un llanto silencioso y profundo que apenas se revelaba en pequeños espasmos de los hombros, un llanto recogido sobre sí mismo, orgulloso porque no pedía consuelo ni compasión, humilde porque él ya no le oponía ninguna resistencia, era una pura expresión de tristeza que a Carmina le partía el corazón y la abrumaba de culpabilidad. Se movió hacia él muy despacio y le tocó el hombro. No supo qué decir, sólo le acarició el hombro con delicadeza. Manolo siguió llorando en silencio como si no hubiera notado su caricia. Era su marido, el hombre con quien compartía su vida, un hombre a quien aún quería, un amigo con quien siempre había estado de acuerdo, la persona más íntima y más desdichada que conocía, tanto tiempo juntos, tantos sinsabores, tanto esfuerzo, tantas batallas, tantas ilusiones compartidas. Se abrazó a su espalda y acarició su rostro cubierto por las lágrimas. «Vamos, vamos –dijo–, todo se arreglará.» ¿Qué otra cosa podía decir?, ella también tenía ganas de llorar. Manolo se volvió y hundió la cara en la comba

de su cuello, entre fuertes convulsiones de llanto. Ella sentía cómo aquellas lágrimas iban abriendo surcos en su piel y en su ternura hasta arrancarle también las suyas. Se abrazaron con fuerza y permanecieron así durante mucho tiempo, en silencio, mientras se aminoraban los latidos de aquella conmoción. Regresaba la calma, ella le acarició la nuca, «yo nunca te haré daño», dijo. Él la estrechó con fuerza, «te quiero, te quiero –susurró–, no tengo a nadie más». Ella no respondió, temía pronunciar palabras que él recordaría, palabras comprometedoras que podrían ser usadas para acusarla, para exigirle cosas que ya no podría dar, pero no quería hacerle daño, era su marido, lo comprendía, sabía por lo que estaba pasando y se sentía sinceramente apenada, solidaria, amiga. «No te preocupes por nada –dijo por fin–, todo se arreglará.» Era su marido, por un momento pensó que quizás podrían olvidarlo todo, que quizás podría haber entre ellos una nueva comprensión, una nueva oportunidad, que él aceptaría sus sentimientos, que la vería como era, que también la comprendería, ella nunca había dejado de quererlo, lo de Borja era distinto, terminarían por entenderse, habría soluciones, no tenían por qué sufrir de aquella manera, deseaba creer en ello y se dejó llevar por una lánguida ternura hacia su marido, su viejo compañero. Él la estrechó de nuevo y acarició su espalda bajo la camiseta. Luego la besó en el cuello, justo en el lugar donde antes había llorado, su mano fue descendiendo por toda la espalda hasta las nalgas y la atrajo hacia sí. Carmina notó su erección. «No, no, por favor, eso no –pensó–, no será capaz.» Experimentó un profundo rechazo, pero no se atrevió a manifestarlo en voz alta. «Ahora no, ahora no, por favor», se decía en silencio mientras él la estrechaba más y más. Quizás era sólo un acto reflejo, una reacción involuntaria, confió en que él se detendría. Pero él siguió besándola en el cuello, en las mejillas, en la boca. Ella apretó los labios, pero fue inútil. Sentía que era víctima de un error, que se estaba produciendo una enorme confusión, un malentendido del que no sabía cómo salir sin herir a su marido o sin herirse a sí misma, él no había comprendido, ¿cómo podía pensar ahora en sexo, cómo se atrevía a ensuciar de esa manera aquellos momentos de ternura y comprensión que los habían acercado el uno al otro más que nunca? Él le succionó un pezón y un escalofrío le recorrió el cuerpo erizándole la piel. «No, no», musitó apartando la cabeza. Lo oyó jadear mientras la besaba en la cintura, en el vientre, en el pubis, no sabía cómo detenerlo, ni tampoco cómo detener las sensaciones de asco, horror y pena que le llegaban como las olas a una playa, olas sucesivas e implacables que terminaron por confundirse en un pozo de miedo. No se atrevía a hablar. Intentó mantener los muslos juntos, resistirse,

darle a entender que no quería continuar con aquello, que se sentía mal, pero él parecía haber perdido todo control sobre sí mismo y se los abrió con fuerza, como si la fuerza y el ímpetu formaran parte de un acuerdo mutuo y fueran las estipulaciones que se esperaba que él cumpliera, la demostración de su pasión por ella, la prueba irrefutable de su amor. Se trabaron en un combate silencioso, oscuro y confuso, repleto de jadeos y gemidos, él creía regalar apasionados besos y caricias y ella los recibía como viscosos salivazos, él la penetró con una entrega última y desesperada y ella sintió humillación, dolor y ultraje. Al terminar, Manolo se apartó hacia un lado respirando agitadamente y se quedó tumbado boca arriba. Sudaba. Su mano izquierda tanteó en la oscuridad hasta encontrar la mano de Carmina. «Ha sido maravilloso», dijo. Ella no contestó. Se apartó hasta el borde de la cama y se quedó muy quieta, con el cuerpo encogido. Sentía frío y, sobre todo, humillación, incomprensión, desatención, desprecio, necesidad de caricias. «Ha sido la última vez –pensó. Y en voz muy baja, para que él no la oyera, musitó–: La última vez.» Una primera avalancha de resentimiento dio paso a una sensación de pérdida y vacío que la atemorizó. Se abrazó a sí misma y concibió físicamente una enorme soledad. Como si su cuerpo fuese capaz de tener ideas y comprenderlas sin necesidad de palabras, sin necesidad incluso de pensamientos, sabía que jamás podría transmitirle a nadie lo que le estaba ocurriendo, que nadie la comprendería. ¿Por qué no había gritado, por qué no se había defendido? Ella sabía por qué, pero carecía de respuesta. No quería seguir pensando, no quería perderse en aquella marea de soledad, no quería llorar en aquella habitación inmunda de un hotel olvidado, en una ciudad tan extraña y abstracta que le producía pavor. Recordó entonces el goteo del grifo al otro lado del biombo y prestó atención para escucharlo de nuevo, pero no lo oyó. A su lado, Manolo respiraba con la tranquila cadencia de un hombre dormido.

El trayecto desde Burdeos a Oviedo se le hacía interminable. Se habían levantado muy temprano, a las ocho ya estaban en la carretera, camino de Hendaya, pero a ella le parecía que no avanzaban, que la frontera quedaba siempre demasiado lejos. Andrés Bermejo había ocupado el asiento trasero, junto con su alumna de doctorado, se les veía felices, amartelados, como si el clima de crispación que generaba el matrimonio Arbeyo hubiera servido para crear entre ellos nuevos lazos de intimidad, una unión defensiva que había terminado por hacerlos cómplices y solidarios frente a los otros dos, y probablemente comenzaban a llamar amor a lo que sólo era un sindicato, pero lo cierto es que cuchicheaban, se besaban y reían como novios recién

casados. Carmina se sentía exhausta. Por tercera noche consecutiva apenas había logrado conciliar el sueño y su fatiga mental era ya tan acusada que encontraba dificultades para concentrar el pensamiento en una misma idea durante unos pocos segundos y, sin embargo, no lograba dormirse. Llevaba las piernas encogidas sobre varios de los bultos de equipaje y a veces apoyaba la frente sobre las rodillas para descansar. Intentaba pensar en Borja Molina, pero no lograba recordar su rostro, el motor del coche producía un ruido insoportable, se sentía triste.

Carmina era pequeña y musculosa, con una figura muy bien proporcionada, quizás un poco masculina, pero bastante atractiva para cierto tipo de gustos. Tenía el cabello lacio, rubio rojizo, los ojos, de un azul desvaído, le reclamaban las gafas de sol aun en invierno. También requería permanente protección la seca blancura de su piel, que enrojecía y se poblaba de pecas bajo el sol. Sin embargo, evaluada con los parámetros propios de una revista de variedades o de un salón de billar, se podría decir que era bonita, cintura esbelta, pechos pequeños y firmes, redondeadas caderas. Para quienes sienten atracción por los músculos marcados bajo la piel más que por su textura, Carmina podría ser incluso un modelo de belleza, parecía una corredora de los cien metros lisos dulcificada por una graciosa naricilla, nadie diría que ya había cumplido los treinta y siete. Ella se creía poseedora de un carácter fuerte y enérgico, al menos cultivaba esas cualidades y solía hablar con admiración de personas fuertes, enérgicas y decididas, esos seres arrolladores que siempre saben lo que hay que hacer y no conocen la vacilación, que hablan en voz alta y rebosan vigor y salud, que son madrugadores y toman estimulantes duchas de agua fría mientras cantan pasodobles sin el menor recato, incluso muy temprano. Carmina siempre había pretendido ser uno de ellos, pero desdichadamente su carácter no estaba coronado por la espuma de la jovialidad que se les supone a esos positivos montañeros, antes bien tendía a la protesta, la queja y el reproche, como si alguien estuviera en deuda con ella. En especial la alienante sociedad de consumo y la televisión, ambas cosas le parecían de lo más reprobable. En cuanto a la energía y el vigor del espíritu, los trece años que llevaba empleada en la Oficina de Proyectos Industriales, en espera de un trabajo más acorde con su verdadera vocación, hablaban más bien de una cierta pusilanimidad, pero nadie es perfecto. Poco después de terminar su licenciatura en Historia, un pariente de su padre, a través de cierto conocido, le había ofrecido aquella oportunidad de trabajar como administrativa en la Oficina de Proyectos y ella la había aceptado de forma provisional, para ganar

algún dinero mientras encontraba un puesto como profesora, una cuestión de meses. Después decidió hacer el doctorado compatibilizando el trabajo con el estudio, tener un sueldo le daba seguridad y no se angustiaría por terminar su tesis, como algunas compañeras que se recluían durante años en archivos y bibliotecas y se volvían medio locas para escribir mamotretos que no interesaban a nadie. Se casó y nunca terminó su tesis doctoral. Luego, cuando el miedo al paro ya se había convertido en un instrumento de terror en todo el país, se aferró a su puesto delante de la máquina de escribir como si un solo momento de distracción pudiera conducirla a una esquina a pedir limosna. Esa sensación de provisionalidad laboral ya no desaparecería nunca. Pese al éxito económico de su marido, pese al incesante acopio de intereses en las cuentas a plazo fijo, ambos se sentían al borde del abismo. La otrora pujante Oficina de Proyectos Industriales iba perdiendo actividad y Carmina vivía el declive de la empresa como una tragedia que la dejaría sin jubilación, como si la pérdida del empleo significase para ella caer inmediatamente en la ancianidad. Los doce ingenieros de los buenos tiempos habían quedado reducidos a tres, los ocho economistas a dos, los numerosos administrativos, auxiliares, conserjes y secretarias fueron desapareciendo en forma proporcional, pero ella resistió todas las crisis con el espíritu de Numancia y la ratonería de un enlace sindical, aunque no se puede negar que era una empleada extraordinariamente eficiente. Cuando el Grupo de Empresas envió a Oviedo al nuevo director para la Oficina de Proyectos y se enteraron de que se trataba de un abogado en vez de un ingeniero, a nadie le cupo la menor duda de que su único propósito era cerrar la empresa y liquidar al personal mediante subterfugios leguleyos. Durante los últimos años la actividad de la Oficina de Proyectos se había limitado a pequeñas instalaciones industriales, talleres, panaderías, chacinerías, acondicionamientos de industrias familiares a la normativa europea, proyectos de poca monta que sólo rentaban por ocasionales ventas de equipamientos, a nadie se le ocultaba la crisis y los rumores que circulaban por los despachos incrementaban día a día la sensación de catástrofe y despido. Borja Molina fue recibido en la empresa con abierta hostilidad, Carmina ya lo odiaba antes de verlo por primera vez y cuando lo vio fue aún peor, le pareció la encarnación del enemigo: un pijo de Madrid, un señorito que hablaba inglés, un joven tiburón sin entrañas que vestía chaquetas blazer con botones dorados, corbatas de Loewe y zapatos Lotusse de treinta mil pesetas, capaz de sonreír mientras te apuñalaba. Pero Borja Molina reunió a todo el personal en la sala de juntas, sin uso desde hacía cuatro años, y les dijo: «Vamos a sacar esta empresa adelante,

aquí no sobra nadie, al contrario, en poco tiempo necesitaremos refuerzos, traigo conmigo nuevos proyectos y debemos prepararnos para afrontarlos, será cuestión de unos pocos meses». Al terminar la reunión, entraron unos camareros y les sirvieron canapés variados, tinto de Rioja, cerveza, whisky escocés y refrescos, nadie salió de allí hasta las diez de la noche, algunos se emborracharon. Unos días después, de forma completamente inesperada para ella, Molina la eligió como su secretaria personal, con un plus de veinticinco mil pesetas al mes. Carmina enseguida se dio cuenta de que lo había juzgado mal. Tras las corbatas de seda no había más que un inocente joven, muy bien educado, que necesitaba protección. Estaba solo en una ciudad extraña, donde le habían recibido con hostilidad, lo cual era injusto. Hasta cierto punto, ella se sentía culpable de aquella injusticia, no había derecho. Le hacía gracia su forma de peinarse con la raya a un lado, como un colegial, el flequillo no dejaba de caerle sobre la frente y a ella le hubiera gustado echárselo hacia atrás recorriendo su cabello con los dedos. Lo ayudó a encontrar un apartamento apropiado para él, en Buenavista, cerca de su casa. Se trataban de usted y eso la enternecía, él era tan joven. Luego, una tarde, cuando ya no quedaba nadie en la oficina, todo ocurrió de forma inesperada. Fue un instante de confusión, uno de esos momentos sobre los que nadie parece tener imperio y llegan a ti sin significado y te envuelven y te someten a una voluntad que no es de nadie, pero que nadie elude, porque es un tiempo fácil y te entregas a él sin precauciones y sin resistencias, te dejas llevar, no te das cuenta. Esa tarde Carmina sintió que Borja la miraba, que la miraba a ella, no a la secretaria, sino a ella, a su singularidad. El límite normal de la amabilidad y la deferencia ya había sido sobrepasado con creces, y Carmina sintió que aquella mirada apelaba a una sensibilidad diferente y entraba en el territorio de los sentimientos y de la atracción, que era íntima y personal. Apenas hablaron, no dijeron nada comprometido. Más bien predominaban las sonrisas, el gesto abandonado, una agradable sensación de mutua confianza. Carmina ya no recordaría después qué palabras se dijeron o cuál había sido el tema de conversación, pero ahora, con la frente apoyada sobre las rodillas y el zumbido del motor en los oídos, veía en su mente que ambos estaban de pie, que ella no llevaba sujetador bajo la blusa, que en cierto momento, al recoger una carpeta, sus cuerpos se rozaban. No hubo premeditación ni cálculo, tampoco ningún tipo de prevención: antes de cinco minutos estaban haciendo el amor sobre el diván de piel.

Después ya no hubo más silencios entre ellos, sino espontánea

confianza. Aún abrazados sobre el sofá, Carmina le contó su vida con palabras breves y concisas e hizo confidencias que él no había solicitado. «No soy feliz, pero no sé por qué –le dijo enigmáticamente– no tenemos hijos.» También le confesó que, pese a las apariencias, ella era una mujer muy romántica. Se le desbordaba la confianza ante sus ojos azules y le contó cosas de su intimidad que a ella misma le sorprendían, como si sólo entonces las estuviese descubriendo, sentimientos nuevos que habían estado ocultos hasta ese momento, pensamientos que nunca se había atrevido a formular por confusos o inconvenientes y que ahora brotaban de sus labios con fluidez y convicción. Se sentía arrastrada por una generosidad tan espontánea que sólo un último rastro de miedo le impedía reconocerla como amor. Estaban sentados en el sofá, él aún llevaba la corbata anudada y los pantalones caídos sobre los zapatos, ella la blusa abierta, la falda en la cintura, las bragas enrolladas en un tobillo. Carmina llegó a decir: «Yo pude ser actriz –y, casi sin darse cuenta–, antes era muy guapa», él la animaba a hablar con la mirada, intercalando monosílabos y breves preguntas. Después de un rato le dijo: «Te invito a cenar», y ella respondió: «No, por favor, no puedo, me espera mi marido». Había cierta grandiosa abnegación en aquellas palabras. Cerró los ojos y concluyó: «Le quiero, ¿sabes?». Fue un momento indeciblemente hermoso, se sentía a sí misma generosa y bella. Se levantaron y adecentaron sus ropas sin mirarse. Tras las ventanas de la oficina, la ciudad se adaptaba al cansino ritmo de la noche reciente, las luces de los automóviles se reflejaban en la calzada lavada por una fina lluvia, por el paseo, junto al Campo San Francisco, una pareja caminaba despacio bajo un paraguas. Carmina se abrochó la blusa y se alisó la falda con la mano, sin dejar de mirar por la ventana. Luego se dio cuenta de que su braguita estaba enrollada en un tobillo, pero no se atrevió a ponérsela, lo juzgó un gesto de mal gusto, y la guardó en el bolso. Se despidieron con un leve roce de labios, se sentía liberada, feliz. Una vez en la calle deambuló sin rumbo durante un largo rato, quería apurar aquellos momentos de plenitud sin pensar en nada, dejándose llevar. Al pasar frente a un McDonald's sintió hambre y, en un espontáneo y heroico gesto de rebeldía, entró. Se comió una hamburguesa con ketchup, mostaza y aros de cebolla, una jarra de cerveza y un pastel de manzana, todo pura basura, y engulló la basura con delectación, presa de un indeterminado sentimiento de venganza, un sentimiento liberador, una protesta contra las rígidas ideas que presidían su vida, ideas sobre dietética, sobre salud, sobre economía doméstica, sobre ecología, sobre la alienante sociedad de consumo, ideas de su marido que ella compartía como quien comparte una

celda. Además, descubría que la comida basura le gustaba, quizás porque era pecado. De nuevo en la calle, una vez segura de que nadie la había visto salir del McDonald's, se sintió contenta. La sensación de estar caminando sin bragas entre los transeúntes la excitaba y la exaltaba. Se sentía sucia, libre y alegre. Libre, porque la suciedad no le importaba, alegre porque además le gustaba y nadie lo sabría nunca. Sólo en el último trayecto del autobús, ya cerca de su casa, comenzó a sentirse un poco culpable por lo que había hecho. Necesitaba calmarse, Manolo era muy perspicaz, podía encontrarla rara y someterla a preguntas, en esas cosas era implacable, pero aún le quedaba más de una hora hasta que él llegase a cenar, le daría tiempo a ducharse y hacer la cena, una ensalada de arroz integral y unos tallos de apio con yogur; si llegaba con hambre, una tortilla francesa. Y además, ¿cuándo había dado ella motivos para que la sometiera a un interrogatorio, qué derecho tenía él a acosarla con preguntas? Carmina se convenció a sí misma de que el verdadero culpable de lo que acababa de hacer era su marido, Manolo se ofendería más por las seiscientas pesetas que se había gastado en un McDonald's que porque se hubiera acostado con su jefe. Pero se prometió que él nunca sabría ninguna de las dos cosas.

Llegaron a Oviedo pasada la medianoche. Una vez en casa, Carmina no se detuvo a deshacer el equipaje, tomó unas cuantas cosas de la bolsa y anunció:

–Yo dormiré en el cuarto de invitados.

–Como quieras –respondió él.

No se dijeron nada más. Ella cerró la puerta de la habitación con el pestillo.

Cuando se despertó ya habían dado las once, Manolo no estaba en casa. Era 28 de agosto, miércoles, no tenía que volver a la oficina hasta el lunes siguiente. Las nubes cubrían la cumbre del Naranco y llovía sin estrépito, como si ya estuvieran en otoño. Quiso prepararse un buen desayuno pero no tenía leche en casa, ni naranjas, tuvo que conformarse con un té y unas cuantas galletas integrales que encontró en el fondo de una caja. Deshizo el equipaje, puso la lavadora y trasladó parte de su ropa a la habitación de invitados, luego se sentó en el salón a ver caer la lluvia, no sabía qué hacer. No se atrevía a llamar a la oficina, temía que Borja no quisiera ponerse al teléfono, que se hubiera olvidado de ella, que estuviese con Verónica, una joven casi de su edad, con quien no le costaría entenderse, mientras que ella le llevaba ocho años, era demasiado mayor para él y a los hombres eso les afecta mucho más que a las mujeres, si fuese a la inversa no

importaría nada, al revés, sería lo adecuado, justamente Verónica tenía ocho años menos que Borja. Manolo se lo había advertido en medio de la discusión: «Tienes treinta y siete años y él tiene veintinueve, él es hijo de un general y de una marquesa y tú de un revisor de la Renfe, ¿cuánto tardará en cansarse de ti? Además vas a perder el empleo y me alegro, por estúpida». Pero no hubiera necesitado decírselo, todo eso ya lo sabía ella desde el primer día que telefoneó, cuando le dijeron que Borja y Verónica se habían ido a Madrid juntos. El pánico la tenía medio paralizada junto al ventanal, no se dio cuenta de que había dejado de llover. Miró en torno suyo y descubrió que su casa ya no le gustaba, que detestaba aquellos muebles de pino y todos aquellos objetos baratos que habían ido acumulando a lo largo de los años, la jarapa mexicana que cubría la tumbona, las cerámicas populares de Galicia y Portugal que decoraban la librería, el juego de sillas de lona del comedor, los carteles con fotografías de montaña que colgaban de las paredes, ahora le parecían falsos, sucios, ideológicos, viejos, pasados de moda, fruto de un error, como toda su vida. Necesitaba hablar con alguien, necesitaba salir de allí, la casa se le caía encima y necesitaba desahogarse con algún amigo. Se acercó al teléfono sin saber aún a quién llamar y abrió el cuaderno de direcciones. A medida que pasaban los nombres bajo sus ojos y los rostros por su mente los iba descartando sin remisión: todos eran amigos y amigas de su marido. Estuvo a punto de echarse a llorar. Sin casi haberse dado cuenta, durante aquellos años había dejado de tratar a sus viejos compañeros de la facultad, a las amigas de su barrio, y, por culpa de Manolo, también se había ido distanciando del grupo de amigos del billar, Floro, Rodrigo, Atienza, no se atrevía a llamar a ninguno. Sólo Mari la Gorda. Marcó su número y le salió el contestador automático, recordó que aún estaría en México y no dejó ningún mensaje. No tenía a quien recurrir, estaba sola.

Después de llorar, decidió bajar a la oficina. Se presentaría allí por sorpresa y lo aclararía todo de una vez, no podía soportar ni un minuto más aquel tormento. Delante del ropero su desolación aumentaba, no tenía qué ponerse, nada le gustaba y descubría que su vestuario no sólo era escaso, sino también monotemático, como si a lo largo de toda su vida sólo hubiera pensado en ir a la montaña o a reuniones feministas, jerseys de lana cruda, gruesos zapatos de crepé, pantalones vaqueros y pantalones de pana, faldas escocesas para el invierno y de algodón estampado para el verano, camisetas sin gracia, blusas pasadas de moda, vestidos tan holgados y baratos que sólo con acercárselos al cuerpo la hacían verse como una monja. Sintió un gran

rencor por su marido, reconocía su estilo en cada prenda, como si ella no tuviera nada que ver con su propio vestuario, como si ella fuera otra mujer, una recién llegada obligada a vestirse con la ropa de una difunta, o de una extraña, una persona antigua, severa, tacaña, con un inaudito mal gusto. Al final optó por una falda corta que se había comprado a comienzos de junio, Borja ya se la había visto puesta muchas veces, pues de hecho la había comprado pensando en él y sabía que le gustaba, le marcaba las caderas y las nalgas, la hacía sentirse mejor, más atractiva. La combinó con una camiseta ajustada y con un pañuelo a juego para el cuello, pensaba llevar encima la chaqueta vaquera, después se puso las sandalias azules de medio tacón, el resto de sus zapatos eran planos. Decidió que esa misma tarde iría de compras y cambiaría por completo su vestuario, llevaba la tarjeta de crédito en el bolso, también iría a la peluquería. Delante del espejo del cuarto de baño su rostro le dio miedo, la fatiga de los días precedentes, el llanto y la tristeza de esa misma mañana le habían marcado unas profundas ojeras y en casa no tenía nada para maquillarse. Unos meses antes Borja Molina le había regalado un pequeño estuche de maquillaje de Dior, lacado en negro, precioso, pero lo guardaba en la oficina, no se había atrevido a llevarlo a casa por miedo a su marido, no se había maquillado ni pintado los labios desde sus tiempos de estudiante, todo lo más una pequeña línea azul sobre las pestañas para destacar un poco los ojos, en la época en que ella y Manolo asistían a tantos cócteles y estrenos, pero el llevar la cara lavada, más que un estilo, había sido una filosofía para ambos, un deber ideológico, un acto de coherencia y un desafío del que siempre se había sentido orgullosa. Ahora se veía horrible. Porque ya no se veía con sus propios ojos, sino a través de los profundos ojos azules de aquel hombre ocho años más joven que ella, cuya simple evocación la hacía estremecerse de deseo y de miedo, se sabía caminando hacia un abismo y, pese a saberlo, no detenía el paso, el abismo la llamaba y ella quería caerse en él, pero no podía evitar el vértigo. Y el abismo estaba en la oficina. Allí, no bien había llegado cada mañana, Carmina se encerraba en los servicios con su estuche de Dior, se daba sombra en los ojos, se pintaba los labios y se maquillaba con tan poca pericia que el propio Borja Molina se había visto obligado a hacerle algunas sugerencias. Luego, antes de llegar a casa y encontrarse con su marido, se lavaba la cara concienzudamente con agua y jabón, como si ese gesto bastase para volver a ser la misma de siempre y su adulterio se quedase seguro, a buen recaudo, encerrado en el estuche de Dior. Sin embargo, apenas sin darse cuenta, la cajita lacada de maquillaje había ido creciendo durante aquellos meses y había invadido grandes

espacios de su sensibilidad, donde ahora predominaba un nuevo gusto por las cosas pulidas y bien acabadas, por las superficies suaves y brillantes, agradables al tacto, por los objetos tecnológicos de materiales indiscernibles y compactos, sensuales, precisos, caros, y ella gozaba ya con esa estética sin ideología, despreocupada y corporal. Mirándose al espejo, apenas podía entender cómo había estado tanto tiempo sin ir a la peluquería, cómo había soportado llevar siempre el cabello sujeto con una goma. Se lo soltó y lo cepilló con energía. Luego, antes de coger el autobús, compró un estuche de maquillaje y una barra de labios de color rosa pálido, el que mejor le sentaba a su piel, entró en una cafetería y se maquilló.

Ya en el ascensor de la Oficina de Proyectos, el mismo en el que había subido día a día durante los últimos trece años, le flaquearon las piernas y tuvo que apoyarse para no caer. Estaba aterrorizada, en las últimas veinte horas no había tomado más que un té con unas cuantas galletas revenidas. En la última planta esperó un momento antes de salir al recibidor. La recepcionista no estaba en su mesa, pero era lógico, la mayor parte del personal había cogido las vacaciones en agosto. No vio a nadie a través de las mamparas de cristal, no se oía ni una voz. Se acercó con precaución hacia la mampara frontal, tras la cual se encontraba el pequeño estudio de Verónica Galindo, la moqueta amortiguaba el ruido de sus pasos. Se alzó sobre las puntas de los pies y miró por encima del antepaño de madera: Verónica estaba allí. Parecía muy concentrada sobre el tablero de dibujo, no se había dado cuenta de la llegada del ascensor. Carmina sintió un gran alivio, pero también ternura. Por pura intuición, decidió que aquella chica era inocente, que se había equivocado al sospechar de ella, que había sido injusta. Caminó de puntillas hacia el despacho de su jefe y se detuvo un instante delante de la puerta. Quizás no estaba. Se puso las gafas de sol y abrió de golpe.

Tres horas después, mientras paseaban por el Campo San Francisco cogidas del brazo bajo un enorme paraguas de listas azules y blancas, Carmina le diría a Verónica Galindo: «Hoy es el día más feliz de mi vida». Caía una lluvia fina y refrescante, pero no corría el aire y la temperatura era muy agradable. Tras haber comido juntas en McDonald’s, estaban dando un paseo en espera de que abrieran las tiendas. Carmina había pagado la comida y en las dos horas que llevaban juntas no había cesado de hablar. Se lo contó todo, sin omitir detalle, todos sus secretos, todas sus angustias, todo su amor, lo que había comenzado cinco meses atrás y lo ocurrido tan sólo unas horas antes, el pánico que sintió al abrir la puerta, el gesto de sorpresa de Molina al verla, la expresión de alegría de su rostro, la tranquila

efusión de su abrazo, el deseo que despertaron en ella sus besos. Apenas habían hablado, ella no se sentía con fuerzas. Borja le había comprado un juego de ropa interior de Versace, en color burdeos, y sugirió que se lo probase. Parecía haber sido diseñado especialmente para ella. Hicieron el amor sobre el diván de piel, como la primera vez, fue maravilloso, luego él tuvo que irse a una comida de negocios. Carmina no le había contado que su marido ya lo sabía todo, no encontró valor para decírselo, ya pensaría en algo.

A partir de esa misma noche la casa de los Arbeyo quedaría dividida en dos por una frontera invisible. Trazaron en el suelo una raya de tiza imaginaria que ni Carmina ni Manolo cruzaban jamás, habitaban el mismo piso, pero vivían en países diferentes. Sólo se comunicaban mediante lacónicas notas pegadas en la puerta del frigorífico. Carmina instaló un pequeño televisor en el cuarto de invitados.

Diecisiete

El Saab 9000 azul oscuro aminoró la marcha y tomó el pequeño ramal que bordeaba la fábrica. Iba muy despacio para sortear los numerosos baches llenos de agua y las ramas bajas de los castaños que acariciaban el parabrisas con sus hojas. La frondosa vegetación de la margen izquierda y el alto muro de piedra cubierto por la yedra formaban un pasillo verde y sombrío que invitaba a encender los faros, pese a que no serían más de las tres y media de la tarde. Aún no había transcurrido media hora desde que Borja Molina se había despedido de Carmina Arbeyo con el pretexto de una comida de negocios. El Saab se detuvo frente a la barrera de la entrada, llovía quedamente. Un hombre con un paraguas se acercó corriendo y levantó la barrera apoyándose en el contrapeso. Era un joven moreno y espigado, de pelo rizado, sonreía. Hizo señas de que le siguiera. La carretera asfaltada descendía levemente a la derecha, hacia las instalaciones fabriles, pero el joven indicó un pequeño desvío a la izquierda y el coche lo siguió hasta un camino de grava, bajo una doble fila de plátanos trenzados. Álvaro Atienza esperaba al final de ese camino. Se protegía de la lluvia bajo el tejadillo de la entrada principal, en el último tramo de la escalinata de piedra, pero la enorme puerta de madera claveteada estaba cerrada tras él. Cuando el coche hubo llegado a la pequeña explanada frontera de la casa, le indicó con un brazo hacia el gran tendejón de zinc y uralita que había a su izquierda. El joven marroquí llegó corriendo, cubrió a Borja Molina con el paraguas y los tres se dirigieron hacia la parte posterior de la casa bordeando los macizos de hortensias. Ya en la puerta trasera, por la que se accedía directamente a la habitación de Álvaro Atienza, Borja Molina le tendió la mano:

–Me alegro de volver a verte –dijo.

Álvaro se la estrechó sin contestar. Antes de retirarse, Tahar preguntó:

–¿Pido ya el café?

Álvaro miró a Molina con gesto interrogativo.

–Sí, por favor –dijo éste.

–Pero que no venga Agustina –dijo Álvaro–. Tráelo tú mismo.

Molina paseó la vista por aquel espacio enorme y desordenado. El techo, muy alto, estaba atravesado por grandes vigas de madera a las que hacía mucho tiempo que no se les daba una mano de barniz, la

pared de la derecha era un grueso muro de piedra gris con tres profundas ventanas por las que apenas entraba la luz, aquí y allá había muebles heterogéneos, a la izquierda una gran cama de nogal seguida por una biblioteca metálica que cubría un paño entero de la pared, al fondo, sobre un largo tablero de pino sostenido por caballetes, había dos ordenadores, una pantalla de proyecciones, un pupitre de vídeo, dos aparatos de televisión.

–Es… insólito –musitó Molina.

Iba a decir algo más, pero Atienza le cortó:

–Sólo es una habitación grande. Y vieja, como toda la casa. En tiempos de mi abuelo aquí estaba ubicado el comedor, pero me la dieron a mí cuando comenzó a torcérseme la columna, ya ni me acuerdo, yo no conocí a mi abuelo. Mi familia la reservó para mi joroba, para que estuviese cómoda, siempre fueron muy cuidadosos con ella. Más que yo.

Había un proyector de diapositivas sobre una mesa camilla y casi al lado dos sillones de orejeras con una mesa baja en medio. Álvaro invitó a Molina a sentarse.

–¿Una copa?

En la mesa había dos vasos largos, varias botellas, unas latas de tónica y de Coca-Cola, un cubo de hielo.

–Después del café, gracias.

Álvaro fue hasta la mesa de despacho situada al pie de la última ventana y regresó con un pequeño espejo de tocador. Sobre el espejo colocó una papelina, una navajita y dos pequeñas pajas listadas a rayas azules, luego se sentó. Ninguno de los dos hizo el menor comentario. Junto al proyector de diapositivas, sobre la mesa camilla, había varios mandos a distancia, Álvaro eligió dos de ellos. En el televisor apareció un mapa de España con el Cantábrico cubierto de nubes, no tenía sonido, pero ellos oían caer la lluvia en el exterior. Sonó un clic, unas rayas horizontales cubrieron la pantalla, luego un rostro de mujer en primer plano, un rostro inexpresivo, antiguo, descolorido, surcado de arrugas. Parece una imagen estática, una fotografía, pero se mueve muy lentamente: la mujer frunce el ceño, se esfuerza por mirar a lo lejos, al interior de la cámara, a las butacas donde ellos están sentados, la mujer no les reconoce. Cambia el plano. La mujer pone la mano sobre las cejas, a modo de visera, para protegerse del sol y mira insistentemente a lo lejos, quizás espera a alguien. Está sentada en una mecedora, pero no reposa, su cuerpo se inclina hacia delante con los pies bien apoyados en el suelo, viste un traje estampado, descolorido por el uso, pero no es una anciana, mira con energía hacia el horizonte desde el porche de su casa, es seguro

que ya ha visto a alguien, probablemente un hombre que se acerca a caballo. Vuelve el primer plano, la mujer tiene ahora los labios entreabiertos, las aletillas de la nariz expandidas en busca de aire, es seguro que alguien está llegando, alguien muy deseado, alguien por quien se ha esperado mucho tiempo, en el rostro de la mujer han desaparecido las arrugas, sus mejillas son tersas, el gesto de ansiedad la vuelve joven. Cambia el plano. Un hombre se aleja a caballo por una llanura, no se le ve el rostro, sólo la espalda, cabalga a trote lento, su silueta se va perdiendo en un atardecer de color rojizo, deja tras sí una nube de polvo. Cambia el plano. Ahora la escena es en blanco y negro: un hombre con sombrero, la gabardina sobre un brazo, camina por una estación desierta. No se le ve el rostro, se aleja, sube a un tren, el tren parte. Cambia el plano, regresa a la pantalla un color antiguo y desvaído, ahora es una mujer la que se está marchando, la vemos de espaldas en un pasillo, lleva una pequeña maleta en la mano derecha, un abrigo entallado, abre una puerta, sale, la puerta se cierra tras ella. Dos, tres, cuatro, cinco veces, la puerta se cierra tras ella. En ese momento llegó Tahar con el café y Álvaro paralizó la imagen: una puerta cerrada.

Durante los diez días transcurridos desde su última entrevista, Álvaro Atienza se había entregado a una actividad febril pese a no haber salido de su casa, excepto una breve excursión a la ciudad para enmarcar diapositivas. Sin embargo había sentido la ansiedad de quienes carecen de tiempo y tienen muchas cosas por hacer, y siempre estaba ocupado en alguna tarea de extrema importancia, hablar con su hermana, pedir detalles a su padre, recopilar viejos papeles, pensar una vez más en Verónica Galindo, luchar contra la inverosimilitud de sus propios planes, convencerse de su conveniencia, memorizar los perfiles evanescentes de un deseo que no se dejaba atrapar por la imaginación y no se quedaba quieto ni fijado en un objeto comprensible, un deseo que no lograba identificar con precisión y que, no obstante, se derramaba en él como un manantial. Cada vez que había creído tener un objetivo claro y perfilado hacia el que dirigirse, un objetivo real y factible, capaz de atrapar ese deseo (Verónica Galindo, allí mismo en su dormitorio, mirándole, sonriéndole, aceptándole), el deseo se fugaba más allá, se desvanecía o, lo que era aún peor, se volvía tan inverosímil como el sueño de volar y convertía en ridícula la estrategia de acción que poco antes le había parecido tan sagaz. Todo circulaba en torno a Verónica Galindo y en torno a la obtención del dinero, mucho dinero. En realidad ambas cosas tendían a confundirse a medida que pasaban los días y ya no percibía claramente cuál de las dos era el medio para alcanzar la otra y cuál el

fin, si era Verónica Galindo quien le permitiría alcanzar el dinero o si sería el dinero el medio de alcanzarla a ella. El permanente trabajo al que creía haberse entregado durante los últimos días, buceando en los viejos papeles de su padre o reordenando sus montajes de vídeo y sus carretes de diapositivas, le ayudaba a proseguir e incrementaba su sensación de velocidad, como un niño inhábil que sigue pedaleando sobre su bicicleta porque si aminora la marcha, o se detiene, perderá el equilibrio y se caerá.

Había retornado a sus viejos montajes de vídeo, construidos con fragmentos de películas captadas de la televisión. Tenía la vaga esperanza de que encontraría en ellos algún propósito ya olvidado, algo que en otro tiempo hubiera tenido sentido para él y le hubiera servido de impulso para construirlos, la fortaleza de ánimo imprescindible en todo aquel que emprende una obra de creación, el poso de seguridad y de energía que debería latir aún en aquellas cintas, por pequeño que fuera, alguna clave que le ayudara a recordar y a entender cuáles eran sus deseos entonces, qué lo mantenía en pie antes de haber sido mirado por Verónica Galindo, cuál había sido la justificación o la consistencia última de su vida antes de que el suelo se hubiera movido bajo sus pies. Los repasó una y otra vez, y muchos de ellos le desagradaron, contenían una sucesión de imágenes feístas, urinarios de estación, sórdidos lavabos, hornillos de gas ferruginosos, camillas de hospital, salas de espera vacías. En otros fue incapaz de discernir el propósito que había guiado su construcción. Sin embargo un tercer grupo le sorprendió precisamente por lo que tenían en común, todos versaban sobre momentos intermedios, instantes suspendidos en el tiempo, sin principio ni final: un tigre saltando sobre su presa queda congelado en el aire; un puño se detiene antes de llegar a un rostro; un hombre saca una pistola, apunta, frunce el ceño, no se ve el disparo; una mujer cierra los ojos, entreabre los labios, otros labios se acercan a los suyos, las imágenes cesan. Ningún encuentro se producía, nada terminaba: ataques, besos, crímenes, miradas, saludos, adioses, luchas, abrazos, el tema central siempre estaba ausente de todas las imágenes, no se podía descubrir más que a través de sus indicios o sus huellas.

Atienza pasó varios de aquellos vídeos mientras tomaban el café. Eran montajes muy cortos, de apenas dos o tres minutos, sin música ni voz. Molina no pronunció una palabra hasta que Álvaro apagó el televisor. Entonces comentó:

–Son inquietantes.

–Sí, quizás sí, pero yo no estoy muy seguro de por qué lo son.

Molina reflexionó durante unos momentos.

–Porque muestran lo que normalmente pasa desapercibido, el antes o el después, pero nunca el momento en que algo ocurre, dejan fuera lo importante.

–Depende de lo que cada uno considere importante. La mayor parte del tiempo no ocurre nada y la mayoría de la gente siempre está en un «antes» o en un «después», a veces durante toda su vida. Claro, se las arreglan para creer que sucede algo, les hace ilusión, pero no suele ser así, la mayoría tiene miedo a que suceda algo de verdad, algo que de verdad los afecte.

–Sí, es posible, no había caído en ello.

Álvaro puso unos cubitos de hielo en su vaso y le hizo una indicación a Molina para que le imitara, los dos se sirvieron whisky.

–Sin embargo, a veces ocurre algo. Sólo algunas veces, muy pocas. Produce tanto miedo que muy pocos lo pueden soportar. La mayoría desea que pase cuanto antes, que se termine esa experiencia, se sienten perturbados, la realidad en directo produce angustia y dolor, nadie puede soportarla durante mucho tiempo. La gente prefiere recordarla a vivir en ella. Luego unos se pasan la vida recordando esa experiencia, algo que una vez les pasó, la añoran pero no quieren que vuelva a ocurrir, y otros se la pasan esperando que llegue, porque han oído hablar de ella, pero no hacen nada por buscarla, hay gente que está cerrada a la realidad desde que nace, que es incapaz de experimentarla, que nunca la ve, sólo algunas de sus huellas, lo que otros les han contado.

–Sí, comprendo lo que quieres decir.

Álvaro tomó el espejito de encima de la mesa y comenzó a preparar morosamente dos rayas de coca.

–No me refiero a aspectos terribles de la realidad, a experiencias de muerte o de violencia, o a sucesos extraordinarios que marcan para siempre la vida de una persona, como las guerras y las grandes catástrofes, sino a cualquier experiencia, algo que te ocurre un día y te toca de verdad y te conmueve hasta el desequilibrio y notas que lo que te está pasando es algo peligroso, aunque sea agradable, y no sabes qué es, uno no puede pararlo, es algo autónomo, está fuera de ti, fuera de tu control, puede ser amor u odio, o velocidad, o miedo a morir, o la mirada casual de otra persona, o una noche de intensa soledad, o incluso un libro, la palabra con que se nombre es lo de menos, simplemente te llega y no se puede evitar, ya todo es distinto, y si quieres escapar aún es peor.

Atienza le pasó el espejito a Molina y éste lo aceptó. La habitación se había quedado casi en la penumbra. A través de las profundas ventanas se oía el golpeteo ocasional de la lluvia contra las hojas de

yedra y, al fondo, el desagüe de un canalón roto. Tras permanecer durante un largo rato en silencio, Atienza volvió a hablar:

–No me he olvidado del documento que me entregaste el otro día, lo he estudiado muy bien, está ahí, encima de mi mesa. Pero antes de entrar en ese asunto me gustaría mostrarte algo.

–Sí, por favor, adelante, no tengo ninguna prisa.

Álvaro se levantó y conectó el proyector de diapositivas que había sobre la mesa camilla. La luz trazó en el aire una frontera y ellos quedaron del lado de la oscuridad, en la pantalla apareció el rostro de Verónica Galindo como un resplandor. Sonreía, en sus ojos de miel fulguraban pequeñas chispas verdes.

–Es ella –dijo Álvaro.

No reparó en la redundancia de esas palabras; quizás iban dirigidas a sí mismo como una advertencia, una señal de que necesitaba prepararse, avisarse de que una vez más se abría la puerta de un mundo sobre el que carecía de dominio, un trozo de realidad descontrolada y peligrosa ante la que necesitaba ponerse en guardia, cavar trincheras en el ánimo, tender amarras para no dejarse llevar.

Las imágenes pasaban en silencio, el ronroneo del proyector tapaba ahora el ruido de la lluvia y el mundo exterior parecía haber quedado borrado por la intensa luz de la pantalla, eran las imágenes más depuradas de Verónica Galindo, su rostro en escorzo y de perfil, sus ojos desprotegidos de intención, su figura perdida a lo lejos entre unos árboles, cierta mirada tras el cristal del autobús. Todas ellas transmitían candor, inocencia, ausencia de alarma o prevención, carencia radical de impostura. Pero, a la vez, también transmitían el irresistible poder de esa vulnerabilidad, sin que uno lograse saber en qué consistía aquella fuerza. Sonaba un clic y una imagen era sustituida por otra similar, cada vez con mayor lentitud, el tiempo de Atienza parecía obedecer a pautas diferentes que las manecillas del reloj. A veces hablaba, pero no hacía comentarios sobre lo que estaban viendo, no daba explicaciones, no interpretaba las imágenes, más bien parecía continuar una conversación llena de sobreentendidos y frases incongruentes, una conversación que jamás había tenido con nadie. Mencionó algo acerca de la imposibilidad de la presencia y, en cierto momento, se refirió a la noche en que se habían encontrado por primera vez, de forma inesperada, en el restaurante Cabo Peñas, cuando Borja Molina había cometido la imperdonable ligereza de llevarla consigo sin habérselo advertido previamente. No había podido soportarlo. No tanto por la sorpresa, o por no estar preparado para el encuentro, de eso había logrado reponerse; había sido otra cosa, algo más importante y también más radical y más difícil de entender. La

presencia de Verónica había sido el obstáculo que le impedía verla. Era una paradoja, lo sabía, la tenía ante sus ojos, pero no la veía. Su cercanía perturbaba su visión, anulaba la distancia necesaria, le robaba el espacio, le dejaba sin perspectiva, no conseguía separarse lo suficiente y, al carecer de barreras intermedias, había terminado por no saber si se estaba mirando a sí mismo. Sólo habían sido unos minutos, pero el tiempo era lo de menos, casi desde el comienzo estaba deseando huir, restaurar la distancia. Estaba frente a él, al otro lado de la mesa, podía sentir su olor y percibir la textura de su piel, podría contemplar el exacto brillo de sus ojos tan sólo con levantar los suyos, pero a la vez temía que ella hiciera algo equivocado o que dijese algo inconveniente, no porque ella pudiera quedar en una posición desairada o porque no respondiese a unas expectativas que no se había formulado conscientemente, sino por un motivo más inconcreto y perturbador: la veía en peligro. Le resultaba excesivamente corporal, su voz lo abrumaba, su presencia era tan densa y tan inminente que temía por ella, como si la estuviese contemplando al borde de un abismo con una venda en los ojos, sin poder evitar que ella caminase con sus propios pies, porque tenía pies y era autónoma, inesperada, ajena a él.

Borja Molina escuchaba con aplomo. Contemplaba las imágenes sin mostrar sorpresa, o alarma, o escándalo, sólo se mantenía atento. Los aires de petimetre y el aspecto aniñado, que tanto habían desagradado a Álvaro Atienza la primera vez, habían desaparecido por completo. Aquel rostro imperturbable, su fría y distante serenidad, parecían propios de alguien que se ha encontrado a sí mismo muy pronto y ha aceptado ese encuentro sin vacilación. Y sin piedad, como pensaba que había hecho él. Molina le parecía un tipo capaz de mirar de frente la abyección y reducirla a dinero. Si en vez de mostrarle las imágenes de Verónica le hubiera proyectado la ejecución de un crimen en directo, Molina habría reaccionado con la misma serenidad. Tras unas docenas de diapositivas, Molina comentó:

–Es como si la estuviese viendo por primera vez.

Atienza escuchó el comentario como un halago. Le molestó, despreciaba los halagos, desconfiaba de ellos, le hacían ponerse en guardia, pero ¿qué le importaban ya? Molina ya sabía todo lo que podía saberse, había tenido hombres siguiéndole durante meses, poseía informes y filmaciones tan humillantes que ya no valía la pena fingir u ocultar nada. Al contrario, esa transparencia le liberaba, le permitía mostrarse abiertamente abyecto, cómplice, canalla, igual que él. Pero era vital que Molina entendiese sus propósitos, que no volviera a cometer errores.

El proyector emitió un haz de luz blanca sobre la pantalla, las diapositivas se habían acabado, no obstante, Atienza pulsó una vez más el mando. En la pantalla apareció una imagen borrosa, en blanco y negro, un conjunto de trazos concentrados que sugerían una figura oval. Álvaro se levantó y corrigió el foco: era el rostro de un hombre dibujado a lápiz sobre un fondo gris.

–Eres tú –dijo Molina–, se te parece mucho.

–Sí, se me parece, pero no soy yo.

–¿No?, es el dibujo que me dio Verónica para ti, se te reconoce enseguida.

–Pero no soy yo, ése es el rostro de un hombre sin joroba.

–A lo mejor ella te ve así.

–Ella todavía no me ha visto. De eso es precisamente de lo que se trata, de que en su momento me vea. No que me imagine. Sólo eso.

Álvaro desmontó el carrete del proyector y colocó uno nuevo.

–Claro –comentó Molina–, sólo eso. Lo más difícil.

–Bueno, puedes estar seguro de que no te haré responsable del fracaso. Lo único que te pido es que me ayudes a tenerla cerca, pero no le hables nunca de mí.

–No te preocupes. Además la gente acaba por ver lo que le interesa. Y a ella seguramente le interesará verte.

Atienza se sentó de nuevo y accionó el mando a distancia. En la pantalla apareció una abstracción geométrica: un triángulo oscuro, con leves estrías negras en su interior, sobre una superficie pálida, muy granulada. La imagen siguiente reproducía la misma figura en menor tamaño, más distante. La tercera, ya más alejada, permitía reconocer el pubis de una mujer cubierto por una minúscula braguita de encaje, la piel del vientre y de los muslos ocupaba toda la pantalla. En la cuarta ya no cabía ninguna duda, la distancia del foco revelaba el perfil de los muslos y la mórbida blancura de la piel, era la más obscena.

–¿Es ella?

–Sí, es ella.

–¿Y cómo lo conseguiste?

–No fui yo, fue un golpe de viento.

Atienza fue pasando lentamente las imágenes, en ninguna de ellas aparecía la figura completa de Verónica Galindo, sólo partes de su cuerpo, fragmentos aislados, bultos de la entrepierna, el elástico de encaje de las medias, los contrastes de la tela y de la piel, la obsesión triangular del pubis. Álvaro comentó:

–Hasta ese día no me había dado cuenta de que tenía cuerpo. Parece mentira.

En medio de la vorágine de carne y lencería apareció otra vez el rostro. Pero había cambiado, ya no era un rostro inocente. Ocupaba toda la pantalla, como si estuviese pujando por salir al exterior, deformado por el ímpetu. Los párpados entornados formaban una ranura tras la que se intuía el extravío de los ojos, las aletillas de la nariz se dilataban en busca de aire, los labios entreabiertos y brillantes sugerían una respiración agitada por el placer. Nadie diría que aquel rostro se estaba defendiendo contra el viento, antes bien, de él parecía emanar la ausencia de toda resistencia, una entrega incondicional, un abandono último e intenso a la lujuria, un inconfundible éxtasis orgásmico, una ausencia radical de interioridad. Las rosadas estrías de los labios parecían haber sido pintadas con pincel.

La imagen permaneció en la pantalla durante largo rato. El ronroneo del proyector creaba la ilusión de que aquellos labios se movían, que estaba ocurriendo aquel placer en ese mismo instante.

–Yo también descubrí eso por casualidad –dijo Molina.

Álvaro se volvió hacia él, pero apenas pudo distinguir los rasgos de su rostro entre las orejeras del sillón. Molina continuó mirando atentamente la pantalla.

–Quiero decir que descubrí que todas las mujeres tenían cuerpo, todas sin excepción.

Atienza dejó el mando del proyector sobre la mesa, cogió su vaso y se recostó contra el respaldo, esperando a que Molina continuase.

–Fue poco después de la muerte de mi padre, yo tenía diecinueve años. Un domingo regresé a casa de forma imprevista, a media tarde y, no sé por qué, entré por la puerta de servicio. Al pasar junto a la alcoba de mi madre oí ruidos y me acerqué. La puerta estaba entornada, ni siquiera habían tomado la precaución de cerrarla. Mi madre, medio desnuda, de rodillas en el suelo, estaba haciéndole una felación a un hombre que se sentaba al borde de la cama. Yo nunca había sospechado que mi madre tuviera cuerpo, no se me había ocurrido. Pero lo tenía. Aún hoy, con cincuenta y dos años, es una mujer muy atractiva. Fui a mi cuarto y cogí la Polaroid. Les hice nueve fotografías, todas magníficas, en distintas posturas. Aquel hombre era un alto ejecutivo del Grupo de Empresas, el mejor amigo de mi padre, habían sido compañeros de armas, un hombre casado, muy religioso. Nunca tuve necesidad de enseñarle las fotografías, ni siquiera sabe que existen, pero en el Grupo siempre me ha apoyado de forma incondicional. A mi madre sí se las enseñé algún tiempo después, aún las conservo, aunque el Polaroid se deteriora bastante con el tiempo, se le degrada el color. Al principio mi madre dijo que lo había hecho por mí, por mi futuro, para asegurar mi carrera, pero

también reconoció que ella tenía cuerpo. Hasta que saqué las fotografías yo no me había dado cuenta, estaba en el limbo.

El rostro de Verónica Galindo proseguía su éxtasis en la pantalla, pero ellos probablemente ya no lo veían. Molina cogió su vaso de la mesa y se oyó el tintineo del hielo contra el cristal. Bebió.

–Por supuesto, lo que te acabo de decir es confidencial, nunca se lo había contado a nadie. Estamos tratando de negocios, pero quiero que sepas que agradezco mucho la confianza que has depositado en mí. Yo también confío en ti.

Álvaro no respondió. Cogió el espejito y, tras dudar un instante a causa de la penumbra en que se encontraban, se dirigió a su mesa de trabajo, encendió el flexo y preparó dos largas rayas de coca. Las pocas diapositivas que quedaban en el carrete pasaron ante ellos con redundante rapidez.

Se quedaron bebiendo en la penumbra de la tarde gris. El foco del flexo rebotaba sobre la mesa de trabajo de Álvaro y emitía un leve resplandor amarillo que anulaba la debilitada luz de las ventanas. Ya no se oía el golpeteo de la lluvia en el exterior, ninguno de los dos fumaba. Borja Molina se refirió a su padre como a un hombre engañado, con delirios de grandeza, alguien que siempre había consentido en mentirse a sí mismo, por encima de todos los fracasos. Lo trataba con conmiseración, sin reproche. Había ascendido al generalato muy tarde, cuando ya pensaba que lo iban a pasar a la reserva, todos sus compañeros de promoción y todos los amigos influyentes le habían fallado. El ascenso le llegó cuando menos lo esperaba, de manos de los socialistas, precisamente a él, que se consideraba un aristócrata, pero apenas pudo disfrutar de su nuevo puesto en el Ministerio, se mató en un accidente de automóvil siete meses después del nombramiento. La familia había quedado desolada, él era el mayor de cuatro hermanos y sólo tenía dieciocho años, su madre no sabía qué hacer, siempre habían vivido muy por encima de sus posibilidades, cargados de deudas, y ahora la situación era insostenible, pero su madre no renunció a las dos chicas de servicio, prefería pasar hambre antes que someterse a semejante humillación, siempre había sido así, Molina no recordaba un solo período de su infancia en que su familia hubiera logrado llegar a fin de mes con holgura, los aprietos llevaban a la mesa del comedor las sopas de sobre, acelgas rehogadas, tostadas con aceite, todas las noches sin excepción cenaban tortilla de patata y él aborrecía la tortilla de patata, la última semana de cada mes, si no antes, él y sus hermanos se quedaban sin la asignación para ir al cine. Pero luego, a comienzos del mes siguiente, toda la familia se iba a cenar a un restaurante de

lujo, donde pedían vinos de marca, su padre era un gourmet de gusto exquisito y el maître los recibía diciendo «siempre a sus pies, señora marquesa». Sólo él sabía que todo era una patochada y que las famosas fincas de su madre no eran más que unas cuantas hectáreas de secano en la provincia de Albacete, con unas rentas de cereal que se gastaban casi íntegramente en el suntuoso viaje que hacían todos los años para ir a cobrarlas a un pueblo remoto, donde la casa de la familia amenazaba ruina y exigía gastos que no podían afrontar, pero sus padres nunca parecieron darse cuenta, estaban como en las nubes, no sentían la humillación de carecer de dinero y pensaban que sus hijos tampoco la sentirían, que habían conseguido engañarlos como se habían engañado a sí mismos, pero no era así, un niño sabe cuándo necesita zapatos nuevos, un adolescente nota que sus amigos no le creen cuando inventa excusas para no ir al cine, no tomar una pizza, no ir a una fiesta. No guardaba rencor a sus padres, pero había decidido desde muy pronto no engañarse respecto a lo verdaderamente importante, dos años antes de terminar el ICADE ya había logrado entrar en el Grupo de Empresas. Le había costado un gran esfuerzo compatibilizar el trabajo con su carrera, un esfuerzo mucho mayor del que nadie pudiera sospechar, pero lo había logrado, desde los veinte años ya no volvió a tener apuros de dinero. Y no había hecho más que empezar, porque el dinero de verdad no se encuentra en un simple sueldo, por bueno que sea, y ahora estaba a punto de subir un escalón decisivo en el grupo, la operación que ambos estaban negociando era muy importante para él, algo más que una rutina de trabajo, Atienza se daría cuenta de la confianza que depositaba en él contándole todo esto, pero se veía obligado a retribuirle confianza por confianza, comprendía lo que él sentía respecto a Verónica Galindo y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudarlo, y podía hacer muchas cosas.

Estuvieron largo rato conversando, bebiendo y esnifando, apenas se veían las caras. Molina abordó nuevos planes para ellos, nuevas sugerencias sobre lo que podrían hacer.

–En los buenos tiempos de los años ochenta –dijo–, la Oficina de Proyectos tenía una sección dedicada a estudios de mercado. Se hacían prospecciones para nuevos productos, análisis de marcas, diseño de identidad corporativa y cosas semejantes, pero esa actividad sólo duró un par de años, al parecer nunca llegó a ser rentable y la sección se disolvió. En su momento, el equipo de psicólogos y sociólogos habilitó una sala de reuniones especial que ahora está en desuso, es un lugar muy interesante al que se llega por una escalera distinta, aislada del resto de la oficina. Las reuniones se controlaban y

se grababan en vídeo desde una cabina exterior separada de la sala por un espejo de una sola cara. No es un espejo grande, no llama la atención, pero está tan bien dispuesto que no deja ni un solo ángulo muerto para la visión, lo he comprobado personalmente, nadie diría que detrás de ese pequeño espejo hay en realidad una ventana que da a otra habitación.

Molina calló y bebió un trago, probablemente buscaba cierto asentimiento para continuar, como quien está sondeando una respuesta o una actitud antes de revelar algo muy comprometido. Atienza no dijo nada. Esperaba que el otro llegase a una conclusión, una propuesta que ya imaginaba pero que deseaba oír de forma explícita, se le aceleraban los latidos tan sólo con pensar en ello.

–No costaría mucho encontrar un pretexto para que Verónica trabajase allí algunos días a la semana, podría usar la gran mesa de reuniones como plataforma para construir sobre ella una maqueta. Por ejemplo una maqueta de esta casa, ella está capacitada para hacerla sin ayuda.

–Sí, me parece bien, creo que me has comprendido.

–Sólo necesitaré un primer papel firmado que me justifique para comenzar con ese tipo de trabajos. Esta casa es magnífica y estoy seguro de que, con las reformas necesarias, los italianos la elegirán como sede para la dirección, incluso no me extrañaría que la usen para la imagen corporativa de la nueva empresa. Verónica tendrá que venir aquí con frecuencia para las mediciones y para dibujar los primeros alzados y los planos de interior. Podría comenzar casi inmediatamente, es decir, cuando a ti te parezca bien. Sin lugar a sorpresas, siempre bajo tu control.

Álvaro Atienza se levantó, encendió una potente lámpara halógena junto a su mesa de trabajo y extrajo un documento del primer cajón. No se detuvo a leerlo, buscó la última página y lo firmó, luego se lo entregó a Molina. En el título del documento se leía: «Protocolo de Intenciones».

Álvaro esperó a que Molina terminase sus comprobaciones. Junto a su firma constaba ya la de su hermana Teresa.

–Respecto a la compensación, mi hermana y yo hemos pensado en tres millones, en los próximos meses hemos de afrontar algunos gastos importantes.

Molina asintió.

–De acuerdo, no hay problema.

Sacó un talonario de cheques del bolsillo interior de la chaqueta.

–Mañana en la oficina ultimaré los detalles y te haré llegar copia autorizada del documento.

Firmó un talón.

Dieciocho

Las rebajas de verano en la zapatería Las Novedades habían resultado un fracaso a causa de la enfermedad de doña Rosa. Sus cinco días de hospitalización habían bastado para que en la tienda todo anduviese manga por hombro y, a finales de julio, aún quedaban en el almacén restos de pares sueltos sin sacar a los expositores, nadie sabía qué género había que liquidar, qué otro se podía devolver a los proveedores o qué calzado guardar para la temporada siguiente. La pobre tía Margarita, ofuscada por la responsabilidad comercial, la enfermedad de su hermana y el anís, no había logrado tomar una decisión a derechas, y Eloína, pese a llevar más de veinte años de dependienta en la casa, en cuanto la sacabas del calzador a los pies de las clientas y le faltaba la mirada de doña Rosa por encima de su hombro, ya no sabía qué hacer. Además, en los últimos meses no estaba para nada, la preocupación por su hijo Robertín no la dejaba vivir, ya se lo decía doña Rosa: «Mira, Eloína, que no estás en lo que celebras, deja ya de darle vueltas al caletre con el dichoso paro, que por más que pienses en ello no vas a adelantar nada». Eloína no sólo se confundía con el modelo de zapato o el número de pie, en ocasiones había incrustado el bolígrafo en el talón de la clienta creyendo que se trataba del calzador, estaba claro que andaba con la cabeza puesta en otro sitio. No es que su hijo estuviera enfermo o fuera drogadicto, o delincuente, o cosa parecida, al contrario, Robertín era un alma cándida, un joven sano y formal, que había terminado la carrera de ingeniero de minas con excelentes notas. Pero eso había ocurrido ya el año pasado y el pobre Robertín no acababa de encontrar empleo pese a que, como repetía Eloína, ya había presentado más de treinta «currícurros» en todas las empresas imaginables sin ningún resultado, «le faltan agarraderas, enchufes, yo le digo, Robertín, apúntate a la UGT, que mandan mucho en las minas, o al Partido Popular, que ésos son todos empresarios, pero ni caso». Eloína le daba vueltas y vueltas al problema, pero no avanzaba. Continuando una silenciosa y pertinaz conversación consigo misma, a veces levantaba la cabeza de los pies de la clienta, la miraba a los ojos con el calzador en ristre y, de forma totalmente inesperada, soltaba: «Y digo yo, que el gobierno les obligue a poner por lo menos un ingeniero en cada tajo y en cada cantera. ¿No dicen que quieren acabar con todos esos accidentes mortales?, pues los ingenieros son los que más saben de esas cosas, ¿o no?». Algunas

clientas, que no lograban atar cabos, se quedaban espantadas ante el desvarío y doña Rosa se veía obligada a intervenir: «Es que tiene un hijo ingeniero de minas que está en el paro, ¿sabe usted?». Dorita, la segunda dependienta de Las Novedades, solía decirle: «Mira, Eloína, en cuanto me toque la Primitiva le compro una mina a tu Robertín, a ver si se te quita esa cara de susto que llevas puesta, que pareces una sonámbula».

Cuando doña Rosa se volvió a ver con fuerzas y contempló aquel panorama, tomó varias decisiones drásticas: mantener la tienda abierta durante la primera semana de agosto y aprovechar el bajón de ventas para hacer inventario, «para vacaciones –les dijo a sus empleadas– bastan bien tres semanas». Eloína y Dorita se mostraron completamente de acuerdo, «si hacen falta quince días, pues quince días», dijeron; la enfermedad de doña Rosa las había hecho temer lo peor, la apreciaban, pero también sabían que en cuanto ella faltase la tienda cerraría para siempre, así que afrontaron esa primera semana de agosto como correspondía a una situación extraordinaria, sin horarios rígidos, sin rutinas. Tanto en la tienda como en la familia reinaba el clima de excitación de quienes van a emprender una tarea de titanes y Floro se ofreció para lo que hiciera falta, no quería quedar al margen de aquella empresa de salvamento colectivo, en septiembre pensaban abrir con una gran liquidación de restos. Quedó acordado que ayudaría a Dorita con el inventario del almacén, Eloína y la tía Margarita se encargaban de la trastienda y de atender a los clientes, doña Rosa lo supervisaba todo, no se podía dar un paso sin ella. Si la jornada se prolongaba, la tía Margarita traía bocadillos y un termo de café.

Al almacén se llegaba a través de un angosto pasillo que salía de la trastienda. Formaba un gran rectángulo, con el piso de cemento, largos tubos de neón en el techo encalado y dos puertas al fondo, una de acceso al patio y la otra al hueco de escalera de la casa. Excepto ese espacio entre las dos puertas, donde Floro guardaba la moto y se apilaban algunos muebles viejos, el almacén estaba atravesado por grandes estanterías de madera dispuestas en filas, con estrechos pasillos que formaban un pequeño laberinto, había cajas de zapatos que llevaban en aquellos estantes más de treinta años. Ése era el lugar donde Floro asentó sus reales la primera semana de agosto, junto con sus instrumentos de trabajo: una silla, un lápiz, un sacapuntas, una goma de borrar y un viejo mamotreto de tapas metálicas forradas con tela, conocido como «Libro de Inventarios». El trabajo consistía en lo siguiente: Dorita, subida sobre una escalera de tijera, sacaba una caja, la limpiaba de polvo con un trapo seco, pasaba una bayeta húmeda

sobre el estante de madera y voceaba: «Referencia nn 3471, el Gorila, negros, número 33». Floro, sentado a los pies de la escalera con el grueso libro sobre las rodillas, buscaba la referencia y, si la encontraba, marcaba una cruz en la correspondiente casilla, pero como casi nunca la encontraba, hacía una anotación en página nueva. Cuando Dorita terminaba con una estantería, ambos movían escalera y silla un par de metros en el angosto pasillo y seguían con la siguiente. Así llevaban dos días enteros, si bien Floro no se había mostrado demasiado madrugador.

Dorita era una chica muy simpática y parlanchina. Estaba embarazada de cinco meses y en el entorno inmediato de la calle Melquiades Álvarez nadie estaba al margen de las circunstancias y pormenores de aquel embarazo, incluida la forma en que se había producido. Su marido, a quien ella se refería invariablemente como «el mi hombre», andaba embarcado en un petrolero, «del Golfo a Tarragona y de Tarragona al Golfo, ya no sabe si va o si viene, y para una vez que se desviaron a descargar en Vigo, vino a verme desde allí, gastó un pastón en el taxi, dejome preñada en un momentín y volvió a salir disparao para aquellos desiertos. No, si lo que yo digo, las prisas nunca son buenas para nada, y menos aún para lo que todos sabemos». Floro se enteró enseguida de que llevaban en esa situación casi año y medio. Estaban ahorrando para un piso y Dorita no sabía aún cuánto iba a durar aquello, pero lo afrontaba con buen humor, «al mal tiempo buena cara», decía; mientras tanto vivía con sus suegros. Era de carácter expansivo y a Floro le hacía mucha gracia su forma de hablar con el marcado acento de las pescaderas de Cimadevilla, tan esdrújulo y cantarín, al parecer lo había heredado de su madre. Doña Rosa solía decir de ella: «Lástima que tenga esos modales tan ordinarios, con lo mona que es, y buena chica. ¡Pero a veces es tan descarada!, te hace reír, eso sí, ¡pero qué lengua! Y como vendedora vale un Potosí, sobre todo con los hombres, y mira que se lo digo, Dorita, cuidado con ese escote, que al agacharte se te ve hasta el ombligo, pero ella es así de despreocupada, los marea, les da palique y es capaz de venderle unos zapatos de charol a un capuchino». Pese a que ya llevaba más de tres años en la tienda, Floro apenas había tenido trato directo con ella, pues doña Rosa para esas cosas era muy severa y exigía a las dependientas que tratasen de usted a su hijo, incluso a Eloína, que lo conocía desde que era un jovenzuelo. «Buen trato, respeto y cariño con el personal, todo lo que quieras, pero cada uno en su sitio», ésa era una de sus máximas. Floro se sentía violento y envarado ante las dependientas, siempre le había ocurrido lo mismo. Al igual que su madre, también las tuteaba, pero era como caminar

sobre cristales rotos, le producía un desagradable ruido en los oídos. En cierta ocasión se había visto obligado a advertirle a Dorita que nunca jamás volviera a llamarle «don Florín», estaba seguro de que la chica lo hacía adrede, con sorna, con retranca, con retintín, incluso a él le había hecho gracia la primera vez, pero tampoco era cuestión de pasarse. Sin embargo, ahora, durante las largas jornadas de inventario en el almacén, comprobaba muy divertido que los comentarios escuchados acerca de Dorita tenían fundamento: en efecto era muy habladora, derrochaba ingenio y carecía por completo de prejuicios respecto al escote, ya no le extrañaba que su madre tuviera que susurrarle frecuentemente al oído: «Dorita, el botón», pues, en su cuerpo, la recatada bata azul con el nombre de Las Novedades bordado sobre el bolsillo superior dejaba ver más que un bañador. Claro que en el mal ventilado almacén había humedad y se notaba el calor. Así pues, Floro descubrió primero que Dorita hablaba sin parar y luego le encantó enterarse de cuál era su tema favorito de conversación: el sexo. Favorito por no decir exclusivo, pues la conversación ya podía versar sobre la carestía de los pisos o el problema de la pesca en el caladero del Gran Sol, que Dorita se las arreglaba para conducirla hacia las dificultades de los jóvenes para encontrar lugares seguros donde hacer el amor (en los parques y en los coches era donde se producían más embarazos indeseados, según sus eruditas estadísticas) o, hablando de la pesca, terminaba mencionando la terrible soledad de los marineros en alta mar y, ya en el interior de un incómodo camarote, el problema de la masturbación. Dorita poseía una imaginación portentosa para conducir con lógica aplastante todos los problemas del mundo hacia una cama. Y no abordaba esos asuntos de cualquier manera, sino con perspectiva científica: ¿era la masturbación perjudicial para la salud?, ¿era un vicio del hombre o una actividad natural?, ¿se masturbaban los animales? Para cada una de esas cuestiones poseía Dorita sólidas respuestas, extraídas de los más variados consultorios y revistas, y Floro se retorcía de gozo sobre la silla sin insinuar siquiera una sonrisa. Subida sobre la escalera, Dorita pasaba morosamente el trapo del polvo sobre las viejas cajas de cartón y, entre breves pausas dedicadas a transmitir números y referencias, peroraba largamente acerca de lo mucho que había leído sobre las trompas de Falopio y temas conexos. Sentado a sus pies con el libro de inventarios sobre las rodillas, donde escribía ininteligibles garabatos, Floro contemplaba sus bragas con sumo interés y dedicación, y de vez en cuando, a modo de respuesta, emitía algunos monosílabos casi espasmódicos. Para poder manejarse en la escalera con comodidad, Dorita había desabrochado

los últimos botones de la bata, la cual ya sólo se ceñía sobre su redondeado vientre y sobre sus voluminosas tetas, el verano la excusaba de llevar combinación. Floro sufría unas erecciones que lo atormentaban. No se debían sólo al paisaje que se le ofrecía ante los ojos, sino, sobre todo, al tema de conversación, cuanto más subía su nivel científico más morboso le resultaba. Al terminar con los estantes superiores avanzaban un tramo y Dorita, poniéndose en cuclillas, comenzaba con los de abajo sin por ello dejar de hablar, su escote se abría, Floro se apretaba el grueso libro de inventarios contra los muslos, intentaba poner cara de póker y notaba cómo el calor le subía al rostro. Dorita se mostraba inmisericorde con su tema, ninguno de sus aspectos le resultaba ajeno: la cantidad de espermatozoides que caben en una gota de semen, las teorías sobre el punto g, las diferencias entre los orgasmos masculinos y femeninos, a los que, por cierto, llamaba «orgasnos», con ene, pues había ciertas lagunas en su cultura científica. Desde lo alto de la escalera informó a Floro con precisión:

–Hay mujeres «monorgásnicas», «multiorgásnicas» y «anorgásnicas».

En una de sus escasas aportaciones a la conversación, Floro la corrigió:

–Querrás decir orgásmicas, de orgasmo.

–Bueno, como se diga, son mujeres que sólo se corren una vez, muchas veces o ninguna. A las pobres que no se corren nunca también las llaman «fírgidas».

–Sí, ya comprendo –respondía Floro con resignación.

–Y hay dos clases de «orgasnos», los vaginales propiamente dichos y los «clitoridólicos» o algo parecido, no me acuerdo muy bien cómo se dice, pero son los del clítoris, usted ya me entiende.

En algunas ocasiones les llegaba la voz de Eloína desde el pasillo de la trastienda:

–¡Dorita, Dorita!, que dice doña Rosa que vengas a ayudar, que hay varios clientes en la tienda.

Dorita se abrochaba como es debido los botones de la bata y salía a despachar tan contenta. Floro agradecía aquellas breves pausas para darle un respiro a su tensión. A veces se escabullía por la puerta trasera y subía a su casa en busca de alivio, es decir, a hacerse una paja. Pero no le servía de mucho, unos minutos después, la conversación y los muslos redondos de Dorita hacían levitar de nuevo el libro de inventarios sobre sus piernas. Y así iban pasando aquellas jornadas de trabajo extenuador.

Por las noches Floro escribía largas cartas de amor a Adelina Valle. Eran cartas llenas de lirismo, de recuerdos adolescentes compartidos,

de lamentos por el tiempo perdido y de esperanza por el que aún había de llegar. Todas sus frases estaban penetradas por un hondo sentimiento de ternura y amistad, se mostraba comedido en las metáforas y muy respetuoso con una sensibilidad, la de Adelina, que aún no conocía lo suficiente y procuraba buscar palabras delicadas, afectuosas, sinceras. Sin embargo, a partir de cierto momento, el cuerpo redondo de Dorita comenzó a interferirse en su sintaxis, sus frases adoptaban insospechados giros y se perdían en figuras retóricas que, a poco que se releyeran con detenimiento, desprendían un inequívoco aroma sexual. Por supuesto, no había en ellas ni una sola mención explícita al sexo, al cuerpo o a cualquiera de sus partes, pero de forma indirecta y elusiva, mediante turbias sugerencias u oblicuas alusiones, sólo se trataban allí asuntos de la entrepierna. Cuando se dio cuenta, Floro se asustó de la perversión a que había llegado con aquel doble lenguaje, en la superficie del papel palabras líquidas y musicales, llenas de amor y aire, por debajo carne maciza, nalgas, muslos y pezones. Él, que siempre había sido tan escrupuloso con las palabras, con lo que le gustaba mimarlas, escucharlas, paladearlas, se sintió abochornado. ¿Cómo se había permitido escribir «las tersas colinas del pasado», «la blanca piel de la añoranza», «la cavidad suave y tierna de un recuerdo»?, ¿qué clase de obscenas cursilerías se le estaban filtrando en la cabeza? Dio gracias a su suerte por no saber la dirección de Adelina Valle en Denia, pues sólo esa circunstancia le había impedido hacerla partícipe de aquella impostura y, una vez detectado el culo de Dorita en su sintaxis, decidió afrontarlo sin ninguna clase de discreción ni subterfugio y, por supuesto, sin respeto alguno por las científicas lecciones de sexología que estaba recibiendo en el almacén. Simplemente, Dorita estaba buenísima y así lo consignó en su cuaderno. La describió como de estatura más bien baja, cabello rubio muy corto, facciones agradables, boca pequeña, labios carnosos, ojos oscuros y vivaces, piel blanca y sedosa, cuerpo bien proporcionado pese al embarazo, pechuga prominente y cálida, redondas nalgas, bragas inmaculadas. Por lo que había oído, tendría unos veintitrés años, veinticuatro a lo sumo y, en síntesis literaria, la definió como «vaso de ónice rebosante de lujuria». También: «Templo de lascivia», o bien: «Cáliz de redondeces». Sin embargo más tarde cambió de registro y escribió: «Hoguera cachonda», «quemadora de bragas» y otras metáforas menos sutiles. La resonancia bíblica de «vaso lujurioso, templo, cáliz» y palabras similares no le resultaban apropiadas para ella, Dorita le casaba mejor con el paganismo, era más fácil verla correteando en pelotas por un prado, o en medio de una orgía de faunos, que torturando a un judío de barbas bajo una

tienda en el desierto: «Te lo doy, no te lo doy, mira Aarón, no olvides que eres mi padre, pero si no me violas es que eres impotente». No, Floro la veía pagana, dotada con una lujuria despreocupada y alegre, de las que se ríen al mismo tiempo que follan, como se suponía de las ancestrales mujeres astures, siempre chapoteando desnudas en las cristalinas fuentes, capaces de hacer el amor, cantar y lavar la ropa al mismo tiempo, todo con sumo gozo. «Lago de semen musical», escribió, y también «fronda de espasmos», «inagotable arroyo de lujuria», «carcajada de orgasnos» (con ene).

Ya era jueves. A las diez en punto de la mañana Floro ya estaba en el almacén, recién duchado, exhalando un intenso aroma a loción de afeitar, doña Rosa y la tía Margarita se hacían cruces de pura admiración. Sin embargo Dorita no parecía estar de tan buen humor y avanzaba por las estanterías recitando referencias a velocidad de competición profesional: «ss 4324, sandalias de piel blanca, señora, con hebilla, número 36, dos pares; bh 5240, botas de loneta, el Dromedario, números 39, 41 y 43, tres pares». Floro no sabía cómo pararla y hacerla hablar de cualquier cosa. Por supuesto, del tema ya se encargaría ella, pero Dorita no entraba al trapo, hoy llevaba bragas negras y sostén a juego, sin embargo faltaba el jugo de la conversación, sin aquellos asuntos tan científicamente escabrosos la mera carne no bastaba para subir la temperatura, el almacén parecía un lugar inhóspito. A la hora de comer ya sólo les quedaban las estanterías del fondo para terminar el inventario.

Por la tarde trabajaron más despacio. Entre caja y caja de zapatos, Dorita se apoyaba indolente contra la estantería y contaba cosas de su familia, la comida parecía haberle devuelto el buen humor. Sus padres tenían un puesto de pescado en Gijón y trabajaban como mulas, desde el amanecer que iban a las subastas de la Rula para aprovechar las mejores partidas hasta que cerraba el Mercado del Sur ya sobre las ocho de la tarde, eso sí, los sábados y los domingos se desquitaban, en su casa era ya una tradición, después de comer se metían los dos en el dormitorio y no salían de allí hasta la hora del fútbol.

–Cuando mis hermanos y yo éramos pequeños y escuchábamos los alaridos que pegaba mi madre en la habitación, nos echábamos a llorar, pensábamos que mi padre la estaba matando. Pero luego ella salía y decía: «Qué va, nenos, sólo son cosquillas, pero es que a mí danme mucha risa porque soy muy exagerada y muy gritona». Después ya nos enteramos de lo que hacían y cuando yo volví de la luna de miel mi madre me preguntó: «Oye, ¿el tu hombre hazte bien las cosquillas?», y yo le contesté: «Mira, mamá, yo en eso salí a ti». Pero sólo en lo de exagerada, no en lo de gritona, debe de ser por el

miedo que me daban aquellos alaridos cuando era pequeña, un trauma de ésos.

–No, no creo que se le pueda llamar trauma, lo importante es lo otro, lo de exagerada, los gritos son lo de menos.

–Bueno, en eso no tengo queja, porque cosquillas tengo muchas. Y usted, qué, ¿es muy gritón o es de los silenciosos?

–¿Yo? ¿Yo? Pues, no sé, creo que gritón no soy, ahora que lo pienso nunca reparé en ello, como máximo algún suspiro.

–No, si los hombres siempre son más reservados para estas cosas, primero parece que se van a comer el mundo y luego resulta que son todos muy vergonzosos.

Dorita no se fijaba hoy en los aspectos científicos del tema, lo abordaba desde un lado más personal y le contó a Floro una vez más las circunstancias de su embarazo:

–Llegó, estuvo aquí una noche, me echó un par de kikis y se volvió para el barco. Casi pareció que me dejó preñada por correo, y de eso hace ya cinco meses. ¡Cinco meses sin probarlo!, y sabe Dios lo que él hará por esos puertos, ¿hay derecho a eso? Todos los especialistas dicen que con el embarazo no hay ningún problema, por lo menos hasta después de los siete meses, y ni siquiera entonces si todo va normal, que incluso es conveniente porque estimula la sangre, pero ya ve, yo aquí, como una monja de clausura.

Estaba en lo alto de la escalera, con un pie en cada uno de los dos últimos tramos, y Floro tenía los ojos prisioneros de su entrepierna.

–Eso es porque tú quieres, Dorita. Eres demasiado severa contigo misma.

Floro se dio cuenta de inmediato de que la segunda parte de su frase era un puro disparate, pero se sentía tan envarado y rígido que apenas controlaba lo que decía, aquello se le había escapado o, peor aún, no se había atrevido a hacer una insinuación más directa, el libro de inventarios comenzaba a convertirse en una tortura para él.

–¿Yo?, ¿porque quiero yo? Pero quién se va a fijar en mí con esta barriga, si parezco un balón con patas.

No era cierto, Floro quería decirle que no era cierto, que su embarazo no era tan exagerado como decía, con un vestido holgado podría incluso pasar desapercibido, pero se le secó la boca antes de hablar, sentía de pronto una gran sed, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para pronunciar unas pocas palabras en voz baja:

–¿Quién se va a fijar?, pues cualquiera con ojos en la cara, yo mismo. Pero si estás guapísima, el embarazo te da un aura especial, nadie puede dejar de verlo.

–¿Aura?

Dorita lo miraba desde el pico de la escalera con una expresión no exenta de sorna, quizás no sabía lo que significaba la palabra aura, pero parecía gustarle.

–Sí –repitió Floro–, aura.

Tenía la boca tan seca que apenas podía articular las palabras, la lengua se le quedaba pegada al paladar y no alcanzaba más que a susurrarlas.

–Quiere decir resplandor, un halo irresistible, yo lo noto todo el tiempo, me dan muchísimas ganas de tocarte y…, bueno, supongo que ya te habrás dado cuenta.

Dorita se quedó mirándolo durante unos instantes con expresión seria y concentrada. Luego, sin pronunciar una sola palabra, se bajó de la escalera y salió hacia la trastienda caminando a grandes pasos.

Floro se sintió paralizado en la silla contemplando cómo el mundo caía sobre él. «Ya está, ya ha ocurrido, me va a denunciar por acoso sexual. Una subordinada y, ¡además embarazada!, voy a salir en los periódicos.» Le invadió una sensación de catástrofe que estuvo a punto de dar con su cuerpo en el suelo. Casi cada día se publicaban historias de miserables empresarios que sometían a abusos sexuales a sus empleadas, por la mente de Floro pasaban vertiginosamente las imágenes de grandes colectivos de feministas emitiendo severas condenas, hombres vergonzantes cubriéndose el rostro con la chaqueta en las puertas de los juzgados, líderes sindicales pidiendo el endurecimiento de los reglamentos laborales, miríadas de dedos que apuntaban acusadores contra él. Había leído que en algunas universidades americanas los profesores tenían prohibido mirar a sus alumnas a la cara durante más de trece segundos, a partir de los cuales se les consideraba reos de acoso sexual, ¡y él había estado mirándole las bragas a Dorita durante cuatro días seguidos! Veía su rostro en los periódicos, ojeroso, despeinado, desesperado, culpable: «Pervertido sexual acosa a su dependienta embarazada», o aún peor: «Intenta violar a una embarazada durante el inventario», sería víctima del más grosero sensacionalismo, le reclamarían una fortuna como indemnización, arruinaría a su madre. ¿A su madre?, muchísimo peor, a su madre le volvería a dar la angina de pecho con el disgusto, quizás ya le estaba dando ahora mismo, en este mismo instante, mientras Dorita se lo contaba todo, su madre se estaba muriendo en la tienda de un ataque al corazón. Pero no podía moverse de la silla, carecía de fuerzas, las piernas se le habían dormido bajo aquel mamotreto con tapas de latón.

De pronto Dorita reapareció entre las estanterías, aún no habían transcurrido ni quince segundos desde que salió. Avanzaba por el

estrecho pasillo desabrochándose la bata. Se detuvo a unos cuatro metros de donde estaba él y susurró:

–Están muy ocupadas recogiendo los expositores.

Se bajó las bragas con un movimiento rápido y preciso y las guardó en un bolsillo de la bata, luego avanzó hacia él sin titubeos. Floro contemplaba fascinado cómo se aproximaba hacia él la densa mata del pubis.

–El chochín, el chochín –musitó. Dorita tenía el vello negro–. Eres rubia de frasco.

–Pues claro, ¿todavía no se había dado cuenta?, ¿no ve que tengo las cejas negras como Madonna?

Dorita se echó a reír.

–¡Claro! –comentó–, como estaba tan ocupado mirándome donde no debía, no tuvo tiempo de verme la cara.

Floro tiró al suelo el libro de inventarios y, sin levantarse de la silla, la tomó por las nalgas. Ella lo detuvo.

–Venga, primero el cinturón.

Floro se bajó los pantalones:

–Mira, mira, lo que había aquí guardado.

Se subió a horcajadas sobre él y como si hubieran estado entrenándose juntos durante meses para afrontar ese preciso instante, se acoplaron al primer intento, con maestría y precisión. La barriga de Dorita quedó ajustada sobre el regazo de Floro como si fuese su acomodo natural. Ella ya había advertido en una de sus clases teóricas que los especialistas en estas cosas recomendaban la posición de la silla a las embarazadas, al igual que la posición «supina», cuya descripción había quedado un poco confusa.

Dorita ronroneaba como un gato, mientras Floro, con las manos ocupadas bajo sus nalgas, hozaba sin éxito sobre el sujetador. Ella se detuvo de repente y echó hacia atrás la cabeza.

–Preñada ya sé que no me va a dejar –dijo–, pero no tendrá usted por casualidad ninguna infección o cosa parecida, ¿eh?, lo digo por el neno.

–No, no, yo nada de nada. Soy sano como un túnel.

Repasaba los bordes del sujetador buscando un lugar de acceso que no encontraba.

–La teta –dijo–, la teta.

Ella se bajó el tirante con movimiento experto y depositó en su boca un pezón de miel. De inmediato volvió a ronronear.

Floro recordaría más tarde esos momentos con cierta confusión, no lograba situarlos en un orden cronológico fiable, la intensidad carnal de Dorita creaba lagunas de voluptuosidad en su memoria y tendía a

embarullarse. Sin embargo había unas palabras que permanecían incólumes en el recuerdo, una frase obtusa y estrambótica que no dejaba de darle vueltas en la cabeza: «Soy sano como un túnel». ¿Qué había querido decir con aquella pedante estupidez? Floro estaba acostumbrado a oírse decir a sí mismo cosas desconcertantes, sabía que su mente funcionaba pescando palabras aquí y allá, y le parecía bien que así fuera, no de otra forma debía funcionar la mente de un poeta, sorprendiéndose a sí misma, hollando los espacios libérrimos de la espontaneidad, ése era su riesgo y ésa su virtud, pero había una condición indispensable que de ninguna manera se podía saltar: averiguar después el sentido de lo que había dicho, tratar de conocer sus raíces, pulir su hojarasca, pues la mayor parte de los pensamientos espontáneos y las palabras dichas a bote pronto solían ser simples lugares comunes, cuando no necias tonterías. Floro especuló si esa frase no habría surgido como resultado de un mero trabalenguas: «Túnel» por «tonel», pero ¿qué tenían de sano los toneles? Además, él no estaba tan gordo. Escribió la frase sobre un papel y, una vez ante sus ojos, comprendió: había encontrado entre los pechos de Dorita medio verso de Pablo Neruda: *Fui solo como un túnel. De mí huían los pájaros.* Quizás en otros pliegues de su cuerpo se hallaban completos los *Veinte poemas de amor,* quizás su memoria los había extraviado allí, así era de caprichosa y poco dependiente de la voluntad, hacía muchísimos años que no leía a Neruda, el poeta marxista, comprometido y millonario, y aparecía ahora donde menos lo esperaba, en medio de un par de tetas. «Al final, eso es lo que queda», se decía Floro con escepticismo. Sin embargo, de forma paradójica, Floro tenía dificultades para reproducir en su mente otros aspectos de Dorita, su rostro pequeño y agraciado, su peculiar forma de tratarle de usted en pleno polvo, los cambios de intensidad del ronroneo; por cierto, había notado que Dorita era «multiorgásnica».

Al día siguiente, viernes, Floro se presentó en la tienda a las nueve y media de la mañana. Su madre y su tía rebosaban orgullo ante semejante madrugón. La tienda estaba cerrada y las cuatro mujeres se afanaban con las últimas tareas pendientes: retirar el calzado de los escaparates y de los expositores de la puerta, tapar las lunas con papel, repasar los anaqueles y los mostradores, dejarlo todo limpio como una patena. Dorita ni le miró cuando pasó a su lado. Ya habían terminado el día anterior con el inventario del almacén y Floro no tenía ninguna tarea de que ocuparse, más bien estorbaba el ir y venir de las mujeres, pero su madre y su tía cuchicheaban mirándole con arrobo.

–Yo, la verdad –decía doña Rosa–, lo veo muy cambiado, como más

centrado, no sé cómo decirte, más formal.

–Sí, con lo que a él le gusta la cama y míralo ahora, no ha fallado ni un solo día, y en el almacén, ¡se ha dado un buen tute!, es que se ha vuelto más responsable.

–Para mí, que todo comenzó con mi enfermedad, ¡el pobre se llevó un susto!, porque hay que reconocer que sufrió mucho, incluso quedó desmejorado por la preocupación. Pero desde entonces parece otro, ya lo ves. No sé si al final la angina de pecho va a resultar una bendición de Dios.

–Y además fíjate cómo viene de arreglado y limpio, si hasta se ha echado colonia. Dios nos mandó una prueba y éste es el resultado.

Floro merodeaba en torno a Dorita mirándola con disimulo, esperaba una señal de inteligencia, una sonrisa, un gesto, pero ella no le hacía el menor caso, como si fuera transparente. Llevaba abrochados todos los botones de la bata. Eloína, por su parte, había introducido ciertas variaciones en su tema y centraba la atención de las demás. Robertín había encontrado un empleo temporal en un hotel de la costa, cerca de Llanes, y llevaba ya casi una semana fuera de casa: «Todo un ingeniero de minas haciendo camas y limpiando mesas –se quejaba Eloína–, ¡que venga Dios y lo vea!». Dorita la consolaba a su manera: «Bueno, no se le caerán los anillos por ganar unas pesetas, y a lo mejor liga con una clienta que tenga una mina, ¡a ver si se te casa con una ricachona!». Pero Eloína no escuchaba más que su propia voz: «Pero, mujer, si en casa nunca fregó un plato, si no sabe ni hacerse la maleta». Sobre las diez y media Floro decidió salir a darse un garbeo. Había muy poca gente en la calle, caminó hacia el centro hasta la calle Milicias, donde compró el periódico, y volvió por Uría paseando lentamente junto a los pequeños magnolios, la ciudad olía muy bien, el aire estaba fresco e inmóvil, había poco tráfico, en el cielo se disipaban pequeñas guedejas blancas sobre un fondo azul, el día iba a ser espléndido, ¡lástima que hubiera que madrugar para disfrutar de todo aquello! Se sentó en la barra del Cabo Peñas a tomar un café y leer el periódico, pero enseguida comprobó que necesitaba por lo menos tres lecturas de cada titular para enterarse de algo, todo el espacio de su mente estaba ocupado por la posibilidad de volver a encontrarse a solas con Dorita antes de que cerrasen la tienda. Regresó. La actitud de Dorita no había cambiado, tampoco el tema de conversación, se metió en el pequeño despacho de la trastienda, dejó la puerta abierta y desplegó el periódico sobre la mesa. Más que leer, se dispuso a esperar. No sabía qué, no habían quedado en nada la tarde anterior, no tenía ningún plan, pero ya no podía hacer otra cosa excepto estar al acecho, mantenerse expectante, bufar de deseo. Sobre

las once y media oyó unos pasos y vio a Dorita pasar entre los estantes de la trastienda, en dirección al almacén. Inició el movimiento de correr tras ella pero, antes de llegar a ponerse en pie, oyó la puerta metálica del vestuario de las dependientas: se abrió y se cerró. Floro volvió a sentarse. A mitad del estrecho pasillo que unía la trastienda con el almacén había un pequeño cuarto con un par de armarios metálicos, un banco de listones de madera, un lavabo, un espejo y poco más. En un cubículo aparte había un retrete y un bidé. Aquel cuarto era donde se cambiaban de ropa las dependientas, hasta cuatro en los buenos tiempos, un lugar que su madre le había vedado con severas admoniciones desde tiempo inmemorial. No obstante, a Floro se le aceleró el pulso, dudaba, buscaba arrestos en su interior para atreverse a llamar a aquella puerta. Antes de que hubieran pasado tres minutos, volvió a oír su peculiar sonido de metal: se abrió y no se cerró. Dorita volvió a aparecer en la trastienda, pero esta vez se dirigió directamente hacia él y se quedó apoyada de forma indolente sobre el marco de la puerta. En su mano derecha sostenía un pañuelo blanco.

–He sentido un mareo propio de mi estado –dijo indicándose el vientre–, y doña Rosa me ha pedido que vaya a reposar un rato al vestuario.

–¿Has tenido mareos?, ¿quieres que llame a un médico?

Dorita sonrió con picardía.

–No, no hace falta. Voy a descansar en el vestuario por lo menos un cuarto de hora, se lo digo por si le interesa.

–¿Pero de verdad no necesitas un médico?, yo mismo te puedo acompañar.

–¡Madre, pero qué lerdo es usted! Si es que no se entera. ¡Un cuarto de hora! ¡Sola! ¡En el vestuario!

Dorita agitó el pañuelo blanco que llevaba en la mano y sólo entonces Floro cayó en la cuenta de que no se trataba de un pañuelo, sino de unas braguitas acanaladas. Se levantó de un salto. ¿Cómo no se había fijado antes? Dorita llevaba desabrochados los tres primeros botones de la bata haciendo muy visible todo lo que había sobre la línea del sujetador, y había mucho. Realmente Floro era una persona incapaz de ver nada con los ojos mientras hubiera palabras en medio. Ya en el vestuario, aprendería de una vez por todas en qué consistía la posición «supina».

La tienda quedó cerrada para todo el mes de agosto a partir de las dos de la tarde. Floro durmió una larga siesta después de comer y se levantó contento y despejado, tanto que decidió limpiar y engrasar la moto para llevarla en condiciones a Salinas, su madre alquilaba allí un

apartamento todos los veranos y pensaban partir al día siguiente. Ya en el patio, sentado en el suelo al lado de la moto, comenzó a canturrear. Mientras pasaba una y otra vez el trapo sobre la cadena de transmisión, las canciones iban subiendo de tono y, sin darse cuenta, se encontró cantando coplas con el alma puesta en la voz: «Rocío, ay mi Rocío, manojito de claveles, capullito florecío, por culpa de tus quereres voy a perder el sentío…». Su voz tremolaba con dulzura, traspasada por el sentimiento. La tía Margarita se asomó a la ventana de la cocina, justo encima de él.

–Muy bien, Florín, muy bien, la cantas casi mejor que Imperio Argentina, yo siempre dije que te equivocaste de profesión.

La tía Margarita suponía piadosamente que Floro tenía alguna profesión, pero lo cierto era que ella se conmovía siempre que oía cantar a su sobrino. Y aquel hombre grandón, que ni siquiera había tenido la precaución de cambiarse de ropa para limpiar la moto, levantó sus dos manazas llenas de grasa hacia la ventana y entonó:

–«Porque te quiero, mi vida, como nadie te ha querío, Rocío, ay mi Rocío…»

La tía Margarita hacía expresivos gestos con las manos:

–Calla, calla, zalamero, que se me van a subir los colores.

Pero Floro seguía cantando.

La verdad es que da gusto contar estas cosas de un amigo.

Otoño
El cuarto jugador

Diecinueve

Cuando llegué, ellos ya estaban allí. Quizás sea el signo de mi vida. Me presenté a la hora exacta en que me habían citado, pero de nuevo otros habían llegado antes. No puedo evitar el sentimiento de que ya todos los lugares están ocupados. Y aún más que eso: me resulta imposible llegar a ningún sitio por primera vez, como si toda llegada hubiera ocurrido ya con anterioridad, o alguien me hubiera contado todo lo que debería saber acerca del lugar, lo cual es casi lo mismo. Así me ocurrió esa tarde cuando llegué a la última planta de la quinta de los Almar. Ignoraba que Rodrigo había transformado el ático en una mansarda diáfana, un enorme espacio flanqueado por ventanales que nacían en el piso y se abrían hacia la luz sobre el tejado de pizarra del edificio. Yo lo recordaba como una sucesión de puertas y desvanes abuhardillados, repletos de baúles y trastos viejos, donde Rodrigo tenía su estudio de pintor, no más grande que un cuarto de estudiante o una buhardilla de poeta hambriento y parisino, como entonces nos gustaba imaginar, y me encontraba ahora en una pequeña catedral decorada con muebles de diseño. Pero no fui capaz de sentir sorpresa. Tampoco logré experimentar ningún tipo de gozo ante la nueva y maravillosa mesa de billar que motivaba nuestra cita. La presencia de Álvaro y Floro contaminaba mis ojos con costumbre y hábito, y no pude articular ningún elogio ni evitar el sentimiento de decepción. Pero no sería la decepción el más dañino de los sentimientos que habría de experimentar ese larguísimo viernes 5 de noviembre, a cuyo término, ya en la mañana del sábado, sería hallado el cadáver de Manolo Arbeyo sobre el volante de su coche, en la espesura de un bosque oscuro e inverosímil.

Rodrigo me había llamado sobre la una de la tarde. Parecía exultante.

–Acaban de instalarme la nueva mesa de billar y no puedo resistir más, tenemos que estrenarla esta misma tarde. Los cuatro.

No dije que no en ningún momento, pero insistía como si me estuviera negando.

–Venga, hombre, anímate. Después de la partida cenaremos aquí, en el ático, sólo entre amigos. Luego, si quieres irte antes de la fiesta no hay problema.

Unos días antes me había llegado por correo el tarjetón en el que «Don Ignacio de Almar y familia» tenían el placer de invitarme al

tradicional refrigerio que ofrecían en su casa, tras la sesión de ópera en el teatro Campoamor. Recibí esa misma tarjeta los últimos tres años, justo desde que Rodrigo regresó a la ciudad, pero no asistí. Es una de esas fiestas de las que se ocupan profusamente las revistas ilustradas con fotografías de caballeros en smoking y damas con trajes de lamé. Es fama (y honor de los Almar) que al refrigerio nunca asisten menos de dos ministros, varios banqueros, generales de división, grandes de España, amén de algunas figuras de la música y dos centenares largos de invitados vestidos con extrema corrección. He de reconocer, por tanto, que no era mi ambiente.

En la invitación de este año Rodrigo había escrito de su puño y letra: «Te espero, un fuerte abrazo». Y ahora me invitaba a jugar al billar esa misma tarde. Yo no tenía ninguna intención de rehusar, sin embargo él trataba de convencerme por anticipado, como si adivinase o sospechase cierta reticencia. «Como en los viejos tiempos», llegó a decir. La conversación me resultó desconcertante. Rodrigo estaba desusadamente amable y animoso conmigo, demasiado exultante. Sí, había cierta violencia oscura y soterrada bajo aquella alegría. «Los viejos tiempos.» Mientras caminaba hacia su casa me di cuenta de que ninguno de nosotros había usado jamás esa expresión. Tampoco él. ¿A quién le importaban?, ¿quién de nosotros deseaba recuperar los «viejos tiempos», incluido el propio Rodrigo? Era una expresión falsa, incluso ridícula fuera de las novelas americanas: «The good old times». Remitía a hombres que usan pantalones con tirantes y pierden el tiempo sobre una mecedora en el porche, hombres que son silenciosos porque ya no queda nada por decir, individuos que sólo son visibles a la luz de un interminable atardecer, en medio de un paisaje tan sórdido, polvoriento y desesperanzado como ellos mismos, sujetos inventados por Faulkner. De pronto, en medio de la calle, me sobresaltó un presentimiento: mis amigos iban a revelarme esa tarde algo que yo no quería saber. No se trataba de jugar al billar, sino de esto otro: revelarme un secreto. Me revelarían algo cuyo conocimiento me dejaría atrapado sin remedio. No podía imaginar qué, pero sí sus consecuencias. No sería necesario que me pidiesen nada, pero bastarían unas cuantas palabras para apresarme en su complicidad y para comprometerme en un conocimiento que lo cambiaría todo en adelante. Y yo no quería escuchar esas palabras, sabía que no debía hacerlo, que me resultarían odiosas. Pero también sabía que no podría evitarlas.

La puerta del jardín estaba abierta y se veía un número considerable de personas trajinando en los preparativos de la fiesta. Había una gran carpa rectangular en la parte posterior de la casa y

varios hombres tendían un techo flexible sobre la escalinata de la terraza, situada a la altura de la primera planta, con el fin de que se pudiera transitar a cubierto en caso de lluvia. Dos operarios descargaban de un furgón grandes rollos de moqueta y los introducían en la carpa bajo la atenta supervisión de una mujer vestida de negro. En cada viaje del furgón a la carpa y de la carpa al furgón se veían obligados a sortear varios inestables pilares de sillas de jardín, que parecían haber sido colocadas en aquel lugar sólo para molestarlos, y en cada ocasión la mujer decía: «Cuidado con las sillas», sin omitir la advertencia ni una sola vez. Al lado de la mujer había un velador de madera oscura y sobre el velador un enorme candelabro de porcelana que resultaba incongruente. Los tipos que trabajaban en la escalera de la terraza parecían tener dificultades. Por algún motivo no deseaban sujetar la lona a la balaustrada de mármol de la terraza y un guardia de seguridad uniformado les daba consejos que ellos no atendían. En cierto momento el guardia se volvió y vino de inmediato hacia donde yo estaba, a no más de dos o tres pasos de la puerta del jardín. Se detuvo frente a mí y me interrogó con la mirada, sin decir una palabra.

–Voy a la casa –dije–, me esperan.

Dudó unos instantes, sin dejar de mirarme a los ojos ni un momento, y luego salió hasta la acera.

–La puerta principal está más arriba. Ahí mismo. Llame al timbre y le atenderán.

–Sí, ya la conozco. Sólo miraba por curiosidad.

No me respondió.

Caminé junto al muro de piedra los quince o veinte metros que aún me separaban de la casa, sabiendo que la mirada del guardia no se separaría de mi espalda hasta verme entrar. Si pasaba de largo sin llamar a la puerta, o si por cualquier circunstancia no me abrían, estaba seguro de que el guardia me perseguiría. Encontré abierto el portón principal, pero a tres o cuatro metros de esa entrada había otra puerta de menor tamaño, que yo no recordaba haber visto nunca. Claro que hacía muchos años que no visitaba la quinta de los Almar. No sé por qué se la conoce como «quinta», pues ninguno de los Almar fue indiano. Se trata más bien de una casa burguesa de estilo parisino, que sigue el alineamiento de la calle, sin demasiados alardes en la fachada. Quizás por el frondoso jardín posterior, o porque sólo la habitaban los miembros de una misma familia. O porque fue construida cuando una casa de su porte sólo se concebía con dinero americano, el misterioso y ubérrimo dinero que construyó en Asturias tantas «quintas».

El pequeño zaguán estaba iluminado por un potente foco de luz blanca; una lucecita roja parpadeaba bajo la cámara de vídeo. A la derecha de la puerta, sostenida como un atril sobre una fina columna de bronce, había una consola con varios botones: «Portero, servicio, principal, primero, segundo, tercero, ático». Llamé al ático. Escuché la voz de Rodrigo:

–Hola, bienvenido, enseguida te abren.

No me dio tiempo a responder. Unos segundos después se abrió la puerta y me recibió otro guardia de seguridad con el mismo uniforme que el anterior.

–¿Su nombre, por favor?

Se lo dije. Consultó una lista.

–Sígame, es por aquí.

Estábamos en el portal que yo recordaba. A derecha e izquierda, las dos amplias escaleras de roble describían un arco hasta el corredor del piso principal, los pasadores de bronce que sujetaban la alfombra y las bolas que remataban la baranda brillaban en la penumbra. A través del ancho pasillo que discurría bajo la casa y la terraza, se podían ver las lonas blancas de la carpa instalada en el jardín. El guardia entró conmigo en el ascensor y pulsó el último botón.

El ático ya no se llamaba ático, sino mansarda. Rodrigo decía mansarda, Álvaro decía mansarda, Floro también. Les gustaba la palabra. La tarde estaba gris, ya se sabe cómo es noviembre. Al fondo, los focos que pendían sobre la mesa de billar emitían un resplandor verdoso, como en las películas de psicópatas, seguramente los habían encendido para admirar la mesa y luego se habían olvidado de apagarlos. Rodrigo llevaba puestas unas gafas de sol, hablaba mucho y se reía por cualquier cosa. Me dio un abrazo, pese a que no habrían pasado ni quince días desde que nos habíamos visto en el Mercurio y quizás quince años desde que nos habíamos abrazado para despedirnos o para decirnos hola, si es que ocurrió alguna vez. Sin embargo ahora, el hombre circunspecto, contenido y lacónico de los últimos años era quien cargaba con todo el peso de la conversación. Estábamos sentados en torno a una mesa baja como los cuatro puntos cardinales: Álvaro en un rincón del sofá, de espaldas al ventanal, Rodrigo, frente a él, en una pequeña butaca de orejeras, Floro y yo sobre los dos mullidos sillones a los costados. El café aún estaba caliente. También me serví un whisky, como Álvaro; Floro bebía coñac, Rodrigo naranjada. Junto a la bandeja del café había un ejemplar del *I Ching,* la versión de Wilhelm. Se veía muy deteriorado por el uso. Floro comentó que esa noche estrenaría un smoking para llevar a Adelina a la ópera, que su madre no había consentido en otra

cosa pese a su resistencia y que, una vez probado, le parecía que le sentaba bien, que incluso le hacía más delgado. Se había cortado el pelo a navaja.

Desde mi sillón, apenas con volver un poco la cabeza hacia la derecha, veía gran parte de la ciudad. El cielo estaba encapotado, opresivo. En realidad no había cielo ni ciudad, sino una grisura sin perfiles, un único volumen de algodón del que emergían pequeños rascacielos, grises también. La ciudad, oculta bajo la humedad, parecía tener sólo una dimensión vertical: era una ciudad enteramente formada por rascacielos enanos, edificios de no más de diez plantas que, sin embargo, poseían el tamaño moral de los grandes rascacielos y su misma condición solemne, autoritaria y opresiva. Así la vi desde la mansarda de los Almar. Rodrigo me preguntó si deseaba consultar el *I Ching*. Más tarde comenzamos la partida de billar.

No quiero hablar de mí mismo y no lo haré. Pero ya no puedo omitir que yo era el cuarto jugador, que siempre lo fui. Desde la infancia, a lo largo de toda mi vida, he jugado centenares de partidas de billar con Floro, con Rodrigo y con Álvaro, miles quizás. Siempre tuvimos un nivel de juego similar y solíamos formar las parejas al azar, tirando una moneda sobre el tapete antes de comenzar cada partida. Sin embargo, por alguna razón, Álvaro y Floro parecían formar una pareja más natural, si es que eso posee algún sentido. Luego, cuando Rodrigo regresó a la ciudad, continuamos jugando juntos en el Mercurio, como si no hubiera pasado el tiempo, un tiempo que se presentaba ahora de golpe sobre la nueva mesa de billar vestido de sospechas. Todas las carambolas se repiten en alguna ocasión. Cuando se ha jugado mucho, uno ve las bolas y piensa: «Yo ya estuve aquí, ya pasé por esto». No sólo por la disposición de las bolas, sino por la situación entera: las posturas de los contrincantes en torno a la mesa, el humo de los cigarrillos bajo el foco de luz, el gesto de darle tiza al taco, el instante preciso en el que Floro dice: «De lujo y flor». Es una sensación que puede producir pánico, pero también melancolía; no es fácil saber hasta qué punto uno desea seguir siendo un prisionero de sí mismo, hasta qué punto prefiere ignorar dónde está la llave de la celda.

Floro me tocó de compañero en la primera partida. La ganamos con facilidad. En la segunda comencé a percibir los espacios intermedios de la repetición, los desolados lugares donde se generan las distancias. Hacíamos lo mismo que otras tantas veces, pero me parecía diferente y no lograba captar en qué consistía aquella diferencia. Era pura distancia, un paraje de sobreentendidos y presuposiciones que no lograba penetrar. Había omisiones. La conversación cambiaba de lugar

con saltos de espadachín y esquivaba ciertas palabras, nombres, sucesos recientes, como si fueran la punta envenenada de un florete. Los silencios no llegaban por sí solos, más bien éramos nosotros quienes los producíamos, pero con impericia y violencia, mediante un gran esfuerzo corporal, como si los estuviéramos cavando en una densa y vieja cantera de secretos. No hablábamos de Manolo Arbeyo y su campaña de prensa sobre la finca del hayedo. Ni tampoco de Verónica Galindo.

Ella me diría: «Estaba al otro lado de la puerta, me vigilaba a través de los visillos, todos los días». «¿Le viste?» «No, ni siquiera volví la cabeza, pero estoy segura. Estaba allí, detrás de aquella puerta de cristales, escondido entre las sombras del gabinete. Lo supe casi desde el principio, sin haber visto u oído nada, al segundo o tercer día de comenzar a trabajar en su casa, no puedo decir cómo, pero no era una simple sospecha, ni miedo, ni por ningún detalle en particular, fue algo diferente, una sensación que no puedo explicar, pero supe que él me observaba desde detrás de los visillos, a menos de dos metros de distancia.» «¿Pero le viste?» «No. No quise volver la cabeza. No me importaba, enseguida me olvidaba de él, me gustaba mucho lo que estaba haciendo, esa casa es maravillosa, tan vieja y tan robusta, parece tallada en una roca. En el jardín, justo frente a la galería donde tenía instalado el caballete de dibujo, hay un magnolio tan grande y tan frondoso que yo nunca vi un árbol igual, casi se puede sentir cómo se enreda el aire en la espesura de las hojas, debe de ser viejísimo y está cuajado de flores blancas, como de porcelana, son tan carnosas y tan firmes que podrías beber agua en uno de los pétalos, no pude evitar dibujarlo, pese a que me hacía perder muchísimo tiempo y mi trabajo consistía en levantar alzados del conjunto sin detenerme en los detalles, pero no pude resistir la tentación. Luego estaba la vieja fábrica, con sus portalones rematados con arcos de medio punto y su gran chimenea de ladrillo rojo, parece el dibujo de un niño de primaria, como la casita del leñador, sobre todo al final de la tarde, me gustaba muchísimo su silueta y quería captarla bien, comprender de dónde procedía aquella forma tan pacífica de estar en el paisaje, por qué parecía más una iglesia que una fábrica. Desde el extremo de la galería lo veía todo y no moví de allí el caballete, ni siquiera después de saber que él me observaba sin descanso. Fue él quien me sugirió instalarme allí, porque era el mejor lugar y todo lo que se contemplaba desde allí era bellísimo: a la derecha la fábrica, al frente el magnolio, más a la izquierda los prados y el hayedo ascendiendo por la falda del monte. Al mediodía, el sol se filtraba a través de los

cristales de colores y el suelo de la galería se convertía en un tablero de parchís; era igual que caminar por el mundo de Oz, como si los colores fueran las teclas de un piano, daba la sensación de que pisabas música. Era su casa y él me permitía trabajar allí, no me importaba que me espiara, hasta cierto punto quizás tenía derecho a hacerlo. Pero me prohibió entrar en su habitación para tomar las medidas del plano de la casa. Estuvo tajante, incluso grosero: "Ahí no entrarás nunca. Y no lo diré dos veces". Era el cuarto de Barba Azul.»

No hay nada más devastador que la desconfianza, pero estaba ocurriendo. A cierta edad puedes soportar que no te amen, que te traten con injusticia cínica, que te perjudiquen por pura arbitrariedad o prepotencia, incluso que te ignoren por completo, uno ha aprendido a asumir la existencia de la maldad como se asume la existencia de la botánica, y si los actos humanos están sometidos a un orden vegetal, como el trigo, el baobab y las amanitas venenosas, uno siente cierto consuelo inexplicable. Pero no sucede así con la desconfianza. No puedes oponerle resistencia; sin darte cuenta, te convierte en otro; no ataca desde afuera sino desde lo más profundo de ti mismo y poco a poco se expande por la atmósfera como un gas devastador que anula y modifica todo lo que uno creía saber sobre el mundo, sobre sus amigos e incluso sobre sí mismo. Mientras jugábamos, el miasma se expandía entre las palabras y los gestos y cubría los silencios con un sucio manto de peligro, pero el proceso ya había comenzado antes. Ya polucionaba el aire del café Mercurio cuando recuperamos las partidas de billar al comienzo del otoño. Costaba trabajo respirar aquel aire enrarecido por el sarcasmo, pero regresábamos todas las tardes al café con enfermiza contumacia, para volver a vernos igual de repetidos, redundantes, prescindibles. Allí estábamos de nuevo, otra vez, Floro, Rodrigo, Arbeyo, Mari la Gorda, a veces Álvaro, Prieto y su mujer, Aníbal Rico con su moto, Carmina, Verónica Galindo, y otros más que, como nosotros, también podían justificar el ambiente de derrota desde su propia culpabilidad. Luego, ya metidos de lleno en octubre, el malhumor, las pullas, los sarcasmos, dieron paso a silencios más espesos y los secretos adquirieron tal volumen que no podíamos hablarnos ni caminar sin tropezar con ellos. Se interferían entre las bolas del billar, rodaban sobre la mesa e impedían todo género de espontaneidad, pero nadie se atrevía a mencionar sus contenidos. Sospechábamos que estaban ocurriendo cosas infames, pero apenas nos acercábamos a su insinuación.

A finales de septiembre, poco después de las fiestas de San Mateo, el periódico de Manolo Arbeyo publicó una breve nota donde se

alertaba a la población acerca de un atentado ecológico próximo a cometerse en la ciudad. Según cierta información confidencial, llegada a la redacción de fuentes absolutamente fidedignas, una multinacional europea, asesorada por una conocida ingeniería local, proyectaba construir una fábrica sobre el último bosque de hayas centenarias de nuestro entorno urbano. No se indicaba la exacta ubicación del bosque ni se mencionaba nombre alguno, pero el redactor, que firmaba con las siglas M. C., terminaba expresando su confianza absoluta en las autoridades locales, de las cuales no dudaba que sabrían asumir sus responsabilidades, y las exhortaba a desviar el proyecto fabril hacia otras zonas de la región. La noticia era tan ambigua y enigmática que ningún otro medio se hizo eco de ella ni nadie se ocupó de desmentirla. Sin embargo, una semana después, ya en octubre, M. C. retomó la información con datos más precisos y en un espacio destacado: la multinacional que proyectaba cometer el atentado ecológico contra el vetusto hayedo, símbolo y memoria de los ancestrales bosques astures, era una sociedad italiana del ramo de «la producción químico-industrial de derivados minerales», frase que apenas quería decir nada, pero que le servía al articulista para sugerir un grave peligro de contaminación ambiental a no más de seis kilómetros del centro de la ciudad, amén de la destrucción del sagrado hayedo, ahora mencionado con letras mayúsculas y ascendido de centenario a milenario. El articulista reiteraba su melosa confianza en las autoridades, pero también advertía a los ciudadanos acerca de los oscuros y poderosos grupos que impulsaban el proyecto. Este segundo artículo tuvo alguna repercusión: otro periódico y algunas emisoras de radio recogieron las declaraciones de varios políticos del ayuntamiento y del Principado manifestando su absoluta ignorancia del asunto; destacados miembros de la oposición expresaron escandalizadas sospechas y amenazas. Pero la polémica estaba tan llena de ambigüedades, conjeturas y suposiciones que no llegó a cuajar. Ninguno de los hipotéticos protagonistas, italianos o españoles, hizo la menor declaración y así se quedaron las cosas durante varias semanas. Sin embargo, a finales de octubre, el periódico de Arbeyo volvió sobre el tema y esta vez le dedicó página y media. El reportaje incluía dos fotografías, una del incógnito hayedo, sin perspectiva suficiente para evaluar su tamaño, otra de la vieja chimenea de los Atienza emergiendo sobre un borroso conjunto de techumbres. El texto iba firmado por Manuel Cifuentes Arbeyo, es decir, por una redundancia. Pero no pasó desapercibido el gesto de añadir el seudónimo al nombre; no sólo implicaba el compromiso expreso del autor con su información sino, sobre todo, una actitud desafiante. Bajo

las dos oscuras fotografías se reproducía la fotocopia de un borroso documento titulado: «Protocolo de Intenciones». Toda la capacidad probatoria del reportaje reposaba sobre esas tres imágenes. No sobre el documento, cuyo contenido ni siquiera era mencionado, sino sobre las mudas imágenes. Arbeyo las alegaba como evidencias de que ciertos canallas iban a destruir un bosque milenario y contaminar el aire de la ciudad sólo para beneficiarse de las subvenciones de la Comunidad Europea. No llegaba a describir con detalle las espantosas enfermedades pulmonares que sufrirían niños y jubilados, pero los empresarios italianos eran mencionados en un contexto tan insidioso que uno no podía dejar de relacionarlos con la Mafia. Junto a un nostálgico canto al espíritu celta y al secreto del muérdago, misteriosamente preservados por las frondas del hayedo, se mencionaban los nombres de varias sociedades: la Società dei Maestri Vetrai e Ceramisti di Urbino (SMVCU), la Oficina de Proyectos Industriales, S. A. (OPISA), y Atienza, Lozas y Porcelanas, S. L., sin ningún género de duda ellos eran el enemigo de nuestros antepasados. Leído con mediana atención, cosa que casi nadie haría, el reportaje estaba edificado sobre el puro aire, pero Manolo Arbeyo demostraba ser un maestro en el arte de la insidia. Las fotografías, los nombres propios y las malas intenciones se trenzaban en una misma red y sugerían la existencia de contubernios delictivos, pero de ningún recodo de su sintaxis se podría deducir causa para plantearle una querella al autor. Sin embargo, la carnaza para la opinión pública quedó servida y en el transcurso de una semana los medios de la ciudad difundían airadas declaraciones de todo tipo de autoridades, políticos de la oposición, sindicatos, asociaciones de vecinos, sociólogos, ecologistas, poetas, todos condenando el proyecto con rara unanimidad, a la vez que aprovechaban la ocasión para agredirse mutuamente. La asociación Ecoconceyu creó un frente de lucha denominado «Defensa del hayedo», ¡que la fábrica se instale en otro lugar de la región, tan necesitada de puestos de trabajo!, amenazaban con encadenarse a los árboles y varios alcaldes ofrecieron terrenos gratuitos en sus municipios. Ni una sola voz se alzó en defensa de la contaminación y la maldad, ni siquiera los interesados.

Esto ocurría una semana antes de nuestra partida de billar en la mansarda de Rodrigo. En cierta forma, aún estaba ocurriendo. Sin embargo ninguno de mis amigos hacía la menor referencia. Tampoco yo. Comenzaba a percibirlos como un grupo del que ya no formaba parte, una exterioridad. No podía imaginar que en la madrugada siguiente Manolo Arbeyo sería asesinado. Quizás ellos tampoco. En cierta ocasión ya les había percibido así, formando los tres un bloque

único de actitudes y reacciones incomprensibles para mí, pero plenas de sentido para ellos. Fue hace mucho tiempo, en quinto de bachiller. Bajábamos al recreo de las once, desfilando como siempre en estricto silencio y formación cerrada hasta que el padre prefecto tocaba su silbato. Pese al ruido numeroso de las pisadas, ya desde las escaleras se oía el fragor de la tormenta y el fuerte golpeteo de la lluvia sobre el patio. Nos apelotonamos en los porches. Todo el colegio parecía formar un solo ánimo, preso de la misma fascinación por la violencia de la lluvia. Las gotas se rompían al estrellarse contra el cemento y los fragmentos creaban una película gris que impedía ver el suelo. El ruido del agua era atronador. Sin embargo, sobre ese ruido de agua, comenzó a escucharse un clamor de asombro y admiración: Álvaro Atienza, Rodrigo de Almar y Floro Santerbás paseaban tranquilamente por el centro del patio. Llevaban las manos en los bolsillos y de vez en cuando se paraban, se miraban y movían los labios como si estuvieran manteniendo una conversación. Ni siquiera llevaban puesta la gabardina. El agua les aplastaba el pelo y les chorreaba por la cara, pero les daba igual. En los porches se produjo un gran silencio, casi no se podía soportar la expectación. Parecían ignorar la intemperie, como si la tormenta no existiese para ellos, y nadie podía apartar la mirada de sus figuras chorreantes, medio difuminadas tras las cortinas de lluvia. Eso duró mucho tiempo, al menos, así me pareció. Resultaba mortificante verlos, pero no sabíamos por qué, sólo que cada segundo que pasaba se volvía más y más insoportable. Entonces varios colegiales de los primeros cursos, niños de pantalón corto, saltaron hacia el patio y se pusieron a chapotear y correr bajo la lluvia. Al tiempo, se oyeron algunas voces indignadas, luego, un generalizado abucheo: ¡uuuuh!, ¡uuuuuh! Ellos no se inmutaron. Siguieron conversando, paseando y despreciando la tormenta, y quizás también a todos los que estábamos allí, hasta que el padre prefecto salió con un paraguas y los expulsó del patio a empellones. Ninguno de los tres me explicó nunca por qué lo habían hecho.

Veinte

Tras el segundo artículo de Manolo Arbeyo sobre el hayedo, la vida de Carmina se convirtió en un infierno. Nunca se había sentido tan aterrorizada, tan perdida, tan sin saber qué hacer. Toda la ciudad sabía que Manolo Arbeyo era su marido, ¿quién sino ella habría podido proporcionar aquella información? Desde su regreso de Irlanda no se dirigían la palabra, pero continuaban compartiendo el piso. Ninguno de los dos se había atrevido a hacer nada que pudiera suponer una desventaja en caso de divorcio, una guerra para la que ambos se preparaban en secreto excavando profundas trincheras. Habían trazado en el piso una frontera de mezquindad que ninguno de los dos traspasaba jamás. Manolo ocupaba el dormitorio, el cuarto de baño principal y el equipo de música; ella la habitación de invitados. El salón, convertido en tierra de nadie, acumulaba polvo. Se comunicaban mediante breves mensajes pegados en el frigorífico, pero ni sus vecinos, ni sus amigos más íntimos, ni siquiera Borja Molina, sospechaban la desafección y el denso sufrimiento que se cultivaba en aquel piso. Al principio, quizás por piedad, por miedo, o por aliviar un poco la dureza del aire que respiraban, Carmina le juró a su marido que su historia con Molina no había sido más que una aventurilla pasajera, que había exagerado sólo para hacerle daño, que ya estaba terminada. Pero de nada sirvió: la muralla de odio entre los dos territorios del piso se iba haciendo cada vez más alta. Por otro lado, contarle a Borja Molina que su marido lo sabía todo, y que había sido precisamente ella quien se lo había dicho, era superior a sus fuerzas. Nunca encontraba el momento adecuado y se sentía cada vez más atemorizada por su posible reacción. Borja se creería engañado, como si ella le hubiera tendido una trampa, o quizás se sentiría culpable de la ruptura de su matrimonio o, aún peor, se echaría atrás, quizás no querría comprometerse con ella hasta ese punto. Podría comenzar a verla como quien era, su secretaria, una empleada de la empresa ocho años mayor que él. Sentiría vergüenza, o hastío. Descubriría de pronto que era sólo la clandestinidad lo que le estimulaba, la condición morbosa del adulterio, la fugacidad de sus encuentros amorosos, tanto más intensos cuanto más contingentes, casuales y peligrosos, frenéticos coitos robados a la severidad de la oficina, sobre divanes, sillas, moquetas, en la pausa imprevista de una reunión de trabajo, en el excitante y vejatorio espacio de un retrete. Quizás era eso lo único

que lo retenía a su lado: el secreto, el peligro, la rapiña. No podía confesarle que su marido ya lo sabía todo, que se había vuelto loca aquella noche sobre los acantilados de Irlanda, consumida por los celos al pensar que él estaba con Verónica Galindo en Madrid, mientras ella se moría de miedo en una tienda de campaña, bajo la horrible tormenta.

Ahora Manolo se vengaba con aquellos artículos. El primero había pasado inadvertido, pero cuando se publicó el segundo, hubo una llamada desde la dirección del Grupo y Borja Molina la hizo salir del despacho para atenderla. Después se le notaba nervioso.

–¿Pero es que tu marido se ha vuelto loco?, ¿a qué viene toda esta basura ecologista?

–No lo sé, no lo comprendo. Últimamente estamos algo distanciados. Me coge tan de sorpresa como a ti.

–Pues tiene que acabar. Habla con él. Si quiere más dinero que lo diga. Pero que no siga por este camino. Yo salgo inmediatamente para Madrid. Dile que está jugando con fuego.

Esa misma noche Carmina se puso un suéter ajustado, una falda corta y esperó a su marido sentada en el salón. Tuvo cuidado de quitarse bien el maquillaje y la pintura de labios, sólo dejó una leve sombra azul sobre los párpados. Estaba dispuesta a todo. Pero no encontraba las palabras con las que empezar, ni siquiera estaba segura de si debía sonreír y coquetear desde el principio, o amenazar, o suplicar. O echarse a llorar para que él se acercase a consolarla. Esto último era lo que verdaderamente le salía del alma, llorar sin pronunciar una palabra, no para que él la abrazase y seducirlo, sino por el hecho mismo de llorar. No obstante, se sentó en un rincón del sofá para sugerir un espacio a su lado. La espera se le hacía larga y con ella crecía el desaliento; por momentos se sentía desfallecer. Necesitaba beber algo para animarse. En la despensa, entre vetustos restos de orujo artesano, encontró una de las botellas de Vega Sicilia que Molina les había regalado en su primer encuentro. Le produjo el efecto de una iluminación. Su intuición femenina la percibió de golpe como un signo providencial, una metáfora, una síntesis que resolvía todas las dudas y las inquietudes que no la dejaban vivir, un objeto mágico, cuya sola presencia en medio de la mesa del salón bastaría para volver las cosas a su cauce, y como si un ave fabulosa, probablemente un ángel, le hubiera insuflado en el oído el aliento de la verdad, de pronto, justo lo más necio le pareció lo más luminoso y apropiado. Abrió una lata de anchoas y otra de aceitunas, cortó un trozo de queso manchego en láminas casi transparentes, sacó dos copas de cristal tallado de la cristalería que jamás usaban, platos,

servilletas, y lo dispuso todo sobre un pequeño mantel de hilo en la mesa del salón. Lamentó no tener unas velitas con las que rematar la bienvenida. Cuando sonó el llavín en la puerta, ya cerca de las doce, la botella de Vega Sicilia estaba por la mitad.

Arbeyo frenó en seco en la puerta del salón. Su mirada quedó prendida de la botella de Vega Sicilia y, como si no pudiera creer lo que veía, avanzó unos pasos sin dejar de mirarla. Observó atentamente el resto de las cosas que había sobre la mesa y miró a su mujer.

–¿Está él aquí?

–¿Él?, ¡qué va a estar! Además no sé de quién me hablas.

–Entonces estuvo aquí.

–Aquí no estuvo nadie más que yo.

–¿Y esto?

–Es para nosotros. Estaba esperándote. Como tardabas mucho empecé yo sola, pero te esperaba, quiero hablar contigo.

–Claro, y para hablar conmigo necesitas beberte media botella de Vega Sicilia, por lo que veo te has acostumbrado al lujo con ese hijo de puta.

–Manolo, por favor. Siéntate un momento, te lo pido por favor.

–Estoy muy bien de pie.

–Toma, bebe un poco.

–Antes bebería gasolina.

Carmina se tapó el rostro con las manos, pero no llegó a sollozar. Él empleó un tono sarcástico:

–Tenéis miedo, ¿eh?, estáis en un apuro y os cagáis de miedo. Pues, para que te vayas enterando, la fiesta todavía no ha empezado, esto no ha sido nada más que el prólogo.

–No, no es de eso de lo que quería hablarte, sino de nosotros, de lo que nos está pasando.

–De lo que te está pasando a ti, querrás decir, porque de mí ya hace mucho tiempo que no tienes ni idea.

–Y de ti también. Estás jugando con fuego y pueden hacerte daño. No me refiero a Borja, sino a otros, gente muy poderosa.

–Sí, ya lo veo, y él te manda que te pongas esa falda y ese suéter para protegerme.

Carmina se cubrió las rodillas con las manos.

–Me echarán del trabajo. Incluso tú podrías perder el tuyo. En cambio, si llegas a un acuerdo, aún puedes conseguir mucho dinero. Te lo pido de corazón, Manolo, por favor, no sigas por ese camino. Lo nuestro no puede acabar así.

–¿Dinero? Eso ya lo sé. Voy a sacarle las entrañas a ese mansulín

hijo de puta. Y además, no necesita enviarte de embajadora para ver si me puedes convencer en la cama. Si tiene algo que decirme, que me llame él, no lo voy a comer, ¿o es que tu niño no tiene cojones para hablar conmigo cara a cara?

Carmina sintió un fuerte golpe de calor en el rostro. No podía soportar que insultase a Borja de aquella manera. Extendió las palmas de las manos hacia él y sus rodillas quedaron levemente separadas.

–¿En la cama? A lo mejor ni siquiera eres capaz de todo lo que supones.

Arbeyo avanzó hacia ella con la mano levantada. Se detuvo junto a la mesa y se miraron de forma desafiante. Dio media vuelta y salió hacia su habitación.

Los siguientes días fueron para Carmina los más amargos de su vida. Sólo Verónica suponía algún alivio, un hombro sobre el que llorar, pero ¿qué consejos podría darle una pobre chica sin ninguna experiencia?, ¿qué consuelo podría obtener de nadie, a su edad, mientras perdía su matrimonio y con seguridad perdería también su trabajo y al hombre que lo significaba todo para ella?

Molina telefoneó desde Madrid para enterarse de cómo andaban las cosas. Ella le dijo:

–Sabe lo nuestro.

–Eso es imposible.

–No sé cómo se ha enterado, pero lo sabe. Y quiere vengarse.

Dos días después volvió a llamar:

–Te necesito aquí. Coge el vuelo de la tarde y vente a Madrid. No te preocupes de nada.

Borja la esperaba en el aeropuerto. Estaba sonriente, relajado, sus ojos transmitían el habitual candor azul, una expresión que empujaba a protegerlo, como si acabara de extraviarse en un lugar peligroso para los niños, una mirada que a Carmina la mataba de ternura. La besó en los labios. Ella rompió a llorar. Durante el vuelo había preparado una pequeña trama de mentiras para justificar su fatal indiscreción de Irlanda. Se inventó un diario íntimo: su marido le había robado su diario íntimo. Incluso pensó en escribir uno a toda prisa para volver la historia más verosímil, podría hacerlo más adelante, escribir sobre ciertas fechas del pasado, dar la impresión de que existían varios cuadernos, que Manolo le había robado el último. Pero no logró articular una palabra y allí mismo confesó la verdad entre sollozos.

Borja Molina no profirió un solo reproche. Se hizo cargo de la bolsa de viaje, tomó a Carmina por un brazo y la condujo hasta el coche como si fuera ciega. Ella no cesaba de llorar y de pedir perdón, el

hosco silencio de Molina la trastornaba, algunos transeúntes se volvían a su paso. Ya en la autopista, Borja señaló a través del parabrisas y habló por primera vez:

–Mira, fíjate qué color de cielo. Los atardeceres de Madrid son famosos.

Sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se lo dio.

–Te quedarás en mi apartamento.

–¿Y tú?

–Yo también, claro. Pero antes aún he de pasar por la oficina. Te dejo instalada y en menos de una hora vuelvo a estar contigo.

–¿Me perdonarás?

–Ya te he perdonado.

–¿De verdad?, ¿lo dices con el corazón?

–Sí. Ya sabes que sí.

Él sonrió por primera vez.

–¿Te gusta el atardecer de Madrid?

–Sí. Me gusta. Es de color violeta.

–Hay muchos así en el Museo del Prado, tendrías que verlos.

Esa misma noche Molina comenzó a narrar el cuento de hadas que ella quería oír desde hacía tanto tiempo. Nunca habían dormido juntos, ni siquiera habían hecho el amor en una cama. Las sábanas de raso azul cobalto se deslizaban sobre su piel como si fueran sueños y, entre los sueños, aún más cálida y suave, sus manos encontraban otra piel, la acariciaban sin descanso y por momentos la aferraban con fuerza, como si desconfiasen de su realidad. Prefería no abrir los ojos mientras él hablaba en la penumbra, tocarlo, oír su voz y a la vez imaginar lo que aún quedaba por venir: encontrarlo a su lado al amanecer, sentir los vaivenes de su respiración, contemplar sin trabas los gestos desprevenidos de su rostro dormido, escuchar los susurros o las palabras incoherentes que se escaparían de sus sueños, acariciar su frente y sus mejillas de niño sin llegar a despertarlo, porque sabía que ella no se dormiría esa noche, que no se permitiría a sí misma semejante despilfarro. Su deseo de aprovechar cada momento era tan grande que el presente se le escapaba en los dibujos de la imaginación, y al comienzo de la noche estaba viviendo ya la promesa del amanecer. A veces le preguntaba: «¿Me perdonarás?». Sabía que él ya la había perdonado, que de otra forma no estaría allí, contándole su intimidad y sus proyectos, pero quería oírselo decir una vez más, dejarse mecer en una cuna de mimosa autocomplacencia, pues en esos momentos de su vida, por encima de cualquier otra cosa, Carmina necesitaba recibir palabras amables. Quizás había sido siempre así y no se había dado cuenta o se había negado a aceptarlo, pero ahora se

entregaba ya sin disimulo al profundo deleite de sentirse vulnerable. Era un sentimiento tan asociado con el miedo, que su alma siempre había dado un paso atrás antes de dejarlo prosperar. Tampoco los demás le habían dado muchas opciones para experimentarlo, pues parecía una mujer demasiado fuerte, con un rostro compacto y anguloso, casi con aristas, un cuerpo que tendía a la exactitud de los atletas y, en general, una figura sobria y funcional poco adecuada para inspirar ternura. Como su marido, aparentaba tener convicciones firmes acerca de la mayoría de las cosas de la vida y un esquema de respuestas contundentes para todo tipo de ideas y eventualidades, versaran éstas sobre prendas de vestir (deportivas y holgadas), sobre la manera de sazonar las ensaladas (en contra del vinagre y a favor del limón), sobre dietética, la detestable práctica social de la limosna, el centralismo madrileño, los programas basura de televisión, el fomento de la gaita o las contradicciones ecológicas del capitalismo. Siempre había tenido detrás una doctrina que defender. Sin embargo, desde que había conocido a Borja Molina, con quien jamás hablaba de nada que tuviera que ver con el resto del mundo, todo el esquema comenzó a derrumbarse. Ella ni siquiera lo notó caer, simplemente lo olvidó. En su lugar, apareció un mundo en el que no se requerían opiniones. Bastaba con estar en él, sin nada que demostrar, sin defender trincheras. Y ahora estaba allí, y se dejaba llevar por su flotante ondulación como si fuera un río o una balada. La clave consistía precisamente en no oponer resistencia, volverse más y más vulnerable, abandonarse a las ondas que emanaban de Borja, entregarse, dejarse hacer. A veces abría los ojos. A través de la ventana abierta se veían las tenues y escasas estrellitas del cielo de Madrid. El apartamento estaba situado en la planta catorce.

Borja Molina describía con admirado entusiasmo los detalles de su llegada a la mansión de los Rivalta, aquella misma noche. La invitación le había cogido por sorpresa, nunca había imaginado que llegaría a cenar en aquella casa. O sí, pero dentro de unos años, después de haber logrado alcanzar ciertas posiciones en el Grupo de Empresas. ¡Pero ahora! Y sin embargo allí estaba, a punto de entrar en el cenáculo de los elegidos para sentarse en la mesa de don Manuel García Baltasar, «Don García», a juicio de Molina el cerebro empresarial más creativo del país. El señor Ventura se lo había comunicado nada más llegar a las oficinas del Grupo aquella misma tarde, después de dejar a Carmina en el apartamento: «El presidente quiere verte esta noche. Nos recogerán aquí a las nueve y media en punto. Será una cena informal, pero ponte un traje oscuro». Apenas había tenido tiempo de revisar unos papeles y regresar al apartamento

para cambiarse de ropa. En el Grupo las cosas ocurrían así, había que tener mentalidad de empresa, estar disponible las veinticuatro horas del día, poseer espíritu de entrega. Se sentía orgulloso de la cultura empresarial del grupo: el éxito no se forja con mediocres. A veces se exigían renuncias, sacrificios, pero Borja Molina estaba de acuerdo con el principio básico: «O todo o nada. A ciertos niveles uno no puede andar con medias tintas, no hay horario». Se lo dijo cuando volvió para cambiarse; y añadió: «Es una gran oportunidad para nosotros». La palabra «nosotros» se quedó flotando en la mente de Carmina como una pompa de jabón, no se atrevió a tocarla por miedo a que se le rompiera entre los dedos. Borja le mostró las codornices estofadas que había comprado esa misma tarde para cenar y la instruyó acerca del manejo del microondas, luego hicieron el amor sobre el sofá, sin desnudarse, como en la oficina.

Ahora, estaban desnudos entre las sábanas de raso azul cobalto. Molina desgranaba en la penumbra su relato fantástico y describía demoradamente las alamedas y los vetustos muros que envolvían las mansiones de Puerta de Hierro. La puerta exterior de los Rivalta se había deslizado ante los faros del coche sin producir un solo ruido. Estaba tan cubierta por la yedra que parecía ser el muro de piedra el que se abría. Macizos de azaleas, hortensias, setos de boj. Con la cabeza recostada sobre su hombro, Carmina veía desfilar en su mente los frondosos alisos del jardín, los ilustres tejos, las sucesivas garitas de los guardias de seguridad, el discreto parpadeo de las cámaras de vídeo escondidas entre el follaje. En la puerta de la mansión, un mayordomo. Ella lo imaginó con levita, calvo, terriblemente serio. Impresionaba traspasar el umbral sobre el silencio de las alfombras persas. Pese a que Molina no mencionó la palabra «candelabro», ella colocó por su cuenta unos cuantos a derecha e izquierda del amplísimo hall. El salón principal no estaba bien descrito o bien ella no lograba adivinar sus claves. «Emanaba una elegancia sutil y contenida», había dicho Borja, y mencionó la presencia de delicados ikebanas. Carmina se esforzaba por trasladar a su imaginación aquel ambiguo espacio donde habitaba el poder y se construía la verdadera realidad, pero en su mente se interferían grandes cortinajes de terciopelo rojo, muebles dorados, marqueses con peluca que hablaban en francés. Terminó por resignarse a ciertos aspectos parciales del relato: el color de la caoba, el deambular de las doncellas y la gran chimenea de mármol blanco, sobre la que colocó otros dos candelabros por propia iniciativa. Así debía ser la hiperriqueza: luz y plata. Y allí, tamizados por una luz ambarina y rodeados de invitados, los anfitriones emergían de sí mismos como una aparición: Manuel

García Baltasar y Aurora Rivalta. Su marido la llamaba cariñosamente Dawn. Nadie diría que aquella mujer había tenido seis hijos, por más que lo repitieran sin cesar las revistas que se ocupan de esas cosas. Tenía un cutis transparente, sonreía sin cesar. Borja corroboró que también era bellísima en directo. «¿Llevaba un vestido largo?», preguntó Carmina. «No, justo bajo la rodilla, el largo Chanel.» No obstante, ella siguió viéndola con un traje de noche largo, de raso color crema, deslizándose, casi levitando entre sus invitados, pues las palabras de Borja situaban a Aurora Rivalta en una región inaccesible para su imaginación, un espacio armónico, elegante y asexuado donde todo contacto con la noción de humedad (coitos, sudores, partos, amamantamientos) quedaba proscrito para el pensamiento. Estuvo a punto de preguntar si Dawn se peinaba con tirabuzones, aunque de sobra sabía que no era así, sólo por decir algo, por colaborar en que el tiempo siguiese sin transcurrir. ¡Era tan confortable oír hablar a Borja de aquella manera mientras sentía la tibieza de su piel!, ¡estaba tan contenta de verle tan entusiasmado y recibir sus confidencias por primera vez! Ya percibía a Aurora Rivalta como a una amiga, casi como a una hermana mayor, le estaba agradecida. Y a su marido. De pronto los sentía a los dos como personas muy cercanas, llenas de comprensión, confianza y afecto, sin olvidarse por ello de la distancia que los separaba. Pero, para el caso, esa distancia no importaba, ¿acaso había hablado ella alguna vez con Bob Dylan o con Joan Manuel Serrat? Lo mismo le ocurría a Borja cada vez que mencionaba a don Manuel García Baltasar. Era un ídolo para él, se le notaba en la voz, y eso que sólo lo había visto antes en una ocasión, cuando lo enviaron a Oviedo a hacerse cargo de la Oficina de Proyectos. Algunos ejecutivos del Grupo de Empresas se referían a él como «Don García», por alusión a cierto cambio operado en sus apellidos originarios, o quizás insinuando que antes de su boda con Aurora Rivalta era un don nadie. Pero nada podía ser menos cierto que esto último. Cuando Manuel García Baltasar, recién titulado en la Escuela de Ingenieros de Caminos, entró en Vías y Construcciones Rivalta, S. A., la empresa no era más que una constructora en declive, con una gestión familiar anticuada, al borde de la suspensión de pagos. Sin embargo, en unos pocos años, Don García había logrado hacer de ella un emporio, el buque insignia del que nacería el Grupo de Empresas bajo su impulso e inspiración. La voz de Borja Molina se henchía de admiración evocando la hazaña de aquel héroe de clase media, que se había convertido en uno de los hombres más ricos del país. «Y sólo tiene cuarenta y siete años», subrayaba. Él había sido el verdadero fundador del Grupo, quien tuvo la visión de diversificar la actividad, entrar en

el negocio hotelero y en las operadoras de turismo, crear las financieras, segregar los departamentos de servicios como empresas autónomas, invertir en compañías de seguridad. Claro que el anciano don Antonio Rivalta había tenido el buen sentido de confiar en aquel joven y entregarle después la mano de su hija, pero todo el mundo sabía que fue García Baltasar quien logró desembarazarle de los hermanos y sobrinos Rivalta que le atenazaban en el consejo de administración.

No era la primera vez que Carmina le oía hablar de García Baltasar, pero nunca con tanto fervor. En otro tiempo, cuando ella veía la empresa, y acaso el mundo entero, a través de los menguados ojos de un sindicato, le hubiera parado los pies en seco. Entonces sabía de sobra quién era Don García y con qué desenvoltura cambiaban de nombre las empresas del Grupo para reducir plantillas y poner en la calle a empleados con muchos años de antigüedad. Sin embargo ahora el aire de Madrid le acariciaba el rostro desde la ventana y lo justificaba todo. Resultaba milagrosa su tibieza en pleno mes de octubre. Como el cuerpo de Borja. Su mano derecha lo recorría demoradamente mientras él hablaba: el pecho, el vientre, un muslo. No trataba de provocarlo, no lo hacía con esa intención, ni con ninguna otra, le bastaba estar así, entregada a la suavidad pilosa de su piel, a su calor corporal, al sincero reconocimiento de aquel don Manuel García Baltasar a quien antes creía haber odiado. Sin embargo, a veces, él interpretaba las caricias como requerimientos. Dejaba de hablar, se inclinaba sobre ella, la besaba, la tocaba. Hacían el amor. «Grita, grita si quieres –decía–, no te retengas.» Y ella gritaba, gemía, se moría de amor. Se descubría a sí misma como a una desconocida, como si fuera otra mujer, libre, distinta, sin nombre. Ya exhausta, renacía traspasada por el agradecimiento y la ternura, a la vez que Borja reemprendía el relato de aquella cena fabulosa.

Don García era un hombre compacto, de baja estatura, a quien todos percibían con el tamaño de un gigante. Ancho de hombros, de muñecas y tobillos gruesos, con una densa mata de vello negro sobre el dorso de las manos. Pese a tener cierta fama de bromista, nadie había logrado descifrar las claves de su sentido del humor. Quizás por ello parecía invulnerable a los halagos. Su capacidad de trabajo era legendaria. Carecía de amigos y de infancia, Borja Molina lo adoraba sin reservas. Y ahora estaba sentado a su derecha, junto a la cabecera de la mesa. De primer plato habían servido una mousse de lentejas.

–¿Lentejas? –preguntó Carmina alarmada. La palabra «lentejas» no le casaba con «elegancia sutil y comedida».

–Sí, una mousse exquisita, con aroma de estragón. El chef de los

Rivalta estuvo muchos años en la cocina de Jockey, todo el mundo lo sabe.

En cierto momento, el presidente había hecho un aparte con él: «Me han dicho que en Oviedo las cosas se te han ido un poco de las manos». «Sí, es cierto, ha surgido un problema. Pero espero reconducirlo en los próximos días, creo que sólo será cuestión de un poco más de dinero.» «Todo es siempre cuestión de dinero.» Don García le había sonreído abiertamente. Tenía los ojos tan negros que su pupila apenas era perceptible. «Bien, luego hablaremos. Aquí también se han producido cambios que debes conocer. Después de la cena haremos unas cuantas carambolas juntos, porque tengo entendido que allí jugáis mucho al billar, ¿no?» Molina no cesaba de expresar su admiración y asombro ante la minuciosa información que manejaba aquel hombre y su capacidad para controlar los más pequeños asuntos del Grupo. Luego preguntó: «Y la esposa de ese periodista, ¿qué dice de todo esto?». «Está muy asustada. Cree que él lo hace todo para vengarse de ella por haber iniciado los trámites de divorcio, que sólo pretende hacerle daño. Se siente culpable, pero es leal a la empresa, de eso estoy seguro.» «Lo lamento. Los divorcios siempre son muy crueles, sacan a la luz lo peor de cada persona.» Carmina se incorporó sobre la cama.

–¿De verdad se interesó por mí?

–Incluso recordaba tu nombre y sabía que llevabas doce años en la empresa.

–Trece. Pero nunca lo he visto, ni él a mí.

–Bueno, da igual doce que trece. Lo importante es que está al tanto de todos nosotros, que se interesa y pide la información. Creo que en cuanto regresemos deberías dejar tu casa. No es conveniente que sigas viviendo con él, tendrías que mudarte a algún sitio.

–Sí, pero ¿adónde? ¿A tu apartamento?

–No, por el momento sería demasiado comprometido. Y además resultaría contraproducente para ti cuando se plantee el divorcio en el juzgado, no debes poner en manos de Manolo un arma como ésa. Podrías ir a vivir con Verónica Galindo, ya sabes que sus padres se han trasladado a Madrid y ahora tiene el piso para ella sola. Seguro que no le importará. Y allí podríamos vernos sin problemas.

–Y dormir juntos.

–Sí, dormir juntos. Como hoy.

La idea de que todas las noches serían en adelante igual que aquella noche anulaba su capacidad para pensar, eliminaba de su mente cualquier otro contenido, incluidas las huellas más frescas, los sentimientos y los temores que la habían asaltado aquella misma

noche, mientras esperaba el regreso de Borja. Las había borrado de su mente y algo le decía que así debía ser, un instinto de supervivencia que le dictaba la orden de no reflexionar, sino soñar, sólo soñar. Sin embargo, unas horas antes, sola en aquel apartamento extraño, había sentido verdadero terror. Se había visto a sí misma a medio vestir, con el cabello desarreglado, mordisqueando desganadamente un minúsculo muslo de codorniz, arrepentida por haber forzado a Borja a hacer el amor, cuando a todas luces se veía que tenía prisa, que estaba pensando en otra cosa. Se sentía humillada, pero no por él, sino por sí misma, por acosarlo de aquella manera, terminaría por cansarse de ella con razón. Entonces regresaban las dudas y el combate: «Sí, soy mayor que él, ¿pero qué tiene que ver la edad con el amor?, ¿acaso le quiero yo a él sólo por ser tan joven?». E inmediatamente, sin caer en la cuenta de la contradicción que suponía semejante pensamiento, continuaba: «No aparento la edad que tengo, todo el mundo me lo dice siempre, en ninguna parte llamaríamos la atención». Examinaba su figura frente al espejo, estiraba los faldoncillos de la blusa sobre las caderas y se ceñía la cintura: «Puedo pasar perfectamente por los treinta o treinta y uno, ni siquiera necesito usar sostén». Se acurrucaba en un rincón del diván abrazándose las rodillas y se concentraba en Borja, su rostro, su voz, sus manos, hasta experimentar una extraña sensación de anemia muscular, la fuerza de los sentimientos la dejaba agotada. «Puedo tener hijos. Puedo tener hijos cuando me dé la gana. Voy a quitarme el diu.» No eran reflexiones, ni tampoco propósitos conscientes de su voluntad, sino refuerzos de un argumento superior y único en el que se envolvía a sí misma hasta convertirlo en una sensación corporal: «Me quiere, me quiere, me quiere». Pero las horas eran largas, el silencio hosco. El apartamento de Molina estaba limpio y ordenado como un quirófano. Carmina quiso encender el televisor, pero todos sus intentos con el mando a distancia fracasaron y tampoco logró encontrar el botón del start en el entorno de la pantalla. Era un aparato de diseño extraplano, lacado en negro, elevado como un ibis sobre una fina pata de metal, carecía por completo de curvas y fisuras. Como el resto del apartamento: muebles de ángulos rectos y superficies tan pulidas que producían frío, ni un papel encima de una mesa, ni un tapete, ni un periódico, ni un disco fuera de lugar. La luz de las lámparas halógenas, simples varillas de metal con cabeza de pájaro, reverberaba contra los muebles con crueldad. Carmina no se atrevía a tocar nada. Desde la pequeña terraza del salón, pese a encontrarse a tanta altura, no lograba reconocer su entorno, ningún monumento o edificio famoso, ninguno de los hitos de la ciudad, las luces se sucedían sin interrupción hasta el horizonte, desde donde

llegaba un vasto rumor de mar, el sordo oleaje de la gasolina batiendo sin cesar sobre sí misma. Ellos siempre habían odiado Madrid, por cuestión de principios, no recordaba cuáles, y ahora la percibía con un temor supersticioso, como si la ciudad se hubiera enterado de que ella estaba allí y fuera a pedirle cuentas. Se sentía como una intrusa. Manolo y ella no veían Madrid como un lugar particular poblado por personas, con sus ancianos y sus niños, sus plazas y sus calles y sus trabajadores esperando a fin de mes el pago de la nómina como en cualquier ciudad. Madrid era un concepto, una abstracción política y moral, una teoría acerca de los males de la patria, una sinécdoque periodística tan repetida y usada, que había terminado por convertir en execrable hasta el último de sus vecinos. En estas cosas Manolo siempre fue tajante, adoraba Barcelona. Ahora ella se sentía incómoda observando la ciudad desde la terraza. No sabía qué hacer, no quería pensar ni discutir consigo misma, no lograba encender el televisor. Fue entonces cuando se le ocurrió llamar a Verónica Galindo. Para nada concreto, sólo para escuchar una voz distinta y dejar de oír su propia voz. En un momento la puso al tanto de todo, excepto de sus dudas. No sin cierto orgullo, le comentó que Borja se encontraba cenando en casa de los Rivalta, que su apartamento era precioso, modernísimo, con muebles de diseño, todos lacados, en la cocina había una cafetera de material transparente y estaba deseando que Borja regresara sólo para verla funcionar.

Verónica no la secundó en su entusiasmo, como otras veces. Parecía reticente. En cierto momento la interrumpió:

–Carmina, ten cuidado. No comprendo bien lo que está pasando, pero ten cuidado.

–¿Por qué lo dices?, ¿es que ha ocurrido algo?

–He descubierto por casualidad que Álvaro Atienza tiene fotografías mías. Muchas.

–¡No me digas!, ¿te hace fotos a escondidas mientras estás trabajando?

–No, ahora no. O sí, quizás las sigue haciendo sin que yo me dé cuenta, no lo sé. Pero las fotografías que he descubierto no son de ahora, sino de hace mucho tiempo, anteriores a mi entrada en la empresa. Llevo ropa que no me he vuelto a poner desde el curso pasado, y eso es lo extraño, entonces yo no os conocía a ninguno de vosotros.

–¿Estás segura? Eso es muy raro.

–Sí, estoy segura. Y no lo entiendo. Porque no se trata de dos o tres fotografías, sino de centenares, ocupan varios carretes de diapositivas. ¿Crees que Borja sabrá algo de esto?

–No, no lo creo. Me lo hubiera comentado.

–Por favor, pregúntale, necesito saberlo. Voy cada día a trabajar a esa casa y no sé qué pensar, no me encuentro cómoda.

–No me extraña que tengas miedo. Álvaro Atienza siempre fue un tipo muy raro, muy retorcido, ya sabes que Manolo y yo apenas nos hablábamos con él. Cuando te mira es como si te convirtiera en hielo.

–No, no es miedo, a él nunca lo veo, parece que no viviera allí, y su hermana es muy amable conmigo, a veces me invita a tomar el té con ella. Es sólo que no entiendo lo que pasa. No sé si estoy trabajando allí por casualidad o por otra cosa. No me lo explico.

–No te preocupes, se lo preguntaré a Borja en cuanto vuelva.

Pero luego, una vez a su lado, ya todo carecía de importancia para ella, todo se le olvidaba. Sólo de pasada le comentó:

–¿Sabías que Álvaro Atienza le hace fotografías a Verónica a escondidas? Ese hombre es un degenerado.

Ni siquiera había esperado la respuesta. Nada que estuviera más allá de las sábanas de raso azul cobalto tenía para ella el menor interés.

Después de la cena, don Manuel García Baltasar condujo a Molina y al señor Ventura hasta la biblioteca y regresó a despedirse del resto de los invitados. El mayordomo les ofreció cigarros y licores, Molina optó por un coñac francés, el lúgubre señor Ventura, que era abstemio y parecía haber tenido más de sesenta años durante toda su vida, eligió un Montecristo y una botella de agua mineral. Se hundió en uno de los butacones de cuero y no desplegó los labios más que para chupar el habano. En un rincón de la sala dos focos de luz resplandecían sobre la mesa de billar. García Baltasar regresó despojándose de la chaqueta.

–Ponte cómodo. Nunca me voy a dormir sin hacer antes unas cuantas carambolas. El billar me relaja, es como un bálsamo para despejar la mente.

Molina lo imitó. Había observado que su presidente era un hombre lacónico, apenas había vuelto a dirigirle la palabra durante el resto de la cena, pero las pocas frases que pronunció merecían ser grabadas en mármol. «Para un directivo, callar es mejor que hablar, preguntar mejor que responder.» Y también: «Los pequeños detalles producen más réditos que los grandes gestos». Molina las recordaba y las repetía como si fueran las oraciones de un devocionario: «Un directivo ha de inspirar respeto y confianza en sus subordinados, pero debe cuidarse de no inspirar pasiones. Siempre terminan por quedar fuera de control».

Carmina se le abrazó mimosa:

–Entonces tú no eres un buen directivo, porque a mí me vuelves

loca.

–O sea, que en el futuro puedes ponerte en mi contra, fuera de control.

–Yo ya no tengo otro futuro que tú. Ni otro presente ni otro pasado. Así que ya lo sabes.

García Baltasar se acercó a la mesa de billar, se colocó dos gomas elásticas sobre los brazos para sujetar las mangas de la camisa y se puso una pequeña visera de plástico verde sobre la frente. «Bueno, empecemos.» Hizo diez carambolas en la tacada de salida, pero se veía que no tenía temple, era demasiado enérgico. Todo el mundo sabía que en otro tiempo Don García había jugado en la Moncloa con el presidente González. Molina no estaba seguro de si lo tomaría como un halago o como una indiscreción, pero terminó por mencionarlo tímidamente y a él pareció gustarle el tema. «Es un jugador precavido y poco fantasioso, muy prudente. Y sobre todo extraordinariamente seguro, jamás falla una carambola fácil, ni arriesga por simple lucimiento.» Don García levantó la vista de la mesa y lo miró directamente a los ojos. «Y lo más importante en la vida, como en los negocios, es hacer bien las cosas fáciles. No fallar jamás en aquello de lo que uno es capaz y para lo que se ha preparado. Porque las dificultades y las complicaciones se presentan solas, no necesitan que las busquemos. Si uno hace bien lo que sabe no tendrá que mirar hacia atrás para ver en qué se equivocó, porque lo más probable es que no haya problemas. ¿Entiendes?» Molina lo entendía. «Bien. Debes saber que se han producido algunos cambios importantes en nuestro asunto. Los italianos se han retirado de la operación. Pero no importa, el Grupo la va a hacer suya con nuevos socios financieros. Por supuesto, ahora asumiremos riesgos mucho mayores, ya no seremos simples intermediarios ni competiremos sólo por el valor añadido de la ingeniería. La operación es por entero nuestra. También lo serán los beneficios. Y te estoy hablando de un volumen de inversión muy elevado. En lo que te concierne apenas cambia nada, excepto en dos cosas. La primera, que se incrementa considerablemente tu responsabilidad y, como es lógico, también se incrementarán tus primas de resultados. Espero que el negocio no te quede grande. Ventura confía en ti y yo confío en Ventura, pero no cometas errores, ni dejes de consultarnos el menor movimiento. Si no consigues parar ahora toda esa publicidad que nos está perjudicando, quizás haya que hacer algún tipo de declaración, comunicar que los italianos se han retirado del proyecto o que ha quedado anulada toda la operación, ya lo discutirás con Ventura. La segunda cosa que cambia se refiere a nuestros nuevos socios. Hemos llegado a un acuerdo con los Almar.

Por ahora no puede hacerse público, pero nos facilitará las cosas, es un acuerdo satisfactorio. No los subestimes, tienen más poder del que aparentan, y no sólo en Asturias. Pasado mañana tienes concertada una cita con Íñigo de Almar en Oviedo. Ventura te dará todos los detalles.»

Ya al final de su relato, Borja Molina prendió la luz de la mesilla de noche (lacada en negro) y le tendió a Carmina un sobre que se cerraba mediante una pequeña clavija de metal.

–Es para tu marido.

Ella extrajo varios fajos de billetes azules sujetos con una cinta de papel.

–Dos millones. ¿Crees que será suficiente?

Carmina sufrió un acceso de risa. De repente el dinero no le importaba nada. Absolutamente nada. Imaginaba la cara que pondría Manolo y no podía parar de reír. Se sentía superior, liberada de toda atadura, flotando sobre una realidad anterior que ahora se le antojaba miserable.

–¿Suficiente? Se volverá loco sólo con mirarlo.

Borja la abrazó.

–Cuando acabe todo esto te presentaré a mis padres.

Esa frase quedaría prendida en la mente de Carmina como una flor. La regaría cada día, la cuidaría con mimo, se la mostraría a los amigos con orgullo. Pero ¿«padres»?, ¿así, en plural? ¿Qué se puede creer? ¿Acaso su padre, el general, no había fallecido muchos años atrás en un accidente de automóvil? ¿Acaso Molina no le había contado a Álvaro Atienza su historia atroz? ¿A qué atenerse? Aún hoy, después de todas las cosas que han pasado, es difícil asegurar nada respecto a Borja Molina. Quizás lo mismo que respecto a todos los demás.

Veintiuno

Después de la primera partida hicimos una pausa. No estoy seguro de lo que significa la palabra «pausa» en este caso. Un espacio intermedio. ¿Pero qué otra cosa había sido nuestra vida sino un obtuso paréntesis entre dos partidas de billar? Los cuatro nos sabíamos amigos desde esa fecha incierta y fundacional en que la memoria comienza poco a poco a separarse de los sueños para construir un yo. Nos queríamos sin ningún tipo de amabilidad, por puro instinto de supervivencia. Porque no nos quedaba más remedio. Me resulta difícil concebir una idea distinta de la amistad. O del patriotismo. Soy consciente de que se trata de una enfermedad de la razón, pero aun así uno termina por comprender que no es irracional arriesgarlo todo por un amigo. Es como hacer algo por ti mismo, es como alimentarte. No sé si me explico. Si Floro o Álvaro me hubieran dicho: déjame el coche, ocúltame en tu casa, dame lo que tengas, he cometido un crimen, yo respondería: vale, no hace falta que me cuentes nada, aquí no hay más que hablar. Con Rodrigo, sin embargo, siempre fue diferente. No por su homosexualidad, tan carente de gestos que resultaba indiscernible. No era ése el problema que nos separaba, al menos no un problema consciente para mí. Era esto otro: Rodrigo de Almar estaba revestido con el aura de la riqueza y yo nunca fui capaz de superar ese estigma. Me alteraba la respiración ya desde el parvulario. Recuerdo sus zapatos ingleses punteados, sus calcetines de rombos, nadie llevaba unos calcetines así. Recuerdo las sonrisas serviles que le dirigía el padre prefecto en aquel imperio de los bofetones. Por supuesto, Rodrigo no tenía culpa, pero yo no podía saltar tanta distancia, su familia era demasiado rica. Incluso más tarde, con trece o catorce años, sentía que mis palabras podían ser tomadas como halagos y apenas lograba dirigirme a él sin cierta brusquedad. Rodrigo nunca me reprochó esta impostura de mi parte, pero estoy seguro de que notaba mi violencia, que le hacía daño. Sin embargo, yo no podía evitarlo, el único capital que existía en mi casa era la honradez, la única virtud, el orgullo. Mi padre trabajaba catorce horas al día, pero jamás habría consentido pedir a nadie un favor. Conozco perfectamente cuáles son mis limitaciones, por qué aparecen en mis sueños don Ramón María del Valle-Inclán y el Cid Campeador, por qué mi sensibilidad es tan afilada para detectar humillaciones, por qué soy un español tan tópico y tan involuntariamente hosco.

Dejamos los tacos sobre la mesa y pasamos de nuevo a los sillones. Rodrigo encendió una lámpara de pie. De golpe, el fondo del ático quedó sumido en una penumbra gris, como si hubieran comenzado a entrar nubes de niebla por los ventanales. La tarde estaba declinando con rapidez, los otoños en Oviedo suelen imitar ciertos estados del alma. Floro empezó a liar un porro. El estudio, sólo iluminado en el extremo donde nos encontrábamos, parecía aún más grande y vacío. Junto a la lámpara de pie había un pequeño escritorio con estantes frontales y cajoncitos a los lados. Rodrigo abatió el estante inferior y descubrió tras él un cajón oculto. Lo abrió con una pequeña llave que llevaba en el bolsillo del chaleco y sacó de él un estuche de acero inoxidable, una cajita de madera lacada y un espejo. Todos sus movimientos poseían una precisión quirúrgica. Nos tendió el espejo y una papelina:

–Una coca de primera calidad –comentó– pero yo prefiero lo de siempre. La fuerza de la costumbre, en esto soy muy conservador. Sé que ya no compartís mis gustos, por eso no os ofrezco, pero si alguien se anima, por supuesto, está invitado.

El estuche de acero inoxidable contenía un juego de jeringuillas y un esterilizador de agujas, la cajita lacada un mechero de alcohol y una pequeña vasija de cristal. Rodrigo la limpió concienzudamente con un kleenex, vertió en ella una punta de polvo marrón y un chorrito de agua y revolvió la mezcla con una cucharilla sobre el soporte del mechero.

–Agua destilada, la misma que se echa en las baterías de los coches para que duren más –comentó.

No respondimos. La llama de alcohol emitía un suave resplandor azul. Rodrigo cargó la jeringuilla, la colocó en posición vertical y, con ademán experto, empujó el émbolo hasta que la aguja se vació de aire.

–Me gusta esta liturgia, en cierta forma es como una misa. Y ahora, por favor, disculpadme un momento, no serán más que dos o tres minutos.

Con la jeringuilla en alto, se internó en la penumbra del otro lado del estudio y entró en su dormitorio.

–No tenía ni idea de que hubiera vuelto –susurró Floro–, ni me lo imaginaba.

–No ha vuelto –respondió Álvaro–, porque en realidad nunca se ha ido. Sólo se toma de vez en cuando pequeñas vacaciones. Muy pequeñas.

–¿Tú lo sabías?

–Sólo desde hace poco. Pero, como se ve, parece que tenía ganas de decírnoslo.

–Sí, ha sido toda una exhibición y una sorpresa. A mí me ha dejado atónito.

–Y no será la última.

–¿A qué te refieres?

–A que estamos demasiado saturados de rutina y ya no se puede soportar. Se avecinan cambios, lo huelo en el aire.

Floro se recostó en el sillón echando volutas.

–Te veo hoy muy enigmático. Y paradigmático. Y también esdrújulo. Pero te explicas fatal. Eso sí, yo pienso casarme pronto y aún no me lo creo, si te refieres a ese tipo de cambios, te doy la razón.

Rodrigo regresó. No se notaba en él la menor alteración. Con la misma meticulosidad que antes, limpió los objetos que había usado y los guardó bajo llave en el cajón secreto del escritorio.

–Creí que habías dejado el caballo definitivamente –le comentó Floro.

–¿Por qué?

–No sé, lo supuse cuando regresaste para quedarte, por nada en especial.

–No, no te pregunto por qué lo creíste, sino por qué habría de dejarlo, cuál sería a tu juicio el motivo para hacerlo.

Floro vaciló.

–La verdad, no sé qué decirte.

Rodrigo se dirigió a mí y me tendió el *I Ching* que había sobre la mesa.

–Ábrelo por cualquier página, no hace falta andar jugando con monedas o palillos para consultarlo.

Lo abrí y leí en voz alta: «Hexagrama número sesenta: Chieh (La Restricción). Arriba K'an, Lo Abismal, el agua, abajo Tui, Lo Sereno, el lago. El lago dispone de un espacio restringido, delimitado. Cuando entra en él mayor cantidad de agua, se desborda. Por eso hay que ponerle vallas». Rodrigo me interrumpió:

–¿Ves?, ¿no es maravilloso?

Comenzó a divagar sobre aquellas frases: el agua interior y el agua exterior, la necesidad de impedir los desbordamientos, el conocimiento que cada uno debe adquirir acerca de su propio lago, su nivel de contención, el control de las esclusas, la previsión de la lluvia y de la sed. ¿Por qué la gente no veía que cuando el lago recibe demasiada agua se desborda? La sabiduría era estúpidamente simple y nadie parecía darse cuenta. A veces daba la impresión de que Rodrigo hablaba en broma, que se burlaba de sí mismo, otras, sin embargo, parecía estar hablando terriblemente en serio. Su mezcla de ironía, burla y apasionamiento producía perplejidad. Y también rechazo,

como si hubiera algo profundamente confundido y perverso detrás de sus palabras. Conocía el *I Ching* casi de memoria, pero lo trataba sin el menor respeto, sin amor.

–Cuando no te conviene un hexagrama, no tienes más que cambiarte a otro –decía con cinismo–, nadie te impide encontrar la sabiduría que mejor se adapta a tus necesidades. Yo jamás doy un paso sin consultar este libro.

Resultaba difícil entender tal desapego por un texto al que había dedicado tantas horas. Hablaba sin cesar, teorizaba sin esperar respuesta, se burlaba de sí mismo, algo le había ocurrido durante su última estancia en California. O quizás después. Rodrigo parecía otra persona.

Emprendimos una nueva partida. La mesa era deslumbrante, equilibrada, las bandas poseían la amortiguación precisa y acogían con justeza los efectos, el marco de madera llevaba incrustados ceniceros de bronce, las bolas dejaban tras sí pequeños rastros verdes, que enseguida desaparecían al recuperar el tapete su tersura; eran huellas efímeras, recuerdos de intenciones que no impedían el deslizamiento. Y estaban los sonidos: la tiza rascando las chapetas de cuero, el golpe del taco, los chasquidos redondos del marfil. Álvaro hizo un tiro a tres bandas y enseguida se vio que le fallaba el temple, que había atacado la bola con miedo. A veces se producen carambolas que dependen de su tiempo interior: la bola sale impulsada por el taco y abre un trayecto hacia las otras dos; uno comprende que ese trayecto es necesario, el único posible, es decir, «el trayecto». También podríamos llamarlo «la razón». Esa geometría es imprescindible, pero para que la carambola sea perfecta precisa además de otra cualidad: poseer tiempo. Entonces las bolas se independizan, tienen vida propia, porque además de una razón geométrica las bolas poseen emociones. Y tú eres el autor de ese nuevo organismo. La bola de Álvaro emprendió el trayecto correcto por las bandas, pero no llegó, se detuvo antes de concluir, había tenido miedo. Todos nos dimos cuenta, pero no se produjo el menor comentario. Estábamos de pie alrededor de la mesa, con los tacos apoyados en el suelo y los rostros protegidos de la luz por las pantallas que reverberaban sobre el tapete, callados. Transcurrió un rato. Álvaro Atienza se dirigió a mí:

–Te toca.

Fue un momento extraño. Estaba ocurriendo algo que no encajaba, que carecía de verosimilitud, una rareza. Me acerqué a la mesa deslizando el taco entre los dedos, pero apenas me daba cuenta de lo que estaba haciendo. Los ojos grises que me habían mirado al decir «te toca» no eran los mismos ojos grises de siempre, no estaban cargados

con el frío, la indiferencia y la opacidad de su habitual dominio, sino con una inseguridad tan transparente que me dejó desconcertado. A Álvaro Atienza no le correspondían aquellas palabras insustanciales, «te toca», como si él hubiera mostrado alguna vez el menor interés por esos avatares de una partida, el turno de tirada, el número de las carambolas hechas o cualquier otra nimiedad que implicase que él sentía apego por alguna cosa. Su laconismo, sus pupilas de águila, su permanente gesto de desdén lo situaban por encima de tales menudencias, sin embargo había dicho: «Te toca». De golpe entendí esas palabras como si Álvaro me estuviese pidiendo perdón. Pero no había ninguna causa para ello, no lograba entenderlo, y al no entender, sentí el peligro. Enfoqué la bola con el taco sin pensar en lo que hacía. Al decirme «te toca», Álvaro me estaba pidiendo disculpas, la blandenguería de sus ojos no podía significar otra cosa, la cortesía implícita en sus palabras me alteraba la respiración. Me pedía perdón por un daño que yo aún ignoraba, pero que, sin ninguna duda, ya me había hecho. Yo no experimentaba esto como una sucesión de juicios, sino como un golpe fulminante en el corazón; sabía que era así, que Álvaro Atienza me había hecho daño, que quizás aún me lo estaba haciendo, que me pedía perdón por anticipado, pero que no se arrepentía. Cuando iba a golpear la bola, Rodrigo me detuvo con la mano:

–Con ésa no. La tuya es la otra, la que está marcada con el punto negro.

«La mota negra», pensé inmediatamente, la ominosa señal de que se sirven los piratas para condenar a un hombre a muerte. Rodeé la mesa y comencé a tirar con la bola de la mota negra sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. Entonces se abrió ante mí un nuevo espacio de experiencia, quiero decir que me ocurrió algo que nunca hasta entonces me había ocurrido: mi cuerpo comenzó a funcionar por cuenta propia. Ahora, mientras escribo esto, soy consciente de que puede parecer estúpido, pero no tengo ninguna otra explicación que ofrecer, aparte de que ya me da lo mismo. Mientras la conciencia se quedaba en suspenso, experimenté mi propio cuerpo como un lugar ajeno y autónomo, una inercia. Quizás les ocurre así a los deportistas agotados. Cuando han abandonado ya toda esperanza de llegar a la meta, de repente comprueban con sorpresa que su cuerpo sigue y sigue por su cuenta sin reparar en el dolor, quizás en eso consista el verdadero conocimiento del atleta: dejar que el cuerpo asuma todo el control. Mis carambolas se iban sucediendo unas a otras sin necesidad de que yo pusiera nada de mi parte. Quiero decir, sin ponerles deseo. Mi cuerpo las hacía por mí mientras yo me ausentaba de la mesa y me

resignaba a no estar en ningún sitio. Y en el centro de ese vacío, afronté por primera vez lo que quería ignorar desde el principio: que ella no me amaba. Que me quería, pero que no me amaba. Que lo daría todo por mí, que lo abandonaría todo por estar a mi lado, que jamás me haría daño ni me causaría ofensa alguna. Pero que no me amaba. A la vez, notaba con qué suavidad se deslizaba el taco de billar entre mis dedos, con qué facilidad dibujaban las bolas tiernos polígonos sobre el tapete, mientras Floro enumeraba las carambolas en voz alta: «Setenta y seis, y sigue tirando». Ella no me ama, pensé sin palabras, pero sacrificaría por mí cualquier amor si se lo pido. Me di cuenta de eso, lo supe sin ningún género de duda. Me sentía ingrávido, ligero, sabio, desesperado, las carambolas se iban sucediendo con precisión biológica, como si sólo la mente que se abandona sin resistencia al dolor pudiera producir tal armonía.

Ella me diría que ya no podía concentrarse en otra cosa, sino vigilar, aguzar el oído, preguntarse a cada momento en qué lugar de la casa se encontraban todos los demás: Teresa Atienza hablando en voz alta y dejando un eco de pasos sobre el entarimado, el anciano don Melquiades, siempre en su habitación, la vieja Agustina en el cuarto de la plancha a esas horas de la tarde, Tahar reparando algo en el garaje, en el tendejón o en el jardín, Álvaro Atienza encerrado en su siniestra guarida. O quizás no. Nunca se sabía dónde podría estar, ni siquiera si estaba en la casa o había salido a pasear por la finca o se había ido a la ciudad, nadie se atrevía a llamar a la puerta de aquella habitación y mucho menos a traspasar su umbral. Ella ya no podía pensar más que en regresar allí. Necesitaba saber por dónde andaban todos en cada momento, cuáles eran sus movimientos y ocupaciones habituales, qué significaba el ruido de una puerta, de unos pasos, de un interruptor. Pero de Álvaro Atienza lo seguía ignorando casi todo, la puerta de su cuarto siempre estaba cerrada, las contraventanas que daban al jardín entornadas, jamás se le veía, parecía no existir. Sólo la casualidad le había permitido conocer aquella habitación y a veces se arrepentía de haberlo hecho. Unos días atrás había visto a Agustina salir del cuarto de Álvaro con una cesta de ropa sucia. La puerta quedó entornada y no pudo resistir la tentación de mirar. La habitación era mucho más grande de lo que había imaginado desde el exterior de la casa y también mucho más lúgubre y oscura, como un túnel de ferrocarril, con ventanas como troneras, las paredes de piedra sin revocar cubiertas por estantes de libros, tableros de pino y viejas mesas sucediéndose sin discontinuidad, pantallas de ordenador, televisores y otros artefactos conectados de cualquier manera por

multitud de cables que corrían sobre el suelo. Al fondo, una cama de bronce de considerable altura, de la que habían retirado las sábanas. Dos escalones de piedra descendían desde la puerta hasta el entarimado. Sobre una de las mesas había una montaña de diapositivas en desorden. Tomó una al azar y la miró al trasluz. El corazón le dio un vuelco. Era ella. Su vieja gabardina blanca, su carpeta de dibujo bajo el brazo. Miró otra. También. Y otra, y otra más. No importaba de qué parte del montón las eligiese, siempre se reconocía a sí misma flotando en medio de la transparencia. Pero Agustina ya había regresado. Sin haber reparado en ella, hacía la cama con precisión ritual: introducía la punta de una sábana bajo el colchón, alisaba la superficie con la mano y se trasladaba a otra esquina para repetir la misma operación de manera exacta, sin desperdiciar un solo gesto, absorta como un sacerdote en el altar. Repitió con las mantas idénticos movimientos que con las sábanas y luego con una colcha adamascada salida de otra época, unos movimientos mecánicos pero llenos de pequeñas pausas, casi solemnes, parecían poseer algún profundo sentido en la vida de aquella mujer, como si la pura repetición de un mismo acto o una palabra a lo largo de una vida, miles y miles de veces, escondiera un secreto feliz que ella hubiera logrado desvelar. Ni una sola vez había mirado hacia atrás, en ningún instante se había demorado ni había desatendido su tarea. Cuando por fin entró en el cuarto de baño a cambiar las toallas, Verónica aprovechó la ocasión para huir.

Desde ese día todo comenzaría a parecerle diferente en aquella casa, la veía con otros ojos. Y no sólo la casa, también el jardín, la fábrica, la finca, las personas que deambulaban por allí. Con cualquier pretexto, recorría el interior lúgubre e irregular de la casona, y la percibía cargada de sentido, cada uno de sus recintos parecía esconder una intención, cada uno de sus muebles un mensaje que ella trataba de descifrar. No los veía colocados en sus lugares por efecto del azar o por la simple inercia del tiempo, sino por alguna razón que ella ignoraba, pero que le concernía y que necesitaba averiguar. Ella no estaba allí por casualidad. Había lámparas que a veces no encendían, puertas que ciertos días era imposible abrir, escalones que crujían solos en la oscuridad. Cuando pensaba en la habitación de Álvaro Atienza la denominaba mentalmente «el cuarto de Barba Azul». A veces sentía miedo. Otras veces sentía que le gustaba sentir miedo. No podía evitar detenerse ante la puerta medio escondida en la penumbra, casi al pie de la escalera, aguzar el oído, preguntarse por lo que ocurriría al otro lado. La cerradura de hierro forjado era el prototipo moral de «ojo de cerradura» e invitaba a mirar a su través.

Sin embargo ella no lograba ver nada. Cuando había luz intensa en el interior, ese ojo se proyectaba sobre el suelo del pequeño pasillo penumbroso de forma nítida y perfilada; entonces ella imaginaba que en cualquier momento el resplandor comenzaría a emitir imágenes espantosas. Aquella habitación prohibida le resultaba insoportable e injusta, una sucia vejación expresamente dirigida contra ella, un insulto y también una perversión. Le daba asco y miedo, pero ya no podía pensar más que en el cuarto de Barba Azul. Ella me diría: «No podía concentrarme para dibujar, no hacía más que borrar y borrar y desperdiciar papel».

Estaba en la galería, esperando el atardecer, cuando oyó el coche acercarse a la parte delantera de la casa. Tenía un lápiz de mina gruesa entre los dedos y el cartapacio de dibujo sobre las rodillas, pero no había trazado una sola línea sobre el papel, aún había demasiada luz. La singularidad de los objetos era un obstáculo que le impedía captar las líneas fundamentales del conjunto. Aún no percibía el lejano hayedo como una mancha única en la atmósfera gris. El sillón de mimbre sobre el que se sentaba emitía pequeños quejidos y procuraba mantenerse quieta, no quería dejar de observar la caída de la luz, pero tampoco desatender lo que pudiera oír. Al otro lado de la casa el motor del coche se detuvo. Se abrieron y cerraron dos portezuelas, luego habían llegado al menos dos personas. Esperó el sonido del timbre de la puerta principal, pero no se produjo. Se concentró otra vez en el paisaje, necesitaba imperiosamente aprovechar aquellos momentos intermedios de la luz para poder captarlo como un todo, el instante mestizo entre el día y la noche en que las cosas pierden definición y se confunden y se espesan en un solo volumen. Siempre había sido así, todos sus profesores se lo habían dicho, debía liberarse de su tendencia a la minuciosidad, se perdía en los detalles y ella conocía ese defecto, una inclinación casi insuperable a fijarse en los aspectos pequeños de las cosas, se concentraba demasiado en sus rincones más nimios y apenas lograba percibir el conjunto del que formaban parte. Le ocurría incluso con los retratos: un entrecejo, un ojo, cierto rasgo del mentón la entretenían tanto que el rostro solía resultar irreconocible o monstruoso. Con los paisajes, por supuesto, aún era peor, por eso precisaba que el aire se volviera más opaco y resistente, que la tarde borrase los perfiles que sus ojos no podían eludir. Oyó unos pasos sobre la gravilla del jardín, casi a sus pies. Un susurro de voces. Floro Santerbás apareció en su campo de visión acompañado por una mujer de gafas muy gruesas. Se detuvieron ante el descuidado seto de boj y se quedaron contemplando el magnolio. En el interior de la casona sonó un teléfono. Los timbrazos se reproducían

como un eco en distintas estancias de la casa y llegaban hasta la galería amortiguados y confusos, quizás procedentes de varios teléfonos a la vez. También oyó otro ruido, justo a su espalda, muy cercano. El ruido levísimo que produce una silla al ser abandonada por un cuerpo, una queja de madera, o un suspiro. Se levantó y se acercó a la puerta de cristales que accedía al pasillo. No había nadie. El teléfono dejó de sonar. Abrió la puerta con mucho cuidado y avanzó apoyándose en una pared para mantenerse sobre las puntas de los pies. La tarde parecía haber caído de golpe en el interior de la casa, apenas veía, pero conocía bien aquel pasillo flanqueado por puertas cerradas y cuartos mal ventilados; tras un trayecto recto, se escindía en dos ramales justo en el centro geométrico de la casa, ella misma había levantado el plano de la planta. Dobló hacia la escalera, donde la oscuridad era casi total, pero no se atrevió a encender ninguna luz. Se detuvo junto a la balaustrada. Oyó la voz de Teresa Atienza justo bajo sus pies:

–Es Rodrigo, quiere hablar contigo.

–Está bien, hablaré desde mi habitación.

La luz de la escalera se encendió con un clic y ella retrocedió sobresaltada. El farol, colgado con una gruesa cadena de hierro sobre el hueco de la escalera, emitía una luz amarilla que apenas servía para no tropezar. Volvió sobre sus pasos, llegó hasta el gabinete, abrió la puerta con decisión y encendió el mechero. Enseguida distinguió el teléfono sobre el pequeño velador. La estancia, situada tras el rincón de la galería donde ella dibujaba, estaba cubierta por una gruesa alfombra que amortiguaba las pisadas, los goznes de la puerta eran silenciosos. Descolgó el teléfono con sumo cuidado.

–No, ya te lo he dicho, los italianos nunca han existido, son una pura invención, un simple pretexto para desviar la atención de sus verdaderos planes. Jamás tuvieron la menor intención de construir una fábrica de cerámica ni de ninguna otra cosa, sólo es una tapadera, lo que persiguen es algo mucho más importante, más grande, pero no puedo hablar de esto por teléfono, no sé si me entiendes.

–Sí, comprendo.

–Tenemos que vernos. Mejor hoy que mañana.

–De acuerdo. Aunque te advierto que eso no cambia mucho las cosas para mí, ya sabes a qué me refiero.

–Lo vital es que aparezcan esos documentos, tienen que estar en alguna parte. Y te puedo asegurar que mi padre no los tiene, está verdaderamente preocupado. Búscalos por todos los rincones de la casa, levanta el entarimado si es preciso, o si no invéntalos, falsifícalos. Por cierto, de esto mi hermano Íñigo no sabe una palabra,

¿comprendes?, mi padre lo considera demasiado blando para su historia. ¿Qué te parece? Tenemos que vernos cuanto antes.

–¿Vas a estar en tu casa?

–No pienso moverme.

–Entonces de acuerdo, te veré ahí más tarde.

–Bien, hasta luego, aquí estaré.

Verónica recuperó su asiento en la galería. No comprendía el significado de aquella conversación, pero la asustaba. ¿En qué consistía su trabajo si la empresa no pensaba construir allí una nueva fábrica? Bueno, en realidad sus dibujos podían servir para cualquier cosa, al fin y al cabo sólo eran estudios preliminares de la casa y la finca y ella no sabía nada de negocios. Sin embargo adivinaba algo turbio, se sentía inquieta. La tarde se agrisaba por momentos, ya casi no se veía la sombra del hayedo, Floro Santerbás y la mujer de gruesas gafas regresaban a la casa. Álvaro Atienza les salió al encuentro. Ella distinguió con nitidez su voz metálica:

–Lamento no poder quedarme a tomar el té con vosotros. Tengo que ir a la ciudad, ha sido un imprevisto.

Llevaba puesta una gruesa cazadora de cuero y un pañuelo al cuello. A medida que hablaban se enfundaba los guantes. Un rato después oyó el inconfundible petardeo de su moto. Pero esperó aún durante mucho tiempo, hasta que la oscuridad se hizo completa. Sólo entonces se quitó los zapatos y entró en el cuarto de Barba Azul.

Veo a una mujer muy joven en un espacio monstruoso. Avanza muy despacio, apenas alumbrada por la llama parpadeante de un encendedor. Aún no sabe que está entrando en el sueño de otro, la palabra violación le es ajena. Su corazón late con la violencia de un delito, la transgresión la atemoriza y excita más que la oscuridad. El mechero de plástico se le calienta en la mano y se ve obligada a apagarlo cada pocos segundos, no sabe lo que está buscando, los muebles sólo son temblorosos volúmenes de sombra, hace frío. No obstante, ella sigue. A su derecha, bajo la biblioteca que cubre la pared, corre un largo tablero de pino atestado de cachivaches y objetos de escritorio. También hay dos ordenadores. En la pantalla de uno de ellos sucede sin cesar un firmamento: estrellas azules que se alejan, cometas de colas irisadas que cruzan el espacio, minúsculos astros amarillos que brillan y se desvanecen en un proceso que se repite una y otra vez sin aportar luz a la estancia. El fondo del universo es muy oscuro, pero ella no se atreve a encender ninguna lámpara. Cuando la llama del mechero le quema los dedos, se queda quieta en la oscuridad y trata de controlar el ritmo de la respiración. De pronto, suenan las ocho de la tarde en el carillón de la sala. Las

campanadas le llegan envueltas en una melancolía de bronce y terciopelo que la hace temblar. Sabe que, en ese mismo instante, Teresa Atienza está tomando el té con sus amigos frente a la chimenea, que quizás han dirigido una fugaz mirada hacia el reloj que acaba de sonar. Nota el calor en las mejillas, siente vergüenza, sabe que no debe estar allí, espiar un cuarto ajeno, hurgar en la intimidad de otro, pero no puede evitarlo, por primera vez en su vida se siente impúdica, sucia, sexual, impredecible para sí misma, libre. Y le gusta esa sensación. La débil llama del encendedor descubre una pequeña lámpara sobre el tablero. Se trata de un flexo de pantalla cónica. Pulsa el interruptor. Bajo el foco de luz aparece una fotografía de gran tamaño a todo color. Es un primer plano de su rostro. En la esquina inferior derecha hay tres palabras escritas con letras mayúsculas: «no te amo». Ella mira en torno de sí, como buscando a alguien oculto. El pequeño foco de luz ha transformado la oscuridad de la habitación en un nuevo orden de sombras y volúmenes. Vuelve a observar la fotografía con atención. Y, poco a poco, se deja llevar hacia el sueño que otro está soñando.

Primero sintió miedo. Había allí algo incomprensible y perturbador que se le escapaba, un propósito que no lograba descifrar, una oscura amenaza, una obsesión enfermiza que la tenía a ella por objeto y que causaba repulsión. Porque no se trataba sólo de la fotografía de su rostro, sino cientos de ellas, carretes de diapositivas, cintas de vídeo con sus iniciales en la carátula, frases inquietantes escritas al lado de su imagen: «Jamás te daré nada», «yo sé lo que tú ignoras», o la simple caligrafía de su nombre: «Verónica Galindo». Aquella habitación parecía el templo de un fanático, pero un templo edificado en su honor. Percibía el peligro y sentía deseos de huir de allí de inmediato, sin embargo demoraba su salida, las imágenes de sí misma y todos los objetos de aquella estancia inicua la atraían como el abismo de un sueño: al borde del precipicio una voz insensata le decía que estaba soñando, que podía tirarse al vacío sin temor, que en ese vuelo descubriría cosas que ignoraba acerca de sí misma, verdades nuevas y terribles que no la afectarían porque estaba durmiendo, protegida por el embozo tibio de su cama, que no había allí más riesgo que el que se deriva de una fantasía. Y en esa fantasía, ella aparecía como un ser grandioso y único. El abismo onírico la aterraba y la halagaba, era ominoso y a la vez muy dulce, peligroso y cruel, pero también lleno de ternura, no operaba sobre su mente mediante razonamientos y palabras, sino sobre su cuerpo, como las caricias o el bisturí de un cirujano: la transformaba desde la piel. A medida que transcurrían los minutos los fantasmas de Álvaro Atienza se iban introduciendo poco a

poco en su sueño, nuevos personajes del deseo, ajenos hasta entonces al clima de sus propias fantasías, se colaban como contrabandistas en la película casi virgen de su alma y descubría en ellos una nueva y secreta fuerza, la feroz sexualidad de Blancanieves, su ignorado dominio sobre los espejos, el control que siempre había ejercido sobre su pobre madrastra, el poder de las rosas blancas, la tiranía que se esconde detrás de la inocencia. Los iniciales sentimientos de ofensa, repulsión, infamia y miedo iban dando paso a la simple curiosidad, la búsqueda de explicaciones, el halago, y a una cierta piedad para con aquel extraño hombre solitario. Alguien la había estado contemplando en secreto durante meses, había reproducido su rostro una y otra vez, sus ojos, los mínimos pliegues de sus labios, alguien inadvertido que trataba su imagen con devoción religiosa, sin pedirle nada, sin revelarle nada, sin pretender nada de ella. Percibía la presencia de una aberración viscosa en todo aquello, pero no podía eludir su atracción, como ocurre ante el abismo de los sueños. Cuanto más se acercaba al asco y al peligro, más la embriagaba la excitación de continuar sin despertarse. Había caído en el sueño de otro y no lo quería abandonar, porque era un ámbito capaz de albergar todas las geografías sin contradicción, el hábitat de la simultaneidad, el único hogar donde caben las estrellas, los muertos y los números sin otra violencia que el asombro. Y ella estaba en el centro de ese sueño, «era» ese sueño.

La pantalla del ordenador, que hasta ese mismo instante transmitía la sucesión de los astros sobre el fondo oscuro del universo, emitió de pronto una viva luz blanca. Proyectó un resplandor cuadrado que le hería la vista y atería de frío los objetos del entorno, antes animados por la vacilante llama del mechero. La nueva luz los convirtió en cadáveres. Verónica se aproximó a la pantalla con precaución, como si se tratara de un ser vivo. El cursor parpadeaba en la esquina superior izquierda. Se movió. Tras él comenzaron a emerger las letras, muy despacio:

«Sé que ya has estado aquí antes y que has visto las fotografías».

Hubo una pausa. Pero ella no sabía que se trataba de una pausa. Fue un tiempo de horror, una intensidad carente de futuro, un animal sin rostro acechando en la oscuridad, quizás un reptil, una amenaza. Se echó hacia atrás de un salto. El cursor volvió a moverse:

«Escribe ahora lo que tengas que decirme. Cuando termines pulsa intro».

Sus manos temblaron sobre el teclado. Bajo la luz de la pantalla parecían de yeso. O de mercurio.

Veintidós

Floro aparcó en la calle Fruela, frente a la casa de Adelina. No bien apagó el motor, uno de los policías de guardia en el palacio de la Junta del Principado le advirtió por señas que no podía estacionar allí. Seguía lloviendo y apenas se veían transeúntes. Llevaban ya mucho rato sin hablar y a Floro se le hacía difícil despedirse así, pero no se le ocurría nada que decir. Adelina abrió la portezuela del coche.

–No te preocupes, no es necesario que bajes. Hasta mañana.

Esperó hasta verla entrar en el portal. Adelina no había pronunciado una palabra durante todo el trayecto. Sólo aquella frase apenas musitada nada más abandonar la casa de los Atienza: «Estoy completamente ciega». Como si hubiera recibido una orden, Floro había detenido la marcha para limpiar el parabrisas, pero la frase se quedaría flotando en su cabeza. «Estoy completamente ciega.» Quizás no se refería a la ceguera circunstancial y transitoria causada por los cristales empañados. Pensándolo bien, podía tratarse de una metáfora, como cuando uno descubre algo que debería haber sabido desde hacía mucho tiempo y, al caerse del guindo, exclama: «¡Cómo pude estar tan ciego!». Era probable que aquella misma tarde, tan extraña, Teresa Atienza le hubiera revelado algún secreto, un viejo chismorreo de amigas, una clave que le abría los ojos y le permitía ver ciertas cosas para las que antes había estado ciega. Pero entonces no hubiera dicho «estoy», sino «estaba» ciega, en pasado. Floro ya no se sentía muy seguro acerca de cuáles habían sido las palabras exactas o, al menos, deseaba dudar. Porque también cabía interpretarlas en sentido literal y esa idea le partía el corazón: «Estoy completamente ciega».

En la calle Uría los semáforos parecían compinchados para ponerse en rojo a su paso. Miraba a su lado el asiento que Adelina acababa de dejar y se reprochaba la falta de reflejos que había tenido, su obtusa incapacidad para ofrecer una respuesta adecuada y decir algo consolador o simplemente sensato cuando hacía falta. No había sabido hacer otra cosa más que fumar y llenar el coche de humo, agravando el problema de visibilidad del parabrisas. Nunca la había visto tan ensimismada, tan ausente de todo, tan verdaderamente ciega tras aquellas gafas que la separaban del mundo y Floro percibía ahora la frase en sentido literal, como la amarga constatación de un hecho, quizás como un lamento. Adelina hablaba de sus ojos, de su ceguera física, y aquellas palabras, apenas musitadas, estaban expresando un

persistente y oscuro dolor. Pero ¿por qué entonces?, ¿por qué en ese momento? Nunca antes la había oído proferir la menor queja acerca de su miopía, más bien al contrario, solía referirse a ella con un humor completamente exento de sarcasmo. Aún no hacía dos semanas, en el café de Alfonso, Adelina le pidió a un perchero, del que pendía una gabardina blanca, que hiciera el favor de indicarle dónde se encontraba el servicio de señoras. Contándolo después, Floro apostillaba: «Se lo dijo, se trataba de un perchero muy profesional», y ella lo celebraba con sinceras risas. Unos años atrás, Adelina le había plantado dos sonoros besos al anciano párroco de San Juan, mientras le decía: «Querida Asunción, cuantísimo tiempo». Pero no había resquemor en sus anécdotas, no había lamentos, tampoco complacencia, Adelina no hacía gala de poseer un récord en dioptrías, simplemente había aprendido a convivir con ellas, se las había encontrado ya de niña. Por eso, Floro no sabía qué pensar, a qué atenerse. Le embargaba la sensación de que esa tarde había ocurrido algo que se le escapaba.

Al llegar frente a su casa detuvo el coche y encendió un nuevo cigarrillo. El vaho invadió de inmediato los cristales con una opacidad de yeso. La lluvia tamborileaba sobre el capó. Dudaba entre subir a casa o acercarse hasta el Mercurio a tomar algo y jugar una partida, todavía no habían dado las diez. ¿Qué le habría podido contar Teresa Atienza a Adelina para que ella reaccionase así? La idea de tomarse un par de whiskys adquiría cada vez más fuerza. Y no sólo un par. La tarde en casa de los Atienza había sido extraña, llena de discontinuidades y de tiempos muertos, aburrida. Primero, el paseo bajo aquel cielo encapotado. Adelina no había aceptado subir más que un corto tramo del camino del hayedo, tan lleno de recuerdos. Floro le contó con entusiasmo cómo Álvaro y él, unos meses atrás, habían descubierto su zapato en el fondo seco de la acequia. Aún seguiría allí, medio enterrado en el lodo, Álvaro había tomado unas cuantas fotografías. Jamás podría olvidar cuando ella trató de ayudarlo a saltar la acequia y los dos se habían caído al agua, cogidos de la mano. Había estrenado los zapatos ese mismo día, «¿no te acuerdas?». Adelina se acordaba, pero no se sumó a sus rememoraciones con el entusiasmo y la complicidad que él esperaba. Álvaro salió a recibirlos y, con las mismas, se despidió y se marchó en la moto. No le tomaban en consideración esos desaires, siempre había sido así, maleducado y desabrido, lo raro hubiera sido que se quedase a tomar el té con ellos. Cuando, un rato después, lo vio entrando a hurtadillas en las oficinas de la fábrica, tampoco se sorprendió, él mismo estaba deseando que se terminase cuanto antes la velada. Habían subido un momento a

saludar a don Melquiades, por mero protocolo, pero la visita se alargaba hasta la extenuación. El anciano supuestamente agonizante no paraba de hablar, a Floro le flaqueaban las piernas y sentía el intenso impulso de echarse en la cama junto a él. Teresa y Adelina ocupaban las dos únicas butacas que había en la pieza y hacía ya rato que él, desentendido de la conversación, sólo pensaba en un lugar donde sentarse y si sería correcto hacerlo en el borde de la cama. No se atrevía a fumar en la habitación de un enfermo, daba cortos paseos en torno a sí mismo, se apoyaba ora en una pierna, ora en la otra y observaba con admiración la vitalidad de aquel hombre postrado que no cesaba de hablar, aunque no sabía de qué. Hasta que don Melquiades abrió uno de los cajones de la mesilla de noche y le tendió un Montecristo del dos. «Yo me fumo uno todas las tardes», dijo. Fue entonces cuando Floro se acercó al balcón para prender el cigarro y vio a Álvaro subiendo las escaleras de la oficina. Lo reconoció por la joroba. Ya en el salón, Floro se desplomó sobre el sofá. Tahar estaba allí, ocupado en encender la chimenea. Teresa y Adelina salieron a preparar el té y tardaron una eternidad en regresar, como si se hubieran olvidado de él. El joven moro, muy sonriente, señaló hacia el televisor: «Hay partido», dijo. Floro vio el cielo abierto: «Sí, por favor, enciéndelo». Y así había transcurrido la tarde, ellas dos cuchicheando y él viendo jugar al Real Madrid. Después aquella frase: «Estoy completamente ciega».

Ahora, encerrado en el cubículo del coche, Floro se debatía contra el impulso de beber, no importaba con quién; hablar con alguien, no importaba de qué. No había nada malo en ello, se decía, pero se sentía indecente sólo con pensarlo. Debería subir a casa y llamar inmediatamente a Adelina, averiguar qué le ocurría, decirle palabras de amor, consolarla. No terminaba de decidirse. El interior del coche se había llenado de humo, los cristales parecían lacados por el vaho. Bajó la ventanilla para respirar y entonces oyó una débil voz procedente del cielo:

–Florín, Florín.

Era su madre que lo llamaba desde la ventana del comedor. El letrero luminoso de la tienda inundaba su rostro con una luz de neón violácea, preternatural. La letra «t» de zapatería y la segunda «d» de novedades llevaban años fundidas: «Zapaería Las Novedaes». No quedaba claro si se trataba de un error o de una reivindicación lingüística del bable y a Floro ese malentendido le producía ansiedad. Pero así eran las cosas, los letreros de neón estaban pasados de moda y su reparación resultaba más cara que poner uno nuevo.

–Corre, sube, que tienes visita. Ya guardarás después el coche en el

garaje.

Subió las escaleras de dos en dos. Antes de que le diera tiempo a meter el llavín en la cerradura, la tía Margarita abrió la puerta respirando agitadamente, parecía haber llegado a carreras por el pasillo.

–Tu amigo el periodista ha venido a verte, está con tu madre en el comedor.

Floro enseguida notó que se había pasado con la mistela.

–Dile algo, Florín, no seas tonto. Este Cifuentes, Arbeyo, o como se llame, te tiene mucho aprecio, nos lo acaba de decir, y tú tienes que darte a valer. Sobre todo ahora que vas a coger las responsabilidades de un padre de familia.

–Por favor, tía, qué sabrás tú. Ya os he dicho mil veces que Manolo no es el dueño del periódico, ¡coño!, ni siquiera el director. Y delante de él ni una palabra, ¡ni se os ocurra!

Hacía años que las dos mujeres batallaban con lo mismo, pero la cantinela había ido en aumento desde su noviazgo con Adelina Valle, el cual, por otro lado, las enloquecía de ilusión, ¡una chica de tan buena familia! Ya que Floro era escritor, lo suyo sería trabajar en un periódico, y ¿qué mejor cuña que su amigo, el famoso periodista Manuel Cifuentes, Arbeyo? En la casa se guardaban como oro en paño, junto a la mermada colección de *Poetas Salvajes,* los recortes de los dos únicos artículos que Floro había publicado en su vida, uno, en la revista *Ínsula,* sobre el personaje de Albert Camus, «Mersault, la moral imposible», y el otro, en el diario *La Nueva España,* titulado «Fiestas Populares». Este último había salido tan mutilado, a causa de su desaforada extensión original, que resultaba prácticamente ininteligible. La erudita tesis de Floro acerca de la embriaguez como fenómeno de liberación social, apoyada en Rabelais, Shakespeare, Hemingway y muchos otros, fue recibida como una irresponsable exaltación de la borrachera y, desde luego, a nadie le cupo la menor duda de que su autor era un borracho. Excepto a su madre y a su tía. Ellas sí percibieron el fino aroma de la prosa, la sutil belleza de las metáforas, el sonoro prestigio de las esdrújulas y, sobre todo, la magia de las letras de imprenta reproduciendo su nombre: «Florentino Santerbás, Licenciado en Filosofía y Letras». Lo de menos era el contenido del artículo, no lo entendían, pero nunca les preocupó no entender ese tipo de cosas, era lo suyo, otros más preparados lo entenderían, las buenas gentes suelen confiar sin más en los beneficios de la división social del trabajo, si unos venden zapatos, sacan carbón o faenan entre los pucheros, otros habrá que desentrañen a Hegel con el mismo provecho. Desde entonces, las dos mujeres bregaban para

que Floro se decidiese de una vez a mostrarle al mundo su genio: «¡Con lo bien que tú escribes y las amistades que tienes! Mira a tu amigo Cifuentes, dónde ha llegado, y los dos empezasteis juntos de estudiantes. Si se lo pides, no le costaría nada darte un empujón en el periódico, que en todas partes se necesita un trampolín para comenzar, no seas inocente».

Floro entró en el salón de su casa como quien va a apagar un incendio. En un extremo de la mesa del comedor, Manolo Arbeyo daba cumplida cuenta de un plato de albondiguillas en salsa. De pie a su lado, doña Rosa lo contemplaba con gesto satisfecho, parecía disfrutar con su apetito. Manolo se levantó con cierta brusquedad, la servilleta en una mano, el tenedor en la otra.

–Perdona, chico, pero insistieron tanto que no me pude negar. Y eso que les dije que ya había cenado.

La tía Margarita exclamó alborozada:

–¡Pero no consiguió engañarnos!

–No, si es que los periodistas no tienen horarios –intervino doña Rosa–. Es lo que le ocurre a Florín cuando se pone a escribir, le pasan las horas encerrado en la habitación y hasta se olvida de comer. Pero tú vuelve a sentarte y termina de cenar tranquilo, ya tendréis tiempo después para hablar de vuestras cosas, ¡con lo trasnochadores que sois los escritores!, ¡si lo sabré yo!

Floro se lanzó sobre el aparador en busca de la botella de whisky. Jamás había dado con la fórmula para callar a su madre cuando comenzaba a hablar de él, su tema favorito. Le ponía enfermo, pero sabía que cualquier intento por su parte podría empeorar la situación, ella mostraría fotografías de cuando era niño, sacaría sus cuadernos escolares, referiría halagadoras y simpáticas anécdotas acerca de su glotonería o sus fracasados intentos de adelgazar. En tales situaciones de desdicha, la experiencia le enseñaba que lo mejor era guardar silencio, encomendarse al cielo y aceptar los latigazos del amor materno con la resignación de un galeote, amarrado al duro banco.

Manolo Arbeyo se había dejado la barba, como en los viejos tiempos. Pero ahora, lejos de transmitir ecos de rebeldía, provocaba pena. Era una barba canosa, rala, pobretona, fea, le hacía parecer viejo y enfermo. Estaba visiblemente más delgado. Floro se sentó a su lado y él le susurró con expresión tristísima:

–Floro, quiero pedirte un favor muy personal.

A cualquiera le hubieran flaqueado las piernas.

La tía Margarita llegó de la cocina con una fuente de torrijas bañadas en almíbar.

–Yo no quiero –dijo Floro–. No sabes la cantidad de dulces y

canapés que nos dio Teresa.

Sin hacer el menor caso, le colocó un plato delante.

–¡Con lo que a ti te gustan!

Habían sacado la vajilla de porcelana buena, conservada en la casa desde hacía cuarenta años. Las piezas, fileteadas con una greca dorada hecha a mano, eran insustituibles, pero todo les parecía poco a las dos mujeres cuando se trataba de promocionar a su ídolo. Éste, por su parte, se sirvió sin tino e hizo estragos en la fuente de torrijas. Luego se trasladó con Manolo y la botella de whisky a su habitación, mientras las dos mujeres se apoltronaban frente al televisor.

Arbeyo tardaba en entrar en materia, daba vueltas y vueltas a las palabras a la vez que acariciaba el portafolios que sostenía sobre las rodillas. Se trataba de una cartera de piel negra, con una cremallera dorada que se cerraba en un broche. Semitumbado en la cama, Floro frecuentaba el vaso de whisky con progresivo nerviosismo. No se veían desde julio, hacía ya casi tres meses. O, mejor dicho, se habían visto, pero Floro había evitado la coyuntura de quedarse a solas con él. Su sola presencia le provocaba escalofríos; reavivaba una imagen de sí mismo que deseaba olvidar con todas sus fuerzas, pero que estaba allí, siempre asociada a Arbeyo, amenazante como una pesadilla, cargada de deshonor, crimen y suciedad. Éste, bajando los ojos, susurró:

–Ya sabes que últimamente Carmina y yo no vamos bien.

–No, no sabía nada.

–Vamos a divorciarnos. Ya es casi seguro.

–Coño, Manolo, me dejas de piedra.

–Pues, ya ves.

Por un momento Floro temió que fuera a echarse a llorar.

–Todavía compartimos el piso, pero ya no nos hablamos. No te puedes imaginar lo duro que es.

–¡Coño, coño, después de tanto tiempo! Casi no lo puedo creer.

–Tampoco yo. A veces tengo la impresión de que se trata de un mal sueño y que me voy a despertar. Pero las cosas son así, me deja. O mejor dicho, me ha dejado ya. Tú eres la primera persona con la que hablo de esto y me resulta muy difícil, no sé si me entiendes. Hasta ahora nadie lo sabe.

–Pero, entonces, ¿qué fue lo que os pasó? A lo mejor todavía tiene arreglo, en estas cosas no hay que precipitarse.

–No, no tiene arreglo, ya llevamos dos meses así, y no depende de mí. Hay otro. Tiene un amante. Un hijo de puta ocho o nueve años más joven que ella, que la tiene dominada como a una marioneta.

–¿Lo conozco yo?

–No, no lo conoces –mintió–, no es de nuestro ambiente, pero se le ve a la legua que huele el dinero y se lo va a sacar, la tiene embobada, y para eso primero tienen que librarse de mí, quitarme lo que puedan. Ella se va a dar el batacazo más grande de su vida, ya se lo advertí, pero ahora se siente muy segura, no es la misma de antes. Y se ha vuelto contra mí. Me consta que está preparando el divorcio desde hace tiempo, ha pedido en el banco certificados de las cuentas y no sé lo que están tramando entre los dos. Ya no puedo fiarme de ella, desde que está con ese tío parece otra persona.

–Oye, si quieres que yo hable con ella…, a lo mejor recapacita y se trata sólo de una aventura pasajera.

–No, no, ya es tarde, imposible, no queda más salida que la separación. Pero lo peor de todo es que no acaba de marcharse de casa, pasa unos días fuera y luego vuelve. Y yo tampoco puedo irme, me demandaría por abandono de hogar, lo tienen todo muy bien pensado. La verdad, no sé qué hacer.

–Chico, no sé qué decirte, lo mejor será que consultes con un abogado.

–Sí, eso es lo que haré. Pero mientras tanto quiero pedirte un favor. Que me guardes esta cartera durante unos días. Son papeles míos, algunos muy íntimos y personales, y además la escritura del piso y otros documentos que no puedo permitir que caigan en sus manos. En casa no los puedo tener. Y en el periódico tampoco, ya sabes cómo es una redacción.

–Si se trata de eso, por mí no hay ningún problema.

Manolo comprobó que el tirador de la cremallera quedaba bien sujeto en la cerradura del portafolios y se lo tendió.

–No tengo a nadie en quien confiar, Floro, sólo en ti. Siempre fuimos buenos amigos. Ya ves en qué situación me encuentro.

Floro inspeccionó los cajones de su escritorio. En el tercero, bajo un montón de papeles y cuadernos prolijamente desordenados, guardó la cartera de piel.

–Aquí estará segura, no te preocupes.

Durante los minutos siguientes Manolo Arbeyo envolvería a Floro con el meloso aroma del agradecimiento y la amistad. A quienes le conocimos no nos resulta difícil de imaginar: Arbeyo te introducía en un jardín de palabras y sentimientos cruzados, del que no podías salir sin dañarte a ti mismo. Sólo si tenías suerte llegabas a descubrir tu condición de prisionero, pues, aunque sus halagos te iban cercando como rejas, en su boca no parecían sino afirmaciones de sentido común, presuposiciones favorables acerca de ti mismo que aceptabas sin más, virtudes tales como la lealtad, la amistad, la compasión, que

nadie negaría poseer. Y, de pronto, descubrías que estabas por completo a su merced, que no podías negarle lo que te pidiera. El masaje emocional a que te había sometido sin apenas darte cuenta, las presuposiciones que uno había aceptado por omisión, los halagos encubiertos, formaban un laberinto de premisas que te dejaban sin argumentos y, lo que es peor, sin fuerza moral para oponerte a quien te tenía en tan alta estima. Se trataba, por supuesto, de un estilo artero y aborrecible, pero muy sutil y, por lo que sé, consustancial a su carácter, uno tenía la impresión de que siempre quería sacarte algo, obtener algo de ti, usarte o dirigirte en alguna dirección, aunque él mismo no supiera en cuál. Quizás pensaba que en eso consistía vivir, quizás no tuvo la ocasión de saber que en la vida humana hay algo más que dominación. Y también podemos imaginar su soledad de aquella noche, en casa de Floro. La pena y el fracaso de un hombre que no tiene a quien recurrir. Y su rencor. Acaban de entregarle dos millones de pesetas a cambio de su silencio, pero él sabe que son a cambio de su mujer y no es capaz de entender por qué sufre ese castigo, por qué la abyección innecesaria de aceptarlas, por qué el dinero es el único valor ante el que se siente de verdad inerme. Ni siquiera había abierto el sobre para contar los billetes. Desde el primer momento supo que no podía llevar aquel dinero al banco, Carmina y él aún tenían la cuenta compartida y, sobre todo, porque podía tratarse de una trampa. Se limitó a guardarlo en la cartera junto al resto de los papeles. No era codicia lo que le empujaba hacia el dinero, sino simple sumisión, como a todos los que han padecido la enfermedad de la pobreza durante generaciones. Y ahora se sentía doblemente ofendido, por la humillante tiranía del dinero sobre su voluntad y también porque le habían robado a Carmina. Pero, además, algo se estaba rompiendo en lo más profundo de su alma, algo que ni siquiera el rencor conseguía aliviar: ella ya no le ama. Y sabe que es irreparable, que aunque volviera a tenerla bajo su control y sometida a sus argumentos nada cambiaría. Es otra mujer, distinta, inaccesible. Se lo perdonaría todo si pudiera albergar alguna esperanza, pero el espejo de la ilusión ya está quebrado y entre sus trozos se abre paso el desconsuelo. Menos mal que aún le quedan reservas de rencor, de odio, de venganza. De otra forma no hubiera logrado reunir las fuerzas suficientes para salir de aquella habitación sin echarse a llorar.

Poco después de marcharse Arbeyo, sonó el teléfono. Era Adelina Valle. O, mejor dicho, un hilo de su voz:

–Floro, por favor…

–Sí, dime, dime. Ahora mismo estaba pensando en ti. Iba a llamarte en este mismo instante, ha sido telepático.

–Necesito verte.

–Yo también a ti, no dejo de pensar en ello desde que nos separamos.

–Ahora.

–¿Ahora?, ¿quieres que nos veamos ahora mismo?

–Sí, por favor, ven a mi casa. Necesito hablar contigo. Y también que me abraces.

–Voy inmediatamente. Te quiero. No te preocupes por nada, enseguida estoy ahí. Oye, ¿y cómo entro?

–Llama al timbre. No te preocupes por mis padres, ya se han acostado y no los despertarías aunque entraras tocando el tambor en su habitación. En cuanto se quitan el audífono no son de este mundo. Y con él puesto, casi lo mismo.

El rasgo de humor de Adelina disipó un poco la alarma que le había causado su tono inicial. Salió en busca de la gabardina. En el salón, su madre y su tía dormitaban frente al televisor, eran las doce menos cuarto. Entonces lo pensó mejor. Regresó a su cuarto, se duchó, se afeitó y se perfumó como una hetaira. Se puso el traje de cheviot que le gustaba a Adelina y se calzó los botines nuevos, preciosos, regalo de su madre, ceñidos al tobillo con largos cordones. La primera noche juntos. Por fin. Recordó que no tenía preservativos. «No importa –se dijo animosamente–, buscaré una farmacia de guardia.» Cuando salía de casa sonaban las doce en el reloj del salón. Era prodigiosa su capacidad para cambiar de humor en tan sólo quince minutos, e incluso de personalidad.

Hasta ese momento el noviazgo de Floro y Adelina había transcurrido según el reglamento, es decir, siguiendo las acendradas pautas de una ñoñería provinciana que ya estaba caduca incluso cuando ellos tenían veinte años. Sin embargo, ambos eran tan tímidos e inexpertos en las lides amorosas, o tan faltos de carácter para imponerles un rumbo propio, que dejándose llevar el uno al otro sin resistencia ni voluntad pronto se vieron arrastrados hacia las costumbres más pacatas. A cualquiera de los dos, por separado, le parecían trasnochadas y ridículas, pero ambos consentían en ellas por pura amabilidad y condescendencia, creyendo que era el otro quien las prefería. La moral de mesa camilla y sacristía, ominosamente escondida en la palabra «noviazgo», emergía de su letargo sin que ellos apenas se diesen cuenta y los arrastraba con su inercia hacia rituales de cortejo aburridísimos, melindrosos, corteses, perversamente castos. Pero todos los rituales les gustaban: merendar chocolate y bollos suizos en el Peñalba, pasear por el Campo San Francisco cogidos de la mano al anochecer, besarse en el cine sin sentirse

culpables de su edad. El suave otoño contribuía a esa liturgia con su acreditada elegancia de color magenta y al atardecer la ciudad se mecía apaciblemente en su cuna de lluvia, se volvía tierna, íntima, los pavimentos emitían reflejos de bronce bajo las farolas, los viejos edificios de piedra susurraban antiguas canciones de agua en los oídos de los viandantes, etcétera. Todos los días, a las siete y media, mientras esperaba que Adelina saliera de la biblioteca, Floro deambulaba un rato por el entorno de la plaza del Fontán, la universidad, con su vieja torre dorada, las arcadas del ayuntamiento, la Rúa, San Tirso, la Corrada, y nunca dejaba de sentirse conmovido por aquellos rincones, tan antiguos y tan infantiles a la vez, tan delicados y tan sólidos, tan proporcionados a los requerimientos estéticos de su cortejo y a las nostalgias de su corazón. Adelina salía de la biblioteca y se quedaba parada en la puerta, el bolso colgando del hombro, el paraguas bajo el brazo, el pañuelo sobre el pelo, si llovía. La veía escrutar el aire con esfuerzo y a Floro se le erizaba la piel. Antes de acercarse, prolongaba esos instantes de ternura mientras ella, con el cuerpo levemente inclinado hacia delante, le buscaba sin éxito en la penumbra de la plaza. Tenía una figura esbelta, las caderas redondas y, sobre todo, unas piernas perfectas. Usaba zapatos de medio tacón. Floro la percibía con la misma conmoción con que percibía los viejos rincones de la ciudad, como si ella fuera su prolongación, su continuidad natural, una síntesis emocional de nostalgia y deseo, infancia y sexualidad, permanencia y vértigo. Adelina Valle olía a color morado: lilas, violetas, azucenas, quién sabe. Su perfume le llegaba directamente a la trastienda del corazón, donde se acumulaban tantos muebles viejos: pupitres manchados de tinta, el mapa de España colgado en la pared, el aroma de las gomas de borrar, el valor indeleble de la lealtad y de la honra. La amaba sin reservas y, para colmo, daba la casualidad de que Adelina era su novia. Mientras avanzaba a su encuentro en el zaguán de la biblioteca, Floro Santerbás experimentaba un profundo sentimiento de gratitud hacia el destino. Y también un oscuro miedo.

Había dejado el Seat Ibiza justo frente a su casa, los cristales seguían empañados de vaho. Puso la calefacción a tope y salió disparado en busca de una farmacia de guardia. Con el coche en segunda, ya medio lanzado, pisó el freno. A fondo. La farmacia Carrascosa estaba abierta. El coche se deslizó sobre la calzada mojada produciendo un chirrido cinematográfico, pero en línea recta, sin golpe final. Floro saltó fuera con decisión, ni siquiera se preocupó de cerrar la portezuela, en cuatro pasos se plantó frente a la farmacia. La manceba había acudido a la

puerta, sobresaltada por el frenazo, y observaba sus movimientos a través de la ventanilla de seguridad; el establecimiento estaba enrejado como una prisión. Los drogadictos eran una constante pesadilla y habían logrado que el gremio de la botica tratase a toda la población como drogadicta y a partir de las diez no te despachaban sin receta, ni siquiera por la ventanilla acorazada. Pero nadie lleva receta para comprarse una cajita de condones y todo el reglamento de farmacia pasó por la mente de Floro en un solo instante, con sus disposiciones transitorias incluidas. La manceba abrió la puerta y preguntó alarmada:

–Floro, ¿le ocurre algo a tu madre?, ¿quieres que llame a una ambulancia?

La farmacia Carrascosa quedaba a cuatro portales de la zapatería Las Novedades, lo cual produjo en Floro un gran desaliento.

–No, no, gracias, Remedios. Mi madre está bien. Es para mí, tengo unos ardores de estómago que no me aguanto.

–Ah, bueno, entonces no hay problema. Pasa, te voy a dar unas pastillas que son buenísimas.

Remedios estaba embarazada de seis meses. Floro la recordaba en ese estado desde tiempos inmemoriales, siempre embarazada de seis meses, en su opinión debería tener al menos quince hijos. ¿Cómo pedirle una caja de condones? Al día siguiente le comentaría a doña Rosa: «Por cierto, ayer a las doce de la noche vino Florín a la farmacia». «¿Sí?; ¿y qué quería?» «Condones. Quería condones.» Y su madre: «¿Condones?». Y las dependientas de la tienda: «¿Condones?». Y las clientas de toda la vida: «¿Condones?», y los comerciantes, camareros y vecinos de la calle Melquiades Álvarez: «¿Condones?», y comenzaba así una detestable escena de comedia musical titulada *Los condones de Floro,* y barberos, carniceros, cristaleros, los abogados del 18, el dentista del 13, su enfermera, su esposa, todos bailando por el centro de la calle Melquiades Álvarez cogidos de la cintura y levantando las piernas con muchísima elegancia mientras cantaban: «¡Condones, condones, condones!, ¡Floro quiere un condón!, ¿por qué, por qué?, no sé, no sé, ¡son cosas del amor!, ¡condones, condones, condones!». Y él se sentía muy desdichado.

Veintitrés

Al recibir la noticia de que su padre era un asesino, Rodrigo de Almar se puso muy contento. Álvaro le refirió sin omitir detalle los truculentos asesinatos de don Carlos Omaña y su hija María Guadalupe, las argucias legales de que se habían valido su padre y el tío Álvaro para apoderarse de sus fincas y la lamentable pérdida de los documentos a la muerte de éste. Rodrigo no ocultó su alegría, ni siquiera intentó disimularla. La catadura moral de su padre parecía tenerle sin cuidado, pero no así el secreto que caía de improviso en sus manos. En el laberinto familiar de los Almar, un secreto de esas características bien administrado podía valer más que una fortuna y, de hecho, su único comentario valorativo fue:

–Lástima que no tengamos esos papeles en nuestro poder, Álvaro, pues se iban a enterar de lo que vale un peine. De todas formas, creo que haremos grandes cosas.

En los días siguientes, Rodrigo dejó sus clases en la Escuela de Artes, emprendió obras en el ático, llamado mansarda a partir de ese momento, y se compró un BMW: por fin había logrado liberarse de la humillante tiranía económica de su hermano Íñigo. Desde su regreso de la cárcel, o donde quiera que hubiera pasado los años anteriores, su familia lo había mantenido confinado en un severo estatuto de desconfianza, lo trataban como a un menor de edad o a un enfermo mental, en todo caso, como a un irresponsable. El anciano don Ignacio había delegado en su hermano mayor todo lo referente a su asignación, bajo criterios muy estrictos, y en ningún caso le permitieron participar en los negocios de la familia. Esa situación cambiaría por completo aquel mes de septiembre, no sólo en lo concerniente a los recursos económicos, sino en algo mucho más importante: su padre lo convirtió en su confidente. Rodrigo descubrió que él era el único miembro de la familia que estaba en el «secreto», el único que conocía de verdad al anciano patriarca, aquel dechado de bondad que lagrimeaba en cuanto oía tremolar a una mezzosoprano. Sin embargo hay ciertas cosas de las que es imposible estar seguro. Me refiero a la familia Almar y en especial a Rodrigo. Ya he mencionado que lo encontrábamos cambiado desde que regresó de California pero, pensándolo mejor, el cambio quizás se produjo cuando accedió al «secreto». Y también es posible esto otro: que en él no hubiera cambio alguno. Que lo que cambió fue nuestra manera de mirarle desde la

memoria, el lugar donde nos colocaría lo que después supimos o, mejor dicho, la descolocación que nos produciría ese conocimiento moviéndonos el piso bajo los pies. Y con el piso, el entendimiento y también los afectos. Sobre todo a mí.

Durante el refrigerio, Rodrigo me prestó mucha atención, estuvo muy amable conmigo, más de lo que solía, y no sólo por la tarde mientras jugábamos la partida de billar en el ático, sino también después en la fiesta, cuando los salones de su casa ya habían sido invadidos por una selecta multitud vestida de etiqueta. Yo no pensaba bajar, pero él insistió con desusada vehemencia, incluso temí que se ofendiera. A esas horas, ni mi ánimo ni mi mente me ayudaban, tenían bastante con mantenerse a flote como para pedirles un apoyo. De todos los amigos supuestamente invitados a la cena del ático, sólo se habían presentado Aníbal Rico, con una acompañante vestida de lentejuelas, y dos muchachos gays muy simpáticos, a quienes yo no había visto nunca. Los dos parecían muy familiarizados con la mansarda y con la cocaína. Floro se había marchado sobre las nueve, para acompañar a Adelina a la ópera, y Álvaro Atienza había desaparecido sin despedirse poco antes de la medianoche. Desde el ático oíamos sin esfuerzo la música y el rumor de las voces procedentes del jardín. Rodrigo comentó con sorna:

–¿Oís? Durante la próxima media hora tendremos la ocasión de deleitarnos con la famosa selección de arias de mi padre. Si lo saludáis, no dejéis de elogiárselas, se infla de orgullo como si fuera él quien canta. Sobre las dos vendrán los duetos y después su terrorífica selección de coros, pero a esas horas ya se habrá metido en la cama, lo hace sólo para vengarse de los que siguen en la fiesta.

El refrigerio poseía su ritual y los dos jóvenes amigos de Rodrigo estaban deseando bajar a los salones, también Aníbal Rico. Según norma de la casa, los fotógrafos de prensa se retiraban a la una en punto y siempre cabía la posibilidad de salir de refilón en el periódico del día siguiente o en el huecograbado de alguna revista del corazón. Rodrigo los animó:

–Nosotros os seguimos en cuanto nos cambiemos de ropa.

En ese momento yo ya carecía de toda capacidad de resistencia. No sólo por lo que me había metido desde las cinco de la tarde, aunque también, pero no sólo. Había en mi alma un eco de marfil que me defendía de la desdicha de pensar. En la última partida, la buena, la de desempate, hice una tacada de ciento catorce carambolas, justo las que nos quedaban para terminar. Y no quise seguir, pese a que los tres me animaban a marcar un récord. Nunca había pasado de las sesenta. Pero me negué a continuar tirando, no por miedo a fallar en la

siguiente, ni por un prurito de orgullo o por sentir que me abandonaba aquel estado de conciencia corporal. Era una sensación de liviandad y flotamiento que me permitía circular por otros espacios de la conciencia sin tropezar con ningún obstáculo mental, mis brazos actuaban con autonomía, mi cuerpo se movía grácilmente por el perímetro de la mesa, daba tiza al taco, golpeaba la bola con temple y precisión, escuchaba un amable chasquido de marfil y también la voz amable de Floro, que enumeraba: «Ochenta y cuatro, ochenta y cinco…». Al llegar a las ciento catorce, dejé de tirar. Rodrigo me insistía: «Ánimo, hombre, sigue, precisamente el día del estreno de la mesa. Te prometo que pondré una placa con tu nombre y la fecha de hoy; hasta que alguien consiga batir tu tacada, este 5 de noviembre será un día memorable». Pero me negué. Fue un acto de pura libertad del que aún hoy me siento satisfecho. No apurar la suerte con exigencias vanas, no mostrar codicia ante su regalo, sino al contrario, generosidad, largueza, desprendimiento, ponerse a la altura de su favor para saberlo merecido. Y, al negarme a seguir, me sentí libre, es decir, dueño de mí mismo. Lo necesitaba. Porque, allí mismo, entre mis amigos, había demasiadas cosas que quedaban fuera de mi control y de las que yo, pese a ignorarlas, o quizás por eso, me sabía dependiente. Habían sido simples carambolas, lo sé, un simple juego, pero para mí no fue tan simple. Mi cuerpo se había plegado dócilmente a la anatomía del billar, había asumido sus normas, se había dejado penetrar por su razón geométrica y durante cierto tiempo yo fui un simple nexo entre la inmovilidad y la sucesión, una capacidad para animar lo inerte, un alma concertada con las cosas. Las bolas chocaban y se detenían esperando mi nueva intervención y luego rodaban otra vez como si fueran notas musicales y yo percibía que tenían sentido y que mi cuerpo estaba engarzado a ese sentido, quizás a su servicio, sin pensar. Y al terminar dije: «Se terminó». Y ya no tiré más. Fue un momento de plenitud y liberación, como si hubiera terminado de pagar una deuda, o aún más, como si le hubiera hecho un regalo a un desconocido, como si acabase de sembrar las semillas de mi última naranja en un terreno virgen, al que no regresaría jamás, para que alguien ajeno disfrutase de su dulzura en el futuro y diese gracias a la tierra, sin saber que la tierra era yo. Luego, mucho más tarde, ya en la fiesta, recuerdo la fuerte impresión que me causaron los salones de la planta baja, iluminados por grandes arañas refulgentes, decorados con gran profusión de camareros y muebles de estilo inglés, caballeros de smoking impecablemente famosos y afeitados, damas vestidas de larga seda vertical, la cual, en un mágico alarde de diseño, no les impedía exhibir estilizadas piernas. Rodrigo

me había prestado una camisa blanca, una chaqueta de terciopelo azul y una corbata de lazo, también de terciopelo, ambos tenemos una estatura similar, y el hecho de continuar con mis pantalones vaqueros no pareció significar ningún desdoro, él mismo se puso unos con el smoking y no creo que lo hiciera por solidaridad. Tenía la piel bronceada como si aún estuviéramos en el mes de agosto, le brillaba el pelo, ondulado e inmóvil, y también los ojos; eran tan negros que apenas se le notaba la dilatación de las pupilas, parecía rebosar salud. Poco antes de bajar se había puesto otro pico, yo decliné la invitación, ya tenía bastante con lo mío, no habíamos parado de beber, fumar y meternos rayas desde las seis. Nos habíamos quedado los dos solos en el ático, decidiendo el asunto de mi ropa, se le veía relajado, muy afable y, en cierto momento, me hizo una extraña confidencia, si bien no estoy seguro de que él la tomase como tal, su tono era neutro, más propio de un comentario intranscendente que se le acababa de ocurrir:

–¿Sabes que mi hijo Pepín no es hijo mío?

Mi capacidad para expresar perplejidad estaba bastante mermada.

–Es el hijo menor de mi hermano Íñigo, creo que me inventé toda esa historia. Llamarle Arjuna. Eso sí, era propio de Merche.

–¿También ella fue una invención, los viajes a la India y todo aquello?

–No, no, de eso tengo pruebas fehacientes, quiero decir, pruebas objetivas. Han quedado huellas, marcas, heridas, cosas que no pueden borrar ni los electroshocks. Merche era especial, energía pura, un regalo constante, como la luz. No le importaba que la quisieras o la odiaras, jamás sintió que le debiera nada a nadie, no sé si me explico, era pura libertad y te la contagiaba. En realidad yo estaba mucho más colgado de ella que del caballo, ella era más fuerte.

Desde el jardín llegaban nítidos los acordes de un chelo.

–En la carpa hay un cuarteto de cámara, tocarán hasta las dos. Después música ligera hasta el amanecer, siempre es así, Íñigo se trae al disc jockey del Oasis. Pero no, lo único que me inventé fue lo del niño. Nunca se me había pasado por la cabeza tener un hijo y ya ves, de repente te lo encuentras en la fantasía. Un día, sin apenas darte cuenta, hablas de ello y la fantasía se convierte en una mentira. Y las mentiras son muy exigentes, te obligan mucho, tienen una lógica interna que te arrastra y no es fácil librarte de ellas. No por lo que digan los demás, sino por uno mismo, terminas por no estar seguro, parece increíble que uno pueda llegar a engañarse a sí mismo hasta ese extremo, pero así es, si por alguna razón la historia te conviene, te la crees a pies juntos. Mira a Floro, se casa con Adelina Valle tan feliz, como si los dos hubieran estado dormidos durante los últimos veinte

años, un día se despiertan y aquí no ha pasado nada. ¿No es mejor para ellos contarse la trola de que todo fue un sueño, en vez de reconocer que han dilapidado veinte años? Un sueño, una fantasía, un pequeño equívoco, ¡qué más da!, la cuestión es creer aquello que puedes soportar. Lo insoportable te hace desaparecer.

Sonreía afablemente. Daba la impresión de no conferir ninguna importancia a sus palabras, totalmente carentes de énfasis, yo no estaba seguro de si hablaba en serio o en broma, en sentido figurado o literal, y no sabía qué responderle, aunque él no pedía ninguna respuesta, ni quizás tampoco la esperaba.

–Por eso me gusta tanto el *I Ching,* su sabiduría es flexible, te permite eludir lo insoportable, una metáfora jamás puede ser una mentira y, sin embargo, también te abre una puerta de salida.

Por momentos aparecía en su rostro la misma expresión de iluminada rebeldía que yo le recordaba cuando era un adolescente, un gesto de decidido ataque que te echaba hacia atrás. Nunca había pretendido ser un teórico o un poeta, como el resto de nosotros, no especulaba con las palabras, pero a veces hacía cosas que causaban miedo. Le vi torear coches en una carretera oscura, escalar la pared de una casa, lanzarse contra las olas una noche de invierno, su sentido de la libertad era puramente físico, corporal, algo que debía ser vivido como un reto atlético, experimentado como una función intestinal, un impulso de ruptura que era mucho más que simple excentricidad y parecía surgirle de la masa misma de la sangre.

Salimos al rellano y pulsó el botón del ascensor. Por el hueco de las escaleras llegaba muy atenuada la voz de Pavarotti.

–Y el caso es que, a veces, no estoy muy seguro.

–¿Seguro de qué?

–De lo del niño, que sea una mentira.

–No te entiendo.

–Quiero decir que a veces me parece real, que recuerdo su nacimiento, pequeños detalles de su cuna, los pañales por la casa, el vientre de Merche, cosas minúsculas, como si me hubieran sucedido de verdad. Pero, bueno, ya sé que no, me lo han demostrado, me han dado pruebas. En esa época, cuando murió Merche, yo estaba muy mal, me pasé muchísimo, como si me hubiera caído en un pozo de betún, apenas recuerdo nada de todo aquello, fue demasiado vertiginoso, confuso. Y, la verdad, tampoco tengo mucho interés en recordarlo. No vale la pena.

Los salones de la primera planta rebosaban luminosa joyería sobre escotes y orejas, caballeros provectos y de mediana edad fumaban con moderación, un ejército de camareros danzaba entre los grupos

portando grandes bandejas de plata llenas de cristalería y canapés. La selección de arias, orgullo de don Ignacio de Almar, apenas era perceptible bajo el sordo oleaje de las conversaciones, pero no destacaba ninguna voz singular, quizás porque la noche aún era temprana, quizás porque las personas importantes sólo generan discreción y prudencia, incluso cuando hablan a la vez. Rodrigo me precedía repartiendo saludos aquí y allá, se detenía e intercambiaba palabras inaudibles, apretones de manos y besos en las mejillas que ocasionalmente también caían sobre mí por la exclusiva eventualidad de encontrarme a su lado, en ningún caso nadie escuchó mi nombre durante las presentaciones ni mostró el menor interés al tenderme la mano o al ofrecerme el rostro con exquisito cuidado de no rozar el mío. Al fondo del tercer salón, mucho menos concurrido que los otros, don Ignacio de Almar conversaba con un grupo de personas en torno a un velador. Rodrigo avanzó hacia ellos, como si hubiera estado buscándolos desde el principio. No le seguí. Aproveché el paso de un camarero para elegir un whisky en su bandeja y me quedé parado donde estaba, casi en el centro geométrico del salón. A los pocos segundos comencé a tomar conciencia de la importancia del vaso en mi mano. Era mi única protección en la intemperie de gente que me ignoraba. También tuve conciencia de mis pies, no sabía dónde ponerlos. Era una sensación absurda, por momentos temía que actuasen por su cuenta, que me llevasen hacia un lugar impropio o que simplemente no sostuviesen mi cuerpo y me dejasen caer derrumbado sobre la alfombra. Como si me encontrase en el punto de mira de un francotirador psicópata, empecé a sentir la necesidad imperiosa de buscar un refugio. Nadie me miraba, pero me invadía una sensación mestiza de peligro y vergüenza que no podía soportar, no tanto por el elegante desdén que emanaban aquellas personas, acostumbradas a no mirar jamás a nadie –a la vez que te hacían llegar el sinuoso mensaje de que no te miraban–, cuanto porque me sentía culpable de darles la oportunidad de hacerlo conmigo, por estar allí, ocupando el lugar del intruso, tan necesario y gratificante para confirmar la geometría social de quienes están contentos de saberse en su sitio, y tan mortificante para quien se descubre de pronto desplazado, es decir, para mí. Tenía la sensación de que se agrandaba el vacío a mi alrededor, el rostro me ardía, me sentía perdido y vulnerable, culpable e insultado y, a la vez, incapaz de dar un paso en ninguna dirección, aferrándome al vaso como otros se aferran a la doctrina de Carlos Marx o a citas de la Biblia para mantenerse en pie, como si el vaso poseyera el poder de otorgarme un lugar en el mundo. Y quizás lo tenía, al menos su contenido. Lo apuré de un trago e

inmediatamente un camarero me lo sustituyó por otro. Le di las gracias y el hombre se apiadó de mí. «Si busca un asiento –me dijo–, allí, detrás del piano, hay uno libre.» Era un hombre mayor, de pequeña estatura, la chaquetilla blanca le quedaba demasiado holgada, se veía que no era suya, quizás le habían contratado sólo para esa noche. Tuve que reprimir el gesto de abrazarle, pero estoy seguro de que él lo entendió.

El piano de cola tenía la tapa levantada y, en efecto, ofrecía un refugio perfecto para desaparecer. A mi derecha, a través de una puerta acristalada podía observar el pasillo entoldado que atravesaba la terraza desde el salón central hasta la escalinata, por donde los invitados accedían a la gran carpa del jardín. Iban y venían en un flujo incesante, en parejas o en pequeños grupos, marchaban en fila para protegerse de las débiles ráfagas de lluvia que apenas mojaban la tira de moqueta tendida bajo el techado y todas las mujeres, sin distinción de edad, se recogían la falda con ademán gracioso, aun cuando llevaran vestidos cortos. El piso de la terraza reflejaba la luz como si fuera de charol y, en mi rincón, detrás del piano de cola, todo estaba bien. Aún no eran las dos. Al otro extremo del salón, Rodrigo charlaba animadamente con el grupo de personas que acompañaban a su padre, pero todos quedaban eclipsados por el rostro de una mujer. Movían los hombros, las manos, los labios, las cejas, seguramente pronunciaban frases ingeniosas, se reían, pero no importaba, toda la atención recaía sobre Aurora Rivalta, como si su rostro estuviera iluminado por un foco y los demás a oscuras. He oído decir que es totalmente estúpida, pero no lo creo. La acusan de ignorante, de insustancial y vacua, incluso de mudez. Es imposible. Y además, ¿qué importancia tendría, si uno no puede apartar los ojos de su cara? Nácar, porcelana, y ya no digo más. No es de extrañar que su marido, don Manuel García Baltasar, haya adquirido fama de titán. Don Ignacio de Almar, de blanca y espesa cabellera, tenía ojos de agua, se le veía anciano, más delgado de lo que yo lo recordaba, pero no enfermo. Íñigo parecía atormentado por la cinturilla del pantalón y su mujer saturada de insignificancia al lado de aquella diosa. También formaba parte del grupo el catedrático don Leandro Sesma. Si consigno ahora su presencia no se debe a que entonces hubiera reparado en él, estoy seguro de que habría olvidado por completo al viejo carcamal, pero Manolo Arbeyo sería asesinado esa misma noche, al amanecer, y su muerte reordenó más tarde mis recuerdos y me obligaría a reconstruir ese pasado de otra forma y a rescatar materiales antes insignificantes, simples cascotes de olvido. Quizás siempre ocurre así con la memoria, una reconstrucción, quizás el

tiempo mismo no sea más que eso, una edificación sobre un terreno que ya no existe, que ya pasó, una especie de arquitectura de la muerte, pues fue la muerte de Arbeyo la que me hizo recordar a don Leandro Sesma en el refrigerio y relacionar estas nimiedades: que esa misma tarde Manolo Arbeyo le había entrevistado para su periódico con motivo de su jubilación en la universidad, entrevista que jamás se publicó, que don Leandro había sido un hombre de confianza de los Almar, hasta el punto de firmar como testigo en múltiples transacciones cuando no era más que un simple abogadillo a su servicio, que ahora estaba allí, en el círculo íntimo de los próceres, y parecía reventar de satisfacción.

Al cabo de un rato, Rodrigo cruzó el salón sin titubeos hasta mi refugio, sin duda me había visto en el momento de esconderme. Le hice un sitio a mi lado en la banqueta del piano y sin ningún preámbulo formó dos largas rayas de coca sobre la tapa del teclado, luego me tendió la papelina.

–Toma, quédatela, yo tengo más.

El tablero levantado del piano nos dejaba a salvo de miradas. Movió los ojos hacia cierto lugar del salón.

–¿Te has dado cuenta?, Carmina parece una cantante pop.

No me había fijado en ellos, pero era seguro que tampoco ellos me habían visto a mí, toda su atención se centraba en la mesa de los Almar, Aurora Rivalta y García Baltasar. Estaban de pie, a cuatro o cinco metros del grupo, vigilantes, tensos, expectantes, dispuestos a atender la menor señal, pero nunca dirigían la vista hacia sus jefes y, por así decir, parecían obedecerles de perfil, como si los ojos de la sumisión estuvieran colocados sobre las sienes. Borja Molina llevaba un smoking gris perla, nadie lo hubiera imaginado vestido de otra forma, pero a Carmina Arbeyo resultaba difícil reconocerla bajo la sutileza del maquillaje. El cabello ondulado y sedoso caía con naturalidad sobre sus hombros desnudos, quienquiera que hubiera sido el peluquero había logrado una proeza con su pelo de paja. Llevaba un vestido de lamé negro por encima de las rodillas y parecía aturdida, confusa, como si no acabara de asimilar las miradas de los hombres que pasaban a su lado, unas miradas novedosas que la hacían demasiado consciente de su propio cuerpo y le impedían fijar la atención en otra cosa que no fuera ella misma, la abrumaban, la paralizaban, no sería raro verla caer desde los altos tacones si bajaba la guardia, estaba demasiado guapa para poder caminar y pensar a la vez en otra cosa. Les acompañaba un hombre mayor, de rostro enjuto y arrugado, con aspecto de ser persona fúnebre o enfermo del estómago, ninguno de los tres hablaba, ni siquiera se miraban entre sí,

como si estuvieran de guardia, parecían guardaespaldas. Y quizás lo eran. Rodrigo los señaló con la cabeza.

–Es un tipo interesante, ese Molina. Parece tan candoroso e inocente que resulta imposible fiarse de él. La verdad, es un chico muy guapo y de buenos modales, pero un día le vi comer una tostada y me dije, cuidado, esta cara de ángel esconde un canalla. Tendrías que verlo: primero extiende la mantequilla con tal uniformidad que parece estar preparando un lienzo, no le importa emplear diez minutos en la tarea. Luego hace lo propio con la mermelada, la pasa y repasa con el cuchillo, deshace los grumos y la extiende cuidadosamente sin dejar un solo espacio vacío y, cuando ya está alisada como un azulejo, la trocea en cuatro partes exactas y cada trozo en dos, ocho en total. Entonces comienza a llevárselos a la boca con el siguiente método: un trocito de tostada un sorbito de té, un trocito de tostada un sorbito de té, jamás se come dos seguidos y antes de cada sorbito de jilguero se limpia los labios con la servilleta, sin fallar una sola vez. De una persona que hace eso es imposible fiarse. ¿También te contó a ti que su padre era general del cuerpo de ingenieros? No es cierto, su padre era comisario de policía. Quien sí fue general es ese tipo fúnebre que está a su lado, Amalio Ventura, un fanático de cuidado, salió o fue expulsado del Ejército por la puerta falsa poco después del 23-F. Es padrino de Molina, pero no sé si de pila bautismal o en sentido figurado.

Rodrigo me dejó solo de nuevo y se perdió en la fiesta. Se estaba bien allí mirando sin ser visto, como en la televisión, el camarero compasivo me renovaba la bebida, no sé por qué aquel hombre y yo simpatizábamos, aunque no volvimos a intercambiar palabra, me trajo un cenicero, se veía que me había nombrado su invitado favorito, la chaquetilla le quedaba grande, quizás también él era un intruso, cuando nuestras miradas se cruzaban sonreíamos. En los tres salones se veían rostros famosos, otros conocidos en la ciudad, otros que te resultaban familiares, como de haberlos visto en alguna parte, en un café, en un cine, en la infancia; en el centro de un corro, la cabeza de un ministro del gobierno central escuchaba y sonreía. Salí a la terraza.

Había dejado de llover, el aire húmedo y frío resultaba muy reconfortante. Me alejé hacia el extremo donde había más oscuridad y noté que me tambaleaba, pero mi cabeza estaba despejada, me sentía bien, incluso un poco eufórico, las ciento catorce carambolas de la tarde aún resonaban en mi interior como alegres campanas. En la carpa ya había comenzado la música ligera, a través de la lona se adivinaban sombras que bailaban, voces, risas. Me apoyé sobre la balaustrada y sentí el mármol mojado en las palmas de las manos, me

gustó. Entonces los vi. Álvaro Atienza y Rodrigo aparecieron de pronto en el campo de luz de la carpa desde algún lugar del fondo del jardín y se dirigían hacia la esquina de la terraza donde yo me encontraba. Me eché hacia atrás instintivamente, pero no hubiera hecho falta, caminaban con la vista clavada en el suelo para evitar los charcos y en ningún momento levantaron la cabeza. ¿De dónde podrían venir? Recordé la cabaña del jardín. En realidad no era una cabaña, pero había sido construida bajo los parámetros estéticos de Walt Disney para la proverbial «casita del leñador» perdida en el centro del bosque, puertas y esquinazos rematados con troncos, escalera exterior de piedra, tejado a dos aguas, ventanitas de Blancanieves en el piso superior, por lo demás muy amplio y apropiado para celebrar guateques, donde solíamos refugiarnos durante los refrigerios para escuchar rock and roll mientras en la casa sonaban interminables arias, hace ya tantos años. Una de aquellas noches remotas Covita de Almar y yo nos besamos allí con cierta insistencia, por casualidad, porque estaba oscuro y era tardísimo, yo tendría dieciocho años, ella veintidós y un escote enorme y collar de perlas y el pelo cardado y una decidida falta de pudor para acoger mis manos inexpertas. Nunca volveríamos a repetirlo. Ni siquiera volvimos a hablar, si es que aquella noche habíamos llegado a intercambiar alguna frase. Covita frecuentaba el Club de Tenis, tenía coche, pertenecía a otro mundo, si alguna vez nos cruzábamos en la calle o en el patio de la facultad, adiós, adiós, ella ya estaba en el último curso, luego se fue de la ciudad, se casó, ya se sabe cómo son estas cosas, dos vidas diferentes y alejadas una de otra, como antes del azar de los besos en la cabaña, besos perdidos en la memoria como islotes en el mar.

Rodrigo y Álvaro tomaron el estrecho sendero entre el muro de la terraza y la carpa y se detuvieron un momento, daba la impresión de que discutían, pero no les oí una palabra pese a que casi se encontraban a mis pies, la música de la carpa les tapaba la voz. Subieron a la terraza por la escalinata central y la cruzaron hacia los salones. Rodrigo no cesaba de hablar acercando los labios al oído de Álvaro, lo llevaba tomado por el brazo y por los gestos de su mano libre parecía tratar de advertirle o convencerle de algo, Álvaro no respondía. Me acerqué a una de las puertas acristaladas procurando no ser visto, Rodrigo ya estaba haciendo las presentaciones, García Baltasar y Álvaro se estrecharon la mano, Aurora Rivalta sonreía desde el fondo del corazón con la misma expresión exacta e inalterada, sin el menor desfallecimiento, en sus ojos refulgía el mismo brillo de alegría y sorpresa de unas horas antes, debía resultarle agotador. Don Ignacio de Almar y don Leandro Sesma ya no formaban

parte del grupo. García Baltasar hizo un gesto y el señor Ventura se le acercó, escuchó unas palabras y volvió junto a Molina y Carmina, quienes le escucharon a él durante un par de minutos y atravesaron el salón con pasos decididos en dirección a la calle, quizás con prisa. Álvaro no llegó a sentarse con el grupo. Íñigo y él hicieron un aparte y pasaron hacia el interior de la casa por una puerta lateral, seguidos por García Baltasar y el señor Ventura. Rodrigo se quedó dando conversación a las señoras, las hacía reír.

Bajé a la carpa. Era realmente un espacio enorme. Desde el interior parecía mucho más grande que vista por fuera, de las pértigas del techo colgaban estufas eléctricas que permitían a las mujeres mostrar los hombros desnudos y a los hombres bailar en mangas de camisa, allí se concentraba la población joven de la fiesta, bulliciosa y bien vestida, había adolescentes bellísimas. El baile se concentraba en un espacio lateral delimitado por cuatro grandes bafles, sobre la pista había un caleidoscopio giratorio que emitía luces de colores y ráfagas ocasionales de luz ultravioleta, los ojos, las dentaduras y las camisas blancas quedaban entonces suspendidas en el aire como la sonrisa del gato de Cheshire, sin cuerpo. Me abrí paso hacia el lado opuesto, en dirección al bar, allí había grupos que bebían tomándose un respiro, más allá, en una zona mejor iluminada, la gente conversaba sentada, como en un café, las mesas estaban vestidas con manteles blancos y en todas ellas, sin excepción, había una palmatoria de cerámica azul con una vela encendida, también azul, quizás debido a ese color tranquilo la música quedaba allí muy amortiguada.

Pedí una copa en la barra. Una voz de mujer pronunció mi nombre. Me volví, Teresa Atienza me saludaba desde el fondo de la carpa. Hizo expresivos ademanes para que me acercara. A la izquierda de Teresa, Adelina Valle fruncía el entrecejo en un esfuerzo inútil por distinguir mi cara. Me acerqué. Los cinco se sentaban en hilera, detrás de dos mesas juntas, como si formaran un jurado, a la derecha de Teresa había una mujer morena de hombros redondos y carnosos a quien no reconocí, Teresa le susurró algo al oído, seguramente mi nombre o algún otro detalle acerca de mí. Era Covita de Almar. Más a su derecha, ya en la otra mesa, su marido y Floro mantenían una conversación aparte. Tras los saludos, Teresa me observó detenidamente y me miró a los ojos con afecto.

–¡Cuánto tiempo, pero cuánto tiempo! Dicen que esta ciudad es muy pequeña y luego nunca coincides con nadie. Claro que yo salgo muy poco. Ven, siéntate un rato con nosotras.

Con aquel «nosotras», Floro y el marido de Covita quedaban declarados como ausentes, enseguida me di cuenta de que los dos

estaban bastante borrachos.

–A que no me reconociste –dijo Covita–, ¿verdad que ya no te acordabas de mí?

–Me acordaba perfectamente, estás igual de guapa que siempre.

–Mentiroso. El tiempo no pasa en vano, y tengo cuatro hijos.

Pero se sentía halagada, lo noté, y de verdad continuaba siendo una mujer muy atractiva, sus ojos eran negros y profundos, su cuerpo contundente. Quizás un poco más contundente de lo necesario.

Empezamos a intercambiar todo tipo de trivialidades, es lo que se espera de uno en estas ocasiones: cómo pasa el tiempo, parece mentira, ¿qué fue de éste, dónde está este otro?, los veranos ya no son como antes, la ciudad ha cambiado mucho, hay que ver cómo está de limpia, pero ha perdido cierto encanto, antes todos nos conocíamos y en cambio, ahora, fíjate. Si no comentas estas cosas te pueden tomar por extravagante o maleducado, no se puede comenzar una conversación con personas a las que hace mucho tiempo que no ves diciendo por ejemplo: últimamente mi vida sexual es un desastre; o bien: estoy contentísimo, ayer me acosté con una prima mía a la que deseaba desde la infancia; o incluso: el miércoles pasado he dejado de creer en Dios. Te tomarían por un chiflado, un majareta, y con razón. Sin embargo, no sé por qué, sentía la fuerte impresión de que nuestra conversación se deslizaba poco a poco hacia territorios cada vez menos convencionales y no era yo quien la impulsaba. En Teresa Atienza se notaba un cambio difícil de definir, se la veía más viva, más cercana, más corporal. Y mucho más atractiva. Nunca antes la había percibido en esos términos. Algo semejante ocurría con Adelina Valle, ambas habían cumplido ya los cuarenta y siete, pero parecía que se hubieran comprado un cuerpo nuevo en unos grandes almacenes y lo estuvieran estrenando ahora. O quizás lo estaban descubriendo tras un larguísimo desencuentro en las oscuras rutinas de las faldas plisadas y los devocionarios. O bien lo estaban liberando de un pesado lastre de miedo y pudor que les había impedido toda navegación. Ahora tenían cuerpo, eso era lo distinto, lo extraordinario, y no un cuerpo cualquiera sino el suyo propio, un cuerpo animado desde su interior, acomodado a sí mismo en un dulce relajamiento muscular que jamás lograría producir un masajista. La carnalidad de Covita de Almar no poseía esa sutileza, quizás porque ya estaba acostumbrada a llevarla encima, no como un peso, sino como una identidad, ella siempre había sido cuerpo y parecía tratarlo con ironía. De vez en cuando me lanzaba miradas burlonas, sus ojos son chispeantes.

–¿Te acuerdas? –me susurró.

–Sí, me acuerdo. Nunca lo olvidé.

–Yo tampoco.

Llevaba un vestido de color azul eléctrico, sujeto a los hombros con dos tirillas. Le ceñía el busto como un bañador. Estaba exuberante. Y contenta. Teresa y Adelina hablaban de las novelas de Carmen de Icaza que habían leído en su adolescencia y de cuánto habían admirado a aquellas heroínas del amor conyugal. Covita apenas participaba en nuestra conversación, no quería descontrolar a su marido, enfrascado con Floro en un diálogo cada vez más ininteligible. Se inclinó sobre él y le dijo algo al oído, luego se volvió hacia nosotros.

–Mi lobo de mar está encantado con Floro, lleva más de una hora hablándole de barcos y como si nada.

–Realmente los dos hablan sin parar –comentó Teresa.

–Y lo que te rondaré, morena.

Señaló hacia él y se rió. Pedro Alonso Rocabo era grande de España. O quizás seguía siéndolo su padre, en ese punto hubo cierta imprecisión durante las presentaciones, noté que se le trababa la lengua. Tenía una nuez que llamaba la atención, no podías dejar de mirarla mientras hablabas con él, era una afilada prominencia en medio de un cuello de avestruz, subía y bajaba, subía y bajaba, te dejaba como hipnotizado, quizás por eso se me escaparon sus títulos de nobleza. Mantenía con Floro un diálogo interesantísimo, muy fluido, hablaban a la vez sin el menor inconveniente, si uno de los dos hubiera cambiado de idioma, o sufrido un súbito desmayo, el otro ni se habría dado cuenta. En nuestro lado, Teresa teorizaba sobre el amor. No recuerdo sus palabras ni qué nos condujo a ese tema, pero defendía el amor con entusiasmo, incluso con ahínco, como si frente a ella hubiera un tribunal partidario del odio, o aún peor, un sórdido escalafón de funcionarios favorables a la sequedad de sentimientos. Covita ocupaba el espacio intermedio entre las dos mesas y nos transmitía frecuentes noticias de los navegantes.

–Pedro compró el barco sólo para tener un tema de conversación, de eso que no os quepa la menor duda. No lo pisa, porque se marea muchísimo. Si fuera por él lo tendríamos todo el verano amarrado en el muelle. Pero le chifla hablar de brújulas y todos esos aparatos, se pasa la vida con el manual de instrucciones.

Covita de Almar tenía a su esposo por un grandísimo majadero, pero, al igual que su antepasada la antigua marquesa de Vegallana, creía que esa condición era casi universal en los maridos estrafalariamente ricos y no precisaba de grandes dosis de estoicismo para sobrellevar su matrimonio. Entre sus conversaciones sobre barcos

y su afición al whisky escocés, Pedro le dejaba mucho tiempo libre. Le llamaba «Lobo», o «mi lobo de mar», pero el sarcasmo original había ido desapareciendo con los años y ahora el mote ya sólo era un apelativo cariñoso con el cual Covita expresaba muchas cosas a la vez: «Sé que eres el mequetrefe que tú sabes que eres, duermo contigo cada noche, tengo cuatro hijos tuyos, a lo mejor te quiero», y cada vez que Pedro Alonso escuchaba la palabra «Lobo» en boca de su mujer se le escapaba una sonrisa; le gustaba, sin saber por qué, como le gustaba la gorra azul con el ancla bordada que no se quitaba en todo el verano. Además Pedro Alonso Rocabo se sentaba en montones de consejos de administración y, desde cualquier punto de vista, te producía un gran desaliento. Su imbecilidad parecía compatible con cualquier cosa, incluso con el hecho de sentirse amado por su esposa: «Lobo, mi idiota favorito».

Las dos conversaciones seguían cursos paralelos y nosotros habíamos llegado a un punto tan profundo de la filosofía de la vida que me vi forzado a apuntarme al partido del amor. Añadí que ignoraba por completo cuál era el sentido de la vida. La vida en general y la mía en particular, pero sin entrar en más detalles. Adelina dijo:

–Tienes razón.

Quedamos algo desconcertados. Yo no había dicho nada para tener razón, pero resultaba difícil aclararlo. Ella no comentó nada más, se limitó a asentir con la cabeza, no sé en qué podía estar pensando. Teresa pronunciaba palabras enormes: la vida, el amor, el sentido de las cosas, el ser humano. Más allá, oí decir a Floro: «Jarcias», «Nantucket», «palo de mesana», «amura de babor». Había levantado la voz. Al parecer, el yate de Pedro Alonso se movía con motores de gasoil y el diálogo entre ellos se estaba agriando, quizás se habían escuchado el uno al otro en cierto momento. Covita se vio obligada a intervenir:

–Pedro, por Dios, ¿no te das cuenta de que Floro sólo quiere darte conversación? No pretenderás que encima te dé la razón en todo. ¡Qué le importarán a él los caballos de vapor que tienen los motores!

La mezcla de *Moby Dick* y Puerto Banús había terminado por mostrarse explosiva. Pero en nuestro lado la conversación no se detenía. Habíamos llegado a un punto en que me pareció lógico que Teresa dijera:

–Estoy enamorada.

Pero no era lógico. Y mucho menos lo que dijo después. No era lógico que me lo dijese a mí, no éramos amigos, sino simples conocidos y llevábamos años sin vernos. Estaba enamorada de un

marroquí, un empleado de la fábrica, y ese amor actuaba en ella como un torrente: me quiere, es bueno, honrado, habla cuatro idiomas, sí, vive allí, trabaja en el almacén y como vigilante, me quiere, en su país ha estudiado una carrera, es culto, sensible, me quiere, en diciembre cumplirá treinta años, y yo le quiero a él, se llama Tahar, y me quiere.

Había inclinado el cuerpo hacia delante y las palmas de sus manos quedaron abiertas sobre la mesa, oferentes: aquí está todo, esto es lo que soy, parecían decir. Sus mejillas estaban teñidas de rubor, sus ojos azules fulguraban, era cierto, estaba enamorada. La conversación había tomado un rumbo inesperado, se volvió íntima, susurrante. Las tres parecían dar por descontado que existía entre nosotros una gran confianza, una amistad antigua, y aún más, que había complicidad, que compartíamos opiniones fundamentales, que sin ningún género de duda participábamos de una misma visión del mundo y teníamos idénticas ideas acerca de las personas, del amor, de la vida. Todo lo daban por supuesto y aquello me desconcertaba. Hasta esa noche yo hubiera jurado que las tres tenían una pésima opinión de mí, y eso sólo en el caso de que tuvieran alguna, pues lo más probable sería que ni siquiera me recordasen, o que me recordasen como era entonces, rojo, ácrata, ateo, partidario del amor libre, medio drogadicto, mal vestido, mi mundo siempre había sido el opuesto al suyo y nunca los habíamos cruzado, las tres eran cuatro años mayores que yo, Covita y Teresa, simplemente las hermanas mayores de mis amigos, Adelina una especie de mística estrafalaria a quien recordaba deambulando por el patio de la facultad con el *Guzmán de Alfarache* bajo el brazo, como si se hubiera extraviado. Chicas de buena familia, muy católicas, del Club de Tenis, un poco meapilas. Y sin embargo, ahora, Teresa Atienza me miraba a los ojos con convicción, como si nadie en el mundo, excepto yo, pudiera comprenderla.

–He descubierto mi cuerpo y no siento ninguna vergüenza. Absolutamente ninguna. De pronto, un día, descubres que tu cuerpo eres tú, que el corazón no es ninguna metáfora.

–A buenas horas mangas verdes –comentó Covita con socarronería.

Teresa se volvió hacia ella y le palmeó cariñosamente la mano.

–Tú siempre fuiste un poco pendón, querida. No como nosotras, tan consumidas por el misticismo.

–¡Gracias a Dios!

Las tres rieron con ganas. Quizás habían bebido más de la cuenta, resultaba desconcertante oírlas hablar de aquella manera. Covita señaló hacia el baile, por encima de mi cabeza.

–Mira, allí está mi hija Covadonga. Ya se ha quitado el traje largo y se ha puesto esa minifalda escandalosa, y eso que se lo prohibí

expresamente, sé que mi padre se disgusta si la ve así. Menos mal que esos pantys lo tapan todo.

No la distinguí, había demasiadas jovencitas de medias larguísimas y yo no conocía a ninguna de sus hijas. Me sentía incómodo, no encontraba la manera de corresponder a sus confidencias, Teresa Atienza no tenía derecho a contarme todo aquello, me hacía sentirme obsceno, como si la hubiera estado espiando a través de una cerradura, ¿debería resarcirla exponiendo allí mi propia intimidad? A veces, en la barra de un bar, a altas horas, un tipo a quien no conoces te habla de su mujer. Te dice que habla de «la vida», así, en general, pero sabes de sobra, y él también lo sabe, que sólo te está hablando de una mujer concreta, de la cual no quieres saber el nombre, y él tampoco decirlo, pero siempre resulta irremediable y lo pronuncia: «Nedi –te dice–, se llama Enedina, pero yo la llamo Nedi», y a medida que se va abriendo su corazón herido te enteras de que todo el mundo la llama Nedi, sus padres, sus amigas, la gente del barrio, todo el mundo, y Nedi ya no le quiere. Que quizás le quiso, que le quiso mucho, pero ya no. Y él no se lo explica. Y sufre. Y te pregunta: «¿Tú lo entiendes?». Las confidencias en la barra de un bar suelen resultar decepcionantes, pero ni te importan ni te comprometen, lo último que desea ese hombre tan triste a quien Nedi ha abandonado es que tú le cuentes tu propia tristeza. Sólo sucede que la soledad está muy mal repartida por el mundo y suele concentrarse en los bares a ciertas horas de la noche, y la soledad ha sido siempre muy parloteadora, ha producido libros enormes, obras admirables, y también crímenes trenzados con un cuchillo de cocina, seguidos de gran arrepentimiento. Los motivos de Teresa Atienza no eran de esa clase, hablaba y hablaba de sí misma, pero no estábamos en la barra de un bar medio borrachos, no la impulsaba la soledad, a su lado estaban sus amigas y ellas ya conocían esa historia. La repetía para mí y yo no sabía por qué.

–Nunca había sabido lo que era sufrir de verdad, pero tampoco sabía lo que eran el amor y la felicidad. Al parecer una cosa no puede ir sin la otra.

Los últimos meses habían sido un infierno para ella. Llegó a temer por su razón, todo se le olvidaba, tanto los asuntos de la fábrica como los de la casa, la pobre Agustina andaba detrás de ella a todas horas preguntándole qué pondría para comer y ella le daba órdenes contradictorias, a una hora le decía una cosa y un rato después le decía otra, sólo tenía memoria para guardar su «secreto», no podía pensar en nada más que en su «secreto». Aquel pecado horrible, aquella ignominia, ella, Teresa Atienza, con un empleado de la

fábrica, con un morito, casi un muchacho, se volvía loca de vergüenza, en su cabeza no cabía otra cosa que aquel secreto y no vivía sino para protegerlo y mantenerlo a salvo, tomar precauciones, controlar los movimientos de todos los miembros de la casa, de los empleados, de la familia. Y además sofocar su propio cuerpo para que no la delatase un gesto, una mirada, un estremecimiento de ternura, porque su cuerpo se le rebelaba y lo temía más que a nada y se amurallaba en el interior del secreto como en un castillo cada vez más cerrado, agobiante, claustrofóbico, enfermizo, ¿cómo iba a pensar en el menú de las comidas si vivía en la clandestinidad?

Teresa hizo una pausa para reflexionar.

–Después caí en la cuenta, pero entonces aún no lo sabía. De una forma u otra, he pasado toda mi vida en la clandestinidad. He llevado una vida clandestina.

Adelina exclamó con voz rotunda:

–¡Yo también!

La miramos sorprendidos y ella asintió con enérgicos movimientos de cabeza. No dijo nada más, pero la creímos.

–Luego, cuando Alvarito llegó con la noticia de que quería vender la fábrica y las fincas, me derrumbé. Lo vendería todo, incluida la casa, ¿qué iba a ser de Tahar y de mí? El aislamiento era nuestra protección, al menos vivíamos uno al lado del otro, ¿dónde íbamos a encontrar una situación parecida? Había gente interesada en comprar desde hacía ya tiempo, pero nunca se lo dije a Álvaro, ni siquiera a mi padre. Más o menos en enero, vino a verme ese hombre con cara de cadáver, ese señor Ventura, le he visto hace un rato al lado de los Rivalta, tiene una pinta tan siniestra que no se te olvida. Me dijo que representaba a un consorcio de inversores y que proyectaban construir un campo de golf y un club y no sé cuántas cosas más. Le eché con cajas destempladas, ni siquiera esperé a escuchar su oferta. Luego, dos o tres meses después, vino el otro, el jovencito, también anda por ahí arriba en el cortejo de los Rivalta. Éste me contó que hablaba en nombre de una empresa italiana de cerámica, querían construir una fábrica nueva y hablaba con gran soltura de fusiones de sociedades, subvenciones europeas y todo eso. Tampoco le hice caso, pero sabía que tarde o temprano terminarían por llegar a Álvaro y no estaba segura de cómo iba a responder, él tiene las tres cuartas partes de todo. Nunca se interesó por el negocio, pero en esa época se le notaba raro, alterado, más metido en sí mismo que nunca, y ya sabéis cómo es de introvertido. Algunos días se llevaba a Tahar en la furgoneta y tardaban horas en volver. Tahar nunca quiso contarme lo que hacían, es el hombre más honrado y leal que te puedas imaginar, Alvarito

había confiado en él y no traicionaba esa confianza ni siquiera conmigo. Y esto también es verdad, Tahar es una de las pocas personas por quien mi hermano siente verdadero respeto, y creo que también le tiene afecto. Luego Alvarito se puso muy enfermo, creí que lo perdíamos, no os podéis imaginar cómo deliraba, ¿te acuerdas, Adela?, no sabes cuánto te agradecí lo que hiciste por nosotros, sí, sí, es cierto, no dejó de venir por casa ni un solo día, y por las noches nos turnábamos, Adela, Tahar y yo, cuando le subía la fiebre ni nos reconocía, fueron unos días espantosos, aún se me eriza la piel al recordarlo. Mari también se portó de maravilla, no sé por qué la llaman la Gorda, no es gorda en absoluto, eso sí, tiene mucho pecho, pero no es gorda en absoluto, Álvaro y ella siempre fueron muy buenos amigos, y me parece que algo más que amigos, pero mi hermano jamás cuenta nada de ese tipo de cosas y, la verdad, tampoco de ninguna otra, ya le conocéis, a veces hasta da un poco de miedo y no te atreves a preguntarle nada. Cuando murió mamá yo intenté sustituirla, era el hermano pequeño y estaba enfermo, no os podéis imaginar lo que sufrió con su columna, aún estaba creciendo y padecía unos dolores insoportables, fue ese sufrimiento el que le endureció el carácter y le volvió tan agrio, de niño era muy dulce, pero después el hermano mayor empezó a ser él, ya desde muy joven imponía respeto, todo lo que decía se convertía en una orden, sobre todo para mí, siempre le obedecí a él más que a mi padre, y me volvía loca sólo de pensar que descubriera mi secreto, no lo podía soportar, prefería que lo supiera el mundo entero antes que lo supiera él. Y cuando se restableció nos vino con aquello, que iba a vender las fincas y la fábrica. Fue entonces cuando llamé a Íñigo y vine a hablar con tu padre, Covita, ellos me tranquilizaron. Pero en el fondo, lo de la venta de la fábrica era secundario para mí, lo que de verdad me pesaba como una losa era el secreto, la vergüenza, el miedo, la humillación ante mí misma, la prisión en la que vivía sin poder hablar con nadie, ni siquiera contigo, Adela, perdóname, pero no me atrevía ni a pensarlo. Y entonces se produjo el milagro, porque fue un milagro. Una noche Álvaro nos sorprendió juntos. Llovía mucho y no le oímos llegar. Quise morirme, os juro que quise morirme, aún no me explico cómo lo superé. Aquella noche gracias a Tahar, y luego gracias a Álvaro, estuvo maravilloso. Hablamos al día siguiente, yo no suelo llorar, pero me había pasado llorando las últimas doce horas, y Alvarito me dijo: «Dile a Tahar que se traslade a vivir a la casa, podéis ocupar la alcoba grande. O mejor, se lo diré yo mismo». Y así lo hicimos. Fue extraordinario, inexplicable, de repente ya no me importaba que lo supiese todo el mundo, subí a ver a mi padre y se lo

conté. «¿El chico es musulmán?», me preguntó. «No, es ateo.» «Ah, bueno, en ese caso no hay ningún problema. Podéis casaros por lo civil. Eso si os apetece, si no, podéis vivir juntos sin casaros, lo importante es que haya amor entre vosotros, y Tahar me parece un buen muchacho.» Fijaos bien, en una familia tan católica, no sé cómo pude estar tan ciega, al final resulta que todos éramos medio ateos, o librepensadores, como dice Adela, y no me había dado cuenta. Sobre todo de mí misma, era librepensadora sin saberlo y sólo lo descubrí cuando mi hermano me sorprendió con Tahar. Y lo que más me extrañó de todo fue lo poco que me importaba lo que dijeran de mí, el Club de Tenis, las buenas familias de Oviedo y todo eso, de repente me importaban un rábano.

A medida que avanzaba la noche llegaban a la carpa muchos invitados procedentes de la casa, la fiesta decaía en los salones y cambiaban las arias y los duetos por la música disco. Algunas personas se acercaron a saludar a Covita y a su marido, pero no interrumpían nuestra conversación y, al parecer, tampoco la suya, Pedro Alonso los atendía brevemente y se enfangaba de nuevo en aquella discusión que cruzaba las potencias del alma del capitán Ahab y la ballena con la potencia de los motores de gasoil, a los dos se les trababa la lengua y farfullaban de forma ininteligible. Luego llegó Rodrigo y ahí se terminó nuestra conversación. Rodrigo se hizo cargo de ella por completo, la monopolizó, comenzó a contar cosas de su verano en California y no parábamos de reír, nunca le oí hablar con tanta gracia. En Hollywood alguien había descubierto que cierto actor famosísimo se meaba en la cama. De pronto, mearse en la cama se había puesto de supermoda, significaba poseer una personalidad artística, comunicativa, extrovertida, el don de transmitir y extenderse a uno mismo sobre el mundo, una cualidad de elegidos, de genios, «quien aspire a ser alguien ha de mearse en la cama de forma ineludible, a ser posible dormido, en Hollywood todo el mundo se mea en la cama, Tom Cruise, Harrison Ford, absolutamente todo el mundo, ¿quién osaría no hacerlo?, las meadas de Gary Cooper tenían proporciones legendarias, pero en su tiempo se ocultaban, de Bogart se dice que dormía en una bañera, otros aseguran que se insertaba una manguera con desagüe al jardín, al parecer Tom Wolfe está preparando un libro sobre el asunto y la moda no tardará en llegar hasta nosotros, cierto diseñador se está haciendo de oro con un novedoso colchón-retrete ingeniosísimo, está fabricado con materiales ultramodernos, mitad compresas, mitad pañales, el pis es reciclable, Pedro, tenemos que adquirir la patente para España antes de que se nos adelanten, aunque me temo que el pis español es demasiado ácido, bueno, eso que lo

resuelvan los técnicos».

Nos despedimos en la puerta de la carpa, al pie de la escalinata. Rodrigo se vio obligado a hacerse cargo de su cuñado para subir las escaleras. Lo llevaba como un fardo, pero no era un hombre que pesara mucho.

–No, ci puedo –farfullaba–, puedo yo zolo.

Acompañé a Teresa hasta la puerta del jardín. Ella se colgó de mi brazo con confianza.

–Estoy tan contenta de haber hablado contigo, ¡tan contenta! Cuando erais muchachos nos veíamos más, entonces veníais por casa con Alvarito. Pero luego, fíjate, ya casi nunca recibimos a nadie.

–Sí, yo también me alegro. Ha sido una sorpresa muy agradable. De verdad me alegro.

–Verónica me habla a veces de ti, es un encanto de chica. Y te quiere, me consta que te quiere. Yo la aprecio mucho, ¡es tan inocente! Tenemos que vernos más a menudo, ¿por qué no subes por casa uno de estos días?

Unos pasos delante de nosotros, Floro y Adelina caminaban con cierta dificultad. Él la llevaba tomada por el hombro y la arrastraba en sus frecuentes bandazos y trastabilleos, su legendaria resistencia al whisky escocés estaba quedando en entredicho. Claro, que nunca había tenido que vérselas con un grande de España.

Veinticuatro

–No estoy segura de recordarlo todo, pero aun así tengo que contártelo, porque de lo que ahora sí estoy segura es de que ocurrió de verdad, que no fue la fantasía de una colegiala como quise creer durante mucho tiempo. Incluso llegué a olvidarlo, parece mentira, en eso me ayudó mucho un canónigo de Salamanca amigo de mi hermano, era psicólogo y me aseguró que esa clase de fantasías eran frecuentes en jóvenes muy devotas como yo, en esas edades difíciles una podía confundir la realidad con la imaginación e inventarse los sucesos más terribles por exceso de escrúpulos, por no aceptar convertirme en una mujer adulta, por miedo y por no sé cuántas cosas más, al parecer en ese punto no había discrepancias entre la fe y la ciencia, todos mis remordimientos se aliviarían y desaparecerían con el matrimonio, la verdad es que los consejos de aquel sacerdote fueron una gran ayuda para mí, pues me sentía perdida y entonces era muy ignorante, no sabes cuánto, ya estaba en preuniversitario pero aparte de griego y latín no sabía nada de nada y luego, cuando leí a Sigmund Freud unos años más tarde, terminé por darle la razón al canónigo, pero en mi fuero íntimo siempre supe que todo había ocurrido de verdad, y también lo sé ahora, tú mismo me lo recuerdas cada vez que hablas de aquella tarde, cuando nos caímos en la acequia de los Atienza y, sobre todo, lo sé después de lo que Teresa me ha contado hoy, no comprendo cómo pude estar tan ciega.

Floro recordó inmediatamente aquella frase desoladora: «Estoy completamente ciega», la había pronunciado en el coche esa misma tarde, cuando regresaban de casa de los Atienza y él se había apresurado a limpiar el vaho del parabrisas. Pero no se refería al vaho, ni a sus dioptrías. Adelina necesitaba contarle algo muy importante, algo que la atormentaba y la había hecho sufrir durante años, por eso le había llamado casi a medianoche, para descargar su corazón. Sin embargo él no había pensado más que en acicalarse y correr a comprar condones a una farmacia de guardia. Y además había extraviado los condones, no sabía en qué bolsillo los había dejado. Estuvo casi cinco minutos hurgándose la ropa delante del portal y aún seguiría buscándolos de no ser por el policía que lo observaba desde detrás de la verja de la Diputación. Había dejado de llover, la calle Fruela estaba desierta, la calzada emitía destellos negros y él se sentía peligrosamente sospechoso bajo la mirada policial. Resultaba del todo

imposible que el guardia pudiera imaginar lo que él buscaba tan afanosamente en los bolsillos, en todo caso pensaría que había extraviado la llave de la puerta, no una caja de condones. No obstante, pulsó el timbre para confirmarle en esa idea. Simulando ser un vecino olvidadizo que regresa tarde a su casa, se apoyó confianzudamente en el pomo de la puerta. Al fondo, muy al fondo, el reloj redondo de la Estación del Norte era un pequeño punto rojo flotando en la oscuridad, ininteligible para los horarios, pero él ya sabía que eran las doce y veinticinco. El reloj sólo era una constatación, un testigo emocionante, como la calle Uría, el palacio del Principado y toda la ciudad: por fin iba a traspasar la puerta de ofuscación, hierro y cristal que le había separado de Adelina Valle durante toda su vida. Su voz sonó en el interfono: «¿Floro?»; «sí, soy yo». La cerradura emitió un chasquido.

Durante el mes de agosto había sentido dudas, temores, su separación había sido tan súbita que quizás eran víctimas de algún malentendido. No habían hablado más que un par de horas, ¿qué sabía Adelina de él en realidad? Había decidido escribirle una carta aclarándolo todo, una carta de amor, una carta definitiva que despejase los miedos y las nieblas que se habían ido acumulando entre ellos a lo largo de los años. No sabía su dirección en Denia, pero daba igual, ella la encontraría a su regreso de vacaciones y la leería antes de verse de nuevo, se lo diría todo, desnudaría por completo su corazón, confiaba más en la escritura que en su valor para hablarle cara a cara, un gesto o una expresión de su rostro podrían echarle atrás en el último momento. Comenzó a escribir la carta en un cuaderno, pero enseguida lo dejó, se conocía demasiado bien a sí mismo en ese punto, aquellos cuadernos de hule negro eran igual que tumbas y sus páginas se tragaban las palabras sin remisión. Quizás lo había sabido siempre, que cada vez que escribía sólo estaba enterrando palabras, ideas, sentimientos, su pensamiento y su imaginación no habían producido sino cadáveres. Miraba los más de treinta cuadernos alineados en la estantería y se sentía incapaz de recordar sus contenidos, fueran lo que fueren jamás saldrían a la luz, nunca serían leídos por nadie, ni siquiera por él mismo, él era un escritor de cadáveres secretos, un escultor del aire, un arquitecto de lo efímero. Sin embargo no se entristeció con esas reflexiones, al contrario, a medida que se le ocurrían los epítetos más estrambóticos para adjetivarse a sí mismo, se iba sintiendo más y más reconfortado: fabulador de sombras, generador de olvidos, olvidador de sueños, su carácter estaba forjado con los metales de la conformidad y terminaba por adaptarse a cualquier música, le gustaba cantar. Pero en esta

ocasión no consintió en enterrar su carta a Adelina en aquel cementerio y compró un papel gris azulado, de grueso gramaje, que le recomendó la dependienta de la papelería: «Es serio, pero no pretencioso», le comentó. Las primeras dificultades surgieron con el encabezamiento: «Estimada», «querida», «mi muy querida»; e incluso: «Amada», «añorada», «recordada», «amor mío», «amiga mía». Estuvo un par de días atascado, hasta que decidió posponerlo, «según el resultado, así el comienzo», se dijo, y comenzó a escribir a mitad de la hoja: «Sin que yo pueda saber por qué, alguien me ha regalado la facultad de recordar el tiempo de los sueños con mayor viveza y realidad que las horas de vigilia. Cuando recuerdo nuestro último encuentro –y no ceso de hacerlo– temo haberlo soñado. Tendrás que ayudarme. Ayer mismo, cuando aún era niño, podía elegir el tema de los sueños: nadar en un río de orillas nevadas, galopar sobre el horizonte, sobrevolar acantilados azotados por la espuma, y mirarte a ti: en el río, en el horizonte, en los acantilados. Pero desde que te fuiste tengo miedo. Han comenzado a aparecer paralelepípedos azules por los que me deslizo sin llegar a encontrarte, superficies repentinamente rugosas, un cartabón lleno de números, pero al despertar, Adelina, sólo pienso en ti. Necesito que vuelvas, toda mi vida lo he necesitado». A finales de agosto la carta sobrepasaba las cuarenta páginas. No llegó a ponerle el encabezamiento y nunca la envió.

Ahora la escuchaba conteniendo la respiración. Adelina rememoraba el día en que ambos se cayeron a la acequia en la finca de los Atienza. Ese día precisamente. El tío Álvaro la llevaba en el caballo para que se quitara cuanto antes la ropa chorreante. Era un animal enorme, el tío Álvaro lo azuzaba sin descanso, saltaban setos, regueros, vallados, ella se abrazaba a su espalda con todas las fuerzas para no caerse y le mojaba la camisa con su vestido de organdí mojado. El pelo áspero del caballo le rozaba en los muslos como si fuera lija, pero no podía evitarlo, rebotaba una y otra vez sobre la grupa y ni siquiera se atrevía a abrir los ojos, sólo abrazarse a él con todas sus fuerzas, mareada. Ya en la casa, la condujo de la mano por escaleras y pasillos oscuros, sus gafas estaban empañadas con una película de agua y apenas veía. Llegaron a una alcoba. El tío Álvaro le señaló la puerta del cuarto de baño y le tendió un albornoz. «Quítate enseguida ese vestido y date una ducha bien caliente, si no, no hay quien te libre de un buen catarro.» Ella obedeció. El tío Álvaro gritó desde el otro lado de la puerta: «¡El vestido!». «¿Cómo?» «Que me des el vestido, voy a bajar tu ropa para que te la planchen.» ¡El tío Álvaro era siempre tan sumamente amable! Se había portado como un

caballero de los que ya no quedan, quizás con demasiada prisa, pero ¡había sido tan atento y considerado con ella! Estaba segura de que Covita se moriría de envidia, todas estaban un poco enamoradas de él, pese a la edad era un hombre ideal, ¡tan imponente!, porque había que reconocer que el tío Álvaro «imponía», con toda su amabilidad y sus maneras exquisitas, tenía una forma de hablar y comportarse que no admitía réplica, según Covita así eran los hombres de verdad, mano de hierro en guante de seda. Adelina se puso el albornoz, entornó la puerta y le tendió el vestido. Él le sonrió con indulgencia: «Venga, bobita, la ropa interior también, no vas a ponértela después mojada, y no me seas tan vergonzosa, ¿crees que a mis años no voy a saber cómo os vestís las mujeres?». Ella sintió calor en la cara, pero también sonrió y le entregó la ropa interior echa una pelota. En la ducha se dejó acariciar por el agua caliente. Todo era temible y excitante, nunca se había sentido tan desnuda. Era una sensación completamente nueva para ella, una mezcla de vulnerabilidad y desafío que la atolondraba, sentía miedo y a la vez una gran audacia, como si la ropa no fuera más que un estorbo para la valentía, un falso escudo, en vez de protegerla le había impedido conocerse y de pronto descubría que el cuerpo desnudo tenía poder, no sabía cuál, pero tenía fuerza y bajo el azote de la ducha se sentía contenta, valiente. Hasta la angustiosa cabalgada sobre la grupa le parecía ahora una aventura llena de romanticismo, ya no le importaba el escozor de las rozaduras, al contrario, casi le parecían un trofeo, había sido una experiencia inolvidable. Al terminar se puso el albornoz y regresó a la habitación contigua. Se trataba del dormitorio del tío Álvaro, enseguida se dio cuenta. No recordaba dónde había dejado las sandalias. Las buscó, tampoco tenía nada mejor que hacer. En realidad no sabía qué «debía» hacer en ese momento, si lo correcto sería esperar allí a que le trajeran la ropa o aventurarse por la casa envuelta en el enorme albornoz hasta el remoto lugar donde se encontrase el cuarto de la plancha, las sandalias no aparecían. Se detuvo frente al espejo del armario. Abrió el albornoz y observó su cuerpo con atención, desde muy cerca. No se reconocía. Había cumplido los diecisiete años dos meses antes y no era la primera vez que se miraba desnuda ante el espejo, pero ahora se veía diferente. Más grande, más redonda, más ajena y extraña, más incomprensible, como si no se estuviese mirando desde sus propios ojos. Echó hacia atrás los largos faldones del albornoz y se observó de lado, el perfil izquierdo, el derecho, luego otra vez de frente. Había en su cuerpo una contundencia y una solidez que ignoraba, se veía fuerte, poderosa, también extraña. Pero aquella extrañeza no le provocaba ningún miedo. Oyó un ruido a sus espaldas y se cubrió asustada. Ciñó

el cinturón del albornoz con un lazo. El tío Álvaro la miraba desde el umbral. Llevaba puesto un albornoz idéntico al suyo, el pelo húmedo, los pies descalzos. «Yo también me he duchado –dijo sonriendo–, menudo tute me has dado en el caballo.» Cerró la puerta tras sí y avanzó hacia ella. Le temblaba el labio inferior, como si tuviera frío. Después, todo se volvió muy confuso. El albornoz le atoraba los brazos y no podía cubrirse, el cuerpo del tío Álvaro la aplastaba contra la cama, apenas conseguía respirar, era un hombre muy corpulento. Se debatía, gemía, suplicaba, «¡por favor, no, no, por favor, tío Álvaro!». La abofeteó varias veces, «no soy tu tío, ¿te enteras?, soy un hombre que te va a hacer un favor». Le ardía la cara, pero siguió luchando con todas sus fuerzas y comenzó a gritar. Él la golpeó con brutalidad, «¡el favor más grande de tu vida!», gritó. Pero ella seguía resistiendo.

Al llegar a este punto, Adelina Valle hizo una larga pausa. Luego dijo:

–Entonces te oí.

–¿A mí? –preguntó Floro asustado.

–Sí. Oí tu voz en algún lugar cercano, dentro de la casa. Te quejabas de un pie, te dolía porque habías venido caminando a falta de un zapato. Agustina trataba de consolarte, pero tú dijiste: ¡toda la culpa la tiene ese caballo!

–¿El caballo? ¿No dije el tío Álvaro?

Floro recordaba perfectamente cómo el tío Álvaro le había obligado a saltar la acequia con sus malas artes. Había insinuado que si no lo hacía sería un mariquita y él lo había odiado.

–No, no dijiste el tío Álvaro, dijiste el caballo. Y entonces dejé de resistir. Me moría de vergüenza, no pude soportarlo. Que me vierais en aquella situación, la sola idea me dejó paralizada. Y me violó. Me hizo mucho daño, pero me mordí los labios para que no oyerais mis quejidos. Aún no comprendo por qué reaccioné de esa manera, nunca lo comprendí. Y eso fue lo peor, porque terminé consintiendo y él me convirtió en su esclava.

Estaban tendidos boca arriba, con la mirada hundida en la oscuridad completa de la habitación. Pese a que la cama era muy estrecha, sus cuerpos no se tocaban, o quizás ocurría que ninguno de los dos tenía conciencia de poseer un cuerpo ni habitar el presente, la conciencia de sí mismos no era sino una liviana hoja de papel en blanco donde se iban inscribiendo las palabras atroces de Adelina impulsadas por un furioso vendaval. Sin embargo, no temblaba su voz, no vacilaba, ni siquiera al transitar por lo más soez: «Le gustaba verme orinar y a veces me obligaba a hacerlo sobre él», comentó en cierto momento. Adelina hablaba sin alterar su tranquilo candor de

biblioteca, sin desmentirlo, la cadencia de su voz implicaba un orden natural de estanterías y anaqueles, el orden alfabético de nombres y materias y también el orden del silencio que reina en las bibliotecas, lo que sus palabras callaban acrecentaba el espanto de lo que decían y en sus omisiones se adivinaba el núcleo innombrable del infierno, «desde el primer momento supe que la culpa era mía». Por las mejillas de Floro resbalaban gruesos lagrimones, pero la habitación estaba tan oscura y el pensamiento tan lejano que no se daba cuenta y la amargura salobre de las lágrimas acrecentaba la pesadumbre en su corazón. ¡Se sentía tan ridículo, tan vacuo y superficial! Desde que había llegado no había cesado de hacer y decir tonterías, primero en la vieja consulta oftalmológica del padre de Adelina, luego, ya en la cama, con aquella estúpida historia sobre el padre Inchausti que ahora le llenaba de vergüenza. El mismo encuentro entre ambos no habría podido transcurrir de peor manera, ella lo esperaba en el rellano de la escalera, con la puerta abierta a sus espaldas, llevaba una larga bata de raso azul oscuro ceñida a la cintura y unas zapatillas con un gracioso pompón sobre el empeine, a Floro le pareció altísima, imponente. La besó en las mejillas, un beso en cada lado, como si acabaran de ser presentados, se comportó de una forma tan torpe y ceremoniosa que sólo le faltó decir: me llamo Floro Santerbás, mucho gusto. Entraron por la puerta de la consulta, frontera a la de la vivienda. En el vestíbulo aún se conservaba la pequeña mesa de la recepcionista con un teléfono negro encima y el fichero de hojas giratorias, todo en perfecto estado de revista, como si no hubieran pasado más de quince años desde que don César Valle había cerrado la consulta. Un perchero y un paragüero de madera oscura, media docena de sillas alineadas contra la pared y, más adelante, la gran sala de espera con divanes tapizados en terciopelo rojo y paredes enteladas donde colgaban los innumerables títulos del doctor Valle perfectamente enmarcados, una orla de promoción con los retratos de hombres antiguos, barbados, tristísimos, diplomas en alemán, espejos. Adelina se empeñó en enseñarle la consulta. Se sentía orgullosa del estado de conservación de los viejos aparatos y de la colección de lentes cuidadosamente clasificadas en cajones forrados con terciopelo. En el centro de la estancia había un armatoste de madera para la exploración ocular, parecía una guillotina, Adelina giró el taburete donde debían sentarse los pacientes y se produjo un fuerte chirrido, Floro, que iba de puntillas, se asustó.

–No te preocupes, el dormitorio de mis padres está al otro lado de la casa. Y además, aunque estuvieran aquí daría lo mismo, no oyen nada. Lo importante es que los oiga yo y para eso tienen un timbre

que suena en mi cuarto.

Los instrumentos ópticos refulgían bajo la suave luz amarilla de las lámparas, estaban construidos con materiales nobles y duraderos, madera muy pulida, acero, bronce, paciencia, exactitud, responsabilidad, venían de otro tiempo y transmitían serenidad, pero Floro apenas era capaz de fijarse en nada, el cuerpo de Adelina se movía dentro de la bata, los largos faldones le caían sobre los pies en línea recta, pero tras la tela parecía culebrear la simple desnudez y él no encontraba el momento de averiguarlo.

En el cuarto de Adelina todos los muebles estaban lacados en suave color marfil, las cortinas y la colcha eran alegres estampados de flores, enseguida se echaba de menos la colección de muñecas y los banderines clavados en la pared. Floro no supo qué decir: qué bonita, qué alegre, nada. Sólo se le ocurrió: parece el cuarto de una niña, y no se atrevió a decirlo. Después aún fue mucho peor. Apagaron la luz y comenzaron a desnudarse. Uno a cada lado de la cama. Floro sospechaba que ella no llevaba nada debajo de la bata y le estaba tomando la delantera. Se dio prisa, botones, cinturón, camisa, camiseta, a su espalda oyó el inconfundible frufrú de la bata de raso cayendo sobre la alfombra, a él ya sólo le quedaban los pantalones. Se quitó una bota, el calcetín, tiró de los cordones de la otra, se atascaron. Eran sus botas nuevas, preciosas, regalo de su madre, las estrenaba hoy. El cordón se hizo un nudo. Con la bota puesta no podía sacarse el pantalón, luchó con ella en la oscuridad, tiró del cordón con todas sus fuerzas para romperlo, cada vez era peor, sudaba. Ella se tendió sobre la cama.

–¿Floro?

Estaba tras él, desnuda, esperándole, hizo un supremo esfuerzo para arrancarse la bota por las bravas. En vano.

–No soy virgen, ¿sabes?

–Por Dios, Adelina, que ya no somos unos niños.

–Ya, pero es que los hombres sois muy especiales.

Floro bufaba, jadeaba, su lucha contra la bota era extenuante.

–¿Te ocurre algo?

–No, nada, nada en absoluto –mintió.

Pero no podía continuar con aquello. Se sacó la pernera izquierda y enrolló pantalón y calzoncillos sobre la bota hostil. Sólo entonces se volvió. Como Aquiles en la fuente mágica, el pie derecho se le quedó fuera de la cama, Floro no quería mancharla. Se abrazaron.

Si la vida humana tiene alguna justificación o algún sentido, cosa bastante dudosa, el delicado y apasionado beso de Floro Santerbás y Adelina Valle contribuyó a fundarlo. Se entregaron a un dulce

apareamiento, lleno de tiempo, silencio, respeto, timidez. Se reconocían, sabían quiénes eran, y eso era justamente lo que más les gratificaba, pronunciar en voz muy baja sus nombres respectivos. Floro añadió: «Amor mío», y creció la intensidad.

La hebilla del cinturón que le colgaba del tobillo comenzó a golpear contra el tablero de la cama: clon, clon, clon. Adelina se alarmó:

–¿Qué es eso?, ¿quién llama?

Se quedaron quietos. El ruido cesó.

–No es nada, no es nada –dijo Floro.

Siguieron. Al poco rato el ruido regresó, clon, clon, clon.

–¿Pero es que no lo oyes?

Adelina pensaba en sus padres, al fin y al cabo ya eran muy ancianos, no sería raro que se olvidaran del timbre si la necesitaban. Floro mintió con voz trémula:

–No, yo no oigo nada.

Intentó subir el pie calzado sobre la cama, ya no le importaba en absoluto manchar la colcha o embarrar toda la habitación. Pero no lo consiguió, algo lo retenía enganchado al somier. Se sintió profundamente desgraciado, su primera noche, ella jamás lo olvidaría. Sin embargo, como tantas otras veces, trató de negar los hechos.

–Será un ratón –dijo estúpidamente.

Pero los hechos eran obstinados. No bien dejaban de estar quietos, regresaba el ruido: clon, clon, clon.

–Algo está ocurriendo, voy a ver a mis padres.

–No, no son tus padres, es la hebilla de mi cinturón.

–¿Cómo?

–La hebilla del cinturón.

–¿Pero es que llevas el cinturón puesto?

–No, es que me cuelga de la bota y golpea contra el larguero de la cama, sólo eso.

–¿No te has quitado las botas? No entiendo nada.

–No te preocupes, ya te lo explicaré luego, por favor, sigue, no te preocupes.

–Es muy raro atarse la bota con un cinturón.

–Es que no he podido quitarme los pantalones.

–Dios mío, Floro, es imposible que lleves los pantalones puestos. No lo entiendo, te juro que no lo entiendo.

Entonces se lo explicó. Ella encendió la luz de la mesilla, se puso las gafas y se levantó a deshacer el amasijo que aprisionaba el pie de Floro en el otro extremo de la cama. Le bastó con tirar suavemente del cabo de cordón correcto.

–¿Ves? –dijo con gesto de triunfo–, ya está.

Era la primera vez que Floro la veía desnuda. La primera vez.

Apagaron la luz. Se amaron. Después Floro le refirió aquella historia con el padre Inchausti. Que la había visto desnuda la tarde en que se cayeron a la acequia. Al día siguiente ya nos lo había contado a todos, en grupo y por separado, a Álvaro, a Rodrigo, a mí. Y era mentira. En el mes de mayo, el mes de las flores, el mes de María, la capilla del colegio producía confesiones en cadena, como Henry Ford, los curas estaban exhaustos con aquel taylorismo que les obligaba a afrontar y absolver centenares de masturbaciones en unas cuantas horas, incluso miles, durante las sabatinas había comunión general y mayo era implacable con la concupiscencia desde tercero en adelante, nosotros estábamos en cuarto. Floro nos había descrito los muslos y las tetas de Adelina Valle con tal rigor artístico que no hubo más remedio que creerle, incluso él lo creía. Los sábados la atmósfera de la capilla se volvía irrespirable, cirios, flores, incienso, cantos a María, colas interminables frente a los confesionarios. Y allí estaba Floro con el libro de contabilidad de sus pecados, detrás de él Álvaro Atienza, luego yo, después Rodrigo, los amigos llegamos a conocer esta historia de manera exhaustiva, desde múltiples puntos de vista, nos la hemos contado unos a otros durante años, «el día que Floro vio las tetas de Adelina Valle» fue un hito de nuestra adolescencia, y ahora Floro se lo contaba a ella por primera vez, casi treinta años más tarde, feliz, completamente feliz, sin imaginar lo que ella le contaría luego acerca de aquel día. En la fila del confesionario Floro se sentía atribulado. No sabía qué era más grave, si haberle visto las tetas a Adelina o haber mentido miserablemente acerca de ello. En todo caso, ¿cómo afrontar la confesión?, ¿diciendo simplemente, padre, me acuso de haber mentido? Luego podría añadir: pero eso no es lo peor, me he inventado dos tetas, y a continuación vendría su meticulosa descripción de las areolas rosadas que jamás había visto y la palabra «turgencia», que llevaba clavada en la mente desde que había leído *Sinuhé el Egipcio,* porque aquella palabra era la culpable de todo. Floro sudaba frente al oscuro cajón donde el padre Inchausti recibía la retahíla de masturbaciones con cansado estoicismo, estaba sofocado, indeciso, repasaba una y otra vez la aritmética de la lubricidad sin ningún género de culpa, lo único que pretendía era no equivocarse en los números, su sentido del pecado era más bien científico, tendente a la exactitud, no al arrepentimiento. Cuando le llegó el turno, Floro se precipitó sobre el antepecho del confesionario con decisión y el padre Inchausti se echó hacia atrás para protegerse de la vaharada de calor.

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida.

–Padre, confieso que he pecado.
–A ver, ¿cuándo fue tu última confesión?
El padre Inchausti no le llamó «hijo mío» y Floro detectaba cierta aspereza en su voz, cierto tono perentorio. Aquel hombre llevaba horas en su cubículo acosado por las masturbaciones, sostenía una lucha que sabía perdida, dispensaba un perdón rutinario que nadie asumía y no era de extrañar que estuviera medio desesperanzado, víctima ya de la irritación crónica de los funcionarios. No obstante, yo lo recuerdo como una buena persona. Pero Floro sudaba por todos los poros y emitía el calor de una estufa.
–Hace nueve días y once horas –respondió.
En esa época Floro te podía dar sus porcentajes medios de pajas por meses, por semanas y por estaciones, sin ningún problema, en eso causaba admiración.
–¿Tuviste pensamientos torpes y libidinosos?
–Sí, padre.
–¿Y consentiste en ellos?
–Sí, padre.
–¿Te complaciste con tocamientos y masturbaciones?
–Sí, padre.
–¿Tú solo o en compañía?
–Yo solo.
–¿Muchas veces?
–Treinta y siete.
La voz del padre Inchausti resonó en toda la capilla:
–¡¿Treinta y siete?!
Hubo un gran silencio. Las maderas del confesionario crujían. Cesaron los murmullos, los bisbiseos de las avemarías, el sordo chirrido de los reclinatorios, el deslizar de pasos. El padre Inchausti volvió a gritar con desesperación:
–¡¿Treinta y siete?!
El número treinta y siete fue produciendo eco en todos los rincones de la iglesia hasta quedar cortado por el inconfundible restallido de una bofetada: ¡plas!
Floro diría más tarde que la hostia sólo le cogió de refilón y que se cayó de espaldas al esquivarla, pero lo cierto fue que salió despedido hacia atrás con los brazos abiertos y arrolló a Álvaro Atienza, que entonces no pesaría ni cuarenta kilos. Quedaron medio empotrados entre dos bancos y Álvaro perdió el conocimiento, todo el mundo pensó que había sido él quien recibió la bofetada.
Una hora después Floro era conducido como un reo por los secretos pasillos de clausura, un espacio prohibido para los seglares bajo

amenaza de excomunión. Temblaba y le flaqueaban las piernas de tal forma que el padre prefecto se veía obligado a atizarle frecuentes pescozones para hacerle caminar y medio lo arrastraba cogido de una oreja. En cierto lugar del siniestro laberinto lo arrojó al fondo de un cuarto.

–No te muevas de aquí.

Lo dejó solo. En clausura las habitaciones se llamaban celdas. Estaba en una celda lóbrega y fría. Sobre una tosca mesa pegada a la pared había un Corazón de Jesús En Vos Confío y a su lado una palmatoria con la vela encendida, las dos cosas le provocaron un intenso terror, sus ojos buscaban con ahínco el cántaro de agua y el mendrugo de pan que le estarían destinados. Entró el padre Inchausti y cerró la puerta tras él, no llevaba las gafas puestas, la llama de la palmatoria dibujaba en su rostro ángulos de sombra, vestía una sotana de gigante. Floro retrocedió aterrorizado e intentó gritar; no pedir auxilio, socorro o algo parecido, sino sólo gritar con toda su alma: «Aaaahhhh», pero no logró emitir el menor sonido, se estaba quedando sin respiración. El padre Inchausti le miraba fijamente. De pronto se derrumbó a sus pies y comenzó a darse golpes en el pecho.

–¡Perdóname, hijo mío, porque te ofendí y ofendí a Dios Nuestro Señor! –bramó.

Los puñetazos en el pecho retumbaban sobre las paredes desnudas de la celda como si se los estuviera dando con un martillo. Floro intentó gritar de nuevo: ¡aaaahhh! En vano.

–¡Perdóname, porque pequé contra ti y contra el Sagrado Sacramento de la Penitencia!

Extendió los brazos en cruz y repitió tres veces con voz recia:

–¡Perdóname, perdóname, perdóname!

Floro quería ponerse a la altura de las circunstancias, pero no sabía qué hacer. En un arrebato de genio levantó la mano derecha y trazó en el aire la bendita señal de la cruz mientras decía:

–Ego te absolvo.

El cura lo miró con gesto de asombro. Tras unos instantes de duda respondió:

–Gracias, hijo mío, pues sé que lo haces con buena intención.

Floro no pudo contenerse por más tiempo y cayó en los brazos del padre Inchausti abrumado por un llanto inconsolable. Entre profundos hipidos exclamó:

–¡Padre, me acuso de no haberle visto nunca las tetas a Adelina Valle!

El pobre cura trataba de confortarlo con dulces palabras de ánimo, pero no pudo evitar decirle:

–Realmente, Santerbás, además de un pedazo de carne eres un completo majadero.

Ahí terminaba la ridícula historia que Floro le había contado un momento antes. Ahora la escuchaba avergonzado, conteniendo la respiración. Sus ojos taladraban la oscuridad hasta abrir una pantalla en las tinieblas, y las palabras de Adelina, tranquilas, neutrales, exentas de rencor, transcurrían frente a él en forma de imágenes atroces.

A veces pasaban semanas sin que el tío Álvaro diese señales de vida y ella se ilusionaba; quizás él ya se había cansado, quizás había encontrado a otra, quizás se había apiadado de ella y la perdonaba. Pero cuando menos lo esperaba volvía a aparecer. Podía ocurrir a la salida del colegio, en el portal de su casa, a la entrada de un cine, y no le importaba que ella estuviese acompañada, incluso por sus padres, y eso la volvía loca, la dejaba paralizada de miedo. Él se acercaba con su sonrisa llena de ojos azules, saludaba a todos con exquisita cortesía, bromeaba y siempre encontraba un momento para susurrarle: «Putita, hoy a las ocho y media donde siempre». «Donde siempre» era detrás del instituto masculino, una zona mal iluminada y solitaria en la que detenía el coche sólo para darle tiempo a precipitarse dentro sin ser vista. Se acurrucaba delante del asiento sin levantar la cabeza y él le pedía las gafas. «Las gafas», ordenaba. Ésas eran siempre sus primeras palabras. Se las guardaba en un bolsillo dejándola prácticamente en la ceguera, Adelina nunca sabía a qué lugares la llevaba, a qué oscuros prados, descampados húmedos, acaso vertederos, a veces oía el rumor del mar y suponía que estaban cerca de una playa, pero nunca identificó los lugares donde transcurría el horror, sólo sabía que era inevitable y se lo tenía merecido. Sin embargo, en medio del horror, Adelina superó a finales de junio los exámenes de preuniversitario con notas brillantísimas, su traducción de Herodoto mereció un diez, su comentario sobre las *Soledades* de Góngora un nueve y medio. Nunca lo comprendió. Los había hecho sólo para quitárselos de encima, segura de que iba a suspender, todo lo que no estaba relacionado con el terror por el tío Álvaro y con la suciedad y el asco que sentía por sí misma carecía para ella de importancia. En aquella época sus padres viajaban con frecuencia por motivos profesionales y le ofrecieron que los acompañara a un congreso de oftalmología en Canadá, donde visitarían los Grandes Lagos y las cataratas del Niágara, motivo de innumerables chistes por parte de su padre, pues el congreso versaba precisamente sobre la cirugía de las cataratas y el sentido del humor del doctor Valle era de ese género. Pero ella rehusó la invitación. No se sentía capaz de pensar en otra cosa que en su esclavitud, en cómo

liberarse de la tiranía y el culpable terror que la martirizaban. Sin embargo el tío Álvaro no dio señales de vida en todo el mes de agosto. Para entonces la había instruido en una forma más sencilla de comunicación: si el teléfono de su casa sonaba tres veces, ella ya sabía dónde tenía que estar a las ocho y media en punto; si alguien descolgaba antes del tercer timbrazo y nadie respondía al otro lado, también. Adelina apenas salió de casa en todo el verano, pero el teléfono no sonó. Se sintió liberada, feliz. Pero también angustiada: quizás el tío Álvaro había decidido contárselo todo a sus padres, quizás ya se lo había contado a Teresa, o a Covita de Almar, era un hombre malvado, despiadado, pervertido, le gustaba burlarse de ella y hacerla sufrir, lo sabía bien, era un monstruo cruel e infame, sucio, salvaje, capaz de cualquier cosa, incluso de matarla. Se lo había dicho: «Si te veo con otro hombre, te mato. O mejor dicho, os mato a los dos». Y le había enseñado la pistola. Pero en septiembre el teléfono sonó tres veces y todo recomenzó. Peor, cada vez peor. Ella se agachaba delante del asiento y le entregaba las gafas, luego, ya fuera de la ciudad, comenzaba una nueva ceremonia: «Las bragas»; ella se las entregaba. «El sostén»; lo mismo. «Ahora tócate»; ella obedecía. «Eres una putita pervertida, no puedes evitarlo, qué dirían tus papás si te vieran ahora, y las monjitas del colegio, ¿eh, putita, qué dirían?» Se burlaba de ella, se reía. Luego llegaban a aquellos sitios apartados del mundo, siempre húmedos y oscuros, y la sometía a horribles y sucias vejaciones.

Tal era la frase que rebotaba como un eco una y otra vez en la cabeza de Floro: «Horribles y sucias vejaciones». Adelina la pronunciaba sin poner en ella ningún énfasis, sin ninguna emoción, como si estuviese describiendo un simple artefacto mecánico: pulsas un botón, una tecla, una clavija, y comenzaba a funcionar la tecnología del espanto: «Horribles y sucias vejaciones». «Si se me escapaba algún gemido me golpeaba, prefería oírme sollozar.» A veces hacía frío, pero a él no le importaba en absoluto, la obligaba a salir del coche desnuda, sin las gafas, y la conducía por oscuras intemperies hasta algún lugar apartado, donde tendía la manta y acontecían «horribles y sucias vejaciones». Una noche, ya bien entrado el mes de octubre, Adelina le suplicó que la liberase de aquel tormento infame, que tuviese piedad de ella, que la perdonase, que ya no podía soportarlo más. Serían las once de la noche, lloviznaba. «Está bien, de acuerdo –respondió el tío Álvaro–, te dejo libre, aquí te quedas», recogió la manta y se alejó a grandes pasos. Sin las gafas, ella no percibía más que ingentes bultos de sombra en la oscuridad. Corrió tras él, tropezó, se cayó de bruces sobre la hierba mojada. Estaba

desnuda y completamente desorientada. Gritó con todas sus fuerzas: «¡Tío Álvaro, tío Álvaro!». Oyó el arranque del coche en algún lugar cercano, impreciso, durante unos instantes los faros iluminaron una densa mata de arbustos espinosos a su derecha, pero sólo fue una ráfaga de luz, enseguida cambió de dirección dejando un leve resplandor que se fue apagando junto con el ruido del motor. Toda su ropa, excepto los zapatos, iba en aquel coche. «Volverá, tiene que volver –se dijo–, no será capaz.» Decidió no moverse del sitio, no fuera a ser que él no pudiera encontrarla. Los faros del coche habían sugerido un espeso laberinto de arbustos y matorrales del que ella jamás podría salir por sus propios medios, y menos aún desnuda. Se quedó muy quieta, la cabeza inclinada sobre el pecho, protegiendo el cuerpo con los brazos, cerrándolo frente a la fría intemperie, sintiéndose cada vez más expuesta, desnuda y vulnerable, llorando. ¿Cuánto habría de esperar?, ¿cuánto duraría la tortura? Estaba segura de que el tío Álvaro iba a regresar, pero ¿cuándo? Ella había dicho en casa, como tantas otras veces, que salía al cine con unas amigas, nuevas compañeras de la facultad a quienes sus padres no conocían aún, no sabrían a quién llamar si se retrasaba. Pero ¿cuánto tiempo había pasado ya, qué excusa podría dar si llegaba muy tarde? ¿Y si él no volvía? Por su piel se deslizaban pequeñas gotas de lluvia que le producían un intenso frío, le castañeteaban los dientes, ya no podía dominar los temblores ni contener el llanto, y se dejó caer de rodillas sobre la hierba mojada, encogida sobre sí misma, abatida. Adelina Valle refirió el instante con estas palabras: «Sentí mucho miedo». Luego, en el corazón mismo del miedo, en su justo centro, ocurrieron dos cosas simultáneas: tuvo la certidumbre indubitable de que el tío Álvaro jamás regresaría a buscarla y, al mismo tiempo, oyó a sus espaldas el rumor del mar. Pensó, o quizás descubrió, o decidió: «Es el final, voy a morir». Se puso en pie y extendió los brazos en cruz. La lluvia era ahora más fuerte, levantó el rostro hacia el cielo y la sintió caer dulcemente sobre las mejillas, sobre el pecho, sobre el vientre, sobre los muslos, sobre las palmas abiertas de las manos. Ya no sentía frío, no temblaba, no la asaltaban los sollozos. «Nadie me encontrará al amanecer vagando desnuda por estos campos como si hubiera perdido la razón, no lo permitiré.» Extendió los brazos frente a sí para protegerse de la oscuridad y comenzó a caminar en dirección al mar. Había cesado el viento y oía el rumor de las olas con nitidez, los arbustos se apartaban amablemente a su paso, pronto sintió el crujido de la arena bajo los pies y avanzó sobre su superficie blanda y ondulada hacia la cenefa de espuma que iba apareciendo al fondo de la playa. El mar emitía una luz espectral, como si la luna hubiera

bajado a darse un baño. Entró en el agua sin la menor vacilación. «Recuerdo mal esos momentos, pero estoy segura de que no sentí ni pensé nada especial, sólo que el agua estaba muy caliente y me extrañaba para la época en que estábamos, las olas eran pequeñas y tranquilas y a medida que las iba sintiendo me decía, qué raro, el agua está más caliente que en agosto. Cuando él me alcanzó ya me cubría por encima de la cintura y se mojó el pantalón, el dinero que llevaba en los bolsillos se le quedó hecho una piltrafa, luego en el coche me lo reprochaba medio en broma, fíjate qué pinta tengo, decía, porque mi ropa estaba seca.» El tío Álvaro le aseguró que había gritado buscándola por todas partes. La cubrió con la manta y la condujo hasta el coche estrechándola contra sí. «¿Pero qué ibas a hacer, criatura?, ¿no ves que era una broma?, ¿cómo iba a hacer yo una cosa así? Tú eres mi mujer, la única mujer de mi vida, yo no tengo en el mundo a nadie más que a ti, nos separa la edad, la sociedad, pero para mí no hay nadie más que tú, no vuelvas jamás a hacerme esto. Te pido perdón, ¿ves?, perdóname.» No era la primera vez que le hablaba de aquella forma, a veces podía ser dulce, comprensivo, en cierta ocasión Adelina le había visto llorar, pero no supo por qué. Sin embargo, ya nada volvería a ser lo mismo, ahora ella se sentía más fuerte.

Durante las semanas siguientes él no la llamó. Después, cuando el teléfono volvió a sonar tres veces, fue ella quien no acudió a la cita. Tras largas luchas consigo misma, Adelina acudió a un confesor y obtuvo la absolución. Pero al día siguiente no se atrevió a comulgar, había sido demasiado fácil. O bien el sacerdote no la había comprendido o bien ella se había expresado mal y sin darse cuenta había omitido lo más importante. Era una parroquia donde no la conocían, la había elegido a propósito para que no pudieran relacionarla con nadie, y mucho menos con el tío Álvaro. Su confesión había estado repleta de generalidades y abstracciones acerca del sexto mandamiento, había referido con tal ambigüedad su intento de suicidio que el cura interpretó que se acusaba de bañarse desnuda por la noche y la amonestó severamente por ello, su diálogo sacramental había sido confuso, muy equívoco. Obtuvo la absolución, pero no la limpieza de alma que esperaba y no sintió ningún alivio, tampoco cumplió con la retahíla de rosarios que le habían impuesto como penitencia. Sin embargo, el solo hecho de haber hablado del horror, aun mediante enojosas metáforas de sacristía, la hizo sentirse mejor, un poco más fuerte. El teléfono de su casa ya había sonado tres veces en varias ocasiones y no acudió a las citas, hablar del horror era bueno, debería intentarlo de nuevo, con las ideas más claras, con más valor, pero todavía tenía muchas dificultades para concentrarse y

pensar con claridad, aún era incapaz de mantener la atención más de cinco minutos en la página de un libro, pero hacía progresos. Las clases en la facultad continuaban siendo una confusa sucesión de frases sueltas caídas al azar en sus oídos, pura hojarasca, se esforzaba en tomar apuntes pero después, al repasarlos, parecían escritos por un demente o por un extranjero, no les encontraba ningún sentido. En el cine se le escapaba el argumento de las películas, perdía la hilazón, la trama, las escenas acontecían ante sus ojos de una en una, como sucesos aislados y cerrados sobre sí mismos, a veces fascinantes, llenos de cuerpos y de música, pero siempre ininteligibles, sin dejarle un poso de memoria que pudiera articular con las escenas siguientes y no podía retenerlas, porque entre escena y escena, entre los párrafos de un libro, o entre las frases de un profesor, aparecía la sombra del tío Álvaro que regresaba a buscarla. Y eso era todo lo que podía pensar: en cuándo ocurriría. Iba a clase todos los días, al cine, leía, intentaba distraerse, pero sólo se estaba preparando para el regreso del terror y su vida consistía en aquella espera, un entrenamiento para el pánico a base de asumir pequeños terrores cotidianos, toparse con el tío Álvaro al doblar aquella esquina, oír su voz imperiosa y soez en medio de una clase de latín, ver su rostro agazapado entre dos pensamientos, se entrenaba para el encuentro aterrorizándose por anticipado.

Cierta noche, ya mediado noviembre, regresaba a casa después de una sesión de cine-fórum en el Ateneo, llovía. Como de costumbre, no había entendido la película y menos aún el debate posterior, pero le había interesado mucho y recordaba con nitidez una de las últimas escenas, le había encogido el corazón casi hasta las lágrimas y aún persistía en su pensamiento mientras caminaba por el centro del paseo de José Antonio, oyendo el golpeteo de la lluvia sobre el paraguas. Siempre elegía el paseo en vez de la acera de la calle Uría, era un espacio abierto donde no tenía que preocuparse por los transeúntes, a esas horas de la noche su capacidad de visión quedaba muy mermada. La escena ocurría a la orilla de un río, al amanecer, en blanco y negro. Una mujer huía. Miraba hacia atrás, tropezaba, se levantaba, corría de nuevo. Llevaba una gabardina ceñida a la cintura, muy parecida a la que ella llevaba ahora. La perseguía uno de los protagonistas de la película, un hombre que la amaba. La alcanza. O no, quizás ella se detiene antes, está cansada. Se vuelve hacia él, tiene la espalda apoyada contra un árbol. Es un árbol muy joven, flexible, de corteza blanca, quizás un abedul, un fresno, un olmo. El hombre la ama más que a nada en el mundo. Lleva una navaja. La mata. No había ningún diálogo o, si lo hubo, ella no lo recordaba, tampoco recordaba que hubiera habido música. En el coloquio posterior nadie mencionó

aquella escena. Un estudiante de derecho dijo que Rocco revisaba la figura de Jesús y a continuación se pronunció en contra del Régimen con palabras enérgicas y fue muy aplaudido, Adelina no había comprendido la conexión, en realidad no había comprendido nada excepto aquella escena, «al fin y al cabo yo sólo tenía diecisiete años y no sabía nada de política». Luego prosiguió: «Al final del paseo había entonces una cabina de teléfonos, junto al quiosquín, luego la quitaron». Cuando ella pasaba a su altura, el tío Álvaro salió de la cabina como una exhalación y la cogió de un brazo. «Te he visto caminar muy pensativa –dijo–, ¿pensabas en mí?» Ella se quedó sin aliento. Y sin voluntad. Igual que siempre, sus semanas de entrenamiento habían servido de poco. Le quitó el paraguas de la mano y la empujó hacia el interior de la cabina. Marcó un número y le tendió el teléfono: «Diles cualquier cosa, esta noche vamos a celebrar algo muy importante, diles que vas a estudiar a casa de una amiga, que volverás tarde. O si lo prefieres diles que te vienes a follar conmigo, les hará mucha ilusión». Por fortuna sus padres no cenaban en casa y la criada aceptó cualquier excusa. El tío Álvaro estaba de muy buen humor y se notaba que había bebido, llevaba un traje azul marino y una corbata de seda muy elegante. La besó en los labios con dulzura y no solía hacerlo. La plaza de la Escandalera recibía fuertes ráfagas de lluvia y los pocos transeúntes correteaban bajo los paraguas. Subieron al coche. Ella le anunció: «No me quitaré las gafas», nunca antes había logrado reunir tanto valor. Él se echó a reír: «Pues claro que no, tontina, y tampoco hace falta que te escondas debajo del asiento, con lo que llueve no nos reconocería ni el Espíritu Santo. Esta noche voy a invitarte a cenar marisco». Justo al arrancar, sonaban las diez en el reloj de la caja de ahorros con su acostumbrada cantinela de campanas: «Santa María en el cielo hay una estrella que a los asturianos guía».

Tomaron la carretera de Gijón. Era la primera vez que ella lograba saber adónde iban y también la primera que no la obligaba a quitarse la ropa interior. Estaba expansivo, alegre, hablador, la llamaba «princesa», Adelina no recordaba que el tío Álvaro hubiera pronunciado nunca su nombre. «Percebes, oricios, gambas, centollo, vino blanco del Penedés, princesa, ¿sabes cómo preparan el carro del centollo en el Kursaal?, la carne de la cabeza desmenuzada, huevo cocido muy picado, un chorro de sidra y el secreto de la cocina. El secreto es lo más importante, si un cocinero revela sus secretos es que es un piernas, un mierda, un don nadie. Sin secreto no hay sabor, ya lo descubrieron los chinos en el año catapún, es una sentencia de Confucio, los emperadores chinos reclutaban vírgenes para que les

mearan en la sopa, eran gente muy refinada, sólo comían corazones de alondra, lenguas de ruiseñor y cosas parecidas. Pero eso sí, eran muy exigentes y tenían paladares exquisitos, la meada de virgen debía producirse al alba y con la luna en cuarto menguante, porque de otra manera coge un punto de acidez, ¿comprendes?, en eso precisamente consistía la receta, y los emperadores no se andaban con chiquitas, si la sopa quedaba ácida les cortaban la cabeza a los cocineros, a las vírgenes, a todo dios, para eso los chinos siempre fueron la hostia.» Parloteaba y se reía, iban muy despacio, la lluvia golpeaba con fuerza el parabrisas y formaba charcos sobre el asfalto. «Princesa, aún tienes mucho que aprender y de eso me encargo yo, los jóvenes de hoy estáis en la higuera, sabéis latín y muchas teorías acerca de todo, pero de la vida nada de nada, lo tenéis demasiado fácil, el Régimen se ablanda, ya se ablandó hace mucho tiempo, os trae la cigüeña con un par de tetas puestas y ya os creéis que esto es Jauja, yo te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad, no un maniquí, sino un hombre, y algún día me lo agradecerás.» Algunos coches los adelantaban proyectando sobre ellos una cortina de agua, el tío Álvaro los maldecía, pero nunca aumentó la velocidad, el viaje fue muy largo. En Gijón se detuvo frente a un bar, en una calle larga y mal iluminada. «Escóndete», le dijo. El bar tenía grandes puertas de cristales opacos que filtraban una luz amarilla, ella se agachó delante del asiento. El tío Álvaro regresó a los pocos minutos, traía con él una cesta de mimbre cubierta por un mantel de cuadros. Arrancó y volvió a detenerse unos cincuenta metros más adelante, sobre la misma acera, allí la calle estaba mucho más oscura. «Vamos, baja.» Le entregó una cartera que llevaba en el asiento trasero y él se hizo cargo de la cesta. Cruzaron la calle y entraron en un portal oscuro. Al pie de la escalera el tío Álvaro encendió una linterna, los escalones eran de madera vieja, crujían, y los dos subían muy despacio, tomando grandes precauciones. En el rellano de la segunda planta había dos puertas, el tío Álvaro abrió la de la izquierda con un llavín y entraron.

En este punto, los recuerdos de Adelina Valle se hicieron imprecisos, su voz vacilaba por primera vez. Las horas transcurridas en aquel piso se le resistían y tendían a fundirse en un momento único del alma, una pelota de tiempo tan compacta y tan densa que le impedía todo intento de fragmentación y su memoria sólo las alcanzaba como objeto unitario, un pedazo de eternidad, un agujero negro llamado «depravación». No había relato de esas horas, acontecimientos, sucesión de hechos, causalidad, la palabra «depravación» parecía redimirlas de las leyes del tiempo y Adelina sólo lograba evocar impresiones aisladas, huellas, heridas, dolores del

alma con nombre de objetos: una pistola negra, grande, dura, unos grilletes de hierro, una botella de espeso licor derramándose sobre su vientre, un gran racimo de uvas negras, uvas ominosas. En aquel piso el aire tenía color púrpura, igual que las paredes, los muebles, la colcha de la cama, todas las bombillas estaban recubiertas con pintura roja, eran bombillas pequeñas y mortecinas, más apropiadas para el ocultamiento que para la luz, producían una insoportable sensación de suciedad. La habitación era muy grande, el techo altísimo, las paredes irregulares, y había más de cuatro, los susurros producían eco, las palabras frío, como hojas de cuchillo. El mantel de cuadros estaba tendido sobre el suelo, en los platos había animalillos indistinguibles bajo el color púrpura de las bombillas, pequeños animales con uñas y patitas que el tío Álvaro lanzaba a puñados sobre ella profiriendo salvajes carcajadas, comían desnudos, echados en el suelo, «como los romanos –decía él–, lástima no tener uvas, los romanos jamás emprendían una orgía sin tener a mano un buen racimo de uvas negras, pero ya no hay romanos y además estamos fuera de temporada, las uvas pasas no valen para esto». Los animalillos cocidos, gambas, percebes, nécoras, parecían vivos y corrían sobre su piel con ciega supervivencia, reptaban sobre ella, y él se reía viéndola retorcerse en el suelo para quitárselos a manotazos y la obligaba a beber más y más, hasta que ya no le importó que la recorrieran los cangrejos. Y ocurrió algo curioso, desde aquel día Adelina ya nunca sería capaz de comer uvas negras, le producían náuseas y sin embargo no hubo uvas negras esa noche. Pero se quedaron en algún lugar escondido del espanto junto a los grilletes de hierro que la sujetaban a los barrotes de la cama, junto a la figura del tío Álvaro pavoneándose desnudo por la habitación, con la pistola en la mano, perorando contra el mundo, felicitándose por haber asegurado para siempre el futuro de su familia, amenazando con que algún día todos se acordarían de él. La obligaba a orinar y ella ya no podía, «bebe, bebe más», le gritaba. Luego el frío furor de la pistola entre sus piernas. Sabía que estaba en el Infierno: la oscuridad tenía color rojo, había animales inmundos con uñas y con patas, olían como el mar, pero no eran peces, los hierros se le clavaban en la carne, los ojos del tío Álvaro, azules y dementes, se le clavaban en el alma. Pero lo peor eran aquellas avalanchas de placer indecente, un placer injusto e involuntario que la sumía en la desesperación y en eso consistía el infierno, el regodeo de una voz que repetía: «Estás a mi merced, estás a mi merced y te gusta». La sometió al dolor de la pistola, a la sucia vejación de los orines, la ató, la amordazó, la insultó, la golpeó, lloró sobre su pecho, le hizo promesas aterradoras y profirió amenazas de

matón, pero lo más cruel e insoportable fue sentirse víctima de aquel placer sin consentimiento. El infierno estaba allí, en el impío desprecio de sí misma: «Estás a mi merced, estás a mi merced y te gusta». Luego él se durmió a su lado. El vello que le cubría el pecho era canoso, subía y bajaba entre profundos estertores, por la comisura de los labios le corrían gotas de saliva. Ella vomitó sobre la alfombra en silencio, procurando no despertarlo, sintió que vomitaba uvas negras, viscosas, enteras. Después amaneció. Entre los listones de la persiana se filtraba una luz lechosa. «Tío Álvaro, tío Álvaro, está amaneciendo, tengo que volver.» Él se incorporó. «Te he dicho mil veces que no me llames tío Álvaro, yo no soy tío tuyo.» El agua de la ducha estaba helada y se frotó con una toalla húmeda hasta dejarse marcas en la piel. No intercambiaron más palabras. Él cerró la puerta con el llavín y descendieron en silencio tras el foco redondo de la linterna. La escalera terminaba en un estrecho zaguán a cuatro o cinco metros del portal de la calle. La niebla era tan tupida que la puerta abierta parecía estar tapiada con cemento. El tío Álvaro se guardó la linterna en un bolsillo y avanzó hasta casi el umbral, donde se detuvo para inspeccionarse la indumentaria: el pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta, la corbata alisada, el cinturón bien ceñido, los zapatos. Le tendió la cartera sin volverse: «Toma, putita, sostenme esto un momento». Se agachó para anudarse el cordón de un zapato. Adelina observó la niebla exterior por encima de sus hombros, parecía sucia y sintió un frío desolador, a lo lejos se oía el ruido de un tranvía que se acercaba. Despacio, muy despacio. El tío Álvaro comenzó a incorporarse. Despacio, también muy despacio, como si estuviera levantando del suelo un gran peso. Ella vio el coche aparcado al otro lado de la calle, quizás la niebla no era tan espesa como había creído; aborrecía aquel coche. Apareció el tranvía junto a la puerta, pasaba tan cerca que tuvo la impresión de poder tocarlo con la mano. Era amarillo. El tío Álvaro aún tenía el cuerpo inclinado hacia delante, parecía a punto de trastabillar. Ella lo empujó con todas sus fuerzas. Le vio dar un torpe paso sobre el umbral, otro en la acera, y se cayó bajo el tranvía sin proferir una palabra. Las ruedas traseras le seccionaron la cabeza limpiamente. Adelina recordaba un detalle con perplejidad: al tío Álvaro le faltaba un zapato. ¿Cómo podía ser?, ¿acaso no se los había atado un instante antes?, ¿acaso no fue precisamente eso lo último que hizo antes de morir, atarse el cordón de un zapato? Por lo demás, sólo sintió un gran frío en el corazón, no miedo, ni arrepentimiento, sino frío, un frío helador. El coche del tío Álvaro seguía aparcado al otro lado de la calle, aquel coche odioso. No supo si el tranvía se detuvo o siguió, tampoco se preocupó de si

alguien la había visto, dio media vuelta y se internó en el portal. Junto a la escalera había un largo corredor con luz al fondo. Lo siguió, salió a un patio atravesado por cordales con ropa tendida, saltó un pequeño muro, llegó a una huertecilla medio amortajada entre palos de guisantes y vallas de ladrillo, al fondo una pared blanca, una puerta de madera podrida sin candado, la calle. Caminando en línea recta, encontró el mar.

El mar. Floro la veía caminar despacio junto a la barandilla blanca del Muro. Uno imagina que al amanecer la marea siempre está muy baja, la playa se ensancha y se pierde en la niebla. Ella no vio el mar, la miopía le había enseñado a resignar toda comprensión del horizonte, pero sabía que el mar estaba allí, lo oía murmurar y eso bastaba para relegar el pensamiento a un segundo plano, ese oscuro lugar donde comienza el olvido. Tomó el tren. Ya en Oviedo el reloj de la estación marcaba las ocho y media, «justo a tiempo para clase».

Las clases de don Gustavo Bueno atraían a mucha gente, no sólo a sus alumnos de filosofía, sino también a estudiantes de otras facultades que acudían a escucharle por causas que ella no entendía del todo. Encontró sitio en la parte alta del aula y enseguida se olvidó de que acababa de matar al tío Álvaro, todo el mundo escuchaba con gran atención. Anaxágoras, Zenón de Elea, Demócrito, Empédocles, aquellos nombres llegaban de una lejanía tan remota e impersonal que por sí solos bastaron para infundirle un gran apaciguamiento. Se preguntaban por la consistencia de la materia y del tiempo, por los principios del agua y del fuego, por los secretos de la extensión, eran preguntas grandiosas, nobles, llenas de valentía, ajenas a toda mezquindad, nunca había reparado en que la filosofía tuviera que ver con las buenas intenciones, pero el relato de aquellos pensamientos antiguos le contagiaba una alegre bondad. Don Gustavo hablaba muy aprisa, con entusiasmo, se paseaba sobre la tarima de la cátedra con una tiza en la mano y a veces la esgrimía con enérgicos movimientos, como si quisiera subrayar las palabras en el aire, por debajo de su voz se oía el amable ronroneo de docenas de plumas y bolígrafos sobre los cuadernos. Desde lo alto del aula escalonada, Adelina veía las cabezas de sus compañeros inclinadas en el esfuerzo de la escritura, los rostros concentrados en la tarea unánime de pensar, Anaxágoras, Demócrito, la división infinita de la materia y del espacio, la refutación de la arbitrariedad, se daba cuenta de que ninguno de aquellos temas les concernía personalmente, que no eran suyos ni de nadie, sino del pensamiento, y que ellos estaban reunidos allí para pensar. Sintió una gran ternura, había allí tanto desprendimiento, tanta generosidad, el pensamiento era de todos, como la verdad, cualquiera que ésta fuere,

por primera vez llegaban oleadas de calor a su corazón y se estremeció, sintió el calor en el rostro, en el cuerpo entero, en las sienes comenzaron a brotarle gotitas de sudor y se le empañaron los cristales de las gafas. No cesaba de sudar, pero era feliz, nunca había experimentado nada semejante, ternura, agradecimiento, amor, por los presocráticos, por la voz de don Gustavo, por sus compañeros, por la facultad, por el hecho asombroso de que existiera en el mundo un lugar como aquél, donde se practicaba la generosidad de pensar, hablar y debatir acerca del mundo sin otra finalidad que comprenderlo. Y entonces, de golpe, cayó en la cuenta de que «comprendía». Las frases ya no caían en sus oídos como las hojas de un árbol, ya no se acumulaban una sobre otra en un montón arbitrario, sino que se engarzaban y formaban una cadena de sentido en su pensamiento. Y no sólo entendía las palabras que escuchaba acerca de los presocráticos, sino también a éstos, a Zenón, a Demócrito, a Anaxágoras, a todos, y más, y mucho más, su pensamiento no sólo era una cadena lineal, también era una pirámide de capas de sentido superpuestas, hermosísimas, armoniosas, conectadas, entendía lo que aquellos hombres habían dicho y además el impulso que los animaba, su valor para afrontar lo desconocido, su riesgo. Por fin comprendía lo que había oído tantas veces en el colegio: «Filo-sofía», amor al saber, inclinación hacia el conocimiento, y veía que no era tan importante la «verdad» como la limpia inocencia de buscarla, «el aire, el fuego, el agua, la tierra, intentar comprender, eso es la virtud». Era algo tan fuerte y luminoso que por momentos temía no poder guardarlo en la memoria. «Lo escribiré –se dijo–, lo escribiré ahora mismo», y buscó su cuaderno de apuntes en la cartera, la tenía frente a sí, sobre el tablero del pupitre. Buscó el tirador de la cremallera tanteando los bordes, pero no lo encontró. El sudor le empañaba las gafas, lo sentía correr sobre el entrecejo y en las sienes. La piel de la cartera era muy suave, sus dedos recorrieron demoradamente los relieves labrados. No necesitó verlos para reconocer las figuras: los Reyes Católicos, de perfil, se miraban uno al otro con el escudo real en el centro, la solapa se cerraba con un broche de bronce en forma de espada, era la cartera del tío Álvaro. La estrechó bruscamente contra sí intentando ocultarla. Algunos estudiantes la miraron. Se levantó y comenzó a descender por el pasillo lateral, sus zapatos sonaban sobre los largos escalones de madera como martillazos. Se hizo el silencio, un silencio enorme, de gran intensidad y gran tamaño, porque eran muchas las personas que callaban. Don Gustavo la esperaba al pie de la escalera, «¿se encuentra usted mal? –le preguntó en voz baja. La acompañó hasta la puerta del

aula sujetándola amablemente por el codo–, ¿necesita usted que alguien la acompañe?». Pero a ella sólo le preocupaba ocultar aquella cartera entre los brazos.

Adelina Valle no recordaba cómo había llegado hasta su casa, tampoco recordaba casi nada de los meses posteriores. Cayó enferma y los médicos se sentían incapaces de explicar la contumacia de sus fiebres. Probaron con todo tipo de antibióticos, a veces la fiebre remitía durante varios días o semanas, cuando ya casi se la daba por restablecida, la fiebre volvía a aparecer con renovada virulencia y la sometían a nuevos análisis, pruebas, tratamientos, entre los colegas de su padre encargados del caso se iba extendiendo cierto sentimiento de ofensa y luego de desgana, como si ella fuese la culpable de la fiebre y los engañase, como si sólo pretendiese dejarlos en mal lugar. Poco a poco fueron aventurando la hipótesis de que su enfermedad pertenecía al misterioso territorio del alma y, por tanto, al dominio político de los sacerdotes, en aquella época el psicoanálisis apenas había iniciado su competencia en ciudades de provincia. Un buen amigo del doctor Valle, especialista en medicina interna, ya en confianza, sugirió otro método: «Lo que esta chica necesita es un buen par de bofetadas, por no decir cosas más propias de gañanes, pero tú ya me entiendes».

–Estuve mucho tiempo guardando cama, aquí en esta habitación, hasta me compraron un televisor para mí sola.

La voz de Adelina transmitía ahora una gran tristeza, cansancio quizás. Ambos se mantenían en la misma posición, sin tocarse, con los ojos clavados en la oscuridad. Floro buscaba en su mente palabras de consuelo, de aliento, de solidaridad, pero no las encontraba, no sabía por dónde empezar.

–Se me retiró la regla durante meses y creí volverme loca. Lo mantuve en secreto y sí, era verdad, en eso engañé a los médicos. Después sufrí grandes hemorragias y me llevaban al hospital a recibir transfusiones, pero apenas recuerdo nada de todo aquello. Ni tampoco de los años siguientes. En realidad, apenas recuerdo nada del resto de mi vida, porque ya no hubo nada que recordar. En marzo de este año tuve la última menstruación, hace ya siete meses.

Por la mente de Floro cruzaban las palabras de consuelo como estrellas fugaces, una tras otra, pero ninguna se detenía lo suficiente para hacerla llegar a la boca, necesitaba encontrar argumentos para mitigar aquel dolor, razones que ni ella ni nadie pudieran refutar nunca, demostraciones de que ella era inocente, buena, que no debía reprocharse nada, que la comprendía y la apoyaba, que podía contar con él, pero se le mezclaban en un torbellino y se le encogía el

corazón.

–Hace ya siete meses, y no volveré a tenerla nunca más. Eso es lo que quería decirte.

Se le escapó un sollozo, muy débil, casi imperceptible. Floro se volvió hacia ella y le acarició la mejilla en la oscuridad. Los argumentos que había estado buscando en el torbellino de su mente llegaron de pronto con una nítida fluidez y de un solo golpe.

–Adelina, te quiero. Te quiero.

Ella lo abrazó y los dos se echaron a llorar.

Veinticinco

El «Va pensiero» se oía en la ciudad desde primeras horas de la mañana. La radio lo emitía una y otra vez, era hermoso. Los expertos invitados por las emisoras explicaban a Verdi con gran erudición: el compacto exilio de los judíos, la conflictiva unificación de Italia, la cruel exactitud de las metáforas bíblicas en tiempos de Nabucodonosor. El teatro Campoamor ofrecía esa noche la última función de la temporada de ópera, sobre las cinco y media de la tarde comenzó a llover. La lluvia no hubiera hecho falta para traer melancolía a las almas de clase media, pues el coro de *Nabucco* en la radio te podía sacar gruesos lagrimones sin que te dieras cuenta. Y eso era lo peor: al no entender de ópera tampoco te explicabas las ganas de llorar. Con esto, no trato de justificar lo que hizo Manolo Arbeyo, ni sugerir que fueron la música y el clima las causas de todas sus acciones. Nada de eso. Manolo Arbeyo ya era un grandísimo hijo de puta desde mucho antes de escuchar por primera vez el coro de *Nabucco* y, por supuesto, las malas intenciones son tan antiguas como la lluvia. Sin embargo, recuerdo perfectamente aquella tarde y me hago cargo: yo jugaba al billar en compañía de mis amigos de la infancia en el ático de Rodrigo que ahora se llamaba mansarda, las viejas claraboyas abuhardilladas se habían transformado en grandes paños de cristal sobre el tejado de pizarra, veía caer la lluvia sobre la ciudad sin poder quitarme de la cabeza el sonsonete del «Va pensiero» y me sentía triste sin saberlo. Uno suele desatender con frecuencia las obviedades de la radio y los motivos indirectos de sus estados de ánimo, los pequeños detalles, la lluvia gris de cada día, uno nunca acaba de creerse que tiene un alma de clase media que puede engañarte y traicionarte en el momento que más la necesitas. A Manolo Arbeyo ya le había traicionado en varias ocasiones, pero no acababa de creérselo y se escudaba en motivos de altos vuelos para explicar lo que le estaba ocurriendo y lo que él mismo hacía. Sin duda, los otros eran los culpables, pero ¿cómo explicar el hecho innoble de haber aceptado los dos millones de pesetas de Borja Molina, el hombre que le había quitado a su mujer y aún seguía quitándosela?, ¿cómo aceptar la llana certidumbre de que ella ya no le amaba?, ¿cómo aceptar que ya has cumplido cuarenta y tres años para siempre? No obstante Manolo Arbeyo tenía coartadas y creía en ellas, las almas de clase media son astutas, reconocen a Verdi, sienten melancolía, pero

se saben construidas con garbanzos. Sobre la ciudad llovía una sucia grisura, ¿y qué?, siempre ha llovido y puedes usar paraguas, hay que ser precavido y no hacer el amor jamás con princesas ni con hadas, sino sólo con almas de clase media, mujeres que se quieran a sí mismas como te quieres tú, sin ambición, de forma moderada. Porque luego, algún día, dejan de quererte. Y no hay derecho, porque cuando dejan de quererte se convierten en princesas, en hadas, y te sientes perdido. Manolo Arbeyo se sentía perdido mientras se dirigía a casa de Floro en busca de la cartera con los dos millones, pero no lo aceptaba, se decía a sí mismo que tenía planes. No permitiría que llevasen a cabo la operación con los Atienza, les iba a meter el sagrado hayedo por el culo, iba a organizar tal escándalo desde el periódico y desde Ecoconceyu que terminarían por echar a Molina de su empresa. Y a ella también, Carmina volvería a comer en la palma de su mano.

Cuando sonó el timbre, la tía Margarita dormitaba frente al televisor. Se sobresaltó. Era tan inusual que alguien llamase a la puerta a esa hora que atribuyó el ruido a la televisión y aprovechó el paréntesis para servirse otra copita de mistela. Pero el timbre volvió a sonar. Entonces se puso en pie, se retocó el cabello con gesto mecánico e inspeccionó el salón para asegurarse de que cada cosa seguía en su sitio. Apuró la copita de un trago y la escondió en el bolsillo del delantal, luego guardó la botella en el aparador y salió a abrir la puerta.

¡No podía creer lo que veían sus ojos!, ¡el periodista Manuel Cifuentes, Arbeyo, el porvenir de Florín!

–Pasa, pasa, por Dios, pasa, ¡faltaría más!

No atendió una sola palabra de lo que Arbeyo le decía, lo condujo hasta el salón tirándole de un brazo y lo obligó a sentarse.

–No, no, Florín no está, es que esta noche va a la ópera con su novia –dijo de forma algo incongruente–. Tengo unas natillas riquísimas.

–Muchas gracias, pero acabo de comer.

–¿No conoces a la novia de Florín?, pero qué tonta soy, cómo no vas a conocerla si sois tan amigos, además Adelina Valle es de una familia de Oviedo de toda la vida, ¡tan buena chica!, su padre tenía la consulta de oculista en la calle Fruela, una eminencia, ahora ya está jubilado. ¡Las natillas te van a encantar, están hechas de esta misma mañana, con muchos huevos y espesinas, ya verás!

La tía Margarita gritaba como si estuviera hablando desde cincuenta metros de distancia.

–Es que tengo mucha prisa.

–Nada, nada, ahora mismo te las saco.

Corrió hasta la cocina y a los pocos segundos asomó la cabeza en la puerta.

–¿Calientes o del tiempo? –berreó.

–Del tiempo.

–Mira que no me cuesta nada calentarlas, tú por molestar no lo hagas.

–No, no, me gustan más del tiempo.

Arbeyo ya estaba resignado. Era evidente que aquella mujer estaba loca o apimplada, o ambas cosas, y sentía algo de miedo. Se comió un primer plato de natillas. Ella correteaba de la cocina al salón con cosas en las manos, pero cerca o lejos jamás bajaba el tono de voz, de puro excitada no se daba cuenta de que hablaba a gritos.

–Por fin va a sentar la cabeza, porque se nos casa, ¿sabes?, todavía no tienen fecha, pero se nos casa, y con una familia se tienen muchas responsabilidades, ¿tú eres casado?, ¡qué tonta soy, claro que eres casado, no hay más que mirarte!, enseguida se ve que eres padre de familia y tienes muchas responsabilidades, ¡dichosa tu mujer, qué suerte tiene!, es lo que yo le digo siempre a Florín, lo que tú necesitas es un puesto de escritor fijo, como tu amigo Cifuentes, siempre leo todo lo que escribes y me gusta muchísimo, y ahora que se casa, Florín necesita más estabilidad, trabajar contigo en el periódico, con un amigo. ¡Las soletillas, las soletillas, ay, no sé dónde tengo la cabeza!

Manolo tuvo que afrontar un nuevo plato de natillas, esta vez con bizcochos. La tía Margarita no recordaría después una sola palabra de lo dicho por Arbeyo, pero en lo tocante a la contabilidad de la merienda su memoria fue de elefante. En un momento u otro él logró transmitirle el mensaje de que venía a buscar ciertos papeles que Floro le guardaba.

–Tú, como si estuvieras en tu casa, con toda confianza, ya sabes que para nosotras eres como de la familia.

Era la segunda vez que la tía Margarita lo veía, pero para entonces la botella de mistela había vuelto a aparecer sobre la mesa del salón y ella le hacía los honores junto con su invitado.

–La mistela va muy bien con las natillas, como el moscatel, ¿prefieres moscatel?, ahora mismo te lo saco. ¿No?, bueno, como quieras, pero ya sabes, con toda confianza, no necesitas hacer el randevú.

Lo condujo a la habitación de Floro y ella regresó al salón.

–Ya sabes, como si estuvieras en tu casa.

Arbeyo recordaba perfectamente que Floro había guardado su portafolios en el tercer cajón del escritorio. En efecto, allí estaba. Lo abrió con el llavín y comprobó su contenido. Todo en orden. Bajo el

portafolios había una cartera que le llamó la atención, no era una pieza común, tenía la piel labrada con las cabezas de los Reyes Católicos y un broche de bronce con el pasador en forma de espada. La abrió. Tales indecencias, como leer cartas ajenas, escuchar conversaciones a hurtadillas y hurgar en todas las intimidades, resultaban para él inevitables, aunque no esperase sacar de ellas ningún provecho. La cartera contenía un fajo de documentos que enseguida se adivinaban de otra época. El papel era áspero y grueso, con rebaba, más agrisado que amarillo, y la tipografía de letras grandes ya medio viradas al violeta. Los hojeó al azar, mirando aquí y allí, uno de los documentos estaba escrito a mano en letra redondilla tan pequeña y apretada que apenas se podía descifrar, también había varias escrituras notariales cosidas a cordel, con sellos y tampones en las solapas. Descubrió algunos nombres: Ignacio de Almar, Álvaro Atienza, una detallada descripción catastral de la finca del hayedo, la firma de don Leandro Sesma en calidad de testigo de cierta transacción. No necesitó más para entender que había descubierto un tesoro. No sabía qué utilidad podrían tener aquellos papeles para él, pero sintió que la suerte se había puesto de su lado. Tampoco sabía que ya no volvería a ver la luz del sol, en noviembre las tardes son muy cortas y él no llegaría con vida al día siguiente.

La tía Margarita se acercaba a la habitación hablando sola y Arbeyo no lo dudó un instante: metió todos los documentos en su portafolios y dejó la cartera repujada donde la había encontrado. Todavía tuvo que soportar que ella le mostrase el smoking nuevo de Floro con prolijo orgullo y hubo de comerse un tercer plato de natillas, pero casi lo hizo con agrado, aquellos documentos podían ser su salvación. Cuando salió a la calle ya habían encendido el alumbrado público, llovía.

Sus dos horas siguientes, hasta encontrarse con Vicente el Ciclista en la puerta del periódico, a las ocho y media, sólo las podemos cubrir sobre la base de simples conjeturas, pero entre ellas cabe suponer ésta: que visitó a don Leandro Sesma. En la grabadora de trabajo de Manolo Arbeyo aparecería una cinta con una entrevista con el viejo catedrático. Estaba en su mesa, en la redacción del periódico, y sus compañeros la consideraron como su último trabajo profesional, pero nunca se publicó, las notas de apoyo no se encontraron y la grabación era mala, incompleta, muy poco fluida. En apariencia, Arbeyo había realizado la entrevista con motivo de la reciente jubilación de don Leandro Sesma, ex decano de la facultad de Derecho y eminente jurista, se trataba de uno de esos reportajes rutinarios e insulsos de la sección local que no leen más que sus protagonistas. Al comienzo de la cinta, la voz de don Leandro Sesma se oía distendida y risueña, refería

insípidas anécdotas universitarias de antaño y citaba mal a Justiniano en latín, añoraba la vieja universidad, cuando un profesor podía conocer a todos sus alumnos por el nombre de pila, e incluso a sus padres, aquéllos eran otros tiempos, etcétera. Sin embargo, la entrevista carecía de continuidad, la grabación parecía haberse parado en varias ocasiones y a medida que avanzaba, la voz del profesor se notaba más seca incluso al pronunciar insustanciales tonterías y, ya al final, cortante, perentoria. Una de sus últimas frases resultaba extremadamente enigmática: «Ni un solo paso con esto antes de hablar con quien debe usted hacerlo».

A las ocho y media en punto, Vicente el Ciclista lo esperaba en la puerta del periódico, donde estaban citados. Nada más verlo Manolo le espetó:

–¿Tienes smoking?

–¿Quién, yo?

El Ciclista se descojonaba. Se palmearon las espaldas y Vicente, con su característica sagacidad, le olió el aliento.

–O sea, que ahora te dedicas al anís.

–No, fue mistela, se me sale por los ojos. Además te da una sed de muerte, pero se trataba de un compromiso y, chico, qué vas a hacer.

Comenzaron a caminar hacia el coche. Llovía con cierta intensidad, pero Vicente no se daba prisa debido a los circunloquios de su pie de corcho, que en cada paso describía una circunferencia, como una pedalada, por algo le llaman el Ciclista. Una tragedia, pero es gracioso verlo caminar, inspira simpatía, y él la explota como una ventaja, sabe cómo hacerlo. Manolo retenía el paso con resignación para mantenerse a su altura.

–Tengo un trabajo para ti. Esta misma noche.

–Yo a las tres tengo que estar en Gijón sin falta. Cuestión de negocios.

–No hay problema, a esa hora ya habremos terminado. Y para negocios, el que puedes hacer esta noche conmigo, ya lo verás, pasta gansa.

Cogieron el Lada y se acercaron hasta el piso de Manolo. Vicente se sentó en el salón mientras el otro se cambiaba de ropa.

–No tengo nada que ofrecerte, lo siento. Desde que Carmina y yo andamos medio peleados no hay ni una puta cerveza en la nevera, si quieres puedes encender la televisión.

–Yo jamás veo la televisión. Por higiene mental. Tampoco tengo sed. Ni preocupaciones. Ya conoces mi filosofía: austeridad, observación atenta de todos los detalles y seriedad en los negocios. Eso sí, si no te importa voy a liarme un mai.

Arbeyo apareció en la puerta del salón abotonándose la camisa.

–Voy a darte un anticipo.

–No es mala idea.

La conversación discurría entre estancias distintas a través de las puertas abiertas, pero ninguno de los dos forzaba la voz, no estaban interesados en lo que decía el otro y no les importaba oírse mal.

–Es una pena lo del smoking, lo digo en serio, también te serviría un traje oscuro, no sabes lo que me costó conseguir las entradas, en el periódico se las rifaban.

–La mayoría de la gente ni se entera. Es que no se fijan. Se dejan llevar, se deslizan, andan resbalando por la vida y de repente, zas, las pasan putas. Por ejemplo en la ópera. Porque no me digas que en la ópera no se pasan putas. No puedes ni toser con esas gordas dando gritos en el escenario, ni estirar una pierna, y no te digo nada si tienes diarrea. Si tienes diarrea en la ópera, terminas en la cárcel.

A Manolo apenas se le entendía al otro lado de la puerta, a veces se acercaba hasta el umbral.

–… mucha gente sola, que está muy sola, no puedes hacerte idea de cuánta soledad hay en esta época, Vicente. Ni te lo imaginas.

–Yo siempre estoy bien donde estoy, ahí está el secreto. Me he pasado más días en la cama que el Cid Campeador en la mili. Por el mal del cobre, ya sabes, cuestiones de cash flow del puto sistema capitalista. ¿Y qué?, pues nada, en la cama no te llega el látigo del capataz y tienes mucho tiempo para pensar, para pulir la conciencia. Yo siempre lo digo, si todos esos insumisos de la mili y todos los jóvenes de este país se metieran en la cama un par de años, en vez de andar encadenándose a una verja, otro gallo nos cantara.

Manolo regresó al salón. Se había puesto una camisa bordada y lazo de pajarita.

–Oye, Vicente, hazme un favor.

–Joder, tío, pareces el marqués de Bradomín.

–Es que no consigo ponerme los gemelos, siempre me pasa con esta camisa.

Vicente se aplicó a la tarea.

–Vamos a divorciarnos, ¿sabes?

–¿Carmina y tú?

–Sí, claro.

–Pues te felicito, tío, no sabes lo que vas a ganar.

–Me está jodiendo, pero se va a enterar.

–No, mucho cuidado. En estos asuntos hay que tener la cabeza despejada y las ideas claras, y la primera de todas es la siguiente. Dame la otra manga, ésta ya está. Saber cuándo está uno hablando de

negocios. No sé si me entiendes. Termina el amor y empiezan los negocios, es algo muy distinto.

–Claro que lo entiendo. Entre ella y yo los negocios ya comenzaron hace tiempo. De eso es precisamente de lo que se va a enterar.

–Por cierto, a ese anticipo de que hablabas, ¿le podríamos poner un nombre? Ya está listo el segundo gemelo.

–Un momento.

Manolo salió hacia su dormitorio y regresó con el smoking puesto. Le tendió cuatro billetes de diez mil sin estrenar.

–Como máximo podré quedarme hasta las tres y media, los negocios son los negocios y esta noche estoy comprometido.

Los cuatro billetes habían producido el efecto de retrasar media hora su cita de negocios en Gijón.

–Vale. Tenemos tiempo de tomar algo por ahí, nos basta con llegar al teatro antes del segundo acto.

Se echó encima el tres cuartos verde de montañero y salieron. Todo lo que sabemos de esas horas procede de Vicente el Ciclista.

Manolo Arbeyo entró en el teatro Campoamor durante el primer entreacto, Vicente lo esperaba en el exterior protegiéndose de la lluvia bajo el exiguo marco de una puerta lateral, se había colocado el chaquetón de Arbeyo sobre su propio abrigo y observaba a través de los cristales junto a otros curiosos. El vestíbulo estaba repleto de personas elegantísimas que se miraban unas a otras por encima del hombro mientras fumaban. Manolo se perdió de vista entre ellas. Sonó el timbre de aviso y los elegantes regresaron al interior de la sala. Excepto Manolo Arbeyo. Recorría con pasos nerviosos el amplísimo hall bajo la desatenta mirada de un par de acomodadores vestidos de librea. Al cabo de un rato apareció un hombre en la escalinata. Era un hombre mayor, alto y enjuto, con aspecto fúnebre, Vicente no lo había visto nunca. Sin llegar a descender hasta el pie de la escalera hizo una seña y Manolo lo siguió hacia el piso superior. Quince minutos después salió del teatro. Estaba contento.

–Esto marcha, no tardarán en llamar –dijo señalando su teléfono móvil–. Las buenas mercancías se venden solas.

–Siempre lo dije, ésa es mi filosofía. Por cierto, va a salir al mercado un perico de altísima calidad. Se trata de una oportunidad única y con una pequeña inversión te puedes hacer de oro. La comercialización corre de mi cuenta, por eso no tienes que preocuparte. Si estás interesado avísame.

–No, ya sabes que yo paso de ese tema. A estos capullos les puse las tres como hora límite, son gente acostumbrada a tomar decisiones rápidas. El superjefe regresa mañana a Madrid a primera hora y le

interesa dejarlo arreglado antes de irse. Le dije que yo no iría a Madrid de ninguna manera, aunque me pagaran el viaje, y que no trataría con nadie más que con él. Y menos que con nadie, con el hijoputa de Molina, ¿no te dije que ese pisaverde se estaba tirando a Carmina?

–Hay muchas cosas que no me dices.

De camino a la casa, compraron unas latas de cerveza. Manolo se cambió de ropa y Vicente le ayudó otra vez con los gemelos, él no conseguía quitárselos con una sola mano.

–Si no llego a estar aquí tienes que dormir con la camisa puesta.

–Sí, por culpa de esa puta. Le dije mil veces que me agrandara los ojales, pero como si oyera llover.

Manolo Arbeyo hablaba de su mujer mientras bebían. Con odio, pero también con desesperanza y con tristeza, incluso con nostalgia, a veces parecía que iba a derrumbarse. Sobre la una y media sonó el teléfono, pero no el portátil, sino el de la casa. Manolo atendió un momento y luego dijo:

–Ni hablar, ramera jubilada, de eso nada.

Volvió a escuchar.

–He dicho que no. Que ya soy perro viejo para que me vengáis con ésas. Tú también eres vieja, pero no te enteras, ya te darás cuenta cuando te den la patada y el primero que te la dará va a ser ese hijoputa que te está follando, eso te lo puedo asegurar. He dicho que no y basta.

Colgó. No había sido una conversación muy cariñosa. Vicente el Ciclista comenzó a desconfiar. Quizás no se trataba de un negocio, sino un vulgar asunto de celos del que no habría nada que sacar, un chanchullo de Manolo para que echasen a su mujer y a Molina de la empresa. A Vicente no le gustaban los negocios fundados en causas de bragueta. Manolo iba de un lado a otro de la casa con un portafolios en la mano. En cierto momento lo abrió, extrajo unos papeles y se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Se había vuelto de espaldas para ocultar la operación, pero Vicente distinguió con nitidez el dulce chasquido de los billetes nuevos y eso le tranquilizó. Manolo se puso el chaquetón de montañero.

–Tenemos que irnos de aquí, no nos conviene estar tan localizables.

A Vicente el sonido del dinero le había levantado el ánimo.

–Bueno, podré quedarme hasta las cuatro, pero ni un minuto más.

Subieron al Lada y comenzaron a deambular por la ciudad, sin rumbo fijo. El coche tenía estropeada la calefacción y Manolo se veía obligado a limpiar el vaho del parabrisas con la manga, llovía intermitentemente. Cerca del Hospital General había un bar abierto y

entraron a tomar una copa, Vicente un cubata de Havana, Manolo un whisky. Pagó con uno de aquellos billetes de diez mil que parecían cantar en el aire, no se encontraron con nadie conocido. De nuevo en el coche, sonó el teléfono móvil por primera vez. Manolo paró el motor y escuchó con atención.

–No, a esa hora no.

Escuchó de nuevo.

–Pues entonces tendrá que ser mañana, ustedes verán lo que les conviene, pero a esa hora de ninguna manera… Bueno, de acuerdo, vuelva a llamarme.

Media hora después el teléfono sonó de nuevo y la conversación transcurrió en términos similares. Prometieron una nueva llamada.

Manolo guardó el teléfono.

–Estos cabritos no hacen más que darme largas.

No volvieron a llamar, por lo menos mientras Vicente estuvo a su lado. Sobre las cuatro menos cuarto Manolo lo dejó en la parada de taxis de la calle Independencia, esquina con Uría. Le entregó un nuevo billete de diez mil.

–Toma, para el taxi. Terminaremos este asunto mañana. Ya sabes, a las cinco en punto te espero en el periódico, no me falles.

–Descuida, allí te veré.

Pero ya no volvería a verle nunca más. Sobre las seis de la madrugada, poco más o menos a la misma hora en que Manolo Arbeyo sería asesinado, Vicente el Ciclista fue detenido por la policía en cierto bar de Gijón. Según él, se trataba de un simple congreso de camellos donde se intercambiaban interesantes opiniones y ponencias sobre la elasticidad de los mercados, pero la policía se incautó de casi un kilo de cocaína en la redada y metió «dentro» a los ocho reunidos. El Ciclista nunca decía talego, jaula o cosas parecidas para referirse a la cárcel, sino «dentro», en esas cosas siempre fue muy lacónico.

Ni el juez ni la policía llamaron a Vicente el Ciclista a declarar sobre la muerte de Manolo Arbeyo y, por supuesto, a él ni se le ocurrió semejante iniciativa. Debido a sus circunstancias personales tardaría mucho tiempo en enterarse del suceso, pues «dentro» la vida estaba repleta de acontecimientos que requerían toda la atención y uno no podía descuidarse leyendo noticias acerca de un mundo que ya no le atañía. Por así decir, «dentro» se mantenía una vida interior muy intensa, había que estar vigilantes hasta para ir a las letrinas, sobre todo para ir a las letrinas, «dentro» uno jamás debe relajarse cagando, y ese principio pasó a formar parte de su conspicuo sistema filosófico desde los primeros días de estancia, junto con este otro: si puedes evitarlo no te involucres jamás en una partida de parchís. Te crees que

sólo te juegas unos duros, pero pronto te das cuenta de que «dentro» nadie se juega nada que no sea la vida. Cuando por fin se enteró de lo de Arbeyo tenía poderosas razones para callarse. Unas se derivaban de sus principios deontológicos como profesional de la acracia: no colaborar jamás con las autoridades; otras de la simple cautela: terminarían por cargarle con el muerto. Aun cuando quedara probado que a la hora del crimen él se encontraba en los calabozos de una comisaría de Gijón, Vicente sabía que no eran los relojes los que marcaban las horas importantes de su vida, que para hombres como él los relojes son blandos y el control del tiempo pertenecía a otros, que los hombres como él no tenían reloj. Que nunca lo tuvimos.

Era cierto, yo también lo sabía. Lo estaba comprobando esa misma noche, casi a la misma hora en que Vicente tomaba el taxi en la parada de Independencia. El tiempo era de otros, no mío, Teresa Atienza acababa de demostrármelo. Mientras la acompañaba hasta la puerta del jardín me había dicho: «Verónica te quiere». De vuelta hacia la casa, aquel comentario no dejaba de darme vueltas en la cabeza. Lo había dicho como de paso, sin darle ninguna importancia. «Me consta, Verónica te quiere.» O bien: «Esa chica te quiere, me consta», ya no lo recordaba con exactitud, Teresa daba por supuesto que yo ya lo sabía, que estaba seguro de ello, decírmelo sólo había sido una cortesía de su parte, una simple amabilidad, estaba contenta de haber hablado conmigo esa noche, incluso agradecida de que la hubiera escuchado.

Subí a la terraza, no hacía frío y me acerqué hasta el extremo de la balaustrada a fumar un cigarrillo. Muchos invitados abandonaban los salones en dirección a la carpa, nadie hacía el recorrido opuesto. Decidí recuperar mi sitio detrás del piano y, en efecto, los salones ya estaban casi vacíos, no había nadie de pie, sólo grupos dispersos que conversaban quedamente medio empotrados en los sillones. El camarero que me había prohijado se acercó a mi rincón con una bandeja.

–Le traigo un tentempié, hasta las seis no se servirán las sopas de ajo.

Las sopas de ajo eran una tradición en el refrigerio y los Almar contrataban una cocinera con la exclusiva misión de prepararlas, todo el mundo decía: «A ver cómo se porta Venancia este año». Conocer su nombre resultaba un signo de distinción imprescindible en el refrigerio, demostraba que uno era un invitado de toda la vida, y cuando aquella mujer encabezaba el reparto de las sopas no se oía más que Venancia por aquí y Venancia por allá, algunos incluso te

ilustraban con su biografía, Venancia tenía un costroso bar en Trubia donde ninguno de ellos osaría poner los pies, pero en lo tocante a las sopas de ajo llevaba más de veinte años sirviéndolas en casa de los Almar y todos la trataban como si fuera Aristóteles.

El camarero dejó un plato lleno de canapés sobre la tapa del teclado y me sirvió un generoso vaso de whisky.

–Buen provecho –susurró con amabilidad.

Le devolví una sonrisa cómplice y, en cuanto se fue, me preparé una raya, no sentía hambre en absoluto.

La música se oía ahora con nitidez en los salones vacíos. La selección de fragmentos que tanto enorgullecía al padre de Rodrigo estaba ya en la fase de los coros y el «Va pensiero» llegaba hasta mí con gran melancolía. Precisamente en ese momento. Porque fue entonces cuando los vi. No el Wagner heroico y bravucón, no el alegre Mozart, sino la pálida tristeza judía que resonaba en mi mente desde que había prendido la radio esa mañana. Los vi a través del cristal. Estaban en el extremo de la terraza, justo en el lugar donde yo me había parado a fumar un cigarrillo quince minutos antes. Hablaban con intensidad, mirándose a la cara. No se decían cosas íntimas, sino cosas importantes, vitales para ambos, estaban demasiado alejados el uno del otro para pronunciar intimidades. Sus cuerpos parecían rígidos, como sometidos a una gran violencia, pero no discutían. Había una fuerza que les retenía uno frente al otro impidiéndoles todo movimiento, una fuerza de la que ambos eran igualmente prisioneros. Hablaban y hablaban, pero no podían salir del espacio emocional en el que los dos se encontraban encerrados. Aquella fuerza les impedía avanzar el uno hacia el otro y tocarse, pero a la vez los mantenía juntos y los aislaba del resto del mundo, no había más que mirarlos para darse cuenta. Percibí la potencia de aquel vínculo y tuve miedo. Por ella y por mí. Y desvié los ojos hacia otra parte. Me acerqué a la puerta de la terraza sin saber muy bien lo que iba a hacer. Hablar con ellos, romper aquel imán, intervenir por una vez en los asuntos de mi propia vida, partirle la cara a Álvaro, todo podía ser. Pero ya no estaban. No los busqué, «quizás sea contraproducente», me dije, pero todo lo que me decía me sonaba falso y regresé una vez más a mi rincón.

Ella me quería, pero no me amaba. Lo supe con una certidumbre corporal, como si hubiera recibido un tiro de pistola, apenas te das cuenta del mordisco caliente de la bala, pero se te doblan las rodillas y te caes. Nunca me han disparado, pero sé lo que se siente gracias a esa noche, porque de alguna forma hacía tiempo que yo estaba esperando aquel disparo. Y cuando se produce sientes frío, flojera, culpabilidad.

¿Cómo no iba a estar Verónica en el refrigerio si estábamos allí todos los demás? Su presencia era tan lógica que me abrumaba no haberme dado cuenta, no haberla echado de menos. Ella había sido la omisión durante todo el día, como Manolo Arbeyo, eran ellos quienes ocupaban el silencio en nuestra partida de billar, quienes estaban en los intersticios, en los lugares intermedios, en la desconfianza que nos atoraba. Yo había percibido el peligro, pero no al animal que me estaba acechando, no su cubil. Verónica tenía veinte años, no pertenecía a nuestro mundo de jugadores de billar ya desgastados, no formaba parte de nuestras redundancias, ni de los vicios de nuestra memoria. Eso quise creer. Sin embargo ahora estaba allí, en el centro mismo de ese mundo. Por la sola razón de que no hay otro. Eso me llenaba de pena. Por ella. En cuanto a mí, sólo percibía el avance sigiloso del fracaso, ese momento en que el puñal y la ley ya son una misma cosa indiscernible según el humor de cada tarde. El fracaso definitivo, cuando asumes que has perdido y en adelante la indiferencia ya siempre es dolor. ¿Qué cabía esperar, por qué alguien habría de quererme?, ¿hay derecho a requerir amor, aun de un perro?

El rostro de Covita de Almar surgió de repente sobre el antepecho del piano. Un óvalo redondo, dos ojos negros y brillantes, unos labios que hablaban el lenguaje carnoso de los labios. Me sonreía y no la reconocí.

–Sabía que te encontraría aquí.

No recuerdo haber respondido, pero mi rostro debía de expresar sorpresa, estupefacción o simple estupidez, porque comentó divertida:

–Te has quedado pasmado. Soy yo.

Se sentó a mi lado en el taburete, me quitó la pajita azul de la mano y de un solo golpe se esnifó la larga raya que acababa de prepararme sobre la tapa del teclado. Su capacidad pulmonar era admirable.

–Todo lo que comienza tiene que terminar, ¿no?

Sabía a qué se estaba refiriendo.

–¿No estás de acuerdo?

–Sí, claro.

Lo dije con un hilo de voz, al menos eso creo. Me besó en la boca. Forcejeamos con la lengua, era una humedad cada vez más frondosa y me dejé caer en el pantano.

En ningún instante perdí la lucidez, quizás por eso en ningún instante dejé de sentirme desgraciado. Covita, medio paso delante de mí, me llevaba tomado de la mano. No me arrastraba como a un niño que no quiere ir al colegio, más bien me protegía para que no me arrollara ningún coche, mientras yo deseaba con todas mis fuerzas que

se produjera el atropello. Pero Covita era más sabia, conocía mejor que yo la médula de mis propios deseos, su urdimbre de estropajo. Yo me decía, «todo está perdido, ya nada puede remediarlo, el resto no importa». Era la lógica de la sumisión y el sometimiento, «todo» perdido, «nada» que hacer, pero ¿cómo era que entre «todo» y «nada» aún quedaba un «resto»? Mi docilidad escondía una mala fe que entonces yo no comprendía, un autoengaño, un disimulo, un exceso de piedad hacia mí mismo para perdonarme antes de saber cuál sería mi delito, una preparación para cometerlo. Por contra, Covita iba directa al grano, asumía la fresca y límpida conciencia de aquel polvo que se le había extraviado en uno de los meandros de la memoria, un polvo que quería recuperar.

Ya habían apagado las grandes arañas y los salones estaban en penumbra, sobre algunos divanes se adivinaban cuerpos abrazados, respiraciones agitadas. Covita se detuvo de golpe y me susurró: «¿Te das cuenta?, ahora ya no tienen que esconderse en la cabaña». Me mordió el lóbulo de la oreja y sentí la presión de su pecho en el costado, me di cuenta de que iba descalza, la previsibilidad de los acontecimientos me resultaba aterradora. Me repetía a mí mismo: «No quiero, no quiero –pero también–, y además no puedo, no voy a poder». Era una concesión para ir cediendo, para comenzar a justificarme, siempre ha sido así, ceder poco a poco, no de golpe, darse tiempo para construir las coartadas de la debilidad, terminar por convencerse de que uno ha hecho lo que ha querido sabiendo que no es cierto. Hemos sido educados a la defensiva, pero con astucia, colaborando activamente en nuestra propia derrota, para que no se diga, esto lo he comentado muchas veces con mis primos, todos nos parecemos, en la familia preferimos dejarnos llevar a tomar la iniciativa, carecemos por completo de ambición, sobre todo en asuntos de dinero y de mujeres, es decir, en todo lo que importa, y sin embargo tenemos una alta idea de nosotros mismos, incluso somos moderadamente felices, o al menos no demasiado desdichados. Mis primos sostienen que es la herencia genética la que nos ha hecho así: amables, acomodaticios, acojonados, ingeniosos, culpables, amigos de las componendas, inseguros, púdicos, segundones, simpáticos, serviciales, buenos folladores. Nunca estuve de acuerdo con esa biología de baratillo y mucho menos con el imperio de los genes, antes de la República ningún miembro de mi familia había usado corbata excepto en bodas y entierros, después algunos aprendieron mecanografía, contabilidad, cosas de ese tipo, nuestra supervivencia era de clase media y siempre ha dependido del sublime arte de la cobardía, ahí es donde me reconozco sin reparo: esconderse, esquivar,

guardar silencio, no arriesgar nunca el honor en vano, porque supondría nuestra muerte, somos capaces de morir por honor, somos gente buena, pero sostener el honor es muy difícil sin tener criados. Covita de Almar tenía criados desde hacía por lo menos cuatro generaciones y si contamos a sus antepasados apócrifos los marqueses de Vegallana, cuyo título reivindicaba su familia, la estirpe de criados podría remontarse a la Reconquista, así que Covita estaba acostumbrada a mandar, había sido educada para impartir órdenes y yo me daba perfecta cuenta de ello.

Al fondo del tercer salón había un pequeño grupo que conversaba en torno a un velador. Una mujer rubia volvió la cabeza y nos hizo un gesto de saludo. Covita se lo devolvió con la mano libre.

–Es Luisa no sé qué –comentó.

Nos dirigimos a una pequeña puerta lateral apenas perceptible en la continuidad del zócalo de caoba, sólo al acercarte distinguías su manija dorada. Covita la abrió y entramos, yo sentía en la nuca la mirada de la mujer rubia. Covita se recostó contra la puerta y me miró. Sus hombros eran carnosos y suaves. «Vas a hacérmelo, ¿verdad que vas a hacérmelo?» Me atrajo hacia ella y quedé hundido entre los pliegues de su cuello. Me invadió una tristeza como en toda mi vida, una tristeza profunda, resignada, una tristeza de criado, Covita había descubierto mi erección. Me besuqueó, me tocó, se frotó contra mí, lanzó suspiros, «terminarás aquello, lo terminaremos», me condujo por un largo pasillo en penumbra hasta el pie de una angosta escalera enmoquetada, allí volvió a besarme. Me sentía abrumado por la pena, abatido, lo juro, parece ridículo, pero la erección era independiente de mi voluntad y del estado de mi alma, era autónoma, autosuficiente, quizás de uno de mis primos, pero no mía, Covita de Almar era su propietaria, le había bastado con pulsar una tecla para desencadenar el mecanismo de la esclavitud, «deberíamos acabar lo de aquel día», había dicho, y le bastó abrazarme sobre el taburete del piano y tener cuerpo. Porque era mi cuerpo lo que su cuerpo controlaba. Creíamos que el poder ejercía su dominación sobre el territorio de las ideas, pero estábamos equivocados, nos preparamos para combatirlo leyendo libros y esgrimiendo palabras, qué error, eran los cuerpos lo que les interesaba, su energía, su potencia, su inmortalidad, era allí donde Dios ejercía su tiránico sometimiento: impulsarte a una ciega reproducción, exprimirte a base de pequeños intereses, demostrarte que el capital de tu cuerpo no era tuyo, sino sólo un préstamo a plazo, un depósito. Haberte convencido de que tenías un alma había resultado ser un gran invento, un artefacto importantísimo, podías imaginarte su sonrisa aviesa entre los manzanos del Paraíso mientras

te decía, «toma, el alma para ti, para que cuide de mi cuerpo, tienes un alma completamente libre, es toda tuya, a ver cómo te portas». Y luego te comportabas dejándote arrastrar detrás de una erección por un laberinto de pasillos en penumbra.

En el piso superior perdí el sentido de la orientación; en realidad ya lo había perdido todo: autocontrol, resistencia, dignidad. Covita abrió una puerta y me empujó dentro.

–Aquí estaremos tranquilos, no hay miedo de que nos interrumpan.

No dijo «descubran», sino «interrumpan». Covita no transmitía ninguna sensación de prohibición o peligro.

A través de dos grandes ventanas se filtraba la luz del alumbrado público, habíamos atravesado la casa hasta la fachada frontera de la calle y estábamos en un gimnasio. Las farolas del exterior bañaban los aparatos metálicos con una luz lechosa y fría que te helaba la sangre, generaba extraños brillos sobre barras de acero redondas, mecanismos de contrapeso, bicicletas estáticas y otros instrumentos ininteligibles que parecían desplazarse de lugar a medida que te movías. A la derecha, el paño de pared estaba cubierto con un inmenso espejo y nuestras siluetas aparecían allí tomadas de la mano, me sobresalté creyendo que alguien nos miraba. Covita me tendió de espaldas en el tablero de la máquina de pesas, era bastante estrecho, pero confortable, mantenía los pies bien asentados en el suelo, si quisiera, podría cogerme de una barra de acero suspendida sobre mi cabeza. Ella se quedó de pie frente a mí. Se miraba al espejo.

–Por fin, un sueño –susurró.

No hablaba conmigo, sino consigo misma. La luz lechosa de las ventanas iluminaba la parte izquierda de su cuerpo hasta hacerla parecer un arlequín, sus ojos emitían fulgores asimétricos, pero no me miraban a mí, sino a sí misma en el espejo, por encima de mi cabeza. Se aflojó los tirantes y bajó demoradamente la parte superior del vestido, no llevaba sujetador. Se acarició los hombros muy despacio, los pechos, grandes, blancos, con areolas oscuras.

–¿Me lo vas a hacer?, ¿me lo vas a hacer?

Pero su mirada pasaba sobre mi cabeza, hacia el espejo, quizás ni se daba cuenta de que yo también estaba allí, la punta de su lengua recorría una y otra vez los labios entreabiertos.

–Sí, me lo va a hacer, sí, sí.

Sonreía. Se sonreía a sí misma. Movió las caderas con un leve bamboleo y el vestido se deslizó hasta el suelo, pero ella siguió moviéndose como si aún lo tuviera puesto, no llevaba ropa interior, el vello del pubis estaba recortado como la punta de una flecha, volvió a acariciarse sin dejar de mirar un solo instante hacia el espejo, los

pechos, la cintura, el vientre, las caderas, recorría su cuerpo con el tacto sutil de un ciego, como si tratase de reconocerse, de saber quién era. Sus muslos se separaron y atrapó mis rodillas entre las suyas. Sólo entonces me miró.

–Ahora me lo vas a hacer, es el pasado que regresa.

Estaba a punto de echarme a llorar. Pero la erección no disminuía. Al contrario, comenzaba a sentir cierto dolor.

–No, no vuelve el pasado –musité–. El pasado no cesa de ocurrir un solo instante.

Y me bajé los pantalones.

Invierno
Nieve sobre la ciudad

Veintiséis

A mediados de febrero dejé mi apartamento y me trasladé al piso de Mari en la calle Santa Cruz. Los últimos meses no habían sido los mejores de mi vida. Tampoco habían sido buenos para ella. Desde la muerte de Manolo Arbeyo la mayoría de nuestros amigos andaban medio desaparecidos y todo el mundo parecía haber cambiado de hábitos de vida. Todos excepto precisamente aquellos a quienes uno no quería ver. Aníbal Rico, por ejemplo, lideraba ahora una nueva clientela en el reservado del Mercurio y se exhibía tirando carambolas de lujo frente a un puñado de incompetentes. Eran gente de otra generación y sin embargo asumían aquella mugre como si se tratase de su propia derrota, con sus cazadoras de cuero claveteadas, sus aros de pirata, sus ambiguas botas de motociclista y una calculada falta de cordialidad, pero con un idéntico consumo de cerveza y tortilla de patata con anchoas, pues en ese punto el Mercurio seguía ejerciendo una implacable dictadura. Así le iba a la cordial familia compuesta por la Nena, el Hurón y Alfonso el Redondo, se rumoreaba que Sanidad les cerraría el establecimiento por mera acumulación de mierda y frío, pero los tres se limitaban a culparse mutuamente sin mover un solo dedo para evitarlo. Pero a nosotros ya nos daba igual. Bajo la hegemonía moral de Aníbal Rico, en el reservado del Mercurio no se podía hablar si se desconocía el intríngulis de los carburadores a inyección y los motores de dos tiempos, las chicas llevaban pantalones de cuero, rostros angulosos medio tapados por el cabello, manos alicatadas con anillos y labios pintados con rouge negro que proferían ideas contundentes: «Hostia, joder, la basca, la peña, alucinante». Ninguno sabía jugar al billar, pero parecían seguros de sí mismos, poseedores de una clave, cierta verdad indiscutible que les redimía y les hacía superiores, o les justificaba, o no sé qué, casi nunca decían nada que no tuviera que ver con un cuentakilómetros y sin embargo parecían rebeldes. Y quizás lo eran, había en ellos una hosquedad que no estaba exenta de dulzura. A veces, tras los gestos hostiles, uno podía descubrir que lo verdaderamente violento y desafiante de esos gestos no era sino un gran desamparo. Pero para nosotros ya se había terminado el tiempo de los descubrimientos y también dejamos de ir por el Mercurio. De hecho, desde principios de diciembre y hasta que Mari acudió a rescatarme del muladar en que se había convertido mi apartamento, yo dejé de ir a cualquier parte.

Creo que no llegué al patetismo de emborracharme en público ni a armar bronca en los bares ni a llorar sobre el hombro de un desconocido. Sólo dejé de salir de casa. Pese a lo que se comentó, tampoco pensé nunca en suicidarme, ni se me pasó por la cabeza, preferiría morir antes que llamar la atención de una manera tan escandalosa y obscena. Pero no me permitiré metáforas sobre el sufrimiento si puedo evitarlo, a ciertas alturas de la edad ya resulta imposible creer en la propia inocencia. Sabes que quien te apuñala está cargado de razón, que es la verdadera víctima, que fuiste tú quien la empujó hacia el imperio del cuchillo. Y al castigo ridículo de sufrir de amor, tus años añaden la ignominia de saberlo. Ella es inocente, pero la has obligado a ejercer de verdugo. No puedes evitar que su inocencia te haga daño, pero tampoco puedes evitar que te lo note, ni que a través de ti conozca y sienta y sufra el civilizado veneno de la culpa sólo porque fuiste demasiado débil y cerraste los ojos cuando más abiertos los necesitabas. Luego ya será tarde, irremediable. Y entonces te abandonas. Fue lo que ocurrió: dejé de trabajar, de afeitarme, de ducharme, incluso de vestirme y desvestirme, me pasaba las noches y los días tumbado frente al televisor, sobreviviendo como un montón de carne. Mi asistenta, una madre de familia apocadísima con quien tenía serios problemas de comunicación, pues solía olvidarme de su nombre pese a que llevaba varios años viniendo a mi casa dos veces por semana, llegó a comprarme víveres de su propio peculio. Hasta que dejó de venir. No hubo entre nosotros ningún género de explicaciones, se trataba de una persona tan tímida que uno no se atrevía a proferir una palabra en su presencia por miedo a violentarla. Los anuncios y el fútbol se sucedían ante mis ojos de forma interminable y suponían un gran alivio para mí, los recorría mecánicamente con el mando a distancia y construía con sus fragmentos un único programa infinito y reiterado que me sumía en una anodina estupefacción. Los momentos más duros y desesperanzados llegaban cuando me veía obligado a levantarme del diván. Ir a la cocina, abrir una botella, sentarme en el retrete: «Aquí está, ya ha llegado, esto es la supervivencia, el desnudo y limpio sentido de la vida, una contabilidad de comidas y defecaciones». Miraba la lluvia caer desde detrás de los visillos de la ventana y aún era peor. La lluvia golpeando quedamente el cristal, el aire gris de la ciudad, la resignada regularidad de la máquina de coser perforándome la memoria hasta la casa de mis padres. Tal era la palabra: resignación. Sentirse conforme, incluso contento, con el simple hecho de sobrevivir. Desde detrás de los visillos anhelaba los tristísimos chasquidos de la máquina Singer sobre el traje de franela de mi padre,

reparado una y otra vez, pero ya no podía ser y no sabía por qué no podía conformarme con la mediocridad. Antes las personas mediocres solían ser felices, ahora sólo somos culpables de nuestra estupidez, no sé en qué momento dejó de sernos útil la resignación, pero ya no hay manera de encontrarla, como si prefiriésemos estar desesperados, como si fuera mejor la derrota segura a no haber participado. Y la derrota estaba allí, en mi apartamento, al otro lado de los visillos, en la pantalla del televisor, entregarme al simple abandono de sobrevivir, sin más deseos, sin nada más. Pero no lo lograba. Algún tiempo después Mari me comentaría: «Si de verdad te hubieras abandonado a sobrevivir nadie se habría dado cuenta, ni siquiera tú mismo», y me habló del antiguo pecado de la acidia, el hastío del alma en el que solían caer los monjes enclaustrados durante el apogeo de la vida monástica. Muchas veces Mari me sorprendía con ese tipo de conocimientos, tan impropios de una profesora de matemáticas, pero ella era así, sabía escuchar, tenía una memoria prodigiosa y, sobre todo, un corazón incapacitado para el desdén. Al parecer, la acidia formaba parte de los ocho pecados capitales durante la Edad Media, los cuales todo el mundo sabe que son siete, pero la Iglesia lo retiró más tarde de la lista. En su momento, la acidia causaba estragos en los monasterios entre quienes se dedicaban a la vida contemplativa, pues al cabo de un tiempo los monjes perdían el objeto de su contemplación. De hecho lo perdían todo, cosas, animales, personas, el mundo se les escapaba y se les volvía indiferente, incluido Dios. Dios estaba tan en todas partes que no estaba en ninguna, a fuerza de contemplarlo ya no lo veían, a fuerza de pensarlo se quedaban hasta sin pensamiento y, por desearlo tanto, se quedaban huérfanos de toda voluntad. Los monjes caían entonces en un estado de completa dejación y apartamiento del que algunos jamás se recuperaban; había que procurarles el sustento para que no perecieran por inanición. No era pereza su pecado, pues no temían el esfuerzo, tampoco era tristeza, sino algo mucho más hondo: melancolía sin memoria, desinterés sin nostalgia, aburrimiento sin certezas, indiferencia sin identidad. Tal era la acidia, una pérdida de algo que uno ya ha olvidado que ha perdido, una ausencia de lo que acaso nunca estuvo.

Pero no era acidia el pecado que yo estaba cometiendo frente al televisor. La cisterna del retrete goteaba. Nunca se dejaba de oír. Quizás llevaba semanas en ese estado sin que yo me hubiera dado cuenta, quizás se había estropeado ese mismo día, no lo sé, pero desde el momento en que oí aquel infame goteo por primera vez ya no pude dejar de escucharlo ni un solo minuto. Lo oía desde todos los rincones del apartamento, con la puerta del baño abierta y con ella cerrada,

con el televisor a todo volumen o a media voz. Lo soporté durante dos días con sus noches. No sé qué me indujo a pensar que el retrete estropeado era el causante de mi infelicidad, pero sin duda era algo profundo y decisivo en la desdicha de cualquier hombre, un retrete estropeado, un lavabo sucio, una cama sin hacer, un fregadero rebosante de platos con restos de comida, una sensación de irrevocable pena sobre la piel. Estaba amaneciendo. En la pantalla del televisor la manecilla del reloj de una carta de ajuste daba vueltas y vueltas sin emitir el tópico tictac. Ignoro cuánto tiempo llevaba mirándola, toda mi atención estaba volcada en el goteo del retrete, jamás cesaba. Me levanté de un salto. No sabía con certeza lo que podía hacer, pero sí que debía hacer algo, que ya era imposible toda postergación, que ningún ser humano sería capaz de soportar tamaño sufrimiento. Corrí al cuarto de baño y me arrodillé delante del retrete. Lo miré con odio. Lo agarré con ambos brazos y lo zarandeé. El retrete cedió, nunca lo hubiera creído. De un fuerte tirón lo arranqué del suelo. El agua contenida en el tubo inodoro me cayó sobre los pantalones. No me importó en absoluto. Al contrario, por primera vez en mucho tiempo sentí la proximidad de la alegría. Hice palanca sobre la pared y lo solté de la cañería. De pronto me vi reflejado en el espejo del lavabo con el retrete entre los brazos. Me gustó lo que vi. También me gustaron mis propias carcajadas. Entonces tiré el retrete por la ventana.

No sé por qué lo hice. Fue sin pensarlo, sin premeditación, vi la ventana, la abrí y arrojé el retrete al patio. Un simple acto reflejo. En una película un hombre tiraba un retrete por una ventana, ya no recuerdo el título, la vi hace mucho tiempo, era una película de Francisco Regueiro, en blanco y negro, y quizás se trataba de un balcón, el hombre cargaba con el retrete, atravesaba una habitación y lo lanzaba hacia fuera, luego, ya con la cámara situada en el exterior, se veía el retrete volando como una paloma hasta estrellarse sobre la calle, era una escena tan hermosa y desconcertante que ya no recuerdo nada más de la película. Mi retrete estalló sobre el cemento del patio como una bomba. Se trataba de un patio muy angosto y mi apartamento estaba en la sexta planta del edificio. Hubo un gran eco, luego se produjo un silencio muy solemne, ya dije que estaba amaneciendo. Se oyeron ruidos de ventanas, voces, gritos, un largo intercambio de opiniones entre los vecinos, el retrete se había hecho añicos y sus restos, pequeños e irreconocibles, habían quedado muy esparcidos por el patio, nadie sabía a qué atenerse, qué pudo haber pasado, se mencionaron aviones, petardos, cornisas. Después regresaron a la cama. Pero a lo largo del día debieron de sacar otras

conclusiones y sobre las siete de la tarde recibí la llamada de la dueña del apartamento. Nunca habíamos tenido problemas, me cobraba los recibos del alquiler por el banco y llevábamos años sin vernos, pero había oído comentar a otros inquilinos que se trataba de una mala persona, implacable con quienes se retrasaban con la renta, al parecer era propietaria de seis o siete apartamentos en el edificio. «¿Sabe usted algo?», preguntó. «Sí, por supuesto. Lo sé todo.» Yo me encontraba todavía medio atolondrado por la euforia y pensaba que el lanzamiento del retrete había sido el acto más noble y valiente de mi vida. «El vecino de abajo se queja de goteras.» Por supuesto, no era más que una mentira sibilina para sonsacarme, pero yo no estaba dispuesto a dejarme enredar en su juego. «Y con razón –respondí–, he tirado su mierda de retrete por la ventana y ahora la cisterna gotea directamente sobre el suelo. Exijo que la repare usted inmediatamente.» Me dio veinticuatro horas de plazo para abandonar el apartamento y me amenazó con el juzgado y con la policía. Me reí en sus narices: «Ja, ja, ja. Sólo por amenazarme voy a dejar de pagarle la renta y si quiere pleitos, por mí encantado, ya nos veremos en el juicio dentro de un par de años, mientras tanto vaya usted a reclamarle el alquiler al maestro armero». Pero aquella discusión terminó por hundirme.

Unos días después Mari se presentó en mi casa. Había telefoneado y mis respuestas le causaron alarma, al parecer no me había mostrado muy coherente en lo relativo a los retretes y la liberación de las ataduras del alma. Mari se hizo cargo de todo inmediatamente: llamó a un fontanero, convenció a mi asistenta para que regresara y puso mi apartamento en perfecto estado de revista, pero no se atrevió a dejarme solo. No quiso dejarme solo. Tampoco ella quería estar sola. Las dos primeras noches no hicimos el amor. Nos acostábamos desnudos, abrazados, nos dábamos calor, nos acunábamos el uno en el otro y nos dormíamos con una profundidad y un abandono infantil. Mientras me adentraba en los ovillos del sueño sentía a mi lado la cadenciosa respiración de Mari y una profunda gratitud. Y un gran descanso. Ya no eran simples hebras de sueño que me sorprendían durante breves minutos sobre el diván, sino largas horas tranquilas. Ella seguía a mi lado al despertar y nunca costaba nada volverse a dormir, así ocurría cada noche con Mari. La amistad es un lazo mucho más fuerte que el amor, te exige lo esencial de ti mismo, pero nada más. Uno es como es y con eso basta. Lealtad y respeto, sin ningún género de contraprestación, sólo se te pide ser fiel a ti mismo. Aunque, bien mirado, quizás esa fidelidad sea la más difícil de todas. Mari y yo siempre habíamos sido buenos amigos y las circunstancias del invierno

nos acercaron más, pero nunca nos hemos declarado nuestra amistad, nunca hizo falta. Y además no conviene hacerlo, los dos lo sabemos. Más que ninguna otra relación humana, la amistad es un sobreentendido, una presuposición, algo que se da por descontado y queda fuera de toda retribución y de todo derecho, es un don que se recibe con el mismo mérito que el color de los ojos y que se da por el puro goce de sentirse libre. Es decir, noble. No se debe hablar de ello. Por otro lado en la cama nos va muy bien.

En febrero me trasladé a su casa. El conflicto con mi casera había entrado en un territorio intransitable, me acusaba de llamarla bruja, aunque yo no recuerdo haberla insultado en absoluto, y mi reputación entre los vecinos había descendido bastantes puntos desde el episodio del retrete, incluso hubo una recogida de firmas para echarme. Sin embargo, no fueron ésas las razones fundamentales que me llevaron a vivir con Mari, sino sólo el pretexto, una excusa circunstancial: «Durante un tiempo –dijo ella–; mientras encuentro otro apartamento», dije yo. Nunca lo busqué. El piso de Mari en la calle Santa Cruz es muy grande y antiguo, podríamos vivir en él sin llegar a vernos, las habitaciones que dan al norte, sobre los patios, están desocupadas y a veces llegan amigos de fuera de la ciudad y se quedan unos días, gente que Mari apenas conoce, amigos de amigos, o simples conocidos, entran y salen sin que nos demos cuenta, la hospitalidad de Mari la Gorda siempre fue proverbial y lo sigue siendo. Un día le pregunté qué había sido de su amiga, Mari la Flaca. «¿Mari la Flaca? Nunca tuve una amiga que se llamase Mari la Flaca.» «Entonces no entiendo por qué te llaman a ti Mari la Gorda si nunca estuviste gorda, siempre creí que era para distinguirte de tu amiga, no sé quién me lo dijo.» «Ah, no fue por eso, sino por mi firma. Mi nombre completo es María Guadalupe Ordás y yo, para abreviar, firmaba María G. Ordás, pero todo el mundo leía María Gorda y esa confusión salió incluso en algunas listas de notas en el primer año de facultad. Luego, aunque quité la G. de la firma ya no hubo forma de quitarme el mote, se conoce que me sienta bien.»

Me instalé en una habitación contigua a la de Mari, donde disponía de una mesa para trabajar. Quité los visillos del balcón y sólo con levantar la cabeza podía ver las copas de los castaños de indias del Campo San Francisco, sus hojas suelen brillar después de la lluvia y casi todos los días llueve. Necesitaba pensar, pero aún encontraba muchas dificultades para pensar con cierto orden. Necesitaba comprender lo ocurrido, pero la comprensión, cuando llegaba, me producía tal daño que enseguida se me diluía el razonamiento y algo me empujaba hacia la pantalla del televisor y el uso compulsivo del

mando a distancia. Fue entonces cuando Mari me sugirió que lo escribiera. «Te vendrá bien. Lo pones todo en un papel y a lo mejor se queda allí y te deja tranquilo.» Podía ser verdad. Pero sólo bajo ciertas condiciones. Desde el primer momento vi con claridad que yo no debería aparecer por ninguna parte, que en ningún caso debía hablar de mí, que tenía que borrarme de la historia, pues de lo contrario todo quedaría invadido con la misma autocompasión, el mismo autoengaño y el mismo autodesprecio que me impedían pensar y comprender. Para escribir tendría que quitarme de en medio y tratar de comprenderles a ellos, entrar en sus razones, sondear sus palabras e investigar sus actos como si yo no estuviese involucrado, como si yo no existiera ni hubiera existido nunca. Quizás la clave consistía precisamente en mi falta de existencia. Eso es lo que me quedaba por decir. Que mi falta de existencia tampoco es inocente.

Cada amanecer, tras haber pasado toda la noche escribiendo, abro el balcón y respiro la bruma que exhala el Campo San Francisco. Siento el cansancio de la noche en la espalda y la cabeza caliente, confusa, vacía de palabras. Mari duerme en la habitación contigua y si abriese la puerta podría oír la suave cadencia de su respiración y contemplar el perfil de su rostro sobre la almohada. Es un rostro redondo, sonrosado, pacífico. Sé que nos amamos. Pero sin inocencia. El Campo San Francisco está incrustado en una nube que no se quiere ir y emite frío, una nube densa, sucia, obstinada, sus jirones se aferran a las copas de los tejos y se refugian en la maraña de los castaños, pero terminarán por ceder y sus velos misteriosos se convertirán en el índice de humedad relativa del aire anunciado por la radio. Llegado ese momento de grisura, me acuerdo de *Blade Runner:* en la azotea de un rascacielos batido por la lluvia, el androide sabe que su reloj biomecánico se acerca al último minuto; a sus pies, Harrison Ford pende sobre el abismo. Está a su merced, sin fuerzas, su profesión consiste en matar androides como él. Y el androide le dice: «He visto el estallido de supernovas en la constelación de Orión, he contemplado volcanes en el corazón de las estrellas, he viajado más allá de donde cualquier hombre pueda llegar jamás, y sin embargo tengo que morir». El androide exigía tiempo, más tiempo, pero ¿cuánto?, ¿qué consuelo podría ofrecerle Harrison Ford?, ¿sería suficiente decirle «yo también moriré y además no puedo viajar a las estrellas»?, ¿qué cojones pretenden los robots? Pero el androide quizás no era un robot, nadie es un robot cuando sabe que ha de morir. Tendió la mano y salvó a Harrison Ford. Me pregunto por qué lo hizo. Quizás hay cierta solidaridad involuntaria entre quienes saben que van a morir, una solidaridad humilde frente a los inmortales que

siempre tienen veinte años, ¡es todo tan extraño! Sobre el Campo San Francisco la nube se disolvía poco a poco cediendo el paso a un tímido cielo azul. Entro en la habitación y me deslizo al lado de Mari con cuidado, no quiero despertarla. Como todos los cuerpos dormidos, el cuerpo de Mari desprende calor. Me refugio. Me acoge. No nos hacemos ilusiones, pero hacemos el amor.

Aún no había transcurrido un mes y ya me parecía que había vivido allí toda la vida. Las nuevas rutinas eran muy confortables. También la casa, mi cuarto de trabajo, la acogedora chimenea del salón, los árboles del Campo San Francisco desde la ventana. Y sobre todo Mari. Me acogí a ella como quien se cobija en el calor antiguo de una tradición y durante ese tiempo Mari fue para mí como una patria. Porque me eximía de mí mismo, pero a la vez me reconocía y me nombraba como si yo tuviera identidad. Mari, la bondad alegre, la mujer tranquila, estaba allí; a veces cantábamos a dúo frente a la chimenea, la patria son canciones, no un país, la patria era una voz de mujer, un calor ancestral en el que te perdías, en mi caso, una voz mexicana.

Desayunábamos muy temprano, las clases de Mari en la facultad comenzaban a las nueve y antes de despertarla yo bajaba a comprar bollos suizos a la panadería, tiernísimos, aún calientes, preparaba el café y le comentaba las noticias del periódico mientras ella se desperezaba. Por las tardes, si hacía bueno, salíamos a pasear o nos acercábamos en coche hasta la costa para ver el mar. Nos volvimos perezosos y, al poco tiempo, cualquier novedad nos molestaba; disfrutábamos viendo juntos la televisión. Era asombrosa la facilidad con que las rutinas se convertían en hábitos, los hábitos en costumbres, éstas en tradición y la tradición en olvido. La simple repetición de movimientos nos transformaba en una máquina de olvidar y la memoria se quedaba fuera de nosotros, al albur de su propia ley, sólida y ajena. Si llovía con cierta persistencia nos quedábamos leyendo al amparo de la chimenea, yo reanudé mis traducciones y, sobre las ocho, en vez de salir por ahí a peregrinar de bar en bar, merendábamos en casa, queso, fiambres, paté, cosas así, nos suscribimos a un club que ofrecía una selección de vinos exquisitos a muy buen precio, Mari rasgueaba la guitarra y cantábamos a dúo. La voz de Mari es tan dulce y timbrada que te eriza la piel, yo me acoplaba a ella por contagio y me dejaba llevar hacia los sentimientos misteriosos de la música sin que importara la canción, a veces bastaba el simple acorde de las voces para que nos alcanzara esa extraña conexión que hay entre la música y las lágrimas, entre los sonidos y el corazón, los acordes de la cordialidad, mientras al otro

lado de las ventanas sabíamos que seguía lloviendo sobre la ciudad. Así transcurría marzo gris en el bienestar de las rutinas: el periódico, los bollos suizos, los paseos a la orilla del mar, las canciones, la lectura frente a la chimenea, las noches escribiendo, los amaneceres sobre el Campo San Francisco. Cada uno de esos actos por sí solo no significaba nada, pero se convirtieron en mi vida gracias a la magia de su repetición; eran yo, no sólo eran marzo. Mientras tanto, no olvidaba a Verónica Galindo, pero la forma de no olvidarla ya era distinta, poco a poco dejó de estar presente como una herida abierta para transformarse en un recuerdo, en una cicatriz, un objeto de la memoria, un rincón en el mapa del alma, una distancia, pues ciertas formas del recuerdo no son sino astucias de la memoria para liberarse de sus cargas y cuanto más se repetía su imagen o su nombre en mi mente, tanto más se empobrecía y difuminaba su huella, como si la repetición de su recuerdo no fuera más que un mecanismo para reducirla y limitarla y sustituirla por su fotografía o por su nombre, es decir, una estrategia para olvidarla. Escribía acerca de ella noche tras noche, la reproducía en mi cabeza antes de volcarla en las palabras, la interpretaba y a la vez me interpretaba a mí mismo, noche tras noche, hasta el amanecer. Hubo horas malignas en esas noches, horas cobardes, horas sucias y amargas, horas carentes de distancia en las que escribir resultaba insoportable, horas adecuadas para morir, pero también horas en las que la sintaxis imponía su orden y horas transversales en las que predominaba el dolor de espalda y, por último, las horas que se sabían cercanas a las siete: abrigarme, bajar a la calle, comprar el periódico y los bollos suizos, despertar a Mari. No sé cómo, pero detrás de esas rutinas había logrado colarse la esperanza.

En la ciudad sucedía algo semejante. Sólo tres meses después del escándalo causado por la muerte de Manolo Arbeyo ya nadie la recordaba. Los periódicos habían cambiado de noticia y lo único constante era que continuaban apareciendo cada mañana en los quioscos. Tal fue la realidad que salió triunfante, la que se repetía. Lo decisivo no era el contenido de las noticias, sino el hecho asombroso de que cada día hubiera noticias nuevas. La gente continuaba reuniéndose en los bares y conversando en torno a unas botellas, pero el tema de la conversación había cambiado, porque lo único que siempre ha importado es seguir hablando, reunirse en los bares, comer, beber, quizás jugar al billar, repetir una y otra vez los mismos trayectos por la ciudad, a las mismas horas, bajo la misma lluvia gris, confirmar cada día una identidad que arrincona todo lo que no la consolida, y la muerte de Arbeyo fue pasando al olvido en las

conversaciones como pasaban los chistes y las anécdotas de cada temporada. En noviembre, cuando se habló de asesinato con todas las letras, muchos llegaron a creer que el suceso marcaría un antes y un después en la memoria de la ciudad. Los periódicos hacían oscuras menciones a importantes grupos industriales, a intereses financieros y políticos de gran calado, hipotéticas conspiraciones tras las que se ocultaban algunas familias muy notables de la ciudad, y además Manuel Cifuentes Arbeyo era uno de los suyos, un periodista. Durante todo un mes se sucedieron las necrológicas, los panegíricos y los artículos in memoriam que recurrían con profusión a la segunda persona del singular para subrayar un hondo patetismo: «Recuerdas, Manolo, aquel día que…». En unas pocas semanas Manolo Arbeyo, un hombre particularmente dotado para labrarse enemigos y detestado por la mayoría de sus colegas, se convirtió en héroe y mártir de la profesión periodística, montañero ejemplar y protoecologista a quien había que levantar un monumento. Eso sí, ninguno de sus panegiristas dejó de mencionar la ingente cantidad de enemigos que Arbeyo había conseguido acumular a lo largo de su carrera y ahí estaba el quid de la cuestión que daba alimento a las tertulias, pues con el elogio del finado cada articulista insinuaba su particular teoría de la conspiración y nadie ponía en cuestión la tesis del asesinato. Era de cajón que, dada la concurrencia de odios que suscitaba, Arbeyo tuvo que haber sido asesinado. Porque se lo merecía, venían a decir. Y fueran cuales fueren las circunstancias de su muerte, nadie se preocupó de buscar otra explicación. Nadie, excepto la policía. Para los demás, Arbeyo había sido asesinado no sólo porque fuera un hombre odiado, sino más bien porque era un hombre odioso, y según el origen del odio se construía la hipótesis acerca del asesino. Por supuesto, los nombres que los periodistas no publicaban circulaban de boca en boca por los bares, en especial uno: Álvaro Atienza. El móvil: su vieja enemistad y la reciente campaña de Arbeyo en defensa del sagrado hayedo. Todo el mundo caía ahora en la cuenta de que Álvaro Atienza tenía cara de asesino, no había más que verlo. Entre los ecologistas de Ecoconceyu circulaba el rumor científico de que Álvaro Atienza y Manolo Arbeyo habían sido vistos juntos la noche de los hechos, alguien innominado había reconocido a Atienza por su inconfundible cojera. Pero Atienza no era cojo, sino jorobado. Sí, en efecto, precisamente lo habían reconocido por su inconfundible deformidad, por la joroba, ¿qué más prueba que ésa? Se dijo que el juez había llamado a Atienza a testificar, pero ningún medio pudo dejar constancia gráfica del hecho ni hubo imágenes en la televisión viéndole entrar o salir del juzgado, nada. En cambio el juez, el fiscal y

el médico forense aparecían profusamente en los noticiarios ofreciendo amables gestos de condescendencia y un laconismo de lo más sospechoso. Se dejaban fotografiar, demoraban el paso ante las cámaras de televisión y sus negativas a hablar con la prensa les ocupaban mucho tiempo, una y otra vez declaraban que no podían hacer declaraciones, sonreían con amable complicidad y para decir pura y simplemente «no» se extendían en oraciones subordinadas y complejos tecnicismos jurídicos, de manera que al final quedaban como hechos probados lo que sólo habían sido preguntas de los periodistas: «¿Lo mataron con un bate de béisbol?, ¿van a detener a algún sospechoso en los próximos días?», y nadie dudaba de que Álvaro Atienza sería detenido en cualquier momento y que el crimen salpicaría a gente muy importante. Pero a las pocas semanas el incendio se apagó casi sin dejar rescoldos. La viuda de Manolo Arbeyo, es decir, Carmina, se presentó como parte en el sumario y solicitó una nueva autopsia. Carmina apareció en el noticiario local de la televisión subiendo a un coche delante del juzgado, llevaba gafas de sol con montura de concha, media melena flotando sobre las mejillas, las solapas del abrigo alzadas, el silencio hostil, los movimientos rápidos y enérgicos, cuando se le abrieron los faldones del abrigo para entrar en el coche se pudo comprobar que usaba minifalda y la televisión repitió las imágenes en días sucesivos. El nuevo informe sobre la autopsia, realizada por un prestigioso experto en medicina legal llegado expresamente desde Madrid, fue demoledor. Desmontó una a una las tibias insinuaciones del forense oficial y dejó establecida con sólidos argumentos científicos la tesis de la «muerte natural». Las quebraduras de los huesos tan limpiamente fabricadas por un hipotético bate de béisbol en el informe anterior eran ahora efecto post mortem del choque contra el árbol, los restos de tierra aparecidos en la ropa, simple producto de un deficiente levantamiento del cadáver, de la arena de playa que según la prensa había sido encontrada bajo las uñas ya no se volvió a hablar. El caso fue cerrado y al poco reinó una nueva unanimidad: la del silencio. El asesinato de Manolo Arbeyo sólo quedó en la memoria indestructible del resentimiento y la sospecha, ese lugar donde sobrevivimos los vencidos. Un argumento más para justificar todas las derrotas, como la traición sufrida por Viriato, o la impericia militar de los Comuneros de Castilla, o la aviación alemana contra la República. Vencidos, pero jamás convencidos, porque el resentimiento no admite pruebas en su contra. Mientras, la ciudad olvidaba alegremente lo ocurrido con la llegada de las Navidades, a lo sumo persistían algunas imágenes en la retina: Carmina Arbeyo subiéndose al coche con gafas de sol parecía

Greta Garbo.

Ya en marzo, Vicente el Ciclista apareció un día por casa de Mari y nos contó que Carmina y Borja Molina acababan de casarse. No podíamos creerlo, pero era cierto. Vicente solía estar al tanto de este tipo de chafardeos pues, cuando el «mal del cobre» no le obligaba a recluirse en casa de su madre por falta de numerario, toda su jornada transcurría básicamente en los bares. El padrino había sido don Manuel García Baltasar, presidente del Grupo de Empresas, sin embargo su esposa, la adorable Aurora Rivalta, había excusado su asistencia a la boda. «La desconsolada viuda –comentó Vicente con maldad– ha dejado su empleo para dedicarse por entero a los sagrados deberes del nuevo matrimonio. Se ha inscrito en un curso de alta cocina y está aprendiendo a catar vinos señeros, pero todo será inútil. Tiene ocho años más que el chisgarabís de su marido y eso él no se lo va a perdonar nunca. Ella tampoco se lo perdonará, por supuesto, ni a él ni a sí misma. Lo que yo te diga. Terminarán mal más pronto que tarde. Ese contrato tiene demasiada letra pequeña para durar.»

Vicente había engordado. Más aún, había rejuvenecido. Estaba conversando con Mari cuando yo llegué y mi primera impresión fue que se había duchado ese mismo día y no unos meses antes como tenía por costumbre. Pero se habían producido en él transformaciones más profundas, Vicente se había convertido en un hombre elegante. Al verme aparecer en la puerta del salón me apuntó con el vaso en señal de saludo, como si estuviera a punto de brindar por mí, pero no bebió. Estaba repantigado en el diván y no hizo el menor gesto de levantarse, la pata gerela le eximía de semejantes cortesías. Mari se volvió hacia mí: «Hola –dijo. Y subrayando la obviedad añadió–: Ha venido Vicente». Tuve la sensación de que les interrumpía, que les obligaba a cambiar de conversación. Sólo fue una sensación fugaz, incómoda, enseguida se me pasó, pero lo cierto es que la recuerdo. Sin embargo, lo que de verdad me dejó impresionado fue descubrir que Vicente el Ciclista además de haberse duchado recientemente se había convertido en un dandy: traje azul de pana aterciopelada, camisa color burdeos. Sobre el brazo del diván reposaba un abrigo de cachemira suave y ligero como una pluma.

Vicente nos anunció su intención de cambiar de aires en un futuro inmediato. Nuevos negocios. Aún no estaba seguro de si fijaría su residencia en Ámsterdam, en Barcelona o en Vigo, las razones que determinarían la decisión final quedaban poco claras y entre ellas no se encontraba el clima. Hablaba de su destino vital con displicencia principesca, como si su futuro le fuera por completo indiferente, bien porque dependía de un hado ajeno y superior, bien porque no había

ya ningún futuro para él. Ámsterdam o Vigo, ¿qué más daba?, tal displicencia resultaba risible, pura baladronada, sin embargo Mari le creía. «Ámsterdam no, Vicente –le dijo–, que tú siempre fuiste muy torpe para los idiomas.» El Ciclista hacía tintinear el hielo en el vaso con apócrifos gestos de marqués y se permitía largas pausas, cosa que sólo los marqueses y los sargentos ante la tropa pueden permitirse sin que les quiten la palabra. Pero Mari le creía y a mí me parecía increíble que ella le creyese. No obstante, era muy agradable el crepitar de los leños en la chimenea. Si el destino de Vicente el Ciclista se había impuesto como tema de conversación, ¿qué importaba lo que pudiéramos creer o decir? El destino de Vicente era tan imaginario y peregrino como el de cualquier otro, aun cuando ese otro fuera muchísimo menos majadero que él. Por eso no le dije lo que de verdad pensaba, que él nunca saldría de Oviedo, que su destino consistiría en repetir interminablemente su pasado, una y otra vez, hasta el final, que Ámsterdam y Oviedo eran la misma ciudad, para él, para mí, quizás para todos. En vez de eso, por colaborar en la conversación, sugerí: «¿Por qué no Buenos Aires?»; en ese momento no se me ocurrió Honolulu. Recuerdo haber visto al Ciclista liar un porro con una sola mano. Sus dedos eran largos, finos, armoniosos, semejantes a las patas de una araña, jamás olvidaré aquella proeza. Observando ahora con qué delicadeza sujetaba el vaso se me ocurrió la alocada idea de que se había hecho la manicura. «Buenos Aires no», respondió sin más explicaciones. Cuando después nos quedamos solos le pregunté a Mari cómo podía tomarse en serio semejante sarta de sandeces. «Lo hará –me contestó–, lo conozco muy bien y sé que lo hará.» No supe qué decir, al fin y al cabo Mari y Vicente, aunque ya hacía muchos años, habían estado casados casi tres meses. Así fue como ella consiguió la nacionalidad española para opositar a su plaza en la universidad.

El sufrimiento te permite descubrir lo importantes que son las cosas que carecen de importancia. Es algo que nadie te puede enseñar y uno lo aprende cuando ese saber ya no remedia nada. Sólo cuando Verónica ya se había ido comencé a entender la importancia de esos momentos intermedios, esos instantes vacíos y neutrales, carentes de atención, hidalgos segundones de la intensidad y de la memoria, los momentos que ocupamos en tomar un té, limpiarnos los dientes, elegir la ropa de cada mañana, viajar en autobús, esperar una llamada de teléfono, paréntesis, rutinas, olvidos, desatenciones, vidas enteras. Porque durante el crimen nunca estamos. Ni durante el amor. Están las pasiones que te ocupan, pero no estás tú. Sin embargo, si te dicen: soñé contigo, te recordé, pensé en ti, te aferras a esas palabras como el

hambre a una hogaza de pan. Un pan de aire, pero tan intenso que ya nunca lograrás saciarte. Es entonces cuando descubres los momentos intermedios y el valor impagable de las cosas sin importancia, porque ya las has perdido y tomar el té, o limpiarte los dientes, o vestirte con decencia sólo te provoca angustia y terminas por no soportarlo. Yo resistí semanas enteras sin lavarme ni afeitarme y estuve a punto de perder mi trabajo, las cosas que carecían de importancia eran las que me procuraban mayor sufrimiento por la única razón de que ya no había otras. Con Verónica las cosas sin importancia no existían; no hubo nunca momentos intermedios. Tenía en mi casa un juego de café de porcelana. Me lo había regalado mi madre cuando me instalé a vivir solo, prácticamente fue ella quien amuebló mi apartamento, hizo las cortinas, me abasteció de menaje de cocina y me organizó la casa como solían hacer las madres cuando los hombres éramos inútiles por naturaleza para las cosas del hogar. Un día se me descascarilló una de las tazas de café, nada importante, una simple quebradura en el bordillo que dejaba al descubierto la textura sin pulir de la porcelana. Como vivía solo, empecé a usar de continuo aquella taza, «a ver si se rompe de una vez», me dije. Así pasaron más de diez años. Lo único que conseguí fue que la tacita mellada se quedase más opaca y amarillenta que las otras a fuerza de lavados. Poco tiempo después de llegar Verónica a mi casa (en rigor no puedo decir que «viviese» allí, aunque llegué a engañarme a mí mismo con la ilusión de que era así), la taza de café desapareció y le pregunté por ella. «La he tirado –me dijo con naturalidad–, estaba rota.» Su respuesta me dejó desconcertado. «¿Rota?» «Sí. No sé si te habías dado cuenta, tenía el borde descascarillado.» De golpe sentí un gran alivio. «Llevo más de diez años tratando de librarme de esa taza sin conseguirlo», le dije, y le conté la historia de la taza y cómo me había tenido esclavizado durante todo aquel tiempo, obligándome a esquivar cada día su melladura para tomar el café, luchando en silencio contra ella para ver si se rompía de una vez, aborreciéndola, mientras en el armario se guardaban cinco tazas impecables. Ella se reía, pero era cierto, yo me sentía liberado, en adelante podría tomar el café en una taza como Dios manda y su gesto me permitía descubrir la servidumbre a la que había estado sometido durante tantos años, la mentalidad de labriego que me ataba a las cosas con fidelidad perruna sin darme cuenta de ello, un apego en el que no sólo había conmiseración, sino también inseguridad y miedo. Entonces Verónica me contó un cuento que había leído en su infancia. Trataba de una niña que se había perdido en el bosque. Iba peinada con tirabuzones y había sido desobediente. Verónica la recordaba muy bien porque el cuento estaba ilustrado con

minuciosos dibujos a plumilla: la niña llevaba un fino vestido de organdí con una cinta de seda en torno a la cintura rematada por un gracioso lazo. Y calcetines hasta media pierna. Oscurecía. La niña estaba fatigada de tanto caminar, sentía frío, hambre, sed y muchas ganas de llorar, pero se contenía. Por fortuna, descubrió una casita en medio de la espesura. Sobre la miserable techumbre de yedra y hojarasca humeaba una chimenea. Por supuesto, se trataba del cubil de una bruja, pero la niña no lo sabía porque era la primera vez que se portaba mal. La puerta estaba tan vieja y carcomida que la niña la golpeó con mucho cuidado por miedo a que se desmoronara. Nadie acudió a abrir. Llamó de nuevo, siempre con gran suavidad, pero no obtuvo respuesta. Entonces la empujó y entró. Una anciana feísima sentada junto al fuego le dijo: «Pasa, pasa, preciosa niña, te estaba esperando». «¿A mí? Me he perdido y he llegado aquí por casualidad.» La vieja reía mostrando sus pocos dientes, negros y afilados como clavos. Tenía una verruga negra en la punta de la nariz, el pelo lacio y ralo, los ojos legañosos y una enorme joroba que la obligaba a apoyarse sobre un bastón. Sin embargo se puso en pie con sorprendente agilidad: «Debes tener hambre y sed –dijo–, come y bebe lo que quieras». Le señaló una tosca mesa, que parecía a punto de derrumbarse, donde había un trozo de queso, un mendrugo de pan y una jarra de barro. La niña pensó: «¡Qué sucio está todo!, no comeré». La vieja insistía: «¡Come, come!». Un enjambre de moscas zumbaba sobre su cabeza en vuelo circular y la seguían a todas partes como si fueran un sombrero. A la niña se le ocurrió que en torno a la cabeza de la Virgen y los santos seguramente volarían luciérnagas, pero no se atrevió a preguntarlo. «Muchas gracias –dijo–, pero no tengo hambre.» Era mentira, pero todo le daba mucho asco. «Pues entonces bebe. En esa jarra hay agua fresca.» Ella tenía mucha sed y pensó: «Beber un poco de agua no me hará daño». El rodal de la jarra tenía un desconchado en un lateral con forma de media luna y se dijo: «Beberé por ahí y no por el canalillo, así no pondré los labios donde los pone ella». Y así lo hizo. Entonces la bruja prorrumpió en estrepitosas y malvadas carcajadas; se reía con tanta fuerza que parecía que fuera a quebrarse bajo el peso de la joroba, «¡así me gusta –gritaba–, has bebido por el mismo sitio que yo uso siempre, ya sabía que tú y yo nos íbamos a entender muy bien!». Ahí concluía el cuento. Verónica no recordaba más. No sabía cómo terminaba, la jarra de barro mellada le había causado una impresión tan fuerte que había olvidado el resto. Ni siquiera recordaba el título, tampoco el autor, sólo los dibujos a plumilla, la memoria es así de extraña y vengativa. Yo mismo, ahora, apenas recuerdo nada del amor y sin embargo me asaltan sin cesar

todos esos momentos intermedios. Rosebud, lo que carece de importancia.

Solíamos encontrarnos a última hora de la tarde en el café Mercurio, o en algún otro bar de los habituales a partir de las ocho. Nuestros itinerarios por la ciudad siempre fueron tan rígidos y regulares que cualquiera te podía decir: es martes y son las nueve y media, luego están en el Rosal. Ella lo sabía y yo estaba allí. A veces no venía y entonces yo regresaba a casa mascullando incertidumbres y haciendo esfuerzos para no correr. Pero ella estaba allí mordisqueando un bocadillo frente al televisor, esperándome. Se levantaba de un salto, me regalaba alegres besos, me contaba las minucias del día y yo tenía que contenerme para no postrarme a sus pies y adorarla como si fuera un ídolo. El hecho de tenerla a mi lado era tan milagroso que me daba miedo. No podía entender por qué me quería. Me decía: «¡Qué contenta estoy!»; nunca supe qué veía en mí, por qué me hacía merecedor de tal regalo. Eso me dejaba inerme y me atemorizaba. Me sentía tan dependiente del azar, y el azar de que ella me quisiera era tan incomprensible, que el simple hecho de encontrarla esperándome en mi apartamento me empujaba a la idolatría: adorarla, entregarme a la gratitud, rezar para que el sol volviera a salir un día más. Y era milagroso, pues el sol brillaba cada noche en mi apartamento y yo debía resistir el impulso de hincarme de rodillas y repetir una y otra vez la santa oración: te amo, te amo, te amo. Pero resistía. No por dignidad, sino por cálculo. No me hubiera importado humillarme a sus pies como un feligrés o como un esclavo, pero algo me decía que la sumisión incondicional terminaría por perjudicarme y que era el camino más recto para perderla. Mi edad me lo decía: calla, escóndete, ella acaba de cumplir veinte años y le parece de lo más natural que la deseen y la quieran, el exceso de amor es aburrido, muéstrate misterioso, cuéntale chistes, no le descubras hasta qué punto depende de ella tu existencia, la astucia es tu única ventaja, mantén el corazón en silencio, que sólo hablen tus ojos, que sólo hable el cuerpo. Verónica decía: «Qué contenta estoy». Poco a poco descubrí que esas palabras significaban: «Te quiero». Y así, cada noche, cuando sentía que mi alma se tambaleaba sobre su piel, en vez de decirle «me estoy muriendo de amor», en vez de decirle «amor mío, sin ti mi vida carece de sentido», en vez de decirle «te quiero tanto», le decía, «qué contento estoy». Ella cerraba los ojos, se estrechaba contra mí y sonreía.

El día siguiente a la fiesta del refrigerio ella no vino. Al otro, domingo, los periódicos daban la noticia de la muerte de Manolo Arbeyo en accidente de automóvil, aún no se sabía nada de la

autopsia. Salí a dar una vuelta por los lugares habituales y regresé pronto a casa; ella no estaba. Esa noche dormí mal. Siempre que duermo mal sueño que estoy despierto y que razono, y había una gran crueldad en esas pesadillas. No contenían bestias de rostro descompuesto, o súbitos abismos, o gatos, sino reglas milimetradas, cartabones, polinomios, silogismos impecables y fríos como cadáveres. Según mis cálculos era el primer fin de semana que pasábamos separados desde nuestro encuentro de agosto en Madrid. El lunes subí al cementerio para asistir a la cremación de Manolo Arbeyo, estaba seguro de que ella también asistiría, pero no hubo cremación ni entierro y ella no se presentó. En los días siguientes llamé a todos los teléfonos y le dejé mensajes con reiterada humillación en su contestador, en la Oficina de Proyectos, en casa de los Atienza, pero fue en vano. Verónica había desaparecido para mí y yo no sabía por qué. Pero sí lo sabía. Fue este autoengaño el que más sufrimiento me causaría después, el que me impulsó a lanzar el retrete por la ventana del patio, el mismo que luego me condujo a escribir, ¿por qué es tan necesaria la mentira para sobrevivir?, ¿por qué la supervivencia ha de resultar siempre tan miserable? Durante los días que siguieron sólo persistía una imagen en mi mente: Verónica y Álvaro Atienza en la terraza de los Almar formaban un círculo de intensidad que los separaba del mundo. Luego, un jueves de sol, sobre las cinco y cuarto de la tarde, ella me llamó y yo cometí todos los errores, ¡deseaba tanto no tener que amarla! «¿Dónde estás, qué te ocurrió, cómo te sientes, por qué tanto silencio?», pero no eran preguntas, sino disfraces de súplicas y de promesas, las formulaba sin darle tiempo a responder, porque no quería oír sus respuestas, pero ella dijo: «Ahora vivo aquí». No dijo desde dónde llamaba, ni qué lugar era «aquí», no hacía falta. Y yo incurrí en la felonía de insinuar que Álvaro era el responsable de la muerte de Manolo Arbeyo. «Todo el mundo lo sabe», le dije. No lo negó. Oí su silencio al otro lado del teléfono como la constatación de que ella también lo sabía. Y que no le importaba. «Él me necesita –susurró. Y al despedirse me dijo–: Te quiero.» Ya nunca volvería a decirme: «Qué contenta estoy».

Todas las tardes del mes octubre, a las seis en punto, Verónica entraba en el cuarto de Barba Azul llevando los zapatos en la mano para evitar el menor ruido. El farol de la escalera interior no siempre estaba encendido a esa hora y se compró una linterna muy pequeña, casi como un bolígrafo. Aunque conocía el trayecto de memoria, la linterna trazaba un pequeño círculo de luz delante de sus pies y le infundía cierta temblorosa seguridad. Sin darse cuenta había asumido

sus visitas a aquella habitación bajo las condiciones del secreto, el silencio y la oscuridad, como se asume un crimen. Nadie se lo había pedido, ni siquiera Álvaro Atienza, pero desde el primer momento había adoptado aquel comportamiento excitante y culpable de alumbrarse con un pequeño foco en la negrura del caserón, caminar de puntillas sobre las viejas tarimas quejumbrosas, deslizarse en el interior del cuarto con el sigilo de un depredador. Al beneficiarse de las sombras sentía que ella era el lobo y no la presa, el emboscado y no la víctima; el carácter furtivo de sus actos le infundía valor. Cerraba la puerta tras sí con gran cuidado y se sentaba frente al ordenador sin encender ninguna luz. La pantalla emitía un firmamento de estrellas rojas y azules que se perdían una y otra vez en el infinito, ella pulsaba una tecla y la pantalla se ponía en blanco. Sabía que encontraría una frase escrita en la parte superior, a la que ella debía responder para comenzar el diálogo silencioso de cada tarde, un diálogo agotador que repetía una y otra vez las mismas variantes. La frase inicial jamás expresaba la menor cortesía, no comenzaba nunca por un saludo, «¿hola, cómo estás?». Nada de eso. Atienza no tenía ningún interés por ella, no quería saber nada de ella, nunca le preguntaba nada. «No necesito tu comprensión –escribía–, no quiero caerte simpático», «no te amo», y ella solía responder: «No te comprendo», pulsaba el intro para darle paso y él escribía: «Me es indiferente»; y ella: «No entiendo por qué te niegas a hablarme, por qué no puedo verte». Más tarde, la perversión de aquellos diálogos silenciosos se iría haciendo más y más sutil.

Su primer impulso había sido la protesta, su primer sentimiento el de injusticia. Él no tenía ningún derecho: perseguirla por las calles, espiarla, fotografiarla. ¿Con qué derecho le repetía que «no» la amaba?, ¿acaso ella le había dado algún motivo o se lo había preguntado? Se sentía ofendida y cargada de razones, y cada tarde regresaba frente a la pantalla para exponerlas, para defenderse de aquella manifiesta injusticia, para exigir una reparación. Pero regresaba. No huía del lugar del crimen pese a ser la víctima, sino que volvía un día tras otro para discutir con su asesino y demostrarle la iniquidad del puñal con que la asesinaba. Percibía las huellas de un animal desconocido y salvaje que la acechaba, un animal informe, sin perfiles, una sombra. Pero no una amenaza. Sentía que aquel animal la necesitaba, que si aquel animal era una sombra, ella era la luz que la creaba, y pese a la prepotencia y los desplantes verbales que recibía, notaba ese poder. No lo comprendía, pero lo notaba y poco a poco aquel poder inexplicable que sentía suyo la iba haciendo prisionera. «¿Por qué yo? –preguntaba–, ¿por qué a mí?» Y él

respondía: «Tú no existes, sólo eres una simple coincidencia. No te pido nada, jamás te pediré nada, ni siquiera perdón». Pero Atienza la injuriaba tan sin motivo que la injuria pesaba menos que el misterio de su inmotivación y ella también se preguntaba a sí misma, ¿por qué yo?, y la mera formulación de la pregunta le provocaba un extraño halago, como si en vez de caminar descubriese de pronto que bailaba, que así había sido siempre sin saberlo, que el mero hecho de mover los pies poseía un valor por sí mismo, una cualidad preciosa que ella había ignorado. «¿Por qué yo?, ¿cuáles son mis méritos?», se preguntaba, y en el aire quedaba flotando esta otra pregunta: «¿Qué es lo que yo ignoro de mí misma que me hace tan importante y necesaria?». Atienza la trataba con brusquedad, pero todo lo que la rodeaba y lo que sucedía en aquella habitación ponía de manifiesto que ella era el centro de su vida, y a medida que la pregunta «¿por qué yo?» iba creciendo, el tema de la conversación también iba cambiando, ya no se centraba en las razones de la injusticia cometida y en «¿por qué lo hiciste?», sino en «¿por qué a mí?». Ya no importaba la ofensa, la premeditación del crimen, las razones del criminal, sino la naturaleza de la víctima y el oscuro secreto escondido en su identidad, la cualidad extraordinaria que la proclamaba como víctima elegida, su distinción. ¿Por qué no la jirafa o el ornitorrinco?, debió de preguntarle Adán a Dios, ¿qué tengo yo para que me distingas con tu soplo? ¿Por qué nosotros?, preguntarían más tarde los judíos mientras los masacraban precisamente por ser los elegidos. ¿Por qué son tan necesarios los hijos predilectos, las víctimas y los sacrificios? Pero Jehová nunca respondió y somos descendientes de esa arbitrariedad y esta pregunta: «¿Por qué yo?». Verónica Galindo, por más que esperaba una respuesta, nunca la obtenía, no le decían: «Porque eres estupenda». No. Sólo sembraban en ella preguntas e inquietud, es decir, el alimento del alma.

Los diálogos se repetían un día tras otro con escasas variantes, pero ella no advertía su monotonía, y cuanto más insistían en el mismo tema, más le apasionaban.

«No quieres hablar conmigo, nunca puedo verte, no sé por qué lo haces.»

«Ya estamos hablando ahora.»

«No es lo mismo, yo no te veo, y además soy muy torpe con el teclado.»

«Puedes tomarte el tiempo que quieras. No ver al otro tiene sus ventajas, puedes pensar y hablar sin interferencias. Y también verte a ti misma.»

«No comprendo que tengas miedo de mí.»

«No tengo miedo de ti, sólo me aterra tu deformidad.»
«¿Qué deformidad? Yo no tengo ninguna deformidad, soy normal.»
«Sí, la tienes, pero no quiero conocerla. ¿Has leído *Marianela?*»
La joroba era su verdadero instrumento de seducción. Álvaro envolvía su deformidad bajo un manto de astucia y no apelaba a la compasión, sino a la injusticia. ¡Álvaro Atienza invocando a Marianela! Pero también apelaba al sexo de una manera sutil y retorcida, exhibiendo su joroba como ocultamiento, ofreciéndosela a ella como misterio y como desafío y como lugar de redención. Sin pedírselo, Álvaro le exigía un sacrificio que remediase la injusticia de la que él había sido víctima, una injusticia corporal, y ella comenzaba a sentir que su buena salud era una culpa, o una deuda, y que su sexo quizás tenía una misión externa que cumplir, que aparte de ser una dádiva para sí misma, quizás debía ponerse al servicio de la compasión como un instrumento redentor, un instrumento vindicativo y justiciero, es decir, una posesión ajena. Con su ocultamiento Álvaro parecía decir: «No quiero que me veas porque desprecio tu inevitable compasión», pero, en realidad era esto otro: «Haré que tu compasión por mí sea tan grande y exclusiva que ya no podrás tener sino ese sentimiento. Entonces tu sexo, tu cuerpo entero, será una dependencia de mi casa, una habitación de la que sólo yo tendré la llave». Incluso le habló de Marianela, y lo hizo de aquella manera retorcida y distante que le protegía de la compasión al mismo tiempo que la reclamaba. Sobre la pantalla del ordenador, la deformidad de su espalda adquiría una presencia mucho más fuerte y obsesiva que si la conversación hubiera tenido lugar cara a cara, la joroba siempre estaba allí, oblicua y sinuosa, circulando entre las palabras, flotando en los sobreentendidos y en la oscuridad fría e irregular de la habitación. A veces ella se volvía y trazaba un fragmentario camino de luz con el pequeño foco de la linterna a sus espaldas: los viejos aparatos de gimnasia cargados de rencor y óxido, la cama turca, los libros, la infancia de aquella joroba. No, ella no había leído *Marianela*.
«Has hecho bien, no la leas, es una novela que da vómitos, por algo a Pérez Galdós le llamaban don Benito el Garbancero. ¿No lo habías oído nunca?»
«No. Es que yo leo poco.»
«Ya me había dado cuenta, pero no te preocupes, leer no sirve de gran cosa, y menos aún esa basura, pero entonces no había televisión. ¿Sabías que en el siglo pasado no había televisión? Bueno, no importa, te lo contaré: Marianela era una niña muy fea, muy pobre y muy enferma. También era analfabeta y, para colmo, huérfana. Eso sí, tenía un corazón de oro, le gustaban las flores, sabía hablar con los perros y

solía corretear feliz por la campiña las pocas ocasiones en que no la molían a palos en su casa, pero a bondad no había quien la ganara, sólo con recordarlo produce náuseas. En la vecindad vivía un muchacho que la adoraba. El joven era de muy buena familia y sólo tenía un defecto: que era ciego y jamás la había visto. Marianela lo sacaba todos los días de paseo y él la amaba por su inocencia y bondad, aunque sus conversaciones eran bastante lelas, pero la amaba tanto que le prometió matrimonio. Por supuesto, nadie le había dicho que Marianela padecía raquitismo y era medio enana. Así las cosas, un buen día regresa de América un tío del muchacho que casualmente era cirujano. Cirujano oculista, por más señas. Para solucionar ciertos problemillas, como la ceguera de nacimiento, los novelistas se las arreglan bastante mejor que la Seguridad Social. La delicada intervención quirúrgica tuvo lugar en el comedor de la casa, pero de haberse llevado a cabo en el establo y a la luz de la luna hubiera logrado el mismo éxito: curación completa. Durante la convalecencia el muchacho no cesaba de preguntar por su amada Marianela, pero cuando por fin le retiraron el vendaje, ¿qué fue lo primero que vio? No un árbol, no un mueble, sino a una prima suya adolescente que se encontraba de visita. Bellísima, por supuesto, de piel blanca y mórbida figura, al parecer el muchacho ignoraba que las mujeres suelen tener dos tiernas protuberancias en el pecho y se quedó bastante desconcertado, pues Marianela no usaba semejantes adornos. ¿Qué crees que sucedió?, ¿cuál debería ser a tu juicio el desenlace?»

«El muchacho mantiene su palabra y se casa con Marianela.»

«Piénsalo bien, ¿de verdad eres tan ingenua?»

«No. Ya sé que lo lógico es que se enamore de su prima, eso es de cajón, pero entonces, ¿por qué me lo preguntas? Sólo te contesté lo que tú querías que te dijera, no he leído mucho, pero me sé de memoria el cuento de la Cenicienta.»

«No me has entendido, lo importante no es con quién se casa el muchacho, sino lo que hace Marianela.»

«¿Y qué hace?»

«Se esconde. Huye, nunca se deja ver por él. Y muere. Prefiere morir antes que contemplar la decepción de su mirada.»

El cursor cambió de línea en la pantalla cediéndole el turno de intervención, pero Verónica no escribió nada. Tras unos minutos el cursor saltó a la línea siguiente:

«Esa mirada era para ella mucho más que un espejo. Era su vida. Y su vida sólo valía la pena si era mirada por un ciego.»

El cursor volvió a saltar. Ella esperó aún unos instantes antes de escribir:

«Pero yo ya te he visto y no estoy ciega.»

«Eres perspicaz. Pero no, no me has visto.»

«Ahora no te comprendo.»

«No espero que me comprendas. No pretendo que me comprendas. Los espejos no necesitan comprender, ni siquiera saben en qué pared están colgados y tú tampoco sabes por qué estás aquí.»

«Estoy aquí porque quiero y puedo marcharme cuando quiera.»

«Pero no quieres.»

«Cuando me parezca bien me marcharé. Y no volveré más. En esta casa sólo me retienen cuestiones de trabajo, nadie puede obligarme a nada más.»

«Te equivocas, te obliga tu propia voluntad. Y a tu voluntad la obligo yo con una voluntad más fuerte.»

«No comprendo lo que significa eso.»

«Significa que yo he puesto mi vida en traerte a mi casa y ni siquiera te pido que te quedes. Significa que a cambio de mi vida no te pido nada. Que te la di, que es tuya. Esa fuerza es la que te trajo y la que te retiene. Pero es mi fuerza, no la tuya.»

«Fue la empresa la que me envió aquí a trabajar, fue el señor Molina, no tú.»

«A cambio les he entregado todo mi patrimonio y la memoria de mi familia. Sólo para eso, para tenerte cerca, para poder mirarte, nada más. Aunque lo creas, tú no me has visto nunca, sin embargo yo sí te he visto a ti. Y mi mirada no es dulce, no es amable, no es inocente. Te he visto como tú jamás podrás hacerlo y sé que nunca lo comprenderás. No te necesito porque ya te tengo.»

Las fotografías. Docenas, cientos de fotografías. Habían comenzado a aparecer en el entorno inmediato de la pantalla del ordenador, pero en días sucesivos se fueron extendiendo sobre el tablero, iluminadas por un flexo. Día tras día su número se iba incrementando en desordenados montones hasta ocuparlo por completo, ningún lote sustituía al anterior, sino que lo sumaba, y cuando el tablero de pino que recorría el paño de pared estuvo lleno, apareció encendida la lámpara de bronce del viejo escritorio con nuevos lotes de fotografías bajo su luz, y luego, más allá, sobre el pequeño velador, sobre los sillones, sobre la cama turca, iluminadas por nuevas lámparas que iban desvelando a la vez los rincones de la habitación. En todas las fotografías sin excepción estaba ella, su rostro, su espalda, su perfil, su silueta a contraluz. Al principio las estudiaba con interés, incluso con halago, y se demoraba en sus detalles, había algunas muy buenas, otras variaban de tamaño, desde la positivación de minúsculos contactos hasta grandes ampliaciones sobre papel de fotocopia, en

colores vivos o explotando una gama de grises que a ella le parecían muy delicados. Sin embargo, ¿por qué tantas? Ella se lo preguntó:

«¿Por qué repites tantas veces las mismas fotografías?, no lo entiendo».

«No hay ninguna fotografía repetida, jamás hago copias. Sólo eres tú. Y aún no he terminado. Vas a descubrir cosas que ni siquiera sospechas.»

La ingente cantidad de imágenes que recibía de sí misma la abrumaba y cada día se sentía un poco más perdida y distinta en ellas, y empezaba a mirarlas con temor supersticioso, como si pudiera ser raptada por su proliferación. Pero si en alguna no se reconocía su inquietud era aún mayor, y eso ocurría cada vez con más frecuencia. Era ella, sabía que era ella, pero también alguien que se alejaba, y sentía crecer una sensación de distancia y extrañamiento que la asustaba. Un día no reconoció su mano izquierda. Era una fotografía muy ampliada y la mano ocupaba toda su superficie. Parecía un objeto inerte caído en el suelo, un objeto pálido perdido por alguien, quizás olvidado sobre una mesa. Llevaba en el anular una sortija de plata con un minúsculo engarce de lapislázuli y ese detalle le reveló que se trataba de una mano humana y no la de un maniquí. «¡Es mi mano izquierda!», exclamó al descubrirlo. Se asustó. Recordaba haber comprado aquella sortija por mil seiscientas pesetas en el mercadillo del Fontán y sintió una gran ternura por ella, casi agradecimiento, se prometió a sí misma, o quizás a la sortija, que volvería a ponérsela en cuanto llegase a casa, ahora la veía como algo íntimo y suyo, algo de lo que no quería desprenderse, la posibilidad de haberla perdido le horrorizaba, pero no, estaba segura de que la encontraría.

Había series de fotografías dedicadas a sus manos, otras a sus ojos, a su perfil, a diferentes fragmentos de su cuerpo, pero la sensación de extrañamiento ya no se la provocaba ninguna de ellas en particular, sino la desmesura del conjunto, su número incomprensible, su declarada falta de repetición. Todas las imágenes eran singulares, originales, únicas. Pero muchas, muchísimas. Y era en la cantidad donde se escondía su condición monstruosa. Ella sentía el aliento cercano del monstruo y su desequilibrada fetidez, pero no lograba identificar su procedencia, no sabía ponerle un nombre, o bien le ponía uno equivocado y confundía su sensación de peligro con la intensa excitación de los descubridores cercanos a El Dorado. O quizás el cubil del monstruo la atraía por sí mismo, por la sola razón de su monstruosidad, por ser un lugar ajeno a toda razón y a toda simetría, porque en su cueva ardía un fuego tan extraño y carnal que en vez de calor provocaba un vértigo irresistible y ella deseaba entregarse a ese

vértigo. La multiplicación de su imagen la multiplicaba a sí misma y lejos de afianzar su autoconocimiento, se lo disolvía, y cada nueva serie de fotografías la hacía más dependiente de la serie siguiente en una suma que no parecía tener final. La nuda cantidad se había convertido en una categoría abstracta, infame e inaprensible, tal era la oculta condición del monstruo: mucho deseo, fuerza, poder, mucho amor, mucha belleza, mucha pasión, mucho misterio, pero al cabo una única cosa decisiva: la condición de «mucho». Y el vértigo del exceso la atraía por el puro incremento de sus giros. Mientras tanto, en la pantalla del ordenador la conversación apenas avanzaba. «Quiero verte, hablar contigo cara a cara», escribía ella un día tras otro, y un día tras otro Atienza se negaba. No se movían del sitio, pero se agitaban, y la agitación era suficiente para hipnotizarla y hacerla desear más de lo mismo, insistir, aumentar la velocidad sin desplazarse de lugar.

Uno de aquellos días de octubre, Verónica se sorprendió mintiendo a sus amigos más íntimos. Es decir, a mí. Descubrió que mentía cuando callaba, que para mentir sólo tenía que guardar silencio. Nunca había sospechado que el silencio, el simple no decir, podía ser una de las fórmulas más crueles del engaño, pero un día supo que, al callar, mentía. Y consintió, ella, que era la inocencia. Y se internó en un mundo nuevo, lleno de territorios sombríos y asombrosos, en los intensos paisajes de la ocultación, el secreto, la cautela, la omisión cuidadosa, el disfraz de los sentimientos, los placeres de la culpabilidad, un mundo inmenso que jamás cesaba de crecer, ni aun mientras dormía, y así crecían sus silencios, cada vez más precavidos, tensos y reticentes. Sólo en la habitación de Álvaro Atienza podía abandonarse y dejarse llevar hacia una nueva familia: Marianela, Cyrano de Bergerac, Sören Kierkegaard, Esmeralda y Quasimodo, almas hermosas en cuerpos deformados, modelos de la verdadera pasión, de quienes ella jamás había oído hablar. Una tarde Álvaro escribió en la pantalla:

«Tengo joroba porque quiero, porque me gusta. La considero muy elegante y además tiene muchas ventajas prácticas, te libra de la mili y del acoso incesante de las mujeres. Y da buena suerte a quien la toca».

«¿Sí, de verdad? Algún día me dejarás tocarla y seré una mujer con suerte.»

«No lo pongas en duda. A partir de entonces te llamaré Esmeralda.»

La primera vez que Atienza mencionó a Cyrano de Bergerac ella creyó que se trataba de uno de los tres mosqueteros. Su cultura literaria dejaba bastante que desear, pero el hondo e injusto

sufrimiento de aquel poeta aplastado por el tamaño de su nariz le llegó hasta el centro del corazón. Comprendía sus motivos y los asumía como propios a medida que Álvaro le refería la historia. La frecuente crueldad de la espada de Cyrano, su arrogancia, sus ofensas y desplantes, sí, ella los comprendía muy bien, ¿acaso no era justamente eso lo que los demás esperaban y requerían de él? La violencia de Cyrano no era sino una máscara, una nariz, pero ella sabía que detrás de aquella máscara monstruosa se escondía un niño sensible, solo, enamorado. De Sören Kierkegaard jamás había oído hablar. Se trataba de un filósofo y no de un personaje de ficción como Cyrano, o como Marianela, o Quasimodo y Esmeralda, si bien no estaba muy segura de si Cyrano había existido en la realidad, pero de Kierkegaard no le cabía la menor duda, había existido y ya se había muerto, sólo ignoraba cuándo, pero no se atrevió a preguntárselo. Sin embargo entendió lo esencial: la angustia. No el concepto de la angustia, sino la angustia del propio Kierkegaard. Se había suicidado por amor. No por no ser correspondido, sino por serlo, ahí se albergaba su grandeza. Se había suicidado para proteger de sí mismo a la mujer que le amaba, porque amarle a él sólo podía ser fruto del error, o del engaño, un desequilibrio, una monstruosidad, y él no podía permitir semejante perversión precisamente en la mujer a quien amaba por encima de todo, incluso por encima de sí mismo. Y se mató para evitarlo. Ella era la belleza y la inocencia, él la deformidad, jamás podría retribuir ni compensar ese desequilibrio. Salvo que ella, al amarle, se convirtiera en un ser tan monstruoso como él. No podía permitirlo, por eso se suicidó. Kierkegaard era un hombre con joroba.

Una tarde de finales de octubre Verónica se sorprendió al encontrar la habitación a oscuras. Sólo la pantalla del ordenador refulgía débilmente en una esquina del tablero, como en sus primeras visitas. Todas las fotografías habían sido retiradas. Pulsó una tecla y leyó:

«En el proyector de diapositivas he colocado un carrete para ti. Ha llegado el momento de que lo veas. No te apresures, observa las imágenes con detenimiento. Quizás mañana ya no te atrevas a volver. Adiós».

La pantalla regresó a su firmamento de estrellas repetidas. Verónica encendió la linterna y exploró la estancia con su pequeño foco de luz hasta dar con la mesa camilla donde se encontraba el proyector. La habitación parecía hoy más grande, las sombras más espesas, al acercarse a la máquina notó los fuertes latidos de su corazón. Pero ¿por qué? Se sentía inquieta, confusa, el foco de la linterna temblaba en su mano e intentó tranquilizarse. Pulsó el interruptor y un potente foco de luz blanca iluminó todo el entorno, la vieja mesa de despacho,

las estanterías metálicas repletas de libros, el largo tablero lateral, el hueco profundo de una ventana. Desde la pantalla la miraban dos ojos. Unos ojos fríos, grises, casi transparentes bajo la potente luz blanca del proyector, las cejas finas y arqueadas, el entrecejo marcado con tres profundos trazos verticales, el comienzo afilado de la nariz. No era fácil discernir la imagen, eran simples trazos de lápiz que ocupaban casi toda la superficie de la pantalla, pero enseguida la reconoció. Porque ella la había dibujado. Accionó el mando y en la imagen siguiente apareció el rostro entero. ¿Cómo era posible?, ¿cómo había podido llegar su dibujo hasta allí? Estaba segura de haberlo roto, se acordaba perfectamente, primero lo rompió y luego lo tiró a la papelera. O quizás sólo lo había arrugado hasta convertirlo en una pelota antes de tirarlo a la papelera. Observó la pantalla con atención. En efecto, el papel mostraba pliegues, irregularidades. Aun así, ¿cómo había podido llegar a sus manos? Sintió miedo. Recordaba la lenta gestación del dibujo y también el instante preciso en que lo había comenzado cierta tarde, al final de una clase de Rodrigo de Almar en la Escuela de Artes. Mientras todos sus compañeros recogían los bártulos y se marchaban, ella se había quedado dibujando aquellos ojos. Apenas los había visto durante unos breves momentos, pero la habían impresionado y no quería olvidar esa impresión, no podía pasarla por alto, desaprovecharla, perderla. No la comprendía ni sabía lo que significaba, pero desde el primer instante sintió que era importante y que tenía que dibujarla. No los ojos, sino la conmoción de la mirada. Su impacto, su frío temblor. Ella estaba sentada frente a su tablero de dibujo, la clase ya había terminado, al volver distraídamente la cabeza hacia la cristalera del patio había encontrado aquellos ojos. Un hombre la estaba mirando. No se le veía el rostro entero, sólo la parte superior de la nariz, los ojos grises, la frente ancha y despejada. Sus miradas se cruzaron. Él se retiró. Ella pensó: «Ese hombre debe de estar enamorado», e inmediatamente se puso a dibujar lo que había visto. Era una dibujante minuciosa, amante del detalle, y cuando terminó con los ojos ya no pudo seguir, se sintió incapaz de extraer ninguna conjetura acerca del resto de la cara. Además no había amor en los ojos que había dibujado, sino otra cosa, algo que no lograba comprender. No obstante, guardó el apunte en su carpeta. Pasó algún tiempo. La Oficina de Proyectos organizó un concurso en la Escuela para contratar un dibujante y, para su sorpresa, la eligieron. Comenzó a trabajar, hizo nuevos amigos, inteligentes, cultos, raros, mayores, jugadores de billar. Fue precisamente en el billar del Mercurio donde vio por segunda vez aquellos ojos. Pero ahora eran ojos extraviados, enrojecidos, febriles. «Es Álvaro Atienza»,

le dijeron. De pronto se le había puesto la cara del color de la leche y se desmayó. Cuando le llevaban al hospital parecía que estuviera muerto. Alguien comentó: «Se ha enamorado de una alumna de veinte años y anda persiguiéndola por toda la ciudad medio enloquecido». Ella quiso saber más, pero los amigos de Atienza se habían ido con él y ya no había más que saber. «Es profesor de Filosofía del Derecho –le dijeron–, un tipo de cuidado.» Al día siguiente ella recuperó el apunte. Trazó los pómulos y le insinuó la boca, pero sin definirla, no se sentía segura al respecto, unas veces pensaba que tenía los labios gruesos y carnosos y otras los recordaba finos, pero siempre con un rictus de amargura. En cuanto a la nariz y al mentón no sabía a qué atenerse, el conjunto de la cara le había parecido grande, pero no desproporcionado, y no lograba captar en qué parte se revelaba su desmesura. Sin embargo, lo volvería a ver una vez más. El señor Molina tenía interés en que conociera a un cliente de la empresa, para quien ella probablemente tendría que trabajar en el futuro, y ese cliente resultó ser Álvaro Atienza. El encuentro se produjo en el restaurante Cabo Peñas y no había durado más de quince minutos, pero quince minutos bastaban para observarlo bien, con buena luz, a medio metro de distancia. Sin embargo no consiguió retener los detalles que le faltaban, porque aquel rostro constituía una unidad compacta y no se podía descomponer en fragmentos, era indivisible, fuerte, grande, lleno de energía, sincero, atractivo. Luego estaba su voz, daba gusto oírla, era juvenil, pero no aflautada, hablaba sin esfuerzo, sin imposición, en tono bajo, sin darse importancia, daba la impresión de que al hablar se producía un silencio en torno suyo. Al día siguiente, en la oficina, terminó el dibujo y lo tiró a la papelera. No había logrado captar ninguno de sus rasgos esenciales y mucho menos la idea que debería unificarlos, el sentido del conjunto, su carácter. Siempre había sido su problema y todos sus profesores se lo habían dicho, que se perdía en los detalles y carecía del sentido de la composición; a veces pensaba que debería limitarse a pintar las esquinas de los cuadros, concentrarse en un rincón y dejar el resto de la tela en blanco. Pero seguía esforzándose.

Ahora, aquel dibujo fracasado aparecía frente a ella bajo la parpadeante luz del proyector. Pensó en el señor Molina, en Carmina, los imaginó hurgando en los despojos de su papelera. Desnudos. Carmina le había contado que solían hacer el amor en la oficina cuando se iban todos. Pero ¿por qué ella?, ¿qué pretendían que hiciera? La diapositiva siguiente era la misma que la primera, los ojos de Álvaro Atienza que ella había dibujado. Quizás quería decirle algo con la repetición, pero no se detuvo a pensarlo y pasó a la siguiente:

un primer plano de su propio rostro; se vio favorecida. Después comenzaron a aparecer imágenes abstractas, casi sin color, manchas trémulas sobre las que se destacaba la figura irregular de un triángulo oscuro, superficies pálidas como la levadura, pequeños cráteres que evocaban una atmósfera en descomposición. Intuía que las imágenes tenían que ver con ella, que le atañían de alguna forma, pero no imaginaba dónde podría estar la conexión, nunca había entendido la pintura abstracta y ciertos colores provocaban en ella una particular repulsión, como si estuvieran podridos, el amarillo céreo, el rojo sangre, sobre todo desde aquella exposición de Francis Bacon en la Fundación Juan March. Ella estaba entonces en Madrid, pasando unos días con su abuela, y en la escuela no se hablaba de otra cosa que de la antológica de Bacon, incluso pensaban organizar un viaje sólo con el propósito de verla, así que aprovechó la ocasión y acudió sola. La sala estaba abarrotada por una multitud silenciosa y, en contraste con el aire gélido del exterior, hacía un calor sofocante, tuvo que quitarse la gabardina casi inmediatamente, la moqueta era tan espesa y blanda que apenas lograba levantar los pies del suelo, por momentos tenía la sensación de ser engullida y no poder andar. Todos los cuadros le producían asco y miedo, le parecía que sangraban, eran crueles, agresivos, emanaban una vileza que ella no lograba comprender y a medida que caminaba frente a ellos sólo trataba de sobreponerse, pero aquellos colores desgarrados, aquellas figuras hechas jirones de dolor parecían perseguirla por la sala, algunas personas hacían gestos con las manos delante de los cuadros, como si intentaran dibujar en el aire alguna explicación para el horror o buscasen algún consuelo, los rostros de los espectadores estaban pálidos, céreos, y también había en ellos congoja e insolidaridad; se quitó el jersey, el calor era insoportable, los trazos de Bacon le parecían sangrientos y lascivos a la vez, en el fondo de su sufrimiento escarlata había un poso de complacencia e indecente lujuria que ella no comprendía. Y no lo aceptaba, le resultaba odioso, enfermizo, injusto. Sintió que se mareaba y alcanzó los lavabos casi a punto de desmayarse. Se refrescó el rostro con agua fría, la frente, la nuca, las muñecas. Descubrió que le había llegado la menstruación.

Las diapositivas que ahora se sucedían frente a ella no reflejaban aquella crueldad, pero le causaban una incomprensión similar, hablaban de sentimientos y emociones que ella jamás había experimentado, de un mundo que se encontraba más allá de su sensibilidad y de su razón. Esa inaccesibilidad la sublevaba y la ofendía, la declaraba impotente, incapaz de comprender, ¿qué pretendía decirle con aquello? Luego, las imágenes fueron adoptando

formas reconocibles: unos muslos, unas braguitas negras, el elástico de unas medias de encaje, una entrepierna. Sintió un espasmo de terror y pulsó el mando del proyector con rapidez para escapar de lo que había visto. Aquellas medias de encaje eran de su madre. ¡Su madre! Pero no podía ser, no se atrevía ni a pensarlo. Retrocedió varios fotogramas y observó otra vez las imágenes con detenimiento. Las medias tenían un pequeño desgarrón en la parte superior del elástico, ella lo había causado la única vez que se las puso. Había dudado si coserlo, pero luego decidió que no, su madre notaría el remiendo y no quedaría más remedio que confesarle que las había usado sin su permiso, en cambio, si dejaba el roto como estaba, su madre quizás pensaría que lo había hecho ella misma. No obstante, ¿cómo habían sido posibles aquellas fotografías? Pasó varias imágenes hasta llegar a unos primeros planos de su rostro. En todas mostraba una expresión forzada, los párpados entornados, la boca abierta, una expresión indecente, lujuriosa. Identificó el pañuelo que llevaba al cuello y recordó el día en que se había puesto las medias de su madre, su aventura en Gijón con el muchacho que se entrenaba sobre el acantilado, la tormenta, los espasmos del muchacho bajo el alero de la caseta, la gracia que le hizo verle caer cuando le temblaron las piernas. Llovía con tanta fuerza que se vieron obligados a ponerse en fila con los hombros apoyados en la puerta, el alero era muy estrecho. Las cortinas de lluvia tapaban todo el paisaje y repiqueteaban sobre la techumbre de uralita azotando la frágil caseta como un látigo. El muchacho se apretaba contra ella para protegerse de las avalanchas de agua, pero lo hacía con tanta fuerza que ella se veía obligada a su vez a empujar hacia atrás para no salirse del alero, una simple visera de latón pintado con un anuncio de refrescos. Parecían quietos, pero los dos luchaban con gran tensión mirando hacia el horizonte, a veces relampagueaba y el mar aparecía entonces ante sus ojos como una llanura de mercurio festoneada de espuma, la brevedad del resplandor dejaba las olas quietas como pinceladas, los truenos eran sobrecogedores. No obstante ella notaba nítidamente la erección del muchacho en las nalgas, se apretaba y apretaba contra su trasero, pero no se atrevía a tocarla con las manos. Qué gracia le hizo cuando le llegaron los espasmos y se derrumbó contra la puerta. Ésta cedió y él se cayó dentro de la caseta con un estrépito de mil demonios. Al levantarse estaba rojo como la grana, guapísimo, no se atrevía a mirarla. «¿Te has hecho daño?», le preguntó. «No, no, no es nada.» Miró hacia el mar y exclamó: «¡Cómo llueve!». Sus ojos se cruzaron durante un breve instante y él salió corriendo, la lluvia ya no le importaba. Ella sintió unas enormes ganas de reír, su corazón saltaba de alegría. Sólo con apretarse durante unos

instantes contra ella el muchacho se había caído de culo, literalmente. ¡Había sido tan gracioso!, ¡había en sus ojos tanta vergüenza! Le daba risa, pero era una risa llena de ternura, un contento del corazón que la impulsaba a aplaudir de puro agradecimiento, por el muchacho, por la tormenta, porque ciertas cosas del mundo son como son: una rosa, un relámpago en el mar, un bebé, cosas resplandecientes de gracia, cosas santas. El muchacho se había internado en la lluvia dando grandes zancadas de atleta, precisamente cuando podían disponer de la caseta para protegerse, pero esa sinrazón era una parte cabal de la ternura y de la gracia, nadie llega a ser héroe sin resultar a la vez un poco ridículo y vulnerable. Sin embargo, a los pocos minutos, el muchacho regresó corriendo. Se detuvo a varios metros de la caseta y gritó: «El jueves que viene aquí a la misma hora, ¿vale?». Ella contestó: «Vale». Él dio media vuelta, hizo una cabriola y se perdió en la lluvia. Sin duda se trataba de un joven muy simpático, presentaba un aspecto tan lamentable como si se hubiera caído a una piscina. Y la cita de la semana siguiente. No se sentía avergonzada de lo que había hecho, al contrario, más bien divertida, un poco malvada, pero con una maldad que no hacía daño a nadie, una maldad de broma, en realidad no había sido más que un juego y los dos lo habían pasado bien, fue excitante sentirse desnuda bajo la gabardina mientras caminaba por el paseo marítimo hacia la caseta, y luego aquellas frases tan serias, «no te diré mi nombre ni quiero saber el tuyo». Los ojos del muchacho abriéndose y abriéndose mientras ella desabrochaba lentamente la gabardina, su torpeza para quitarse el chándal y la forma de abrazarla, como pidiendo disculpas, «es la primera vez», dijo, y luego, con humor, «ésta es la segunda», y quince minutos después, «ésta la tercera», y ya había mejorado una barbaridad, tenía los ojos negros, era muy guapo, pero al final no había podido evitarlo, estaba tan rebosante de orgullo que se le escapó el nombre, «me llamo Felipe y me entreno para el medio fondo, quiero correr los mil quinientos», ella le dijo que no quería saberlo, él que cumpliría los dieciséis en junio. No volvieron a verse.

El carrete de diapositivas terminaba con una serie de instantáneas de la ciudad. En todas aparecía ella a lo lejos, casi siempre de espaldas, perdida entre los transeúntes mientras esperaba el cambio de luz de un semáforo de la calle Uría, en la puerta del Real Cinema, pasando frente al palacio de la Audiencia. La última era una fotografía de la catedral. Había sido tomada al atardecer y la torre parecía de oro. Se veía a una mujer caminando por el centro de la plaza desierta y ella se reconoció por la ropa. La fotografía era magnífica, su figura insignificante.

Nevaba en la ciudad cuando a las siete y media de la tarde oí el timbre de la puerta. Era el día 12 de diciembre y recuerdo con exacta precisión lo que yo estaba haciendo a esa hora: nada. O esto otro: esperarla. Igual que tantos días anteriores, esperarla con cautelosa desesperación, como corresponde a toda espera, agotándome entre los vaivenes de la fe y el desamparo. Había sonado el timbre, luego ella no podía ser. Tenía una llave de mi casa y sus sonidos eran más tenues y más acomodados a los oídos del corazón, el susurro del llavín en la cerradura, el chasquido del pestillo, el dulce frufrú de la gabardina al ser depositada en el perchero, sus pasos. Hacía más de un mes que Verónica vivía con Álvaro Atienza y yo no había vuelto a verla desde entonces, pero aún la esperaba, incluso en mitad de la noche cualquier ruido me sobresaltaba: «¡Es ella!», y la desesperación consistía en esas ráfagas absurdas de esperanza, se nutría de ellas y así se prolongaba. Sin esas ráfagas puede ser bastante cómodo estar desesperado y hay quien llama a tal estado vida cotidiana, pero entonces yo carecía de vida cotidiana y aquellos súbitos brotes de ilusión me estaban matando. Oí el timbre, esperé hasta convencerme de que ella no podía ser y salí a abrir. Y era ella. Venía a despedirse, a decirme adiós, sobre su pelo flotaba un copo de nieve.

Habló de sopetón: se iba de la ciudad. Al día siguiente saldría para Madrid, donde pensaba pasar la Navidad con su familia, llevaba casi tres meses sin ver a sus padres y a su hermana, y a su abuela aún más, porque no había vuelto a Madrid desde agosto, «¿recuerdas cómo nos encontramos allí por casualidad?», me dijo sonriente. Después de Navidad Álvaro se reuniría con ella en Madrid, el 28 de diciembre para ser exactos, y después viajarían juntos a América. Nueva York, California, México, luego a otros lugares, aún no sabía durante cuánto tiempo, quizás varios meses.

Bueno, ya estaba dicho. Nos habíamos quedado de pie en medio de la sala, con la mesita baja entre los dos, ni siquiera se había quitado la gabardina. Pero ya todo estaba dicho. Entonces preguntó:

–¿Quieres que prepare un té?

Se quedó conmigo hasta el día siguiente. Dieciséis horas. Y durante ese tiempo apenas dejaría de nevar sobre la ciudad, todo el mundo recuerda aquella nevada que paralizó el tráfico, obligó al cierre de los colegios y causó la muerte a varios indigentes (entre ellos Dionisio el Mendigo, según me contaría Floro algún tiempo después). Arropados bajo el embozo de la cama podíamos ver los remolinos de nieve azotando las cúpulas de las Salesas, medio iluminadas por las luces del centro comercial; a veces me acercaba a la ventana con una manta sobre los hombros y contemplaba cómo se iban formando suaves

colinas blancas sobre los coches aparcados, pero en ningún momento dejé de escucharla con toda mi atención. Ella necesitaba imperiosamente que yo comprendiera su decisión de abandonarme, y lo necesitaba sobre todo porque ella no la comprendía. Me pedía razones que la ayudaran. Y creo que se las di. «Te quiero», me decía, y era cierto, yo sabía que era cierto, pero ya no me decía «qué contenta estoy», porque quizás ya no volvería a decirlo nunca más, tampoco a él. A él la ataba algo distinto y superior y no llamar amor a esa atadura sólo evidenciaba la poca importancia que tienen las palabras. Ella no sólo buscaba mi comprensión, quería también mis ánimos y mi complicidad, esperaba que yo aportase las razones que a ella le faltaban para seguir matándome, que le infundiera el aliento necesario, porque no tenía a nadie a quien recurrir excepto a mí, porque yo era la persona a quien ella más quería, porque se sentía sola, porque confiaba en mí, porque me necesitaba y nunca haría nada que pudiera hacerme daño, y sus palabras y sus lágrimas y su inocencia no sólo me mataban, sino que me obligaban a sentir gratitud porque las balas que me atravesaban eran de oro.

Me refería su historia con Álvaro con la misma aplicación con que dibujaba, sin omitir ningún detalle, por más insignificante o cruel que fuera, con una minuciosa perplejidad. Tras la ventana caían copos de nieve grandes como manos. Acariciaban la noche. Supe que era el final. La nieve cubría las pequeñas viseras de los semáforos, pero éstos continuaban emitiendo destellos de color, rojo, verde, ámbar, y vuelta a empezar. Los copos grandes y tranquilos me infundían sosiego y poco a poco mi sufrimiento se iba convirtiendo en un estado permanente del alma, sin estridencias pero con profundidad, seguramente como sufren quienes comprenden las razones de sus verdugos, o quienes perdonan a Dios pese a no haber conocido jamás otra condición que la de la miseria. Así aprendía a sufrir contra mí mismo. La voz de Verónica era inocente y su inocencia era enemiga mía, porque la comprendía, porque quizás era lógico que ella me dejara, porque en vez de estrangularla y encontrar en ese acto una razón para mi vida, la dejaba proseguir. Hicimos el amor y supe que era el final para mí y pensé: «Era mi último tren», e inmediatamente sentí la humillación de descubrir que en lo más hondo del dolor también había estereotipos y frases hechas, «el último tren», «el final», que la miseria siempre termina por sumar miseria.

Yo estaba junto a la ventana con una frazada echada sobre los hombros. Ya no sé qué más decir sobre la nieve; sólo que de alguna manera me ayudaba, los copos caían lentamente. Desde la cama, Verónica volvía una y otra vez sobre los mismos hechos, con

minuciosidad pero sin avances, como si los hechos que narraba aún no hubieran concluido y estuvieran sucediendo todavía allí, en mi habitación, como si su sentido dependiera de la forma en que yo los escuchaba y los hechos mismos pudieran ser modificados por mí, o incluso borrados y suprimidos. Ella lo aceptaría. A veces yo notaba el temblor de su voz, quizás estaba deseando tener otra versión de lo que me contaba, una clave que le permitiera escapar de aquella historia que la aprisionaba, la fascinaba y la engullía.

Se levantó y vino a arrebujarse a mi lado, debajo de la manta. Los dos estábamos desnudos. Se estrechó contra mí.

–Estás frío.

Sentí su mano suave y cálida en mi cintura. Nos quedamos en silencio mirando la noche.

–¡Cómo nieva! –dijo.

Estábamos de pie, su cuerpo contra el mío.

–Álvaro te tiene mucha estima.

–Sí, ya lo sé, se ha portado conmigo como un hermano. Si llega a quererme un poco más a estas horas no lo cuento, ¡es tan buena persona!

–No, de verdad, te lo digo en serio. Sabe que te hace daño por mi culpa, pero Floro y tú sois sus únicos amigos de verdad, él me lo dijo. Y me encargó que te dijera una cosa de su parte.

–Pero ¿sabe que estás aquí?

–Sí, claro.

–¿De verdad? ¿Sabía que te ibas a quedar a dormir conmigo?

Aún puedo sentir cómo se aflojaron nuestros cuerpos debajo de la manta. Qué cosas tan misteriosas hacen los cuerpos, apenas nos movimos, no deshicimos el abrazo, la piel seguía en contacto con la piel, su mejilla sobre un recodo de mi pecho, la palma de mi mano en su hombro, la tibia blancura de su vientre contra mi cadera y, sin embargo, todos los contactos se convirtieron en distancias.

–Sí, claro que lo sabe. Fue él quien me sugirió venir. Y me alegro, de verdad que me alegro de estar aquí. Hace mucho que quería venir pero no me atrevía. No sé por qué. Tenía miedo de que te enfadaras conmigo o algo parecido, ¡y me sentía tan mal! Pero ayer Álvaro me animó a venir a despedirme, él mismo me trajo hasta aquí en la furgoneta. Y me pidió que te dijera que él no tiene nada que ver con la muerte de Manolo Arbeyo. No le importa lo que pueda decir la gente, pero le importa mucho lo que puedas pensar tú. Por eso me pidió que te lo dijera, que él no ha sido.

–Entonces, ¿quién fue?

–No lo sé.

–¿Tú le crees?

No nos mirábamos al hablar, sino a la nieve. Tardó unos instantes en responder:

–Sí.

–He oído decir que va a vender la fábrica, las fincas y el famoso hayedo de mierda por dos mil y pico millones de pesetas. Al parecer ha sido una gran suerte para él que a Manolo le diese un infarto tan oportuno.

–Es cierto, lo vende todo en tres mil millones. Pero Álvaro nunca habría hecho una cosa así por dinero. Lo sé, estoy segura. Por dinero no.

–Quizás tenía otros motivos.

No respondió.

–¿Por qué crees que lo haría? Quiero decir, si no es por dinero, ¿por qué otra cosa sería capaz Álvaro de matar a alguien?

–No lo sé, no lo sé. Quizás por amor, o por ofuscación, pero no me preguntes cosas que no comprendo, no tengo ni idea de por qué mata la gente, yo nunca he matado a nadie, así que no tengo por qué saberlo.

Estuve a punto de preguntar: ¿crees que lo haría por ti? Pero me contuve, porque intuí la respuesta. Sí, era eso, seguro que era eso: Verónica creía que Álvaro había matado por ella. Sólo por ella. Y por eso yo la perdía, por esa fuerza. Él mataría por ella porque estaba dispuesto a morir por ella, porque ya se estaba muriendo de amor por ella. Lo comprendí de golpe mientras contemplábamos caer la nieve en silencio. Ella me quería a mí, pero el lazo de la muerte era más poderoso.

–Nunca he visto nevar como esta noche.

Se estrechó contra mí y añadió:

–Tengo frío. Por favor, volvamos a la cama.

Las sábanas aún estaban tibias. Me abrazó como si me hubiera perdido y estuviera buscándome. Ella no me creía capaz de morir de amor. Pero no me culpaba por ello, no quería culparme, al contrario, la atemorizaba la idea de que también yo pudiera llegar a ese extremo de morir o matar por ella y se abrazaba a mí para impedírmelo, para decirme que todo estaba bien, para agradecérmelo, para descansar. Pero en sus caricias había exceso y yo tenía la sensación de estar recibiendo una recompensa. En silencio, las intenciones culpables siempre transcurren en silencio. Me recorría con sus labios, me acariciaba con obstinación y yo no sabía cómo detener el exceso de sus iniciativas, su buena voluntad me hacía daño. Quería transmitirme amor, pero sólo me llegaba su obsequiosidad, sus ganas de agradarme

eran tantas que casi me humillaban. Ni una palabra, ni un suspiro, sólo jadeos, trabajábamos el uno sobre el otro con la tenaz dedicación que exige un récord, porque los dos queríamos amarnos y eso era precisamente lo que nos perdía, en vez de hacer el amor estábamos haciendo demostraciones, en vez de amarnos nos dábamos argumentos acerca de cuánto nos queríamos. Argumentos eróticos, lametadas, toqueteos, posturas. Antes nunca había sido así, pero «antes» ya no existía, «antes» era cuando nos queríamos sin más y hacer el amor era un fin en sí mismo, no un instrumento de comunicación ni un mensaje. Ahora ella me asaltaba, quería decirme que me amaba, quería hacerme gozar, pero en vez de gozar yo sólo percibía sus buenas intenciones. No podía decepcionarla, no podía retribuir tanta generosidad con el fracaso. Comencé a fingir que me gustaba, que me volvía loco de placer y nos lamíamos y cambiábamos de postura y nos esforzábamos como galeotes sobre el remo, y pasaba el tiempo, pero los orgasmos no llegaban. Sólo la fatiga nos obligó a ser más dulces. Ella cerró los ojos con premeditación y los jadeos gimnásticos se fueron transformando poco a poco en leves gemidos. Sus párpados se apretaban formando pequeñas arrugas en torno a las pestañas, el resplandor lechoso de la ventana le iluminaba el rostro con delicadeza, pero su expresión no era delicada, sino tensa, concentrada en sí misma, enérgica. No la reconocí: los labios apretados, las cejas fruncidas, las aletillas de la nariz dilatadas de temblor en búsqueda de aire, el mentón rígido. Era un rostro cerrado, comprimido, adulto, no el rostro de la niña a quien yo amaba tanto. Sus gemidos fueron creciendo en intensidad hasta convertirse en quejas o lamentos y ella parecía buscarlos a propósito en mi cuerpo, los perseguía con movimientos bruscos y voluntarios y los llevaba hacia aquel nuevo mundo que había crecido detrás de sus párpados. Un mundo cerrado y compulsivo donde yo ya no estaba, donde no había amor, sino sólo lujuria. No la reconocía. Su placer parecía muy intenso, pero no me lo contagiaba. Su placer no me tenía en cuenta porque ya no era yo quien se lo producía, parecía generarse a sí mismo como un bucle autónomo y ni siquiera abría los ojos para mirarme en los breves reflujos de su intensidad, cuanto más la sentía gozar bajo mi abrazo, más la veía alejarse de mí y más sentía que yo no formaba parte de la escena que ella estaba viviendo abrazada a mi cuerpo, la escena donde su placer se producía. Por eso también yo cerré los ojos. Para recordarla y recuperarla, para retornar a las noches de «antes», allí, en la misma cama, cuando a los dos nos bastaba el brillo encendido y cálido de la mirada para sentir amor, cuando nos transmitíamos placer por puro contagio, cuando un simple

suspiro nos precipitaba, cuando ella susurraba «qué contenta estoy». Cerré los ojos e imaginé que estaba haciendo el amor con ella, allí, en mi cama. Gracias a esa fantasía logré el orgasmo. Como ella, detrás de los párpados.

Estuvimos mucho rato en silencio, tendidos boca arriba casi sin tocarnos, con los ojos abiertos, al otro lado de la ventana la nieve era muy fina y soplaba el viento. Aunque ella se quedase conmigo para siempre, ya la había perdido. Pero estaba confuso y sentía un profundo rencor, aún no me daba cuenta de que la había perdido porque ella se había perdido antes a sí misma. No acertaba a imaginar qué sentía, en qué estaría pensando, qué le pasaba, de pronto se había vuelto opaca para mí. Justo en el instante supremo de la transparencia, mientras hacíamos el amor, había dejado de verla. Se había escapado a un lugar donde yo no podía seguirla y de esa huida nacía mi sentimiento de ofensa, porque sólo en esa huida había consistido su traición, la traición que cometió contra sí misma. De repente Verónica había dejado de tener veinte años y ya era otra. Un ser opaco, como todos los demás, una barrera, una frontera, un límite. Porque la opacidad sólo consistía en no estar donde te pueden ver, sino detrás, en otro sitio, pero no allí donde te encuentras, ser otro incluso para ti mismo, o mejor dicho, ser otro sobre todo para ti. Ella se había escondido en las habitaciones de su cuerpo para hacer el amor, cuando antes su cuerpo era de una sola pieza y no tenía habitaciones. Ahora sí. Ahora podía usar la desnudez como un disfraz porque se había hecho consciente de su cuerpo. Había descubierto que tenía un cuerpo a su disposición, que era suyo y podía hacer con él lo que quisiera, incluso el amor. Debió de ser un descubrimiento asombroso para ella: un cuerpo dúctil, obediente, hermoso, deseado, reproducido en miles de fotografías. Y era suyo. Un tesoro, una riqueza que jamás había imaginado, un poder incomprensible, la gracia de los elegidos. Y esa noche había venido a mi casa a regalármelo. Vino a entregarme su cuerpo porque me quería. Pero los cuerpos no saben nada de amor, lo suyo son las digestiones, la ley de la gravedad y la pornografía, pero no el amor, y por eso su cuerpo no me amó y por eso hubo de terminar cerrando los ojos y amándose a sí misma. A la otra, a la nueva propietaria.

El esfuerzo de amarnos nos había dejado exhaustos, distantes, conscientes del silencio, tristísimos. Mirábamos caer la nieve sin atrevernos a mencionarla ni a reconocer que comenzábamos a sentir frío. En esos momentos, cualquier palabra anodina o circunstancial podría causarnos grandes desperfectos, sería como salir huyendo de repente sin decir adiós, un insulto, una herida excesiva. Ella no podía

hacerme eso, decir por ejemplo, «sigue nevando», porque entonces yo rompería a llorar. Y yo, ¿qué podría decir? La sola palabra «nieve» sonaría como un reproche, pero ¿qué podría reprocharle?, ¿acaso era ella culpable de no poder amarme?, ¿es alguien culpable de no sentir lo que desearía sentir? No, yo tampoco podía pronunciar la palabra nieve y por eso callaba. Traté de ponerme en su lugar e intenté comprenderla. Ésa fue la astucia, quitarme de en medio, hacer como si la cosa no fuera conmigo, eso significaba comprender. Comprender el fracaso y el dolor para hacerlos soportables, atenuar su punzada, abarcarlos y conducirlos como a caballos locos hasta el cercado de la razón y, una vez en ese redil, someterlos a doma y marcarlos con el hierro y el fuego de la palabra. Luego ya puedes sentir piedad por ellos, incluso amarlos, subir sobre sus lomos, coger altura y seguir cabalgando. Comprender el fracaso y el dolor fue mi astucia, pero también una innoble estupidez, pues entonces no sospechaba que terminaría lanzando mi retrete por la ventana del patio, que siempre se paga un precio por resignar la testuz de la conciencia al mero ejercicio de sobrevivir.

Ella comenzó a hablar de nuevo. No de la nieve, no para escapar de mí o de sí misma, sino para referirme la historia más atroz de todas, la última que me quedaba por saber.

Álvaro se negaba a encontrarse con ella. La frase literal que empleó fue: «No se atrevía a encontrarse conmigo». Una tarde tras otra repetían en la pantalla del ordenador el mismo argumento bajo el disfraz de anécdotas distintas: «Quiero verte, necesito verte». Él: «No, es imposible, Cyrano, Kierkegaard, la condición del monstruo, lo hago por tu bien, mi alma es asimétrica y sexual, soy peligroso». Ella: «Precisamente por eso». Él: «Ni lo sueñes». Ella: «Pero ¿por qué?, no lo comprendo». Él, entre paréntesis: «(Para que sueñes)». Y ella soñaba un sueño lleno de dobleces, sutil y cruel como todos los sueños, no ver a Álvaro resultaba cada día más insoportable.

Solía llegar a la casona de los Atienza antes de que se iniciase el turno de tarde en la fábrica, sobre las dos y media, pero últimamente se presentaba más temprano, a veces a las once, en realidad ya carecía de sentido para ella estar en otro sitio. Si hacía bueno paseaba por la finca, subía bordeando los prados hasta el pequeño puente de la acequia y algunos días atravesaba el hayedo hasta la zona escarpada del monte, donde se sentaba a contemplar el panorama. Llevaba con ella la carpeta de dibujo, pero apenas tomaba apuntes. La abría sobre las rodillas sólo para disimular, pues sabía que en cualquier lugar de la finca en que se encontrara, incluso en los más apartados y escondidos, Álvaro la estaría observando con sus prismáticos. Había

lugares inaccesibles desde la perspectiva de la casa, pequeñas vaguadas entre los prados, recodos del monte, parajes rodeados de setos espinosos, espacios umbríos y húmedos en el centro del hayedo, pero en vano se ocultaba en ellos, pues a la seis, ya frente a la pantalla del ordenador él se lo demostraba: estuviste allí, allí y allí, y era cierto. Una tarde de principios de noviembre, siguiendo un trayecto desacostumbrado, se internó en el bosquecillo de pinos que había justo encima de la fábrica. El pequeño pinar había sido plantado en una ladera de la colina con el fin de sujetar los deslizamientos del terreno, el cual caía allí en un profundo desnivel hasta terminar en un talud sobre los últimos pabellones. La parte llana del pinar estaba plagada de setas y ella se entretenía descubriéndolas entre los árboles, como un pajarillo que siguiera un rastro de migas de pan. Recogió unas cuantas con la intención de dibujarlas más tarde y, sin darse cuenta, fue descendiendo más y más por el desnivel. Tras la rala espesura de los pinos eran visibles las techumbres ocres y rojas de la fábrica y decidió salir del bosquecillo por allí. Al poco empezó a encontrar dificultades, el suelo se había vuelto muy deslizante, no era más que una alfombrilla de agujas de pino sobre un lecho de guijarros que se desprendían en cuanto apoyaba el pie y la pendiente se hizo tan pronunciada que se veía obligada a sujetarse a los árboles para no caer. Sin embargo retroceder ya era imposible. Estaba arrepentida de haber tomado aquel camino y mucho más de haberse embarcado en semejante descenso estúpido, nadie la había obligado y si se caía, ¿qué explicación podría dar?, las ásperas cortezas de los troncos le lastimaban las manos y lo peor era que en ese último trecho, el más vertical, los árboles estaban muy separados unos de otros y se veía obligada a deslizarse sobre el trasero para alcanzarlos, agarrándose a la maleza y a los guijarros, ensuciándose de barro, no se atrevía a imaginar lo que hubiera ocurrido en caso de llevar faldas, en cualquier momento podía caer rodando, jadeaba, ella sola se había colocado en aquella situación, la altura era muy grande, tenía miedo a seguir, estaba abrazada a un árbol y sentía ganas de llorar. «Y él no puede verme», pensó. Había llegado hasta allí precisamente para ocultarse de su vista, y lo había logrado. El último árbol quedaba a unos tres metros de distancia en medio del precipicio, después un matorral sobre el talud, más abajo los tejados de la fábrica. Pensó en pedir auxilio, gritar, pero sintió vergüenza, ¿qué pensarían al verla en una situación tan ridícula? La última nave estaba casi a sus pies, más allá se sucedían otras dos como los vagones de un tren, con la alta chimenea de ladrillo en medio, pero no se veía a nadie, la fábrica estaba silenciosa, igual que casi siempre, parecía desierta,

abandonada. Gritó: «¡Álvaroooo!». Sólo él podría saber dónde se encontraba, pero nadie contestó, nadie acudió en su auxilio. La tarde de noviembre era hermosísima, azul, tranquila, extensa. Gritó otra vez: «¡Álvarooo!». Esperó. Nada. Tenía la sensación de que gritaba en voz muy baja, como si no quisiera ser oída, pero no se atrevió a intentarlo de nuevo. Además, ¿qué podrían hacer por ella en caso de descubrirla allí arriba agarrada a un árbol sobre el precipicio? Los obreros de la fábrica estaban hechos unos ancianos y las empleadas eran unas mujeres gruesas y bondadosas que la saludaban con deferencia cuando la veían deambular entre los tinglados con su carpeta de dibujo y le preguntaban esperanzadas: «Qué, ¿cuándo vienen los italianos?». Todo el mundo parecía estar al corriente de lo que se cocía. «Es ley de vida –decían–, esto no da para más, se necesita savia nueva, hay que modernizarse. Y crear empleos para los jóvenes, porque ahora no hay futuro.» Pensar en aquellas mujeres le infundió ánimos y se dejó resbalar por la pendiente boca abajo. Se golpeó en la rodilla con una piedra y el jersey se le llenó de enganchones, pero alcanzó el último árbol sin más problemas. Desde allí vio el muro de contención del talud detrás de los arbustos, lo siguió y descendió hasta la fábrica. Se sentía cansada, pero satisfecha de no haber recibido ayuda. Bordeó los viejos pabellones de ladrillo hasta la chimenea, no se escuchaba una voz, un motor, una máquina, el golpeteo irregular de algún martillo, nada que indicara la menor actividad, la mayoría de los cristales de las naves estaban rotos o sucios de vejez. Eran las cinco y media. Tomó la empinada cuesta que ascendía hacia la casa y notó que le flaqueaban las piernas. Sabía que, en ese preciso instante, Álvaro ya la habría descubierto y la estaría observando con sus prismáticos desde algún lugar que ella siempre ignoraría, quizás le estaba haciendo fotos con el teleobjetivo. Sin embargo cuando lo había necesitado él no estaba. O no había querido acudir en su ayuda. Dejó la pista asfaltada que doblaba hacia la salida y continuó por el camino de tierra que conducía a la casa, a esa hora el sol de noviembre era muy suave, pero le ardía en la cara, no se explicaba por qué se sentía tan cansada. Tan desanimada. El camino era muy empinado y ciertos trechos estaban jalonados con escalones de piedra, sobre el altozano se erguía la vieja casona rodeada de árboles y arbustos. Ella ya no pensaba sino en el sillón de mimbre mullido de cojines frente a su tablero de dibujo en la galería. A esa hora los cristales de colores estarían filtrando una luz tan dulce y tamizada, que creía poder tenderse sobre ella y flotar. Cuando llegó a la puerta principal de la casa eran las seis menos cuarto. Entonces lo decidió: esa tarde no acudiría a la cita con el ordenador. Y quizás nunca más.

La casa estaba silenciosa. Atravesó el hall de puntillas y abrió la puerta de cristales emplomados con mucho cuidado para evitar su chirrido. El pasillo estaba muy oscuro. Lo flanqueaban gruesas puertas de madera labrada y recorría toda la planta baja hasta abrirse en dos brazos al pie de la escalera, situada en el centro de la cruz, y terminaba en la habitación de Álvaro. Algunas de las puertas estaban entornadas, en la cocina no había nadie, tampoco en el comedor, ni en el salón de la chimenea. Podía conjeturar sin dificultad dónde se encontraría a esa hora cada uno de los habitantes de la casa: don Melquiades en su cuarto, en el piso superior, Teresa en la oficina, Agustina adormilada en el cuarto de la plancha o en la cama. Y Álvaro en cualquier sitio. No había logrado descubrir dónde tenía instalado el ordenador desde el que se comunicaba con ella. El silencio era absoluto. De forma deliberada dejó que sus zapatos resonaran sobre el entarimado y subió la escalera peldaño a peldaño, eco tras eco, como si cada una de sus pisadas fuera un signo, una piedrecita blanca señalando un camino, una demostración de voluntad, un mensaje escrito con la pluma de sus tacones. Él entendería.

Tal y como había imaginado, la galería parecía un arco iris ajedrezado bajo el sol declinante, el aire un velo de marfil. Corrió hacia el sillón de mimbre, se estiró sobre los cojines y cerró los ojos para retener en su interior aquella maravilla. Una vez más, quizás la última. Aún no eran las seis. Se desprendió de los zapatos y se quitó el jersey. Estaba manchado de barro y asaeteado por agujas de pino y briznas de hojarasca, la lana tenía varios desgarrones, probablemente no podría volver a ponérselo, lo echó en el suelo y envolvió los pies en él. Se recostó contra el respaldo del sillón y contempló la copa del magnolio.

Las seis y cinco. Las hojas del magnolio estaban quietas. Durante horas y días las había dibujado con minuciosidad y conocía perfectamente los entresijos de la copa, en especial su parte izquierda. Por increíble que pudiera parecer, todas las hojas eran distintas, por tamaño, por grosor, por brillo, por su ángulo de inclinación, cada una tenía su carácter y se balanceaba en el aire de forma peculiar, hubiera podido bautizarlas con un nombre propio, y en cierto sentido lo había hecho al dibujarlas, porque dibujar es más o menos lo mismo que nombrar, pero exigían un espacio de papel que ella no tenía, eran cientos, miles, cientos de miles, y no le cabían. Porque ella no había intentado dibujar el árbol; era una entidad tan gigantesca que se le escapaba y para dibujarlo había que prescindir de las hojas, porque los árboles no se componen de hojas, sino de luces y de sombras, son abstractos e incomprensibles, y ella había dibujado ciento treinta y

seis hojas de magnolio agrupadas en la parte izquierda de la copa, la que mejor se veía desde la galería, hasta que se le llenó la lámina. Sin embargo no se sentía defraudada, ya le había ocurrido lo mismo otras veces y había aprendido a resignarse ante su incapacidad para la composición, los conjuntos se le resistían, como los paisajes, no lograba captar su totalidad, sino sólo algunas de sus partes, para ella el magnolio en cuanto tal apenas existía, en el aire sólo había hojas singulares, carnosas, con nombre propio, algunas emitían súbitos brillos verdes. Como ahora.

Las seis y diez. Álvaro ya habría adivinado que ella no iba a bajar esa tarde. Imaginó la enorme habitación en penumbra. En la pantalla del ordenador se sucedía el interminable y repetido firmamento de estrellas en fuga. La pantalla se pondría en blanco, su resplandor hería. Él escribiría: «¿Qué ocurre, por qué no dices nada?». No obtenía respuesta. Sólo era cuestión de esperar. Se desabrochó los dos primeros botones de la blusa.

Las seis y cuarto. El suelo de la galería parecía un tablero de parchís, eso la entusiasmaba. Si cerraba los ojos podía oír el tamborileo juguetón de los cubiletes, el tintineo del dado al caer sobre el cristal, la voz de su hermana diciendo: «Un cinco, salgo del cuartel; un seis, repito la tirada». Las fichas eran nítidamente azules, verdes, rojas, amarillas, redondas, infantiles, muy alegres. Desabrochó dos botones más y se quedó muy quieta.

Las seis y veinte. Un ruido. Venía de la escalera, del penúltimo peldaño, lo conocía bien. Estaba desgastado por el centro, como todos los demás, pero el gemido lo causaba una grieta lateral apenas perceptible bajo la capa de cera. La madera formaba allí un nudo rodeado de estrías circunflejas y manchas oscuras que parecían representar un rostro humano. Lo veía cada vez que subía o bajaba alumbrándose con la linterna, el nudo era como una boca abierta y al pisar el escalón gemía. Acababa de escucharlo. Pasaron unos instantes, la puerta interior del gabinete emitió un chasquido; él había llegado. La vieja situación se repetía: ella, en el sillón de mimbre, contemplaba caer la tarde sobre las hojas del magnolio; él, a no más de dos metros de distancia, la contemplaba desde el gabinete oscuro, escondido detrás de los visillos y el cristal. Pero la escena no sería la misma, ella no iba a consentirlo. Deslizó la mano izquierda por el escote abierto de la blusa y se acarició el pecho. Él la observaba desde la oscuridad del gabinete, si se volviera bruscamente podría sorprenderlo. Unos ojos grises tras los visillos. Notó la dureza del pezón bajo los dedos, reclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero sabía que era necesario.

Desabrochó los últimos botones de la blusa y siguió acariciándose. Era necesario y quería hacerlo. El sujetador era de algodón blanco, liso, sin bordados ni fantasías, liviano, suave, se incorporó levemente, llevó la mano derecha hacia la espalda y soltó el broche, las copas del sujetador se aflojaron, pero no las bajó del todo, no pretendía exhibirse, le daba vergüenza, sólo quería hacer lo que estaba haciendo, lo mismo que si estuviera sola, no era la primera vez que se masturbaba, y estaba sola, sabía que él la observaba desde detrás de los visillos, pero estaba sola, humedeció con la lengua las yemas de los dedos índice y corazón y volvió a acariciarse, ahora por debajo de la tela del sujetador, y sintió una repentina oleada de placer. Fue algo súbito, algo que no esperaba, un torrente que la recorrió desde el pecho hasta las ingles y le encendió las mejillas, su cintura se tensó, sus muslos se apretaron espasmódicamente uno contra otro, tuvo que apartar los dedos del pezón para poder respirar. Le ardía la cara y se moría de vergüenza, había estado a punto de gritar. Pero ya no podía detenerse y no quería detenerse. Si él la espiaba escondido, que lo viera todo; él no se atrevía a ser mirado, pues ella sí se atrevería; ¿quieres mirar?, ¡pues mírame, cobarde, mira de lo que soy capaz, hasta me dan ganas de ponerme a hacer pis en tu presencia! Se daba ánimos, pero estaba asustada, unas pocas caricias sobre el pezón habían bastado para que casi perdiera el control. Desabrochó la cinturilla del pantalón y respiró con hondura. Entreabrió los ojos, los colores de la galería se difuminaban y tendían a confundirse unos con otros sobre la superficie del parchís. «Voy a hacerme una paja para ti –musitó–, para que veas.» Y era cierto, lo hacía por él, pero esas palabras no le iban dirigidas, las había pronunciado con voz tan tenue que apenas las oyó ella misma, sólo fueron un susurro, un pensamiento que se le quedó retenido en la boca como un caramelo, pero necesitaba sentir su paladeo para confirmar que tal pensamiento existía y con él la intención de llevarlo a cabo, como si la intención pudiera perderse de no ser pronunciada, convertida en voz, en sabor, en cosa. Descorrió la cremallera del pantalón y con una rápida elevación de las caderas se lo bajó hasta las rodillas. Su braguita también era blanca, muy pequeña, de algodón, deslizó la mano derecha bajo la tira elástica y volvió con la izquierda bajo el sujetador. Pero no había contado con aquellas avalanchas de placer, no las esperaba, no estaba preparada para ellas, sólo pretendía simular que se masturbaba, fingir el disfrute, gemir de mentirijillas, demostrarle que ella también podía ser sucia, deforme, monstruosa, que estaba dispuesta a todo, que no tenía miedo. Pero perdió el control. No podía detenerse ni pensar, sólo enfangarse más y más en un pantano que la

succionaba hacia una intensidad cada vez más profunda y oscura y caliente.

Verónica no sabe cómo explicarlo mientras me lo cuenta y se esfuerza en la precisión de su recuerdo inexplicable: se veía a sí misma desde fuera, veía su cuerpo entero tensándose y destensándose sobre el sillón, la blusa abierta, el pantalón caído sobre los tobillos, los párpados apretados, la boca contraída de placer, y a la vez, como si sus manos fueran ojos, también veía otras partes íntimas de su cuerpo, fragmentos insospechados, trozos inéditos, imágenes imposibles desde cualquier punto de visión fuera de sus dedos, pero ella las veía. Intentó resistirse a esas visiones, rechazarlas, retroceder ante su descarnada obscenidad, pero no podía, y cuanto más se resistía a la obscenidad más se excitaba. No era el frotamiento de los dedos, sino la escena que le transmitían, pues eran ojos y no dedos quienes de verdad la tocaban, sus propios ojos en su propio cuerpo. Él estaba allí, era cierto, escondido en el gabinete, detrás de los visillos, a no más de dos metros de distancia, pero su presencia ya no importaba, porque la presencia consciente de sí misma lo llenaba todo con un placer irremediable que la hacía jadear y seguir y seguir sin continencia. Su cintura se arqueaba sobre el sillón de mimbre, gemía sin recato, veía su sexo como en un espejo, concebía su rostro descomponiéndose en la perversión, se sentía mala y sucia y culpable y cuanto más quería combatir esos sentimientos más se le extendían sobre la piel en forma de espasmos, temblores, orgasmos, y más veía su cuerpo troceado en fragmentos de extraña voluptuosidad y oía el eco de la palabra «vulva», una palabra que ella jamás había empleado, pero que estaba allí, como un fragmento más de su cuerpo.

Jadeaba, pero no siempre el ritmo de la respiración lo explica todo. Se estremecía de placer, pero no siempre es el placer un patrimonio de los músculos. La sospecha de ser otra mujer y otro cuerpo la enardecía hasta hacerla olvidar la escena que estaba representando. Pues ella era la actriz, sí, pero también estaba al otro lado de la puerta del gabinete, entre visillos, velada tras los antiguos encajes de miedo y estupor. Desde allí la galería no estaba habitada por los colores infantiles del parchís, sino por la materia bruta de la carne, humedad, temperatura, tersura, olor, los ladrillos abstractos del sexo. Ella los veía por primera vez y sintió el poder de su edificio. El sexo estaba allí, sobre el sillón de mimbre, pero fuera de ella, porque podía verlo. Estaba hecho de ondas inconstantes, caprichosas, autónomas, y su arquitectura era la de una ciénaga en la que ella se hundía más y más tras la soberanía de los dedos, pues en la ciénaga habitaba el deseo de poseer su propio cuerpo y saberlo deseado y sentirlo y querer ese deseo y perseguirlo

hasta quedarse sin aliento.

Estaba exhausta. Se relajó para respirar y abrió los ojos. No reconoció el lugar donde se encontraba, anochecía. Álvaro Atienza estaba hincado de rodillas a sus pies. Tenía la cabeza hundida sobre el pecho y se cubría el rostro con las manos, sus hombros se agitaban como si estuviera sollozando. En esa postura le sobresalía mucho la protuberancia de la espalda y Verónica se sorprendió al descubrir que no era redonda, sino huesuda y asimétrica, desvalida. No se movió. Aún jadeaba e intentaba recuperarse, pero se sentía como anestesiada, lúcida y dormida a la vez, ausente del cuerpo, aérea, embargada por una fría indiferencia. Su mano derecha seguía bajo la pequeña braga de algodón, la izquierda sobre el pecho, la blusa abierta, los pantalones caídos sobre los pies. No pudo calcular cuánto tiempo llevaría él allí porque el tiempo se había detenido, pero no se asustó. Él levantó la cabeza, había lágrimas en sus ojos. Se quedaron inmóviles, flotantes, como en oración.

–Hoy he llorado como la primera vez que te vi.

Su voz era ronca y apagada.

–Aquel día corrí a esconderme en un retrete para que nadie pudiera verme. Hoy no. Hoy quiero que me veas llorar. Mírame.

El llanto le obligaba a hacer largas pausas, pero estaban tan quietos que un cincel parecía grabar sus palabras en el mármol del aire.

–Aquel día no comprendí por qué me provocaste lágrimas. Tampoco después lo comprendí. O me negué a comprenderlo. Pero ahora sí lo sé. Lloré porque no te amaba. Y no te amaba porque soy un pobre hombre.

Cerró los ojos. Las aletillas de la nariz se le dilataron en busca de aire. El silencio era solemne, trabajaba el cincel.

–Toda mi vida he optado por el resentimiento de forma consciente. Quizás no podía hacer otra cosa, pero lo acepté y viví con él. Fue el resentimiento el que me provocó el llanto y el llanto deseo de venganza y la venganza ultrajes, porque te he ultrajado gravemente. Sé que no tengo excusa y que no la merezco, pero perdóname. Por favor, perdóname. Pedirte perdón ya es lo único que puedo hacer por ti, no tengo otra manera de retribuirte. Perdóname para que nunca sepas lo que es el resentimiento, para salvarte si aún no es demasiado tarde. Y no sólo hoy. Cuando algún día comprendas todo lo que hice y todo lo que soy, también para entonces te pido perdón. Y aunque no puedas perdonarme, o aunque no quieras, siempre contarás con mi gratitud. Y con todo mi amor.

Bajó la cabeza y se quedó encogido sobre las rodillas como si hubiera disminuido de tamaño. Sólo entonces se quebró la solemne

quietud. Ella retiró la mano de la entrepierna y le acarició la mejilla.

–Te perdono –dijo.

Esa noche se quedó a dormir por primera vez. Al día siguiente se celebraba la fiesta del refrigerio.

Un día, ya en abril, me tropecé con Floro en la calle Pelayo. Nos dimos un abrazo. Llevábamos varios meses sin vernos y me disculpé por no haber asistido a su boda, no le había enviado regalo, ni siquiera había contestado a la invitación, pero no le dio ninguna importancia. Floro nunca supo ocultar sus afectos y se alegraba muchísimo de verme. Se alegraba de verdad. Floro enseguida te toca el corazón, y no hay nada más próximo al corazón que la barra de un bar.

–Vamos a tomar algo –propuso.

Entramos en el bar Pelayo cuando comenzaban a sonar las cinco en el campanario de la caja de ahorros. Bueno, las cinco no, sino el *Asturias patria querida* en su interminable versión para campanas, tras semejante concierto si quieres saber la hora más te vale consultar la altura del sol. Floro opinaba que deberían suprimir esa función absurda del reloj de dar las horas, ¿acaso no nos bastaba con su función patriótica y musical?; se le veía rebosante de felicidad, pidió un coñac y yo le acompañé con otro.

–Podrían hacer una programación artística y patriótica a la vez, por ejemplo, a las cinco Beethoven, a las seis Víctor Manuel, a las siete Cole Porter, a las ocho Pastores de Covadonga. Y en ese plan. ¿A quién cojones le importa qué hora es? Y para evitar manipulaciones ideológicas y tener contentas a todas las fuerzas políticas se dividen las veinticuatro horas del día entre el número de diputados de cada partido y ya está, que vayan eligiendo música. Y a los extraparlamentarios que les dejen la una: «¡Tangg!», la primera nota de la *Internacional,* con eso van que chutan. Me parece que es una propuesta ecléctica y razonable, de justicia social, creo que ya la están estudiando en el parlamento catalán, pero aquí, como siempre, los últimos en enterarnos.

Pedimos otra. Sí, Floro era feliz.

–¿Sabes lo que es despertarte por la noche y descubrir que hay una mujer a tu lado?; ¿y que además la quieres y encima es tu mujer? Pues eso.

Floro repartía su vida entre las dos casas, la había organizado con precisión milimétrica para tener contento a todo el mundo, es decir, a su madre. Oficialmente se había trasladado a casa de Adelina en la calle Fruela, donde habilitaron una parte del piso para uso exclusivo del nuevo matrimonio, en ese sentido no había problemas, el piso era

grandísimo, Floro disponía de un amplio cuarto de trabajo y tenían una sala de estar independiente, con su televisión y todo. Adelina y él estaban pensando en invitarnos cualquier día a los amigos, dar una especie de fiesta o algo parecido, pero aún no sabían qué iban a hacer con los viejos aparatos de la consulta de oftalmología, eran pura arqueología tecnológica, a los padres de Adelina apenas los veía un rato a la hora de las comidas, estaban hechos un par de carcamales y parecía increíble, pero don César Valle había disminuido de tamaño de forma alarmante, no mediría ni un metro cuarenta, cuando antes era altísimo, «¿no te acuerdas?, a mí siempre me pareció un hombre imponente, ahora tanto él como su mujer están sordos como tapias, además ella siempre fue un poco lela, y que esto quede entre nosotros, pero fíjate que sostiene que el pollo frito no existe, que nunca existió, que es un engaño y que no le digan que no porque sólo de pensarlo se vuelve loca y luego no duerme por la noche, tiene unas manías que sólo se las aguanta Adelina, porque es su hija, que si no tampoco, nunca se llevaron bien, no se entienden, su madre siempre fue muy altanera, muy soberbia, de ordeno y mando, si por ella fuera las clases sociales estarían separadas con alambre de espino, al parecer en sus tiempos era una mujer muy guapa, pero padeció mucho de varices, mala circulación, ahora anda medio drogada, no sé qué clase de pastillas toman, pero los dos te miran como si no fueran de este mundo y, oye, andan por los noventa pero están como robles».

El único problema estaba en las comidas. O mejor dicho, en los celos.

–Me están matando. Si no fuera porque los Valle son adictos a las acelgas rehogadas y las judías verdes, a estas horas estarían diseccionándome el hígado en la facultad de Medicina. No me niego a serle útil a la ciencia, pero ¡por favor, que esperen un poco!

Floro se levantaba de la cama una media hora después de despertarse, jamás antes de las once. Le gustaba remolonear entre las sábanas rememorando los sueños de la noche o incluso soñándolos de nuevo, pues no era raro que se quedase adormilado durante ese período indeciso de la realidad, entre la vigilia y el sueño, un tiempo intermedio lleno de peligros, como todo el mundo sabe, pues las ensoñaciones mañaneras pueden generar sublimes fantasías, pero también jaquecas insufribles y había que ser un experto en la naturaleza del sopor para dejarse llevar dulcemente por sus ensueños o frenar a tiempo y levantarse de la cama. Tal era su primera elección de cada día, los filósofos alemanes le habían enseñado que el hombre es ante todo voluntad. Tras esa primera y sublime decisión, Floro salía de casa de los Valle en la calle Fruela y se encaminaba

parsimoniosamente hasta la zapatería Las Novedades en la calle Melquiades Álvarez, donde era recibido con júbilo indescriptible y una taza de chocolate para desayunar. En el intermedio, quince minutos de paseo por el centro de la ciudad disfrutando del clima, cualquiera que éste fuere, pues Floro disfrutaba incluso con la niebla, ¡era tan propicia para las metáforas! Por supuesto, adoraba la lluvia, el golpeteo de las gotas sobre la tela del paraguas, las cortinas grises y serenas del orvallo vistiendo la ciudad, la mansedumbre de las calles, la sensación de formar parte de una intimidad. «¿Te das cuenta?, si Oviedo fuera un alma, ¿no sería la lluvia puro san Juan de la Cruz?, es algo místico, por eso les gusta tanto a los tontos ver llover, en cuanto caen cuatro gotas se quedan pasmados y se mojan, lo hacen adrede, no hay nada tan espiritual como un tonto mojándose. ¿Y el sol? ¡Para qué hablar del sol! El sol en Oviedo es tan maravilloso que te puedes morir. Y te voy a contar una cosa, un día de invierno, hace ya muchos años, me sorprendió bajando de los Monumentos. Serían casi las ocho de la mañana y no me quedaba dinero ni para el autobús, así que bajaba andando, ya sabes, triste, medio borracho, con ganas de morirme, sin tabaco. Me senté sobre un mojón de la cuneta y me quedé contemplando la ciudad a mis pies, estaba literalmente desesperado, me había gastado casi dos mil duros con una tía en los Monumentos y no había conseguido ni que me hiciera una paja, la ciudad me parecía miserable, digna de un bombardeo, como yo, la vida carecía por completo de sentido y estaba pensando tirarme de cabeza por el precipicio, debajo había un prado que parecía bastante blandito, ¿para qué vivir? Y entonces, de repente, sucedió algo milagroso: el sol alargó una mano entre dos nubes y me acarició en la mejilla. Te juro que lloré de agradecimiento.»

De dos a cinco cerraban la zapatería y todos los días ocurría lo inevitable: la tía Margarita había hecho unas croquetas riquísimas sólo pensando en él. Su madre le reconvenía: «¡Pero hijo, no vas a despreciárselas, con el cariño que puso en hacerlas!». Y si no eran croquetas eran chipirones, y si no costillas con patatas pobres, y si no un rodaballo, pero precisamente el rey de los rodaballos, pescado esa misma mañana en Cudillero justo para él, la tía Margarita se había dado cuenta en cuanto lo vio en el mercado, en el lomo del pez había escrito un nombre: «Florín». Y así todos los días. Doña Rosa y la tía Margarita habían interrogado a Floro con tal astucia y contundencia que podían predecir los menús de casa de los Valle con precisión científica: ¿miércoles?, acelgas rehogadas, ¿viernes?, salmonetes viudos, y se burlaban de tanta poquedad diciéndose la una a la otra con escándalo, ¿es eso alimento para un hombre?, y lo atiborraban de

manjares media hora antes de cada comida, pues en casa de los Valle tendrían doncella uniformada para servir la mesa, pero lo que es comer, lo que se dice comer, igual que pajaritos, y mira, Florín, como en tu casa en ningún sitio. La verdad sea dicha, la tía Margarita tenía una mano especial para la cocina, sus cebollas rellenas de bonito te volvían loco y como conclusión Floro se veía obligado a comer dos veces al día, la primera a las dos, cuando cerraban la tienda, la segunda a las tres, en casa de los Valle, cuando Adelina salía de la biblioteca, y estaba engordando, lo notaba, no sabía hasta cuándo podría resistir aquel régimen de sobrealimentación y competencia, pero su madre y su tía, ¡parecían tan felices!, por supuesto, odiaban a la madre de Adelina, esa señorona tan ridícula, sólo pendiente de alcurnias y perifollos, ¡y se daba unos aires!, pero a la hora de la verdad, ¡acelgas rehogadas!, y ellas la humillaban dándole a Floro unos solomillos que quitaban el hipo. A esas alturas toda la calle Melquiades Álvarez estaba perfectamente al tanto de la situación y Floro ya había renunciado a transmitirles la verdad porque ellas no querían oírla: que la madre de Adelina era una pobre anciana que desvariaba con el pollo frito y se perdía en los pasillos de su propia casa sin recordar hacia dónde iba, siempre en el mismo limbo.

Por lo demás Floro era feliz. En el carillón de la caja de ahorros sonaron las siete, una hora tardía para seguir con el coñac. Al oír las campanadas Floro miró el reloj:

–¡Coño, las siete! Había quedado en pasarme por la tienda a las cinco. Bueno, ¡qué se le va a hacer!, ya se me ha hecho tarde. Oye, por cierto, anímate y vamos a echar una partida.

No habíamos vuelto a jugar al billar desde la tarde del refrigerio en el ático de Rodrigo, hacía ya cinco meses. Los dos teníamos la sensación de que había transcurrido una vida desde entonces. Él estaba casado, yo vivía con Mari, Álvaro viajaba por el mundo con Verónica, Rodrigo había desaparecido de la ciudad, Manolo Arbeyo estaba muerto. Jugar una partida de billar sonaba como un recuerdo melancólico. Sin darme tiempo a responderle, Floro añadió:

–Acaban de abrir una sala de billares en la calle Foncalada con una mesa cojonuda. De competición, homologada.

Salimos hacia allí. El café Mercurio había quedado descartado en silencio. Habíamos jugado allí desde que usábamos pantalones cortos, y luego, cuando éramos los Poetas Salvajes, y también durante los últimos tres años. Pero ahora los dos lo dimos por supuesto sin necesidad de mencionarlo: en el Mercurio no. Bajamos hasta la calle Foncalada y, en efecto, la mesa era muy buena, las bolas se deslizaban con dulzura y producían sonidos entrañables, no jugábamos mal pese

a estar tan desentrenados. Pasamos al gin tonic y resultaba fácil hablar con un amigo. Quiero decir que las palabras fluían sin apenas barreras y a veces descubrías que estabas diciendo cosas que no habías pensado antes y que, sin embargo, o quizás por eso mismo, no lo sé, eran cosas verdaderas, estaban repletas de sentido, de pronto te salían hiladas en la conversación sin darte cuenta, explicaciones que habías buscado antes sin llegar a dar con ellas, detalles que se te habían olvidado, los dos íbamos enlazando frases e ideas en la conversación como si fuesen carambolas. Carambolas nuevas.

–Estoy escribiendo sobre todo esto. Sobre lo ocurrido, sobre nosotros.

–¿Tú también? –me preguntó sorprendido.

–Sólo para ordenar un poco las ideas, ya sabes, qué pasó primero, qué pasó después y cómo se fue liando todo, una especie de diario atrasado, nada más.

Se apoyó sobre el taco y me miró muy serio.

–Entonces tengo que pasarte unos cuantos folios que he escrito. Pensaba hacerlo de cualquier forma, pero ahora con mayor motivo. ¿Sabes?, ya no escribo en cuadernos, Adelina me regaló por Reyes un ordenador y estoy encantado, puedes cambiar una palabra o una frase siempre que te da la gana y el resto se queda como estaba. Antes eso me resultaba imposible. Por culpa de la mano, ¿nunca te ocurrió?, porque la mano es desobediente y tiene inercias. Por ejemplo decides cambiar «peña» por «roca», tachas «peña» y va la mano y escribe encima: «Roca gris», y ya te jodió el verso; pero descubres que «gris» le da un algo que le faltaba, como un aire de melancolía, y entonces aparece la palabra «musgo», y luego «alma húmeda», y terminas escribiendo otro poema, tengo los cuadernos abarrotados de ese tipo de tropezones de la mano, cada vez que me ponía a pasar a limpio un texto me salía uno nuevo, y oye, terminas por cansarte de tantas correcciones, así tengo los cuadernos llenos de tachaduras indescifrables, pero Adelina dice que hay cosas interesantes y que ella se encarga de pasarlos al ordenador, cuando tenga algo presentable ya te lo enseñaré. Pero ahora no me refiero a los cuadernos, sino a lo mismo que tú, yo también estoy escribiendo sobre lo ocurrido este último año, más que nada para enterarme. ¿Sabes?, lo pasé muy mal con lo de Manolo Arbeyo, sobre todo cuando se comentó que alguien se lo había cargado. Álvaro me juró que él estaba al margen, que no sabía nada y no tenía nada que ver, y yo le creo, si hubiera sido él no tendría ningún reparo en decírmelo, ni a ti tampoco, bueno, ya me entiendes, incluso presumiría de ello. Pero a mí me afectó mucho, hasta me sentía algo culpable, porque si llego a pillar a Arbeyo antes

de que lo mataran, o se muriera, no le dejo un diente sano, ¿sabías que el muy cabrito se llevó de mi casa un montón de documentos que no eran míos aprovechándose de la buena fe de mi tía Margarita? ¡Cada vez que lo pienso me llevan los demonios! Pero, bueno, ya leerás lo que estoy escribiendo, va sobre todo eso, en cuanto lo tenga más avanzado te lo paso, a lo mejor entre los dos aclaramos algo las cosas. Tenemos que volver a jugar con más frecuencia, esta mesa es estupenda.

Al terminar la partida regresamos juntos hasta la esquina de Fruela y Santa Cruz, ahora éramos casi vecinos.

No había visto a Mari en todo el día. Tampoco había telefoneado para advertirle que estaba con Floro y que me retrasaría, quizás le hubiera apetecido salir y encontrarse con nosotros. No es que tuviera la obligación de hacerlo, o que hubiera roto alguna de nuestras reglas de convivencia, porque en principio no teníamos reglas, pero me sentía incómodo llegando a deshora con las manos vacías. Me preguntaba si tendríamos algo dispuesto para la cena, Mari no es un ama de casa ortodoxa. Tampoco heterodoxa, no es un ama de casa en absoluto. Así que retrocedí hasta la cafetería Logos y compré unas cuantas cosas para cenar, incluida una botella de Rioja gran reserva que me costó una fortuna. Por supuesto, en la cafetería no vendían flores, pero mientras abría el portal llevaba en mi mente un ramo de rosas rojas. Sonaban las once en la caja de ahorros. Sin el himno.

No importan la edad ni la experiencia acumulada, el aprendizaje de la decepción parece ser un proceso interminable. Es decir, imposible. Siempre te queda un rincón en el alma dispuesto a ser herido. El ascensor estaba estropeado y subí las escaleras de dos en dos, no sé por qué me veía a mí mismo como un alegre premio, la bolsa de plástico con la cena, la botella de gran reserva, las flores en la mente, el calor de regresar. Regresar, ser esperado. Saber que hay un lugar en el mundo que estará incompleto hasta que tú llegas un jueves cualquiera a las once. Poder volver a alguna parte porque no toda la tierra está quemada a tus espaldas y aún hay alguien en la última cabaña de ti mismo, alguien que te espera. Y no es el niño que tú eras, que también está allí, sino una mujer, un ser real, el más real de todos, el único lugar con sentido donde regresar. Abrí y cerré la puerta del piso sin ningún cuidado, como anunciando «¡ya estoy aquí!», y avancé decidido hasta el salón. Pero Mari no me oyó. Estaba allí, pero no me oyó porque no estaba esperándome. Sentí la ilusión del regreso escurrírseme por los brazos como si fuera agua. Pero ella no tenía culpa, nadie es culpable de las ilusiones de los demás y menos aún de que el destino de toda ilusión sea la amargura. Estaba sentada sobre

las rodillas en un extremo del diván, con la mirada perdida en la chimenea. Sujetaba distraídamente unos papeles sobre el regazo y le brillaban los ojos con la intermitencia de las llamas. En el asiento del diván y también a sus pies, desperdigados sobre la alfombra, había varios legajos de papel similares a los que sostenía entre las manos. Era perceptible el dulce aroma del hachís. No sé cuánto tiempo estuvimos así, yo parado en el umbral del salón sosteniendo las bolsas de la cena, ella mirando el fuego. Volvió la cabeza y me vio.

–Ven, siéntate a mi lado.

No esbozó el menor gesto de sorpresa. Apartó los papeles que había sobre el diván y me indicó el lugar. Yo obedecí.

–Tengo que contarte algo.

Eran documentos antiguos, no hacía falta fijarse mucho para darse cuenta. La mayoría eran folios amarillentos y desbarbados de grueso gramaje cosidos con bramante de cáñamo y sellados con lacre. Antiguamente, en los juzgados y en las notarías, se usaban leznas de zapatero para agujerear los legajos y coserlos a cordel. Los papeles que ella sostenía sobre el regazo estaban escritos a mano, con una letra apretada y minuciosa. Me los tendió.

–Esto lo escribió mi bisabuelo don Carlos Omaña de su puño y letra.

La tinta había adquirido una transparencia violácea que imponía respeto. Con el paso del tiempo todas las cosas terminan por imponer respeto.

–Es la cesión de la finca del hayedo a los Atienza. Al abuelo de Álvaro –precisó.

Yo no sabía quién era don Carlos Omaña y mucho menos que se trataba de su bisabuelo. De hecho jamás he oído hablar de mis propios bisabuelos, ni siquiera me sé sus nombres, la memoria de los antepasados es muy frágil cuando no consta en un legado inmobiliario. En realidad, quienes no hemos heredado fincas carecemos de bisabuelos. Como máximo podemos decir: yo provengo de este paisaje, o de esta ciudad. Algunos lo llaman patria. Y pueden morir o matar por ella, pese a que la tienen escriturada a su nombre los Atienza, o los Almar, o los Omaña, pero así son las cosas. Mari y Álvaro sabían los nombres de sus bisabuelos, también de antepasados más lejanos, porque llevaban tierras antiguas en la sangre, fincas deslindadas y registradas en el catastro, no un simple panorama emocional con el que sustituir la ignorancia del propio nombre. La tierra espesaba la sangre y por eso la sangre necesitaba ser derramada de tiempo en tiempo, para hacerla más fluida, para que pudiera seguir circulando. Mari me dijo:

–Ignacio de Almar, el padre de Rodrigo, asesinó a mi abuela María Guadalupe Omaña en esta misma casa, dos pisos más abajo, en un salón que es idéntico a este en el que ahora estamos tú y yo. Y el tío de Álvaro a los porteros y a su hijo, en el semisótano, la misma noche.

Mari agitaba los documentos ante mis ojos como si fueran las pistolas usadas en el crimen.

–Fíjate en las fechas. ¿Te das cuenta?, lo hicieron con premeditación, por pura rapiña. En eso consistió vuestra famosa guerra civil, un robo escriturado y legalizado ante notario, es increíble.

Yo aún no me había quitado la gabardina y comenzaba a sentir el calor frontal de la chimenea. Las dos bolsas de plástico con la cena seguían encima de la alfombra y el fuego amenazaba con arruinar la ración de ensaladilla rusa que había comprado. Mari había comenzado a contarme la historia por el final, como suele suceder cuando se habla con pasión de las cosas que importan, quería decírmelo todo de una vez, a borbotones, me costaba seguir las secuencias de crímenes, abuelos, fincas, escrituras.

–Espera, por favor. Tómate un respiro. Creo que necesitas ordenar un poco las ideas.

Sólo entonces me vio.

–Pero… ¿qué haces con la gabardina puesta?, te vas a asfixiar de calor.

–Sólo te escucho, no me has dado tiempo para otra cosa. He traído algunas cosas para cenar.

Abrimos la botella.

En la chimenea los nuevos troncos emitían llamaradas de color azul. Era sorprendente, a veces parecían producidas por un soplete de soldador, puntas de lanza brillantísimas, fugaces, hipnóticas. Luego cambiaron hasta hacerse redondas y formaron una hoguera. Un fuego único y ancestral, propicio para escuchar el paso de otro tiempo.

–La abuela María Guadalupe era rubia. Sólo tenía treinta y cuatro años cuando Ignacio de Almar la mató de un tiro de pistola aquí mismo, en noviembre de 1936. Mi madre era una niña, pero nunca la olvidó, por eso me puso su nombre, María Guadalupe. Era la mujer más bella de Veracruz, la más elegante, en mi casa aún se conservan montones de fotografías suyas, participaba en concursos hípicos, usaba boquillas de marfil, era altísima. Mi abuelo, su marido, se murió poco después de pura pena, al parecer se dio a la bebida y dilapidó una fortuna. En mi familia siempre se tuvo por cierto que el bisabuelo don Carlos Omaña y su hija María Guadalupe, la madre de mi madre, habían perecido en el naufragio de un barco portugués que se dirigía a

Inglaterra con refugiados de la guerra de España. Mi madre se quedó huérfana con una hermanita, mi tía Modesta, ninguna de las dos se parecen a mi abuela, claro que ahora ya están muy mayores, pero las dos son morenas, igual que yo, a lo mejor la abuela María Guadalupe se teñía el pelo de rubio, no tengo ni idea de cuándo se inventó el tinte del pelo, pero en nuestra casa de Veracruz se conserva una fotografía de mi abuela con una raqueta de tenis en la mano y una falda cortísima para la época, tenía unas piernas preciosas y era muy liberal, muy moderna, la primera mujer de Veracruz que se atrevió a fumar en público.

Mari creía que había comenzado por el principio, pero ¿cuándo comienza una historia?, ¿cómo saber cuál es el verdadero punto de partida? La abuela María Guadalupe la impacientaba, pero no sabía cómo abandonarla y daba vueltas y vueltas en torno a su figura sin llegar a ningún sitio, pues su historia no comenzaba sino en el instante en que Ignacio de Almar le descerrajó un tiro en la frente. De su bisabuelo don Carlos Omaña apenas sabía nada que no constase en lo previsible: que era un noble español; por tanto, enjuto, malencarado, de ideas fijas y sagradas, buen cazador, obstinado, con los botines impecables, relativamente obtuso. Pero el principio, ¿dónde estaba? Al hablar en primer lugar de sus parientes mexicanos parecía que estaba puntuando en ellos la causa de los acontecimientos, como si por su carácter, o por cualquier otro motivo que les fuera imputable, estuvieran predestinados a ejercer de víctimas, o lo merecieran: don Carlos Omaña era un hombre altivo, María Guadalupe un poco casquivana, luego parecía lógico que les hubieran metido unos cuantos tiros, ellos se lo habían buscado, por fumar en boquilla de plata en medio de una guerra civil, por presumir de honor en tiempos de miedo y de miseria, por antipáticos. Por ese camino Mari no iba a ningún sitio. Todo lo que sabía de su abuela María Guadalupe y de su bisabuelo don Carlos Omaña estaba construido desde una perspectiva muy diferente, con un final romántico: un naufragio en los fríos mares de Europa, huyendo de una guerra, una cruel aventura entre Galicia y Gran Bretaña, mirando al horizonte, la cabeza erguida ante las olas, dueños del último pensamiento, como deben morir los antepasados. Una muerte así justifica que se dilapide una fortuna contratando mariachis para recordarla: María Guadalupe, la mujer más bella de Veracruz. Pero el principio no estaba en México en el año catapún, sino en Oviedo, en el último noviembre.

Diez días después de ingresar en prisión, Vicente el Ciclista había llamado a Mari. Necesitaba un millón de pesetas para la fianza. Mari acudió a visitarle a la cárcel y fue entonces cuando él le contó lo

sucedido aquella noche en que Arbeyo y él deambularon en coche por la ciudad a la espera de una llamada de teléfono, la última noche de la vida de Manolo, la última que Vicente había pasado en libertad. Mari ya me había hablado de esa noche y de su conversación con Vicente, pero no me había contado lo más importante, o mejor dicho, me lo había ocultado. Manolo Arbeyo llevaba consigo un portafolios de cremallera que no abandonaba ni para ir al retrete y fue ese exceso de precaución el que alertó al Ciclista, quien llegó a oír el dulce sonido del dinero en el interior de la cartera, o a imaginárselo, cualquiera que fuera su contenido habría de tener mucho valor para requerir tanto celo. Sobre las dos de la madrugada Vicente y Manolo dejaron el apartamento de éste por última vez. El coche había quedado aparcado casi junto al portal y ambos se subieron. Arbeyo colocó el portafolios sobre su regazo y encendió el motor, pero, como si se lo hubiera pensado mejor, lo apagó de nuevo. «Espérame aquí un momento –dijo–, enseguida vuelvo.» Se bajó del coche y regresó al portal. Por supuesto, Vicente lo siguió con sigilo. En vez de tomar el ascensor, Arbeyo lo bordeó y descendió por una escalera lateral hasta la planta sótano. Una vez allí se adentró en un pasillo flanqueado de puertas y se detuvo frente a la penúltima de la izquierda, donde se leía: «Cuarto de contadores», la empujó y encendió la luz dejando la puerta entreabierta a sus espaldas. Los tres paños de pared visibles estaban cubiertos por gruesos paneles de madera donde se alineaban los contadores de la luz, debajo de cada uno había clavada una etiqueta con un número y una letra. Arbeyo tomó una pequeña escalera de mano que había en un rincón, la colocó frente al panel de la derecha y se subió. Todos estos detalles poseían la mayor importancia y se habían quedado grabados en la cámara fotográfica que Vicente tenía por memoria. Entre la parte superior del panel y la pared debía quedar un hueco bastante amplio, pues Arbeyo lo exploró cuidadosamente con la mano y escondió allí el portafolios. Detrás del contador número 6B exactamente.

Vicente no tenía la menor intención de birlarle a Arbeyo la cartera y si lo espió fue por curiosidad invencible, por simple rutina, porque no podía dejar de fijarse en ciertas cosas, sobre todo cuando parecían poseer tanto valor. Lo más probable sería que la cartera ya no estuviera allí, que se la hubieran quedado los tipos con los que Arbeyo hablaba por teléfono, o que él mismo la hubiera cambiado de sitio aquella misma noche, después de dejarle en la parada de taxis, o que la hubiera encontrado la policía, o Carmina, quizás se trataba de un escondite habitual que ella conocía. Pero ahora Vicente necesitaba dinero, estaba en la cárcel, no tenía a quién recurrir, ¿qué podía

perder por intentarlo? Pero ¿quién podría hacer aquello por él?, ¿de quién podría fiarse Vicente el Ciclista en el caso de que la cartera estuviese aún allí y contuviese dinero, o algo con que negociar? En los pocos días que llevaba preso había adelgazado varios kilos. «Mi madre aún no sabe que estoy aquí, no quiero darle ese disgusto, es la primera vez que me meten en la cárcel. Tú eres la única persona que ha venido a verme.» Estaba demacrado, sin afeitar, sus ojos de águila ya no miraban por encima del hombro como leyendo mensajes en el aire, sino hacia sus propios pies, como si los pies fueran el último refugio de las almas derrotadas. La visita transcurría en una gran sala con las ventanas altas y grandes manchas de humedad en las paredes; al fondo, muy lejos de donde ellos se encontraban sentados sobre un banco de madera, un funcionario leía un periódico deportivo. Vicente extendió levemente su pierna deforme y la señaló con la mirada: «No me quito la bota de corcho para dormir. Podrían robármela. Por supuesto, no le sirve a nadie excepto a mí y no vale nada, pero yo no puedo caminar sin ella y lo saben. Primero te la roban y luego te la ofrecen en venta. Así funcionan las cosas por aquí». Mari le tomó las manos entre las suyas, no sabía cómo transmitirle un poco de calor al corazón, un poco de esperanza. Él ni siquiera levantó la mirada: «Tengo una agenda con docenas de teléfonos, ya sabes que conozco a todo el mundo. Pero enseguida supe que sólo el tuyo me iba a responder. Ya ves. Y el mes que viene cumpliré cuarenta y uno». Mari le prometió que lo sacaría de allí. Si no encontraba el portafolios, le dijo, pediría un crédito al banco, un millón no era nada.

–Luego todo resultó tan fácil que apenas podía creérmelo. Al día siguiente, sobre las doce de la mañana, me acerqué hasta la casa de Arbeyo. Sólo me proponía echar una ojeada para poder contarle a Vicente que lo había intentado y darle unos cuantos detalles verosímiles, pero no tenía la menor intención de hacer lo que me había pedido, se trataba de un robo, o algo peor, todo el mundo aseguraba que Manolo Arbeyo había sido asesinado y la cartera podría ser una prueba o algo parecido, no quería ni pensarlo. El portal estaba abierto. Entré y me entretuve un rato mirando los buzones de correos, conté cuarenta y cuatro, el edificio era muy grande, probablemente los vecinos apenas se conocerían entre sí, el portero no estaba, si es que había portero. Entró una señora con varias bolsas de la compra y desapareció en el ascensor sin prestarme ninguna atención, así que me animé y bajé a la planta inferior. El cuarto de contadores era tal cual me lo había descrito Vicente, cogí la escalera de mano, la puse frente al contador número 6B y el portafolios estaba allí, detrás del panel. Míralo, es ése, ahí, encima de la butaca.

La cartera contenía un sobre con un millón novecientas veinte mil pesetas en billetes nuevos de diez mil y se las entregó a Vicente para la fianza y demás gastos de abogados. Pero ¿qué hacían allí aquellos viejos documentos?, ¿qué podían significar? Mari se había encontrado de pronto con la memoria de su familia y ese azar le parecía tan grande y rocambolesco que le daba miedo. Como si una voluntad superior hubiera trenzado los hilos en la sombra para que los documentos llegasen a sus manos, como si hubiera algún propósito oculto, o un plan del que ella formaba parte sin saberlo, una trama que le concernía y la implicaba, o un aviso del destino, una advertencia, quizás su familia la necesitaba en México, quizás los estaba olvidando, quizás debería repensar su vida. En Oviedo casi nadie sabía que ella procedía de la antigua familia asturiana de los Omaña, sólo a Álvaro y a pocos más les había contado alguna vieja historia, anécdotas de indianos que ya habrían olvidado, un hablar por hablar, ¿quién iba a recordarlas? Los Omaña se habían trasladado a México hacía un siglo y el apellido había desaparecido incluso allí, desde el bisabuelo don Carlos no habían nacido en la familia sino mujeres y las mujeres ni retienen ni transmiten el nombre. De sus legendarias propiedades en Asturias ya sólo les quedaba la casa de la calle Santa Cruz, y eso gracias a que ella se había obstinado en vivir allí, pues de lo contrario también la hubieran vendido cuando las cosas comenzaron a marcharles mal en México. Don Carlos Omaña y su hija María Guadalupe habían liquidado y perdido la mayor parte del patrimonio en 1936, durante aquel viaje desdichado del que no regresaron nunca, y después la familia había ido vendiendo poco a poco todo lo demás, querían desprenderse de España, olvidarla, no comprendían por qué ella seguía aquí, ninguno de sus parientes conocía España y si venían a Europa la eludían, era una cuestión de honor, seguían ofendidos con la madre patria y aunque ya nadie sabía cuál era la causa de la ofensa ni cuál podría ser su reparación, cada vez que oían la palabra España fruncían el ceño y a ella la llamaban la gachupina, pero cariñosamente, en los últimos años los pisos de la calle Santa Cruz producían rentas muy sustanciosas y nadie ignoraba en su familia que había sido un acierto no vender la casa. Sin embargo había que ver cómo eran de campanudos los Ordás y los Valladares emparentados con las mujeres Omaña, no sólo asumieron como propias las viejas ofensas, sino que añadieron otras nuevas, su abuelo Landelino Valladares, cuando se quedó viudo de su abuela María Guadalupe se había entregado a la bebida y al poco se murió de pena, aunque también hubo otras versiones en voz baja, al parecer estaba muy enamorado de su esposa y tocaba la guitarra como un ángel, todo

el mundo reconocía que dilapidó una fortuna en mariachis, él mismo cantaba los boleros con mucho sentimiento, en Veracruz algunos le llamaban Lino el Parrandero, pero le comprendían, todo quedaba justificado por su gran dolor, y Mari exageraba su acento mexicano al contar estas historias, las silabeaba con gracia, como si fueran un corrido, su abuelo llegó a ser una leyenda entre los conjuntos de mariachis de Veracruz, los cuales alcanzaron gran prosperidad en esa época y a su entierro asistieron más de doscientas guitarras, pero aquella muerte prematura fue apuntada en el debe de España, al fin y al cabo la causa verdadera que la provocó no había sido la cirrosis hepática, sino el naufragio de aquel barco portugués que huía de la guerra española con los Omaña a bordo. Así eran las historias que se contaban en la familia, naufragios románticos, mujeres bellísimas que fumaban en boquillas de marfil y subyugaban a la ciudad de Veracruz, fortunas derrochadas para ahogar penas de amor, fotografías viradas al sepia cultivando leyendas sobre un trinchero de caoba. Ahora el azar ponía en sus manos la minuciosa letra del bisabuelo don Carlos Omaña y la desenfadada firma de la abuela María Guadalupe, y Mari no encontraba ninguna explicación.

Quienquiera que hubiera matado a Manolo Arbeyo parecía haberlo hecho para apoderarse de aquellos documentos, pero por más que ella los leía y releía no descubría qué clase de secreto podían esconder. Eran viejos contratos de compraventa llenos de formulismos legales y aburridísimas descripciones de fincas y predios, ¿qué los hacía tan valiosos? Sólo había una cosa evidente: pertenecían a los Atienza. Y Álvaro era amigo suyo. Incluso más que un amigo. Mari le había telefoneado el día 20 de noviembre, sobre las cinco de la tarde. Recordaba la fecha con precisión. Frente a su casa circulaban pequeños grupos de falangistas nostálgicos cantando el *Cara al sol* y otros himnos marciales con gran despliegue de megafonía. Se dirigían hacia la plaza de la Gesta para su homenaje ritual a la memoria de Franco y José Antonio, había sido una suerte que los dos se hubieran muerto el mismo día con cuarenta años de intervalo, si las recuas de devotos que veía desfilar desde el balcón tuvieran que reunirse más de una vez al año, llegarían a ser conscientes de su propio patetismo, no es posible hacer solos de tambor si nadie te escucha, te pones a tocar el tambor en tu casa y a las pocas horas, si no te detiene la policía o no te linchan los vecinos, te sientes tristísimo, dejas de encontrarle sentido a la vida, tocar el tambor en soledad es algo muy duro. Sin embargo, un rato después, Mari oyó cierto alboroto en la calle y regresó al balcón: la policía cargaba contra pequeños grupos de jóvenes antifascistas que respondían a pedradas.

El propio Álvaro descolgó el teléfono. Mari dijo: «Soy yo». Él: «Sí, hola». Nada más. Mari se arrepintió de haber llamado: «Perdona que te llame. La verdad, no pensaba hacerlo, pero ha surgido algo y necesito hablar contigo. No quiero que pienses que trato de forzar la situación ni nada parecido, no te reprocho nada, lo sabes muy bien, si no quieres que nos veamos no nos vemos, tienes todo el derecho, no te hubiera llamado de haberlo podido evitar, pero necesito que veas una cosa, es algo que no entiendo, han llegado a mis manos unos documentos que me tienen perpleja, viejas escrituras de nuestras familias, la tuya y la mía, y también la de Rodrigo, papeles muy antiguos, de cuando mi bisabuelo os vendió las fincas, pero no quiero que pienses que los uso como un subterfugio para hablar contigo, si no quieres verlos me parecerá bien, sólo creí que debía decírtelo. Por eso te llamo». Álvaro preguntó: «¿Estás en tu casa?». «Sí.» «¿Hay alguien contigo?» «No, estoy sola.» «De acuerdo, en quince minutos estoy ahí. Lo que tarde en llegar.»

No se veían desde septiembre. Cuando ella regresó de México Álvaro había estado muy frío, incluso esquivo. No había aceptado reunirse con ella en su casa, como solían, sino en una cafetería, y estaba deseando irse desde el primer momento. Más tarde ya la rehuyó abiertamente, sin explicaciones y sin disculpas, hasta que ella dejó de llamarle.

Mari se entretuvo encendiendo la chimenea mientras esperaba, pero antes de lograr un fuego consistente él ya estaba allí. Se sentaron frente a la chimenea, Álvaro en un sillón, Mari en el diván, y él estudió los documentos en silencio, tomando algunas notas. Lo primero que dijo fue: «Verónica vive en mi casa. Conmigo. Eso es lo único que me importa. Sólo eso. Debes creerme, Mari, a ti jamás podría engañarte, ella es lo único que me importa. Todo lo demás es secundario y me da igual». Mari le creyó. Le dijo: «Sí, te creo». Y Álvaro Atienza le refirió el sórdido relato que había recibido de su padre el último verano, el mismo que ahora Mari me refería a mí, sin resúmenes, sin omisiones, demorándose en los detalles con precavida minucia, como si sólo los detalles pudieran aportar alguna comprensión: María Guadalupe usaba redecilla en la melena, Ignacio de Almar la mató de un único tiro de pistola en la frente, don Carlos Omaña estaba sentado en un sillón cuando el psicópata Valentín Carvajo le disparó con el máuser, el sillón había quedado tan empapado de sangre que tuvieron que hacerlo desaparecer junto con los cadáveres, todo había ocurrido en esta misma casa, en el principal, donde después falsificaron las escrituras de compraventa midiendo los renglones y las frases para que cupieran más fincas en la rapiña, un

trabajo realizado por su propio padre, Melquiades Fernández, el encamado, el don nadie, el enfermo terminal prematuro, el obediente cobarde, la única persona de su familia que había sido capaz de enamorarse. Cierta noche le fue dado contemplar las estrellas a través de las ramas de un manzano y ya nunca pudo olvidar a la mujer que tenía en sus brazos, una miliciana llamada Milagrinos, su rostro aún regresaba cada día a su memoria para permitirle vivir. Álvaro dijo: «Nunca tuve padre. Él vivía en mi casa, pero nunca fue nadie, en todo caso un empleado. Ahora es diferente. Sé que su historia es mi verdadera herencia y no quiero otra. Porque yo también he visto la noche estrellada a través de las ramas de un manzano y ya no me importa ninguna otra cosa».

Se les hizo de noche. De vez en cuando les llegaba desde la calle el ulular de sirenas de la policía, al parecer los jóvenes antifascistas eran obstinados, o quizás no tenían hacia donde escapar. «Desde un punto de vista legal –dijo Álvaro–, estos documentos ya no tienen ningún valor. No prueban nada acerca de los crímenes y todas las acciones civiles sobre las propiedades han prescrito. Sin embargo, su valor como fantasmas sigue siendo incalculable, porque a los fantasmas no se les puede poner precio. Incluso es peor, cuanto más pagas por ellos más te crecen. Hasta ahora, a los Almar ya les han costado por lo menos dos mil cuatrocientos millones de pesetas.»

En agosto, Álvaro ya había decidido vender la fábrica y las fincas a la sociedad italiana de cerámica por un importe de seiscientos millones. Él y Teresa firmaron un protocolo de intenciones con la Oficina de Proyectos de Borja Molina y habían aceptado un anticipo a cuenta, pero poco antes de cerrar la operación de forma definitiva los fantasmas entraron en escena y se le aparecieron a don Ignacio de Almar. La visión debió de ser terrorífica, porque el viejo se negó a entrar en razones pese al dictamen de sus propios abogados, quienes consideraron prescritos los derechos de tanteo y retracto que él alegaba, pero aun así amenazó con pleitos al Grupo de Empresas de los Rivalta. «Nos obligó a retrasarlo todo. El viejo hijo de puta escrutaba sus fantasmas para pactar con ellos. Mi tío Álvaro le llamaba Almidón, porque en lugar de alma tenía una camisa almidonada y siempre fue capaz de lidiar con toda clase de fantasmas, comprarlos, amedrentarlos, prenderles fuego hasta dejarlos sin sábana y vender luego las cadenas chamuscadas a un chatarrero, pero al fantasma de los documentos no lograba verlo con claridad. Rodrigo me contó que jamás había visto a su padre tan trastornado, sentía el aliento del fantasma, notaba su presencia incesante, lo buscaba con la mirada, pero sólo veía a su través: la frente blanca de María

Guadalupe agujereada por la bala, el rostro ingenuo y asombrado de don Carlos Omaña en el instante de morir, los raíles del tranvía donde mi tío Álvaro perdió la cabeza y los documentos en un acto de venganza contra él. Todo eso podía soportarlo sin dificultad, no eran sino recuerdos estupendos de su juventud, aventurillas, pero el fantasma de los documentos lo acosaba y no se dejaba ver, porque era un fantasma de cristal; ¿no lo sabías?, desde que las fauces sanguinolentas comenzaron a provocar carcajadas en los niños, todos los fantasmas se han vuelto transparentes y ya no hay más culpa que la invisibilidad, nada produce más terror. Eso sí, para combatir esos fantasmas hay que llamar a un abogado que te los localice en el código penal. Ignacio de Almar perdió mucho tiempo buscándolos y eso fue una suerte para mí, porque me libró de caer en una estafa. Eso y la inesperada intervención de Manolo Arbeyo. Los Almar tienen las manos largas y no tardaron en llegar a los verdaderos promotores del negocio, el Grupo de Empresas, García Baltasar y los Rivalta, porque nunca hubo italianos, ni tampoco tenían la menor intención de construir una nueva fábrica, no eran más que cortinas de humo para engañarnos a Teresa y a mí. Esa gente llevaba tiempo comprando terrenos por la zona para una recalificación a gran escala, el trazado de una nueva autopista, la construcción de un centro comercial y una urbanización, ya sabes, conchabeos políticos y corrupción, te compran el metro cuadrado a dos duros y al día siguiente vale mil pesetas, un puro acto de magia, o de bautismo, lo que antes se llamaba rural o industrial pasa a llamarse urbano, por así decir, cristianizan la tierra y se produce el milagro de los panes y los peces. Tuve la suerte de que intervino Arbeyo, porque los Almar se pusieron de acuerdo con García Baltasar en cinco minutos y en cuanto el viejo asesino consiguió ver el rostro del fantasma y comprobó que no se trataba más que de un negocio sucio, ya no puso inconveniente en que yo cerrase la venta con los italianos en seiscientos millones. Por supuesto, a cambio de participar como socio en la estafa. Pero Arbeyo los acojonó con un par de artículos sobre los humos maléficos, la contaminación, el hayedo sagrado y toda esa mierda. No sé si fue aquí o en Madrid, pero alguien dio la orden de parar la operación y Rodrigo tuvo tiempo de informarse. Ese chaval, Borja Molina, estaba desesperado, no hacía más que soltarle dinero a Arbeyo y no conseguía pararle. Ya estaba intentando que lo echaran del periódico. Es un tipo interesantísimo, una de las peores personas que te puedas encontrar, no sabes lo contento que está de ser un desalmado, un día me dijo: “Mi madre vive amancebada para poder seguir cobrando la pensión de viudedad de mi padre”. Presume de tipo duro y llegará muy lejos, pues sabe que

aún le queda bastante por recorrer en su camino de perfección como hijo de puta de primera, busca la excelencia y yo le auguro un gran porvenir con Carmina, sólo me intriga quién de los dos se vestirá de cuero y manejará la fusta y quién levantará el culo para recibir los azotes, el alma humana es una fuente inagotable de sorpresas. Pero a lo que iba. Gracias a la intervención de Manolo Arbeyo no firmé, y me ofenden un poco todas esas sospechas de que yo lo he matado, pues en cierta forma fue mi benefactor, en un par de semanas, como por arte de magia, los seiscientos millones se convirtieron en tres mil. Tenías que haber visto a ese fulano García Baltasar, uno de los hombres más poderosos del país, diciéndome: "No le comprendo, Atienza, la verdad es que no le comprendo. Y si no me equivoco somos de la misma generación, a lo sumo habrá un par de años de diferencia entre nosotros, ¿verdad, Álvaro?, ¿me permite que le llame por su nombre de pila?, creo que deberíamos tutearnos, ¿te importa?, para mí la base de los negocios es la mutua confianza, ¿no opinas tú lo mismo?, si lo deseas puedes llamarme Manolo". Estábamos en casa de Íñigo de Almar, la noche del refrigerio, y ya le habían dedicado los cinco minutos de rigor al Goya que tiene colgado en el salón, pues en caso contrario Íñigo se siente inseguro de sí mismo, yo ni lo miré. A Rodrigo y a mí Íñigo nos odia desde siempre, o mejor dicho, nos tiene un temor reverencial, que para el caso es lo mismo, piensa que en cualquier momento podemos ponernos a liar un porro o algo parecido y no lo soporta, quizás por eso colecciona escopetas de caza, estaba empeñado en llamar al servicio para que nos encendieran la chimenea, "es que todos están ocupados abajo con la dichosa fiesta", repetía, se le veía nerviosísimo, nos sirvió unas copas sin hielo y yo les dije: "Lamento no llevar encima una piedra para liar un peta, nos vendría bien", Íñigo y García Baltasar se rieron, pero el otro no, porque el señor Ventura no sabe reír. Empezaron a darle vueltas al asunto. Que había ciertos problemas de inscripción registral, dijeron, y el señor Ventura me tendió unos papeles. Eran unas cuantas fotocopias de estos documentos. Al parecer Manolo Arbeyo se había pasado la tarde repartiéndolas entre la concurrencia y ahora me las mostraban a mí no sé con qué propósito, quizás sólo para comprobar qué efecto me producían, o para hacerse una idea de cuánto deberían pagar por los originales. No consigo imaginarme cómo habrían llegado a manos de Manolo Arbeyo, aún hoy me resulta inexplicable. Por eso sospeché que trataban de embaucarme y que los documentos habían estado siempre en poder de los Almar y que los sacaban ahora sólo para negociar un nuevo precio. Los eché encima de la mesa y me tiré un farol: "A veces ese periodista me hace algunos favores, somos viejos

amigos, compañeros de facultad". Noté el efecto que producían en Íñigo mis palabras y añadí: "Estoy enamorado y soy correspondido, por eso, comprenderán ustedes que todo lo demás me importe un carajo y he perdido el interés por vender. Eso sí, les estoy muy agradecido, de no ser por ustedes no hubiera conocido lo que es el amor, pero la verdad, no sé en cuánto dinero he de cifrar ese agradecimiento". García Baltasar lanzó una mirada muy fría sobre el señor Ventura: "Creí que este asunto estaba más perfilado", dijo. "No, no lo está en absoluto –respondí–, pero aún no es demasiado tarde. Estoy perfectamente al corriente de los verdaderos intereses en juego, por lo que no deberíamos perder más tiempo en adornos retóricos. Sé que jamás ha existido una sociedad italiana de cerámica y que lo que ustedes buscan desde el principio es la recalificación urbanística de los terrenos. Lo que vayan a hacer con mis propiedades me resulta por completo indiferente, pero, eso sí, no pretendan despacharme con una limosna, porque no acepto limosnas. Ya les dije que estoy enamorado y para un enamorado todo lo que queda fuera del amor carece de importancia, en especial las cuestiones de dinero, no sé si me comprenden. El precio no tiene interés para mí, me basta con que sea razonable. No por interés mío, sino por interés de la razón, no veo motivo para dejarme engañar y hacer cosas contrarias a la aritmética ahora que estoy enamorado. Díganme qué cantidad consideran ustedes razonable y en cinco minutos habremos terminado." Te juro, Mari, que les hablaba con toda sinceridad, sin cinismo, con el corazón en la mano, lo que les dije era exactamente lo que pensaba, no me hubiera importado levantarme y dejar colgado todo el negocio. Pero nunca supe hablar con el corazón y aún no sé hacerlo, no puedo decir "te amo" sin que suene como un insulto, o una baladronada, o una pedantería. Aún no puedo, ni siquiera a ella. O cito a algún autor, o se me saltan las lágrimas. No te puedes imaginar lo que me costaba pronunciar la palabra "amor" o "enamorado" delante de semejantes tipos, me salían a gritos, porque esas palabras encierran un no sé qué de humillante, una condición servil, una renuncia de ti mismo, una indignidad. Y en realidad eso es lo que hay en el amor, en eso consiste, en saberte indigno, sentir que no eres nada sino un arrebato, un corcho arrastrado por la corriente, y aceptarlo y encontrar una nueva dignidad en esa dependencia y agradecer ese milagro. No porque te miren, o te reconozcan, ni siquiera porque te quieran, sino por ser capaz de querer tú, ése es el milagro. Parece mentira que casi nadie se haya dado cuenta de que amar es el acto de egoísmo más perfecto de todos, pues a quien más beneficia es a quien lo ejerce. Te libera de ti mismo y te saca fuera. Ahí, por fin, donde transcurre la

vida inexplicable, ese extraño lugar donde morir carece de importancia, el lugar del amor. Yo quería decirles todo esto porque era verdad, era lo que sentía, las cifras del negocio me traían al pairo. No les mencioné a Verónica, pero García Baltasar sabía de qué hablaba, ellos lo habían urdido todo para aprisionarme y tenerme en sus manos y en vez de eso me habían liberado. Porque amo a Verónica más allá de Verónica, no para dominarla, o retenerla, o controlarla, sino para regalarle su propia voluntad. A veces la quiero tanto que ella casi me es indiferente. No sé si me explico, la quiero tanto que casi estoy contento de ser quien soy. Y fíjate bien, Mari, a veces me digo: ha merecido la pena. La joroba, sí, también la joroba, la joroba y el dolor han merecido la pena. También cuando ella se vaya de mi lado habrá merecido la pena. Porque se irá un día, de eso estoy seguro, pero cerca o lejos, yo siempre estaré con ella de forma incondicional. Ella aún no lo sabe, pero yo sí. Seré como una segunda infancia para ella, como un hogar al que siempre pueda regresar, no pretendo hacerla feliz adorándola ni nada parecido, pero haré todo lo que esté en mi mano para que sea libre. Libre incluso de mí, porque la amo de verdad. Y, bueno, ellos debieron de notar algo de todo esto, porque no hubo regateos. García Baltasar dijo: "Dos mil quinientos millones". "Tres mil", le respondí sólo por decir algo. Íñigo y él intercambiaron una breve mirada. García Baltasar dijo: "De acuerdo"; Íñigo dijo: "Vale". Y nos dimos la mano. La semana que viene Teresa y yo vamos a Madrid a firmar los documentos definitivos con el notario.»

Una pesadilla circular, eso es lo que ocurría. Mari me contaba la historia que Álvaro le había contado a ella en aquel mismo lugar, frente a la misma chimenea, con idéntico calor. Me producía claustrofobia. Porque Álvaro refería a su vez historias que otros le habían contado, su padre, o Rodrigo, los cuales repetían también historias de las que habían oído hablar, y cada uno de ellos añadía sucesos de su propia experiencia y daban cuenta de las circunstancias en que se encontraban cuando escucharon los relatos y sumaban a cada historia los contenidos de su propio silencio. Me sentía enclaustrado en aquella espiral. Y perdido. Porque mi propia historia, la que yo había vivido, daba bandazos de un círculo a otro de la espiral sin acabar de fijarse, como si me estuvieran narrando mi propia vida tras haber caído en una profunda amnesia y me dijeran, mira, éste eres tú, esto fue lo que te ocurrió, y no te reconoces y te sientes perdido en medio de un relato que carece de autor y de sentido, pero que es el tuyo, tu propio relato inconcluso. Angustiosamente inconcluso. Mari conocía los acontecimientos que

acababa de contarme desde el 20 de noviembre y estábamos en abril, había conservado en su poder los viejos documentos durante todo ese tiempo y no me había dicho nada. Me los había ocultado.

El fuego de la chimenea languidecía. Mari añadió unas cuantas astillas y atizó las brasas con el fuelle hasta conseguir llama, luego colocó encima un par de troncos.

–Has tardado en contármelo –musité.

Estaba arrodillada junto a la chimenea y ladeó la cabeza para mirarme.

–Sí, lo hice a propósito. La verdad es que tuve algunas dudas con respecto a Álvaro, pero tenía que darle un margen de confianza. Y pensé que tú no se lo darías.

–No comprendo.

Regresó a mi lado y me cogió de la mano. El fuego le había encendido las mejillas y parecía una niña.

–Hoy es un día especial –dijo sin convicción.

Quería tranquilizarme, restaurar la confianza.

–Esta tarde me ha llamado mi madre desde México. Álvaro estaba allí.

–¿En México?

–Sí, en Veracruz, en mi casa, o sea, en casa de mi madre. Verónica también estaba.

–¿Estaban con tu madre?

–Sí.

Hizo una pausa.

–Y no te puedes imaginar el motivo.

Se quedó mirándome con tanta insistencia, que no tuve más remedio que responder.

–No, no puedo imaginármelo.

–Hoy mismo Álvaro les ha hecho entrega a mi madre y a mi tía Modesta de un cheque por importe de diez millones de dólares. Hace sólo unas horas. Por eso me llamaron, mi madre los había invitado a almorzar.

Diez millones de dólares. Mari estaba radiante.

–Más o menos la mitad de lo que consiguió por las fincas. Y que conste que yo no le pedí nada. Nada en absoluto. Me dijo que si quería vengarme de Ignacio de Almar me apoyaría, que los documentos no probaban nada pero que estaba seguro de conseguir la confesión de su padre, que sería una liberación para él, y que entre los dos podríamos organizar el mayor escándalo político y financiero de este país, para que se metieran por el culo su famosa transición, los Almar, los Rivalta, todos, a Álvaro no le importaba. Pero yo no quise. No le veo

sentido a la venganza, no sirve para nada y si la consigues te llena de amargura, el daño de la venganza cae en primer lugar sobre el vengador. A Álvaro sólo le pedí que no dijera a mi familia la verdad sobre las muertes de mi abuela y de mi bisabuelo don Carlos Omaña, es mejor que sigan creyendo que perecieron en un naufragio en vez de añadirles ahora una nueva amargura. Además, morir en el mar es mucho más hermoso. Les ha contado no sé qué mentira acerca de una vieja cláusula de los contratos que aseguraba a los Omaña una participación en las plusvalías, un enredo jurídico sin pies ni cabeza, pero mi madre y mi tía Modesta están encantadas, igual que mis hermanos y mis primos, la verdad es que ese dinero les vendrá muy bien a todos, en los últimos tiempos su situación era bastante apurada. Igual que en todo México.

Nos quedamos en silencio contemplando el crepitar de las llamas. Mari se estrechó contra mí.

–¡Estoy tan contenta de que estés conmigo!

Me sorprendió su expresión: «Estar contenta». Añadió:

–Quiero pedirte una cosa. Ayúdame a quemar todos estos documentos.

Uno a uno los fuimos echando lentamente sobre el fuego. Eran tan viejos y estaban tan secos que se volatilizaban sin dejar ceniza. Volvimos al diván y los contemplamos arder durante largo rato. Expelían llamas azuladas. Mari entonó una vieja canción:

–*Marinerito arría la vela, que está la noche tranquila y serena.*

Y yo hice la segunda voz. Como siempre.

Edición en formato digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-651-4